BIANCA APARICIO VINSONNEAU

EL ABRAZO DEL SIROCO

CONTRALUZ

BIANCA APARICIO VINSONNEAU

El abrazo del siroco

CONTRALUZ

A mi hija,
que llegó mientras escribía esta historia.
A mi abuela,
que se fue mientras lo hacía.

«Por las calles voy dejando
algo que voy recogiendo:
pedazos de vida mía
venidos desde muy lejos».

MIGUEL HERNÁNDEZ,
Cancionero y romancero de ausencias

Capítulo 1

El interior de una celda es capaz de provocar una asfixia similar a la de un par de manos oprimiendo el cuello. Para deshacerse de tal sensación, Aurora Robles inspiró con fuerza y la podredumbre que reptó por sus fosas nasales la aturdió. Trató de ubicarse, pero la penumbra o tal vez el miedo se lo impidieron. Una corriente de aire frío la estremeció. Palpó despacio la aspereza de las paredes y descubrió gruesos muros de piedra que ningún grito podría atravesar. Tampoco la esperanza.

—¿Dónde estamos?

La voz cándida de Rocío quebró el silencio y Aurora buscó a tientas la mano de la menor de las mellizas. Incapaz de ofrecer respuestas, debió conformarse con darle calor. Su única certeza era que el mar no debía de estar lejos, podía olerlo a pesar de la fetidez mohosa que las envolvía. Que no las hubieran alejado de su querido Mediterráneo le provocó un consuelo tan volátil como amargo.

Todo había salido mal.

La brutal dictadura que siguió al final de la guerra civil había desfigurado España convirtiéndola en un lugar peligroso para las tres hermanas Robles. Por eso, porque no tenían alternativa, decidieron huir de Alicante, la ciudad que las vio nacer y único hogar que habían conocido, siguiendo los pasos de Martín. Cada vez que Aurora pensaba en él, se le encogía el estómago. Hacía mucho de su apresurada despedida y desde entonces no había vuelto a tener noticias suyas.

Se habían lanzado a la locura del exilio porque no hacerlo era una locura aún mayor. Huyeron huérfanas, sin más posesiones que un

puñado de recuerdos, el reloj de oro que había pertenecido a su madre y la ilusión de que la vida que les aguardaba al otro lado del mar podía ser, por fin, amable con ellas.

Ojalá no se hubieran equivocado.

En realidad, ellas no habían tenido nunca la más mínima oportunidad, solo que lo comprendieron cuando ya era demasiado tarde. Pese a que no habían transcurrido más que unas horas, las imágenes de su llegada a Argelia se emborronaban confusas: la pequeña barca de pesca, el sinuoso contorno del continente africano a la luz del alba, los brazos del pescador empuñando los remos, la euforia al creer que lo habían conseguido… Pero la mala fortuna quiso que nada más desembarcar las sorprendieran unos gendarmes que les exigieron una documentación de la que carecían. Su particular pesadilla comenzó cuando las obligaron a subir a una camioneta que se puso en marcha entre toses y bocanadas de humo, dejando tras de sí las promesas de una nueva vida.

Ahora estaban en una celda húmeda y fría, acurrucadas para no desperdiciar el calor de sus cuerpos, en tanto que Aurora no dejaba de repetirse que había sido una estúpida. Arrastrar a sus hermanas hasta Orán había resultado ser el error más grande de todos cuantos había cometido. Ella era la mayor, las mellizas eran su responsabilidad y les había fallado. Estrella tiritaba devorada por un frío que parecía cebarse en ella después de haber embarcado vencida por la enfermedad, tan débil que apenas era capaz de mantenerse en pie. La colocaron en el centro en un intento de que entrara en calor. Al otro lado, Rocío se abrazaba a su vientre aún plano con el afán de proteger la vida que allí crecía. Pese a su juventud, había tenido oportunidad de conocer la vileza del ser humano.

—Todo va a ir bien —les prometió Aurora en voz alta y se tragó unas lágrimas que en nada podían ayudar. Llorar no iba a sacarlas de allí—. Mientras sigamos juntas, todo irá bien.

Cuando el sol estuvo lo bastante alto como para colarse por el estrecho ventanuco e iluminar una estancia que mejor hubiera

permanecido a oscuras, les llegó el eco de unos pasos que se aproximaban. El sonido les indicó que se trataba de dos personas que iban directas hacia ellas. Aurora se apresuró en esconder lo único de valor que aún conservaban, dejando el reloj de su madre a buen resguardo bajo la plantilla de su zapato.

—*Allez !* —vocearon, y la puerta se abrió con un chirrido igual de desagradable. Por sus uniformes supieron que eran policías—. *À la salle d'interrogatoires. Vite !*

—¡Un momento! —suplicó Aurora a la desesperada—. Tenemos un amigo en la ciudad, nos está esperando.

Aquello no era del todo cierto, pero la mirada que intercambiaron los policías la alentó a insistir. Era su única oportunidad; si conseguía hablar con Martín, él se ocuparía de todo.

—Por favor, si nos permiten avisarlo estoy segura de que…

—*Nom et prénom ?*

—Martín Gea Hungría —respondió, sintiendo la sangre batir en sus tímpanos.

Su pulso se aceleró al comprobar que el más grueso abría una carpeta que llevaba bajo el brazo; la ojeó unos instantes en los que su dedo índice se deslizaba veloz por las hojas. Al cabo, la cerró con un ruido seco que reverberó en la celda.

—*Oubliez-le… Il est mort.*

—¿Muerto? No puede ser —la voz de Aurora se quebró en un sollozo, convencida de que era imposible. ¿Cómo iba a estar Martín muerto si lo que sentía por él seguía tan vivo?—. Seguro que no es él, vuelva a comprobarlo…

No hubo tiempo de asimilar su pérdida, mucho menos de llorarla. Ante su inmovilidad, uno de los hombres se impacientó y dio un paso amenazante hacia ellas. Empujando sus emociones al rincón más profundo de su ser, Aurora reaccionó al percatarse de que estaba a punto de agarrar a Rocío y se incorporó con movimientos torpes por culpa de sus extremidades entumecidas.

—Aurora, por Dios, ¿qué estás haciendo? —se horrorizó Rocío al verla en pie.

—Voy a ir con ellos, no os preocupéis, todo esto no puede ser más que una confusión. Nosotras no hemos hecho nada malo y cuanto antes lo aclaremos, antes nos dejarán salir.

—Por favor, no vayas —pidió Estrella sujetándola de la muñeca, conteniendo a duras penas un nuevo acceso de tos—. ¿Y si te hacen daño?

—Para eso no haría falta que me sacasen de aquí, ¿no crees?

La escasa paciencia de los hombres se agotó en ese preciso instante.

—*Dépêche-toi !* —apremió uno de ellos, dándole un tirón que la hizo trastabillar y puso fin a la conversación.

Estrella y Rocío se precipitaron hacia la reja a tiempo de alcanzar a besarle los dedos que extendió hacia ellas cuando los policías la arrastraron consigo, y sus aterrorizados sollozos acompañaron a Aurora a lo largo del corredor por el que se alejaba. Ni siquiera ella misma estaba convencida de las palabras de consuelo que había dirigido a sus hermanas, pero no tenía más opción que aferrarse a ellas como su única posibilidad de salvación.

La mayor de las Robles comprendió que, una vez más, se había equivocado. Lo supo en cuanto la dejaron sola en una sala con dos sillas desparejadas en un rincón y una gran mesa metálica en el centro. No había ventanas, solo una bombilla desnuda que parpadeaba en el techo. Gracias a ella, no le pasó desapercibido un manchurrón que salpicaba los azulejos blancos de las paredes. No quiso pensar que se parecía demasiado a sangre seca.

El ruido de la puerta al abrirse a su espalda la sobresaltó. Instintivamente dio un paso atrás al ver entrar un hombre que vestía un traje pulcramente planchado. Con unas pequeñas gafas de montura dorada, bigotito rubio y el pelo salpicado de canas en las sienes. Alto y delgado, desprendía ese aire de superioridad de quienes saben que sus órdenes serán obedecidas con presteza. Sonreía con una amabilidad que, sin saber por qué, la puso de inmediato en alerta.

No se tomó la molestia de presentarse; de haberlo hecho, Aurora no hubiera olvidado nunca aquel nombre y tal vez así su destino habría sido diferente. En cambio, lo vio arrastrar una de las sillas hacia la mesa y sentarse con estudiada parsimonia, para después ojear los documentos que traía consigo. En el anular de la mano, con la que sostenía un cigarro, destacaba un anillo *chevalier.* Al cabo de un par de tensos minutos en los que volvió a ordenar los papeles cuadrándolos con precisión milimétrica y colocó la estilográfica perfectamente paralela junto a ellos, la invitó con un gesto a sentarse frente a él.

Aurora obedeció sin poder deshacerse de la inquietud que crecía en ella segundo a segundo. Podía escuchar sus propios latidos en aquel silencio perturbador y creyó que se volvería loca si no hacía algo para romperlo. Tomó aire antes de hablar.

—*Excusez-moi, monsieur, s'il vous plaît.* —Se devanó los sesos en un intento de recordar las lejanas lecciones de francés del colegio. En su día se le había dado bien, pero de aquello hacía mucho—. *Mes soeurs et moi… nous sommes arrivées…*

El hombre no se inmutó ante sus evidentes esfuerzos por hacerse entender. Aurora desistió y, vencida, recurrió a su propia lengua.

—Disculpe que mi francés esté algo oxidado, pero necesito explicarle que todo esto es una terrible equivocación —se expresó con urgencia y la esperanza de que, si no se entendían sus palabras, al menos sí su desesperación—. Mis hermanas y yo no somos delincuentes, se lo garantizo. Hemos venido a Orán con la esperanza de encontrar una vida mejor. Nada más. Me hago cargo de que no tenemos permiso de residencia, pero no creo que eso sea motivo para tratarnos como lo han hecho. Una de mis hermanas está embarazada y la otra muy enferma…

El primer bofetón la pilló desprevenida y fue tan violento que la tiró de la silla.

—¿Quién eres?

Puede que le hubiera sorprendido que el hombre hablara español con corrección a pesar del fuerte acento que arrastraba las erres, de

no ser porque para entonces Aurora tenía otras preocupaciones, como respirar. Al caer se había golpeado las costillas contra el suelo y a duras penas conseguía llenar sus pulmones de aire.

—He preguntado: ¿quién eres?

La patada en sus riñones hizo que se retorciera sobre sí misma.

—Por favor… —logró musitar—, por favor…

El francés aspiró una calada lenta para después expulsar el humo a la misma velocidad. No tenía prisa y pretendía dejarlo claro. Se acuclilló a su lado y la observó unos instantes, una ceja inquisidora levantada para animarla a hablar.

—Me llamo Aurora Robles.

—¿Comunista?

—¿Cómo dice?

—¿Tal vez una de esos ridículos falangistas convencidos de que el Oranesado nunca debió dejar de formar parte de España?

—¡No! No me interesa la política…

—Al menos no negarás que eres española.

—No, claro que no…

—¿Sabes lo que pienso de los españoles? —la interrumpió.

Desde el suelo, Aurora pudo apreciar la perfección de la raya en su pantalón gris marengo tensada sobre las rodillas y el brillo de sus zapatos negros e impolutos; cerró los ojos para evitar ver su reflejo en ellos. No respondió, consciente de que lo que fuera a escuchar a continuación no le iba a gustar.

—Pienso que sois basura —continuó él permitiendo que la ceniza cayera sobre su rostro—. Peor que la basura: asesinos, ladrones, conspiradores… Por vuestras venas corre sangre árabe, sois fanáticos y violentos. Y eso no tendría por qué ser asunto mío de no ser por la insistencia con que venís a esta ciudad para complicarme la vida.

—Pero nosotras no hemos hecho nada…

El dolor que le provocó la quemadura del cigarro en el dorso de la mano terminó la frase por ella al transformarla en un alarido.

—Y también pienso que sois unos mentirosos —volvió a hablar con una calma exasperante—. Como comprenderás no estoy dispuesto a tolerar que me tomen por estúpido… y tú, *petite salope,* debes haberte creído que lo soy.

Le tiró del pelo para forzarla a mover la cabeza en un asentimiento impostado.

—Pretender que me trague que vosotras tres habéis aparecido de repente con esas caras de no haber roto un plato y sin más intención que la de vivir pacíficamente como unas buenas ciudadanas es absurdo —sentenció, negándose a contemplar que lo que había empujado al exilio a las hermanas Robles no era más que el miedo y la miseria—. Especialmente ahora que estamos en medio de una guerra que cambiará la humanidad tal y como la conocemos.

Lo cierto era que, sin pretenderlo, las hermanas Robles habían llegado a Orán en mal momento. El mundo entero se tambaleaba y Argelia, la perla del imperio francés, no era una excepción. Desde que Gran Bretaña y Francia le declararan la guerra a Alemania, y poco después la Unión Soviética invadiera Polonia, el avance del ejército nazi era imparable; tan solo el descenso de las temperaturas a veinticinco grados bajo cero en los alrededores de Helsinki durante aquel diciembre de 1939 había logrado ralentizarlo. El país galo sentía el aliento del Führer en el cogote y, por consiguiente, también lo hacían sus colonias del norte de África. En semejante situación cualquiera podía suponer una amenaza. Y a las amenazas se las neutraliza.

—Me has ofendido, ¿entiendes? —murmuró el hombre—. Mucho me temo que a la lista de defectos de los españoles debamos añadir la falta de *politesse,* no es de buena educación ofender al anfitrión.

Con el siguiente bofetón el anillo *chevalier* le abrió un profundo corte con forma de medialuna en la mejilla derecha. Los golpes y vejaciones que vinieron después se le emborronaron en la memoria a Aurora hasta convertirse en uno solo. Igual que las palabras del hombre del traje impoluto, que preguntaba por qué habían viajado a Orán, si formaban parte de alguna conspiración, si llevaban a cabo

tareas de espionaje o pertenecían a alguna célula y otras cuestiones igual de absurdas que Aurora no pudo ni tuvo fuerzas para responder. Cuando la paliza cesó, hacía rato que había dejado de escucharlo. En su cabeza solo había espacio para esa mancha en los azulejos en la que había mantenido clavada la vista y las dudas acerca de a quién habría pertenecido esa sangre. Tal vez los siguientes en visitar esa sala se hicieran esa misma pregunta al ver la que habría dejado la suya. Eso, de algún modo, la reconfortó.

La llevaron de vuelta a la celda de la que la habían arrancado horas atrás, cuando todavía tenía los últimos restos de esperanza y el cuerpo intactos. Pero para entonces todo había cambiado mucho más de lo que se hubiera atrevido a imaginar. Un escalofrío trepó por su columna al descubrir que la celda estaba vacía.

Las mellizas ya no se encontraban allí.

—¿Estrella? ¿Rocío?

No insistió. Por más que repitiera sus nombres nadie iba a responder.

—¡Eh, vosotros! ¿Dónde están mis hermanas? —chilló a los policías, que se retiraban después de cerrar con llave la reja—. *Où sont-elles ?*

No le cabía la menor duda de que, si los enfadaba, la llevarían de regreso a la sala de interrogatorios, pero eso era lo último que le preocupaba.

—*Répondez-moi !* —aulló, fuera de sí, sin reparar en el dolor lacerante que le subía desde el labio hasta cruzarle la mejilla—. ¡Responded!

No quería pensar en las posibilidades que la terrible ausencia de sus hermanas abría ante ella.

—*Qu'est-ce que vous avez fait ?* —insistió, aferrada a los barrotes, pues, de lo contrario, se hubiera desmoronado—. ¿Qué les habéis hecho?

Los dos hombres desaparecieron sin molestarse en responder, dejando a Aurora a solas con su desesperación, asfixiándose con su

propia soledad, repitiendo una y otra vez la misma pregunta. Poco le importaba que ya nadie pudiera escucharla.

—¿Qué les habéis hecho? ¿Qué les habéis hecho…?

Ni Estrella ni Rocío regresaron esa noche. Tampoco la siguiente.

Aurora temió que no lo hicieran jamás.

Capítulo 2

En el interior de su celda, Aurora había perdido la noción del tiempo casi a la vez que la cordura. Llegó a contar cinco noches, cinco amaneceres sin tener noticias de sus hermanas, sin saber si estaban vivas o muertas. Después dejó de contar. Podía haber transcurrido una semana entera, o tal vez un mes, poco importaba. Al principio lo único que ansiaba era una respuesta que no llegaba; más tarde se hubiera conformado con que sus heridas, en vez de curar como lo hacían, hubieran empeorado lo suficiente como para arrebatarle la poca vida que le quedaba. Pero la soltaron, sin explicaciones, del mismo modo que cuando la encerraron.

Aun estando en enero, lo primero que sintió al salir fue el abrazo del siroco, un viento cálido y seco que provenía de lo más profundo del desierto y que ese día soplaba a destiempo, como si su única intención fuera arroparla entre sus tibios dedos. La insolente luminosidad de las primeras horas de la tarde la hizo parpadear un par de veces para acomodar sus pupilas, contraídas tras una eternidad inmersa en la penumbra. Antes de lograrlo, un brazo se entrelazó al suyo y tiró de ella con suavidad.

—Dame un par de besos, *filla.*

—¿Cómo dice usted?

—Que me des un par de besos te digo, leches.

Al comprobar que Aurora no era capaz de reaccionar, la mujer tomó la iniciativa. La estrujó entre sus brazos y la besó con tal efusividad que sus labios chascaron repetidas veces en su mejilla.

—Haz como que te alegras de verme —aprovechó para susurrarle al oído de modo que solo ella pudiera escucharla—. Y llámame tía

Tecla bien alto, anda, que no les quepa duda de que eres mi sobrina.

Con un fugaz vistazo por encima del hombro de la mujer, Aurora adivinó que se refería a la pareja de guardas uniformados que las observaban apostados a las puertas de la antigua prisión civil, una construcción grande y fea como eran siempre esos lugares. Esta vez obedeció sin rechistar y se agarró a aquel brazo que, en esos instantes, parecía sostener todo su futuro para alejarse a buen paso del edificio en el que quedarían encerradas para siempre sus peores pesadillas.

No pudo por menos que sorprenderse ante el bullicio que las rodeaba. Aún no había tenido oportunidad de apreciar Orán a la luz del día, con sus habitantes afanados en los quehaceres rutinarios, y se sintió desubicada. Precedida por su fama de vibrante, exótica y sensual, la segunda ciudad en importancia de Argelia la asombró por su aire europeo. No en vano se encontraba en el país de las mil caras.

Caminaron a lo largo del *boulevard* Clemenceau, flanqueado por bellos edificios de estilo Haussmann con contraventanas de madera, balaustradas de hierro forjado y comercios de llamativos letreros en las plantas bajas. Circulaban algunos automóviles y los viandantes bien vestidos iban de un lado a otro sorteando los raíles del tranvía, entrecruzando conversaciones en diferentes lenguas, sin reparar en su presencia. Las adelantaron un par de muchachas peinadas a la moda y ataviadas con trajes sastre de falda por la rodilla y cinturones ceñidos a sus cinturas mientras reían despreocupadas. Dejaron un rastro de perfume que acabó sumándose a la ya turbadora mezcla de brillantina, sudor, pachuli, *beignets* azucarados y carburante. Aunque no podía verlo, también se olía el mar, y aquello, de algún modo, logró acompasar sus latidos.

Fueron necesarios cinco minutos y otras tantas manzanas para que las dos mujeres se atrevieran a volverse y comprobar que nadie las había seguido. Al alcanzar las palmeras y ficus de la *place* Foch, con su teatro neobarroco en la cara oeste y su no menos opulento ayuntamiento al sur, Aurora creyó que estaban lo bastante alejadas

para dejar de actuar como si fueran familia. Se detuvo y se plantó frente a la desconocida dispuesta a aclarar las cosas.

—¿Va a decirme quién es usted?

—Ay, *filla,* ¿pues quién voy a ser? —suspiró la otra, las manos sobre sus caderas—. Soy tu única opción, esa soy yo.

Aurora la miró pasmada durante unos instantes. Frente a ella tenía a una mujer regordeta, de baja estatura, cuyos movimientos iban acompañados del entrechocar de las cuentas del rosario que colgaba sobre su pecho. Una incipiente papada le ocultaba parte del cuello, lo que acentuaba la redondez de un rostro de ojos, nariz y boca pequeña. Se teñía el pelo de un negro demasiado negro y parecía tan aferrada a su acento valenciano como al luto de sus ropas, que desprendían un suave aroma a jabón y rosquilla.

—Vamos a ver, ¿a ti no te recomendaron un sitio para cuando llegaras aquí?

—¿Cómo sabe usted eso? —preguntó Aurora sin salir de su asombro. La tenaz mirada de la mujer la animó a hacer memoria—. Me dijeron que en la pensión Valencia seríamos bien recibidas.

La vio palmear el aire satisfecha.

—¡Ahí lo tienes! Yo soy la dueña de la pensión Valencia, *filla* —aclaró con su voz ronca propia de un viejo fumador y una sonrisa que empequeñeció todavía más sus ojos—. Dicen que sabe más el diablo por viejo que por diablo, y yo, que ya sé cómo se las gastan estos franceses, al ver que no aparecías, me temí lo peor y acerté. ¡Ya lo creo que acerté!

—Si estaba al tanto de mi llegada, lo estará de que no estoy sola. —Al traer de regreso la presencia de las mellizas, incluso sin nombrarlas, Aurora acusó un pellizco en la boca del estómago. Se sintió más desamparada que nunca—. De hecho, somos tres.

—Lo sé.

De pronto la dueña de la pensión Valencia parecía haber perdido su locuacidad.

* * *

De aquel primer paseo por Orán en compañía de doña Tecla, Aurora apenas guardaría recuerdos. La certeza de que Estrella y Rocío parecían haberse volatilizado la dejó aturdida. Lo que no olvidaría ni en mil vidas sería, en cambio, la llegada a la pensión Valencia.

Conforme se fueron acercando al puerto, las amplias avenidas de estilo europeo dieron paso a calles empinadas y estrechas con el trazado tortuoso propio de la vieja *casbah.* El barrio de la Marina, además de ser el más antiguo de la ciudad, había sido asentamiento de los emigrantes españoles que a finales del siglo anterior abandonaron su país dispuestos a buscarse el sustento a fuerza de deslomarse en la tierra prometida. La mayoría de los actuales huéspedes de aquel barrio con olor a pescado en salazón y redes de pesca secándose al sol eran descendientes de aquellos valientes y todavía conservaban con orgullo las costumbres y el idioma de una tierra que les quedaba al otro lado del mar.

La pensión Valencia ocupaba la primera planta de un modesto edificio de tres alturas construido en una esquina frente a la *place* de la Perle, junto a la iglesia de Saint Louis. Tenía la fachada de color terroso y un cartel roído por el óxido. El mismo aroma a jabón y rosquilla que impregnaba la vestimenta de doña Tecla se volvía más intenso al cruzar la puerta de entrada tras subir un tramo de escaleras de peldaños irregulares y desgastados. Aurora se acomodó en un cuarto estrecho, con una cama confortable y sábanas blancas, donde la valenciana le llevó un balde de zinc con agua templada y una toalla áspera. Luego le sirvió un plato de caldo y no se movió de su lado hasta que lo hubo terminado. Solo entonces doña Tecla pareció lo bastante satisfecha como para dejarla a solas con la orden expresa de descansar. Carcomida por la incertidumbre, Aurora no creyó posible pegar ojo, pero su cuerpo, vencido por el sufrimiento acumulado, se rindió al sueño tan pronto apoyó la cabeza en la almohada.

La despertaron los ruidos propios de la rutina matutina que se colaban por debajo de la puerta: pasos, tintineo de cubiertos, choques de tazas, voces amortiguadas… Desubicada, necesitó unos

minutos para observar los contornos del cuarto bajo la luz amarillenta, que se colaba a través de los postigos, y recordar dónde estaba. Qué lejos había quedado su querida Alicante natal. Si huir hacia delante había resultado una equivocación, volver atrás tampoco era una opción. La victoria de Franco en España lo había cubierto todo con un manto gris que tardaría años en desaparecer y, por vez primera, Aurora cobró conciencia de que todo lo que había amado de su tierra ya no existía más que en su recuerdo.

La ausencia de Estrella y Rocío la aguijoneó con fuerza y, pese al agotamiento, Aurora se reprendió a sí misma el haberse abandonado a una noche de descanso. Se percató de que había ropa limpia sobre el respaldo de la única silla: una falda granate con corte acampanado por debajo de la rodilla, una blusa color vainilla, algo desgastada en los puños, y una chaqueta de punto a juego con la falda. Nada de aquello era suyo, pero sí de su talla. Se vistió a toda prisa y se lavó la cara con el agua que quedaba en el barreño, ya totalmente fría. El espejo le devolvió una imagen desconocida. Sus ojos almendrados y su cabello castaño eran los mismos de siempre, también su cuerpo menudo de armoniosas formas; sin embargo, la reciente cicatriz en forma de media luna que tensaba su piel desde la comisura hasta la mejilla era la prueba de que todo había cambiado. Se alejó de su reflejo con un suspiro, lo único que quería era salir de allí cuanto antes y obtener las respuestas que tanto necesitaba.

—¡Buenos días, bella durmiente! —la saludó con brío doña Tecla, revoloteando sin cesar de un lado a otro de la cocina—. Hay que ver cómo te ha cambiado la cara solo con cenar caliente y dormir en una buena cama. Si ya lo digo yo, hay remedios que nunca fallan.

—Doña Tecla, necesito hablar con usted.

—Ya ves que ahora mismo me pillas atareada con los desayunos, *filla.*

—Lo entiendo y de verdad que lamento molestarla, pero es urgente.

—Lo que es urgente es servirles a los huéspedes el café a su hora o se les pone un humor de perros —atajó sin miramientos. Al ver su gesto compungido, añadió con ternura—: ¿Por qué no me ayudas y así terminamos antes? Anda, coge esa lechera de ahí, la de aluminio grande, y calienta un poco en el cazo. Pero antes acércame media docena de huevos, que los paso por agua en un santiamén.

Aurora tuvo que resignarse a que sus urgencias deberían esperar y se movió por la angosta cocina procurando no chocar con el pequeño pero rotundo cuerpo de doña Tecla. La ubicación de la pensión, asomada a la plaza más antigua de la Marina, la hacía más luminosa que la mayoría de las viviendas del barrio. Para dar cabida a las habitaciones donde se alojaban los huéspedes, la mujer había convertido el que en su día fuera un amplio apartamento en un laberinto lleno de estrecheces, con ocho dormitorios distribuidos de forma enmarañada y, al fondo de un largo pasillo, un solo baño que a esa hora recibía un tránsito intenso de personas que aguardaban su turno con un ejemplar de *L'Écho d'Oran* bajo el brazo.

Con todo, aquel era un hogar acogedor para quienes estaban de paso. Algunos clientes reservaban por largos períodos, según le explicó doña Tecla, orgullosa de que no quisieran marcharse. Los desayunos se servían a las siete en punto en la estancia más grande de todas, que hacía las veces de comedor, sala de estar y corazón de la pensión. Los muebles, pasados de moda y con tapetes de ganchillo que cubrían hasta el último centímetro de superficie visible, aportaban calidez a un espacio donde las conversaciones se entrecruzaban sobre una mesa rectangular con cabida para ocho comensales de lo más variopinto. Había un comerciante de tejidos, un periodista, un contable y su sobrino aprendiz, un pintor de miniaturas y un caballero de porte deslucido que nadie sabía a ciencia cierta a qué se dedicaba. Todos eran españoles, lo cual sorprendió gratamente a Aurora. Poco antes de las ocho se levantó el último de los huéspedes y abandonó el comedor rumbo a sus obligaciones diarias, dejando tras de sí una mesa de pronto silenciosa repleta de tazas vacías.

—Anda, *filla,* ayúdame a recoger todo esto y después escucho eso tan urgente mientras desayunamos nosotras. Que también tenemos derecho. Vamos, digo yo.

Media hora después estaban las dos sentadas en la misma mesa. Doña Tecla bebía su café con leche a sorbitos y de vez en cuando remojaba pellizcos de pan blanco. Aurora fue incapaz de probar bocado, por más que durante los cerca de tres años que había durado la guerra en España su paladar no había catado semejantes delicias.

—No sé nada de ellas desde hace días —concluyó después de relatar en detalle lo ocurrido desde su desembarco—. ¿Está usted segura de que no pasaron por aquí?

—Aquí no han aparecido, me acordaría yo, que la memoria aún la tengo buena —respondió la viuda con su voz ronca, compadeciéndose de Aurora. Jugueteó con las cuentas de su rosario sobre un escote repleto de minúsculas migas, en un gesto inconsciente que debía de repetir con asiduidad.

—La pensión era nuestro único contacto. Si no acudieron aquí, no imagino dónde pueden haber ido. —Un quejido escapó de la garganta de Aurora—. Necesito su ayuda, usted lleva en Orán mucho tiempo. Si pudo sacarme a mí de la cárcel, tal vez podría preguntar qué hicieron con ellas.

—Las cosas no son tan fáciles. A ver si piensas que puedo plantarme en la prefectura y pedir que me pongan delante al mismísimo gobernador general Le Beau para exigirle explicaciones —empezó a protestar doña Tecla. Al percatarse de la angustia que se apoderaba del rostro de Aurora, se le ablandó el corazón y, lanzando un sonoro suspiro acompañado del sonido de las cuentas de su rosario, modificó el rumbo de su discurso—. De todas formas, tienes razón en una cosa: llevo años en esta ciudad y tengo mis contactos. Así que te diré lo que haremos: voy a hacer unas cuantas llamadas, seguro que alguien sabe algo. Pero deberás tener paciencia, *filla,* ya sabes que las cosas de palacio van despacio.

Aurora estuvo a punto de echarse a llorar de alivio, pero la mano en alto de doña Tecla la detuvo.

—Ahora hablemos de otro asunto —anunció—. Has llegado como has llegado y sin papeles no puedes trabajar, pero aquí sin hacer nada no se puede estar. Si de mí dependiera, te quedarías sin pagar un franco, pero son tiempos difíciles para todos —expuso dubitativa, rumiando una idea—. Sé de una buena familia a quienes, dadas tus circunstancias, no les importará que eches algunas horas en su casa. Paloma les lleva sus jabones y son de confianza.

No alcanzó Aurora a preguntar quién era Paloma ni qué trabajo era aquel que le proponía porque justo entonces la puerta se abrió, permitiendo que por ella se colara el alboroto de una voz femenina.

—Te he dicho mil veces que no quiero que toques a los perros de la calle, Ginesito, que un día te van a pegar la sarna… o un buen mordisco. Ahora mismo vas a ir a lavarte las manos, pero bien lavadas, ¿eh?, que nos conocemos.

La reprimenda cesó en cuanto la joven madre asomó la cabeza al comedor y descubrió la presencia de Aurora.

—Buenos días —saludó cohibida antes de excusarse—. Perdón por las voces, no sabía que hubiera visita.

La joven, que seguía plantada en el quicio, llevaba un capazo de mimbre en la mano derecha; la izquierda reposaba sobre el hombro de un niño de unos tres años, muy rubio, vestido con pantalón corto que dejaba a la vista unas rodillas llenas de costras y con una sonrisa traviesa que hacía sospechar que aquella no sería la primera ni tampoco la última regañina que le caería.

—Pasa, Paloma, anda, justo acabamos de mencionarte —le pidió doña Tecla acompañándose de un elocuente vaivén de la mano—. Esta es Aurora, hace poco que está en Orán y se va a quedar una temporada.

A decir verdad, Aurora tenía intención de quedarse solo lo imprescindible para poder reunirse con sus hermanas y después alejarse todo lo posible del hombre del traje, aunque tampoco encontró fuerzas para rebatir aquella afirmación.

—Bienvenida.

La sonrisa de Paloma tuvo un efecto balsámico en el ánimo de Aurora. Era una de esas sonrisas que se encuentran en pocas ocasiones, de las que dejan traslucir la bondad de algunas almas, de las que abrazan y curan. Paloma tendría veintipocos y una cara caballuna de mandíbula prominente. Llevaba el pelo rizado sujeto por una coleta de la que se habían escapado una buena cantidad de mechones rebeldes. Era quizá demasiado alta y sus espaldas anchas le daban cierto aire masculino que parecía no preocuparse en disimular, pues vestía unos pantalones de pana, lo cual a Aurora de inmediato le recordó a Estrella.

—¿Queda algo de café?

—Ten —respondió doña Tecla sirviéndole una taza del termo que seguía sobre la mesa—, todavía debe de estar caliente.

—Dadme un minuto, que suelto el canasto y vuelvo enseguida.

—Quita, quita, déjame a mí. Que bastante has hecho ya pegándote el madrugón para hacerme los encargos y así de paso me aseguro de que este *chiquet* se lave bien las manos. Luego tengo que acercarme un momento donde Encarna, que le prometí prestarle mis zapatos de domingo para no sé qué visita que tiene hoy. ¿Quieres venir conmigo, Ginesito?

El niño asintió con tanta vehemencia que hizo reír a las tres mujeres.

—Vaya, no sabía yo de ese interés por ir donde la vecina —se sorprendió Paloma.

—Lo que le interesa a este malandrín son las almendras garrapiñadas que le da cada vez que lo ve aparecer por allí —aclaró doña Tecla—. Como no ha tenido nietos, se derrite con este pilluelo que, cuando quiere, bien que sabe poner cara de no haber roto un plato.

Se agachó para pellizcarle una mejilla al niño, que echó a correr por el pasillo entre risas infantiles que sonaban como campanillas. Cuando la viuda lo siguió, Aurora y Paloma se quedaron solas.

—¿Llevas mucho por aquí? —se apresuró a preguntar Aurora, más por esquivar preguntas sobre ella misma que por curiosidad.

—¿Te refieres a la pensión o a la ciudad?

—¿A ambas?

Paloma rio con naturalidad, como se ríen las personas que no esconden dobleces ni falsedades. Tenía los dientes grandes, muy blancos y algo separados en el centro. No se podía decir que fuera guapa, pero tenía algo que irradiaba luz en la mirada. Aurora decidió de inmediato que le caía bien.

—De hecho, llevo más de lo que jamás creí que iba a estar. —Se estiró para alcanzar el azucarero y, cuando hundía la cuchara en los diminutos cristales blancos, se escuchó la voz ronca de doña Tecla regañando al niño por algo que no llegaron a comprender. Entre las dos mujeres se instaló un silencio tranquilo en el que ambas se sintieron cómodas para ordenar los recuerdos y las pérdidas que conformaban sus vidas.

—Nosotras también vinimos creyendo que las cosas serían más fáciles —confesó Aurora al cabo.

—¿Nosotras? —inquirió Paloma extrañada.

Aurora suspiró y durante un momento jugueteó con las migas del mantel sin verlas. Ya no quedaba café, pero su aroma aún flotaba en la estancia, reconfortándole el alma. Resolvió que podía confiar en Paloma y acabó por resumirle todo lo vivido desde su llegada a Orán.

—Y yo… —concluyó—, yo creo que me voy a volver loca si no las encuentro.

No siguió hablando porque supo que, de hacerlo, acabaría rompiéndose.

—No te rindas, Aurora, no puedes permitírtelo.

—Es que no sé cómo voy a recuperarlas. Doña Tecla ha prometido ayudarme, pero tengo miedo de que no lo consiga… o de que cuando lo haga sea tarde.

—Ten fe, doña Tecla sabe lo que se hace, tú solo dale algo de tiempo.

Aurora quiso pensar que Paloma tenía razón. Al fin y al cabo, si estaba allí sentada a la mesa y no en una fría celda, era porque la buena mujer se había preocupado de ir a buscarla a prisión. Era la única persona que le había tendido una mano desde su llegada y, con un poco de suerte, conseguiría localizar a las mellizas. Con el ánimo algo más repuesto, Aurora se enjugó las lágrimas y se enderezó en la silla. Ya estaba bien de lamentarse, se dijo, las cosas iban a mejorar. Tenían que hacerlo.

—Siento ser una carga. Bastantes problemas tendrá ya doña Tecla, lejos de su país y viuda…

—Nunca llegó a casarse —le aclaró Paloma—. El luto es por su prometido, que murió semanas antes de la ceremonia.

—¡Qué tragedia! —Aurora se llevó la mano a la boca.

—A veces las tragedias de unos acaban siendo la suerte de otros.

A Paloma no le faltaba razón. Aunque la dueña de la pensión jamás se hubiera atrevido a reconocer que aquella muerte fue lo mejor que le podía haber pasado, no por ello dejaba de ser menos cierto.

Tecla se había prometido siendo muy joven, seguramente demasiado. Lo hizo porque Otto parecía beber los vientos por ella y porque su madre le insistió en que era un buen partido. «Tan alto y tan rubio, hija, a ver dónde encuentras otro con esa planta». En eso no se equivocaba. Al padre lo había despachado un infarto hacía un par de años, dejándolo a cargo de la mercería que regentaba su madre, una alemana tan seca en carnes como en maneras. Al principio, Tecla se dejó impresionar por las atenciones del muchacho, que parecía desvivirse por complacerla. Pero una vez el compromiso se confirmó, las cosas cambiaron. Otto pasó de ser el novio tierno y enamorado a dejar entrever un carácter posesivo y narcisista. Empezó a coartar la libertad de Tecla cuando aún faltaba para el enlace: «¿Qué van a decir en el barrio si te ven con esa blusa? Pareces una buscona, ve a cambiarte ahora mismo», «olvídate de ir a los toros con tus amigas, ¿o es que quieres cargarme con unos cuernos más grandes que los de un morlaco?»,

«lo que tienes que hacer es ir donde mi madre para aprender a cocinar comida de verdad y no esa bazofia que se come en tu casa». Y así, poco a poco, él fue creciéndose en tanto que Tecla menguaba.

Hubiera deseado huir, alejarse del hombre que iba a amargarle el resto de sus días, pero no podía cancelar el compromiso sin avergonzar a su familia. La fortuna llegó en forma de unas fiebres que de improviso se cebaron con Otto tras haber soportado un buen chaparrón durante un partido de fútbol con los amigos. Con aquella buena planta que decía su madre, nadie esperaba que no lo superara, y Tecla llegó a creer que lo que acabó sellando su destino fueron sus continuos rezos para que la providencia la librara de acabar atada a él de por vida.

Otto se murió casi sin enterarse, adormilado por la calentura en su propia cama. Tan pronto Tecla asimiló la noticia, se despidió de los suyos en Valencia y se subió a un vapor que la llevó hasta Orán con su pequeña maleta junto con la incredulidad de tener una segunda oportunidad. Como muchas, empezó sirviendo para familias francesas, pero cuando ahorró lo suficiente no lo dudó y se hizo con aquel piso cochambroso que, cuarenta años y grandes sacrificios después, se había convertido en una de las pensiones más populares del barrio de la Marina. Nunca tuvo la tentación de regresar, como tampoco de quitarse un luto que arrancaba condolencias a quienes conocían solo parte de la historia y que a ella le recordaba que lo último que necesitaba era otro Otto en su vida.

En aquel instante la puerta de la entrada se abrió anunciando el regreso de doña Tecla. A sus oídos llegaron con claridad sus pasos acompañados del tintinear del rosario que le colgaba del cuello. Segundos después irrumpía en el comedor arrastrando del brazo a Ginesito, que al ver a su madre corrió a esconder la cara en su regazo, avergonzado por la presencia de Aurora.

—*Filla,* he venido corriendo nada más enterarme.

—¿Qué ocurre, doña Tecla?

La mujer necesitó sentarse, la mano derecha sobre el pecho, para calmar su respiración agitada.

—Lo peor —se santiguó antes de besarse los dedos en forma de cruz—, eso es lo que ha ocurrido.

Aurora no podía apartar la vista del rostro descompuesto de doña Tecla, hipnotizada por el espanto que se dibujaba en él, sin atreverse a preguntar aquello de lo que no estaba segura de querer escuchar la respuesta.

—Haga usted el favor de decirnos algo, que nos tiene con el alma en vilo —conminó Paloma, apretando a su hijo contra su cuerpo como si temiera soltarlo y que ese mal tan terrible que se anunciaba lo alcanzara también a él.

—Han encontrado dos cuerpos más allá de la dársena Aucour —soltó doña Tecla al fin, la voz más ronca que nunca—. Por lo que he podido averiguar se trata de dos chicas jóvenes. Las acaban de sacar del agua.

Aurora cerró los ojos. No supo que perdía el conocimiento, tampoco que su cuerpo caía de la silla ni cómo los brazos de aquellas mujeres que apenas acababa de conocer la sostuvieron cuando su mundo se vino abajo.

Capítulo 3

Orán era una joya única y excepcional. Aprisionada entre el escarpado pico Aïdour al oeste y los profundos acantilados de Gambetta al este, ofrecía un puerto natural resguardado de las inclemencias del tiempo al fondo de una bahía abierta al norte. Su situación estratégica la había convertido durante siglos en hogar de españoles, otomanos y turcos, que la modelaron en un mestizaje impensable en cualquier otro rincón del mundo. Bajo el gobierno de Francia desde 1830, era una amalgama de idiomas, culturas, sonidos y olores que en un primer momento hacía imposible al visitante adivinar en qué continente se encontraba. Era, en realidad, una ciudad conformada por muchas.

Entre el mar y el desierto convivían musulmanes, europeos y judíos en un precario equilibrio sin renunciar por ello a sus costumbres. En Orán se cocinaba con aceite de oliva, se comía cuscús y no faltaba el café con churros —aunque allí los llamaran tallos—, se almorzaba a las doce como los franceses, pero se dormía la siesta como los españoles. La noche de San Juan se quemaban las hogueras y en Pascua se merendaba mona en lo alto del Aïdour. Y quien lo anhelara podía buscar a Dios tanto en la gran sinagoga como en alguna de las mezquitas o incluso en la catedral Sacré-Cœur de Jesús.

De entre todas, la española era la población más numerosa. Durante años, miles de alicantinos, entre otros, habían acudido como golondrinas a esa tierra prometida al otro lado del Mediterráneo en busca de una nueva vida, una mejor. Pese a su clima severo y a su suelo áspero, habían acabado por convertirla en

su hogar. Para cuando doblaron a la población francesa, la Administración temió que tan tremendo desequilibrio acabase por volverse en su contra, por lo que, en un intento de nivelar la balanza, se dictaminó que todo aquel nacido en suelo argelino lo haría como orgulloso ciudadano de la *République Française.* Por descontado, aquella medida desesperada no hizo desaparecer los Martínez ni los Gutiérrez, tampoco los corrillos de vecinas en sillas a la fresca, las coplas o las zarzuelas, ni las tardes acaloradas de fútbol o las corridas de toros en la plaza de les Arénes. Puede que Argelia fuera una colonia francesa, pero latía al compás de corazones españoles.

No obstante, Estrella y Rocío no tuvieron oportunidad de admirar el exotismo de los jaiques blancos y las babuchas de piel, ni la elegancia de los trajes a la moda parisina o los coquetos peinados con ondas de las jóvenes; tampoco les picó la nariz al pasar frente a un puesto de especias, ni esquivaron los excrementos de burro. No recorrieron el laberinto de la vieja *casbah* ni sortearon el tranvía amarillo, que paseaba sus anuncios de Amer Picon sobre el techo, para detenerse ante el tentador escaparate de una *boulangerie.* Nada de todo esto pudieron ver las mellizas desde el furgón policial al que las subieron por la fuerza tras sacarlas de la prisión civil donde Aurora había quedado atrás. Cuando las puertas del vehículo se cerraron, lo hicieron con un ruido sordo que sonó a sentencia.

—Puede tumbarse aquí.

Una voz de mujer les llegó desde el fondo del habitáculo trasero. Sin duda se refería a Estrella, tan débil que apenas podía mantenerse en pie. Las pupilas de Rocío pronto se dilataron lo suficiente como para distinguir un banco de madera alargado y estrecho atornillado a un lado de la carrocería. En un extremo se sentaba una mujer de aspecto tan andrajoso como ellas. El pelo era una maraña y sus ropas necesitaban con urgencia agua y jabón. Olía a orín viejo y penurias recientes, y no pudo preguntarse si ellas desprenderían el mismo aroma.

—Gracias —respondió ayudando a su hermana a recostarse. Ella se acomodó en la otra punta para que Estrella descansara la cabeza sobre sus piernas.

—Me llamo Amparo, pero todos me dicen Amparín —se presentó la mujer—. ¿Es tu hermana?

El cabello indomable de Estrella, de un color castaño oscuro, contrastaba con el tono amielado que Rocío solía encontrar en el espejo. Lo mismo ocurría con los ojos. Mientras los de Rocío eran de un suave tono avellana, los de su hermana eran tan oscuros que podían pasar por negros. Consciente de que, aun habiendo compartido vientre materno eran como el día y la noche, Rocío asintió.

—Somos mellizas.

—No me digas, en mi familia por parte de padre siempre ha habido gemelos, pero de los que son iguales, clavados. Vamos, que no había manera de diferenciarlos ni conociéndolos bien. A mí me hubiera hecho ilusión tener gemelos, ya ves, pero nada, yo solo supe hacerlos de uno en uno. Eso sí, siete parí, varones todos. Aunque vivos no me queden ni la mitad. La guerra me los quitó. A todos, a los vivos y a los muertos.

Amparín se sumió en un silencio acompasado por el traqueteo del furgón.

—Lo siento —musitó Rocío.

—Es lo que hay, de nada sirve lamentarse.

Pasaron un rato calladas, acusando los baches del asfalto bajo sus traseros y respirando la mezcla de gasolina y aceite del motor. El hedor corporal ni lo notaban.

—¿Sabe dónde nos llevan? —preguntó Rocío.

Lo cierto era que se sentía perdida sin Aurora. El haber crecido sin madre hizo que su hermana mayor fuera desde siempre su cobijo y su consuelo. Sin ella no se sentía capaz de seguir adelante.

—A saber. Estos franchutes hacen lo que les viene en gana… ¡Y cualquiera se lo discute!

—Pero es que nosotras no hemos hecho nada. —Rocío se percató al instante de que sus palabras podían malinterpretarse y trató de rectificar—. Disculpe, no era mi intención decir que usted… Vaya, que a lo que me refiero…

—Tranquila, mujer, si te he entendido. Además, no hace falta haber hecho nada para que te trinquen —afirmó con rotundidad—. Aquí las cosas funcionan de otra manera, ¿entiendes?

Rocío no lo entendía y Amparín se explicó.

—A ver, ¿es que a ti nadie te ha dicho que aquí los españoles somos como un grano en el culo? La inquina les viene de lejos, de cuando nuestros abuelos llegaron porque en sus casas se pasaba hambre y decidieron que, ya puestos, bien podían jugársela al otro lado del mar. Total, ¿qué iban a perder si nada era lo que tenían? —Rocío escuchaba con atención y acariciaba la cabeza de Estrella, que respiraba profundamente. Parecía dormida. Mejor así, debía reservar energía—. Mi padre abrió una tiendita donde vendía los turrones que elaboraba mi madre sin ayuda de máquinas ni *boixets.* Lo hacía a la antigua usanza, como aprendió de su abuela, y no te digo cómo olía la casa entera… Es que eran de Jijona, ¿sabes? A mi madre, cada vez que hablaba de las calles o las gentes de su pueblo, se le saltaban las lágrimas, pobre. Solo volvió una vez, ya bien preñada de mí, nunca supe si lo hizo queriendo o fue una coincidencia, pero el caso es que el parto se adelantó y acabé naciendo allí. Por esa carambola del destino resulta que soy tan española como lo fueron ellos. Bien que me alegro.

Amparín se perdió unos instantes entre sus recuerdos, al cabo retomó el hilo de su relato.

—Trabajaron duro mis padres, pero salieron adelante. Y eso que ellos no contaban con las facilidades de los franceses: que si concesiones de terrenos, que si préstamos bancarios para invertir… ¡Menudo empeño el de su Gobierno por colonizar el norte de África! ¡Ja!

—¿Y qué pasó?

—Pues pasó que este condenado clima los hizo volver a su país con el rabo entre las piernas… eso los que no se habían muerto antes de malaria, cólera o cualquier enfermedad, claro. Ellos no se parecen a nosotros, que somos duros como el esparto y estamos acostumbrados a trabajar tierras resecas y áridas, a las inclemencias del sol y a partirnos el lomo. Le pese a quien le pese, estamos hechos de otra pasta. —Amparín hablaba sin poder disimular el orgullo patrio—. Imagínate el descalabro ahora, que tras la victoria de Franco su querida colonia vuelve a rebosar de españoles que llegan huyendo de las represalias.

—¿Quiere decir que para ellos somos un estorbo?

—No, te estoy diciendo más: para ellos somos un peligro. Sobre todo ahora, que estamos en medio de otra guerra.

—Pero ¿por qué?

—Temen que nos sublevemos, que nos hartemos de ser humillados y menospreciados, que reclamemos una tierra que sentimos nuestra porque nuestro sudor la riega. Saben que podemos desbaratar el equilibrio en el que se sostiene su acomodada y frágil existencia. En resumidas cuentas: no nos quieren aquí. Y harán todo lo posible para evitarlo. Cualquier cosa.

—Pero ni mis hermanas ni yo tenemos nada que ver con eso —protestó Rocío—. No estamos afiliadas a ningún partido, ni siquiera hemos luchado en el frente.

—¿Y quién ha dicho que eso importe?

Al escuchar a Amparín, Rocío cobró conciencia por primera vez de la ratonera a la que habían ido a parar. También de que no tenían escapatoria.

—Entonces, ¿usted tampoco ha hecho nada?

—Uy, no, yo sí que he hecho, ya lo creo —la corrigió Amparín con una risa seca que sonó a graznido de ave de mal agüero—. Yo maté a un hombre… o al menos eso intenté.

Rocío la miró perpleja, tratando de decidir si bromeaba. No se lo pareció.

—Un gendarme vino a llevarse a mi hijo Andrés, el pequeño —aclaró Amparín—. Porque será hijo mío, pero bobo es un rato. Ya me dirás tú lo que se le había perdido a él en la guerra civil. Ni siquiera había puesto un pie en España hasta que decidió que se alistaba para defender el país de sus abuelos. Igual de tonto que sus hermanos. Total, que acabó regresando esquilmado después de la derrota. Al menos él regresó… —Tras una breve pausa cargada del peso de cuanto callaba, continuó—: Lo tenía escondido en casa, que para uno que me queda no estoy dispuesta a perderlo. Soy su madre, y ya se sabe que una madre haría cualquier cosa por sus hijos.

Rocío se llevó la mano al vientre en un gesto inconsciente al escucharla.

—Se lo querían llevar. A uno de esos campos de trabajo del desierto que no son más que el mismísimo infierno en la tierra. ¿Has oído hablar de ellos? —Amparín no esperó respuesta—. No hay apenas comida ni casi agua. Los vientos son tan fuertes que cuando la arena te golpea, te despelleja como a un conejo. Bajo las dunas viven escorpiones y serpientes que con una sola picadura provocan una muerte lenta y dolorosa. Durante el día el sol te quema vivo y por la noche se te congelan las pestañas. Pero lo peor son los guardias. Allí no hay ley que valga, salvo la que el jefe del campo decida. Y por lo general son unos sádicos que disfrutan con el sufrimiento ajeno. Mi hijo no va a ir a uno de esos campos para morir como una alimaña, al menos si yo puedo evitarlo. Así que cuando el gendarme se presentó en su busca, no me lo pensé. Le clavé en el cuello las tijeras de costura que llevaba en la mano al momento de abrir. ¡Virgen santísima! Salió un chorro de sangre que aquello parecía una fuente. Se puso a chillar como un cerdo en plena matanza, pero yo no podía dejar de mirar. Había tanta sangre.

Estrella parecía haberse espabilado y, recostada en el banco, prestaba atención al relato de Amparín. Ni ella ni Rocío dijeron nada, horrorizadas.

—En fin, con tanto grito llegaron más policías. Y me detuvieron, claro —continuó sin dar importancia al impacto que sus palabras habían provocado—. Pero mi hijo ya había puesto pies en polvorosa y no lo encontraron. Así que, si me preguntas, volvería a clavarle las tijeras mil veces a ese malnacido. Sí, señor.

Rocío la había escuchado hipnotizada por la fiereza del amor de aquella madre que aceptaba su sacrificio con satisfacción. Se preguntó si, llegado el caso, ella sería capaz de algo así. Y no le cupo duda de la respuesta.

En ese instante, Estrella sufrió un violento ataque de tos que tras varias sacudidas la dejó agotada y sumida de nuevo en un duermevela.

—Mala cosa estar enferma en estas circunstancias.

—Se va a poner bien —atajó Rocío, barbilla en alto y dando firmeza a sus palabras como si así pudiera hacerlas realidad.

—Claro —asintió Amparín, incapaz de ocultar el tono de duda en su voz. Comprendía que Rocío necesitara creer en ello porque a veces solo necesitamos aferrarnos a algo para seguir respirando. Al igual que ella, que se negaba a pensar otra cosa que no fuera que su hijo Andrés había escapado sano y salvo—. En fin —suspiró—. Tal vez pronto nada de esto importe.

—¿A qué se refiere? —A Rocío la embargó un mal presentimiento. Por un momento intuyó que Amparín sabía algo que hasta entonces había callado. Algo que no sería agradable de escuchar—. Diga, Amparín —insistió—, ¿adónde nos llevan?

—Quién sabe —la mujer se encogió de hombros, por primera vez parecía vencida y cerró los ojos para recostarse contra la carrocería—, quizá a algún lugar apartado donde tirarnos al mar y que nunca se vuelva a saber de nosotras.

Capítulo 4

Con la mediación de doña Tecla, Aurora Robles había entrado a trabajar para la señora Sagrario Moragues dos semanas atrás, justo después de descubrir que las dos jóvenes ahogadas en el puerto no eran las mellizas, sino las desafortunadas hijas de un pescador del barrio. El alivio que se instaló en el corazón de Aurora le hizo sentirse tan miserable que apenas lograba mirarse al espejo. No se alegraba de que las hijas de aquel pobre hombre se hubieran ahogado, pero necesitaba que no fuesen sus hermanas; lo necesitaba para seguir respirando, como si de otro modo la que se sumergiera en las profundidades del mar fuera ella misma. Porque encontrarlas era lo único que le importaba. Sin ellas, seguir adelante no tendría sentido.

Situada en la *place* de la Bastille, cerca del Grand Hôtel de cinco plantas y estilo haussmaniano y de la coqueta iglesia de l'Esprit, la casa de los Moragues era una robusta construcción de tres alturas con vistas al bullicio y a las palmeras. La fachada era avainillada y alguien con buen gusto había elegido para las contraventanas un azul que iluminaba los balcones. Un primer vistazo a la casa bastó para que Aurora se hiciera una idea de la fortuna que poseía la familia Moragues. Tras la puerta de entrada, un patio interior descubierto con azulejos cerámicos de motivos geométricos parecía ejercer de palpitante corazón. La luz del sol oranés se derramaba casi con obscenidad sobre palmitos, potos y buganvillas de vibrantes colores. Olía a jazmín y azahar. En la esquina más fresca y sombreada había una inmensa pajarera de hierro de la que escapaba un alegre trinar. En los dos pisos superiores, un corredor

con barandilla de madera barnizada dibujaba el perímetro del patio dando paso a las diversas estancias.

—¿Hola? —A su llegada Aurora no había descubierto a nadie a la vista, así que tras un carraspeo lo intentó de nuevo más alto—: ¿Hay alguien?

Como persiguiendo el eco de sus propios pasos sobre el suelo adoquinado, apareció una mujer que debía de haber cumplido ya los sesenta, tenía un cuerpo menudo y desprendía una energía casi juvenil en cada uno de sus gestos ágiles y nerviosos.

—¡Ya decía yo que me parecía estar escuchando voces! —exclamó levantando las manos en el aire—. Fíjate que casi llego a creer que sería mi difunto esposo queriendo contactar conmigo desde el más allá. No te vayas a pensar, yo no entiendo de esas cosas, pero justamente la semana pasada vino a verme Marie Bouvoir y me contó que una vez en su casa de París celebró una sesión de espiritismo. Y asegura que las luces parpadearon, las cortinas se movieron… ¡Imagínate el susto! Así que cuando he empezado a oír voces, me he dicho: ya está aquí mi Rodrigo que quiere decirme algo. Y mira, se me ha acelerado hasta el corazón —anunció llevándose la palma al pecho. Solo entonces la mujer pareció apercibirse de que Aurora permanecía inmóvil frente a ella sin atreverse a interrumpirla—. Por cierto, ¿tú quién eres?

—Me llamo Aurora Robles y soy la nueva planchadora —respondió, aliviada de poder explicarse—. Vengo recomendada por doña Tecla, de la pensión Valencia, pero si no es buen momento…

—¡Por supuesto! —la interrumpió dándose un ligero golpe en la frente—. Me vas a disculpar, pero a la gente de mi edad a veces se nos olvidan las cosas, ¿sabes?

Añadió un guiño travieso que consiguió que a Aurora le cayera inmediatamente en gracia, aunque también le hizo dudar de si realmente era la anciana desvalida que le divertía aparentar. Su origen español era evidente, pero vestía un amplio caftán de seda celeste con elaborados bordados dorados en puños y cuello. Por

debajo asomaban unas babuchas de piel de camello con puntera curvada hacia arriba.

—Soy la viuda de Moragues, pero prefiero que me llames Sagrario, que para algo me lo puso mi madre. ¿Sabías que todas las mujeres de mi familia se han llamado así desde hace tantas generaciones que hemos perdido la cuenta? Quiero decir que en todas las casas hay al menos una Sagrario, no que bauticemos a todas las hermanas igual, porque menudo lío se armaría… —Se rio al imaginar semejante escenario. De repente parecía poco más que una niña.

—Como usted prefiera, señora.

—Y nada de «señora», por favor te lo pido. No me ha gustado nunca y dudo mucho que empiece a gustarme a estas alturas. Anda, ven, que te voy a presentar algunos de mis pájaros mientras llega Manuela, que es la cocinera, ama de llaves y mi mano derecha. ¡Qué haría yo sin ella! Ha salido a hacer unos recados, pero no tardará en volver. Ya te explicará en detalle en qué consiste tu trabajo, que seguro que lo hace mejor que yo.

A partir de ese día, cada mañana Aurora acudía zigzagueando entre cafés y *magasins* a casa de los Moragues en una vieja bicicleta que le consiguió doña Tecla y a la que le enseñó a montar Paloma con cierto éxito. Allí la esperaba una montaña de ropa de cama de algodón con la letra eme primorosamente bordada, manteles de hilo con puntilla en el borde, vestidos elegantes, camisas blancas que almidonar y trajes de corte impecable para planchar. Solía comer en la cocina en compañía de Manuela, que resultó ser una almeriense estricta pero con buen corazón que llevaba tantos años al servicio de la familia que ya ni se acordaba de su vida anterior. El cuarto de la plancha, donde Aurora pasaba la mayor parte de las horas, estaba ubicado junto a la cocina en la planta baja y tenía un pequeño ventanuco que daba al frondoso patio ajardinado por donde solía pulular Sagrario de Moragues cuidando de sus aves con amor maternal.

Cada vez que se cruzaban, la llamaba para mostrarle un nuevo huevo o para recalcar lo importante que era hablar a los pájaros

para acostumbrarlos a las personas. Manuela le había explicado que, tras la muerte de su esposo y el enlace de su hija menor con un empresario cordobés, quien, como era natural, se instaló junto a su marido en España, la señora había caído en un abatimiento que la mantuvo errante por los aposentos vacíos durante meses. Lo que la devolvió a la vida fue una pareja de agapornis que su hijo le trajo de uno de sus viajes. Nadie hubiera esperado el fervor ornitológico que el regalo despertó en Sagrario, quien desde ese momento mandó construir aquella monstruosa jaula en el patio y vivía casi en exclusiva para sus pájaros, a los que había puesto nombre y jamás confundía. Con el tiempo incluso llegó a amaestrar una cacatúa que se posaba sobre su hombro, desde donde chillaba palabras malsonantes, para regocijo suyo y espanto de Manuela.

El primogénito de la señora y culpable de que la casa se llenara de plumas se llamaba Rodrigo Morague, igual que lo hicieran su padre y abuelo antes que él. Era el único hijo varón y, por tanto, heredero de la inmensa fortuna familiar, que no dejaba de aumentar gracias a sus muchos y prósperos negocios, entre los que destacaba uno de los más reputados viñedos del Oranesado. Se trataba de un joven alto de amplias espaldas, cabello castaño y los mismos extraordinarios ojos cobrizos de su madre. A pesar de su juventud, irradiaba una magnética seguridad en sí mismo y su voz grave vibraba con la determinación de quien está acostumbrado a que sus palabras sean tenidas en cuenta. Educado y cortés como buen francés, era además apuesto gracias en gran parte a una mandíbula cuadrada y perfectamente rasurada.

Debido a las múltiples obligaciones que sus negocios le generaban, Rodrigo siempre estaba atareado. Entraba y salía de la casa con frecuencia, se encerraba durante horas en su despacho, acudía a reuniones con los altos cargos de la Administración o cerraba tratos en los restaurantes más selectos de la ciudad, donde jamás necesitaba esperar para ser acomodado en las mejores mesas. En ocasiones las negociaciones se alargaban hasta la madrugada y los acuerdos acababan por cerrarse con un apretón de

manos en algún cabaret con el ambiente cargado de humo y la música del espectáculo de turno sonando de fondo. Rodrigo Moragues no solo causaba buena impresión en los de su mismo sexo: los arrebatadores destellos de su mirada eran los culpables de que no pocas mujeres suspiraran de anhelo a su paso. No obstante, y tras hacerse público su compromiso con Delphine Blanchard, a las oranesas no les quedó más remedio que conformarse con suspirar.

Sin embargo, lo que despertó la curiosidad de Aurora por Rodrigo no fue su abultado patrimonio ni su evidente atractivo. Y es que a esas alturas empezaba a desesperar. Doña Tecla había llamado a muchas puertas sin conseguir ni la más mínima información sobre el paradero de Estrella y Rocío por lo que la impaciencia la devoraba. Era imposible que hubieran desaparecido sin dejar rastro, alguien tenía que saber dónde estaban. Solo necesitaba encontrar a ese alguien… y Rodrigo Moragues iba a ayudarla a hacerlo. Aunque, por supuesto, ni él mismo lo sospechara.

Tras varios días rumiándola, aquella descabellada idea empezó a parecerle la mejor de sus opciones. Por eso se dispuso a llevarla a cabo de la forma más discreta posible. Primero fue necesario calibrar a Rodrigo, y a tal fin empezó a pasar con más frecuencia de la necesaria frente a su despacho con la excusa de llevar y traer ropa recién planchada. Pegaba la oreja a la puerta cuando él estaba dentro por si podía captar el fragmento de alguna conversación. Asimismo, desde su ventanuco de la sala de la plancha, observaba con atención cada vez que recibía visita, e incluso se forzó a salvar su reparo inicial y aprovechar el carácter locuaz de la señora Sagrario para sonsacarle con disimulo información acerca de sus amistades y relaciones.

Pronto constató que Rodrigo era un hombre bien posicionado, con contactos en muchos y diversos ámbitos. El día que supo que su futuro suegro era el mismísimo *commissaire* de policía en Orán, se convenció de que entraba dentro de lo posible que conociera a algún oficial de la prisión civil donde las habían encarcelado y que pudiera

proporcionarle información del paradero de las mellizas. Renovadas sus esperanzas, Aurora se hizo el firme propósito de comprobarlo.

Había llegado el momento de llevar a cabo la segunda parte de su plan, la más arriesgada: debía echar un vistazo al despacho de Rodrigo, revisar su agenda y la correspondencia. Con un poco de suerte encontraría un nombre o unas señas que le fueran de utilidad. Lo que haría después aún no lo sabía, tal vez doña Tecla pudiera ayudarla. Lo importante era empezar consiguiendo ese nombre.

La primera oportunidad se le presentó un viernes por la mañana. Rodrigo había salido temprano para reunirse en el Grand Hôtel con unos empresarios vitícolas venidos de la metrópoli y la señora Sagrario, que detestaba madrugar, aún se encontraba en su dormitorio, en tanto que Manuela andaba atareada en la cocina. Aurora decidió no desaprovechar la ocasión e ignoró el temblor de piernas que le producía solo pensar en lo que se disponía a hacer. Era consciente de que, si la descubrían, una sola llamada de los Moragues bastaría para acabar arrestada de nuevo. Con todo, el deseo de reunirse con sus hermanas la aguijoneaba con más fuerza que cualquiera de sus miedos. Armándose de valor, se colocó frente a la puerta del despacho con la firme intención de colarse dentro. El inesperado chillido de un periquito madrugador la sobresaltó cuando su mano ya rozaba el picaporte, casi parecía estar dando la voz de alarma. Aurora apartó esos pensamientos absurdos de su mente y respiró hondo antes de abrir.

El despacho la recibió en penumbra. Las contraventanas estaban cerradas y prefirió no accionar el interruptor. Aguardó unos segundos hasta distinguir los contornos de una habitación amplia y masculina vestida con madera de caoba y cuero. Una librería ocupaba una pared de suelo a techo, al centro una pesada mesa de escritorio con pies de bronce acaparaba la atención. Sobre ella, algunos papeles bien ordenados, una escribanía de mármol y una lámpara con tulipa de cristal verde, también un teléfono de baquelita. La peana con la bandera tricolor *bleu, blanc, rouge* no la

sorprendió; en cambio, un libro que había a su lado, en cuya portada aparecía el rostro de Hitler, sí lo hizo. *Mein Kampf,* le pareció que se titulaba. Al otro extremo, junto a un mueble bar con varias botellas, una mesa pequeña y redonda con cuatro butacas. Le llegó a la nariz una suave mezcla de loción de afeitar y uva madura. No pudo evitar preguntarse si aquel sería el olor de Rodrigo.

Entonces, como si sus pensamientos hubieran tenido el poder de invocarlo, un fogonazo de luz la deslumbró y una voz recia sonó a su espalda.

—¿Se puede saber qué haces aquí?

El corazón de Aurora se desbocó. Habían pasado apenas unos minutos desde que lo viera salir de casa y lo primero que se le ocurrió fue que la reunión se hubiese cancelado o que el olvido de algún documento importante lo hubiera obligado a regresar. Tanto daba, el caso era que lo había hecho y ahora Rodrigo la observaba con fijeza desde la puerta, con toda seguridad preguntándose qué hacía la muchacha de la plancha en el último lugar donde debía estar.

Por suerte, Aurora no había tenido tiempo de abrir siquiera un solo cajón del escritorio; de hecho, seguía plantada en el centro de la estancia con cara de boba sujetando por la percha un traje recién planchado que había tenido la precaución de llevar por si se daba el caso de que necesitase justificar su presencia.

—Le traía esto —explicó mostrando la prenda a la vez que hacía un gran esfuerzo por que no se le trabara la lengua con los nervios—. Me ha parecido entender a Manuela que debía dejárselo aquí, aunque quizá… quizá me haya confundido. Le ruego me disculpe. —Sin atreverse a levantar la vista, se encaminó hacia la salida deseando desaparecer cuanto antes.

Al escuchar lo que, por mucho empeño que puso Aurora, resultaba evidente que no era más que una excusa, Rodrigo alzó una ceja. Le pareció todavía más imponente que de costumbre.

—Espera… —le ordenó rebuscando en su memoria.

—Aurora —murmuró ella en voz baja—. Aurora Robles.

—Bien, Aurora Robles. Seguro que puedes tomarte un minuto de descanso. Ponte cómoda, por favor.

Mientras él abría las ventanas y la estancia se llenaba del sol de la mañana, Aurora dejó el traje en el respaldo de una butaca y se sentó rozando apenas el borde con el corazón aún al galope. Estaba segura de que la iba a despedir, eso en el mejor de los casos, porque también podía denunciarla y eso sería el fin.

—Dime una cosa, Aurora, ¿te gusta trabajar en esta casa?

—Por supuesto, señor Moragues —se apresuró a responder en busca de una ya más que improbable redención—, su madre es una mujer extraordinaria.

—Me alegra oírlo —contestó él sin haber tomado asiento todavía, con las pupilas fijas en ella.

Aurora se mordió el labio y sintió cómo las orejas le ardían ante semejante escrutinio. A continuación lo vio acercarse al mueble bar y, pese a lo temprano de la hora, servir dos vasos. Le ofreció uno y ella se limitó a girarlo entre los dedos sin llegar a acercárselo a los labios.

—¿No te gusta el coñac?

—No lo sé —confesó—, nunca lo he probado.

—Pues no se me ocurre mejor momento para hacerlo.

Arrepentida de haber sido una estúpida, de haber entrado en aquel despacho, de haber dado pie a una situación que de ningún modo podía acabar bien, Aurora bebió un pequeño trago que le supo a rayos, aunque procuró disimularlo.

—Bien, ahora que estamos más tranquilos, dime una cosa… —Rodrigo retomó la conversación al tiempo que se acomodaba en otro de los sillones—. ¿Qué demonios estabas buscando aquí dentro? Y no me vengas otra vez con la excusa del traje, por favor, ambos sabemos que no es verdad.

Habituado a calibrar a su contrario durante sus negociaciones comerciales, Rodrigo estudiaba cada uno de sus gestos. Aurora detuvo el movimiento nervioso de sus rodillas y trató de pensar con rapidez, temerosa de que un solo paso en falso la llevara a perder la

libertad junto con la posibilidad de averiguar el paradero de sus hermanas.

—Lamento decírtelo así —insistió él con firmeza ante su titubeo—, pero dadas las circunstancias, mucho me temo que no tienes otra opción que contestar.

—Puedo explicarlo —arrancó Aurora con el escaso aplomo que fue capaz de reunir—. No busco lo que parece. Bueno, en realidad no sé lo que parece que busco pero, sea lo que sea, le aseguro que se trata de algo más complicado que eso.

—Te escucho.

Rodrigo se cruzó de brazos frente a Aurora, que, consciente de que con engaños no haría más que empeorar su ya complicada situación, se decidió a contarle toda la verdad. Le habló de su llegada a Orán huyendo de Alicante, de la prisión donde las habían encerrado, de la separación forzosa de las mellizas, de la angustia que la carcomía por dentro… Al terminar, tenía las mejillas húmedas y el corazón en un puño.

—Ten. —Rodrigo le ofreció su pañuelo—. Lamento mucho todo por lo que has tenido que pasar, no debe de haber sido fácil.

No lo había sido y Aurora pensó que alguien como Rodrigo, afortunado desde la cuna, no podría siquiera imaginarse hasta qué punto. Solo quien se ha perdido en el desierto puede comprender lo que llega a doler la sed.

—Fue entonces cuando decidiste colarte en mi despacho, ¿es eso?

Aurora se ruborizó de nuevo.

—Dicho así… —protestó débilmente.

—¿Y qué buscabas? —preguntó observándola con sus extraños ojos cobrizos con tanta profundidad como si adivinara el más ínfimo de sus pensamientos. Puede que sopesando si era sincera, o quizá simplemente decidiendo su castigo—. ¿Dinero?

—¡No! —Aurora se irguió como si hubiera recibido un latigazo y, por primera vez, se atrevió a devolverle la mirada con la barbilla alzada—. Yo lo único que quiero es el nombre de alguien que pueda

ayudarme. Se me ocurrió que, de entre toda la gente importante que usted conoce, tal vez aquí encontrara algún contacto que sepa dónde están Estrella y Rocío.

Antes de responder, Rodrigo se levantó para devolver la botella al mueble bar y regresó para acomodarse de nuevo en la butaca, esta vez con los codos sobre las rodillas, inclinado hacia ella.

—Al menos —dijo—, debo reconocer que hay que ser muy valiente para llegar hasta donde tú lo has hecho.

—Yo más bien diría que hay que estar muy desesperada —se atrevió a corregirlo.

—Eso también —concedió él.

Durante unos segundos el silencio se instaló entre ambos y Aurora contuvo la respiración. No podía culparlo si pensaba que mentía. Tampoco podía exigirle que la creyera, ni que, de ser así, le importase. Después de todo, ¿por qué debía hacerlo?

—Bueno, será mejor que solucionemos esto cuanto antes —dijo Rodrigo, haciendo que Aurora cerrara los ojos de forma involuntaria—. Yo llego tarde a mi cita y con el carácter que se gasta Manuela no me extrañaría que te caiga una buena regañina si no regresas pronto a tus labores.

—¿Cómo dice? —Aurora los abrió de pronto, no estaba segura de estar comprendiendo bien—. ¿No estoy despedida?

—¿Despedida? —se extrañó él, como si aquella idea jamás hubiera pasado por su cabeza—. Al contrario, lo que pretendo es ayudarte a localizar a tus hermanas.

Por un instante Aurora boqueó descolocada. De todos los desenlaces posibles para la rocambolesca situación que ella misma había provocado, ese nunca lo hubiera adivinado. Resultaba que, tras el descalabro en que había acabado su plan, no solo no iría a parar de nuevo a prisión, sino que, por sorprendente que le resultara, Rodrigo se ofrecía a ayudarla. El corazón ahora le bailaba enloquecido en el pecho.

—Vamos, cuéntamelo de nuevo. Después decidiré dónde buscar —le pidió él antes de prender un Bastos—. Porque las vamos a

encontrar, que no te quepa la menor duda. ¿Cómo has dicho que se llaman tus hermanas?

El infinito alivio que la invadió no evitó que Aurora se preguntara por qué Rodrigo, un hombre ocupado por infinidad de asuntos más importantes, se interesaba por los problemas de una simple planchadora. Aun así, decidió que no podía rechazar aquel inesperado golpe de suerte. Después de repetir su historia una vez más, lo vio coger el teléfono y hacer varias llamadas. Retorciéndose nerviosa las manos, lo escuchó hablar en francés con una dicción impecable y a tal velocidad que, por mucho empeño que puso, le resultó imposible seguir la conversación. Al fin, varios minutos eternos después, colgó para dirigirse a ella en español.

—Trasladaron a tus hermanas a La mer et les pins.

Al escuchar la noticia, el rostro de Aurora se iluminó y lágrimas gruesas como todo el pesar acumulado rodaron por sus mejillas.

—Entonces, están… Quiero decir que ellas están…

—Están vivas, sí.

Un sollozo de alivio se le escapó de lo más hondo de su pecho y, con todo, se sintió llena de aire, de vida y de esperanza.

—Según parece, una de ellas estaba algo delicada de salud —apuntó Rodrigo prudente—, nada que un buen médico no pueda solucionar.

—¡Gracias! No se imagina lo que significa esto para mí. —Se detuvo para llevarse a las mejillas el pañuelo de Rodrigo, que aún conservaba en su mano, completamente arrugado—. Ese lugar… ¿cómo ha dicho que se llama?

—La mer et les pins. Es un centro de internamiento situado en la costa, no demasiado lejos de aquí. Por lo que he podido averiguar es un buen lugar, no temas. Yo creo que son buenas noticias.

—¡Desde luego que lo son! —exclamó Aurora, que sentía hasta la última fibra de su cuerpo vibrar de la emoción—. No las podría haber mejores y yo no sé cómo agradecérselo, de verdad.

Él rechazó aquellas palabras espantándolas con una mano en el aire.

—Tuteándome, para empezar. Una manía heredada de mi madre —contestó manteniendo aquella forma de mirar que parecía atravesarla—. El caso es que los viñedos de mi familia no quedan muy lejos de allí. Aún falta para la época de vendimia pero ya está cercana la poda, así que voy con frecuencia para comprobar que todo funciona como es debido. Había programado un viaje al *domaine* Soleil d'Oran para el próximo viernes. ¿Querrías acompañarme? Iremos en mi coche y podríamos pasar antes por La mer et les pins, si a ti te parece bien, claro.

Aurora parpadeó varias veces y se habría pellizcado de no darle vergüenza que Rodrigo la viera. ¿De verdad podía la fortuna, que tanto la había esquivado hasta ahora, sonreírle por fin?

—¿Que si me parece bien? —respondió tratando de calmar su voz y sus nervios—. ¡Me parece mejor que bien!

En ese momento de euforia, con la maravillosa sensación de tener el cuerpo ligero y la esperanza de recuperar a sus hermanas más viva que nunca, Aurora le sostuvo la mirada a Rodrigo convencida de que hubiera sido capaz de besarlo.

Solo el recuerdo de Martín la contuvo.

Capítulo 5

Rocío se removió en un intento de cambiar de postura, pero tan solo consiguió que le doliera cada uno de los huesos del cuerpo. No quería ni pensar en cómo sería cuando el embarazo estuviera avanzado. Sintió la humedad que se colaba por la rendija del portón trasero y se acomodó como pudo en el duro asiento de aquel furgón gris. La respiración pesada de Estrella en su regazo la calmó. Hacía rato que habían sacado por la fuerza a Amparín, la mujer que había intentado matar a un hombre con unas tijeras de costura para defender a su hijo con la misma desesperación de las fieras acorraladas. Caía la tarde cuando la arrastraron fuera sin miramientos ni tiempo para despedidas. La vieron desaparecer en el más espeso de los silencios, el del miedo. Sabían que no volverían a verse. Rocío aguardó con la respiración contenida por si se escuchaba alguna detonación a sabiendas de lo que significaría; por suerte, el vehículo se puso en marcha y el rugido de su destartalado motor acalló todo lo demás. Fuera lo que fuera.

En momentos como aquel, cuando la oscuridad se tornaba tan espesa que costaba respirar, le solían asaltar a traición las dudas sobre lo que le habría sucedido a Aurora. Solo deseaba que hubiera corrido mejor suerte que ellas.

Volvieron a detenerse, esta vez para que subieran al furgón un grupo de tres mujeres con dos niños. En un principio le resultaron familiares, luego se dio cuenta de que todos los rostros acababan pareciéndose, no tanto en los rasgos, sino por la expresión de derrota que todos compartían. Eran españolas pero Rocío comprendió enseguida que no eran como Amparín. Se sentaron en

el otro banco, lo más alejadas posible dentro del reducido espacio, y con ninguna intención de entablar conversación. Sin disimulo se taparon la nariz con la ropa cuando un nuevo acceso de tos se apoderó de Estrella, a quien la virulencia de las convulsiones arrancó de su sueño intermitente. Trató de incorporarse, pero le fallaron las fuerzas y Rocío la ayudó para evitar que se atragantara.

—Respira despacio —le susurró, una mano apoyada en su espalda—. Eso es, lo estás haciendo muy bien. Respira.

El silbido burbujeante que acompañaba cada expectoración delataba que pecho y pulmones estaban afectados. Dolía solo escucharla. Su estado había empeorado de forma preocupante, lo cual no era de extrañar, habida cuenta de que desde su huida de Alicante no había podido dormir en una cama decente ni mucho menos disfrutar de una comida consistente y caliente. Rocío, testigo impotente de cómo la enfermedad iba devorando poco a poco a su hermana, trató de contener las lágrimas y la estrechó contra sí, procurando traspasarle el calor de su propio cuerpo. La meció susurrando palabras de aliento al oído. Pero la tos, terca, no cesaba.

—Ya está bien. ¡Haz que pare!

La protesta les llegó desde el banco de enfrente. Las mellizas la ignoraron porque Estrella estaba ocupada en llenar de aire sus pulmones y Rocío en no derrumbarse. En cuanto cesaron las convulsiones, Estrella se dejó arrastrar por un sopor con el que aliviar sus párpados hinchados y su garganta desgarrada.

—¿No os queda ni una pizca de piedad para quienes están peor que vosotras? —las interpeló entonces Rocío, temblando más de rabia e impotencia que de frío.

—¿Piedad? ¡Podría ser tuberculosis! ¿Qué pasa con nuestros niños? ¿Y si se contagian?

—¿Y qué pretendéis que hagamos? —Rocío asestó una furiosa patada al suelo de chapa—. Sabéis tan bien como yo que no podemos salir de aquí.

Le tembló la barbilla, pero se esforzó por no derramar ni una sola lágrima, consciente de que lo que tenía enfrente no era otra cosa

sino la mezquindad humana que destilan las grandes desgracias. Pasó la mano por la frente sudorosa de su hermana y la estrechó fuerte contra sí. El acceso parecía haberle dado un respiro, si bien a esas alturas no se engañaban, ambas sabían que no tardaría en aparecer el siguiente. Cada vez eran más frecuentes y violentos, cada uno de ellos dejaba a Estrella más agotada, más vencida. Se estaba consumiendo poco a poco y no podía hacer nada por ayudarla.

Estrella y Rocío fueron las siguientes en abandonar el furgón, llevándose consigo lo único que poseían: sus incertidumbres y miserias. Estaban en La mer et les pins, uno de los centros de internamiento donde las autoridades repartían a las refugiadas españolas que, como ellas, llegaban con una mano delante y otra detrás. Para cuando cruzaron sus puertas, la mayoría llevaban ahí meses sin poder salir y la resignación era tan abrumadora que resultaba asfixiante.

Aprovechando su inmejorable ubicación costera a las afueras del pequeño pueblo Aïn El Turk, La mer et les pins había sido construida con la intención de servir como albergue para estudiantes de la colonia durante sus vacaciones de verano. Aunque antes de llegar a inaugurarse, y debido a la inesperada oleada de hombres, mujeres y niños que llegaron a Argelia tras la victoria de Franco, acabó convertida en una prisión improvisada más donde concentrar muchas de aquellas almas desamparadas sin recursos ni esperanza.

El atardecer revelaba que era un edificio bonito, de paredes blancas y exteriores ajardinados en medio de un bosque de pinos, no en vano se había diseñado para ser lugar de diversión y esparcimiento aunque se hubiera acabado convertido en algo muy distinto. Tenía un amplio recibidor y un par de pasillos donde se sucedían los dormitorios comunitarios en los que las refugiadas se habían organizado, agrupándose por familias o por lugares de procedencia. Algunas estaban solas, otras habían llegado junto a sus madres, sus abuelas, sus primas o sus hijos. Las mellizas pasaron por cada uno de estos espacios sin detenerse. Eran conscientes de

que la tos de Estrella las precedía y lo último que deseaban era otro desencuentro como el del furgón. Buscarían un rincón apartado donde nadie las tratara como apestadas.

—Podéis quedaros aquí.

Una voz las interceptó frente a la última de las puertas. Rocío, que sostenía a Estrella con el brazo izquierdo, ni siquiera detuvo su avance. ¿Acaso era posible que aquella mujer no hubiera oído las toses?

—Mi hermana está enferma —murmuró, convencida de que esa sola explicación bastaría para que la amable oferta se volatilizara como lo hacían las últimas luces de aquel nefasto día.

—Lo sé, la vengo oyendo.

Aquella respuesta la sorprendió tanto que se detuvo para mirarla con atención.

—¿Y no te importa? ¿Ni al resto de mujeres tampoco?

—A estas alturas a nosotras ya solo nos importa no perder la humanidad, que es lo único que no nos pueden robar. —En ese instante Estrella se tambaleó, pues, agotada como estaba, aquel breve paseo la había dejado exhausta—.Vamos, entrad, aquí nadie os va a molestar.

El dormitorio era idéntico a los demás. Tenía la misma forma rectangular, la misma ventana desnuda por la que se colaban traicioneras corrientes de aire que destemplaban los ánimos, los mismos colchones de crin repartidos por el suelo, los mismos espejitos, peines, jabones y objetos de tocador sin valor alguno alineados sobre el alféizar, unas escasas y míseras pertenencias, las pocas con las que huyeron de su país al verse forzadas a dejarlo todo atrás. Dentro, aquellos rostros consumidos por el abandono y la incertidumbre sonreían para darles la bienvenida.

—Venid a este rincón de aquí, que hay menos corriente y le vendrá bien a tu hermana —dijo una levantándose y empujando su propia cama a un lado para hacerles hueco.

—Y ponle esta otra manta por encima, anda, a ver si entra en calor la pobre —ofreció otra—. Que mi madre y yo nos apañamos de

sobra con una.

No habían terminado de poner un pie dentro y ya se había formado un enjambre de solícitas mujeres a su alrededor, ayudándolas a estirar el colchón, a cubrirlo con una sábana a rayas que sacaron de alguna maltrecha maleta de cartón, a que Estrella se tumbara sobre él, a que se abrigara y estuviera cómoda. Aquel repentino revuelo de voces y manos femeninas, de bondad desinteresada aun en las peores circunstancias, hizo que Rocío se derrumbase. Rompió a llorar como no se había permitido hacerlo desde que abandonaron su hogar en Alicante. Se había mantenido fuerte, había enfrentado la soledad y la ruindad humanas sin flaquear porque su hermana la necesitaba. Y, sin embargo, después de soportar la cara más amarga de la vida, era la otra, la amable, la que le había arrancado aquella primera lágrima que acabó convirtiéndose en un río incontenible.

—Venga, nada de lloros, niña, que aquí estamos todas para apoyarnos en lo que haga falta, ¿verdad que sí?

—Con lo guapa que tú eres y lo fea que te pones con los pucheros, de eso nada. La barbilla alta y los ojos secos, ¿me oyes? Que nosotras no hemos hecho nada malo ni tenemos nada de lo que avergonzarnos, que se entere Argelia entera.

Sin lograr retener sus lágrimas, Rocío se esforzó por devolverles una sonrisa agradecida al tiempo que se preguntaba cómo era posible que unas desconocidas tuvieran el poder de caldear un lugar donde antes solo cabía el frío y la soledad.

* * *

Apenas una semana después, esas mismas mujeres habían dejado de ser unas desconocidas. Eran Vicenta, una costurera de Málaga experta en patrones y tejidos, y su madre, Mercedes, con una voz afinada para las coplas, que habían escapado juntas de milagro del bombardeo con el que las tropas franquistas arrasaron su pueblo. Era Pilar, con sus dos hijos: Rufino de seis y Jacinto de dos. El mayor

había dejado de hablar cuando lo subieron a un barco para abandonar España a toda prisa y aún no habían conseguido que volviera a despegar los labios. También eran Marisol y su hermana Fernanda, que en su pueblo de Murcia ayudaban a su madre en la panadería hasta que los sublevados le prendieron fuego. Ellas no lo habían dicho, pero todas intuían que la madre seguía dentro en el momento del incendio. Cada uno de esos rostros ocultaba una terrible historia, tal vez por eso se aferraban unas a otras como si la vida les fuese en ello.

—Toma, comedla antes de que se enfríe. —Al mediodía, Vicenta se presentó con un plato en el que humeaba una tortilla de habas—. La ha hecho mi madre aprovechando que a primera hora nos han traído varias canastas desde el pueblo. Y estará mal que yo lo diga, pero solo con olerla ya alimenta.

A las habitantes del albergue La mer et les pins les estaba permitido moverse libremente por el recinto y aprovechaban los jardines para tender la ropa al sol o para que los más pequeños corrieran mientras sus madres pelaban patatas sobre el regazo sentadas en un escalón. Y es que, haciendo del arrojo femenino su bandera, aquellas mujeres habían instaurado una suerte de rutina para el día a día. También había una cocina, donde guisaban con los víveres que les suministraban las mismas autoridades que las mantenían prisioneras. Gracias a la solidaridad de algunos vecinos de buen corazón, que solían llevarles verduras de temporada, huevos frescos o cualquier otra ofrenda igual de apreciada, los platos se volvían más sabrosos y menos monótonos. El delicioso aroma de la tortilla obró el milagro de espabilar a Estrella, y su despertar fue celebrado por el resto de mujeres que entraban y salían del cuarto atareadas.

—¡Mira qué buen color tiene hoy! —apuntó una.

—No hay mejor señal que se le haya abierto el apetito —señaló otra.

A decir verdad, eran más las ganas que tenían de alegrarse por una buena noticia que el hecho de que Estrella tuviera mejor

aspecto. En la última semana la tos se había mantenido, pero los cuidados de todas las mujeres parecían haber aliviado en algo su malestar y poco a poco iba recobrando las fuerzas.

—Verás cuando le diga a mi madre que te has despertado al oler su tortilla… —comentó Vicenta al ver a la convaleciente comer con un picoteo de gorrión—. ¡Se va a hinchar como un pavo!

—No sé cómo vamos a poder agradeceros todo lo que estáis haciendo —dijo Rocío sin dejar de vigilar a su hermana, que tragaba con esfuerzo.

—Pero ¿qué tontería es esa? No hay nada que agradecer, estamos aquí para ayudarnos en lo que podamos, que bastante jodidas están ya las cosas como para que entre nosotras nos las compliquemos más.

—¿Desde cuándo estáis aquí?

La pregunta las sorprendió y volvieron la mirada a la vez hacia el mismo lugar. Estrella no solía hablar porque le resultaba tan doloroso que ahorraba las palabras para cuando eran imprescindibles. Por esa falta de costumbre, su voz sonó rota.

—Desde el principio —suspiró Vicenta—. ¿Os importa si me siento un rato con vosotras? Vengo de llenar los botijos en la fuente y tengo la espalda molida.

Rocío y Estrella se apresuraron a hacerle hueco. La muchacha se acomodó a su lado y empezó a hablar con la mirada perdida en algún lugar que quedaba muy lejos de aquellas paredes.

—La mayoría escapamos poco antes de que las tropas de Franco se hicieran con las últimas zonas. Ya ves, casi tres años de guerra resistiendo para nada. A esas alturas, si algo teníamos claro, era que las represalias serían temibles. Así que huimos con lo puesto, algunos arrastraban una pequeña maleta consigo, pero la mayoría ni eso. Quisimos creer que era la mejor opción… cuando simplemente era la única.

Solo con unas pocas frases el ambiente se había enrarecido, las tres mujeres lo sintieron en los huesos. El estruendo ensordecedor de un sinfín de futuros quebrados estallando sin remedio vibró en

sus tímpanos. Antes de continuar, Vicenta se detuvo a llenar los pulmones, reteniendo el aire para soltarlo en un suspiro cargado de dolorosos recuerdos.

—Llegué con mi madre al muelle de Ravin Blanc el 30 de marzo del 39 a bordo del *Stanbrook,* después de una noche en la que el temor a que nos interceptara uno de los buques de guerra de los nacionales y nos mandara directos al fondo del mar no nos permitió pegar ojo. El perfil de Orán, con su castillo encaramado a la montaña, se parece tanto al de Alicante que, al verlo, dudé si no habríamos vuelto al punto de partida. Dimos por hecho que en Argelia nos recibirían con los brazos abiertos, pero resultó todo lo contrario: la Administración francesa no nos permitió desembarcar. La alegría que nos entró cuando llegamos y lo poco que tardamos en darnos cuenta de que nada sería como esperábamos…

—Les preocuparía enfrentarse a una panda de maleantes y asesinos —sugirió Rocío—. Ya sabrás que la propaganda franquista asegura que, si huimos de España, es porque tenemos las manos manchadas de sangre.

—Lo he escuchado, claro. ¡Menudo disparate! Además de milicianos, médicos, periodistas o escritores, en nuestro barco viajaban mujeres y niños. ¿Qué sangre iban a tener esas pobres criaturas en sus manos?

—¡Qué horror! No puedo imaginarme todo lo que vivisteis.

—Los primeros días fueron un infierno. Imagínate, éramos más de dos mil personas en un carbonero pensado para un puñado escaso de tripulación. La cola para utilizar el único inodoro a bordo era tan larga que los hombres optaban por bajarse los calzones y hacer sus necesidades al aire, con el trasero asomando por fuera.

—Como animales.

—Te diría que incluso peor. No podíamos bajar a tierra firme ni tampoco volver atrás. Así que estábamos atrapados. Subsistíamos con un trozo de pan y dos arenques a repartir entre doce. Por suerte, algunos ciudadanos oraneses se apiadaron de nuestra situación y se acercaron por babor en sus pequeñas barcas de

recreo, sorteando los grandes vapores y paquebotes, para lanzarnos víveres, medicinas y otros productos de primera necesidad voceando nombres de familiares, por si estuvieran a bordo. Supimos que la mayoría eran españoles, al menos de origen, de los que habían emigrado años atrás a Orán. De no ser por ellos, no sé qué habría sido de nosotros.

—¿Y cómo es que al final os dejaron salir?

—Tifus. Les entró miedo de que se desatara una epidemia, y en las condiciones que estábamos, motivos para asustarse no les faltaban, que hasta piojos teníamos. Así que mientras el Servicio de Evacuación de Refugiados Españoles negociaba con los franceses, nos ordenaron abandonar el carbonero. Solo mujeres y niños, los hombres debieron permanecer a bordo. Aquello fue un drama: matrimonios que se tuvieron que separar sin saber si volverían a encontrarse, padres despidiéndose de unos hijos que no comprendían y lo miraban todo con ojos de susto… en fin, no te voy a contar los detalles porque todavía hoy intento olvidarlos. Para cuando nos tocó el turno de abandonar Orán, los hombres seguían todavía en los barcos en el puerto. No sabemos qué ha sido de la mayoría de ellos.

Tras el desgarrador relato, las tres jóvenes permanecieron en silencio. Ni siquiera habiéndolo vivido en carne propia podían comprender cómo era posible tanto horror. Tanto dolor.

—Vicenta, necesitamos salir de aquí —rompió la quietud Rocío—. Tenemos que encontrar a mi hermana Aurora. Tal vez siga en prisión, o la hayan derivado a otro centro de internamiento… No sé, todo es posible. Debe de estar muy preocupada por nosotras. Además, Estrella no puede seguir aquí dentro mucho más.

Con el estómago lleno, Estrella había caído en un profundo sopor. Rocío le acarició la frente y comprobó que había vuelto la fiebre. La tapó con una manta a sabiendas de que poco más podía hacer. Eso, y encontrar el modo de abandonar el albergue cuanto antes. Si seguían internas más tiempo, puede que acabara siendo demasiado tarde.

—De aquí solo se puede salir de dos maneras —explicó Vicenta—. La primera es que tengáis algún familiar en el país dispuesto a reclamaros y hacerse cargo de vosotras. La otra es con un contrato de trabajo.

Rocío negó despacio con la cabeza, incapaz de responder ante la negrura de su destino. Vicenta se apiadó de ella y apoyó la mano en su hombro.

—Si no tenéis una de estas dos opciones… siento ser yo quien os quite la venda de los ojos, pero no tenéis ninguna.

Capítulo 6

Rodrigo Morague era un hombre de palabra y el viernes siguiente estaba todo organizado para que su habitual viaje a los viñedos familiares incluyera una parada en La mer et les pins. Su prometida, Delphine Blanchard, no había tenido reparos en mostrar su desacuerdo porque en aquella ocasión lo acompañara Aurora.

—¿Se puede saber qué pinta ella yendo contigo? —protestó con un mohín de disgusto.

Delphine, alta y extremadamente delgada, era de una palidez absoluta, desde su cabello, que de tan rubio casi era blanco, a la piel traslúcida, que en los lugares más íntimos dejaba traslucir sus venas. Sus ojos azules estaban perfilados por largas pestañas, una nariz delicada de punta chata desembocaba en una boca pequeña pero de labios carnosos. Era de una belleza indiscutible, tan gélida que sobrecogía.

—Te lo he explicado una docena de veces —repitió Rodrigo impertérrito—, son cosas de trabajo.

—Pero si a mí todavía no me has llevado a visitar el *domaine* de tu familia… ¿de verdad te parece apropiado que vaya el servicio antes que tu mujer?

—Te recuerdo que aún no estamos casados, Delphine.

—¡Oh, eso cambiará pronto, *chéri !* —se acercó zalamera, casi ronroneaba como un gato, pero él la esquivó con la intención de terminar de cargar el equipaje en el maletero del coche.

Pese a que no era un viaje largo, Rodrigo, buen conocedor del impredecible clima argelino, nunca salía de casa sin una muda y productos básicos de higiene personal, además de algunos

repuestos básicos para el automóvil, como un juego de bujías o una manta para cubrir el motor en caso de que lo sorprendiese una tormenta de arena. En tierras africanas el viento no era lo único que cambiaba con rapidez y uno nunca sabía qué se podía encontrar.

—Entonces iré con vosotros —anunció Delphine al comprender lo inamovible de aquella decisión—. ¿No es una gran idea?

Delphine era nada menos que la hija de Bruno Blanchard, *commissaire* de policía de Orán y uno de los hombres con más poder en la ciudad. Estaba acostumbrada a conseguir lo que quería cuando lo quería, y cualquier contratiempo podía desatar un huracán que arrasara con todo a su paso. Y es que de su padre no solo había heredado el color helado de sus iris, también una crueldad tan feroz que no se atemperaba ante nada ni ante nadie.

—No digas tonterías —resopló Rodrigo, empezando a hartarse de tanta insistencia—. Si tú odias viajar en coche; te mareas, ¿recuerdas? Por cierto, ¿no querías pasar por el *magasin* Au Printemps del *boulevard* Seguin a por esas medias de seda que acaban de recibir de París? No sé a qué viene tanto alboroto. Y ahora hazte a un lado, por favor, no puedo abrir el portaequipajes.

Delphine se mordió el labio inferior con rabia.

—¡Esto es inadmisible! —estalló al fin—. ¿Qué van a decir las malas lenguas en cuanto se enteren de que te has largado con la criada? ¿Acaso te has parado a pensar en qué lugar me deja eso? ¡No estoy dispuesta a permitir algo así!

Si Delphine había perdido las formas, Rodrigo perdió la paciencia.

—¡Ya basta! —Erguido en toda su estatura, acalló el estallido de furia de su prometida. Cada vez le resultaba más difícil soportar sus caprichosos cambios de humor, pero no era aquel momento para pensar en ello. Tenía un viaje por delante—. No he pedido tu opinión, mucho menos tu permiso —dijo, recuperando la compostura y suavizando el tono, que no el mensaje—. No estamos casados, Delphine, tú no decides qué hago o dejo de hacer con mi vida, pero te adelanto que cuando lo estemos tampoco lo harás. Más vale que no lo olvides.

Delphine le sostuvo la mirada durante unos segundos en los que Rodrigo pudo atisbar el incendio que ardía tras sus iris azules. Esperó un nuevo arrebato, gritos y tal vez alguna lágrima; en cambio, ella enderezó la columna muy digna y posó los labios apretados sobre los suyos en un glacial beso de despedida.

—*Au revoir, chéri* —murmuró. Su apariencia sosegada no engañó a Rodrigo, que sabía que no permitiría que aquel desaire quedara en el olvido—, *et bon voyage.*

En ese instante llegó Aurora con un pequeño bolso de viaje en las manos y los nervios a flor de piel.

—*Bonjour, madame…* —Su intento de saludar a Delphine con cordialidad quedó bruscamente silenciado por la mirada cargada de odio que esta le dirigió.

No lo sabía, pero Aurora acababa de ganarse una enemiga muy peligrosa.

* * *

La primera parte del viaje la hicieron en silencio, cada cual inmerso en sus pensamientos. Aurora apenas podía contener la inquietud que le producía estar al fin aproximándose a sus hermanas, kilómetro a kilómetro. Ni siquiera el hecho de viajar en aquel deslumbrante Citroën 11 Cabriolet, pionero en la tracción delantera, de carrocería de color granate y guardabarros negro a juego con el techo de lona, ni el apabullante paisaje que veía pasar ante sus ojos lograban apaciguar su ánimo.

Rodrigo había tomado la carretera de la costa, dejando atrás las termas de los Baños de la Reina y la gruta del Aïdour para subir hasta Sainte Clotilde. A partir de ahí, la ruta estuvo salpicada de pequeñas poblaciones de veraneo, *brasseries* y balnearios que prometían un ambiente de lo más animado en temporada alta. La primera población relevante que atravesaron fue Mers El Kebir, enroscada sobre un promontorio rocoso y rebosante de pescadores italianos; luego el automóvil dibujó el contorno de la bahía para

acabar circulando por la cornisa con un espectacular acantilado a la derecha. Las vistas desde ahí eran soberbias.

—Además de lo que me contaste de tus hermanas, no sé mucho más de ti —comentó Rodrigo, conduciendo con una maestría admirable el potente automóvil, que a pesar del trazado de las carreteras alcanzaba los cien kilómetros por hora.

Le había parecido apreciar un cambio en él. Se le notaba más distendido, los hombros no tan rígidos, el gesto de sus labios menos tenso. Era como si, conforme se iban alejando de Orán, se fuera desprendiendo de una pesada carga.

Aurora no desvió la vista de la ventanilla. Hubiera preferido no hablar de sí misma, pero se sentía en deuda con él y lo mínimo que podía hacer era esforzarse por ser cortés, así que se las ingenió para hacer un resumen de su vida anterior a su llegada a Argelia en el que, si bien no llegó a mentir, sí que dejó mucho por contar. Se centró sobre todo en su trabajo como enfermera en la Casa de Socorro y en los bonitos recuerdos que tenía de la ciudad de Alicante antes de la guerra. También mencionó a Martín, aunque fuera de pasada y refiriéndose a él como un miembro más de la familia, lo cual no era falso, pero tampoco exactamente verdad.

—Creo que será mejor que encuentre un tema de conversación más interesante si no quiero que el conductor se duerma al volante —bromeó para desviar la atención sobre su persona con lo primero que le vino a la mente—: ¿será pronto el gran día?

—¿El gran día? —repitió Rodrigo, con el ceño fruncido, sin comprender.

—La boda con Delphine, me ha parecido entender que ya se están organizando algunos preparativos. —Las manos de Rodrigo se tensaron al volante y Aurora supo que su pregunta había resultado poco oportuna.

—Aún no hemos fijado la fecha —murmuró él taciturno.

—Disculpa, no debí haber preguntado —rectificó—. El amor puede ser complicado.

Rodrigo Moragues seguía siendo un interrogante. Sus ademanes decididos lo hacían parecer distante, pero los destellos cobrizos que había descubierto en sus ojos lo volvían más humano. Aurora se sintió en desventaja. No lograba intuir quién era el hombre que tenía a su lado y, en cambio, la invadía una inquietante sensación parecida a estar desnuda, como si, de algún modo, él fuera capaz de adivinar lo que guardaba en las profundidades de su alma; para lo bueno y para lo malo.

—A veces es más que eso.

Por lo que conocía de él, podía decir que demostraba un notable control de sí mismo. Sus gestos pausados, sus frases medidas, su mirada despierta… todo indicaba un especial cuidado en cuanto decía, también en lo que callaba. Sin embargo, por primera vez Aurora tenía la impresión de que el inexpugnable empresario cometía un desliz, como si la creciente distancia con la ciudad hubiera permitido que las palabras encontraran el modo de escapar entre sus labios.

—La conocí el año pasado en la fiesta que festejaba el cuarto aniversario de la elección del abad Lambert como alcalde de Orán. Empezamos a charlar de naderías, lo habitual en esas ocasiones, hasta que descubrimos que ambos compartimos cierto interés hacia lo que por esos días estaba ocurriendo en Alemania; insistió en prestarme un libro que la tenía fascinada y las horas se nos escurrieron sin darnos cuenta. Estaba deslumbrante con aquel vestido aguamarina y nuestras miradas se fueron volviendo cada vez más pícaras conforme la noche avanzaba y las copas de champán se vaciaban. No te voy a engañar, quería seducirla. Y lo conseguí… —sacudió la cabeza—, por desgracia para mí.

Aurora tuvo la sensación de que Rodrigo sentía alivio al hablar. Lo hacía con la vista clavada al frente, sin apartarla de la carretera, como si prefiriese creer que nadie lo escuchaba desde el asiento del copiloto, en un gesto parecido al de los feligreses que se parapetan tras las celosías del confesionario.

—Después de aquello, Delphine insistió para que nos volviéramos a ver en varias ocasiones, pero para entonces yo ya había recobrado mi sobriedad, además del buen juicio. Ahí creí que se acabaría todo, pero un mes después se presentó en casa y me anunció que estaba embarazada. —Aurora abrió mucho los ojos, por suerte logró contener una exclamación de asombro—. Así que hice lo único que un caballero puede hacer en una situación así: le ofrecí formalizar nuestra relación.

—Comprendo.

—No, todavía no —negó él con una enigmática sonrisa—. Poco después de que nuestro compromiso se hiciera público y ella luciera en su mano el anillo que mi familia ha utilizado durante generaciones para estas ocasiones, perdió al bebé.

—Cuánto lo siento —lamentó Aurora con un hilo de voz—. Aun sin haber nacido, a un hijo se le quiere desde el momento en que se sabe de su existencia.

—Eso cuando existe, claro.

—¿Cómo?

—Que nunca hubo hijo, ni embarazo, ni nada más que una estratagema para conseguir un fin. Ella no lo ha confesado ni lo hará, pero sé que mintió. He de reconocer que pequé de ingenuo y lo averigüé demasiado tarde. —Rodrigo volvió a reír, esta vez con amargura—. Dicen que todo pecador acaba por recibir su penitencia y supongo que Delphine es la mía.

Aurora se preguntó por qué creía merecer penitencia alguna. De nuevo la invadió la sensación de que era más de lo que aparentaba, pero en ese instante la rueda izquierda pisó un profundo bache del terreno y el coche se sacudió con violencia. Como si el zarandeo le hubiera hecho cobrar conciencia de su arrebato de elocuencia, Rodrigo pareció recuperar su habitual dominio sobre sí mismo y las posibles respuestas a las dudas de Aurora se toparon con el silencio.

—Olvídalo, no he debido hablar de esto —se excusó él con un incómodo carraspeo—. Después de todo, no creo que te apetezca escuchar mis problemas.

—¿Acaso tú no me estás ayudando con los míos?

Rodrigo por fin se volvió a mirarla un breve instante y sonrió por primera vez sin atisbo de tristeza.

Los siguientes kilómetros los hicieron en silencio, replegados en sus cavilaciones. Aurora reflexionó acerca de sus propias palabras. El amor es complicado y ella lo sabía bien. La imagen de Martín acudió a su mente como un doloroso recordatorio de lo que podía haber sido y nunca fue, de lo perdido y lo olvidado. Ni siquiera estaba segura de que su recuerdo no fuera más que un sueño al que ella se había aferrado demasiado tiempo para no derrumbarse. Fuera como fuere, lo único cierto es que ya era tarde para ellos. Martín había muerto y ella jamás podría decirle todo lo que le había quedado por decir.

* * *

—Ya hemos llegado —anunció Rodrigo deteniendo el vehículo.

Aurora observó a su alrededor con atención. La mer et les pins los recibía bajo un cielo limpio con el sol entibiando el ambiente y la brisa meciendo los árboles. Pensó que aquel lugar habría podido ser agradable… de no haber sido una cárcel.

—Así que están aquí —murmuró tratando de calmar los latidos de su corazón.

—¿Prefieres quedarte en el coche y que vaya yo a buscarlas?

—De ninguna manera —respondió abriendo la puerta.

Él asintió antes de imitarla.

—Déjame que hable yo —le pidió de camino hacia la verja, algo del todo innecesario puesto que el francés de Aurora seguía tan oxidado que no le permitía mantener una conversación fluida.

En la reja de entrada, Rodrigo atrajo la atención de un guarda con un silbido. A continuación, cruzaron unas breves frases en las que el tono fue cambiando; uno sonaba impaciente, en tanto que el otro negaba con la cabeza una y otra vez. El primer guardia acabó

por llamar a un compañero y este, tras escuchar con gesto indolente las explicaciones de Rodrigo, repitió el gesto negativo con la cabeza.

—¿Qué está pasando? —preguntó Aurora incapaz de contenerse. Había prestado la máxima atención, pero el intercambio de frases había sido tan rápido que acabó perdiéndose.

—Dicen que no están aquí.

—¿Cómo que no están? Pero tú dijiste…

—Lo sé, tranquila, debe de ser un malentendido. Déjame que vuelva a intentarlo.

Rodrigo se volvió hacia los guardias y sacó un par de billetes de su cartera. Se los entregó. Ellos los atraparon con rapidez, pero siguieron negando con una terquedad que exasperaba a Aurora minuto a minuto.

—Lo siento, pero me juran que tus hermanas no están en el centro. Y creo que no mienten, incluso les he prometido más dinero si me las traían. Si dicen que no están, es que no están. Quizá mi contacto se confundió o las han trasladado…

Aurora no siguió escuchando. No quería seguir haciéndolo. Había llegado hasta allí creyendo que pronto podría estrechar a Rocío y a Estrella entre sus brazos, pero se había encontrado con que nadie sabía nada de ellas. Como si se hubieran esfumado en el aire. Como si nunca hubieran existido.

Alzó la vista y vio las ramas de los pinos sacudirse bajo la fuerza del viento salobre que provenía del mar. De pronto le pareció que giraban sobre sí mismas. Ni siquiera fue consciente de que se estaba mareando ni de que Rodrigo la sujetaba justo a tiempo de evitar que cayera al suelo. Lo último que pudo pensar antes de desvanecerse fue que nunca encontraría a sus hermanas.

* * *

Aurora se recuperaba a la sombra ante la mirada preocupada de Rodrigo.

—Estoy bien, ha sido un vahído sin importancia —repitió ella por enésima vez, sintiendo clavarse en su piel la pinocha seca que tapizaba el suelo de marrón.

—A mí no me lo ha parecido. Has perdido el color y si no llego a cogerte al vuelo, te habrías dado un buen golpe contra el suelo.

—Será mejor que nos vayamos —dijo, haciendo un esfuerzo para levantarse. Le pareció que todo se movía a su alrededor, pero evitó decirlo para no alarmar más a Rodrigo—, aquí ya no tenemos nada que hacer.

—Está bien, pero al menos apóyate en mi brazo hasta el coche, por favor.

Obedeció porque no tenía fuerzas para no hacerlo. El impacto de descubrir que sus hermanas no estaban en La mer et les pins fue devastador. Tenía puestas todas sus ilusiones en aquel lugar y había resultado un absoluto fracaso. Ahora no sabía por dónde seguir buscando, ni siquiera si debía mantener viva esa pequeña llama de esperanza que empezaba a debilitarse sin remedio.

—¡Un momento!

Una voz a sus espaldas los detuvo. Se volvieron para descubrir a una mujer de mediana edad que se acercaba a la carrera por el sendero de tierra que comunicaba la edificación principal con la reja. Movía un brazo en el aire para llamar su atención.

—¡Espera, por favor! —pidió la desconocida con la voz entrecortada por el esfuerzo.

Aurora sintió un pellizco en el pecho. Se soltó de inmediato del brazo de Rodrigo y acortó la distancia que la separaba del portón con pasos rápidos para situarse frente a la mujer que estaba ya al otro lado.

—¡Gracias a Dios que aún no te habías ido! —exclamó con una mano en el pecho en un intento de recuperar el aliento—. En cuanto escuché a los guardias hablar de tu visita supe que tenía que hablar contigo. Soy Mercedes.

—Gracias, Mercedes, yo me llamo Aurora Robles.

—Lo sé, se lo he oído a esos mentecatos, por eso tenía que decirte que conocí a tus hermanas —soltó a bocajarro, consciente de que el tiempo apremiaba, los vigilantes recorrían el perímetro y podían regresar en cualquier momento.

—¿Cómo? ¿Así que es cierto que Estrella y Rocío estuvieron aquí?

—Lo es, pero se marcharon hace un par de semanas.

Se escuchó un ruido a lo lejos y ambas mujeres dieron un respingo.

—¿Sabes adónde han ido?

—Lo siento —negó Mercedes—. Pero sí que puedo decirte que vino una mujer a buscarlas, por eso pudieron salir.

—¿Una mujer? ¿Qué mujer?

—No sé mucho más, solo que…

—¿Qué? —urgió Aurora.

—Que esa misma mujer ya había venido antes por aquí. Siempre se lleva a alguna de las chicas, por lo general las más jóvenes y guapas. Nunca volvemos a saber de ellas. No sé quién es, pero ten por seguro que nadie te dirá nada ni los nombres de tus hermanas aparecerán en ningún libro oficial. Por mucho que busques, no encontrarás nada.

Aurora asimiló la información tan rápido como pudo. Eran tantas las preguntas que se arremolinaban en su mente que se atropellaban unas a otras. Entonces, antes de que pudiera siquiera formular la primera, escucharon el grito de uno de los guardias que volvía de su ronda. Las había descubierto y las conminaba a separarse.

—Mercedes —la retuvo extendiendo la mano a través de la reja para aferrar su brazo. Si no podía obtener todas las respuestas, al menos necesitaba oír aquella—, ¿cómo estaban mis hermanas la última vez que las viste?

Mercedes, visiblemente nerviosa, alternó su mirada entre ella y el hombre.

—Ojalá pudiera decirte otra cosa, pero no quiero mentirte, Estrella no estaba bien, no sé si…

—*Les visites sont finies !*

El guardia les había dado alcance y tiró con fuerza de Mercedes para apartarla del portón. La pobre mujer trastabilló y a punto estuvo de caer, pero la tenía bien sujeta y la arrastró de vuelta al edificio sin dejar de escupir improperios. Aurora la vio marchar con el corazón encogido.

—¡Gracias! —lanzó esa última palabra al aire con la vana esperanza de que Mercedes llegara a escucharla.

—Venga, lo mejor será que nos marchemos de aquí —apremió Rodrigo viendo cómo otra pareja de guardias se acercaba con cara de pocos amigos.

Aurora obedeció como una autómata. No sintió cómo Rodrigo la llevaba al coche, la ayudaba a sentarse y cerraba la puerta. Tampoco miró por el retrovisor, donde la imagen de La mer et les pins cada vez se hacía más pequeña hasta desaparecer. Aurora solo enfocaba un punto fijo situado en el horizonte.

—¿Estás bien? —preguntó Rodrigo pasados unos minutos, cuando la tensión acumulada empezaba a diluirse.

Aurora asintió despacio al principio, con determinación después. Tenía la certeza de que sus hermanas eran fuertes y ella debía serlo también. Por ellas, porque algún día aquella pesadilla no fuera más que un maldito mal recuerdo. Porque las quería más que a su propia vida y haría cualquier cosa por recuperarlas.

—Las voy a encontrar, Rodrigo —dijo con voz alta y clara—. Las encontraré cueste lo que cueste.

Como toda respuesta, Rodrigo pisó a fondo el pedal del acelerador haciendo que el vehículo volara por el camino levantando una nube de polvo tras ellos.

Capítulo 7

La mer et les pins no era un verdadero hogar, ni lo sería nunca a pesar del empeño de las valientes mujeres que lo habitaban por la fuerza y que se afanaban en convertirlo en un lugar cálido donde poder olvidar que en realidad no eran sino prisioneras. No, aquello no era un hogar, pero era lo único que tenían. Fueron esas mismas mujeres del dormitorio común quienes se convirtieron en el ancla que salvó a las mellizas de la deriva. Aunque nada de eso impedía que la angustia las devorara día y noche preguntándose qué habría sido de Aurora.

En las últimas semanas, el cuerpo de Rocío había empezado a cambiar. Se trataba de transformaciones muy sutiles todavía y eran la prueba de que la vida se abre paso hasta en las peores circunstancias. Solo estaba de cuatro meses, pero notaba su pecho más pesado y la fina cintura de la que siempre había presumido se iba difuminando poco a poco, lo que la turbaba y emocionaba a partes iguales. Había temido sentir rechazo ante aquel bebé que crecía a partir de la semilla que un hombre sin escrúpulos le dejó clavada dentro. Sin embargo, cuando observaba con curiosidad su vientre, olvidaba los encuentros forzados en una trastienda con olor a polvo viejo, la vergüenza o el asco del roce de una piel no deseada contra la suya. Todo eso dejaba de existir ante la certeza de que lo que habitaba en su interior nada sabía de las maldades humanas. Todavía.

—¿Sabes dónde está el padre?

Rocío no había compartido su estado con el resto de mujeres. No pretendía esconderlo, pero la abrumaba la avalancha de preguntas

con que sería recibida la noticia. Aquella nueva vida que crecía pese a todo era lo único bueno que tenía y no quería que nada ni nadie lo enturbiara, obligándola a recordar lo que tanto empeño ponía en olvidar. Hasta que una tarde, Vicenta la descubrió acariciándose el vientre mientras miraba por la ventana abstraída y Rocío no se detuvo a lamentarse por su torpeza. Se volvió con la mandíbula apretada y respondió:

—Mi hijo no tiene padre.

Vicenta no necesitó más para comprender que ese no era un tema sobre el que Rocío quisiera hablar, así que esbozó una sonrisa comprensiva y se colocó a su lado para observar por la misma ventana que daba al jardín. Al otro lado, varios niños, refugiados como sus madres, jugaban a las tabas con piedras del jardín.

—Los padres no sirven para nada. Si lo piensas bien, ellos solo se limitan a darse el gusto y ya. Luego, el verdadero trabajo lo hacemos nosotras. Las noches sin dormir, las preocupaciones, los cuerpos baldados, los sacrificios… Somos las madres las que cargamos con todo.

—¿Tú tienes hijos?

—Los tuve… hace tiempo.

El tono de Vicenta volvió a ser tan cerrado y opaco como el que poco antes había utilizado la propia Rocío. Dejaba entrever una tragedia tan inmensa que no hubiera cabido en cualquier otra frase, por larga que fuera. Las dos mujeres se quedaron calladas unos instantes, permitiendo que los segundos corrieran y aliviaran sus respectivos infortunios.

—¿Cómo está tu hermana?

Ambas se volvieron hacia el catre en el que dormía Estrella, bien cubierta por varias mantas para aislarla de las corrientes de aire que culebreaban por el albergue.

—Ha vuelto a tener fiebre. No lo entiendo. La semana pasada mejoró tanto que incluso se levantaba y era capaz de dar cortos paseos agarrada a mi brazo… y de repente empezamos otra vez.

Temo que su cuerpo esté tan debilitado que no consiga sobreponerse a lo que sea que la está consumiendo.

—Este no es sitio para alguien que necesite cuidados.

—Este no es sitio para nadie.

Igual de cierto era que Estrella había tenido una leve mejoría, como que esta había sido tan breve que a Rocío le quedó un regusto amargo al fondo del paladar ante el temor de lo que podría llegar a ocurrir si su hermana no se recuperaba definitivamente.

—¡Rocío! ¡Estrella!

Alertadas por las voces, las dos jóvenes se volvieron hacia la puerta del dormitorio común para ver cómo la cabeza de Mercedes aparecía por el hueco.

—¿Qué pasa, madre? Hay que ver qué gritos, ni que se acabara el mundo…

Mercedes no perdió un segundo en replicar a su hija Vicenta, se dirigió directamente hacia Rocío y la tomó de las manos.

—Ha venido una mujer a reclamaros, a las dos.

—¡Aurora! —Rocío dio un respingo y a punto estuvo de salir corriendo. Pero las manos de Mercedes la retenían.

—No, no es Aurora.

Rocío la miró aturdida, tratando de asimilar la decepción al tiempo que sus latidos descontrolados procuraban acompasarse de nuevo.

—¿Quién puede ser si no? ¿Estás segura de que no es nuestra hermana?

La mujer asintió con firmeza.

—Dice que es vuestra prima.

—Debe de ser un error —negó—, nosotras no tenemos familia en Argelia.

En ese momento, Vicenta y Mercedes cruzaron una elocuente mirada. La hija agarró del brazo a Rocío y la llevó a uno de los catres para que las tres se sentaran.

—¿Y acaso eso importa?

—Pero ¿cómo no va a importar? —saltó Rocío extrañada.

—A ver, Rocío, párate a pensar un momento. Sea un error o no lo sea, lo único que importa es que esa mujer es vuestro billete de salida de este lugar. Y que puede que no se os vuelva a presentar otra oportunidad.

—Escúchanos, que nosotras llevamos mucho aquí y sabemos cómo funcionan las cosas —añadió Vicenta para corroborar las palabras de su madre—. Los franceses están ocupados con su propia guerra en Europa y no saben qué hacer con nosotras. Ahora mismo tienen problemas más grandes de los que preocuparse, así que por el momento simplemente nos mantienen aquí para que no les causemos otros nuevos. Y esto no va a cambiar hasta que ganen la guerra o la pierdan, quién sabe. Entre tanto, las que no tengamos un familiar que nos reclame y firme que se hace responsable seguiremos aquí encerradas como criminales. ¡Pero vosotras podéis salir!

La mirada de Rocío se posó en el cuerpo de Estrella. Le acarició la frente húmeda de sudor y comprobó que le había vuelto a subir la fiebre. Tal vez Mercedes y Vicenta tuvieran razón. Ese era el milagro que tanto había anhelado. Lo tenía justo al alcance de la mano. No podía rechazarlo. Además, que la desconocida que había acudido en su busca no fuera Aurora no significaba que su hermana no estuviera detrás. De pronto se le ocurrió que tal vez por algún motivo su hermana no había podido acudir y en su lugar había enviado a otra persona.

—Está bien —accedió al fin, ignorando el aguijonazo de las miles de preguntas para las que no tenía respuesta.

No necesitó más de dos minutos para recoger los pocos objetos personales que tenían: los abrigos, un peine de carey que les había regalado Vicenta y nada más. Luego madre e hija la ayudaron a levantar a Estrella, tan aturdida por la calentura que apenas reaccionaba. Caminaron despacio, escoltadas por las dos mujeres que no se separaron de ellas. Cuando llegaron al recibidor, Mercedes se dirigió al guardia en una mezcla entre español y francés que, de ser otras las circunstancias, les habría resultado cómica.

—*Monsieur ! Voilà,* aquí tiene usted *les deux filles* que buscaba: Estrella y Rocío Robles. *Ça va ?*

El hombre no se dignó a mirarlas hasta que no apuró el cigarro que tenía entre los dedos. Solo cuando exhaló la última calada se giró hacia ellas y estudió a las hermanas. Un brillo lascivo brilló en sus pupilas al repasar el cuerpo de Rocío.

—*Oui* —afirmó dibujando una fea sonrisa—, *ça va très bien.*

No tuvieron ocasión de despedirse de nadie más que de Mercedes y Vicenta con unos besos apresurados en las mejillas y fugaces promesas de verse pronto que las cuatro sabían imposibles de cumplir. El guardia no tardó en impacientarse y, de un tirón brusco, las apartó para enseguida obligar a las mellizas a caminar por el jardín hacia la verja de la entrada. Allí esperaba una mujer de gesto adusto que no conocían de nada.

—Queridas primas, qué alegría teneros al fin conmigo. Ya está todo arreglado, he firmado los documentos y podemos irnos a casa. Vamos, un coche nos espera.

Con el primer vistazo, Rocío adivinó que aquella desconocida nada tenía que ver con su hermana Aurora. Los años no impedían intuir el atractivo que había poseído en su juventud y del que todavía quedaban trazas visibles. Era alta y dueña de un busto generoso que armonizaba con el resto de su cuerpo curvilíneo. Se apreciaba que las prendas con las que vestía habían sido elegidas cuidadosamente para realzar su belleza. Un traje de falda y chaqueta de color teja con un cinturón ancho que marcaba su cintura y una blusa blanca con puntilla en el escote sobre la que se derramaba su cabellera azabache. El rostro maquillado en su justa medida, ni demasiado para parecer que intentaba esconder los estragos que causa el paso del tiempo, ni tan poco como para permitir que estos resultasen evidentes. Sus rasgos afilados se veían intensificados por una mirada de un iris verde intenso que le daba un aspecto severo que su gesto no tenía intención alguna de contradecir.

Rocío se detuvo sin atreverse a dar ese paso definitivo que la alejaría del albergue que había sido su cárcel, pero también del calor

de unas mujeres que hasta entonces habían constituido su único apoyo. La inquietaba ignorar el motivo que había llevado a aquella desconocida a mentir por ellas. Le costaba creer que se tratara de mera compasión, puesto que había decenas, cientos de españolas en una situación parecida. Pero, de entre todas, las había elegido a ellas. ¿Por qué?

El peso de Estrella sobre su hombro la ayudó a tomar la decisión. Su única certeza era que no podían permanecer en el albergue o quizá acabarían pagando un precio que prefería no pensar. Tampoco quería pensar en dar a luz a su hijo siendo una prisionera. Así pues, se armó de valor y dijo:

—Nosotras también estamos muy felices de volver a verla, prima.

Eso fue todo. Con aquel simple intercambio de frases su acuerdo quedó sellado. Caminaron juntas hacia el coche que, como les había anunciado, aguardaba en el camino. Las mellizas se acomodaron en el asiento trasero y la mujer lo hizo delante, junto a un conductor que parecía decidido a hacer como si ellas no existiesen.

—¿Cuándo piensa decirnos quién es usted? Porque lo que está claro es que no es prima nuestra.

—Podéis llamarme Violeta.

—No me refería a eso.

—Lo sé, pero de momento es todo lo que necesitas saber.

—¿Ni siquiera adónde vamos?

—¿Acaso importa?

La tarde estaba tocando a su fin, por lo que el chófer encendió los faros delanteros. Pronto Aïn El Turk quedó atrás. Los haces de luz iluminaban la carretera que se iba tragando el automóvil en su avance, más allá de las lindes de ambos lados se abría la nada. Estrella se había tendido en el asiento trasero y su cabeza descansaba sobre el regazo de Rocío. De vez en cuando, algún bache la despertaba y preguntaba adónde iban, a lo que su hermana solo sabía responderle que volviera a cerrar los ojos e intentara descansar. Tras varias horas, el agotamiento propio de las emociones

y dudas sin respuesta sumió a Rocío en un sueño inquieto del que la sacó un socavón.

—Estamos llegando —anunció Violeta.

Rocío se frotó los ojos y supo que habían rodado toda la noche porque ya empezaba a amanecer. La oscuridad y el sueño le habían impedido advertir que, tras rodear Orán, tomaban la pintoresca ruta del litoral, la número once, y atravesaban importantes núcleos urbanos como Mostaganem, Tenés o Cherchel. Sí pudo comprobar que, pese a la distancia recorrida, el paisaje no había cambiado. Estrella se espabiló cuando el silencioso conductor bajó la ventanilla para refrescar el interior cargado del automóvil y le llegó el inconfundible olor a salitre. Así supieron que, donde fuera que estuvieran, no se habían alejado de la costa. De algún modo, saber que su añorada Alicante seguía estando al otro lado las reconfortó en lo más profundo.

A lo lejos se fueron dibujando los contornos de una gran ciudad vestida de blanco. Antiguo hogar de deys y pachás, apenas quedaba rastro de la muralla que un día la protegió; lo que no había desaparecido eran los vestigios de un glorioso pasado de conquistas, piratería y riqueza. Dejaron a la derecha la universidad y la estación de l'Agha, prácticamente vacías todavía a esas tempranas horas de la mañana, tras lo cual el coche avanzó por *boulevards* de edificios coloniales en cascada que rezumaban estilo europeo con sus fachadas impecables y sus arcadas de piedra. Una mezquita de líneas simples y un blanco impoluto emergió entre todos ellos como si pretendiera recordarles en qué lugar del mundo se encontraban. El puerto, casi tan grande como la propia ciudad, se extendía a sus pies y fue en sus proximidades donde el conductor detuvo el vehículo, del que las tres mujeres descendieron acusando el entumecimiento tras las largas horas de inmovilidad. La incertidumbre junto con el aire fresco de la mañana las despejaron, pero tanto Estrella como Rocío presentaban un aspecto deplorable después del viaje. Por el contrario, Violeta se mantenía igual de

espléndida que la primera vez que la vieron. Se recompuso el traje de chaqueta y despidió al chófer:

—Puedes quedarte tranquilo, Agustín, por mi parte nadie se va a enterar de que has cogido el coche de tu jefe. Y pásate por El Jardín cuando quieras, bien sabes que yo pago los favores.

Él sonrió y asintió como si con esa promesa todo el cansancio acumulado se viera recompensado, luego pinzó entre los labios el cigarrillo que se acababa de encender para girar el volante y desaparecer de su vista sin que hubieran llegado a escucharlo pronunciar una sola palabra.

—¿Estamos en Orán? —preguntó Rocío con la esperanza de poder reencontrarse con Aurora.

—No, queridas, estamos en la esplendorosa Argel.

Y por el tono empleado por Violeta, no supieron adivinar si lo decía en serio o era pura ironía.

—¿Vamos a subir a un barco? —preguntó Estrella en una deducción obvia, dada la cercanía del puerto.

—Nada de barcos, nosotras somos sirenas de tierra firme —las sorprendió Violeta con una palmada al aire—. Seguidme y mirad bien dónde pisáis, no vayáis a torceros un tobillo precisamente ahora.

Obedecieron porque no tenían más opción. Estaban solas en una ciudad extraña, sin dinero ni nadie a quien poder recurrir, excepto aquella desconocida que, en vez de dirigirse a las avenidas amplias y luminosas que habían visto a su llegada, se perdía en el interior de una de las callejuelas que arrancaban a espaldas de la mezquita. Se apresuraron para no perderla de vista.

La *casbah* era un entramado retorcido que había sido construido siglos atrás siguiendo la acusada pendiente del terreno. El suelo era adoquinado y se sucedían un sinfín de escaleras, a veces angostas y empinadas, otras más suaves y con rellanos para permitir la maniobrabilidad de los burros, único medio de locomoción que podía acceder al interior y que, por tanto, eran utilizados para todo tipo de tareas, desde el transporte de mercancías hasta la recogida de basuras. La estrechez en la que se amontonaban las viviendas

dificultaba la entrada del sol e impedía que en algunos rincones este consiguiera colarse más que unos breves minutos cuando estaba en lo más alto. En el aire flotaba un olor acre, mezcla de especias, pan recién horneado, desperdicios que cada poco aparecían amontonados en alguna esquina y ropa limpia tendida en las azoteas. A su lado, como si su intención fuera hacerles entender que la *casbah* nunca dormía, transitaban gentes arriba y abajo de lo más variopinto: árabes ataviados con sus chilabas ellos y cubiertas con jaiques blancos ellas, judíos con la kipá, italianos de pelo crespo, españoles de rostros familiares y un sinfín de nacionalidades que mezclaban sus idiomas sin importar que al final solo se escuchara un batiburrillo ininteligible. Los comercios, con una lona sostenida mediante palos en la fachada, exponían su mercancía en la puerta: alfombras, frutas y verduras, babuchas de piel, dulces elaborados con almendra y miel, artesanía de latón repujado… Estrella y Rocío observaban todo con atención, bien juntas, aterradas ante la posibilidad de perderse en aquel laberinto ruidoso y palpitante que parecía querer tragárselas vivas. Por fin Violeta, que no había tenido problema alguno en orientarse, como tampoco lo había tenido en subir la infinidad de peldaños con sus zapatos de tacón o esquivar con elegancia a los insistentes vendedores callejeros, se detuvo frente a un portal.

—Ya hemos llegado. Bienvenidas a El Jardín.

Las mellizas levantaron la vista sin encontrar en aquel edificio rastro alguno de vegetación que justificara su nombre. Sobre la puerta de madera, un letrero pintado a mano anunciaba el nombre del lugar, junto a él la silueta de un cuerpo femenino en una postura sugerente envuelto en velos que mostraban más de lo que ocultaban.

—Un momento —se detuvo Rocío sin atreverse a cruzar la puerta que Violeta mantenía abierta para ellas—, esto no es ningún jardín.

—Ni vosotras florecillas silvestres, ¿verdad?

—Pero… —insistió Rocío, incapaz de desprenderse de la incomodidad que la invadía por momentos. Desde allí podían atisbar

parte del interior, donde se intuían mullidas alfombras cubiertas por cojines de colores. Un fuerte aroma a incienso y perfume las aturdió.

—¿Sí, querida?

—¡Esto es un prostíbulo! —exclamó Estrella con tanto ímpetu que la asaltó un nuevo ataque de tos.

—Por supuesto que lo es —reconoció Violeta con una sonrisa que casi parecía inocente—. ¿O acaso pensabais que os ibais a alojar en un hotel?

—Me parece que usted se ha confundido con nosotras —respondió Estrella luchando por aspirar algo de aire—. Ni somos sus primas ni, menos aún, putas.

—Vosotras seréis lo que haga falta, igual que todas, a ver si va a resultar que os creéis mejores.

—¿Quiere decir que ha ido a buscarnos solo para esto? —balbuceó Rocío, viendo cómo se desvanecían sus únicas esperanzas de que alguien velara por ellas hasta que pudieran reunirse con Aurora—. No lo entiendo. Seguro que había otras chicas más cerca. ¿De verdad era necesario recorrer tantos kilómetros?

—Bueno, chicas hay muchas, eso es cierto, incluso algunas tan bonitas como tú —admitió Violeta—. Pero pocas son las que tienen el vientre lleno. Y eso, querida, aunque no lo creas, hay clientes que lo saben valorar muy bien. En cuanto se te note se volverán locos.

Rocío se cubrió la boca con las manos, horrorizada.

—No me mires así, yo no soy la que hace que el mundo sea como es. Tan solo he aprendido a amoldarme a él. Y ha resultado que los albergues y campos de internamiento donde los franceses retienen a las refugiadas españolas son un lugar perfecto para encontrar jóvenes desesperadas por conseguir otra vida. Yo os la estoy ofreciendo en bandeja de plata.

—¿Quiere decir que no somos las primeras que…?

—Por supuesto que no. Soy una mujer de negocios y, por tanto, tengo mis contactos en los lugares apropiados. Cuando aparece algo interesante no tardo demasiado en enterarme. El resto es sencillo

siempre que se tengan los medios necesarios para conseguirlo. Y resulta que yo los tengo.

—Ha perdido la cabeza si cree que nos vamos a quedar aquí —afirmó Estrella procurando sonar firme entre toses.

—Mira, me voy a tomar la molestia de explicároslo una sola vez, así que hacedme el favor de prestar atención. —En la voz de la mujer empezó a adivinarse la impaciencia—. Vosotras dos no tenéis dónde caeros muertas, estáis solas y desamparadas en un mundo en guerra. Yo os ofrezco cama, comida, seguridad y algunos lujos hoy en día al alcance de muy pocos. Seríais estúpidas si rechazáis esta oportunidad.

Justo entonces el ataque que sobrevino a Estrella se tornó más virulento y su hermana se concentró en ayudarla a sentarse en uno de los escalones mientras trataba de respirar entre violentas convulsiones. Aquello le proporcionó a Rocío el tiempo que necesitaba para tragar la bilis que le había subido a la boca con la propuesta de Violeta. Ella ya se había visto antes sometida a la voluntad de los hombres. Sabía lo que se siente cuando unas manos ajenas te recorren el cuerpo sin permiso. Recordaba los gemidos, los jadeos y la mezcla de vergüenza y culpa que quedaba siempre después. Violeta no lo sabía, pero Rocío ya había vendido su cuerpo antes de abandonar Alicante. Si bien ella no lo hizo por dinero, sino por miedo y porque no tuvo elección. De aquella pesadilla había salido algo bueno: el hijo que llevaba en las entrañas. Además de la promesa de que ningún hombre volvería a tocarla jamás. Y estaba dispuesta a cumplirla.

—Le agradecemos que nos haya sacado del albergue —anunció una vez las toses de Estrella remitieron—, pero no vamos a trabajar para usted.

—¿Y qué piensas hacer, alma de cántaro? Porque, hasta donde yo sé, tú estás preñada, tu hermana enferma y no tenéis ni un solo franco en el bolsillo.

—Encontraremos la forma de ganarlos honradamente.

—Si de algo estoy segura, es de que no encontraréis nada mejor que lo que yo os ofrezco. Así que, cuando os canséis de vagabundear por la ciudad, volved. Os estaré esperando.

Rocío ayudó a levantarse a Estrella y le dedicó una última mirada a Violeta, que seguía inmóvil a las puertas de su singular jardín.

—No nos espere de pie.

* * *

Al enfrentarse a solas a la capital de la colonia francesa, las mellizas descubrieron con rapidez que Argel *la blanche* era más grande de lo que les había parecido desde el coche. Lo primero que hicieron fue huir del ambiente opresor de la *casbah* a fin de respirar el aire fresco que ascendía del mar para caracolear entre los grandes bulevares y avenidas de influencia europea. La capital se reveló entonces majestuosa, espléndida, orgullosa del embrujo que provocaba en cada nuevo visitante. Así descubrieron el bullicioso *boulevard* Laferrière, sus plazas con quioscos y sus refrescantes jardines con palmeras, ficus y magnolios, sus monumentos a personajes ilustres y sus construcciones parisinas en cuyas fachadas ondeaban banderas francesas. Allí, en la parte más luminosa, durante horas Rocío arrastró a Estrella de comercio en comercio preguntando si necesitaban personal o sabían de algún lugar donde probar suerte. En los locales donde solo hablaban francés las despachaban de malas maneras sin esforzarse por entenderlas siquiera. En los que sí hablaban español o incluso valenciano las dependientas las miraban con lástima, pero sin posibilidad alguna de ayudar. Las puertas de las *boulangeries,* zapaterías, perfumerías, *épiceries* y demás se les fueron cerrando al tiempo que las escasas fuerzas de Estrella se iban consumiendo. Dejaron atrás la prefectura, el *hôtel de ville* y el casino municipal sin dejarse sobrecoger por la bella panorámica sobre el puerto que se podía disfrutar desde el *front de mer.* Caída la tarde, el aroma de un delicioso guiso las condujo a una casa de comidas, con el estómago protestando entre rugidos. La vergüenza les impidió

mendigar, pero se atrevieron a preguntar si no requerían ayuda sirviendo mesas o fregando en la cocina.

—Lo único que puedo ofreceros es un plato caliente, *chiquetes* —respondió la mesonera, una mujerona sudorosa originaria de Oliva que trajinaba entre cazuelas mirándolas con compasión—, *que les coses estan complicades per a tots.*

Mientras despachaban la comida en una mesa diminuta de la esquina, Rocío se dio cuenta de que Violeta no había estado desencaminada en sus predicciones. Sin documentación en regla ni dominio del idioma, nadie les daría trabajo. Al menos no con la urgencia con la que ellas lo necesitaban. Con la noche encima y agotadas, las mellizas decidieron que lo mejor sería regresar a la *casbah.* Al menos allí apenas se veían esos policías uniformados que habían esquivado en la parte más moderna de la ciudad, temerosas de que les pidieran unos papeles que no tenían. Además, no se dejaron llevar a engaño por el límpido cielo ni por el sol que las había acompañado en su deambular, sabían que al caer la noche el frío húmedo del invierno argelino las acecharía sin piedad. Resignadas a su negro destino, se acurrucaron en una esquina tranquila sin olor a orín y donde el viento proveniente del mar no se les metía en los huesos hasta hacerlas tiritar. Aunque Estrella tiritaba desde mucho antes, pues el esfuerzo de la caminata la había dejado exhausta. La fiebre había vuelto con más fuerza y Rocío se tragaba las lágrimas sin saber cómo se las apañaría para salvarla. Pensó en Aurora, en cuánto deseaba que estuviera a su lado. Ella habría sabido qué hacer, siempre lo había sabido. Aurora había cuidado de ellas como la madre que no llegaron a conocer y en esos momentos la echaba de menos más que nunca.

No supieron que se habían dormido hasta que las despertaron unos gritos destemplados. Rocío abrió los ojos con dificultad para comprobar que todavía era noche cerrada. Aturdida por el sueño, tardó unos instantes en darse cuenta de que quien las increpaba era una pareja de gendarmes. Las sacudían con las puntas de sus armas y el tacto frío del metal terminó de despabilarla.

—¡Por favor, nosotras no hemos hecho nada! —suplicó ovillada en el suelo, procurando enfocar sus pupilas en la penumbra.

—*Espagnoles ? Montrez vos papiers !*

—*Je ne comprends pas.* Apenas hablo francés.

A sus palabras le siguieron más voces y gestos bruscos; desesperada, Rocío solo pudo pensar en una salida.

—¡*Madame* Violeta! —exclamó alzando las manos en el aire en un gesto apaciguador—. *Madame* Violeta, la propietaria de El Jardín. Ella nos conoce. *S'il vous plaît,* pregúntenle a ella.

* * *

—Sabía que nos veríamos de nuevo —dijo Violeta, y no había burla en su tono, tan solo la confirmación de lo que de antemano se sabe inevitable.

Los gendarmes habían discutido brevemente al escuchar el nombre de Violeta y su establecimiento de boca de Rocío. Luego, entre risas lascivas, apremiaron a las mellizas a caminar hasta la puerta de El Jardín y llamaron a la puerta. Les abrió Violeta y, tras un breve intercambio de frases, la madama hizo venir a un par de señoritas ligeras de ropa que enroscaron sus brazos en los de los hombres para llevárselos al interior entre caricias y contoneos.

—Espero no haberla puesto en un compromiso —se disculpó Rocío. Estrella había llegado al burdel sin aliento, por lo que la acomodaron con sus armas y me asusté mucho… su nombre fue lo único que se me ocurrió.

—Tranquila, en quince minutos estos dos darán por saldada su obra de caridad al dejaros libres. ¡Menudos son! A la mínima aprovechan para conseguir un polvo gratis.

—Gracias.

—¿Gracias? —preguntó Violeta levantando una ceja perfectamente perfilada—. ¿Así es como piensas pagarme el favor que os acabo de hacer? ¿Dándome las gracias?

—No se confunda, sigo sin valer para puta.

—Para eso valemos todas.

—Yo no.

Violeta la observó unos instantes sin decir nada y, después de inspirar profundamente y exhalar despacio, cruzó los brazos sobre su pecho.

—En ese caso, ¿cómo se te ocurre que podrías saldar tu deuda? —preguntó. Rocío se encogió sobre sí misma, incapaz de dar una respuesta. Violeta la observó despacio, sacudió la cabeza de lado a lado y suspiró con resignación—. A ver, criatura, ¿sabes llevar una casa?

—Por supuesto. Limpio, plancho, cocino… —enumeró Rocío, que, de pronto, sintió un pellizco de esperanza en el estómago—. Hago cualquier tarea y la hago rápido y bien.

—¿Te supondría un problema tener que hacer todas esas tareas aquí, en El Jardín?

—Mientras no tenga que levantarme la falda, ninguno en absoluto.

—Ganarás mucho menos que de la otra forma, lo sabes, ¿verdad?

—Eso no me importa. Si puedo darle a mi hermana un techo y comida caliente, será suficiente.

Esa noche, cuando las mellizas entraron en El Jardín por primera vez, no podían imaginar que aquel lugar iba a cambiar sus vidas para siempre. No obstante, se aferraron a aquella inesperada oportunidad con la determinación de quienes saben que no se les volverá a presentar otra parecida con facilidad. De hecho, si querían sobrevivir, esa sería la única manera.

Capítulo 8

Llegaron a El Ançor caída ya la tarde. Tras la decepción sufrida en La mer et les pins, Rodrigo se había ofrecido a llevarla de vuelta a casa, pero Aurora se negó. Gracias a él había conseguido hablar con una de las últimas personas que había visto a sus hermanas y no pretendía pagar un favor como ese haciéndole perder un importante viaje de trabajo. De todas formas, ella lo que necesitaba era reflexionar y tanto le daba hacerlo en Orán o en el viñedo.

Bajo la luz ambarina del ocaso argelino, la primera visión del *domaine* de la familia Moragues resultó abrumadora. Más de cien ondulantes hectáreas de un terreno fértil en medio de una tierra por lo general áspera y ruda. Desprovistas de hojas en aquella época, las vides se mostraban como unos escuálidos ramajes retorcidos sobre sí, modelados a capricho por el siroco. Filas interminables de sarmientos que aguardaban pacientes el cambio de estación para florecer se sucedían, a veces siguiendo un orden milimétrico, otras en un absoluto caos en el que cada planta parecía haber decidido por cuenta propia dónde arraigar.

La sorpresa se dibujó en el rostro de Aurora y Rodrigo no pudo disimular una media sonrisa.

—*Bienvenue au Soleil d'Oran* —anunció con la voz henchida de orgullo al tiempo que su automóvil traspasaba la verja de entrada a la finca, adornada por sendos soles con ondulantes rayos de forja, y enfilaba un camino flanqueado por cipreses.

Dado que solía acudir con frecuencia incluso en las temporadas alejadas de la vendimia, la casa se mantenía abierta y en funcionamiento todo el año. Se trataba de un gran edificio blanco de

una sola planta en forma de U sobre cuyas tejas las últimas luces jugaban traviesas a dejarse perseguir por las sombras. Ya en la fachada principal, orientada al sur, quedaba patente la fusión de estilos español, francés y árabe que conformaba la vivienda, otorgándole un carácter único y mestizo. El conjunto, formado por grandes ventanales que se abrían hasta el suelo protegidos por contraventanas de celosía, un amplio porche con macetones y muebles de mimbre pensado para disfrutar de veladas pausadas o una buena conversación y una puerta de madera bellamente tallada, era sin duda espléndido.

Una pareja de alborotados bretones salió a su encuentro. Rodrigo descendió del Citroën 11 para acuclillarse y dejar que lo rodearan entre frenéticos lametones y sacudidas de rabo. A continuación, le presentó a Dunia, quien llevaba a cabo las tareas de cocinera, doncella o cualquier otra que fuera necesaria en el interior; del exterior se ocupaba su esposo Ibrahim. Eran un discreto matrimonio de mediana edad originarios de Constantine que se dirigían a Rodrigo como *le patron.* Vivían en una coqueta casita anexa, a diferencia del resto de trabajadores, cuyas modestas viviendas se encontraban algo más retiradas, junto a una escuelita, un dispensario médico y un espartano campo de fútbol. Avisados de su llegada, habían acondicionado un dormitorio para Aurora y les tenían la cena preparada, lista para servir en el gran comedor.

—No te sientas obligada —la dispensó Rodrigo una vez se quedaron solos.

Pillada en falta, Aurora dio un respingo, pues en ese preciso instante estaba pensando que lo último que le apetecía era sentarse a la mesa y fingir que podía mantener una conversación cordial. Ni siquiera se sentía capaz de probar bocado con los nervios instalados en el estómago. Después de lo ocurrido en La mer et les pins, lo único que ansiaba era estar a solas con sus pensamientos.

—La verdad es que estoy agotada —respondió forzando una sonrisa agradecida—, han sido demasiadas emociones para un solo día.

—Lo comprendo. Tu dormitorio está al fondo de aquel pasillo, espero que lo encuentres todo a tu gusto, pero si necesitas cualquier cosa, Dunia se retira tarde, no tengas apuro en avisarla.

—Gracias.

Ya salía del comedor cuando la voz de Rodrigo la alcanzó por la espalda.

—Lo siento mucho, Aurora, ojalá las cosas hubieran salido de otra forma.

Ella asintió. Sí, ojalá todo hubiera sido diferente.

De camino a su dormitorio descubrió que el interior de la casa resultaba incluso más soberbio que el exterior. En los techos, vigas de troncos de palmera sostenían unos ventiladores ahora adormecidos y en los suelos grandes alfombras saharianas se sucedían con pieles de cabra para amortiguar sus pasos. Al pasar frente a un salón en penumbra, se detuvo un segundo para admirar los sofás de cuero, hasta que los ojos brillantes de un gran lagarto disecado en un rincón la animaron a reanudar su camino. En su habitación, para alivio suyo decorada con más sobriedad, una mano de Fátima grabada con un ojo de cristal azul engastado en la palma la custodió desde un velador de caoba con incrustaciones de nácar mientras se desnudaba. Hubiera esperado una noche en blanco rumiando acerca del paradero de sus hermanas, pero lo cierto fue que las ilusiones y las decepciones habían agotado su espíritu, de modo que cayó en un inquieto sueño tan pronto su cabeza rozó la almohada.

La espabilaron al amanecer los gallos junto con la curiosidad por descubrir el viñedo a la luz del día. Se desperezó en aquella cama inmensa con un bostezo antes de asearse con la jarra que la servicial Dunia había dejado prevista para tal fin. Que estuviera fría le gustó. Nada más abandonar el cuarto, un torbellino de pelos y babas la arrolló y a punto estuvo de hacerla caer.

—¡Valjean, Éponine! Llevad más cuidado con la visita —los regañó Rodrigo—. Disculpa, espero que no te hayan asustado.

—En absoluto —mintió Aurora. Le gustaban los animales, pero no tenía costumbre de relacionarse con ellos a distancias tan cortas—. Son muy… efusivos.

—¡Ja! Es una forma educada de decirlo, sí —rio él—. ¿Sabes? Ellos son una de las razones por las que vengo a menudo. Traté de llevarlos conmigo a Orán en una ocasión, pero en un descuido Éponine se coló en la pajarera y para cuando nos quisimos dar cuenta ya se había zampado un par de guacamayos.

—¡Qué me dices!

—A mi madre casi le da un soponcio, imagínate —señaló con dedo acusador a los dos canes, que observaban a su dueño con ojos atentos y la lengua fuera formando una sonrisa, como si la anécdota les pareciera de lo más divertida—. Desde entonces no puede ni verlos.

Ambos fueron incapaces de retener la risa a pesar de la tragedia para la señora Sagrario y los desafortunados guacamayos.

—¿Has desayunado ya? —preguntó Rodrigo.

—No querría ser una molestia.

—En absoluto, Dunia lo debe de tener ya todo preparado en el comedor, ve y come cuanto quieras. Estarás hambrienta, anoche no cenaste.

—¿No me acompañas?

—No tengo costumbre de tomar más que un café por las mañanas y lo hice hace rato. —Miró su reloj—. Si me disculpas, ahora debo atender asuntos de la finca.

Aurora lo vio marchar seguido por sus dos perros y permaneció aún un buen rato mirando el pasillo vacío con una extraña sensación en el pecho.

La diligente Dunia se empeñó en servirla como si en vez de la cena se hubiera saltado las ingestas de una semana entera, agasajándola con unos deliciosos panecillos de leche, mantequilla, mermelada de higos y naranjas recién cogidas del árbol. Después del opíparo desayuno, Aurora decidió que un paseo por los alrededores de la casa la ayudaría a poner en orden sus

pensamientos. En Alicante, el aire libre junto con la tibieza del sol solían ayudarla a calmar la mente y templar los ánimos, y eso era justo lo que ella necesitaba en esos momentos. No dejaba de darle vueltas a quién podía ser aquella misteriosa mujer que se había llevado a sus hermanas. Se aferraba a la idea de que se tratase de alguien de buen corazón cuya única intención fuera la de ayudar a un par de refugiadas, como la misma doña Tecla había hecho con ella. Pero ¿y si no era así? En los peores momentos, cuando la desgracia ahoga, no falta gente dispuesta a aprovecharse de los más desvalidos. Aquella posibilidad la martirizaba.

Saludó con un cortés «*bonjour,* Ibrahim» al marido de la cocinera, quien se dirigía a la parte trasera de la casa empujando una carretilla con tierra y aperos de labranza, cubierta la cabeza con su turbante azul. Aurora supuso que tendrían un huerto allí para abastecerse. Pese a su desasosiego, la mañana era espléndida. Se detuvo un instante para apreciar el entorno con detenimiento. Frente a ella se extendía un paisaje tan inquietante como abrumador. Cientos, miles de esqueletos de vides se multiplicaban siguiendo las ondulaciones del suelo hasta donde alcanzaba la vista. La luz blanca bañaba un paisaje duro donde cada palmo de terreno libraba una lucha eterna contra un clima despiadado en el que, tras largas temporadas de sequía, se sucedían imprevisibles lluvias torrenciales que provocaban daños y disgustos. Como resultado, aquellas plantas tercas se empeñaban en sobrevivir aun teniéndolo todo en contra. Al igual que ella.

Aurora permitió que sus pasos, siguiendo a sus pensamientos, fluyeran con libertad sin retenerlos ni dirigirlos. Así fue como poco a poco se fue alejando de la gran casa. Para cuando se quiso dar cuenta, se encontraba recorriendo algunos senderos que discurrían de forma abrupta y en los que sus desgastados botines de medio tacón se hundían sin cesar. Empezaba a preguntarse si no sería mejor dar media vuelta antes de torcerse un tobillo cuando su pie se enredó en una raíz y acabó aterrizando en el suelo.

—¡Maldita sea! —exclamó poniéndose en pie, tratando de sacudir sin demasiado éxito el polvo de su ropa.

—¿Te encuentras bien?

La voz de Rodrigo a su espalda la sobresaltó. ¿De dónde habría salido?

—Iba camino de revisar unas cepas que quedan en aquella colina cuando te he visto a lo lejos —explicó él como si hubiera adivinado su pensamiento y terminó de aproximarse con grandes zancadas—. Venía a avisarte de lo inestable que es el terreno y de lo peligroso que puede ser caminar por aquí sin un calzado adecuado, pero veo que ya lo has podido comprobar por ti misma. Dime —insistió—, ¿te has hecho daño?

Al saberse observada durante su torpe avance y vergonzosa caída, Aurora sintió que el mayor daño lo había recibido su orgullo, pero trató de disimular con una tímida sonrisa.

—Estoy bien —dijo y alzó las palmas de sus manos aún sucias—, ni un rasguño.

De pronto Aurora cayó en la cuenta de cuánto se había alejado de la casa grande sin que Rodrigo la hubiera invitado a husmear por su cuenta y que, tal vez, estuviera pensando que era una maleducada además de una fisgona. Iba a disculparse cuando él se le adelantó.

—¿Habías estado antes en un viñedo?

—Nunca.

—¿Y qué sabes acerca de la uva y el proceso para hacer el vino?

Obligada a reconocer su ignorancia, bajó la vista al suelo, donde descubrió que Rodrigo calzaba unas botas recias mucho más convenientes. Se sintió ridícula.

—¡Eso no es posible! —fingió escandalizarse Rodrigo—. Estás de suerte, nuestro *maître de chai* no regresará hasta dentro de un par de horas, así que tenemos tiempo para remediar tan intolerable desconocimiento.

Aurora levantó el mentón algo aturdida. Ese Rodrigo frente a ella en nada se parecía al que había conocido en Orán. Desprovisto del traje y de la solemnidad que solía vestir en la ciudad, la camisa

arremangada por los codos, con un sombrero de paja y sus inseparables bretones a los pies, se le veía de pronto locuaz y cercano. Allí, con aquellas viejas botas de trabajo, los hombros relajados y los ojos inundados de sol, no era más que un joven despreocupado… casi parecía feliz.

—A estas de aquí las llamamos *chasselas,* es la variedad que madura antes y por eso mismo nos sirve para determinar cuándo arrancar la vendimia —comenzó a instruirla y los destellos cobrizos de sus ojos se volvieron más intensos—. Ahora no puedes verlo, pero aporta zarcillos largos de bayas redondeadas y carne blanca. ¡A los gorriones les encantan!

—Pero ¿cómo es posible? —preguntó Aurora al observar una de aquellas ramas resecas sin encontrar motivo para el entusiasmo que parecía inundar a su anfitrión ni a los pájaros—. Quiero decir, si casi parece que están muertas.

—En cierto modo lo están. Durante el invierno, la savia deja de fluir por el interior de la planta, se puede decir que entra en un período de letargo —explicó Rodrigo, sin disimular cuánto estaba disfrutando—. Ahora mismo cada cepa tiene concentradas sus energías y su fuerza en las raíces, a la espera de que las temperaturas cambien, de que las horas de luz aumenten… solo entonces volverá a la vida. Y lo hará con lágrimas.

—¿Lágrimas? ¿Cómo es posible?

—Al reanudarse el flujo, la savia escapa por los cortes de la poda en forma de gotas. Casi parecen lágrimas, por eso se le conoce como el lloro de la vid. No te dejes engañar por su aspecto ahora, en unos meses todo esto que ves se habrá llenado de nuevos brotes y luego de hojas verdes que protegerán los pámpanos con su sombra. El paisaje cambiará por completo. Cada grano de uva recogido será solo el culmen de un proceso único que se viene repitiendo cada año desde que la humanidad existe. Un pequeño milagro que cabe en la palma de una mano.

Sin dejar de caminar entre hileras de sarmientos retorcidos, Aurora atendía fascinada. La transformación que se apreciaba en

Rodrigo Moragues estaba a la altura de la que sufrían las vides.

—¿Y esas de allí? —preguntó señalando hacia una zona diferente para disimular un nuevo tropiezo.

—Oh, son las *datier,* conocidas como teta de vaca, con perdón por la expresión —se rio de nuevo con esa risa ligera que ella no le había conocido en la ciudad y lo volvía, era inútil negarlo, mucho más atractivo—; son de origen turco, pero más tardías. Allí tenemos las *valensy,* que son delicadas y se estropean con las avispas; más allá están las *faranah,* una variedad local muy extendida… ¡Ah!, esto te va a encantar. También cultivamos las *alicante,* como tu tierra.

La mención de su ciudad la pilló desprevenida y a punto estuvo de desbordarla. Aurora trataba de no pensarlo, pero no olvidaba cuánto echaba en falta su casa, sus calles, su cielo, su mar… En ese instante hubiera dado cualquier cosa por cerrar los ojos y despertar en la casa de la puerta azul de la calle San Rafael, pero, sobre todo, por hacerlo junto a sus hermanas.

—Es una uva audaz, resistente. Su jugo se incrusta en los pliegues de la piel con tanta determinación que su huella es difícil de borrar —continuó él mirándola con fijeza, y por un momento ella dudó de si seguía hablando de la uva. Sintió un estremecimiento—. Da un vino rojo como su pulpa. Cuando llegue la temporada te reservaré unos racimos para que los pruebes.

Aurora asintió agradecida y llevó sus ojos al horizonte, allí donde las vides se difuminaban contra el cielo, para tratar de contener la nostalgia que se le había enredado en las pestañas.

Esa misma noche, en su mullida cama con sábanas de fino algodón y tan grande que la hacía sentirse diminuta, trató de encajar todo lo vivido con Rodrigo durante la jornada en el intrincado puzle que conformaba aquel hombre.

Él no había elegido las cartas que le habían tocado en suerte al inicio de la partida, como tampoco ella. Al conocerlo en Orán, le había parecido un *bon vivant* que nada sabía de sacrificios ni renuncias. Siempre atareado entre reuniones con los empresarios y personalidades más relevantes, lo había encasillado en un molde en

el que ahora presentía que no encajaba. Allí, en el Soleil d'Oran, había sido testigo sin pretenderlo de cómo aquel molde se resquebrajaba a causa de una metamorfosis asombrosa. Había advertido cómo la pátina de hombre inexpugnable se descascarillaba en algunas zonas para dejar asomar lo que escondía debajo.

Seguían siendo demasiados los interrogantes que lo rodeaban, pero al menos ahora contaba con una certeza: Rodrigo no era, ni mucho menos, lo que aparentaba.

* * *

Al día siguiente y tras una noche inquieta, Aurora se subió en el Citroën 11 para dejar atrás las fértiles hectáreas del Soleil d'Oran. Rodrigo había preferido salir con tiempo para evitar que la noche los sorprendiese en ruta dado lo imprevisible de los caminos. El trayecto de regreso a Orán se le antojó breve, pues el desvío hacia La mer et les pins no era ya necesario, y lo hicieron instalados en un cómodo silencio, cada cual sumido en sus propias reflexiones. El aire que se colaba en el interior del habitáculo por la ventanilla que mantuvo bajada no consiguió llevarse consigo sus dudas y temores, pero al menos sirvió para apaciguarlos.

Con el automóvil estacionado a la puerta de su casa de la *place* de la Bastille, Rodrigo descendió para abrir el portaequipajes. Aurora lo observó de pie en la acera y sus movimientos ágiles la llevaron de vuelta por un instante a la tierra de vinos que acababa de dejar atrás. Sacudió la cabeza para espantar aquella ensoñación y regresar a la realidad.

—¿Estás segura de que no prefieres que te acerque a la pensión? —se ofreció Rodrigo una última vez—. No me cuesta nada.

—Me vendrá bien pasear un poco.

Rodrigo asintió y de pronto el silencio que se instaló entre ambos se volvió tenso, como si las palabras que ninguno había tenido antes necesidad de pronunciar exigiesen ahora con ímpetu su turno y retenerlas por inoportunas supusiese un esfuerzo. Carraspeó

mientras encendía un cigarro, luego se apoyó en el capó del Citroën para dar una larga calada.

—Siento mucho que el viaje haya acabado así.

De nuevo tuvo la incómoda sensación de que Rodrigo podía ver más allá de su piel cuando la observaba de esa forma. Aurora apartó el rostro hasta perder la mirada en el bullicio de la plaza, que a aquellas horas estaba a rebosar de viandantes atareados que iban y venían como hormigas, cada cual inmerso en sus propios asuntos, ajenos al desgarro que la estaba desangrando por dentro. Pestañeó varias veces, con determinación, para evitar que el llanto desbordara sus párpados.

—Aparecerán —prometió Rodrigo—, no pierdas la esperanza.

A Aurora la abrumó vislumbrar su propia vulnerabilidad a través de los ojos de él. Había iniciado aquel viaje con la esperanza de ser cuatro a la vuelta y, sin embargo, seguían siendo solo dos. Ignorando sus intentos por retenerla, una lágrima se escapó para rodar libre por su mejilla. Para su sorpresa, Rodrigo dio un paso adelante y, tras titubear un instante, posó con delicadeza la mano sobre su mejilla para atrapar con el pulgar aquella lágrima rebelde.

Como por acto reflejo, Aurora levantó la barbilla para encontrarse con que los destellos cobrizos de los ojos de Rodrigo se reavivaban y, por un segundo, casi creyó volver a ver en él al joven apasionado del viñedo. De pronto el contacto de su mano le ardió sobre su mejilla, encendiéndola. Sus pies quedaron anclados al suelo, incapaces de interponer entre ambos esa distancia que sabía necesaria, casi imperativa. Podría haberse engañado a sí misma diciéndose que ignoraba el motivo de su inmovilidad, aunque lo cierto era que la soledad le pesaba demasiado y la desesperación que le astillaba el corazón desde que desconocía el paradero de sus hermanas era abrumadora. Durante unos instantes, saboreó con deleite lo reconfortante que resultaba dejar de ser fuerte por obligación, cuando hacía mucho que las últimas fuerzas se le habían agotado. Se abandonó a esa cálida sensación de no tener que seguir nadando a contracorriente y deseó poder permanecer así para

siempre, refugiados su rostro y su alma en la poderosa palma de Rodrigo.

No obstante, a la mente de Aurora acudió como un destello la imagen de unos ojos grises, un flequillo desobediente, unos brazos rodeándola, su nombre susurrado en otra boca… Pero Martín no estaba allí y no lo estaría jamás. Porque Martín estaba muerto. Pese a aquella dolorosa certeza, el eco de su recuerdo resonó con tal ímpetu que fue suficiente para que Aurora reuniera la voluntad necesaria y diera un paso atrás, forzando así a Rodrigo a apartar la mano. Allí donde había estado posada, quedó un rastro de calor humano que aún la turbaba.

—Perdona, no he debido…

Las disculpas de Rodrigo permanecieron en suspenso cuando una voz estridente los sobresaltó a ambos, arrancándolos de golpe de aquel inesperado y efímero momento de intimidad como el estallido de un cristal.

—*Quelle joie de te trouver chez toi, chéri !*

Delphine taconeaba hacia ellos con paso decidido afirmando cuánto se alegraba de su regreso y tal que, si se hubieran puesto de acuerdo, ambos se distanciaron como si nunca hubieran llegado a tocarse. Al llegar a su altura, la prometida de Rodrigo no hizo comentario alguno, por más que los tres fueran conscientes de que había sido imposible no verlo.

—Tenía unos minutos libres antes de mi cita semanal en el salón de té con las compañeras del club de lectura y había pensado en pasar por aquí para hacerle una visita a tu madre para ponerla al corriente acerca de un par de ideas sobre la boda —explicó la francesa con una sonrisa tirante, ya agarrada al brazo de Rodrigo bien dispuesta a marcar territorio—, ya sabes cuánto la aprecio.

—Por supuesto —contestó Rodrigo, que no solo sabía que no era verdad, sino que resultaba imposible disimular que su madre a duras penas la soportaba.

—¡Y qué maravillosa casualidad encontrarte aquí! —exclamó antes de cambiar el tono para añadir—: Espero que el viaje no haya

sido demasiado tedioso, *chéri.*

Aurora no tuvo dudas de que se refería a su compañía y de pronto fue consciente de que estaba de más. Decidió que era el momento de despedirse.

—Yo me marcho.

—Haces bien, querida, te queda un buen rato caminando hasta el *quartier* de la Marina. Será mejor que vayas con cuidado, he oído decir que por allí vive mucho maleante y desarrapado.

Aurora prefirió obviar el malintencionado comentario y musitó una educada despedida. No prestó atención a la sonrisa de satisfacción de Delphine por perderla de vista, pues la mirada de Rodrigo eclipsó todo lo demás. Le pareció que se había vuelto opaca, sin brillo, aunque su brazo rodeara la cintura de su prometida, o puede que fuera precisamente por eso.

Apretó el paso para abandonar la *place* de la Bastille lo antes posible, con la cabeza dándole vueltas. Aquel viaje había resultado del todo diferente a lo que habría esperado. Estaba de regreso, pero lo hacía sin sus hermanas, y las esperanzas de encontrarlas se iban difuminando con el paso del tiempo. Al menos, se dijo, contaba con el respaldo de Rodrigo.

Volver a pensar en él le causó un profundo desasosiego. Aurora recordó la asombrosa transformación de la que había sido testigo. Atrás habían quedado los hombros relajados, la risa alegre y los ojos centelleantes algo achinados por el sol. El Rodrigo que se había despedido de ella frente a su casa de la ciudad, serio y taciturno, nada tenía que ver con el que había visto en los viñedos.

Era como si se tratase de dos hombres distintos y Aurora se preguntó si acaso era posible que ambos habitaran bajo la misma piel.

Capítulo 9

Violeta en realidad se llamaba Jacinta, pero los hombres que solían acudir a buscar alivio entre sus piernas ya estaban hastiados de las Jacintas, las Cármenes o las Dolores que los aguardaban en casa. Ellos buscaban algo diferente. Y ella simplemente se lo daba.

Jacinta Soler había sido puta antes incluso de saber lo que significaba esa palabra, cuando todavía podía permitirse soñar con que vivía en una casa con jardín en vez de en una barraca en la que la humedad y el salitre se colaban entre los tablones. De hecho, nació siéndolo sin saber que nada podría hacer por remediarlo. Su madre se vendía en el puerto de Cartagena por unas pocas monedas a cualquiera que estuviera dispuesto a pagarlas, por eso nunca supo quién era su padre. Tampoco le importaba. Cuando iba a cumplir trece años y sus pechos eran apenas dos albaricoques aterciopelados, el novio de turno de su madre intentó convencerla de que le dejara meter la mano bajo su falda. Ese mismo día se escapó. Jacinta no era tonta y a esas alturas había vivido lo suficiente como para estar enterada de que la virginidad se vendía cara. No estaba dispuesta a dejar pasar su única oportunidad. Se presentó en el burdel con mejor reputación de la ciudad y pidió hablar con la madama.

—¿Dónde está tu madre, niña?

—No tengo —mintió.

—¿Y tu padre?

—De eso menos todavía.

La noche siguiente, Jacinta, bañada, perfumada y repeinada, perdió la poca inocencia que aún conservaba. Estaba contenta. Le

había dolido menos de lo esperado y el hombre que había pagado por el privilegio de desvirgarla al menos no olía a pescado. De haber podido elegir, Jacinta habría pedido un jardín, pero en la casa en la que le tocó vivir solo había putas. Y aprendió a conformarse.

Durante los difíciles años de la guerra se las apañó como pudo, pero conforme fue resultando evidente que Franco se haría con la victoria, supo que en esa nueva España mojigata y asfixiante que ya se adivinaba no habría sitio para ella. En abril de 1939, justo antes de que todo se fuera al garete, un paquebote zarpó del puerto de Cartagena con un burdel al completo a modo de pasaje. A bordo iba Jacinta, que no derramó ni una sola lágrima al ver difuminarse el contorno de la tierra que la viera nacer. La breve travesía le sirvió para meditar sobre qué hacer con esa nueva vida que se le ofrecía una vez atracaran. Hubiera pecado de ilusa si pensara que podría salir adelante con un trabajo ordinario. No sabía leer ni escribir, y de cuentas lo justo para que no la engañaran. Bien pensado, ella solo sabía hacer una cosa. Eso sí, la hacía muy bien.

Así fue como Jacinta nunca desembarcó. En su lugar lo hizo Violeta, que dejaba atrás su pasado para no recordarlo jamás. Ni siquiera le causó el más mínimo remordimiento desentenderse de quienes habían sido sus compañeras de viaje e infortunios. Aunque tampoco debía olvidar que el hecho de que no aparentase sus años no impedía que los tuviera. Violeta quería empezar de cero y aquel país donde nadie la conocía era perfecto para utilizar sus modestos ahorros en alquilar una casa con habitaciones suficientes en las que comerciar con el placer como siempre había hecho. Y a aquel lugar en el que renació como una mariposa lo llamó El Jardín.

Violeta no tenía mal corazón. Tan solo ocurría que la vida no le había dado oportunidad de entrenarlo y, como ocurre con cualquier otro músculo, este se le había atrofiado. Dirigía su negocio con mano dura. No aceptaba debilidades ni lamentos. Había superado un sinfín de adversidades para llegar hasta donde ahora estaba. No podía permitirse apiadarse de cualquier muchacha que llamase a su

puerta con la desesperación aferrada al pecho. Eso supondría su ruina. Algo a lo que no estaba dispuesta.

No obstante, Violeta no olvidaba el mordisco de la necesidad. Lo había experimentado demasiadas veces como para no tenerlo muy presente, al tiempo que la había hecho desarrollar una aguda intuición acerca de las debilidades del alma. Y, por debajo de las capas de candidez con las que se cubría Rocío, de su hablar casi susurrante, de sus ojos huidizos, supo adivinar que se escondía una fortaleza como pocas veces se encontraba. Una fortaleza que, de algún modo, le recordaba a la suya propia. Aquello fue lo que hizo que Violeta aflojara por una vez su garra para acabar cediendo a su propia compasión. Claro que al principio se resistió a perder esa mina de oro, pero terminó por aceptar que la decisión de la joven de no permitir que un hombre volviera a tocarla era inamovible.

Y eso ella lo respetaba. Incluso lo admiraba.

* * *

Por más que Violeta la intimidara, Rocío no se creía su suerte, si es que se le podía llamar así. La madama no solo le había un ofrecido trabajo honrado, también les había facilitado un alojamiento donde Estrella podría descansar y recuperarse.

—Conozco un médico que tiene espacio en el piso de arriba de su consulta. Hablaré con él, pero ya me extrañaría que pusiera algún impedimento.

—¿Él es… —dudó Rocío al temer que tal vez el hombre pretendiera cobrarse el alquiler de alguna forma poco ortodoxa—, es cliente?

—¿Rafael? ¡Pero si ese hombre es un santo! —le aclaró, aunque tras reflexionar un instante debió rectificar—. Quizá un santo tampoco…, pero quédate tranquila, que no creo que haya puesto un pie en un prostíbulo en su vida. Se podría decir que sus circunstancias son un tanto especiales, pero ese es otro cantar que a

ti ni te va ni te viene. Créeme, tu hermana no estará mejor en ningún otro lugar.

Rocío la creyó. No porque no tuviera otra opción, que no la tenía, sino porque de algún modo intuía que, por encima de esa fiereza descarnada de la que hacía alarde, Violeta era una mujer de palabra. Sí, definitivamente las cosas iban a mejorar.

—Te quiero aquí al mediodía, cuando las chicas se levantan. A esas horas no hay clientes, así que será cuando lleves a cabo la limpieza a fondo. Y sé meticulosa, ¿quieres? —la advirtió Violeta arrugando su delicada nariz—. Si los hombres ven porquería por los rincones, darán por hecho que las chicas la tienen entre las piernas y se irán por donde han venido. Esta será una casa de putas, pero quiero que sea la más limpia de todo Argel. ¿Queda claro?

Rocío asintió sin entrar a discutir tan estrafalaria comparativa. Por nada del mundo quería ofender a Violeta y perder el empleo.

—Los primeros clientes empiezan a llegar al atardecer —continuó la madama—. Las chicas se los llevan a su habitación y poco después vuelven a salir. Hasta aquí bastante obvio, ¿verdad? Tu tarea tras cada servicio será dejarlo todo impecable para el siguiente. Las sábanas no podemos estar cambiándolas a cada rato, pero las airearás y te asegurarás de que no queden restos visibles que puedan incomodar a nadie. A ningún hombre le gusta que le recuerden que está pagando por lo que otro acaba de usar.

Rocío no pudo reprimir una risa nerviosa y Violeta la estudió con gesto severo.

—Esto no es un juego, querida. No puedes ni imaginar lo que me ha costado construir esto que ves, y no permitiré que nadie lo ponga en peligro —amenazó—. Como verás, es mucho trabajo, las jornadas serán largas y extenuantes. ¿Podrás hacerlo en tu estado?

—Si daba por hecho que podía hacer otro tipo de cosas —respondió Rocío esforzándose por alzar la barbilla—, no veo por qué no podría hacer esto.

En esa ocasión fue Violeta quien no logró contener una carcajada.

El trabajo en El Jardín no entrañaba demasiada complicación más allá de hacerse con el lugar y los estrictos requerimientos de su propietaria, por lo que Rocío encajó con rapidez. Las chicas eran alegres, alborotadoras y chillonas. Llenaban la casa de risas cantarinas, riñas que se olvidaban pronto y un perfumado revoloteo femenino. Por capricho de Violeta todas habían sido rebautizadas con el nombre de alguna flor, y para cuando Rocío llegaba, todavía tenían legañas atrapadas en las pestañas y bostezos en los labios. A esas horas, la casa entera se desperezaba tras una noche de placeres y excesos todavía enredados entre las sábanas.

Esos momentos de pequeñas cotidianidades eran los preferidos de Rocío. Las chicas la dejaban hacer sin importunarla mientras ella sacudía alfombras y ahuecaba cojines, fregaba los suelos de barro, quitaba el polvo y se esmeraba en adecentar un lugar que de decente tenía bien poco. Pronto se aprendió todos los rincones de El Jardín y se movía por ellos sorteando mujeres semidesnudas que iban de acá para allá, se rizaban el pelo con tenacillas las unas a las otras o bien holgazaneaban entre almohadones y se contaban cotilleos subidos de tono. Era una rutina extraña pero cómoda porque nadie se fijaba en ella. En cambio, con la caída del sol todo cambiaba. Los salones se iluminaban con decenas de lámparas de aceite colocadas estratégicamente para jugar con las luces y las sombras, otorgándoles un encanto del que durante el día carecían. Entonces empezaban a llegar los clientes y Rocío sentía que un miedo tan viejo como la propia *casbah* se le atravesaba en la garganta.

La presencia masculina la seguía violentando hasta el punto de que ocultaba su llamativa cabellera de un castaño tan claro que casi parecía rubio con un paño anudado en la nuca, al tiempo que un viejo delantal informe disimulaba su delicada figura. Aun así, no hacía falta ser demasiado observador para percatarse de que Rocío era toda una belleza, por eso aprendió a caminar de puntillas sin hacerse notar y a refugiarse tras las esquinas en cuanto escuchaba voces graves o pisadas fuertes. Lo poco que sabía de los hombres la

hacía temerlos y odiarlos a partes iguales, por lo que su propósito fue volverse invisible. Puso en ello tanto empeño que eran pocos los clientes que se percataban de esa furtiva sombra que se colaba en los dormitorios de la segunda planta cuando ellos los abandonaban con sonrisas satisfechas.

A pesar de ser inflexible y regañarlas por cualquier motivo, Violeta cuidaba de sus chicas con cierto afecto maternal al que ellas respondían acatando todas y cada una de sus órdenes. Al fin y al cabo, aquel era su hogar, donde encontraban no solo alojamiento, comida y protección, también lo más parecido a una familia que muchas de aquellas pobres desdichadas habían conocido jamás. Semejante presencia ruidosa y descarada cohibía a Rocío, que las observaba con cierta curiosidad cuando a la hora de comer se reunían en la cocina para lo que para ellas suponía el desayuno. Rosa, Lirio, Camelia, Jazmín… era esa una cita a la que acudían todas, excepto la chica de la habitación del fondo, por supuesto, la que tenía la cara desfigurada por una horrible cicatriz que la hacía parecer un monstruo. Nunca pisaba la planta baja. Apenas salía de su dormitorio más que para ir al retrete común que todas compartían, ni siquiera para comer. Violeta le subía el plato y lo dejaba frente a su puerta para que no muriera de inanición.

—Pero ¿tú la has visto? —escuchó decir en una ocasión a Lavanda—. ¿Quién querría encamarse con algo así?

—Pues a bote pronto se me ocurren los pervertidos, o los ciegos… —le respondió Gardenia—. ¡O los ciegos pervertidos!

Unas escandalosas risas resonaron por todo el palacio antes de que Violeta las acallara con unas palmadas.

—Más os valdría tener algo de compasión o, en su defecto, de vergüenza.

La verdad era que al principio el aspecto de la pobre muchacha había tenido a Rocío tan aterrorizada que procuró mantener las distancias, lo cual no era sencillo teniendo en cuenta que el hecho de que nunca abandonara su cuarto la obligaba a limpiar con ella dentro. Aquella infeliz solía sentarse bajo una estrecha ventana que

daba al callejón trasero, donde había una mesita y una única silla, y allí se mantenía inmóvil mientras ella procuraba hacer la cama y adecentar el dormitorio en lo que dura un suspiro, evitando mirarla, pues sabía que de hacerlo la visión de aquel rostro deforme le provocaría pesadillas durante varias noches seguidas.

Sin embargo, con el paso del tiempo, el temor de Rocío acabó por transformarse en lástima. Sobre todo cuando se percató de que los clientes de aquella flor marchita creían que por su aspecto tenían derecho a hacer con ella lo que quisieran. No eran pocas las ocasiones en las que Rocío había escuchado golpes del otro lado de aquella puerta. Una vez le preguntó a Violeta por qué no hacía algo al respecto y la protegía como al resto de sus chicas. La madama se limitó a ordenar que no se metiera en asuntos que no le concernían.

* * *

Estrella estaba tan frágil que al poco de llegar a Argel la fiebre se apoderó de su cuerpo, sumiéndola en un profundo sopor del que tardó más de una semana en despertar. Si lo hizo, fue sin duda gracias al empeño del doctor Rafael Lozoya y los cuidados de su enfermera, María Gutiérrez, que se aseguraba de que además de la medicación prescrita se alimentara de caldos al principio y platos más consistentes conforme fue recuperándose.

—¿Dónde estoy? —preguntó la primera vez que abrió los ojos y tuvo fuerzas suficientes para reunir un par de palabras.

—En el mundo de los vivos —respondió María con una sonrisa—, que es donde debías estar.

A partir de ahí todo fue a mejor.

La consulta se encontraba en la planta baja de una sencilla construcción de adobe, y justo arriba de ella había una vivienda de un solo dormitorio, pero con una amplia y acogedora estancia que servía de cocina, comedor y salón. Allí se instalaron las mellizas. A Estrella le gustaba aquella casa que olía a romero desde que su hermana distribuyera ramilletes por los rincones. Ubicada en el

corazón de la *casbah,* por las mañanas muy temprano la despertaba el muecín llamando al rezo desde la cercana mezquita Sidi Ramdane, mucho antes de que el sol se colara por el ventanal. Las paredes eran de un color avainillado que reflejaba la luz volviéndola dorada y, desde el estrecho rincón de la cocina, las sartenes de estaño que colgaban de un gancho se encargaban de multiplicar los destellos. También había un fogón en el que calentar café del de verdad, del que tanto había echado de menos durante la guerra en Alicante. Pero en cuanto empezó a sentirse con energías, aquel espacio se le quedó pequeño. Pasaba muchas horas sola, porque Rocío se dejaba la piel trabajando para Violeta. Estrella no recordaba haber estado ociosa jamás. Su naturaleza impetuosa le exigía mantener las manos y la mente ocupadas, pero el doctor Rafael le había prohibido terminantemente realizar cualquier actividad que no fuera sentarse cerca de la ventana abierta para que la brisa y el sol le fueran devolviendo poco a poco la salud.

Por fortuna, las frecuentes visitas de María y su alegre conversación ayudaban a aliviar el tedio. La enfermera era bastante más joven que el doctor. Llevaba la melena rubia por debajo de los hombros y se sujetaba los mechones más cortos del flequillo detrás de las orejas. Tenía unos dulces ojos marrones y su facilidad para sonreír buscando el lado bueno de la vida dejaba a la vista una paleta partida de una caída cuando era niña a la puerta de su casa. Era de caderas rotundas y unos centímetros más alta que el médico. Le gustaba tararear canciones al trajinar con sus cosas. A veces se le olvidaba la letra y se la inventaba sin pudor alguno, lo que no pocas veces arrancaba carcajadas al buen doctor.

—No te haces una idea de cuánto necesito salir, aunque sea al portal —rogó Estrella con desespero en una de las ya habituales visitas de la enfermera—. ¿Sabes si falta mucho para que tu marido me dé permiso?

Al escucharla, María se enderezó con la misma rapidez que si le hubiera dado un calambre. Su gesto siempre afable había sido sustituido por un rictus tenso.

—Rafael no es mi marido.

—Lo siento, había dado por hecho que estabais casados.

—Pues no lo estamos.

Al observar la mirada huidiza que María dirigió al termómetro de mercurio que había llevado consigo para comprobar que la fiebre había remitido definitivamente, Estrella se sintió abochornada por haber cometido una indiscreción que, a la vista estaba, la había incomodado. No se atrevió a decir más y, solo cuando María se levantó dispuesta para volver a la consulta, esta pareció arrepentirse de su brusquedad y se volvió con una esforzada sonrisa.

—Intentaré interceder para que puedas salir —prometió.

Estrella no volvió a pensar en lo sucedido, menos aún cuando poco después recibió la aprobación de Rafael para salir a caminar, eso sí, con la condición de que no se excediera y regresara de inmediato en caso de sentirse indispuesta. Pronto se aficionó a sus breves escapadas por la *casbah,* con sus casas encaladas y cafés *maures* donde los hombres, que cubrían sus cabezas con turbante o fez rojo, se sentaban a charlar y beber té con hierbabuena, y poco a poco fue ampliando el territorio, de modo que acabó por conocerse aquella intrincada red de callejones retorcidos sobre sí mismos como las líneas de su mano. Una tarde, de regreso de uno de sus paseos, escuchó un reguero de imprecaciones que se escapaban del vestíbulo de la consulta. Intrigada, se atrevió a asomar la cabeza para averiguar qué ocurría.

—¡Maldito trasto! —El médico estaba, brazos en jarras y cara de pocos amigos, frente a un viejo reloj.

—¿Va todo bien? —se interesó Estrella.

—¡Hola! Disculpa, no me había dado cuenta de que ya habías vuelto. Pasa y dinos cómo te encuentras, que desde que no necesitas mis cuidados apenas te veo.

—Me encuentro muy bien, gracias a usted y a María —sonrió y señaló hacia aquello que atraía poderosamente su atención—. ¿No funciona?

Se trataba de un precioso reloj de sobremesa. Enseguida reconoció un compacto Circa francés con caja de madera y reborde de latón.

—No quiere ir, no —confirmó Rafael apesadumbrado—. Y mira si le tengo cariño que me lo traje conmigo desde España.

—Si le parece bien, puedo echarle un vistazo —se ofreció.

—¿Tú entiendes de relojes?

—Un poco —respondió Estrella con modestia.

Una hora después y con la única ayuda de unas pinzas quirúrgicas que pudo coger prestadas en la consulta, un poco de aceite y las lentes de aumento del propio doctor, aquel Circa había vuelto a la vida.

—¡Es un milagro! —celebró el doctor—. ¡María, ven a ver esto!

La enfermera se acercó sin ocultar su admiración, felicitando a Estrella por su asombrosa destreza. En ese instante, y abstraído por la emoción de haber recuperado su apreciado reloj, Rafael posó su mano en la cintura de ella con la naturalidad de quienes conocen hasta el último rincón de la piel ajena. Estrella hizo como si no hubiera visto esa muestra de intimidad que delataba que, si bien no eran matrimonio, entre ellos dos había más que una mera relación profesional.

—Tienes un gran talento, no sé cómo puedo agradecértelo —dijo el médico.

—No es necesario, después de todo lo que ustedes han hecho por mí.

—Oye, me acabo de acordar de un paciente mío que tiene una relojería cerca de la gran sinagoga. Es un negocio modesto, no vayas a creer. Émile Moatti, ¿te acuerdas de él? —Rafael se giró hacia María a la vez que su idea inicial iba tomando forma—. Se me ocurre que podría presentártelo; tiene ya sus años y quién sabe, tal vez le vendría bien una ayudita.

Estrella no se dio cuenta de que estaba llorando hasta que el doctor sacó su pañuelo del bolsillo y se lo tendió, conmovido por su emoción. Jamás hubiera encontrado palabras que explicaran su

sentir. Los relojes lo habían sido todo para ella, su vida entera, cuando aún había esperanza de tener una. Su padre le había enseñado a amar el tiempo y comprender sus mecanismos, y ella había soñado con poder ser tan buena relojera como lo había sido él. Pero todas aquellas esperanzas habían estallado como si una de aquellas malditas bombas que llovieron del cielo durante la guerra le hubiera caído encima. Ahora, por fin, se abría ante ella la oportunidad de volver a acariciar los añorados compases del tiempo con sus dedos.

A partir de ese día, empezó la verdadera recuperación de Estrella. De algún modo, resultó que el contacto con sus adorados relojes era todo lo que había necesitado para recobrar la ilusión.

Lo único que le faltaba para que su felicidad fuera completa era que su hermana Aurora estuviera con ellas.

* * *

Rocío escuchó con claridad unos gritos que escapaban de la última habitación, la de la muchacha solitaria con la cara desfigurada. Por supuesto que, estando en un prostíbulo, los gemidos, gruñidos y cosas aún más inverosímiles eran el pan nuestro de cada día, pero en aquella ocasión resultaba evidente que aquellos sonidos no eran de placer.

Lo más prudente hubiera sido no prestar atención, al fin y al cabo, Violeta le había recalcado en más de una ocasión que su deber era limpiar, nada más. Pero a continuación llegaron los golpes. Eran tan fuertes que Rocío no fue capaz de ignorarlos sin más, así que dejó el barreño en el suelo y, armándose de valor, abrió la puerta sin llamar. Dentro, la escena era espeluznante. Se adivinaba un cuerpo menudo desmadejado en una esquina y un hombretón sudoroso que con una mano se sobaba la entrepierna flácida mientras que la otra permanecía levantada, a punto para asestar el siguiente golpe de no haber sido interrumpido.

—¡Joder! ¿Es que ni pagando se puede estar tranquilo? —exclamó el hombre con la respiración entrecortada y el cinturón todavía enrollado entre los dedos—. Da igual, de todas formas ya había terminado contigo, zorra. No vales para nada —le espetó—, ni siquiera consigues que se me levante.

Rocío se encogió instintivamente cuando pasó por su lado oliendo a sudor y alcohol, aún con la camisa a medio abrochar, el rostro congestionado por la frustración que le provocaba su propia impotencia. Tan pronto estuvieron las dos solas, se acercó a la muchacha y la ayudó a incorporarse.

—¿Quieres que avise a Violeta?

—Ni se te ocurra, ¿me oyes? A ella ni una palabra de esto.

Aunque la chica de la cicatriz en un principio se negó, Rocío insistió en lavarle las heridas. Tenía el cuerpo lleno. Algunas eran recientes, pero otras estaban en distintos procesos de curación, lo que confirmaba que semejante paliza no era, ni mucho menos, la primera. A pesar del temor que le infundía, Rocío hizo oídos sordos a las protestas y exabruptos de la prostituta, que le exigía que saliera de su cuarto para dejarla sola.

—No deberías permitir que te maltraten así.

—Tú qué sabrás.

Fue justo en ese instante y debido a una cercanía a la que jamás antes se había atrevido, cuando Rocío se percató de una fina cadena que rodeaba el cuello de la joven. De ella colgaba algo que le cortó la respiración: un pequeño colgante formado por dos saetas de reloj, finas y doradas, que marcaban las diez y diez. Era idéntico al que su padre le regaló a su hermana Estrella cuando esta demostró interés por aprender el oficio del tiempo, un símbolo hecho a mano, irrepetible, único. De hecho, con solo el primer vistazo no tuvo dudas de que se trataba del mismo colgante; lo conocía demasiado bien como para haberlo olvidado.

—¿Qué haces tú con esto? —le espetó agarrándolo con fuerza entre los dedos para asegurarse de que era real y no una ilusión de su mente.

—¿A ti qué te importa? —se revolvió la otra—. Es mío.

—¿De dónde lo has sacado? —insistió Rocío a la vez que estudiaba aquel rostro deforme con atención—. ¿Quién eres?

Y aquella desconocida la miró con tal intensidad que Rocío supo, sin lugar a dudas, que lo que iba a escuchar a continuación iba a cambiarlo todo. Fuera lo que fuera, ya no habría vuelta atrás.

Capítulo 10

—No me gusta, Rodrigo —anunció Delphine Blanchard.

Ese día habían salido a comer por petición suya a su restaurante favorito, el Guillaume Tell, ubicado en el céntrico *boulevard* Gallieni y, como de costumbre, Rodrigo se mostraba impaciente porque aquel incómodo trámite terminara pronto.

—¿Quién? —inquirió él distraído.

—Esa *escargot* que tu madre ha metido en casa para ocuparse de la plancha —aclaró Delphine de forma despectiva, recurriendo al apodo que algunos franceses empleaban para referirse a los españoles que llegaban con sus escasas pertenencias a cuestas, caracoles, les decían—, ¿quién va a ser si no?

—¿Te refieres a Aurora? —preguntó él, interesado de repente.

—La misma. —Solo con oír su nombre en la boca de Rodrigo, Delphine sintió avivar sus celos enfermizos—. Sabes que huyó de España, ¿verdad? ¿Quién hace algo así si no es culpable de algo?

—No empieces, Delphine, te lo pido por favor.

Era consciente de que Rodrigo la aborrecía; en realidad, nunca se lo había ocultado. Sospechaba que él había adivinado que toda aquella absurda idea de que estaba embarazada no había sido más que una treta para cazarlo, aunque afortunadamente había tenido el buen gusto de no mencionarlo. Y es que estaba convencida de que el hombre que estaba ahora sentado frente a ella no la amaba ni lo haría nunca. No obstante, aquello no suponía un impedimento para Delphine. Podía vivir con ello siempre y cuando para el resto del mundo formaran la pareja perfecta. Eso era lo único que importaba.

Recordó la primera vez que coincidieron, tan apuesto, tan rico… tan deseado. Sin pretenderlo, aquel joven se había convertido en el soltero más codiciado del Oranesado. Y ella siempre conseguía lo mejor de lo mejor. No se conformaba con menos. El hecho de que fuera de origen español, algo que despreciaba casi tanto como su padre, lo consideraba un defecto capaz de soportar con tal de disfrutar de la envidia en las miradas de las demás mujeres de la ciudad cada vez que paseara de su brazo convertida en su esposa. Si es que alguna vez se casaban, claro. Porque Rodrigo no demostraba tener ninguna urgencia en formalizar su compromiso.

Pero Delphine estaba decidida a que eso cambiara.

Para empezar, se había propuesto deshacerse de aquella muerta de hambre que había aparecido de un día para otro en casa de su futura suegra con la molesta costumbre de revolotear siempre alrededor de su prometido.

—Solo te digo las cosas como son, *chéri* —insistió, convencida de que Aurora debía marcharse cuanto antes. Todo el mundo sabe que las muchachas de servicio demasiado guapas solo traen problemas—. ¡Si al llegar a Orán estuvo en la prisión civil!

—Eso no significa nada —suspiró él apretándose el puente de la nariz, en un fútil intento de aliviar el incipiente martilleo que lo mortificaba. Supuso que Delphine había estado preguntando a su padre, actual *commissaire* de policía de la ciudad, o puede que incluso revisando a escondidas sus informes. La sabía capaz de todo—, ya sabes que muchos refugiados españoles pasaron por allí al llegar.

—Ya, pero tu madre no los ha metido a todos en vuestra casa. Solo a ella —rebatió con saña—. Ni siquiera tiene permiso de trabajo. Os arriesgáis demasiado por algo que no vale la pena.

—Dime una cosa, Delphine, ¿a qué viene tanta inquina?

—Solo hago lo que debo —murmuró casi sin despegar los labios, dejando asomar lo que tanto empeño ponía en ocultar—, protejo lo que es mío.

Rodrigo arrugó el ceño, contrariado. Detestaba cuando hablaba así.

—Yo no soy tuyo, Delphine. —Luego resopló—. Cualquiera diría que has perdido el juicio.

Aquella última frase fue tan simple como certera. Y es que a sus veinte años Delphine Blanchard vivía con un miedo atroz aferrado a las entrañas, uno que jamás en toda su existencia se había atrevido a admitir, ni siquiera ante ella misma: acabar como su madre.

Delphine había pasado su infancia siendo testigo de la locura de una mujer por la que no sentía ningún aprecio, por más que la hubiera llevado en su vientre y la hubiera parido. El médico le diagnosticó histeria, una palabra que no alcanzaba a abarcar el horror que se parapetaba tras ella. Los aullidos escalofriantes, el cráneo pelado a causa de los tirones de pelo y los desvaríos constantes eran más fieles a la realidad.

El único sentimiento que aquella pobre desgraciada llegó a inspirar a Delphine con su eterna agonía fue desprecio. Por eso mismo no dudó cuando a principios de 1939 su padre, gendarme de la capital, fue destinado a Argelia como castigo por un turbio asunto en el que un detenido acabó muriendo asfixiado en un interrogatorio. Y es que no era la primera vez que a Bruno Blanchard se le iba la mano. Tampoco sería la última.

«Ni sueñes con dejarme aquí para que acabe tan loca como mi madre», le dijo al enterarse, «me voy contigo».

Así fue como había abandonado su pomposo apartamento del primer distrito de París, a la orilla derecha del Sena y a un paso de las Tullerías, el Louvre o los Campos Elíseos, donde trató de dejar olvidado aquel miedo que, como burla a sus esfuerzos por darle esquinazo, encontró la manera de seguirla hasta los confines del mundo.

—Oh, *chéri,* no te ofusques, ya sabes lo que quiero decir. —Le acarició el brazo, zalamera—. Y bien, ¿qué piensas hacer?

—¿Cómo que qué pienso hacer? —bufó Rodrigo, cansado de la conversación.

—Supongo que la despedirás de inmediato.

—Por supuesto que no. Además, ni siquiera es mi empleada, tú misma lo has dicho. El servicio es cosa de mi madre.

—Supuse que entrarías en razón y harías algo al respecto, pero ya veo que me equivocaba.

—Lo que yo haga o deje de hacer no te incumbe, Delphine, ni mucho menos debo darte explicaciones —respondió exasperado y, levantando un dedo, pidió la cuenta al camarero. Luego la advirtió—: Hazme el favor de no volver a entrometerte en mis asuntos.

Delphine supo que había llegado demasiado lejos. Era el momento de replegar velas y se apresuró a deshacerse en disculpas tan empalagosas como falsas. Al fin y al cabo, los hombres son todos unos débiles. Pero ya se encargaría ella de colocar a la española en su lugar, que no era otro que fuera de la casa de los Moragues, bien lejos de su prometido. Y lo haría de una forma u otra.

* * *

En aquel recién estrenado mes de marzo de 1940, la opinión pública de Argelia se mantenía en una calma provincial, acomodada como estaba en la *«drôle de guerre».* Gran culpa la tenía el servicio de control de información que, desde la ciudad de Argel, centralizaba las consignas que acabarían llegando a la población. Ni el estado de sitio proclamado nueve meses atrás, ni la censura de prensa, ni tampoco las movilizaciones de más de doscientos mil hombres habían conseguido arrancar al apéndice de Francia de su indolencia respecto a cuanto ocurría en el resto del mundo. Con todo, ya en algunos círculos se empezaba a notar cómo la inquietud iba ganando fuerza, aunque seguían siendo demasiados los que permanecían ajenos a cuanto ocurría a su alrededor.

Rodrigo agradeció el silencio que reinaba en su despacho. Le gustaba la noche, cuando los pájaros de su madre dormían y sus constantes chillidos no lo alborotaban todo. Llenó su vaso de la delicada licorera de cristal tallado y plata y dio un largo trago que

paladeó con los ojos cerrados. Aquel coñac le pareció sublime, sin duda mucho mejor que el dichoso Super Anís que tan de moda estaba y que él detestaba. Últimamente bebía demasiado. Y es que buscar en el fondo del vaso era el único modo de acallar las voces que resonaban en su cabeza. Esas voces eran las de su padre y su abuelo, instándolo a hacer lo que fuera necesario para garantizar la supervivencia del Soleil d'Oran.

Su abuelo había llegado a tierras argelinas sin una moneda en el bolsillo y se deslomó trabajando con sus manos cada palmo del viñedo. Años después, su padre tomó el relevo para convertirlo en uno de los más reconocidos del Oranesado. Ahora era su turno. No podía permitir que el esfuerzo de generaciones se malograra, ni siquiera por culpa de una guerra. Se reclinó hacia atrás con un gemido cansado.

—Haré lo que sea necesario —habló a la nada, como solía hacer cuando había bebido demasiado—; vuestro sacrificio no habrá sido en balde.

Aquella promesa no iba a resultar sencilla de cumplir, bien lo sabía él. Ya en tiempos de paz las vides podían ser terriblemente ingratas. Exigían una dedicación absoluta, constantes desvelos y un sinfín de cuidados. No obstante, bastaba con desatenderlas un breve suspiro para que la producción se resintiera, incluso se echara a perder una cosecha entera. Y ahora que la guerra sobrevolaba el territorio como si del siroco se tratase, lograr mantener a flote un viñedo de aquel tamaño, esquivando las innumerables vicisitudes que se vislumbraban cercanas, iba a ser el mayor reto al que se había enfrentado en su vida.

Volvió a beber y rellenó el vaso de nuevo. La última, se dijo, sabiendo que era imposible engañarse a uno mismo. Pensar en el Soleil d'Oran hizo que el último viaje, unas semanas atrás, regresara a su memoria. Y con él, de forma irremediable, Aurora Robles se abrió paso en sus pensamientos. La joven le había demostrado una determinación y un valor excepcionales. La había visto rehacerse tras acusar el nuevo golpe que suponía el fracaso sufrido en Aïn el

Turk, aquella fortaleza terca y descarnada lo había fascinado a la vez que enternecido, despertando en él un irrefrenable anhelo de cuidar de ella.

Deseó que las cosas hubieran resultado de otra forma.

Desde el instante en que la había sorprendido en ese mismo despacho, con un traje recién planchado en los brazos y aquella encantadora cara de culpabilidad, dispuesta a lo que fuera necesario para reunirse con sus hermanas, ya no hubo vuelta atrás. El relato de su historia lo había quebrado por dentro. En los últimos años, los españoles como ella habían pasado de ser una útil mano de obra con la que enriquecer el imperio a ser considerados un peligro. Para la Administración francesa eran demasiados en número e indomables de carácter. Su abuelo se estaría removiendo en la tumba. En Aurora había vislumbrado una vulnerabilidad que dolía porque, aun siendo ajena, resultaba demasiado familiar. Y es que Rodrigo Morague había descubierto que, pese a lo que dijeran sus papeles, el corazón que latía en su pecho era tan español como lo fue el del primero de los Morague.

El recuerdo de su tensa despedida con Aurora hizo que lo invadiera el desasosiego. No debió haberla tocado, aun así, no había sido capaz de resistirse. Aquella lágrima deslizándose por su mejilla surcada por una cicatriz en forma de media luna había removido en él unos sentimientos extraños e inoportunos. En ese instante hubiera deseado dejarse llevar, abrazarla fuerte contra su pecho y prometerle que todo saldría bien. Puede incluso que lo hubiera hecho, de no ser porque ella rehuyó su contacto.

No la culpaba. Resultaba evidente que la vida la había golpeado con fuerza en demasiadas ocasiones como para atreverse a confiar sin más.

—Soy un idiota —rezongó.

Porque de idiotas era permitir que una completa desconocida hubiera puesto su mundo entero del revés. Después de todo, apenas la conocía, no era más que una de muchos a quienes la vida

atropellaba sin reparo. ¿Por qué había de importarle? No había motivo alguno para que lo hiciera… y, sin embargo, le importaba.

Rodrigo apuró su coñac y, con un vistazo a la licorera, musitó:

—La última.

Maldita Aurora.

* * *

Aurora tenía los nervios desquiciados tras el fracaso del viaje a La mer et les pins, unas semanas atrás. Temía que lo vaticinado por Mercedes junto al portón del albergue fuera cierto y hubieran borrado a sus hermanas de cualquier documento oficial tras su marcha. De ser así, tal vez no volviera a verlas.

Ojalá ella tuviera la fe inquebrantable de Paloma, quien ni un solo día había dejado de afirmar que lograría reencontrarse con el padre de su Ginesito. Ojalá ella pudiera creer ciegamente que las cosas se solucionarían tal y como ellas deseaban. Ojalá no hubiera tenido que huir tras una guerra para ahora verse amenazada por otra. Sí, ojalá todo saliera bien. Pero sentía que su existencia transcurría a la deriva, lejos de quienes más amaba, sin atreverse a perder la esperanza, pero tampoco a mantenerla viva.

Al menos contaba con el apoyo de Paloma, quien, junto con doña Tecla, y a pesar del poco tiempo que hacía que se conocían, ya se habían convertido en buenas amigas y confidentes. Admiraba el tesón de ambas por salir adelante aun cuando todo les venía en contra. Paloma lo hacía gracias a los jabones que fabricaba con sebo y sosa de forma clandestina por las noches en la cocina de la pensión mientras su hijo dormía. Los dejaba cuajar durante la noche y por las mañanas salía a la calle para venderlos, eso sí, bien escondidos en el carro del niño y disimulando el esfuerzo que le suponía manejar el exceso de peso; por las tardes acudía a clases de corte y confección porque su sueño era montar un pequeño negocio de costura.

Doña Tecla, por su parte, era una fuerza de la naturaleza inmune al cansancio o al desánimo. Aurora sonrió al recordar su característico aroma a rosquillas. La dueña de la pensión aseguraba muy digna que el azúcar le evitaba unos recurrentes vahídos, aunque ella sospechaba que el verdadero motivo de que su escote estuviera siempre repleto de migas no era otro que una insaciable glotonería.

—¡Pero, señora Sagrario! —exclamó Aurora abandonando sus pensamientos de golpe—. ¿Se puede saber qué hace en combinación en mitad del patio?

Desde hacía un tiempo, Sagrario Moragues sufría episodios de desorientación que se iban sucediendo cada vez con más frecuencia. Manuela, la cocinera, la había puesto sobre aviso, porque empezaba a ser habitual encontrarla hablando sola o que olvidara cosas tan sencillas como comer o vestirse.

La buena mujer se sorprendió al mirar hacia abajo y descubrir que, efectivamente, iba en combinación.

—Yo… ay, pues no sé, hija, la verdad…

—No se apure, que ahora mismo lo solucionamos. La acompaño hasta su dormitorio y seguro que allí encontramos algo que ponerse.

—Me gustan los caftanes.

—Lo sé, vamos a buscar uno.

Le apenaba profundamente ser testigo del desgaste de aquella encantadora mujer. Según le había explicado Manuela, al principio lo tomaron como extravagancias propias del carácter algo estrafalario de la señora de la casa. No obstante, pronto resultó evidente que era algo más serio y su hijo hizo venir a los mejores doctores de la metrópoli. Todos coincidieron en algo: frente al mal que la aquejaba nada se podía hacer. Y, por más que los habitantes de la casa ponían de su parte por compensar los olvidos de Sagrario, el deterioro era imparable.

—¿Dónde está su anillo? Ese tan bonito, el de diamante en forma de corazón.

Aurora había ayudado a la anciana a vestirse con un caftán de un verde mentolado y fue entonces cuando se percató de aquella extraña ausencia. Sagrario jamás se desprendía de aquella joya, no tanto por su valor económico, sino porque era la primera que le regaló su difunto y adorado esposo.

—¿Mi anillo? ¡Ay, Dios, no me digas que lo he perdido!

La impresión al descubrirse el dedo anular desnudo terminó de desestabilizar a la pobre mujer y, por mucho que le preguntara Aurora, no atinaba a recordar dónde lo había visto por última vez.

—No se altere —le rogó a sabiendas de que así no lograrían nada—. ¿Por qué no se tumba a descansar y yo me ocupo de buscar el anillo? Verá como aparece.

La señora Sagrario, a quien aquellos brotes seniles provocaban fuertes jaquecas, aceptó con un débil cabeceo. Aurora la acomodó en su cama y, tras asegurarse de que su respiración se acompasaba con el sueño, se dispuso a cumplir con su palabra.

Tras media hora había registrado buena parte de la casa sin éxito. No estaba en los cajones de la cómoda, ni tampoco dentro del armario. No lo encontró en el cuarto de baño ni en el interior de una de las decenas de cajitas diminutas que su patrona coleccionaba repartidas por los rincones. Lamentó que esa tarde, precisamente, Manuela se hubiera ausentado para atender unos asuntos y no poder recurrir a ella. Estaba buscando a la desesperada, entre los cojines del banco de obra del patio donde Sagrario solía sentarse al fresco para leer unas novelas románticas que a sus más de sesenta años todavía le arrancaban suspiros, cuando una voz la interrumpió.

—*Mais qu'est-ce qui se passe ?*

Aurora se llevó una mano al pecho por el sobresalto. Se había olvidado por completo de que, al salir hacia su última reunión, Rodrigo había pedido que si se retrasaba avisaran a su prometida para que aguardara su regreso.

—*Bonjour,* Delphine —respondió y se apresuró a aclarar lo que pretendía revolviendo cojines—. *Je cherche la bague de madame.*

—*La bague de madame ?* —inquirió la otra, la ceja levantada y las comisuras de los labios alzadas en una sonrisa que se afiló al percatarse de que, sin esperarlo, tenía frente a ella la solución a sus problemas.

Sin ser aún fluido, su francés iba mejorando con la práctica. Ayudándose de elocuentes gestos Aurora se esmeró en hacerle entender lo ocurrido. Lo que no esperaba fue la reacción de Delphine.

—*Rends-la* —exigió, borrado ya cualquier atisbo de sonrisa.

—¿Cómo dice?

Atónita, Aurora se olvidó del francés y, sin pretenderlo, regresó a su lengua.

—Que devuelvas el anillo de mi suegra —la imitó Delphine, que hablaba español con corrección, pero solía evitar hacerlo por considerarlo vulgar.

—Acabo de explicarle que no sé dónde está —acertó a responder sin entrar en aclarar que Sagrario no era suegra suya, de momento al menos—. Pero si me permite que siga buscando…

—Oh, claro que lo sabes, a mí no me engañas. ¡No eres más que una embustera y una ladrona! Ahora mismo vas a confesar dónde has guardado ese anillo si no quieres que te denuncie a las autoridades.

Aurora abrió los ojos con incredulidad. No podía creer lo que oía. ¿La estaba acusando de haber robado el anillo?

—Verás cuando Rodrigo se entere de lo que has hecho. Te pondrá de patitas en la calle y no solo eso, se asegurará de que todos sepan que tienes las manos muy largas. No encontrarás otro trabajo en la ciudad.

Ambas mujeres estaban al tanto de que la señora Sagrario estaba cada vez más dispersa y que, con toda probabilidad, lo habría extraviado sin darse cuenta. Pero eso Aurora no tenía forma de demostrarlo.

—Yo no lo he cogido, lo juro —contestó al borde de las lágrimas—. Ni siquiera he tocado ese anillo.

—Ya, qué ibas a decir tú —espetó Delphine—. Mira, porque me das lástima y tengo buen corazón, te voy a ofrecer la única salida digna que te queda.

A Aurora no se le ocurrió siquiera reír al escucharla hablar de su bondad, aunque bien hubiera podido hacerlo. En cambio, contuvo la respiración, expectante.

—Ahora mismo vas a ir en busca de Sagrario para decirle que te marchas. Me da igual el motivo que te inventes, pero más te vale que sea creíble. Si lo haces, me aseguraré de que Rodrigo sea benévolo y no corra la voz de lo que has hecho en esta casa —ofreció con voz melosa—. Piénsalo bien, es un buen trato, tu nombre no quedará marcado y podrás conseguir un nuevo empleo. De lo contrario, estarás firmando tu propia condena. Tú eliges.

Aurora sintió la rabia bullir en su interior. Estaba claro que lo único que buscaba la prometida de Rodrigo era deshacerse de ella. Atribuyó aquel profundo resquemor al acercamiento entre ambos al regreso del Soleil d'Oran, sin duda a la francesa no se le había escapado detalle. Estaba convencida de que en el fondo Delphine sabía que no había robado el anillo, pero eso poco importaba. Si la acusaba formalmente, estaba perdida. Nadie la creería, al fin y al cabo no era más que una exiliada, sin familia ni recursos, con acceso a objetos de mucho valor. A nadie le extrañaría que hubiera intentado mejorar su situación atajando por el camino más rápido. Aurora hundió los hombros con pesar. No tenía escapatoria.

—Está bien —accedió con un hilo de voz. Se sentía tan agotada de luchar por seguir a flote en una vida que hacía aguas que solo tenía fuerzas para rendirse. Y eso fue lo que hizo—. Hablaré con la señora Sagrario.

—Ahora —puntualizó Delphine muy erguida, sin disimular una sonrisa cruel.

Aurora asintió y ya iba a dar el primer paso, cuando fue la propia Sagrario quien acudió al encuentro de las dos mujeres.

—Ay, querida —exclamó ajena al drama que se estaba desarrollando en su patio—, no imaginas lo bien que me ha venido

dar una cabezadita.

La señora de la casa se les acercó ataviada con el mismo caftán verde menta y uno de sus pájaros posados en el hombro. Era Tomás, la cacatúa malhablada que tanto escandalizaba a Manuela.

—Buenas tardes, querida suegra. —Delphine le plantó tres besos que la otra recibió sin ocultar su desagrado—. Justamente Aurora iba en su busca, al parecer tiene algo importante que decirle.

Sagrario se volvió hacia la española con una mirada interrogante.

—Pues tú dirás.

—Verá usted —arrancó Aurora. Tomó aire para coger fuerzas—, yo…

—¡JOPUUUTA! —el estridente chillido de Tomás, la cacatúa blanca de cresta amarilla, la interrumpió. No contento con ello, añadió—: ¡CABRONAAAZO!

Hasta entonces, Aurora había mantenido la vista baja, avergonzada y furiosa a partes iguales. Sin embargo, cuando aquella ave descarada captó su atención obligándola a levantarla, su discurso cambió por completo.

—¡El anillo! —exclamó incrédula, señalando con el dedo—. ¡Lo tiene el pájaro!

Las tres mujeres clavaron sus atónitos ojos en Tomás, quien, indiferente a lo crucial del momento, permanecía firme en su atalaya agitando su cabeza con unos hipnóticos movimientos circulares. Efectivamente, el anillo estaba ahí. Lo llevaba en la pata, aunque nadie pudo aclarar si lo había hecho él solo o la propia Sagrario se lo había puesto ahí para poco después olvidarlo por completo.

—¡Pero qué travieso eres, Tomás! —lo regañó su dueña con cariño rascándole el cogote—. Anda, devuélvemelo antes de que lo pierda y se organice una buena.

A esas alturas, la delicada piel de Delphine había enrojecido de indignación. Aurora la vio apretar los puños con fuerza y tensar la mandíbula. Esperó un estallido que no llegó a producirse. En cambio, la francesa se volvió hacia Sagrario, forzando una sonrisa que más bien parecía una mueca.

—Querida suegra, me temo que van a tener que disculparme —anunció—. Me estoy empezando a sentir indispuesta, lo mejor será que me retire a descansar.

Solo al pasar junto a Aurora en dirección a la puerta se detuvo un instante, el necesario para susurrarle al oído:

—No pararé hasta que dejes de ser un estorbo, te lo aseguro.

Tras su marcha, la tensión acumulada se evaporó como por ensalmo y Aurora se dejó caer en el mismo banco con cojines que hacía nada había estado revolviendo.

—¿Qué te ocurre, querida? —preguntó la señora Sagrario sentándose a su lado—. Te noto pálida. ¿No estás comiendo suficiente? Mira que las jovencitas de hoy en día os preocupáis más por la figura que por la salud y eso no es sano, ya te lo digo yo.

Aurora sonrió. La mujer había recuperado su locuacidad habitual. Afortunadamente, los ataques seniles solían ser breves y, cuando remitían, la buena mujer volvía a ser la de siempre, alegre y parlanchina. El alma de aquella casa.

—No se preocupe, que ya me encuentro mucho mejor —afirmó, y le hizo un gesto hacia la cacatúa que seguía en su hombro—. Ande, déjeme que devuelva este pilluelo a la pajarera antes de que cometa otra tropelía.

Y, con las manos aún temblorosas, sujetó al ave abrazándola con delicadeza.

—Gracias, Tomás —le susurró antes de ayudarlo a acomodarse en una rama—, eres mi ángel de la guarda.

Como respuesta, el pájaro soltó una palabrota de las que tanto regocijaban a su dueña y que, en esa ocasión, le arrancó una carcajada. A pesar de haber salido indemne de aquel encontronazo con Delphine, Aurora era consciente de que no podría bajar la guardia. Hay demonios contra los que no hay ángel que valga.

Capítulo 11

Rocío se negaba a soltar aquellas dos manecillas que su padre regalara a Estrella. Las sostenía con tanta fuerza que la punta de las saetas acabó por clavársele en las palmas.

—Oye, ¿por qué no me dejas en paz de una vez y me haces el favor de largarte? —espetó la prostituta con un gesto arisco que desfiguró aún más su rostro.

—Deben de haberte golpeado muy fuerte en la cabeza si piensas que me voy a ir así sin más después de esto —respondió Rocío agitando la mano con el colgante.

—¿Prefieres que avise a Violeta de que me estás espantando a los clientes?

—Puedes ir a Violeta con el cuento que quieras, pero yo no me muevo de aquí hasta que me digas por qué tienes tú el colgante de mi hermana.

—¿Hermana? —La fiereza tras la que se parapetaba la prostituta se esfumó con la misma rapidez que el humo en un día de viento—. Tú… ¿eres la hermana de Estrella?

—Soy Rocío Robles, sí. Y quiero que me cuentes la verdad.

En una breve exhalación la otra pareció desinflarse por completo y la rabia con la que solía masticar las palabras se diluyó, dejando un tono de voz casi desvalido.

—¿Y cómo está? —preguntó, y después miró a su alrededor como si fuera posible encontrársela justo detrás—. ¿Ella también está aquí, en Argel?

Rocío asintió despacio.

—Ha estado muy enferma, pero ya casi se ha recuperado. Es fuerte.

La prostituta se levantó con dificultad, debía de dolerle el cuerpo apaleado.

—¿Le has dicho que trabajo aquí?

—¿Cómo iba a hacerlo si ni siquiera sé quién eres? Pero eso lo vamos a solucionar ahora mismo porque me lo vas a contar todo.

Un imperceptible cabeceo evidenció su rendición justo antes de que volviera a sentarse en la cama para empezar a hablar.

—Me llamo Olvido y conocí a Estrella en la cola del pan en Alicante en el 37, cuando esta horrible cicatriz todavía no me había convertido en un monstruo y creía que podíamos vencer, que un mundo mejor estaba al alcance de nuestras manos. ¡Qué ilusa fui!

Olvido Moliner había sido bonita y había sonreído con la boca abierta, mostrando los dientes sin reparo ni pudor. Pero eso había sido hacía mucho tiempo, casi en otra vida.

Cuando Olvido abandonó Alicante para luchar en el frente, no supo que estaba a punto de cavar su propia tumba. Aunque, por caprichos del destino, no sería su cuerpo quien la ocupara, sino su alma. La batalla del Ebro fue una masacre, un sinsentido de sangre, llanto y dolor. Y ella estuvo allí, rodeada de miembros cercenados, hombres agonizando, futuros quebrados. Lo peor es que no sirvió para nada. Tantas vidas destrozadas para nada.

Ella tuvo mejor suerte. Al menos eso le dijeron en el hospital cuando recobró el conocimiento después de casi dos meses en un limbo de oscuridad del que nadie creyó que fuera a regresar. Pero lo hizo, solo que la muchacha que volvió de las tinieblas ya no era Olvido. Por fuera, el cambio resultaba evidente: una terrible cicatriz de bordes irregulares y color rojizo, a causa de una explosión de mortero, que todavía no había terminado de sanar le había deformado el rostro para siempre. No obstante, la herida más profunda la llevaba invisible en el pecho, justo en el corazón. Porque ella seguía respirando, pero su compañero Luis, no. De él no le quedaba nada más que su recuerdo. Olvido nunca comprendió por

qué su propio nombre no figuraba junto al resto de fallecidos, si en el fondo estaba tan muerta como ellos.

Tras la derrota, y aún convaleciente, Olvido decidió huir a Argelia, donde nadie la había conocido antes. Pronto se dio cuenta de que con su aspecto solo podría ganarse la vida de una forma. Y ni siquiera le importó. Casi le parecía que tal vez así lograra purgar parte de la culpa que la carcomía. Tampoco era la primera vez que se dejaba manosear a cambio de algo. Había nacido en una familia sin recursos y a veces era la única que traía algo que echar a la cazuela. Sus padres nunca le preguntaron de dónde sacaba esas cosas, tal vez por miedo a confirmar sus sospechas. Y es que hay veces que lo mejor es no saber. Por eso mismo había creído en el anarquismo con tanto ahínco, porque era su única posibilidad de tener una vida digna. Una vida que estalló junto con Luis una noche a orillas del Ebro.

Al acabar su relato, Rocío escudriñó a aquella mujer en un esfuerzo por rescatar de la memoria un pasado que se le antojaba más lejano de lo que en realidad era.

—Así que eres tú…

—No lo soy, ya nunca lo seré —desmintió la prostituta. No le faltaba razón. Había sobrevivido, pero lo había hecho convertida en una carcasa vacía de sentimientos y emociones—. Ya está, te lo he contado todo. A cambio solo te pido que no se lo digas a Violeta ni al resto de las chicas.

—Se trata de tu vida. No me incumbe lo que hagas con ella.

—Gracias —musitó, y se atrevió a dibujar un amago de sonrisa que la deformidad de sus facciones transformó en una mueca grotesca.

A Rocío le pareció de pronto muy joven, apenas una chiquilla a la que el destino le había vuelto la espalda, como a tantas, como a ella misma. La vida no era fácil ni justa. No admitía flaquezas. Había que bebérsela de un trago, por amarga que resultase.

—Sin embargo —apuntó Rocío—, con Estrella es distinto…

A decir verdad, Rocío nunca llegó a comprender esa relación. No le gustaba la influencia que ejercía Olvido, ni cómo Estrella parecía beber los vientos por ella. De todo aquello había pasado mucho tiempo, aunque tal vez no el suficiente.

Olvido tomó aire antes de volver a hablar, como si le resultase difícil hacerlo.

—Estrella me cree muerta —murmuró desviando la mirada hacia la ventana. Apenas se podía reconocer en ella a la prostituta arisca que había conocido. Dejar al descubierto sus debilidades la había transformado, o tal vez lo que había cambiado era la forma en que Rocío la miraba ahora. Por cómo temblaba su voz, entendió que no había dejado de pensar en Estrella ni un solo día. Al igual que no resultó complicado adivinar que se avergonzaba de en qué se había convertido y se debatía entre el anhelo del reencuentro y el terror ante la reacción de Estrella—. Lo mejor para ambas es que así siga siendo.

Al parecer ganaba lo último.

Por su parte, Rocío se preguntó qué ocurriría si su hermana se enteraba de que Olvido estaba en Argel y sintió un escalofrío. Recordaba cómo había perdido el buen juicio al conocer a aquella joven. ¡Incluso a punto estuvo de acompañarla al frente! ¿Y si así hubiera sido? Tal vez entonces la que tuviera el rostro desfigurado y el alma muerta fuera Estrella. No, de ninguna manera, Olvido no podía regresar a la vida de Estrella justo cuando al fin se estaba recuperando de una enfermedad que a punto había estado de consumirla. Remover el pasado no solía traer nada bueno. Además, se dijo, la muchacha que tenía delante ya no era la que Estrella recordaba.

Así pues, tampoco era tan terrible lo que se disponían a hacer.

—Al menos estamos de acuerdo en algo —concedió al fin.

Durante unos segundos ninguna de las dos mujeres habló. Estaba todo dicho. Cuando Rocío hizo el ademán de devolverle el colgante, ella lo rechazó.

—Ya no me pertenece —dijo Olvido con un hilo de voz, exhausta tras rememorar un pasado que seguía doliendo más que aquella maldita cicatriz—. Sé bien del cariño que le tenía Estrella. Me lo regaló en un momento en el que yo significaba algo para ella, pero luego… en fin, luego todo cambió. No me quedaré aquí para siempre —explicó haciendo un gesto que bien podía servir para referirse al dormitorio o a la ciudad de Argel—. ¿Querrías guardarlo tú entretanto? Lo justo es que algún día lo recupere.

Rocío apretó los labios, consciente de que estaba traicionando a Estrella. Esconderle algo así suponía traicionar la confianza que desde siempre había habido entre ellas. Pero no le quedaba otra opción. Ya había perdido a una hermana, se reafirmó, concentrada en el dolor que le causaban las saetas del colgante al clavársele en el puño cerrado con fuerza. No estaba dispuesta a perder otra.

—Cuenta con ello.

* * *

Estrella acariciaba al gato callejero que desde hacía semanas acudía puntual a su cita. Ella le reservaba algunos restos de la cena y se los daba en el portal cada mañana. Había tardado en ganárselo. Al principio había sido muy desconfiado y solo se acercaba a la comida una vez ella había desaparecido. Después, poco a poco le fue permitiendo primero que observara de lejos, hasta que acabó tolerando su presencia sin hacer amago alguno de escabullirse.

—Eres un glotón, ¿lo sabes? Creo que ese sería un buen nombre para ti.

El gato, negro y de ojos verdes con unas pupilas alargadas como gajos de naranja, ronroneó sin dejar de lavarse los bigotes con una pata. Le faltaba la mitad de la oreja derecha, perdida tal vez en alguna pelea callejera cuyo premio sería una hembra.

—Está bien, Glotón, entonces.

Estrella se sentía bien. Le había llevado mucho tiempo, pero al fin podía decir que estaba recuperada. Y, sin duda, el trabajo en la

relojería de Émile Moatti, un viejo judío apergaminado, había ayudado a acelerar el proceso. Ubicado en la *rue* Randon, a tiro de piedra de la gran sinagoga, se trataba de un taller modesto con encargos sencillos que entrañaban poca dificultad para unos dedos bien entrenados como los suyos. Pero era mejor que nada. Mejor dicho, lo era todo. El sonido de los segunderos avanzando en las esferas sin descanso, el tacto de los punzones de madera de boj, el olor del aceite de las piezas bien engrasadas… era como volver a casa.

—No deberías cogerle cariño. Los gatos callejeros hoy están aquí y mañana, quién sabe.

El doctor habló a la vez que sacaba la llave para abrir la puerta de su consulta. Como de costumbre, iba pulcramente vestido con un traje gris bien planchado, camisa blanca y sombrero de fieltro. La primavera acababa de empezar y ya se notaba cómo los días se alargaban y las temperaturas iban en aumento.

—Demasiado tarde, me temo.

—Al menos acuérdate de lavarte bien las manos; ya sabes, con tu hermana embarazada más vale ser precavidos —advirtió con una sonrisa, luego hizo un gesto hacia la puerta—. ¿Tienes un momento? Me gustaría que le echaras un ojo al reloj otra vez, lleva unos días que se atrasa.

—Por supuesto. Aún me queda un rato hasta entrar en el taller.

Encontró la consulta justo como la recordaba de la última vez: una gran mesa repleta de papeles en un equilibrio imposible, un par de sillas, un biombo a un lado para ocultar la camilla, una vitrina de cristal con el estetoscopio y otros instrumentos médicos, un botiquín bien organizado. Estrella sabía dónde estaba el reloj, así que se fue directa hacia él para revisarlo con el mimo de siempre. No tardó en descubrir que, en efecto, un eje presentaba desgaste en uno de sus dientes, causando el leve atraso del que el doctor se había percatado. Estaba a punto de cerrar la esfera cuando la quietud de la consulta a esas tempranas horas se quebró de golpe.

La puerta se abrió con un fuerte ruido al chocar con la pared, sobresaltándolos a ambos. Al volverse, se encontraron con un joven de unos veinte años sudoroso y pálido como un muerto.

—¡Aboulker! —exclamó Rafael, que lo reconoció al instante—. *Mais qu'est-ce qui se passe ?*

Sin entretenerse en explicaciones y con movimientos nerviosos, el muchacho cerró con premura tras de sí y se acercó a la ventana. Echó un rápido vistazo al exterior y corrió la cortina.

—Me vigilan.

—Cómo que te vigilan, ¿quién?

—Tranquilo, los he despistado. Nadie me ha visto entrar. Solo necesito un momento y luego me iré sin causarle problemas. —Al advertir la duda en la mirada del médico, Aboulker añadió—: *S'il vous plaît.*

Rafael respiró profundo y levantó las manos al aire con un claro gesto de rendición. A continuación, se aseguró de que la puerta estaba bien cerrada con dos vueltas de llave.

—Ya que tenemos que esperar —pidió el galeno a continuación—, lo mejor será que lo hagamos sentados.

Al escucharlo, Estrella se dio cuenta de que se había quedado petrificada ante la escena y seguía de pie junto al reloj, sosteniendo un pequeño destornillador en la mano. Obedeció como una autómata y se acomodó sin poder quitar los ojos de aquel joven sudoroso que olía a peligro, pero también a determinación y coraje. Durante los siguientes minutos los dos hombres calmaron los nervios con sendos cigarrillos.

—Bien, y ahora dime —retomó Rafael con voz grave—, ¿por qué te seguían?

—Supongo que por esto.

Cuando Aboulker se levantó la camisa, descubrió tres pistolas sujetas a su torso con varias vueltas de cinta. No se advertía temor en su voz firme y clara.

—Pero ¿en qué locura andas metido, hijo?

—Las cosas han cambiado últimamente y más que lo harán —respondió el joven con ambigüedad, encogiéndose de hombros mientras volvía a cubrirse—. Mucho me temo que pronto las palabras ya no serán suficientes.

—¿No te estarás precipitando? La violencia nunca es la solución.

—Usted no lo entiende. —Su respiración aún no se había acompasado del todo y necesitó de una profunda inspiración para continuar—: Muchos piensan que esta guerra será como la del 14, pero se equivocan, ya nada es igual que entonces. Los alemanes están rabiosos y mucho mejor preparados. Solo aguardan el momento idóneo para asestarnos el mazazo definitivo. Y si finalmente Francia cae, las vidas de los míos no valdrán nada. No importará el decreto Crémieux, que ante la ley nos igualó a los franceses hace años; esos nazis no se frenarán ante nada. ¿Ha oído lo que les están haciendo a los judíos en su país? Nos quieren borrar como si jamás hubiéramos existido. —Su mano viajó a lo que ocultaba su ropa—. Pero haremos lo que sea necesario para impedirlo.

Rafael dio una pensativa calada con la que consumió el resto de su cigarro.

—Déjalo, prefiero que no me sigas contando —pidió al tiempo que se quitaba las gafas, las dejaba sobre el escritorio y se pinzaba el puente de la nariz con fuerza.

—*Merci,* Rafael, algo me decía que usted no me fallaría.

—Ya sabes el aprecio que le tengo a tu padre y cuánto admiro su trabajo, pero no te confundas, eso no significa que apruebe lo que haces.

Media hora después de haber entrado en la consulta y sacudido su mundo, Aboulker se marchaba, no sin antes asegurarse, lanzando furtivas miradas a un lado y a otro, de que no le aguardaba amenaza alguna en el exterior. Rafael le hizo prometer que sería prudente y se desharía de lo que a su juicio no podía traer nada más que desgracias. Estrella lo vio marchar con un extraño cosquilleo en el

estómago, dudaba de que el joven tuviera intención de cumplir su palabra.

—Siento mucho lo ocurrido, Estrella —dijo mirándola a los ojos—. Ojalá no hubieras estado aquí, no deberías haber visto ni oído nada de todo esto.

La cabeza de Estrella funcionaba a toda velocidad.

—¿Quién era?

Rafael se tomó un instante antes de responder.

—José Aboulker, el hijo de un colega al que conozco de hace muchos años. Son judíos —añadió como si eso lo explicase todo—, y ya has visto lo que está ocurriendo en Europa con los judíos. ¡Ese maldito Hitler y sus leyes de Núremberg! —Descargó un puñetazo sobre la mesa—. En fin, José es joven y tiene agallas. Su padre es cirujano en el hospital y profesor de la Facultad de Medicina de Argel… y preside un partido radical socialista. Su hijo no solo ha heredado la vocación médica, también la revolucionaria. Hasta ahora se conformaba con reuniones y ese tipo de cosas. No te mentiré, en mi propia casa se han llevado a cabo unas cuantas y él era un habitual. Hacía tiempo que no lo veía, más o menos desde que escuché rumores de que se estaba organizando un grupo de resistencia. Y por lo que ha ocurrido hoy, mucho me temo que él sea el cabecilla. Es un buen chico, solo espero que no se meta en líos.

En ese instante, Estrella supo con un pellizco en las entrañas que, al igual que José, ella tampoco podía ni quería conformarse con el papel de espectadora.

—No me puedo quedar de brazos cruzados —anunció a bocajarro—, hay que hacer algo.

Rafael la observó con espanto primero y curiosidad después. Seguramente no se esperaba algo así y necesitó unos minutos para calibrar su respuesta.

—¿Algo como qué? No me dirás que tú también pretendes ir por ahí con pistolas camufladas bajo la ropa. ¿Acaso estamos todos perdiendo la cabeza?

—Para empezar —afirmó Estrella, decidida a no arredrarse—, asistir a esas reuniones de las que me ha hablado será suficiente.

—¿Eres consciente de lo peligroso que es lo que me pides?

Lo sabía. Ella había vivido antes una guerra en la que las batallas se sucedían día tras día. Ahora se repetía el horror, aun cuando los muertos llevaran otros uniformes y hablaran otros idiomas. Europa entera se tambaleaba. En medio de aquel panorama, la Argelia francesa se mantenía en un equilibrio precario que nadie sabía cuánto más iba a durar. Desde luego, lo más sensato para cualquier joven en la situación de Estrella hubiera sido mantenerse alejada de todo lo que pudiera acarrearle más problemas de los que ya tenía. Pero la sensatez era un lujo que no podía permitirse.

—De lo que soy consciente —respondió alzando la barbilla— es de que, si no hacemos nada por remediarlo, el mundo se convertirá en un lugar en el que ni usted ni yo querremos vivir.

Capítulo 12

La primavera de 1940 era ya una realidad y su llegada había terminado por espantar las crudezas del invierno argelino para sustituirlas por un sol aplastante que aflojaba el cuerpo y aturdía los pensamientos. Para entonces doña Tecla había llamado a muchas puertas, a las oficiales, pero, sobre todo, a las otras. Se la había jugado por tratar de obtener cualquier mínima información acerca de Estrella y Rocío, Aurora lo sabía, pero eso no cambiaba el hecho de que siguieran sin conseguir nada.

—He tirado de todos mis contactos —le dijo, acompañada su voz por el eterno rumor del rosario que le colgaba del cuello—. Algunos no saben nada y mucho me temo que los que pueden saber algo no van a hablar sin obtener algo a cambio.

—¿Un soborno? Yo no tengo dinero. —Doña Tecla asintió, no le decía nada nuevo—. Y, ¿se supone que ya está? ¿No se puede hacer nada más?

—Con el tiempo que llevas aquí ya sabes cómo está la situación —explicó—. Los españoles en Argelia tenemos muchas dificultades y, quienes habéis llegado tras la guerra civil, más aún. No olvides que, pese a la distancia, esto es una colonia de Francia, un país en guerra. Para las autoridades vosotras solo sois un problema y ahora mismo tienen otros mayores de los que ocuparse.

Aurora hubiera querido gritar, sacar lo que sentía de otra forma que no fueran aquellas humillantes e inútiles lágrimas que cada vez con más frecuencia le emborronaban la vista.

—No dejaremos de intentarlo —le prometió doña Tecla tendiéndole un pañuelo.

No respondió. ¿Qué podía decir? No quería ofender a aquella buena mujer que tanto se había arriesgado ayudándola, pero tampoco estaba dispuesta a resignarse. Harta de llorar, Aurora se secó los ojos y apretó los dientes. Acababa de tomar una decisión. No iba a seguir delegando en otros lo que era solo asunto suyo. Tampoco iba a esperar más. Y si para reunirse con Estrella y Rocío hacía falta dinero, ella iba a conseguirlo.

* * *

—¿Tú sabes dónde podría vender algo? Me refiero a algo valioso.

Al escucharla, Paloma detuvo su quehacer. A esa hora doña Tecla andaba atareada sirviendo el desayuno de sus huéspedes en el comedor y Aurora había encontrado a su amiga en la cocina, desmoldando las barras de jabón que había cuajado durante la noche y que ahora escondería en el carricoche de su hijo para salir a venderlas por las calles de la ciudad de forma clandestina.

—¿Algo como qué?

Aurora se metió la mano dentro de la blusa y lo que sacó del sostén dejó a Paloma boquiabierta.

—Creía que no tenías dinero.

—No lo tengo y eso es justo lo que pretendo remediar —se explicó—. Este reloj era de mi madre, es lo único que conservo de ella. Murió siendo yo poco mayor que Ginesito lo es ahora. Tiene un gran valor sentimental.

—Yo diría que económico también, no es que sea una entendida, pero salta a la vista que es de oro. ¿Puedo? —Paloma tendió la mano hacia ella. Aurora se lo entregó y la observó admirar la pieza—. Piensas venderlo para poder pagar sobornos a cambio de información de tus hermanas, ¿verdad? Os escuché hablar anoche.

Asintió despacio, no tenía sentido negar lo evidente.

—No te diré lo peligroso que es, ni que corres el riesgo de que te vuelvan a encerrar… Eso lo sabes bien —suspiró Paloma—. Como veo que estás decidida, lo mejor será que te acerques al barrio

judío. Sube por la *place* de la Perle y sigue recto hasta la sinagoga. Cuando la hayas dejado atrás, no te costará encontrar alguna tienda en donde les interese un reloj como este.

—Gracias —dijo Aurora de camino a la puerta, tenía que apurarse si quería pasar por el barrio judío antes de ir a casa de los Moragues.

—Una cosa más. —La voz de Paloma la detuvo, se volvió para verla abrazada a su propio cuerpo—. Lleva mucho cuidado, ¿quieres?

Aurora le devolvió un gesto que quiso ser despreocupado, no lo consiguió. Después abandonó la pensión Valencia sin hacer ruido.

El aire fresco de la mañana la animó de inmediato. El sol se alzaba aún con timidez, pero pronto cubriría cada rincón con su manto dorado. No quería entretenerse, así que subió a su bici y pedaleó para dejar atrás el barrio de la Marina. Las indicaciones de Paloma no evitaron que la venciera el trazado enrevesado de aquella zona de la ciudad. Suspiró aliviada cuando desembocó en la *place* Foch, donde el teatro compensaba su reducido tamaño con una opulenta fachada digna de un palacio y la escalinata del ayuntamiento permanecía custodiada por dos leones de bronce, símbolo de la ciudad. Recordó que doña Tecla le había contado una antigua leyenda que aseguraba que en esos terrenos se habían avistado los dos últimos leones de la zona, de ahí su nombre en árabe: «*Wahran*», que por capricho lingüístico acabó siendo adaptado a la fonética francesa como Orán.

El crujido de las palmeras mecidas por el viento le resultó tan familiar a Aurora como el amplio *boulevard* Clemenceau con su aspecto completamente europeo, sus edificios Haussmann de tres y cuatro alturas con preciosas balaustradas de hierro forjado en los balcones. Se dejó envolver por el bullicio de los comercios que abrían sus puertas en las plantas bajas: peluquerías, farmacias, cafeterías, zapaterías… Muchos pertenecían a los descendientes de los españoles emigrados el siglo pasado y, aunque a esas alturas eran ya de nacionalidad francesa, los negocios todavía lucían apellidos como Serra, Martínez o González. A pesar de su proximidad, olía el mar, pero no podía verlo y es que, al contrario de

lo que ocurría en Alicante, la ciudad de Orán no contaba con playa, tampoco con balnearios construidos sobre las aguas, ni siquiera con un paseo marítimo lamido por las olas. Era como si la ciudad le hubiera dado la espalda al mar, cediéndoselo por entero a los botes de pesca y los grandes barcos de mercancías, transbordadores, vapores y paquebotes que faenaban en el concurrido puerto.

Se detuvo un instante para orientarse, después se desvió hacia la derecha y ahogó una exclamación de triunfo cuando se tropezó con las dos torres y el rosetón de la gran sinagoga. Como le había anunciado Paloma, a partir de ahí la ciudad fue cambiando. Dejó a un lado su exuberancia para dar paso a calles más estrechas por las que caminaban hombres con largas levitas negras, barbas y tirabuzones y coronillas cubiertas con la kipá. Pedaleó frente a talleres artesanos o carnicerías *kosher* desde donde se escapaban trazos de conversaciones en un idioma que jamás antes había escuchado. Estaba en el barrio judío.

Continuó sin rumbo fijo por el *boulevard* Joffre, asombrada por la facilidad con que aquella urbe cambiaba de traje. Desde el barrio de la Marina, tan próximo al puerto que el salitre era una segunda piel para sus habitantes de origen español, o el Village Nègre*,* donde se asentaban mayormente árabes, hasta las amplias avenidas comerciales que bien podían haber sido parisinas, sin olvidar dónde se encontraba ahora, Orán demostraba ser más que una ciudad: era muchas en una sola.

Aurora se mantuvo atenta hasta dar con lo que buscaba: un lugar tranquilo, alejado del bullicio, donde pasar desapercibida. No le costó demasiado encontrarlo en un pasadizo ubicado entre otras dos calles más transitadas, tan estrecho que difícilmente entraba la luz del sol. El suelo de adoquines estaba húmedo y desprendía un olor que le hizo arrugar la nariz. La tienda era apenas del tamaño de un armario, con vitrinas de cristal repletas de joyas valiosas y piezas únicas, y un mostrador de madera que necesitaba con urgencia un buen encerado. Dejó la bicicleta en la puerta, preguntándose si allí lograría lo que necesitaba. Entonces, el hombre que trajinaba

distraído en el interior levantó la vista y, al percatarse de su presencia, le hizo un gesto con la mano para invitarla a entrar.

—*Bonjour, mademoiselle !*

—*Bonjour, monsieur* —se atrevió a explicarse—. *Je viens… je voudrais…*

—¿Española? —preguntó el hombre cambiando de idioma con agilidad. Un fuerte acento le hacía terminar las palabras acentuando la última sílaba—. No se preocupe, estoy seguro de que podemos entendernos.

Tenía las cejas más pobladas que Aurora jamás hubiera visto. Tanto era así que algunos de los pelos más rebeldes le caían sobre las lentes, que tal vez sirvieran más que nada para proteger de su ataque a unos ojos de párpados flácidos. Con toda probabilidad la espalda gibosa era debida a una vida entera inclinada sobre ese mismo mostrador. Todo él desprendía cierto tufo decadente, incluso la sonrisa torcida con la que daba la bienvenida a una inquieta Aurora.

—Seguro que sí —concedió esta, en un esfuerzo por calmar sus alocados latidos—. Verá usted, traigo un reloj que era de mi madre y tiene un gran valor sentimental, pero también es de oro y de muy buena calidad. Sé de lo que hablo porque mi padre era un excelente relojero.

Aurora metió la mano en el interior de su blusa y sacó la excepcional pieza para mostrársela al cambista, que no mostró asombro alguno porque la joven guardara su bien más preciado entre las ropas íntimas. Seguramente tras toda una vida en el negocio habría visto cosas más extrañas.

—Veamos qué tenemos aquí —murmuró acercándose a una lámpara de mesa para poder estudiarlo mejor—. Si quiere, puede sentarse.

Sin despegar la vista de su reloj, Aurora obedeció como una autómata y se acomodó en la única silla que había en el reducido espacio. En un gesto inconsciente, contuvo la respiración mientras el

cambista lo giraba entre sus dedos para comprobar los materiales y acabados de su manufactura.

—Es bueno, sí, no se lo voy a negar —concedió, y la codicia iluminó sus ojos, el monóculo de aumento aún encajado en el derecho—. ¿Y cómo es que quiere deshacerse de una pieza tan especial?

—Ya ve usted, algunas situaciones nos empujan a hacer lo que nunca hubiéramos imaginado —respondió Aurora, incómoda; no tenía intención alguna de contarle sus problemas por amable que estuviera siendo con ella.

—Lo comprendo. Uno no llega a mi edad sin experimentar los mordiscos de la vida. —Sus cejas peludas se movieron como si tuvieran voluntad propia—. Pero mi deber también es asegurarme de que no compro piezas robadas. Eso me pondría a mí y a mi negocio en un grave aprieto.

Aurora parpadeó confusa, no había pensado en eso. Ella no podía demostrar que el reloj era suyo, no tenía recibo ni factura alguna. ¿Y si no lo aceptaba? ¿Y si ningún cambista de la ciudad quería arriesgarse con una refugiada desconocida?

—Le doy mi palabra de que no es robado —respondió al fin, con la voz trémula—, no tengo otra cosa.

—Bueno, pues tendrá que valernos con eso, ¿no? —El suspiro de alivio de Aurora resonó en la estancia—. Mire, joven, por un reloj así podría darle cinco mil francos.

—¿No puede ofrecerme algo más? —Se trataba de una suma nada desdeñable, el sueldo de varios meses, de hecho, pero ignoraba si bastaría para lograr su objetivo.

—Si le soy sincero, es una pieza única, y eso mismo supone un problema. Significa que serán pocos los clientes interesados. Y menos aún los que puedan pagarlo. *C'est clair ?*

Lo que a Aurora le quedaba claro era que aquel hombre no iba a moverse de su oferta inicial, y que a ella le correspondía ahora decidir si aceptaba o no.

—Está bien —accedió sin querer mirar el reloj por última vez para esquivar la certeza de que se estaba desprendiendo de lo único que le quedaba de un pasado al que, por mucho que lo anhelase, jamás podría regresar.

—No tanta prisa, joven, esto no funciona así.

—Me urge bastante. —Lo último que Aurora quería era sonar desesperada, lo cual era complicado cuando realmente lo estaba—. Necesito el dinero cuanto antes.

—Vamos a hacer una cosa: vuelva al caer la tarde y le pagaré lo que hemos acordado. Si no está aquí entonces, no se moleste en volver. Detesto que me hagan perder el tiempo.

Aurora abandonó aquella tienda claustrofóbica y el callejón oscuro sin evitar sentir algo parecido a la esperanza. Cierto que aún llevaba el reloj consigo, bien escondido en el sostén, pero pronto su lugar lo ocuparía el dinero que le conseguiría la información que tanto ansiaba: el paradero de sus hermanas.

* * *

El calor en el estrecho cuartito de la plancha era asfixiante a última hora de la tarde, cuando el vapor cálido y húmedo atrapado en su interior se había condensado en una fina neblina que se adhería a la piel. Mientras la plancha cogía temperatura gracias al carbón prendido que acababa de añadirle, Aurora se tomó un minuto para despejar su rostro con un recogido descuidado del que escapaban algunos mechones castaños y a continuación abrió el ventanuco que daba al patio con la esperanza de que se colara algo de aire fresco por él. La familia Moragues disponía de una moderna plancha eléctrica con termostato, un novedoso artilugio todavía al alcance de pocos hogares, pero el suministro en Orán no era fiable, por lo que a veces, como en aquella ocasión, debía recurrir a las antiguas usanzas, mucho más engorrosas. Por un instante temió que en verano aquel lugar se hubiera convertido en un verdadero horno, pero enseguida desechó ese pensamiento. Para cuando el verano

llegase, ella y las mellizas estarían muy lejos de allí. O al menos eso esperaba.

Comprobó la hora por enésima vez. Llevaba todo el día dándole vueltas a su cita con el comerciante judío. Había tenido tiempo para reflexionar y no estaba del todo segura de si se estaría precipitando. Puede que deshacerse del reloj por lo que no era más que una pequeña parte de su valor no fuera la mejor idea. Ese dinero podía hacerles buena falta a las tres para emprender una nueva vida. Aunque, por otro lado, tal vez si no daba el paso, esa nueva vida nunca llegaría a hacerse realidad. Su única certeza en aquellos momentos era que estaba hecha un mar de dudas.

Ni siquiera había podido compartir sus inquietudes con nadie. Empeñada en experimentar con pigmentos naturales para sus cuadros, la señora Sagrario había salido en busca de cúrcuma y pimentón. Manuela la había acompañado con la excusa de reponer algunos ingredientes de la despensa, sin mencionar que su verdadera intención era asegurarse de que no se desorientaba en pleno mercado. Aurora se había quedado sola en la casa con la única compañía de una pila de ropa para planchar y su creciente inquietud.

Entonces escuchó los inconfundibles pasos de Rodrigo en el patio y sintió una especie de alivio. Se le ocurrió que nadie mejor que él para aconsejarla. Al fin y al cabo, ya se había ofrecido a ayudarla una vez.

Iba a salir a su encuentro cuando el inicio de una conversación la detuvo.

—Escuche bien lo que le digo, *patron* —decía una voz de acento familiar—, nadie lucha una guerra y sale indemne.

—Por el momento la guerra se ha mantenido alejada de Argelia, Ibrahim —respondió Rodrigo—. Reza a tu dios para que así siga siendo.

—Yo le rezo, pero ese Hitler es un fanático y de gente así ni Alá puede librarnos.

Justo en ese instante pasaban muy cerca del cuarto de la plancha, en su interior, Aurora rescataba de la memoria a Ibrahim, el marido de Dunia y hombre de confianza de Rodrigo en el viñedo, con su gesto pétreo y su turbante a la cabeza.

—Trabajas las tierras de mi familia desde que yo no era más que un crío, sé que te preocupas y sufres por ellas tanto como yo.

—No conozco otro hogar, *patron.*

—Tampoco yo.

Resultaba evidente que se trataba de una conversación de carácter privado, una que ella no debería haber estado escuchando agazapada entre la ropa blanca. Los pasos se detuvieron al otro lado, Aurora contuvo la respiración temiendo que alcanzaran a oír cómo su corazón tamborileaba furioso en el pecho.

—¿Y si la guerra acaba por llegar? —quiso saber Ibrahim—. ¿Qué será de nosotros? ¿Qué será del *domaine ?*

—Si los nazis ponen un pie en Argelia, estaremos preparados.

—No comprendo.

—Por desgracia, es una ecuación sencilla: nosotros hacemos vino y a los alemanes les encanta el vino tanto o más que a los franceses.

—No querría ver nuestros caldos en manos germanas.

—Puede que no nos quede más remedio.

—*Jamais, patron…* Está muriendo gente, es un precio demasiado alto por vender vino.

—No estoy hablando de vino, sino de un legado que estoy dispuesto a proteger por encima de todo. Mi abuelo y mi padre dedicaron su vida al Soleil d'Oran. En cada palmo de tierra, en cada sarmiento, en cada uva los veo a ellos, ¿comprendes? El *domaine* saldrá adelante, cueste lo que cueste —la voz de Rodrigo sonó inflexible—. Además, tú mismo lo has dicho: nadie lucha una guerra y sale indemne.

Los pasos de ambos se perdieron escaleras arriba y Aurora exhaló el aire contenido. Escuchar a Rodrigo planeando acuerdos comerciales con los alemanes la dejó sumida en un profundo

desasosiego. De pronto fue consciente de que hacía apenas un par de meses que se conocían. Lo único que creía saber de él era lo que el mismo Rodrigo había querido contarle y ella, mejor que nadie, era consciente de que las personas solo muestran una pequeña parte de cuanto se agazapa en su interior. Sea bueno o malo, o especialmente de lo malo.

Recordó cómo, durante su viaje a La mer et les pins, Rodrigo le había relatado que llegó a intimar con Delphine a partir de un interés común por Alemania, y cómo ella le había prestado un libro escrito por el mismísimo Führer, que él conservaba en su despacho. Tal vez su curiosidad fuera mucho más, tal vez incluso una mal disimulada afinidad. Esa posibilidad le resultó turbadora. Por doña Tecla, que junto con el recuerdo de su prometido Otto odiaba todo cuando oliera a alemán, había sabido de las atrocidades que empezaban a rumorearse que estaban cometiendo los nazis contra civiles que nada tenían que ver en aquella guerra. Solo de pensarlo se le ponía mal cuerpo. Saber que Rodrigo estaba dispuesto a hermanarse con ellos bien podía considerarse una absoluta falta de escrúpulos. O tal vez solo fuera simple y puro egoísmo. Le sobrevino un estremecimiento al caer en la cuenta de que había confiado en él a ciegas, de que había dejado su vida y, lo que era aún más grave, la de sus hermanas, en sus manos. ¿Y si había acudido en busca de ayuda a la persona equivocada?

La duda es la peor de las malas hierbas, basta una sola semilla para que arraigue y se extienda sin control, invadiéndolo todo, minando la confianza y azuzando los recelos. Aquella conversación que jamás debió llegar a sus oídos se convirtió en el abono perfecto para que la suspicacia floreciese en el alma de Aurora.

Echando la vista atrás, se dijo que durante el escaso tiempo que llevaba en Orán había tenido frente a sí al heredero que hacía crecer la fortuna familiar gracias a su pericia con los negocios, al joven que adoraba su viñedo como si él mismo en vez de sangre tuviera savia corriéndole por las venas y que caminaba con sus dos bretones pegados a los talones y los ojos llenos de sol…, pero también al que

apostaba por colocarse del lado de Hitler para salvar su *domaine* sin que al parecer le importaran las consecuencias. ¿Cuál de todos ellos era el verdadero Rodrigo?

Hasta hacía nada había estado dispuesta a confesarle su visita al barrio judío. Ahora, en apenas un par de segundos, la desconfianza que acababa de anidar en ella la llevó a tomar una decisión que lo cambiaría todo.

* * *

La luz del atardecer cubría los contornos de tonos naranja, el galán de noche abría sus flores perfumadas y las aves se acurrucaban en el interior de la pajarera preparándose para dormir. La noche ganaba la partida al día poniendo fin a la jornada laboral de Aurora y a su angustiosa espera. Pedaleó con furia al comprobar que algunos comercios empezaban ya a bajar sus persianas. Quiso sentir alivio al llegar al callejón del barrio judío donde la esperaba el cambista, pero en la oscuridad le pareció todavía más inquietante que la primera vez que lo vio.

Aterida por el aire fresco de la noche, empujó la puerta deseando escuchar la campanilla darle la bienvenida y poder protegerse así de la humedad que se le colaba bajo el abrigo. La encontró cerrada. ¿Acaso había llegado demasiado tarde? Colocó las manos cóncavas junto a sus sienes y, pegándose al cristal, trató de ver algo dentro. Sobre la mesa desgastada estaba encendida la misma lámpara que daba una luz mortecina a su alrededor, pero no había ni rastro del hombre.

—¿Hola? —llamó golpeando el cristal con el puño. No obtuvo respuesta, pero la desesperación la forzó a insistir—. ¿Hay alguien?

Decidida a no marcharse hasta que alguien la escuchara, siguió llamando sin descanso y solo se detuvo cuando se apercibió de un movimiento en la cortinilla que colgaba tras el mostrador. Un instante después vio asomar al hombre con el que había tratado esa misma mañana y procuró tranquilizarse. El alivio duró poco.

—*C'est fermé !* —le espetó el cambista sin abrir la puerta más que una pequeña rendija—. Haz el favor de no molestar, ¿no ves que no son horas?

Le pareció que sus cejas eran todavía más pobladas y su espalda, más chepuda.

—He venido a traerle el reloj —explicó, la premura le impidió extrañarse por el cambio de actitud—. Estuvimos hablando esta mañana, ¿recuerda?

—Ya no me interesa.

—¿Cómo dice?

—Digo que no quiero comprarte nada, así que puedes irte por donde has venido —la despachó con una mueca de desagrado que contrajo sus pobladas cejas.

Aurora no comprendía el súbito rechazo, él le había dado un plazo y ella había cumplido. ¿Dónde estaba el problema? ¿Acaso había cambiado de opinión? Si algo estaba claro, era que aquel hombre pretendía deshacerse de ella y no tenía tiempo para perderlo en indagaciones que no la llevarían a ninguna parte. Acababa de perder la confianza en Rodrigo y en que cumpliera su palabra de ayudarla. Necesitaba vender el reloj más que nunca.

—Escuche —pidió, apoyando su mano sobre la puerta para impedir que él la cerrara del todo—, le aseguro que no es robado, si es eso lo que le preocupa. Y si es por el precio, puedo aceptar una oferta menor.

—¿No me has oído? He dicho que no me interesa. Si no te marchas de una vez, llamaré a los gendarmes.

—Por favor, no puede hacerme esto…

Pero la súplica de Aurora se perdió al chocar con la puerta que se cerró ante sus narices. El hombre dio un par de vueltas a la llave y luego apagó la luz de la mesa antes de desaparecer tras la cortina por la que había salido.

Aurora hubiera querido llorar y gritar, pero se debió conformar con dejarse caer desmadejada sobre el escalón. Se quedó allí, inmóvil durante tanto rato que acabó con los músculos agarrotados.

Para cuando despertó de su aturdimiento, se reprendió a sí misma por haberse dejado vencer por el desánimo. Todavía tenía el reloj, eso era lo importante. Al día siguiente buscaría otro cambista dispuesto a comprárselo. No dejaría de intentarlo hasta conseguirlo.

Decidida a volver a la pensión y olvidarse de la decepción con un plato de sopa de cebolla que le habrían guardado al percatarse de su tardanza, se puso en pie y se sacudió la ropa con brío. Empujando su bici, enfiló el estrecho pasadizo deseando dejarlo atrás cuanto antes y no volver a pisarlo jamás. Sin embargo, cuando estaba llegando al extremo, la luz de las farolas de gas dibujó el perfil de un hombre. Aurora sintió un mal pálpito y decidió girar sobre sí misma y recorrer la calle en sentido contrario para abandonarla por el otro extremo. No necesitó más que unos pocos pasos para descubrir que otra figura masculina la aguardaba también allí. Lo que hasta ese instante había sido una corazonada se convirtió en una cruda certeza. Le estaban cortando el paso. ¿Y si el viejo cambista había cumplido su amenaza y la había denunciado? Aurora miró a su alrededor y solo se encontró con puertas cerradas y ventanas sin luz del otro lado. Con horror se percató de que los hombres empezaron a caminar hacia ella, estrechando el cerco. Aquello la espoleó para llamar a la desesperada a todas las viviendas que quedaban a su alcance, pero nadie acudió en su auxilio.

Estaba sola.

—*C'est tard pour se prommener toute seule.*

La advertencia que llegó a sus oídos al tiempo que un tufo a sudor le revolvía el estómago dejaba claro que no eran policías. Se echó a temblar.

—Por favor…

No tuvo ocasión de decir más. Un fuerte bofetón la dejó sin respiración al tiempo que la hizo trastabillar. Sintió que la agarraban con fuerza y unas manos fuertes y callosas empezaban a recorrer su cuerpo. Por más que el crujido de sus prendas al rasgarse era real, no pudo evitar preguntarse si no se trataría de un mal sueño. El tiempo se desdibujó y lo que a ella le parecieron años enteros, con

probabilidad fueron apenas segundos. Cuando el sonido de unos pasos a lo lejos sobresaltó a sus asaltantes, las agujas volvieron a girar dentro de las esferas de los relojes y estos huyeron a la carrera, dejándola tirada en el suelo con el labio partido y la ropa destrozada. Temblorosa, Aurora se cerró la camisa como pudo, cruzándosela sobre el pecho con una mano, pues no quedaba un botón en su sitio. Solo entonces un fogonazo de lucidez llegó hasta su aturdido cerebro. Se palpó con premura y pronto descubrió que el reloj ya no estaba en su sostén.

De pronto lo comprendió todo. La intención de aquellos hombres no había sido forzarla, lo que en realidad querían era el reloj. Sabían bien lo que tenía y dónde lo escondía. Eso solo podía significar que alguien se lo había dicho, igual que les habían dicho que ella acudiría a ese oscuro callejón esa misma noche. Alguien que no había querido pagar por el reloj pudiendo conseguirlo gratis.

Sollozó de impotencia, de culpa por haber sido una estúpida, pero sobre todo de rabia. No solo le habían robado el reloj, también las últimas esperanzas de volver a reunirse con sus hermanas.

Capítulo 13

Rafael Lozoya se casó el mismo año que terminó sus estudios de Medicina. No tenía ni treinta años y creía que iba a comerse el mundo. Pronto descubrió que era el mundo el que lo iba a devorar sin miramientos. Aunque bien sabía que la culpa de sus errores era tan solo suya, empezando por confundir con verdadero amor esa efervescencia juvenil y el cosquilleo de los encuentros prohibidos donde una mano atrevida se aventura debajo de una falda. Nunca había estado enamorado de quien había convertido en su esposa, pero eso lo supo cuando conoció a María Gutiérrez y el corazón se le expandió tanto que creyó que le reventaría el pecho. Solo que a esas alturas ya era un hombre casado.

Consciente de hasta qué punto estaba anclado en la rutina junto a una mujer insípida cuyo único interés era ir a misa de doce y rezar el rosario por las tardes, la vida a Rafael se le hizo de pronto insoportable. María, once años más joven que él, era un soplo de brisa que le devolvía las ganas de levantarse cada mañana para ver si, con suerte, podía cruzar un par de palabras en el café frente a la universidad donde acudía con los compañeros a desayunar porras antes de las clases. El suyo fue un amor fulminante, de los que no se pueden remediar, de esos que logran sortear cuantos obstáculos encuentran, por muchos que sean. Caiga quien caiga. Todavía no sabían que ellos también acabarían por caer.

La llegada de la república con sus modernas leyes les brindó la oportunidad que ambos habían anhelado. Rafael se divorció de su mujer y se casó con María. La vida gris y monótona que había llevado hasta entonces se llenó de luz y color. Embriagado de

felicidad como estaba, ni siquiera reparó en el daño irreparable que hacía a una esposa cuya única culpa fue no ser todo lo que él había imaginado.

No obstante, los giros del camino a veces nos conducen al punto de partida. Y así fue como, tras la victoria de Franco en el 39, las leyes volvieron a cambiar. El divorcio ya no era legal, como tampoco los matrimonios civiles, que fueron anulados de manera fulminante. De un día para otro, Rafael y María dejaron de ser marido y mujer. Y, lo que era aún peor, él seguía casado con su primera esposa.

Por obligación, y sobre todo por miedo a las represalias que se venían dando en aquellos tiempos, debió regresar a su antigua casa, a dormir en su antigua cama, junto a aquel cuerpo huesudo cubierto con camisón largo y que se le hacía insoportablemente ajeno en comparación con las amables redondeces de María. A lo que hubo de sumar las miradas resentidas de su esposa y sus obstinados silencios. María estaba embarazada de cinco meses y, si creían que su forzosa separación los había destrozado, se dieron cuenta de su equivocación cuando la joven perdió el bebé que esperaban. Aquella desgracia los rompió en mil pedazos. Unos pedazos que ellos se empeñaron en volver a unir. A cualquier precio.

Huyeron de la rancia España franquista convertidos en un par de delincuentes, desafiando al régimen. No miraron atrás. Necesitaban que la vida les brindase una nueva oportunidad y la Argelia francesa, donde Rafael tenía algunos amigos de su época de estudiante, parecía dispuesta a dársela. Sin pasado ni memoria. Solo un futuro libre de ataduras y dolorosos recuerdos.

* * *

Sin saberlo, el doctor Rafael Lozoya había hecho mucho más por la recuperación de Estrella que recurrir a sus conocimientos médicos. Al conseguirle aquel empleo en la relojería le había devuelto la ilusión por vivir y, con las reuniones clandestinas, la de hacerlo en un mundo mejor.

Durante la guerra civil, Estrella había coqueteado con la política de la mano de su amiga Olvido Moliner. Por entonces lo hacía porque era divertido, excitante, pero ahora las cosas habían cambiado. Ella había cambiado. Donde antes hubo certezas y consignas inamovibles, ahora solo quedaban dudas y prudencia. La juventud no era solo una edad, también un sentir. Y Estrella se sentía vieja como el mundo.

Aprendió a esperar con expectación las noches de los viernes. Mientras Rocío estaba en El Jardín, Estrella bajaba al rellano y allí cenaba con la única compañía de Glotón, el gato callejero, que se había ido confiando a base de latas de sardinas y ahora no perdonaba su ración de mimos. Después de rascar al felino una última vez tras las orejas, Estrella recorría los estrechos y laberínticos callejones hasta alcanzar la vivienda del doctor Lozoya. Allí le abría la puerta una siempre sonriente María Gutiérrez, olvidado ya todo intento de simular que su relación con el médico se limitaba a la consulta. Estrella solía ser la primera y poco después iban llegando otros camaradas. No volvió a ver a José Aboulker, el joven al que conoció con tres pistolas adheridas al cuerpo, puesto que había sido movilizado, pero descubrió que él no era el único con ganas de remover el avispero. Con la misma eficiencia que mostraba en la consulta, María los acomodaba en la gran mesa del comedor y les servía un café cargado que todos bebían sin importar la hora bajo las lámparas de acetileno.

Sin contar con María, que tras dejarlos bien atendidos prefería dedicarse a otras tareas, Estrella era la única mujer en aquellas reuniones clandestinas. Y eran clandestinas porque, sin esconderse de nadie en concreto, hablaban siempre a media voz, con la cautela de quien sabe que es mejor no ser escuchado. Allí se hablaba de todo y de nada, puesto que hablar era lo único que hacían. Al menos por el momento.

—Alemania ha invadido Dinamarca.

Un espeso silencio se instaló en la estancia tras las palabras del Tato, como conocían al alfarero originario de Agost. Aquella era la

noticia del día, la que los había estremecido a todos recordándoles que el avance del Tercer Reich era imparable.

—Los daneses se han rendido de inmediato, pero Noruega aún resiste…

—No lo hará por mucho tiempo —concluyó Jaime, alpargatero de profesión e ilicitano de nacimiento.

—Jodidos nazis —masculló el Tato con rabia mal contenida. Solía ir siempre acompañado de distintos hombres cuya delgadez daba la impresión de que la ropa les bailaba sobre el esqueleto y que casi nunca abrían la boca.

—¿Queda café? —preguntó el doctor Rafael, demostrando poseer más temple que sus compañeros. Estrella le alcanzó la jarrita para que se sirviera su segunda taza de la noche. No sería la última—. Mucho me temo que, si nadie le para los pies, Hitler no se va a detener hasta tener a Europa entera bajo su dominio.

—¿Y quién se los va a parar? —protestó el Tato en un susurro—. Si parece que lo estén recibiendo con los brazos abiertos.

—Hombre, no diría yo tanto…

—Que sí, coño —insistió el Tato—. Polonia, Dinamarca… A ver lo que tardan en caer Francia y España.

—¡Eso sí que no! —protestó Jaime convencido—. ¡España nunca!

—Ah, ¿no? ¿Y quién lo va a impedir? ¿Franco? —bufó el Tato—. Esos dos cabrones son tan amiguitos que solo les falta irse de putas juntos… Con perdón —añadió de repente al recordar la presencia de Estrella—. Me apuesto lo que quieras a que cuando Hitler llame a la puerta de los Pirineos, Franco no solo lo dejará pasar, sino que se bajará los pantalones para dejarse dar por el culo. Con perdón otra vez.

—Vamos a calmarnos todos un poco —intercedió el médico alzando las manos apaciguador—. Está claro que Adolf Hitler no se va a conformar con una pequeña porción del pastel. Lo quiere entero y hará todo lo posible por conseguirlo. Pero no olvidéis que hay millones de hombres y mujeres dispuestos a dejarse la vida para que eso no ocurra. Debemos mantener la esperanza.

Volvió el silencio a instalarse en la mesa como un invitado más, cada cual rumiando sus inquietudes, temores y oscuros presagios. Pensar que en ese mismo momento un temible ejército avanzaba imparable por Europa resultaba desalentador.

—¿Y aquí, doctor? —se atrevió a preguntar Estrella, que solía preferir mantenerse en un segundo plano—. ¿Llegarán los nazis a Argelia?

El doctor Rafael Lozoya la miró largo rato, con algo bailando en su mirada que a Estrella le resultó demasiado semejante al miedo.

—Esperemos que eso no ocurra nunca.

* * *

Rocío se bamboleaba como una boya en alta mar. El vientre redondo había deformado tanto su figura que le resultaba imposible reconocerse en el espejo. Las patadas del bebé eran frecuentes y solían arrancarle, además de algún quejido, una sonrisa emocionada. Pese a ello, su aumento de volumen no le impedía seguir llevando a cabo sus labores en El Jardín con la diligencia acostumbrada. Se las apañaba para barrer y fregar los suelos, hacer las camas o cualquiera de sus muchas tareas. Agradecía mantener la mente ocupada. El trabajo le impedía pensar en la incertidumbre que aguardaba a la vuelta de pocos meses.

Llovía, uno de aquellos chaparrones escandalosos e imprevistos de la primavera argelina, y tal vez por eso mismo aquella estaba siendo una noche excepcionalmente tranquila, lo cual era siempre de agradecer puesto que le permitía bajar el ritmo y adecentar sin prisas las habitaciones de las muchachas entre un servicio y el siguiente. Subía las escaleras ayudándose del pasamanos cuando distinguió una figura masculina frente a la puerta de Dalia. Lo que llamó su atención fue la inmovilidad del joven, que parecía petrificado de no ser porque su pecho se movía al ritmo de una agitada respiración. Al llegar a su altura, Rocío pudo advertir que estaba pálido y sudoroso. A veces salían así, exhaustos después de

que una de las chicas los hubiera llevado más allá de los límites del placer carnal. Pero eso solía ocurrir después del encuentro, no antes.

—Pe-e-e-erdona, ¿sabes si hay alguna otra salida? —preguntó con voz temblorosa—. Me-me-me refiero a una puerta trasera, o-o-o algo así.

Rocío negó, confundida. No era la primera vez que uno de los clientes se dirigía a ella, pero sí que le hacían tan sorprendente pregunta.

—Ne-ne-necesito salir de aquí —insistió el joven—. N-no debería haber venido.

Para atajar la conversación, Rocío trató de tranquilizarlo aludiendo a las dotes de la mujer semidesnuda que esperaba al otro lado de la puerta.

—Dalia es una de las chicas más populares, ningún cliente ha salido nunca insatisfecho.

Las mejillas del joven se encendieron al escucharla.

—No-no lo dudo. Seguro que esta chica tiene mucho… talento. Pero no es por eso por lo que no quiero estar aquí. Lo que pasa… Es que…

—No tengo toda la noche.

El muchacho resopló para darse ánimos tras lo que logró, al menos, decir la primera frase de corrido de toda la conversación.

—Lo que quiero decir es que no he venido por propia voluntad.

—¿Cómo es eso? —preguntó Rocío perpleja.

Con una profunda inhalación, la vista clavada en las punteras de sus zapatos y las mejillas tan rojas que parecía al borde de una apoplejía, el joven le confesó que sus amigos lo habían arrastrado hasta allí al enterarse de que aún era virgen. Una especie de ritual varonil para que se estrenase.

—Este sitio no es para mí —la confesión parecía al fin haberlo aliviado de su tartamudez—. Solo de pensar en lo que me voy a encontrar al otro lado de esta puerta me entra una cosa… Que no, que no puedo.

Rocío, que había empezado escuchando impaciente y después divertida, acabó sintiéndose enternecida por su candidez. Intentó tranquilizarlo.

—Dalia puede ser muy dulce. Si le explicas que estás nervioso, seguro que te ayuda poniéndotelo fácil.

—No puedo entrar ahí. Por favor, tienes que ayudarme.

Rocío suspiró. A su pesar, se sentía conmovida ante la patética imagen que presentaba el joven, cuyo sudor, además de darle brillo a su amplia frente, le había formado en la camisa un cerco oscuro bajo las axilas. Se le ocurrió una idea.

—Sígueme —ordenó, a lo que él obedeció como un corderito manso—. En este cuarto guardo las escobas y otros trastos de limpieza. Puedes esperar aquí y bajar en un rato. Yo hablaré con Dalia, tus amigos no sospecharán nada.

La miró como si se le hubiese aparecido la mismísima Virgen y entró en el habitáculo con una sonrisa de alivio. Rocío estaba a punto de irse cuando la detuvo.

—No pensarás dejarme aquí solo, a oscuras —susurró él.

—No pensarás que voy a meterme ahí dentro contigo —rebatió ella.

Desde su llegada a Argel, Rocío se había mantenido fiel a su propia norma acerca de los hombres. No deseaba ningún tipo de acercamiento, convencida como estaba de que nada bueno podrían traerle. Y eso incluía al muchacho sin estrenar con cara de pardillo. Él pareció adivinar sus pensamientos, porque levantó las palmas de las manos y dijo:

—Vamos, seguro que agradeces un descanso. Prometo no tocarte.

Que aquel joven algo enclenque, que hacía un minuto temblaba frente a la puerta de Dalia ante la sola idea de cruzarla, afirmara con semejante seriedad que no iba a propasarse le resultó tan cómico que tuvo que esforzarse por no estallar en carcajadas. Lo consiguió solo a medias. Aunque no fue la certeza de que a su lado no correría peligro alguno, sino la posibilidad de sentarse sobre uno de los

cubos y descansar el peso de la tripa unos minutos lo que llevó a Rocío a saltarse por primera vez su propia y estricta regla.

El cuartucho era poco más grande que un armario y estaba atestado de palos de escoba, barreños, jabón, vinagre, paños de algodón y otros muchos de los enseres que servían para que El Jardín luciera siempre impoluto. Dentro no había bombilla, pero podían adivinarse los contornos sin dificultad gracias a la luz que se colaba por la rendija bajo la puerta. Tal vez esa penumbra fue la que propició que, por primera vez en mucho tiempo, a Rocío se le olvidara cuánto odiaba a los hombres.

—Por cierto, no me he presentado: me llamo José y soy carpintero.

Ella fue a decir algo, pero él fue más rápido y se le adelantó.

—Ya, ya lo sé, no hace falta que digas nada, que el día que tenga un hijo no se me ocurrirá llamarlo Jesús —bromeó.

Los minutos volaron dentro de aquel cuartucho con olor a limpio. Ella bajó la guardia y él olvidó su timidez, rebajando la tensión inicial hasta el punto de que Rocío acabó escuchando divertida la rocambolesca historia de cómo José había acabado siendo víctima de semejante encerrona. Por su parte, ella puso mucho cuidado en esquivar con habilidad las preguntas y él se percató de que no estaba dispuesta a hablar de sí misma. Al cabo, Rocío calculó que ya era prudente que José abandonara su improvisado escondite. Se asombró al descubrir que lo lamentaba.

—Espera aquí, yo voy a hablar un minuto con Dalia.

Instantes después, la prostituta, despampanante y pechugona, bajaba la escalera que daba al salón agarrada al brazo de José con una mano y abanicándose con la otra.

—¡Dios bendito, qué hombre! —vociferó con entusiasmo. El rostro del joven volvió a adquirir el color de las granadas maduras y a punto estuvo de tropezarse y bajar rodando los últimos peldaños—. ¡Menudo poderío! —continuó Dalia, animada al comprobar que su interpretación daba resultado y los amigos recibían a José con vítores cual gladiador victorioso—. Con lo que me tiemblan las

piernas no voy a poder caminar en una semana. ¡Madre del amor hermoso!

Rocío, que observaba la escena sin que nadie reparara en ella desde lo alto de la escalera, se llevó las manos a la boca para contener un ataque de risa. Si bien acababa de conocerlo, no le costó adivinar que estaría deseando que se lo tragara la tierra mientras los dos amigos que lo habían arrastrado hasta El Jardín le palmeaban la espalda y lo felicitaban con genuina camaradería masculina. Lo vio aceptar semejante algarabía con resignación y supuso que anhelaba dejar de ser el centro de atención para recuperar su apacible existencia, olvidando aquella bochornosa noche para siempre.

Cuando los tres jóvenes ya se dirigían hacia la salida, ella abandonó su puesto de vigilancia para regresar a sus tareas pendientes. Lo hizo segundos antes de que José se diera la vuelta y barriera con la mirada la planta superior, buscándola. Que no la encontrara no impidió que se marchara tan profundamente enamorado de Rocío que ya no podría quitársela de la cabeza.

Capítulo 14

Al contrario de lo que la posición acomodada de la que ahora gozaba pudiera hacer creer, la señora Sagrario no siempre había sido rica, ni siquiera afortunada. Hija de un pescador de Villajoyosa y de la cocinera de una modesta casa de comidas, nació en tierras oranesas entre redes de pesca y estrecheces varias. Jamás fue bonita ni contó con ningún encanto femenino más allá de unos chispeantes ojos cobrizos, los mismos que años más tarde heredaría su hijo.

Tal vez el hecho de ser poco agraciada fue el culpable de que no encontrara pretendiente. En cambio, su madre opinaba que era por su carácter estrafalario, que lo mismo la llevaba a pasar días enteros sumida en un estado de abstracción que sorprendía con súbitos ataques de irrefrenable locuacidad. Su tendencia a las distracciones le había valido incontables riñas por parte de sus padres, quienes llegaron a pensar que su pobre hija era algo corta de entendederas.

Pero no lo era.

Lo que le ocurría era que tenía un mundo interior tan rico e interesante que le resultaba complicado no perderse en él. Había nacido con alma de artista en un mundo en el que no cabía el arte porque las dificultades del día a día lo ocupaban todo. Pasaba horas enteras dibujando cosas que se le venían a la mente de repente y que acababa extraviando antes de llegar a terminar. Llevaba siempre los dedos manchados de carboncillo y la mirada volcada hacia dentro.

En realidad, a Sagrario no le importaba haber rebasado los veinticinco sin que ningún joven se fijara en ella, ni tampoco le incomodaba la posibilidad de quedarse para vestir santos, algo que

parecía horrorizar a su madre. A ella lo único que le interesaba era poder escaparse a la *promenade* de Létang, donde podía disfrutarse de una apabullante panorámica que abarcaba desde los barrios de la ciudad baja, los muelles del puerto o el Mourdjadjo por el oeste, hasta los acantilados de Gambetta y el *djebel* Kahar por el este. Y allí, donde acudía con su cuaderno para sumergirse en un nuevo boceto, amparado por ficus, palmeras, belombras, pinos y plataneras, fue precisamente donde el destino cruzó sus caminos.

Rodrigo Moragues, quien acabaría siendo su marido y padre de un primogénito al que bautizarían con ese mismo nombre, se encontraba tomando un vermut Galiana en compañía de unos amigos en la sombreada terraza del quiosco Casino de Létang, cuando quedó irremediablemente prendado de su ceño fruncido, su mano ágil y su mirada soñadora. Sagrario llevaba ya un rato en el mismo banco retirado, tan ensimismada en su dibujo que tardó en percatarse de que las horas se le habían escurrido entre los dedos tiznados de carboncillo. Cuando al fin lo hizo, se apresuró a recoger sus utensilios de pintura para regresar a casa, segura de la regañina que allí la aguardaba por su retraso. Entre las prisas y los nervios, ni siquiera se dio cuenta de que uno de sus dibujos quedaba olvidado en el banco. Fue Rodrigo quien lo rescató y solo necesitó un vistazo para adivinar que, tras aquella apariencia discreta sin más atractivo que unos ojos que lanzaban destellos del color del ocaso, se ocultaba una mujer excepcional.

No solo no se equivocó en su elección, sino que consiguió que Sagrario acabara enamorándose de él tanto como él lo estaba de ella. El suyo fue un amor disparatado que alimentó todo tipo de rumores en la rancia alta sociedad oranesa. Él le sacaba casi quince años y además era rico. Sin embargo, ese mismo amor tan criticado resultó ser también terco, y con el tiempo acabó por derribar cualquier barrera hasta convertirse en uno de los más sólidos que se hubieran conocido. Solo la muerte pudo hacer lo que nadie logró en vida. Los separó, dejando a Sagrario viuda y con una ausencia al otro lado de la cama a la que nunca se acostumbraría.

De aquello habían pasado muchos años. Unos años que, inevitablemente, habían dejado su huella. Ahora Sagrario sufría pérdidas de memoria. Al principio fueron tan solo pequeños vacíos que habían resultado sencillos de disimular. Pero poco a poco, como si de una lenta erosión se tratase, su mente se iba adentrando en una zona sombría de la que un día no sería capaz de regresar. Con todo, Aurora Robles había podido percatarse de que Sagrario era, cuando menos, singular, y no solo porque tratara a sus pájaros como si fueran personas. Mantenía conversaciones con su difunto esposo en voz alta y era sabido por todos en la casa que seguía fiel a su costumbre de dormir tal y como Dios la trajo al mundo. Su carácter algo excéntrico no impedía que su corazón fuese tan inmenso que nadie quedaba fuera, aunque a veces resultase complicado distinguir el límite entre su extravagancia natural y la demencia senil.

—¿Seguro que no olvidamos mis pinceles? —preguntó Sagrario—. Los de pelo de marta son del todo imprescindibles, sin ellos es como si fuera manca.

—Estoy segurísima de que los llevamos —contestó Aurora por enésima vez.

—¿Y el caballete?

—También, lo he comprobado tres veces.

A Sagrario se le había metido en la cabeza la idea de pasar una temporada en el viñedo. Sostenía que allí recuperaría esa inspiración que últimamente le era un tanto esquiva. Dado que Manuela sufría uno de sus recurrentes dolores de ciática, recayó en Aurora la tarea de acompañarla. Y no era que no le gustase la idea de volver a visitar el espléndido *domaine* de la familia Moragues, solo lamentaba tener que hacer un paréntesis en la búsqueda de sus hermanas, que se alargaba poniendo a prueba su templanza y su determinación.

A la casa de la familia en el Soleil d'Oran se la conocía como la casa grande y era todo un símbolo de la mezcolanza que habitaba aquellas tierras. La construcción presumía de un equilibrio perfecto. No le faltaban comodidades, pero sin pecar de excesos. Lo único en lo que no escatimaba era en belleza. Cuando apareció a la vista tras

rebasar una colina, Aurora volvió a contener el aliento igual que la primera vez. A su lado en el asiento trasero del coche viajaba Sagrario, quien le puso la mano sobre la rodilla como si compartiera con ella la misma emoción.

Durante la estancia en el *domaine* su cometido se limitaba a atender a su patrona, quien, por suerte, no era caprichosa ni difícil de contentar. Además de pasar horas enteras emborronando lienzos con sus pinceles en el porche de la entrada, Sagrario daba un largo paseo cada mañana porque, según afirmaba, para atraer la inspiración no hay nada mejor que salir en su busca, esquivando, por supuesto, a los bretones Éponine y Valjean, quienes parecían intuir la animadversión de la señora y evitaban la casa grande con igual empeño.

Si Aurora había llegado a temer verse encerrada día tras día, carcomida por el tedio, asediada por el recuerdo de Estrella y Rocío hasta quedarse sin respiración, pronto se dio cuenta de que la activa rutina que mantenía la señora le dejaba poco espacio para la autocompasión.

—Todo esto que ves lo construyó mi suegro, que en paz descanse —comentó Sagrario con sus pasos cortos—. Fue un gran hombre, duro y recio, pero bueno.

—Seguro que sí —respondió Aurora por cortesía, pues nada sabía de la historia familiar.

—Se llamaba Rodrigo, al igual que después lo hicieron mi marido y mi hijo, y fue el primer Morague en pisar África. Lo hizo como otros muchos españoles, soñando con una vida mejor. Podría decirse que tenía alma de expedicionario. Los comienzos no fueron fáciles, pero tenía dos cosas a su favor. La primera, una imponente corpulencia con músculos formados a golpe de azada y una piel curtida por el sol, lo que le permitió afrontar las agotadoras jornadas en esta tierra poco amable con quienes se empeñan en domesticarla.

—¿Y la segunda?

—Una tenacidad que rayaba en la obsesión. Había visto cómo otros españoles sucumbían a las durezas de la emigración, del clima y de la soledad, o al miedo de ser atacados por cabileños hostiles, hasta que lo daban por imposible y se volvían por donde habían venido, más pobres aún si cabe que cuando llegaron. Mi suegro los despreciaba por su debilidad, por su falta de empuje. Se prometió a sí mismo que jamás sería como ellos.

—Desde luego, cumplió lo prometido con creces.

—Lo hizo, sí —concedió la señora con un cabeceo y una leve sonrisa—. Llegó a Argelia sin una moneda en el bolsillo y levantó un imperio. Trabajó de sol a sol, aceptando los trabajos precarios y extenuantes que los terratenientes y empresarios le ofrecían, y en solo tres meses ganó lo mismo que en todo un año en España. Hasta que un buen día el siroco le sopló de cara. Su patrón era un francés de piel pálida, constitución delicada y espíritu acostumbrado a otras latitudes que, harto de batallar con esta tierra terca y desagradecida, decidió regresar a la metrópoli. Al parecer le tenía en gran estima y le ofreció venderle sus propiedades en Argelia a un precio que más bien era un regalo. A mi suegro le encantaba relatar cómo no necesitó más que un trago al chato de vino con el que se habían sentado a negociar para aceptar la propuesta que cambiaría su destino.

—¡Menuda historia!

—Y aún no te he contado lo mejor. —Sagrario estaba encantada con una oyente tan atenta—. Cuando la filoxera se ensañó con las cepas europeas, a punto estuvo de hundir la industria en Francia, fíjate si fue grave. Ante semejante crisis nacional, se recurrió al vino argelino para suplir las carencias. Las exportaciones no hacían más que crecer año tras año. Se podría decir que prácticamente le quitaban el vino de las manos. Debieron de ser unos buenos años. Por entonces conoció a mi suegra y tuvieron cuatro hijos: tres mujeres y un varón, que después fue mi esposo… Ay, mi Rodrigo querido… —La voz se le quebró bajo el peso de la nostalgia—. Lo

que más me aterra de estos olvidos míos es que me arrebaten su recuerdo, es lo único que me queda.

Aurora guardó un respetuoso silencio y continuó caminando junto a aquella mujer perdida en un tiempo que ya no existía más allá de su débil memoria. A lo lejos vio a varios jornaleros musulmanes rezando con la frente pegada al suelo y a algunas mujeres cargadas con baldes de agua en la cabeza que conversaban. Algo más allá, se agrupaban las modestas viviendas encaladas donde los trabajadores, españoles y árabes en su mayoría, vivían con sus familias, sus religiones y sus costumbres.

—Todos los Rodrigo Morague pertenecen a esta tierra, ¿sabes? Ellos siguen vivos en cada cepa, en cada racimo, en cada nueva vendimia. Mientras este lugar exista, ellos no dejarán de hacerlo. —Sagrario se detuvo para observar cuánto abarcaba su vista, húmeda por la emoción—. Vamos, quiero presentarte a alguien.

* * *

Además de un cuerpo flacucho, Jimena tenía el pelo muy negro y las rodillas llenas de desconchones. Ya habría cumplido ocho años, pero aparentaba menos.

—¡Abuela! —gritó girándose hacia una casa al verlas venir—. ¡Abuelaaa!

—Ya voy, ya voy —se escuchó protestar desde el interior—. Que estoy ciega, no sorda. Maldita cría…

Sagrario se dirigió con paso decidido a la entrada, con Aurora expectante a su derecha, y allí aguardaron hasta que de la penumbra del interior emergió una anciana encorvada sobre sí misma con alpargatas, un pañuelo para cubrirse la cabeza anudado bajo la barbilla y el gesto de tener muy malas pulgas. La vieron levantar la cabeza igual que un perro olfateando el aire, como si así pudiera compensar la ceguera que evidenciaban sus pupilas blanquecinas.

—Hola, Carmen. Me alegro de verte.

—¿Sagrario, eres tú? ¡Qué demonios! ¿Cuánto hace que no te pasabas por aquí?

—Demasiado, me temo, me hago vieja.

—¡Ja! Pues bueno estaría que te hicieras más joven. Anda, pasad.

Aurora siguió a su patrona al interior de la sencilla pero impoluta vivienda. Resultó que la anciana aún era capaz de distinguir luces y sombras, con lo que se las apañaba sorprendentemente bien para sacar adelante una casa en la que vivían cinco adultos y seis niños, que pronto serían siete porque la tía de Jimena volvía a estar preñada. Carmen había llegado junto con su marido desde Pego para trabajar en el *domaine* siendo aún una moza joven y lozana. Fueron y vinieron por temporadas, como las golondrinas, hasta que un buen día decidieron no volver a marcharse más. Y allí seguían desde entonces. Con el tiempo se les unieron su hijo y su nuera con su prole, y más tarde, cuando su hija falleció durante la guerra civil, los siguió su yerno Cosme con la pequeña Jimena, huérfana de madre. Todos trabajaban para los Moragues.

—¿Cómo van las cosas? —preguntó Sagrario, quien parecía profesar un profundo y antiguo respeto por aquella anciana.

—La vida es muy perra —respondió Carmen, acomodada en un desvencijado sillón a remendar un calcetín sirviéndose solo del sentido del tacto, para a continuación sisear con viejo rencor—, con unos más que con otros, eso sí.

—Te he dicho muchas veces que, si os hace falta algo, no tienes más que decírmelo.

—Nunca me han gustado las limosnas, ya lo sabes.

—No empieces, Carmen, por favor te lo pido.

Carmen masticó un exabrupto entre sus encías desdentadas y cambió de tema.

—¿Cómo está el niño?

—Ya no es un niño… —apuntó Sagrario.

—Eso lo dirás tú, porque para mí seguirá siendo aquel rapaz que correteaba por aquí con los mocos colgando y el trasero al aire hasta

el día en que me muera. Qué chiquillo… ¡Tan terco como todos los Moragues!

Aurora intuyó que el «niño» del que hablaban no era otro que Rodrigo. A continuación, ambas ancianas se sumieron en un tranquilo silencio, tal vez poblado de recuerdos de otros tiempos. A Aurora le asombraba el trato tan cercano que se prodigaban esas dos mujeres que, a simple vista, nada tenían en común. A pesar de ello, al verlas juntas, cualquiera diría que se trataban de igual a igual.

—Las cosas se están poniendo feas —masculló al cabo Carmen—. Si no, que se lo digan al pobre Manuel Montoya, que hace poco lo detuvieron y se tragó cuarenta días en la cárcel de Saida porque se negó a comprar billetes de una tómbola que organizaban los de Medailles Militaires. Y si con los franceses estamos mal, espérate a que se nos metan aquí los alemanes, que mi yerno Cosme es comunista y ya habrás oído lo que se rumorea que les hacen los nazis a los comunistas.

—A vosotros no os pasará nada de eso. Sabes que él no lo permitirá.

—Ya, pues bien que permitió eso de poner en la escuela un maestro que solo habla francés. Aquí mismo, en el viñedo, nada menos… ¿Se puede saber a quién le molesta que hablemos en español?

—Por eso no me gusta la escuela, abuela —aprovechó para meter baza Jimena, que siempre rondaba a su abuela cual perro faldero por mucho que esta tratara de espantarla a base de exabruptos.

—Tú a callar —espetó Carmen—; si no vas, es porque eres una perezosa y una descastada. Tu padre no ha sabido meterte en cintura, pero a mí no pretendas contarme milongas y que me las crea, que ya estoy vieja para eso.

Para zanjar la disputa, la abuela le tendió a la niña un cuenco con lentejas para que las limpiara de piedras. Luego retomó su calcetín y su discurso.

—Desde hace décadas nos partimos el lomo para que este país se enriquezca y nos lo pagan con desprecios, despidos, expulsiones… Obligaciones tenemos muchas los españoles, sí, señor, pero derechos, bien pocos.

—Ya sabes que nada de eso depende de él —la apaciguó la señora Sagrario, al parecer acostumbrada al endiablado carácter de Carmen—. Hace lo que puede.

—¿Y si no es suficiente?

Sagrario no respondió.

Tras despedirse de Carmen y Jimena, a Aurora le quedó una extraña sensación en el pecho. En tanto que en casa de los Moragues todo eran comodidades, la vida era muy diferente para los trabajadores que con su esfuerzo hacían posible que toda esa maquinaria no dejara de funcionar. Aquella anciana ciega simbolizaba su sufrimiento, su incertidumbre. Recordó cuánto la había impresionado la primera vez que vio aquellas más de cien hectáreas ante ella y se preguntó si valía la pena tanto esfuerzo y sacrificio.

—Hace años Carmen lavaba la ropa de la casa grande. Mi hijo había cumplido los cinco y era tan travieso que me llevaba de cabeza. Un día me despisté un minuto, no fue más, lo juro, pero él lo aprovechó para colarse en el pozo. De no ser por ella, que lo vio todo y se tiró dentro sin pensarlo, mi niño se habría ahogado. —Sagrario no había abierto la boca durante el camino de regreso, pero al acercarse al porche, donde un caballete y los pinceles de marta aguardaban con estoica paciencia, se sinceró—: Desde entonces le debo la vida. Y esa es una deuda que jamás podré saldar… sobre todo porque Carmen no está por la labor. Ella prefiere dejar las cosas como están. Le gusta saber que pese a todo lo que nos separa puede mirarme de tú a tú. Es terca como una mula, y mientras le queden fuerzas, se aferrará a esa deuda que la coloca en una posición privilegiada. Y no la culpo. Tal vez yo en su lugar hubiera hecho lo mismo.

Los siguientes días Aurora meditó en profundidad sobre lo que Sagrario le había confesado. En aquella tierra de extremos pareciera que los límites se desdibujaban, se ensanchaban o incluso desaparecían. Allí nadie era lo que aparentaba, ni siquiera una anciana ciega y malencarada.

* * *

—Gracias.

Aurora, que estaba echando un vistazo a la bien nutrida biblioteca de la casa grande, dio un respingo y se volvió sin disimular su sobresalto. Allí estaba Rodrigo, observándola con un hombro apoyado en la puerta del salón principal y los dos fieles bretones a sus pies. Le pareció todavía más alto y apuesto que la última vez.

—Por acompañar a mi madre —aclaró él—, creo que aquí se siente más cerca de mi padre.

No habían vuelto a coincidir desde hacía más de un mes. Justo después de que por accidente ella oyera su conversación con Ibrahim, Rodrigo había tenido que salir en viaje de negocios, lo que lo había mantenido alejado de Orán. En todo ese tiempo, Aurora no había olvidado los claroscuros que conformaban a aquel hombre ni las dudas que seguía teniendo sobre él. Ni ahora, que conocía parte de su historia, había dejado de ser un interrogante. Sin embargo, al tenerlo de nuevo frente a ella, le disgustó tener que admitir que su magnetismo seguía resultando arrollador.

Consciente de que hubiera sido descortés mantenerse en silencio, carraspeó antes de responder.

—Espero que no se crucen con Sagrario —señaló a Éponine y Valjean—. Sigue sin perdonarles la afrenta de los guacamayos.

Rodrigo asintió con una sonrisa. Luego, para quitarse los guantes que usaba para conducir, se asomó al gran ventanal para otear el horizonte.

—Es un lugar muy especial. No hay mejor sitio para poner en orden los pensamientos —murmuró abstraído ante la belleza del

paisaje—. Aquí no hay forma de engañarse a uno mismo.

Aurora se preguntó si lo diría por las intrigas que se traía entre manos con los alemanes para mantener a flote su viñedo, pero no tuvo oportunidad de indagar. Unos gritos provenientes del vestíbulo los alertaron e hicieron que los bretones se incorporaran de un salto y arrancaran a ladrar.

—¡Avisad al médico! ¡Rápido!

Rodrigo se dirigió hasta allí con pasos rápidos, Aurora lo siguió. En el suelo empedrado encontraron a un hombre joven que se retorcía en un charco de sangre.

—¡Dios santo, Cosme! —Rodrigo se acercó y se percató de que la sangre provenía de su mano derecha, donde se apreciaba una profunda herida—. ¿Qué ha ocurrido?

El anciano que lo había traído, tembloroso y pálido, murmuraba frases inconexas. Aurora no reconoció a ninguno de los dos, pero sí lo hizo con la pequeña que lo observaba todo desde la puerta con los ojos abiertos por el susto. Era Jimena, y supo, con dolorosa certeza, que el herido era su padre.

—Le dije que se quedara en la cama… Tenía mucha fiebre, así no podía trabajar. Se lo dije… Pero no me hizo caso —balbuceaba el abuelo—. Se empeñó en romper las piedras del terreno nuevo con la dinamita y algo salió mal… Su mano… Le dije que se quedara en casa…

Rápidamente, Rodrigo se hizo cargo de la situación y apartó con firmeza al aturdido hombre para poder estudiar mejor la herida. No cabía duda de que era grave. Mucho. Si no actuaban rápido, el padre de Jimena podría morir desangrado.

—Aurora —la llamó, pero ella estaba petrificada ante la visión de la sangre, los pies pegados al suelo. Rodrigo repitió su nombre, esta vez casi un grito—. ¡Aurora! Tú eres enfermera, ayúdalo.

Aurora boqueó. Los aullidos de dolor, el olor de la sangre, el miedo a ver una vida desvanecerse frente a ella… Todo regresó de golpe, embotando sus sentidos. Durante la guerra en Alicante había visto lo mismo en demasiadas ocasiones. Pero la guerra había

terminado, al menos la suya; ellas habían huido y Aurora había creído que no volvería a manchar sus manos con sangre ajena. Qué equivocada había estado.

—¡Aurora!

La voz imperativa de Rodrigo la sacó de sus más oscuros recuerdos.

—Hacedme hueco para que pueda ver. Y traed agua caliente y paños limpios —pidió, saliendo de su estupor con la voz extrañamente firme—. Cosme, escúchame, necesito que te mantengas despierto. Eso es, lo estás haciendo muy bien.

Pronto Aurora tuvo lo que necesitaba y con asombrosa soltura, como si jamás hubiera dejado de hacerlo, lavó la herida y practicó un vendaje provisional cuya presión consiguió ralentizar la hemorragia. Para su alivio, el médico encargado del dispensario del viñedo llegó en ese momento y se hizo cargo de la situación.

—Hay que amputar —sentenció el doctor Galindo, arrancando un sollozo al viejo. El herido ni siquiera reaccionó, debido a la conmoción era probable que no fuera consciente de cuanto ocurría a su alrededor—. Y me vendría bien su ayuda.

Aurora, que los había seguido hasta el dispensario por inercia, tardó en percatarse de que se dirigía a ella. Un escalofrío recorrió su columna vertebral.

—No puedo hacerlo —musitó, arrepentida de haberle hablado a Rodrigo de su trabajo en la Casa de Socorro de Alicante durante los bombardeos.

El doctor clavó sus pupilas en ella por encima de sus lentes.

—Señorita, supongo que no es necesario que le explique lo delicado de la situación. La eficiencia y rapidez de nuestra actuación pueden determinar el futuro de este joven.

—Pero es que yo… —Aurora se sintió acorralada, trató de resistirse una última vez—. No llegué a acabar mis estudios, en realidad, ni siquiera soy enfermera.

—Ni falta que hace, por lo que veo se las arregla usted de maravilla —sentenció el doctor poniendo así fin a la discusión.

Lo que ocurrió a continuación le pareció más bien un sueño. Al principio le costó mover las manos, como si sus extremidades estuvieran adormecidas, y respondía con torpeza a las indicaciones que el doctor le iba dando. No obstante, pronto la adrenalina logró desentumecerla y recuperó su destreza superando el bloqueo. A partir de ese momento, la intervención quirúrgica fluyó sin contratiempos y al cabo de una hora aquel hombre joven, con toda una vida por delante y una hija a su cargo, tenía un muñón en lugar de mano.

—Perfecto —murmuró el médico revisando la sutura amarillenta de yodo para asegurarse de que no había quedado demasiado tensa—. Cuando despierte sentirá dolor, pero le dejaré medicación que lo ayudará a sobrellevarlo. Es muy importante que mantenga la herida limpia y seca. Volveré a verlo esta tarde.

Rodrigo, quien había permanecido durante el proceso en un extremo de la sala, recorriéndola a zancadas, asintió con gravedad.

—El anciano dijo que había acudido esta mañana a trabajar muy enfermo —se atrevió a apuntar Aurora.

—Es algo habitual entre los jornaleros —confirmó Galindo sin sorpresa.

—Pero, si no se encontraba en condiciones de trabajar, no debería haberlo hecho —insistió Aurora—, tal vez ahora conservaría las dos manos.

—Es posible. Pero cuando un día sin trabajar supone un día de jornal perdido, no hay mucho que pensar.

Aurora sintió hervir la rabia en su interior. Hubiera deseado preguntar cómo era posible algo así, pero era consciente de que aquel no era momento ni lugar para seguir indagando. Optó por no insistir.

—Joven, ha hecho un trabajo magnífico, la felicito. De no ser por usted, este hombre se habría desangrado antes de que yo hubiera llegado a tiempo de atenderlo. Y ahora, si me disculpan, tengo otros pacientes. Avísenme de cualquier novedad.

Aurora lo vio marchar con la bata blanca salpicada de manchas de sangre y sintió que le sobrevenía un vahído. Ella misma se sintió sucia y deseó con todas sus fuerzas poder asearse. Cuando las piernas le flojearon, buscó una silla y se desplomó sobre ella con la cabeza entre las manos. Trató de respirar despacio, pero la tensión acumulada empezaba a disolverse en su cuerpo, provocándole temblores.

—Sé que es la segunda vez que te lo digo hoy, pero… Gracias.

Aun estando a pocos metros, la voz de Rodrigo le llegó como si viniera de muy lejos. Aurora no respondió. Revivir la pesadilla que suponía una guerra perdida había sido aterrador. Procuró seguir concentrada en su respiración y en recuperar la calma. Inspiración, exhalación. Una vez y luego otra. Se dijo que tan solo debía seguir respirando. Nada más.

—Le debo mucho a la familia de Cosme —continuó Rodrigo, a quien por primera vez veía con la camisa arrugada y el cabello revuelto—. No quiero ni pensar en lo que podría haber pasado…

—Mirar para otro lado no borrará lo que ha ocurrido.

—¿A qué viene eso, Aurora?

—A que nada importa más que una vida, ni siquiera tu maldito vino.

Supo que había ido demasiado lejos nada más terminar de hablar, pero no había vuelta atrás. Soportó con entereza los largos segundos en los que Rodrigo la observó con una intensidad tal que sus ojos cobrizos parecían estar en llamas.

—No sabes lo que dices.

—Lo que sé es que Cosme tiene una hija, Jimena, que ya es huérfana de madre —se sobresaltó ante la crudeza de su propia voz. Aunque agotada, ya no se sentía débil. Al contrario, algo se había removido en su interior y exigía salir, insuflándole una fuerza que le permitió erguir la espalda para enfrentar la mirada de Rodrigo y así descargar en él todo el miedo y la incertidumbre acumulados—, y a punto ha estado hoy de serlo también de padre.

—No hace falta que me lo recuerdes, soy consciente de ello.

—¿Estás seguro? —espetó antes de señalar la camilla donde el herido aún no había despertado. Aurora no estaba dispuesta a callar, no esta vez—. Porque se ha quedado manco por trabajar cuando era evidente que no estaba en condiciones de hacerlo.

—¿Acaso crees que es culpa mía? —le respondió él con la mandíbula tensa.

—No lo sé, dímelo tú. —A la mente de Aurora acudieron las imágenes de la extrema sencillez con la que vivía la familia de Jimena—. ¿Es que no te das cuenta de que esta gente se deja la piel en tus tierras? ¡Es una maldita locura!

—No puedes hacerme responsable de lo que ha ocurrido hoy.

—¿Sabes? Me equivoqué contigo. Creí que eras… distinto. Pero ya veo que lo único que te importa eres tú mismo.

—¡Esto es absurdo! —bufó Rodrigo, llevándose las manos al cabello en un intento de no perder los nervios—. No tienes ni la más remota idea de quién soy o lo que me importa.

Aurora no reculó, el recuerdo de la cara aterrorizada de Jimena la espoleaba. Retó con la mirada a Rodrigo, que resopló como un toro.

—Mi padre me llevaba de la mano a conocer el *domaine* cuando yo no era más que un crío. Me hablaba de las vides con tanto amor como si fueran personas, me enseñó a agarrar los racimos para valorar su peso y su firmeza. A comprobar la sequedad producida por el siroco. A olfatear las bayas en busca del inconfundible aroma avinagrado de los hongos que pueden poner en peligro una cosecha entera. A adivinar la riqueza en azúcar solo por la forma en la que el jugo resbala entre los dedos. ¡Dios santo! ¿Y dices que no me importa? Esta gente forma parte del viñedo tanto como yo, así que sí, te juro que me importan más que mi propia vida.

A esas alturas se habían situado frente a frente, como dos gallos de pelea armados con sus espolones. Ambos habían ido subiendo el volumen hasta rebasar los límites de una conversación cordial. Aurora respiraba agitada y la sangre ajena ya seca sobre su piel le provocaba una tirantez irritante. La notable diferencia de altura la obligaba a levantar la barbilla para mirar a Rodrigo a unos ojos que

centelleaban con rabia, pero estaba decidida a no amilanarse. Él la encaraba con su habitual aplomo, tan seguro de sí mismo como siempre. Y Aurora deseó poder caminar ella también por una vida levantada sobre unos cimientos que no se tambaleaban a cada paso. La acalorada discusión los había llevado a una proximidad, a una intimidad que la incomodó. A pesar de lo furiosa que se sentía, estando a escasos centímetros, no pudo por menos que reconocer que Rodrigo desprendía un magnetismo del que era difícil abstraerse.

—Eres imposible —resopló él.

—Y tú un…

No terminó la frase, Rodrigo no se lo permitió. Con un movimiento rápido la rodeó por la cintura y la atrajo hacia sí para acallarla con un beso. Sus labios se encontraron con una furia casi dolorosa, pero no por eso se rehuyeron. Al contrario. Se buscaron con desesperación, como si con eso pudieran borrar todo lo ocurrido, como si de ello dependiera que pudieran seguir respirando. Aurora se aferró con fuerza al pecho de Rodrigo y él la estrechó todavía más contra su cuerpo. Sintió la aspereza de su mentón, su olor a uva madurada al sol, la firmeza de sus manos y, por un instante eterno en el que nada más existía, se dejó llevar.

Solo entonces Aurora pareció recobrar la cordura y se apartó con brusquedad, buscando una distancia física que le permitiera volver a pensar con claridad. Desde allí miró a Rodrigo y el fuego que adivinó en sus pupilas la estremeció.

—No he podido evitarlo… —dijo él con voz ronca—, pero tampoco me arrepiento.

Aurora no respondió. Ella tampoco lo había evitado aunque, al contrario que Rodrigo, ya había empezado a arrepentirse.

Capítulo 15

José había nacido en Cocentaina, un bonito pueblo enclavado entre la sierra de Mariola y el río Serpis, en el interior de la provincia de Alicante, pero recién cumplido su primer año sus padres emigraron a la prometedora ciudad de Orán y allí fue donde él creció y se hizo un hombre.

José era tan corriente como su propio nombre. Buen trabajador, sencillo y de confianza, a sus veinticinco años había logrado que el *patron* de la carpintería en el barrio obrero de Hussein Dey donde había empezado como aprendiz lo ascendiera a oficial al comprobar su habilidad. Le gustaba la madera. Su olor penetrante al cortarla, su tacto rugoso que podía volverse sedoso tras un buen lijado, sus diferentes tonalidades. Era moldeable pero predecible, no había sorpresas más allá del fascinante dibujo de las vetas y los nudos. Justo como a él le gustaba.

De estatura media y cuerpo algo escurrido, con el pelo castaño y unas incipientes entradas en las sienes que desafiaban abiertamente su juventud, sabía de sobra que no era guapo. Menos aún para aspirar a una belleza como la de Rocío, quien, pese a su embarazo, o quizá debido a este, resplandecía como Venus en el cielo cuando todavía no ha anochecido y el resto de estrellas no se atreven a asomar. Sin ser excepcionalmente listo, José tampoco era tonto. Sabía que debía dejar de soñar, y, sin embargo, no era capaz de hacerlo.

Desde la noche en que ella lo escondió en el cuarto de las escobas de El Jardín, José no había dejado de pensar en Rocío. Su mente regresaba una y otra vez a esos minutos compartidos y

repasaba las pocas frases que llegaron a intercambiar. Recreaba los rasgos de su rostro durante horas hasta que llegaba a dudar si tanta perfección no sería imaginada. Se quedaba embobado a cada rato y tardaba en reaccionar cuando le hablaban. Tan abstraído estaba que en apenas una semana echó a perder dos tablones de buena madera y se ganó una reprimenda de su jefe, escamado por tan repentino cambio. El día que a punto estuvo de amputarse el pulgar con la sierra, lo cogió del hombro y lo sacó del almacén. Ya lejos de cualquier superficie que pudiera arder con una chispa, le ofreció un pitillo.

—Tienes que ir a hablar con ella —le soltó su *patron* de sopetón con voz cascada de viejo fumador.

José, que solo había aceptado el cigarro por no hacerle un feo, se atragantó con el humo que le llegó a la nariz.

—No sé a quién se refiere —balbuceó.

—Vamos a ver, José, ¿cuánto llevas trabajando aquí? ¿Diez años?

—Once —se atrevió a corregirlo con tono titubeante.

—Pues eso, que ya nos vamos conociendo. Y, o le echas un par de huevos para ir a verla y le dices de una vez lo que sea que te pasa, o tú vas a acabar sin dedos y yo sin tablones de los buenos.

José supo que tenía razón. No podía seguir así. Aunque una cosa era decirlo y otra bien distinta, hacerlo. La idea de volver a El Jardín lo mortificaba, pero no tenía más alternativa ya que, aparte de su nombre, nada sabía de la joven. Hasta allí dirigió sus pasos a la hora del almuerzo con la vaga esperanza de verla entrar o salir y convencerla para que le regalase un minuto de su tiempo.

En vez de Rocío, fue Violeta quien lo descubrió vigilante ante el prostíbulo. Con su porte esbelto, su mentón alzado y esa dura coraza con la que se protegía del exterior, podía resultar intimidante para algunos hombres, más aún para los inexpertos como él. Al percatarse de que se dirigía a su encuentro con paso decidido, José hubiera deseado volatilizarse, pero una fuerza mucho más poderosa que su timidez ancló sus pies al suelo, impidiéndole moverse.

—Llevas rato rondando mi puerta con cara de perro apaleado, ¿se puede saber qué quieres?

—Buenos días —se arrancó José—, tal vez usted no me recuerde, pero…

—Nunca olvido una cara, joven.

—Bien, pues el caso es que yo venía a…

Violeta parpadeó y lo observó con fijeza, pero no dijo nada. Desde luego, no parecía dispuesta a ponérselo fácil. José se armó de valor.

—Busco a Rocío.

Silencio. El único signo de que ella lo había escuchado fue un leve alzamiento de la ceja derecha, impecablemente perfilada. Incapaz de sostener su mirada, cuando volvió a hablar, José lo hizo con la vista clavada en sus zapatos, de los que, por mucho que se esforzara, nunca desaparecían del todo los restos de serrín.

—Es una chica preciosa con el pelo claro y los ojos como la miel. Está en estado de buena esperanza y…

—Sé quién es Rocío —lo interrumpió sin delicadeza—. Lo que aún no me has aclarado es qué haces tú aquí preguntando por ella.

José no pudo aguantar más la tensión. Se vino abajo y, sin ser esa su intención, acabó confesándole a trompicones su irrefrenable amor por la joven desde el día que la conoció, su obsesión día y noche, hasta mencionó sus accidentes laborales.

—¿Me estás diciendo que, si no te ayudo —respondió la madama—, seré la responsable de que te quedes manco?

Agradeció con una sonrisa que Violeta no le hubiera dado con la puerta en las narices. Supuso que, dado su oficio, lo suyo no sería lo más extraño que un hombre le había llegado a revelar. No se equivocaba.

—Mira, Rocío no vendrá hasta más tarde, pero esto es un negocio y no me gusta mezclar churros con merinas, así que te voy a decir dónde vive tu damisela. Luego vas y te declaras en condiciones, porque déjame decirte que, como le sueltes la sarta de sandeces

que me has contado a mí, va a pensar que eres medio lelo… o lelo entero.

—¿De verdad hará eso por mí? —exclamó entusiasmado—. ¡Le estaré eternamente agradecido!

—Mejor no me agradezcas nada todavía —lo cortó—. Yo solo te digo dónde encontrarla, lo que pase después ya no es cosa mía.

José se alejó de El Jardín con el corazón bailándole en la garganta. Estaba a punto de volver a ver a la mujer que le había robado la cordura para, nada menos, confesarle sus sentimientos. Tal vez fuera aquel el día más decisivo de toda su vida.

* * *

Rocío estaba de mal humor. Se había levantado con los pies hinchados y un insoportable ardor trepándole por el esófago. María, la enfermera, le había recomendado que pusiera los pies en alto, incluso había tenido la amabilidad de prepararle una infusión de jengibre para la acidez. Con todo, ninguno de sus intentos había logrado mejorar su estado de ánimo y deambuló la mañana por la casa refunfuñando por lo bajo y quejándose por todo. Cualquier cosa la irritaba: el calor, las escaleras o los cordones de los zapatos.

—¡Perfecto, tampoco quedan dátiles! ¿Cómo se supone entonces que voy a quitarme este sabor a jengibre que llevo pegado a la lengua?

Con el paso de las semanas Estrella había desarrollado un intuitivo talento para detectar cuándo Rocío no tenía un buen día. La ocasión le proporcionó la excusa perfecta para quitarse de en medio y esquivar el chaparrón.

—Salgo ahora mismo a comprar un puñado —anunció, cogiendo su monedero para comprobar su contenido.

—¿En serio te vas a ir y dejarme aquí sola?

—¡No tardo! —mintió Estrella bajando ya el primer tramo de escaleras, pues tenía intención de demorarse todo lo posible antes

de volver junto a aquel ser diabólico que se había apoderado de la que hasta hacía no mucho había sido su dulce y razonable hermana.

Rocío se dejó caer con un resoplido de hastío en la silla que había arrimado a la ventana en un intento de aprovechar cualquier mínima brisa de aire. Se estudió los tobillos por enésima vez y lanzó un bufido exasperado.

—A este paso, para cuando dé a luz voy a parecer un elefante —protestó sin importarle que no hubiera nadie para escucharla—. Solo espero que luego vuelvan a su tamaño.

El doctor Rafael, que seguía la evolución de su embarazo, ya le había asegurado que así sería, que todo su cuerpo volvería, si no a ser exactamente como antes, al menos bastante parecido. Pero a esas alturas ella empezaba a dudarlo seriamente. Dispuesta a esperar el regreso de Estrella, agarró un ejemplar de *L'Écho d'Oran* que su hermana compraba los domingos sin importarle que los idiomas no fueran su fuerte y apenas lograra comprender algunas palabras sueltas, para abanicarse con desgana mientras se entretenía observando el ir y venir de la gente que caminaba por la calle. Ahí lo vio.

Al principio dudó de si no se estaría confundiendo. Al fin y al cabo, tan solo habían coincidido en una ocasión y la mayor parte del tiempo había sido a oscuras en el cuarto de las escobas. Entornó los ojos y se fijó con atención. José, porque, muy a su pesar, recordaba su nombre perfectamente, se movía entre la multitud como un bailarín: lo mismo daba un paso a la derecha seguido de dos a la izquierda, que hacía un pequeño giro sobre sí mismo y volvía a su posición, todo en un esfuerzo por esquivar el trajín de transeúntes para proteger algo contra su pecho. Era un ramo de flores.

—Pero ¿qué diantres…? —Rocío no salía de su asombro.

José avanzaba con una mezcla de torpeza y determinación, entre aguadores y sus tinajas, burros con alforjas rebosantes, mujeres vaporosas vestidas de blanco de los pies a la cabeza, hombres con fardos de leña para las cocinas en equilibrio sobre los turbantes de sus cabezas y cabras tercas que avanzaban a tirones de sus dueños.

Lo hizo durante varios metros, hasta que se detuvo frente a su portal. Lo vio intercambiar unas palabras con Rafael, que en esos instantes despedía a un paciente a pie de calle, y cómo ambos miraban hacia arriba después de que el médico señalara con el brazo la primera planta.

—No puede ser —musitó Rocío separándose con brusquedad de la ventana con la esperanza de que no hubieran llegado a descubrirla.

El corazón le martilleaba con fuerza en el pecho a la vez que decenas de preguntas lo hacían en su cabeza. ¿Qué hacía allí José? No lo hubiera reconocido ni para sí misma, pero la verdad era que había pensado en él en varias ocasiones desde la noche en que lo ayudara a escabullirse de los abrazos de Dalia. En realidad, no sabía muy bien por qué, pero el recuerdo de aquel joven tímido cuyos amigos lo habían arrastrado hasta El Jardín siempre le sacaba una sonrisa. Aunque una cosa era que le rondara la cabeza y otra muy distinta que estuviera subiendo su escalera. ¡Dios mío! ¿Eran sus pasos los que se escuchaban? Cerró los ojos y pidió que no fuera más que una mala pasada de su vista afectada también por el embarazo. Unos suaves golpes en la puerta le confirmaron que sus ojos eran de las pocas cosas que seguían funcionando a la perfección.

—¿Se puede saber qué haces tú aquí?

Al otro lado del umbral José se quedó plantado con la sonrisa congelada en los labios ante la brusquedad del recibimiento. Cierto que no esperaba que Rocío lo acogiera con los brazos abiertos, pero semejante hostilidad lo pilló desprevenido.

—Ho-o-ola, yo… pues s-s-solo quería… —Al igual que el día que se conocieron, tartamudeó durante los primeros segundos, los que necesitó para aclararse la garganta y sus pensamientos—. He pensado que te gustarían.

Estiró el brazo derecho y le ofreció el ramo de margaritas que había comprado por el camino a una anciana coja, convencido de

que era una idea fabulosa, aunque ahora le empezara a parecer todo lo contrario.

—Hace bastante calor —se excusó por el aspecto algo mustio de las flores.

—No me digas.

Rocío no pretendía ser desagradable. O quizá sí. Lo que tenía claro era que no quería saber nada de hombres. De ninguno. Los hombres eran los responsables de su situación. Ellos habían empezado una guerra, ellos habían decidido quiénes la perdían, ellos eran quienes habían abusado de ella y de tantas, tantísimas otras. Los hombres habían conseguido separarlas y que ahora no supieran dónde estaba su hermana Aurora, o si seguía con vida. Ellos eran los culpables de todo: de su soledad, de sus miedos, de sus ausencias y de sus miserias. Y José, por más que tuviera cara de pardillo, era un hombre.

—¿Has venido hasta aquí solo para quedarte plantado como un pasmarote? —lo acució. Y es que todo el mundo sabe que, si no quieres que te hieran, siempre es mejor herir primero.

La actitud de Rocío no hizo retroceder a José, al contrario. Se irguió y aún con el ramo en la mano después de que ella no hiciera amago de cogerlo, respondió con las palabras saliéndole a borbotones de entre los labios.

—He venido a decirte que no dejo de pensar en ti.

Ahí estaba. Violeta le había sugerido que se declarara en condiciones y él había llegado a la conclusión de que no podía haber mejor forma de hacerlo que con la verdad. Y su verdad era esa: que la recordaba a todas horas hasta el punto de creer que iba a perder la cabeza, si es que no lo había hecho ya.

—¿Y qué se supone que debo responder yo a eso?

—No lo sé, pero creí que debías saberlo.

—Muy bien, pues ya lo sé. Ahora puedes marcharte por donde has venido.

—¿Ya está?

—¿Qué quieres decir con «ya está»?

—Pues que le echo el valor de ir a hablar con Violeta, me decido a venir, te compro flores por el camino, me sincero acerca de cómo me siento… ¿y eso es lo único que me respondes? —inquirió tan perplejo como dolido—. ¿Que me vaya por donde he venido?

—Mira, yo no te he pedido que hicieras todo eso, así que no te debo nada.

—No me debes nada, eso es cierto —admitió con los hombros y el ánimo hundidos—, pero hubiera agradecido al menos un poco de amabilidad.

—Fui amable el día que nos conocimos y mira a lo que me ha llevado.

—No era mi intención molestarte.

—Pues lo has hecho. Me equivoqué ayudándote, debí dejarte que te las apañaras con Dalia o con tus amigos. No era asunto mío. ¡Tú no eres asunto mío!

José no contestó. Se limitó a lanzarle una última mirada desolada, negar con la cabeza y darse media vuelta. Al bajar las escaleras se cruzó con Estrella y su támara de dátiles pero ni siquiera reparó en su presencia. Rocío, de nuevo asomada a la ventana, lo vio salir y girar a la izquierda. También cómo lanzaba al suelo el ramo de margaritas.

—¿No crees que has sido demasiado dura? —le preguntó Estrella a su espalda.

—¿Ahora resulta que te dedicas a espiarme? —contraatacó Rocío, que volcó con su hermana la rabia que en esos instantes sentía consigo misma.

—Sabes que no —rebatió Estrella, haciendo un verdadero esfuerzo por no perder la paciencia—. He vuelto mientras ese chico ya estaba hablando contigo, me he quedado en la escalera para no interrumpir y no he podido evitar escuchar parte de la conversación.

—Pues si no sabes la historia completa, mejor no te entrometas.

Como un torbellino, Rocío abandonó el salón para encerrarse en el dormitorio, dejando tras de sí el eco de un buen portazo. El ambiente allí dentro era más fresco que en el resto de la casa

porque mantenían la contraventana cerrada durante el día y la abrían solo de noche. Se sentó al borde de la cama que compartía con su hermana y se sintió agotada de repente.

Lloró en silencio sin molestarse en secarse las lágrimas que rodaban libremente por sus mejillas para aterrizar en su barriga. Se preguntó si el bebé sabría que su madre estaba llorando. Pensar en su criatura le dio fuerzas. Era el motivo por el cual seguir luchando, por el que no podía permitirse flaquear. No hacía falta que naciera para que lo quisiera con todo su ser. Y estaba dispuesta a hacer cualquier cosa con tal de protegerlo. Lo que empezaba por seguir alejada de los hombres, tal y como se había propuesto al abandonar Alicante. No podía hacer excepciones, se dijo, y su mano viajó hasta la altura de su ombligo, o su coraza empezaría a resquebrajarse y eso solo podía suponer más sufrimiento.

* * *

Estrella hacía todo lo posible por contentar a su hermana, aun a sabiendas de que era imposible. De la joven cándida y dócil que había sido quedaba tan poco que apenas si lograba reconocerla. Hubiera resultado fácil culpar al embarazo de la metamorfosis producida en Rocío, pero si se detenía un instante a repasar los cambios que había sufrido su vida en los últimos meses, no le extrañaría que su melliza no fuera la misma. De hecho, Estrella tampoco lo era.

Con esos sombríos pensamientos sobrevolando su cabeza, decidió matar el tiempo que le quedaba hasta la hora de ir a la relojería. El día anterior su hermana se había quejado de que la vieja radio estaba rota y pensó que si conseguía arreglarla, sería una buena forma de que el estado de ánimo de Rocío remontara. O al menos valía la pena intentarlo. Suspiró y se puso a ello.

Disfrutaba manipulando, desmontando mecanismos y volviéndolos a montar. Formaba parte de su naturaleza. Por eso pasó la siguiente media hora concentrada en descubrir que una tuerca se

había atascado, impidiendo que el dial girara cuando accionaba la rueda correspondiente. Probó a soltarla con los dedos, pero el espacio era demasiado angosto y maldijo por lo bajo. Se acordó de una aguja larga y fina que su hermana guardaba en una cajita de latón junto al resto de los útiles de costura. Con un poco de suerte podría dejarla funcionando para cuando Rocío se levantara, sería una agradable sorpresa.

Estrella no había dado una sola puntada en su vida, pero recordaba que Rocío solía guardar la cajita al fondo del cajón de la cómoda de la entrada. Levantó la tapa abollada y fue apartando con avidez botones, bobinas de hilos de diferentes colores, un dedal… hasta que descubrió un pequeño pañuelo plegado sobre sí mismo. Al moverlo, algo se deslizó de su interior. Algo que le cortó la respiración como si hubiera recibido un golpe en la boca del estómago.

Se vio en la necesidad de sentarse, con la visión borrosa. No fue consciente de que eran sus propias lágrimas las que le impedían ver con claridad hasta que estas empaparon el pañuelo que aún sostenía en una mano. En la otra, dentro de su puño cerrado con fuerza, estaba el último objeto que esperaba encontrar. Parpadeó varias veces y fue capaz de enfocar sus pupilas de nuevo. Solo entonces, bajó la mirada y aflojó uno a uno sus dedos.

No, no se había equivocado. Aquel colgante compuesto por las saetas de un reloj formando las diez y diez era imposible de confundir. Lo había hecho su propio padre para ella, se lo había regalado cuando la vida todavía les sonreía. Era un símbolo del amor de ambos por su profesión. Pero, sobre todo, lo era del amor que sintiera su padre por ella.

—No puede ser… —musitó confusa.

Estrella mejor que nadie sabía que no podía tenerlo entre sus dedos por una sencilla razón: ella misma se lo había entregado a otra persona cuando la guerra separó sus caminos.

Tembló al pensar en Olvido. Hacía mucho que no se permitía siquiera pronunciar su nombre porque hacerlo la sumía en un estado

de melancolía que tardaba días, a veces semanas, en abandonar. Sin embargo, ahora aquel colgante la traía de vuelta, o al menos su recuerdo. Y lo hacía con tanta intensidad que dolía. Dolía mucho.

Estrella cerró los ojos para abandonarse al sabor a limón y tabaco rubio que, sin permiso, se había instalado en su paladar. Aquel era el sabor de Olvido, se lo había dejado grabado con un fugaz beso que, habiendo durado apenas unos pocos segundos, se las había arreglado para permanecer eterno en su memoria. Al evocar el roce de los labios de quien fue su más íntima amiga durante la guerra, Estrella sintió que el pulso se le aceleraba como si lo estuviera viviendo por primera vez. Y es que, por mucho tiempo que hubiera pasado desde su despedida, los sentimientos que aquella impetuosa joven pelirroja le provocaba no se habían marchitado. Aunque estuviera muerta. Porque debía de estarlo, no había otra opción, se repitió por enésima vez desde que recibiera su última carta desde el frente justo antes de la matanza que fue la batalla del Ebro, a la que siguió un terrible e implacable silencio. Un silencio que gritaba una ausencia tan definitiva que le rompió el corazón.

Ahuyentó esos pensamientos y volvió a fijar la vista en el colgante. ¿Qué hacía allí, a un mar de distancia del lugar donde lo vio por última vez? ¿Cómo podía estar de nuevo entre sus dedos? Las preguntas se superponían sin que llegara a imaginar respuestas para ninguna de ellas. Y, de entre todas, hubo una que martilleaba su mente con especial insistencia. ¿Por qué lo tenía escondido Rocío en la caja de costura, el último lugar donde se suponía que ella iba a mirar?

Devolvió su atención al pañuelo que había envuelto aquel preciado tesoro y lo estudió con detenimiento. Frunció el ceño. En una esquina de aquel trozo de tela distinguió, bordada con hilo violeta, una flor que no supo identificar. En la opuesta, solo dos palabras que lo cambiaban todo: «El Jardín».

Acababa de descubrir dónde debía acudir en busca de esas respuestas que llevaba años anhelando. Solo necesitaba valor para afrontarlas. Fuesen las que fuesen.

Capítulo 16

Aurora se mortificaba día y noche. Su intención al huir con sus hermanas a Orán había sido la de empezar de cero, perseguir esa oportunidad que la vida parecía escamotearles, aunque por el momento había conseguido justo lo contrario. Aquel país la retaba cada nuevo día, en cada esquina, tras cada mezquita. A veces diría que trataba de seducirla alardeando de la belleza de sus paisajes abrumadores, de los atardeceres de mil colores, de las mujeres de manos adornadas con alheña y vestidas con jaiques blancos que refulgían al sol, mientras que otras le volvía la espalda para desvelarse indomable, caprichoso y despiadado.

Tampoco ayudaba a aplacar su congoja el recuerdo del beso que le había robado Rodrigo Moragues, un recuerdo que martilleaba su conciencia sin descanso desde entonces. Se repetía que había sucumbido a causa de la soledad que la asfixiaba desde su llegada a Argelia, y procuró obviar el cosquilleo en el estómago que le había producido descubrir el sabor de sus labios, decidida a que no volviera a ocurrir. Su acercamiento en el Soleil d'Oran había sido un error de dimensiones colosales. Por suerte, poco después de aquello, la señora Sagrario anunció su regreso a la ciudad. Las obligaciones de Rodrigo lo retuvieron en el viñedo, por lo que su rutina volvió a su tensa normalidad.

La calma duró hasta que Manuela, al tanto de su colaboración con el médico tras el incidente en el *domaine,* acudió una mañana en su busca.

—Ay, Aurora, corre —le dijo sin resuello por el sofoco—. Tienes que ir a ayudar a Consuelito, que se ha caído redonda y se ha

golpeado contra la pila.

No tuvo tiempo de protestar ni de preguntar quién era Consuelito. Manuela la arrastró un par de puertas a la derecha en la misma *place* de la Bastille, donde entraron sin llamar. Allí encontró a la cocinera de los vecinos hecha un manojo de nervios, estrujando una esquina de su delantal.

—Si es que no gana una para disgustos. Su primer día de trabajo y nos monta este circo, ¿a quién se le ocurre?

La cocinera amonestaba a una joven que permanecía recostada en una silla con las piernas en alto en otra. Estaba muy pálida pero consciente. Con la mano derecha apretaba un paño contra su nariz mientras que con la izquierda hacía lo propio en la parte occipital de su cabeza.

—¡Dios santo, esto es una desgracia! —continuaba la cocinera con su retahíla—. No le bastaba con desmayarse, que encima va y se parte la crisma.

—Necesitaré examinarla —interrumpió Aurora para después lanzarle una elocuente mirada—… y algo de silencio.

La otra enmudeció al instante y, ofendida, abandonó la estancia acompañada por Manuela. Aurora advirtió un amago de sonrisa en el rostro de Consuelito.

—Esa mujer es peor que un colchón con chinches.

—Eso me ha parecido —corroboró devolviéndole el gesto—. Me llamo Aurora y voy a echarte un vistazo.

Consuelito había tenido mala suerte, el mareo no había sido tanto como la caída contra el fregadero. El primer golpe se lo llevó en la nariz, pero de propina se había dado un segundo al caer hacia atrás al suelo. Durante los siguientes minutos Aurora revisó ambas heridas. La más aparatosa a simple vista era la del tabique nasal, donde además de la hinchazón se apreciaba un corte que sangraba en abundancia. Con delicadeza le lavó la sangre y comprobó que iba a necesitar algunos puntos de sutura. Gracias a las indicaciones de la joven encontró unas pinzas, aguja e hilo en uno de los cajones de la cocina y dio las puntadas tras desinfectarlo todo con esmero.

—Una cosa menos —anunció—. La nariz no está rota, pero me temo que te quedará una bonita cicatriz.

Consuelito cabeceó con resignación. A continuación, y aunque el golpe de la cabeza no parecía ser más que un buen chichón, Aurora comprobó su pulso y observó sus pupilas.

—Dime tu nombre completo.

—Consuelito Ferrández Lorenzo, para servirla.

—¿A qué día estamos?

—Jueves, 30 de mayo. Y como te veo algo desorientada, añadiré que son las… —añadió, pasando al tuteo con naturalidad al tiempo que se giraba para ver el reloj sobre la alacena— doce menos cuarto.

Aurora sonrió, la joven no solo no tenía signos de conmoción, sino que además no había perdido el sentido del humor. Eran buenas noticias.

—Si en las próximas horas notas somnolencia, dolor fuerte o presión en la cabeza, tendrás que acudir al hospital de inmediato. Y ten en cuenta que yo solo soy enfermera, realmente ni eso. En la mayoría de los casos los desvanecimientos repentinos no revisten mayor importancia, como cuando hay una bajada de tensión, por ejemplo, pero a veces pueden ser un síntoma de que algo más grave está ocurriendo. Así que mi recomendación es que no lo dejes pasar y visites a un médico, sería conveniente averiguar por qué has perdido hoy el conocimiento.

—Para eso no necesito ningún médico. —Consuelito suspiró y, después de comprobar que la puerta seguía cerrada y no había ni rastro de la cocinera, clavó sus ojos negros en Aurora—. Estoy embarazada.

Aurora lanzó una rápida mirada a aquel vientre aún plano y su mente la llevó inevitablemente a su hermana Rocío. A esas alturas a ella ya se le notaría y deseó con ardiente intensidad que se encontrara bien. La voz de Consuelito la trajo de vuelta de sus divagaciones.

—Por eso he empezado a trabajar aquí, ¿sabes? —explicó—. Quiero ahorrar dinero para volverme con mi familia, que sigue en Castellón. Ahí vivía yo también hasta que me enamoré de uno de la CNT. Imagínate el disgusto de mi padre, que es más falangista que el mismísimo José Antonio. Cuando las cosas se pusieron feas en el 39, mi novio se vino pitando para acá, y yo detrás, claro. Si ya me lo decía mi madre, que a veces parece que me haya caído de un guindo. Y vaya si tenía razón, porque el novio me ha salido rana, ya ves. Después de preñarme no ha querido saber del asunto y plantada con el bombo que me he quedado. Por eso quiero volverme para casa. Que los míos serán muy de misa diaria, pero en cuanto se han enterado de lo ocurrido, me han asegurado que me esperan con los brazos abiertos.

—Lo siento mucho.

—Qué va —le restó importancia Consuelito—. Si ya me había hartado yo de esta ciudad, no creas. Mi padre, que me ha perdonado hasta lo del novio anarquista, ha insistido en mandarme el dinero para el pasaje de vuelta. Pero una tiene su orgullo y le he dicho que de eso nada. Igual que me las apañé para venir, me las puedo apañar para volver. Por eso me busqué este trabajo, con tan mala suerte que casi me descalabro en el primer día.

—Afortunadamente, se ha quedado en un casi.

Consuelito quiso reír, pero el gesto le tiró de los puntos.

—Ay, me duele la nariz. ¿Tengo muy mal aspecto?

Como toda contestación, Aurora le acercó un pequeño espejo de mano que había visto en el mismo cajón del que sacó los útiles de costura.

—¡Dios mío! —se escandalizó al descubrir el costurón de hilos negros que le cruzaba una nariz tan inflamada que parecía un boniato. La hemorragia que había empezado a extenderse bajo los párpados, oscureciéndolos, tampoco ayudaba a mejorar el aspecto—. El director se va a poner hecho una furia.

Aurora no tenía idea de a qué se refería, así que Consuelito siguió hablando.

—Había conseguido otro empleo, ya te he dicho que tengo ganas de volver a Castellón y con dos trabajos conseguiré el dinero mucho antes —aclaró—. El domingo se estrena obra en el Alhambra. Yo solo soy figurante, pero con esta pinta el director no me va a dejar acercarme al escenario… —Volvió a echar un vistazo al espejo compungida—. Esto no hay maquillaje que lo arregle.

—Me temo que de aquí al domingo no estarás en condiciones de actuar. Ten en cuenta que, además de lo que se ve a simple vista, te has llevado un buen golpe en la cabeza y necesitas reposo. Tendrán que buscar a otra persona.

Consuelito bufó contrariada, aquello retrasaba sus planes para volver a casa. Aun comprendiendo su frustración, Aurora no podía hacer nada por ayudarla. Entonces la muchacha se volvió hacia ella y la estudió durante unos instantes.

—Oye, tú y yo tenemos más o menos la misma talla, ¿verdad? —Aurora parpadeó confusa sin terminar de comprender—. ¿Por qué no actúas tú en mi lugar?

—¡Qué dices! Si yo no me he subido a un escenario en mi vida —rebatió atónita.

—Oh, tranquila, no es tanto como parece. Al otro lado todo está oscuro y ni siquiera ves a la gente… Bueno, eso dicen. Pero ya te he contado que solo soy figurante y no abro la boca, sencillamente hay que estar ahí, si acaso moverse un poco y fuera. ¡Si está chupado!

—Olvidas que yo también tengo una cicatriz —apuntó señalándose la fina media luna que arrancaba en la comisura derecha para alcanzarle la mejilla.

—Vamos, no compares. La tuya se disimula con un toque de maquillaje, lo mío, en cambio, no tiene arreglo.

—Que te digo que no —repitió Aurora sacudiendo la cabeza de lado a lado—, que eso no es para mí.

—Sería solo este domingo, seguro que para el siguiente ya estoy recuperada. Pero si luego resulta que te gusta, podemos hablar con el director. Eres guapa, seguro que encuentra algún papel para ti

—rogó Consuelito, quien, pensó Aurora, estaría embarazada como Rocío, pero era tozuda como Estrella—. Al menos piénsatelo.

Poco después, Aurora se despedía de Consuelito prometiendo que lo pensaría, aun cuando no tenía intención alguna de hacerlo. Nunca hubiera imaginado que iba a acabar aceptando aquella locura de propuesta. Ni cómo esa decisión le cambiaría la vida.

* * *

La misma noche de su regreso a la ciudad, Rodrigo acudió al Grand Hôtel de la *place* de la Bastille. El camarero del bar conocía bien sus gustos, por eso no necesitó más que un leve gesto para que este le sirviera un Rémy Martin. Se acomodó en la mesa más retirada para disfrutar de su carácter armonioso y perfumado con ese punto anguloso y ácido con calma. Calma, eso era justo lo que necesitaba.

Empezaba a verle el fondo al vaso cuando miró el reloj, su cita se retrasaba.

—Vamos, Bernabé, no me vayas a dejar tirado ahora.

Durante los casi tres años de guerra civil, Bernabé Toca y Lastra había llevado a cabo una intensa labor propagandística a favor de Franco y de su Glorioso Movimiento Nacional en Suiza. Gracias a su posicionamiento como país no beligerante, Bernabé disfrutó de algunos privilegios diplomáticos en Berna, incluidas largas noches de cabaret y desenfreno. Con la victoria en abril de 1939, fue nombrado cónsul español en Orán y hasta allí trasladó sus jaranas nocturnas, junto con su afición por tocarle las narices a quien le venía en gana. La preocupación del cónsul por sus compatriotas en el norte de África era incuestionable y quedaba patente en las constantes protestas que elevaba al mismísimo gobernador general Abrial con una insistencia capaz de irritar al más templado. Resultó que, donde la mayoría solo veía un estorbo, él veía personas. Con sus más y sus menos, Rodrigo Moragues había descubierto pronto en él a un hombre recto, dotado de una ética y humanidad admirables, con

quien sintió una inmediata afinidad. Y, sobre todo, un aliado al que recurrir para averiguar qué había sido de las hermanas de Aurora.

Acababa de pedir una segunda copa cuando lo vio aparecer.

—Buenas noches, señor Moragues.

—Rodrigo, por favor. ¿Qué le pido?

—Lo mismo que usted esté tomando estará bien. Y si no tiene inconveniente, me sentiría más cómodo si apeáramos el tratamiento.

—Me parece perfecto.

Una vez el camarero se hizo cargo de la comanda, Rodrigo abordó el asunto que los había reunido.

—Y bien, ¿las has encontrado?

Bernabé sonrió.

—Las he encontrado. Están en Argel, te he apuntado la dirección.

Gracias a su amplia red de contactos, el cónsul no había tenido dificultad en localizar a la mujer que se había llevado a Estrella y Rocío del albergue. Deslizó sobre la mesa una cuartilla plegada sobre sí misma que Rodrigo atrapó consciente de que lo que había escrito ahí dentro era cuanto Aurora ansiaba.

—Agradezco que te hayas ocupado de este asunto con celeridad.

—No todos los días puede uno echar una mano a un compatriota tan ilustre.

—Olvidas que soy francés.

El gesto de Bernabé fue ambiguo.

—Puede que en los papeles, sí.

Rodrigo se tomó unos instantes para responder.

—Ya te dije que soy un hombre agradecido —expuso tamborileando con los dedos sobre la mesa—. Si hay algo en lo que te pueda ayudar…

—Lo cierto es que sí. —Bernabé sacó una pitillera y le ofreció. Luego ambos se entretuvieron unos segundos en prender los cigarros y exhalar el humo—. Supongo que habrás oído hablar de Hadjerat M'Guil, Bou Arfa, Cherchell…

—Los campos del desierto —cortó Rodrigo, demostrando que estaba al tanto.

—Entonces sabrás que muchos de los presos que envían allí son españoles —Bernabé se detuvo a la espera de un cabeceo de asentimiento de su interlocutor—. Pues creo que ha llegado el momento de coger ese morlaco por los cuernos.

—¿Y cómo piensas hacerlo?

—Con tu ayuda, Rodrigo.

Clavó su mirada en el cónsul, calibrando hasta dónde podía confiar, hasta dónde le pediría que arriesgase. También hasta dónde estaría dispuesto a llegar él.

—Te escucho.

—Antes de nada, debes saber que lo que te voy a pedir se sale de cualquier canal oficial —aclaró Bernabé Toca—. Esto es, por decirlo de algún modo, de carácter privado. Más teniendo en cuenta cómo están las cosas.

Rodrigo supo a qué se refería, la situación estaba por cambiar y no precisamente para mejor. La guerra llamaba a las puertas de la joya del imperio y nada ni nadie impediría que acabase por entrar.

—Comprendo.

—Si decides seguir adelante, sabes que te juegas mucho.

—Con mucho te refieres a…

—A todo.

Durante unos instantes, Rodrigo jugueteó con el papel doblado que albergaba una dirección de Argel. No pudo dejar de preguntarse si valía la pena. Aún podía devolvérselo al cónsul, hacer como si nada de aquello hubiera sucedido. Desde luego, eso sería lo más inteligente.

Pero aquel beso…

Había tratado de aclarar las cosas después de lo ocurrido en el viñedo, pero Aurora se empeñaba en esquivarlo. «No hagamos las cosas más difíciles», le había pedido. Difícil. No había mejor palabra que definiera lo que fuera que había entre ellos. Provenían de mundos distintos, de realidades opuestas. Acercar esos extremos resultaba del todo imposible. Por eso mismo lo más difícil que

Rodrigo había hecho era tratar de no pensar en aquel maldito beso a cada instante.

La aparición de Aurora en su vida había desatado una marejada en la que ahora trataba de mantenerse a flote. No eran tiempos aquellos para escarceos ni romances. Con todo, durante su acalorada discusión en el Soleil d'Oran, había comprendido que de algún modo ella había abierto una grieta en su impecable fachada que le había permitido asomarse a los claroscuros con los que se conformaba su espíritu. Por primera vez Rodrigo fue consciente de su propia fragilidad.

Volvía a verle el fondo al vaso y seguía sin encontrar algo que se asemejara al sosiego. Apuró el último trago y desde donde estaba pidió otro al camarero.

—Cuenta conmigo —afirmó, guardándose el papel en el bolsillo.

* * *

El estómago del revés y las piernas blandas. Eso era lo que sentía Aurora cada vez que intuía la presencia de Rodrigo en la casa. Se había convertido en una experta en hacer requiebros: cada vez que lo escuchaba acercarse por el pasillo, se escabullía en alguna habitación; si sabía que se encontraba en el comedor, pasaba de puntillas por la puerta; si se detenía a conversar con su madre junto a la pajarera, ella contenía el aliento en el cuarto de la plancha. La enfurecía descubrirse a sí misma aspirando con anhelo aquel olor a uva madura y tierra seca que quedaba flotando largo rato en el aire de una estancia en la que él hubiera estado.

Su proximidad la turbaba y se aferraba al recuerdo de Martín a fin de encontrar la fuerza de voluntad necesaria para mantener la cabeza fría. Rodrigo era tan diferente, tan altivo, tan seguro de sí mismo, tan abrumador en las distancias cortas… Y a pesar de ello, o precisamente tal vez a causa de ello, le resultaba complicado no dejarse arrastrar por aquella electricidad que le erizaba el vello al saberse observada por sus ojos cobrizos.

Fue entonces cuando Aurora tomó la decisión de abandonar la casa de los Moragues. No podía continuar con el alma en vilo por si se cruzaba a Rodrigo al mismo tiempo que luchaba consigo misma contra el deseo de que así fuera. Aquella contradicción la mantenía exhausta y no podía permitirse derrochar una energía que debía concentrar por entero en localizar a Estrella y Rocío. De pronto, la alocada propuesta que Consuelito le había hecho un par de días atrás dejó de parecerle descabellada para considerarla un regalo caído del cielo que le permitiría seguir costeando sus gastos en la pensión de doña Tecla.

—Siempre tendrás un lugar en esta casa —se había despedido con verdadero pesar la señora Sagrario, sin disimular cuánto la apreciaba—. Si, Dios no lo quiera, las cosas se tuercen, no olvides que aquí encontrarás las puertas abiertas.

Aurora agradeció de corazón sus palabras. La señora de Moragues la había tratado con amabilidad desde el primer día y ella había llegado a sentir un sincero afecto por aquella mujer de carácter estrafalario y memoria olvidadiza que hablaba con los pájaros para no pensar en cuánto le faltaba su marido. Por el destello en su inteligente mirada al despedirla, hubiera dicho que Sagrario intuía que su hijo tenía algo que ver con su precipitada marcha. Por suerte, fue lo bastante prudente como para evitar hacer preguntas indiscretas. Manuela la aplastó entre sus pechos y le hizo prometer que volvería aunque fuera de visita. Aurora, que temía no ser capaz de contener la emoción de la despedida, le prometió hacerlo más pronto que tarde. Luego dejó a la buena mujer enfrascada en la cocina y se dirigió hacia la salida con paso ligero. No veía el momento de estar lejos de aquella casa. O, mejor dicho, lejos de Rodrigo Moragues.

—¿Qué es esto de que el servicio corra por la casa? *Quel manque de politesse !* Desde luego, *chéri,* no sé cómo lo soportáis.

No pudo evitar tropezárselos junto a la gran pajarera. Delphine iba del brazo de su prometido, innegablemente bella en su vaporoso vestido de hombros descubiertos.

—No se preocupe usted —por primera vez Aurora se permitió darse el gusto de responder—, que no van a tener que soportar mi falta de modales ni un día más.

Delphine parpadeó confusa, pero Rodrigo captó de inmediato el mensaje.

—Te vas.

Aurora asintió, atreviéndose a sostenerle la mirada. Durante unos segundos, aquel pulso silencioso los hizo sentirse de nuevo a solas, como si la prometida de Rodrigo no estuviera allí. Aurora tuvo la certeza de que de haber sido así, él la habría besado. Y, lo que era aún peor, ella no hubiera tenido fuerzas para resistirse.

—Oh, *chéri,* no seas dramático —intervino Delphine reconduciendo la conversación—. ¡Será por criadas! Hay muchas disponibles en la ciudad, y apuesto que mejores. Claro que para eso tampoco hace falta demasiado, todo sea dicho.

No era difícil intuir que la francesa se sabía victoriosa, después de todo, había conseguido lo que tanto ansiaba: deshacerse de su presencia. Casi podía verla relamerse de placer ante la noticia.

—Vamos, no perdamos más el tiempo —lo instó Delphine tirándolo del brazo—. Tenemos mesa reservada en el Guillaume Tell en media hora y antes quiero saludar a tu madre. Ya sabes cuánto detesto la impuntualidad.

Rodrigo aún se resistió unos instantes a avanzar, incapaz de descolgarse de los ojos de Aurora, pero su prometida lo apremió. Los vio pasar a su lado y rodear después la gran pajarera. Justo antes de perderlos de vista, Delphine Blanchard se volvió un segundo, lo justo para dirigirle una sonrisa afilada como puntilla a su triunfo.

Ignorando la provocación, Aurora se encaminó hacia la salida con el corazón encabritado. Lo único que necesitaba era alejarse de esa casa y de Rodrigo. Lo que ocurriera después era todo un interrogante.

Capítulo 17

Estrella se detuvo ante la puerta del final del pasillo con el corazón desbocado. El sudor que humedecía su espalda nada tenía que ver con el calor de la primavera argelina. Hizo un esfuerzo por calmarse. Necesitaba estar serena para enfrentarse a lo que fuera que hubiera al otro lado. O, mejor dicho, a «quien» hubiera al otro lado.

Había llegado a El Jardín al mediodía, lo que le daba un cómodo margen hasta que los primeros clientes llegaran en busca de su ración de placer. El primer encuentro con Violeta había sido algo brusco. Cuando le mostró el pañuelo bordado ni siquiera despegó los labios. Estrella debió recurrir a sus mejores argumentos para convencerla de que no se movería de allí hasta que le diera una respuesta.

—Todas mis chicas tienen estos pañuelos, cada una con la flor por cuyo nombre es conocida aquí —le explicó al fin la madama antes de levantar la barbilla para señalarla—. Esa flor es un cardo.

Estrella estaba cada vez más confusa. ¿Un cardo? ¿Quién podía ocultarse tras semejante seudónimo?

—Sube a la primera planta, es la última puerta —reveló Violeta de mala gana—. Estará dentro, nunca sale.

Ahora Estrella observaba aquella puerta mientras intentaba en vano calmarse. Cuando sus latidos dejaron de tamborilearle en los oídos, llamó. Escuchó algo que debió de ser una silla arrastrándose y a continuación unos pasos que se acercaban para abrir. Tomó aire una vez más.

—¿Estrella?

La voz de Olvido la pilló por sorpresa. Porque era su voz, de eso estaba segura, solo que no se correspondía con el rostro que tenía frente a ella. Apenas tuvo tiempo de reaccionar al oír su nombre, porque la otra fue más rápida y trató de dejarla fuera con un portazo.

—¡Espera! —exclamó Estrella, que alcanzó a interponer el pie, impidiendo que la hoja se cerrase por completo—. Necesito hablar contigo, por favor.

Durante unos segundos en los que el mundo pareció dejar de girar no ocurrió nada, hasta que finalmente la presión cedió y la puerta se abrió, lo que permitió a Estrella acceder al interior de una habitación amplia con una gran cama en el centro y una mesa bajo la ventana que mantenía las persianas bajadas para evitar el calor. En ese instante, agradeció la penumbra que le permitía disimular su expresión de horror y desconcierto.

—Yo… —balbuceó Estrella.

Ahora comprendía el nombre de flor elegido para quien fuera su más íntima amiga. Aquel rostro con la piel mordida por la metralla y el fuego era difícil de asimilar. No imaginaba lo que le habría sucedido para acabar así, ni el sufrimiento tan inmenso que debía de estar padeciendo al acarrear tan terribles secuelas. Había acudido en busca de respuestas y empezaba a temer arrepentirse.

—¿Qué haces aquí? —Olvido cortó con sequedad sus titubeos, volviendo junto a la mesa que servía de escritorio, donde había un libro abierto.

Estrella se sentó despacio en el borde de la cama. La tensión espesaba el ambiente, lo volvía pegajoso, y ella apenas sabía cómo moverse o qué palabras elegir. ¿Acaso había alguna que fuera adecuada? Lo dudaba mucho.

—No sé por dónde empezar —confesó aturdida—. Todavía me cuesta creer que seas tú.

—No lo soy. La Olvido que tú conociste murió hace mucho. ¿Cómo me has encontrado? Tu hermana me prometió que no te hablaría de mí…

—Ignoro por qué le pediste algo así, ni por qué ella aceptó. Pero te diré que cumplió con su promesa —replicó Estrella antes de soltar un par de botones de su camisa para dejar a la vista en su escote el colgante de las dos saetas—. Lo encontré por casualidad, después no supe qué pensar. Necesitaba respuestas, pero encontrarte aquí ha sido… demasiado. Creí que habías muerto.

—Lo hice, ya te lo he dicho. —Olvido hablaba con el rostro vuelto, esquivando su mirada escrutadora—. Todo lo que recuerdes de mí ya no existe, así que ya puedes irte por donde has venido.

Estrella tragó saliva despacio. No sabía cómo tratar a la mujer que tenía delante. Hablaba con la voz de Olvido, tenía su cuerpo, su cabello rojizo, pero no era ella. No podía serlo. Y no solo por el rostro desfigurado, sino por la frialdad con la que le hablaba. Nunca se atrevió a soñar con un reencuentro pero, de haberlo hecho, desde luego no sería como aquel.

—Si supieras cuánto te he echado de menos —se atrevió a confesar al fin—. ¿Por qué dejaste de escribirme?

Un sonido gutural emergió de aquella garganta devastada. Pretendía ser una risa, pero acabó pareciendo un sollozo.

—¿Y qué querías que te dijera en una maldita carta? ¿Que no soy capaz de mirarme en un espejo? ¿Que los niños pequeños lloran si me acerco y los grandes me lanzan piedras? ¿Que cada noche me acuesto deseando no despertar?

Estrella sintió cómo le ardían los párpados justo antes de que dos pesadas lágrimas empezaran a rodar por sus mejillas. Acababa de darse cuenta de algo que le oprimió el pecho con fuerza: las peores cicatrices de Olvido no eran las que le habían marcado el rostro, sino las que le desgarraban el alma.

—Deja de mirarme con compasión.

—No es compasión.

—¡Ja! —rio con una carcajada forzada y triste—. ¿Y qué otro sentimiento iba a despertar un monstruo?

—Yo no veo ningún monstruo, solo a mi mejor amiga.

Por un instante, le pareció que Olvido se ablandaba, que dejaba de interpretar ese papel que tanto dolía. La vio bajar la mirada y observarse las manos, que conservaban una piel tersa, intacta.

—Haznos un favor a ambas y lárgate.

—Olvido, escúchame, solo quiero ayudarte. Si me dejas, yo…

—¡He dicho que te largues! —aulló furiosa, volviéndose con tanta fuerza que volcó la silla y el estrépito del golpe contra el suelo las sobresaltó—. No quiero verte, no quiero saber de ti ni tenerte cerca, ¿lo entiendes? ¡Solo quiero que desaparezcas de mi vida!

Estrella no tuvo más remedio que retroceder. Olvido estaba fuera de sí, era imposible razonar con ella. Caminó hacia la puerta encajando como pudo los improperios que le lanzaba con rabia, como si fueran bofetadas. Tal vez tuviera razón y todo lo que había conocido y amado de ella había desaparecido devorado por el fuego igual que la piel de su rostro. Sin embargo, algo en sus ojos atormentados le decía que no era así. Que aquella joven valiente y soñadora que hablaba por los codos y se comía el mundo a mordiscos seguía allí, oculta tras esa cruda fachada de indiferencia y hastío. Tenía que encontrar la forma de ayudarla, de traerla de vuelta de su particular infierno. Justo antes de abandonar el dormitorio, mientras Olvido la insultaba, tomó su decisión. No sabía cómo, pero iba a hacer lo que fuera para devolverle las ganas de vivir.

Aferró con fuerza el picaporte y le lanzó a aquel ser torturado una última mirada cargada de ternura.

—Volveré pronto, Olvido.

* * *

Rocío estaba en la recta final de la gestación. Su abultado vientre obedecía terco a la gravedad, provocándole unos intensos dolores de espalda. El trabajo en el prostíbulo se le hacía cada vez más penoso, pero no podía renunciar a él, de modo que volvía a casa rozando la madrugada y se acostaba en la cama que compartía con Estrella

procurando no hacer ruido. En esos momentos era cuando, sin poder remediarlo, José se colaba entre los resquicios de su agotada mente. Y es que, por mucho que la irritase reconocerlo, no dejaba de pensar en él.

Después de que se le declarara con la voz temblorosa y un ramo de margaritas mustio por la canícula, lo había visto regresar cada mañana bien temprano para apostarse frente a su casa. No permanecía allí más que unos pocos minutos y jamás daba un paso para acercarse, si bien parecía intuir que ella lo observaba desde la ventana. Era como si quisiera hacerle saber que seguía allí, esperando que algún día ella cambiara de opinión, como si diera por hecho que iba a hacerlo.

Ella lo veía plantado en aquella estrecha y caótica calle de la *casbah* argelina, con el cuerpo delgado y su aire desgarbado. A veces tenía que apartarse para permitir que un burro ascendiera las escaleras bamboleando su carga en los costados, o se sobresaltaba cuando la llamada al rezo sonaba desde cualquiera de los minaretes repartidos por la ciudad. Destacaba entre una multitud variopinta vestida con túnicas y velos, pero no se movía. No dejaba de asombrarle su osadía después de que ella lo hubiera despachado de tan malos modos.

Solo antes de irse alzaba la vista hacia la ventana desde donde Rocío no le quitaba ojo, oculta tras la persiana y con la respiración contenida, en una muda despedida hasta el próximo día. Pero hacía ya más de dos semanas de la última vez. José no había regresado y Rocío se estaba marchitando al igual que las margaritas que ahora se arrepentía de no haber aceptado. Finalmente, se había hartado de sus desplantes, y ella no podía culparlo.

Los primeros días se había inquietado ante su ausencia, llegó a temer que le hubiera ocurrido algo. Luego se le ocurrió que tal vez eso fuera lo que él quería, angustiarla o incluso castigarla. Hasta que tuvo que admitir que José se había cansado de esperarla y había salido de su vida, seguramente para siempre.

Se enfadó con él por enésima vez. Lo odió por no estar tanto como antes lo había hecho por haber estado. Lo culpó por acostumbrarla a su terca presencia para luego arrebatársela sin importarle que no tuviera otra cosa en la vida. Lo maldijo entre dientes y masculló furiosa su nombre en decenas de frases airadas que imaginaba decirle si algún día sus caminos se cruzaban. Todo con tal de seguir negándose que lo echaba de menos y que seguía asomándose cada mañana a la ventana con la esperanza prendida en el pecho para retirarse enseguida con los ojos empañados de decepción.

Para colmo, su hermana Estrella llevaba días distante y no sabía por qué. Al principio lo achacó a su creciente mal humor, pero estaba claro que había algo más. Apenas le dirigía la palabra, y cuando lo hacía era con desabridos monosílabos, evitando mirarla a los ojos. ¿Qué les estaba ocurriendo? Sin noticias de Aurora, Estrella era su única familia, pero se estaban distanciando cada vez más y ahora no sabía qué hacer para recuperarla.

Lo que Rocío no sospechaba era que Estrella había encontrado el colgante en la cajita de costura y había tenido el valor de acudir a El Jardín en busca de Olvido. Ni mucho menos que, desde entonces, lo único que daba vueltas en su cabeza era cómo ayudar a su vieja amiga. Y que la frustración por no encontrar el modo de hacerlo la carcomía por dentro.

En la oscuridad del dormitorio, prestó atención a la respiración de Estrella y le pareció que era ligera, demasiado como para estar dormida. Quizá a ella también la esquivaba el sueño. ¡Qué lejos estaban la una de la otra estando tan cerca! Hubiera querido girarse y preguntarle qué la mantenía en vela, pero no lo hizo.

En busca de consuelo, su mano bajó a la curva de su vientre y lo acarició por encima del camisón. Casi como una respuesta al contacto, sintió una patada contra las costillas. Ahogó un quejido y sonrió.

Sentir a su hijo moverse era algo que seguía maravillándola. Como si no fuera del todo consciente de que hubiera una personita

creciendo en su interior hasta que esta se dejaba notar. Le parecía increíble ser capaz de fabricar un ser completo, con sus extremidades y pestañas, con su nariz y su corazón. Ansiaba tenerlo en brazos casi tanto como la aterraba. Deseaba con todas sus fuerzas ser una buena madre. Ella, que no había llegado a saborear el amor materno, se preguntaba si sabría dar aquello que en su infancia tanto había extrañado. Esperaba que sí porque, aun sin haber nacido, para ella no había nada en el mundo más valioso que aquel ser que ahora le recordaba su existencia a base de patadas y codazos.

Pensar en la inminencia del parto le provocó un escalofrío. Era el momento que más temía. Tantas cosas podían torcerse que lo que le parecía un milagro era que saliera todo bien. Por mucho que lo intentaba, no imaginaba cómo su cuerpo iba a ser capaz de permitir que un ser humano, por pequeño que fuera, se abriera paso. Con todo, no le quedaba otra que confiar en que así sería. No podía obviar lo ocurrido durante su nacimiento, lo que había marcado el resto de su existencia y la de sus hermanas, pero tampoco podía permitirse unos pensamientos que solo traían consigo desasosiego y amargura. En esos instantes era cuando más añoraba su tierra, su antigua vida y la que fue su familia. Argel las había acogido y dado una oportunidad, pero ¿a qué precio?

Las patadas cesaron y Rocío relajó su cuerpo sobre el colchón sin conseguir encontrar una postura en la que no le doliera alguna parte de él. Cerró los ojos que había mantenido abiertos en la oscuridad y trató de llamar al sueño.

En silencio pidió ayuda a la madre que no llegó a conocer. Ayuda para traer a su hijo al mundo, pero también para protegerlo. Para verlo crecer sano y feliz, alejado de su cara más cruel, que por desgracia ella tan bien conocía.

Capítulo 18

—Hay que ver, *filla,* de llegar sin tener donde caerte muerta a actriz. ¡Eso sí que es prosperar!

—No se ría de mí, doña Tecla, que ya le he dicho que apenas salgo a escena y casi nunca hablo. Eso no es ser actriz, ¡si más bien parezco parte del decorado!

—Lo mismo me da —respondió tozuda—, si te subes a un escenario, es que eres una artista. Y lo mínimo que puedo hacer es presumir de ello, vamos, digo yo.

—Como usted quiera —acabó por concederle Aurora divertida.

Hacía casi un mes que ocupaba el puesto de Consuelito en el espectáculo que el cabaret Alhambra ofrecía a sus clientes las noches de los fines de semana. La muchacha había ido mejorando poco a poco, pero para cuando su nariz recuperó su aspecto normal y los hematomas bajo los ojos desaparecieron, las náuseas le tenían el cuerpo tan revuelto que vomitaba cada dos por tres y, evidentemente, así tampoco podía actuar. Para Aurora no había sido sencillo vencer su timidez para exponerse ante cientos de ojos. Por suerte, su papel de figurante era de los más discretos de la obra.

—Y como toda artista —apuntó Paloma sumándose a la conversación—, cuenta con fieles admiradores.

Aurora disimuló un respingo con un trago de café. Su intención al cambiar de empleo había sido la de alejarse de Rodrigo Moragues tras el desafortunado acercamiento vivido la última vez que coincidieron en el Soleil d'Oran. Sin embargo, las cosas no habían salido tal y como ella pretendía, puesto que Rodrigo había adquirido la costumbre de acudir al Alhambra las noches de representación. Se

sentaba siempre en la última mesa, la más alejada del escenario. Allí vaciaba varios vasos hasta que, justo al final de la actuación, cuando el público arrancaba en aplausos, desaparecía como una sombra.

—Fíjate tú —añadió Paloma con picardía—, no lo hacía yo amante de las varietés.

Aurora enrojeció. No se había atrevido a confesarle lo ocurrido entre ellos, pero a esas alturas ya se habían hecho tan amigas que a Paloma no le resultó difícil adivinar lo que sus silencios callaban.

—Es un hombre muy apuesto —dijo Paloma.

—Y rico —añadió doña Tecla.

Aurora bufó y se removió incómoda en la silla.

—Y prometido, un detalle que se os está olvidando. Además, aunque no lo estuviera, ni yo le intereso a él ni él a mí. Ni siquiera sé por qué hablamos de esto.

Paloma se sentó frente a ella para mirarla a la cara. De repente, el tono jocoso había desaparecido.

—Porque, como bien has dicho, está prometido. Y no con cualquiera, precisamente. Delphine Blanchard es un mal bicho y me extrañaría que le parezca bien que Rodrigo no se pierda ni una de tus actuaciones.

—Yo no diría tanto…

—No te estoy juzgando, Aurora, solo te aviso. —Paloma extendió las manos sobre el mantel para buscar las de su amiga—. El de Rodrigo Morague es un nombre muy conocido en Orán y las malas lenguas no tardarán en empezar a murmurar, si es que no lo han hecho ya.

Aurora supo que tenía razón, pero lo cierto era que le traía sin cuidado. Su único interés era reunirse con sus hermanas. Mientras tanto, no le quedaba otra que vivir, apretar los dientes y continuar adelante. Rendirse no era una opción. Y si para ello debía convertirse en la comidilla de aquella ciudad, que así fuera.

—Ojalá me equivoque, pero para alguien como Delphine las apariencias lo son todo; no va a tolerar una humillación pública semejante. Ten cuidado, Aurora.

* * *

Paloma no andaba desencaminada. Delphine estaba tan furiosa que ni siquiera los habituales gritos y humillaciones al servicio conseguían aplacarla. La satisfacción de ver marchar a aquella española de casa de su prometido le había durado poco. El sabor dulce de la victoria se había vuelto amargo. ¿Qué se había creído Rodrigo? ¿Acaso pensaba que podía dejarla en evidencia delante de todo el Oranesado y que ella lo iba a permitir sin más? Al tiempo que rumiaba estos pensamientos, caminaba por su dormitorio como un tigre enjaulado. De un manotazo lanzó un carísimo jarrón de porcelana contra el suelo. El estallido solo consiguió irritarla aún más.

—*Espèce de salope !* —murmuró entre dientes—. Voy a asegurarme de que no me sigas dando problemas.

Dispuesta a cumplir con su promesa, abandonó el dormitorio con paso decidido. Rodrigo Morague era prácticamente intocable y, además, mantenía una relación cordial con quien pronto se convertiría en su suegro. Era consciente de que su padre no iba a interesarse lo más mínimo por la causante de exacerbar sus celos enfermizos, al fin y al cabo, se trataba de asuntos de hombres. Pero Delphine era una mujer de recursos. Sabía perfectamente lo que Bruno Blanchard no podría tolerar y ella se lo iba a ofrecer. Solo sería necesario hacer saltar una pequeña chispa y la hoguera prendería en un santiamén.

Entró al despacho sin molestarse en llamar.

—¿Cuántas veces te he dicho…? —protestó Bruno por la interrupción levantando la cabeza de los papeles distribuidos sobre la mesa en orden milimétrico.

—Por lo menos un millar —lo cortó con descaro para dejarse caer en uno de los confidentes—, pero al parecer tendrá que hacerlo alguna más.

Bruno resopló hastiado y con una mano se quitó las lentes de montura dorada para frotarse los ojos con la otra. El *commissaire*

de policía de Orán era un hombre de aspecto pulcro hasta el extremo. Alto y delgado al igual que su hija, compartían ambos los mismos ojos azul pálido como el hielo. Sobre el labio superior lucía un pequeño bigote rubio. Estiró el cuello en un intento de relajar la musculatura, tensa tras los intensos acontecimientos de las últimas semanas en las que Alemania había atacado Europa occidental: Luxemburgo fue ocupado el 10 de mayo, los Países Bajos se habían rendido el 14 y Bélgica lo hizo el 28 del mismo mes. Pero lo peor aún estaba por llegar: los carros de la Wehrmacht flanquearon con una humillante facilidad la línea Maginot y provocaron el colapso del Gobierno galo, forzándolo a trasladarse a Burdeos. La ofensiva alemana contra Francia, que había durado apenas seis semanas, finalizó el 14 de junio con la esvástica ondeando a la sombra de la Tour Eiffel. La *drôle de guerre,* como hasta entonces habían denominado a un conflicto bélico que les parecía lejano, había terminado por convertirse en una guerra auténtica, de las que se ganan o se pierden. La situación era extremadamente delicada. África del Norte y sus colonias se habían convertido en el próximo objetivo. Y Argelia, la joya del imperio, estaba en el punto de mira.

—¿Qué quieres? ¿Dinero? No puedo creer que ya te hayas gastado el que te di la semana pasada…

—Qué vulgar le ha vuelto este lugar, padre —negó Delphine con un claro gesto de desprecio que abarcaba más allá de la estancia—. Deben de ser esos árabes que andan por todas partes con cara de perro hambriento los que le han acabado por contagiar su mediocridad.

—Dime, pues —él obvió la provocación y repitió su pregunta—. ¿Qué quieres?

—Que me dé las gracias.

Bruno Blanchard miró con severidad a su hija en tanto hacía girar el anillo *chevalier,* gesto inequívoco de que estaba a punto de perder la paciencia. Le hartaban los jueguecitos de aquella joven caprichosa y egocéntrica que, por mucho que lo irritara reconocerlo, era un calco suyo. Aunque, para ser honestos, la belleza arrebatadora era la

de su madre, esa mujer a la que ingresaron en un sanatorio de la capital de la metrópoli y que allí seguía, muriéndose un poco más cada día sin llegar a hacerlo nunca. Pobre loca, se permitió pensar sin un ápice de compasión. Al fin y al cabo, no se puede sentir lo que no se tiene.

—¿Y por qué debería dártelas?

—Porque voy a servirle una buena presa en bandeja de plata.

Había elaborado su plan al detalle. Aun cuando en nada le interesaba la política, Delphine era lo bastante inteligente como para saber utilizarla a su favor. Tampoco resultaba demasiado complicado, conociendo como lo hacía el temperamento de Bruno Blanchard. No necesitó más que dar a entender que había descubierto a la planchadora de la familia Morague ocultando un ejemplar de *La lutte sociale,* un conocido *magazine* comunista, para adivinar que había tocado la tecla adecuada. No sintió el más mínimo remordimiento por la mentira; después de todo, se manejaba en ellas con más soltura que en las verdades.

El rostro del *commissaire,* pálido por lo habitual, se tiñó de grana conforme fue pasando de escuchar tan solo a medias las explicaciones de su hija a convencerse de la gravedad del asunto. Si el hecho de que una comunista se hubiera colado nada menos que en casa de su futuro yerno le resultaba del todo inaceptable, lo peor llegó cuando escuchó el nombre de Aurora Robles. La imagen de una joven temblorosa ovillada a sus pies, con el cuerpo molido a golpes, llorando y suplicando por sus hermanas, regresó de entre los recovecos de su memoria para golpearlo con fuerza. La recordaba bien, él nunca olvidaba una cara. Apretó los dientes. De llegar a saberse que el mismísimo *commissaire* de Orán había firmado su liberación… No podía permitirse un desliz como aquel, menos aún en el momento en que se encontraban. No era ningún secreto que los alemanes despreciaban a los débiles, y ahora que resultaba más que evidente que eran invencibles, no quería quedar como un inepto ante quienes pronto serían los dueños y señores de toda Argelia.

Bruno inspiró con fuerza, dilatando así las narinas sobre su bigotito. Tal vez había cometido un error colosal que ponía su futuro en un brete, pero estaba dispuesto a hacer lo que fuera para enmendarlo.

Y para eso Aurora Robles debía desaparecer.

* * *

—¡Qué sorpresa! —exclamó Consuelito—. Adelante, me has pillado poniendo un guiso al fuego, pero enseguida estoy contigo.

—Pasaba por aquí cerca y he pensado en venir a verte. ¿Cómo estás? —se interesó Aurora cuando ambas estuvieron sentadas frente a frente—. Veo que tienes buena cara. ¿Te parece que le eche un vistazo a tu nariz?

Desde que le quitara los puntos Consuelito había notado mejoría, pero se dejó hacer, contenta de recibir atenciones.

—No podía haber cicatrizado mejor —corroboró Aurora, que dudó un instante antes de añadir—. ¿Y qué tal vas de lo otro?

Consuelito se llevó una mano al vientre y su rostro se iluminó en el acto.

—Este pequeñín no para de crecer. —Al tensar la tela de su vestido dejó a la vista una incipiente curvatura—. Las náuseas también van desapareciendo poco a poco, por suerte.

Aurora la felicitó y ambas quedaron en silencio.

—¿Qué tal en el Alhambra?

—La verdad es que resulta menos cansado que planchar —concedió, encogiendo los hombros—, pero quería que supieras por mí que no voy a continuar.

—¿Y eso? —se inquietó Consuelito—. Ya te avisé de que el director es un poco especial, pero no es mala persona. Los artistas son un poco suyos, ya me entiendes.

—Tranquila, no es eso… —Aurora dudó un instante tras el que decidió sincerarse—. Necesito encontrar a mis hermanas y temo que aquí jamás lo vaya a conseguir.

A continuación le explicó su historia, que Consuelito escuchó atenta, con sus ojos vivarachos fijos en ella.

—¿Y adónde piensas ir?

—Si te digo la verdad —reconoció Aurora—, no tengo ni idea.

Consuelito se tomó su tiempo para contestar. Parecía rumiar algo en silencio.

—Conozco una compañía itinerante que actúa de pueblo en pueblo. Van siempre de aquí para allá, ya sabes —dijo—. Se trata de algo modesto, pero son buena gente y siempre les viene bien contar con nuevas incorporaciones.

Aurora parpadeó sorprendida. Consuelito, acostumbrada como estaba a sacarse las castañas del fuego, demostraba ser una fuente inagotable de recursos. La vida ambulante de la que le hablaba le ofrecía un nuevo abanico de posibilidades. Al desplazarse de un lugar a otro sería más fácil dar con alguna pista, tal vez incluso alguien que hubiera visto a las mellizas o pudiera darle razón de ellas. Se asombró al descubrir que no necesitaba meditar sobre aquella inesperada proposición.

Tras seis meses en Argelia en los que no había avanzado ni un milímetro, no sabría decir en qué momento había asumido que recuperar a Estrella y Rocío llevaría implícito un gran coste personal, una renuncia que pondría a prueba su fortaleza. La oportunidad al fin había llegado y estaba decidida a resistir sin quebrarse. La idea de abandonar la pensión Valencia, dejar atrás a doña Tecla, a Paloma y a Ginesito, le provocaba un doloroso pellizco en el pecho. Ellas se habían convertido en sus pilares desde su llegada a Orán, la habían apoyado y sostenido en sus peores momentos. Habían estado a su lado cuando creía que la vida se le derrumbaba, pero no tenía alternativa.

Doña Tecla se deshizo en llanto nada más conocer la noticia de su marcha y Aurora se sintió culpable por pagarle sus desvelos alejándose de su lado.

—Ay, *filla,* ¡lo que te vamos a echar de menos en esta casa!

Por suerte, Paloma fue más comedida e hizo un esfuerzo por disimular la congoja que la invadía.

—Estás haciendo lo que tienes que hacer —le aseguró con los ojos húmedos de emoción—. Y nosotras seguiremos aquí, esperando a que nos traigas a tus hermanas para presentárnoslas. Aunque de tanto oír hablar de ellas ya casi me parece que las conozco, tengo muchas ganas de ponerles cara y darles un buen tirón de orejas por lo preocupada que te han tenido.

Aurora logró retener las lágrimas. Aquello no era una despedida definitiva, se prometió, tan solo un paréntesis. No la asustaba enfrentarse a lo desconocido, al fin y al cabo no era la primera vez que lo hacía, pero sí temía estar dejando atrás a todas las personas que velaban por ella. Primero habían sido la señora Sagrario y Manuela, y ahora doña Tecla y Paloma, como si hilo a hilo fuera destejiendo el delicado tapiz de mujeres que hasta entonces la había sostenido. Sintió el vértigo agarrado al estómago. Iba a dar un salto al vacío, y en esa ocasión lo haría sola.

* * *

La mañana de su partida Aurora abandonó la pensión antes del amanecer. Se había convencido a sí misma de que lo hacía porque los nervios del viaje no le permitían dormir y prefería pasear por la estación a dar vueltas en la cama, pero la verdad era que no se sentía con fuerzas para una última despedida, por lo que prefirió marcharse antes de que nadie en la casa despertara.

Había decidido comprar un billete de tren que la llevaría desde la estación neomorisca situada al final del *boulevard* Marceau hasta la ciudad de Mascara, allí la línea de ferrocarril paralela a la carretera 7 había sido recientemente cerrada, por lo que debería continuar en un autobús de la línea Ruffié hasta Sidi Bel Abbés, donde se reuniría con la compañía Alegría.

Pese a estar en junio, a esas horas el ambiente era todavía fresco, cargado de la humedad que ascendía desde el mar, y

agradeció haberse echado una rebeca sobre los hombros en el último momento. Al cruzar la *place* de la Perle, el refulgir de un cigarro prendido se le antojó una estrella desorientada. Ni en la penumbra propia del alba tuvo dificultad en reconocer al fumador. Se trataba de Rodrigo.

—¿Te vas?

—¿Quién te lo ha dicho? —quiso saber sin soltar su pequeña maleta de cartón.

Rodrigo se encogió de hombros, como si aquello careciera de importancia, y dio otra calada antes de preguntar:

—¿Dónde?

—A Sidi Bel Abbés de momento —confirmó haciendo un gran esfuerzo por acallar el cosquilleo de sus entrañas—, luego ya se verá.

Su aspecto desaliñado, tan extraño en él, y el tufo a coñac que desprendía aun a distancia no dejaban lugar a dudas; había estado despierto toda la noche. Aurora dejó la maleta en el suelo, junto a sus pies.

—¿A qué has venido, Rodrigo? —En lugar de responder, él soltó una risa que fue más bien un resoplido—. Es mejor que vuelvas a casa, no estás en condiciones.

Rodrigo apuró el cigarro con una aspiración profunda, casi ansiosa, y lo dejó caer para pisotearlo con la punta del zapato. Se aproximó a ella unos centímetros, Aurora permaneció estoica sin mover un solo músculo.

—¿En condiciones para qué?

—Para lo que sea que pretendas con esta conversación.

Rodrigo se mordió el labio. Habían transcurrido unas semanas desde que Bernabé Toca le confirmara que Estrella y Rocío estaban en Argel. En ese tiempo había estado a punto de revelárselo una infinidad de veces, por eso acudía al cabaret donde Aurora actuaba. Noche tras noche se repetía que ya lo había retrasado lo suficiente, que finalmente obedecería a aquella voz que le gritaba que era mezquino seguir guardando su secreto. No obstante, la voz iba

perdiendo fuerza conforme él la ahogaba en coñac, de modo que acababa levantándose antes de que los actores abandonaran el escenario sin atreverse a mirar atrás, consciente de que, en cuanto tuviera conocimiento del paradero de sus hermanas, ella desaparecería de su vida al igual que hacían esos malditos espejismos del desierto cuando uno se acerca demasiado.

Entonces supo que Aurora iba a marcharse de todas formas. Ya no tenía sentido guardar silencio ni mantener esa lucha interna consigo mismo, hiciera lo que hiciera, no la retendría a su lado. Tuvo que aceptar su derrota. Y en esa ocasión, casi tambaleante pero decidido, había acudido a ofrecerle a Aurora aquello que más deseaba en el mundo, lo que haría que sus caminos se distanciasen. Tal vez para siempre.

—Te estás equivocando conmigo, Aurora —protestó Rodrigo sintiendo cómo la embriaguez empezaba a disiparse.

La diferencia de altura obligó a Aurora a levantar la barbilla para enfrentar su mirada de refulgentes tonos cobrizos. Al hacerlo, pudo sentir cómo su proximidad le provocaba una sensación eléctrica que tensaba su cuerpo, y eso la enfureció. En realidad, la rabia que sentía era consigo misma. Aquel hombre despertaba en ella unos sentimientos que la avergonzaban. Su corazón había estado ocupado por Martín desde mucho antes incluso de que ella lo hubiera sabido, su ausencia le dolía en el alma como un desgarro que jamás cicatrizaría. Y, de repente, Rodrigo había irrumpido en su vida trastocando todas y cada una de sus certezas. Ansiaba poder apartarlo de sus pensamientos, pero cuando creía haberlo conseguido, el aroma de la uva madura regresaba con una tozudez irritante.

—Ojalá no hubieras venido, Rodrigo.

—¿Tanto te cuesta confiar en mí? —preguntó mascando una rabia amarga que se le enredaba en la lengua.

—¿Y por qué habría de hacerlo? —respondió Aurora.

Para Rodrigo aquellas palabras fueron una estocada en su orgullo herido y un oscuro resquemor empezó a crecer en su interior. Aurora

no tenía ningún derecho a hacerle ese desaire. ¡Después de todo lo que había hecho por ella! Hasta había pedido favores para conseguir lo que ella tanto ansiaba. Unos favores que ahora debía devolver poniéndose en riesgo a sí mismo, a todo cuanto tenía, sus negocios, su reputación… ¡Y se lo pagaba así! La sangre corría acelerada por sus venas, estaba furioso. Tanto que la idea de compartir el paradero de Estrella y Rocío le pareció absurda.

Al fin y al cabo, Aurora le estaba dejando claro que no quería saber nada de él.

—Si eso es lo que quieres… —murmuró—, que así sea. — Buscó en su bolsillo el mechero para prender el nuevo cigarro que ya colgaba entre sus labios. Sus dedos esquivaron el papel en el que estaba escrita una dirección de Argel—. Tienes razón. Solo soy un borracho diciendo tonterías, pero ya no te molesto más. Que tengas un buen viaje.

Sin dar opción a réplica, se dio la vuelta en dirección a la callejuela contigua a la iglesia de Saint Louis seguido por el humo de su tabaco y la mirada de Aurora.

Para entonces ya había amanecido y, aunque el sol aún no asomaba por encima de los tejados de las casas, Aurora levantó la vista al cielo y respiró despacio en un intento de recuperar la calma. Decidió que no tenía tiempo para perderlo con Rodrigo Moragues y deliberadamente ignoró el vacío que había sentido en el estómago al verlo alejarse. Tenía cosas más importantes en las que pensar. Como encaminarse a la estación central si no quería acabar perdiendo el tren que la alejaría de Orán… y también de todos quienes la habían protegido hasta el momento en aquel país. Ante ella, solo se abría lo desconocido.

Así, con paso decidido y la mandíbula apretada, Aurora Robles se puso en camino, ignorando que dejaba atrás la única persona que conocía dónde estaban Estrella y Rocío. Tampoco sospechaba que Bruno Blanchard, el mismo hombre que le había arrebatado cuanto le importaba, se lanzaba tras sus pasos en esos precisos momentos azuzado por su hija Delphine. Ni que el feroz *commissaire* de policía

era un sabueso de los que no sueltan el rastro una vez han olfateado a la presa.

Y, en esa ocasión, la presa era ella.

Capítulo 19

El Jardín estaba revuelto. Por lo general, a esas tempranas horas, la casa entera dormía con sus chicas dentro. Pero no aquella mañana.

—¡Cómo te has atrevido! —el aullido de Violeta se escuchó hasta el último rincón.

—Además de putero —respondió Olvido masticando su rabia—, ese hombre es un embustero. ¿Y se pone de su parte?

Violeta no perdía la compostura jamás. Con los años había aprendido a mantener sus sentimientos bien ocultos tras un rostro que parecía cincelado en piedra. Tal vez por lo excepcional de la situación, las chicas que se asomaron al pasillo alarmadas por el griterío volvieron a encerrarse en sus dormitorios tan pronto vieron el peinado descompuesto y el gesto congestionado de su patrona.

—A ver si te queda una cosa clara, yo solo estoy de mi parte —siseó Violeta haciendo un gran esfuerzo por contener la voz—. ¿Cómo crees que he llegado hasta aquí? Este es mi negocio, me he dejado la piel para conseguir lo que tengo y no estoy dispuesta a que una cualquiera destroce mi reputación por una baratija.

—Le repito que yo no he robado nada.

—¿Y cómo explicas que haya encontrado esto en tu cuarto?

Olvido enarcó las cejas con pretendido desinterés al observar la alianza que Violeta sostenía entre sus dedos índice y pulgar.

—Se la olvidaría anoche, o tal vez la dejó a propósito para después acusarme, qué sé yo. Ya le digo que es un malnacido.

Las aletas de la nariz de la madama se expandieron al inspirar con fuerza.

—No es la primera vez que tengo problemas contigo. No te creo, y la confianza es algo imposible de recomponer una vez se ha roto.

—¿Me está echando? —Olvido parpadeó incrédula. Aquel trabajo era una forma mísera de subsistir y, aun así, trató de aferrarse a ella con sus últimos argumentos—. No puede hablar en serio, ya sabe que hay hombres que buscan… bueno, que buscan una mujer como yo.

—Siguen llegando nuevas chicas a Argel, cada vez las hay más jóvenes y bonitas. —Violeta se encogió de hombros con indiferencia—. También las hay tullidas para quienes las prefieren.

—Se arrepentirá —musitó Olvido, aterrada al darse cuenta de que no había marcha atrás.

—Si algo he aprendido durante todos estos años, es a detectar cuando alguien me miente, y sé que no eres trigo limpio. No debí fiarme de ti, Cardo.

—Se cree superior a los demás, pero déjeme decirle que es igual… si no peor —respondió, obligándose a erguirse muy digna—. Y no me llamo Cardo.

Olvido no se molestó en recoger sus cosas. Después del tiempo que llevaba viviendo en el prostíbulo apenas poseía nada de valor o a lo que tuviera un especial apego, por lo que le dio la espalda a la madama y, sin más, se marchó de allí.

* * *

Al cerrar la relojería de Moatti, Estrella pasó por casa del doctor Rafael. Era noche de viernes y había reunión. Rodeados del olor a café, se habló una vez más de cómo la situación en Europa se iba tensando día tras día y los ánimos se exaltaron. No resultaba sencillo ser testigo de cómo todo se venía abajo. Luxemburgo, los Países Bajos y Bélgica estaban ya bajo el mando alemán. Los nazis pisaban suelo francés. Noruega había capitulado a principios de mes, casi a la vez que Italia se sumaba a la guerra. Por su parte, los rusos

avanzaban por las regiones bálticas y ya ocupaban Estonia, Letonia y Lituania. El mundo entero temblaba ante lo que se avecinaba.

Para cuando Estrella llegó a casa, Rocío seguía en El Jardín. No la había visto marcharse, pero la imaginaba con esa enorme tripa que no le permitía verse los pies y se preguntó hasta cuándo aguantaría trabajando. No se había atrevido a contarle nada, pero llevaba varias semanas dándole vueltas y todavía no había dado con la manera de ayudar a Olvido, sobre todo porque esta había dejado claro que no deseaba volver a verla. Tras mucho meditar, concluyó que lo primero era conseguir que abandonara el burdel, por eso había aprovechado la reunión para indagar si algún compañero pudiera recomendarla para un empleo, uno digno en el que no tuviera que dejarse maltratar como lo hacía, pero no había conseguido una respuesta afirmativa.

Estaba tan concentrada rumiando sus ideas que los golpes en la puerta la sobresaltaron. Se acercó después de echar un rápido vistazo al reloj de su muñeca, regalo de su jefe, preguntándose quién podría ser pasada la medianoche. Su gesto se quedó congelado cuando descubrió quién aguardaba al otro lado.

—¿Y esa cara? —preguntó Olvido—. Si no te alegras de verme, me voy.

Estrella necesitó unos instantes para forzarse a reaccionar. Asintió con la cabeza dos, tres veces y se aseguró de tener los brazos bien pegados al cuerpo, no fueran a adelantarse para dar a su vieja amiga el abrazo que tanto ansiaba.

—¿Quieres pasar?

Olvido no respondió, pero dio un paso al frente, y luego otro, hasta que acabó cruzando el umbral. Con un gesto de la mano Estrella la invitó a sentarse en un extremo del sofá y ella lo hizo en el opuesto. Ninguna de las dos habló durante tanto rato que, al final, la incomodidad acabó por, si no desaparecer, al menos mitigarse lo suficiente como para permitirles iniciar una conversación.

—Te estarás preguntando qué hago en tu casa.

Por supuesto que se lo preguntaba, pero lo último que pretendía Estrella era decir algo que la incomodara. Su única intención era no ahuyentar a Olvido, y si para eso debía morderse la lengua, estaba dispuesta a hacerlo.

—No quiero que te hagas ilusiones ni cosas raras, ¿me oyes? Solo estoy aquí porque no tenía otro lugar al que ir.

—¿Y qué pasa con El Jardín? Creía que…

—¡Al cuerno con El Jardín! —saltó Olvido exasperada, y por cómo arrastraba las consonantes quedó claro que había bebido—. Por mí pueden pudrirse Violeta y todas las demás «florecillas». ¡Ja! ¿No te parece que ese invento de los apodos es ridículo? Piensan que porque son guapas pueden ir por ahí pisoteando a cualquiera, pero en el fondo no son más que bazofia con una bonita fachada. ¿Lo entiendes?

—Por supuesto —se apresuró a confirmar Estrella, aunque lo cierto era que estaba totalmente perdida.

Se removió incómoda, el estado de embriaguez de su vieja amiga no iba a facilitarles mantener una conversación coherente. Tampoco sabía qué decir ni cómo hacerlo para no terminar de espantarla. Lo importante era que había acudido hasta ella, y tal vez fuera la oportunidad que tanto había estado esperando.

—Me ha echado —explicó Olvido al fin, dirigiéndole la primera mirada lúcida desde su llegada—. Un cliente le fue a Violeta con el cuento de que le había robado una alianza y la muy tonta se lo creyó. Y por eso estoy aquí. Dijiste que querías ayudarme, ¿no? Pues estás de suerte, porque necesito un lugar donde dormir un par de noches. Luego me largaré, ya lo tengo pensado. —Dio un par de palmadas en el brazo del tresillo—. Solo me vendría bien dormir aquí mientras lo organizo.

Estrella dedujo que, antes de acudir en su busca, Olvido habría parado en alguna taberna. No se atrevió a preguntarle cómo había pagado el alcohol. Tal vez fuera su manera de encontrar fuerzas para salvar su orgullo y pedirle ayuda.

—No me gustan los espacios abiertos, ¿sabes? Desde la guerra, quiero decir, antes no me ocurría pero ahora… no sé explicarlo, es como si me faltara el aire.

—Tranquila, puedes quedarte esta noche y las que necesites. Te prepararé cena.

—No te molestes, no tengo hambre.

—Entonces te traeré una almohada para que estés más cómoda.

Cuando regresó, Olvido se había acurrucado formando un ovillo con su cuerpo y un mechón de su cabello rojizo le caía sobre la cara, ocultando sus cicatrices. Casi parecía un animalillo herido. Verla así, desprovista de esa fiereza con la que parecía querer defenderse del mundo, le provocó a Estrella una profunda ternura.

—Olvido, no voy a juzgarte, pero entenderás que tengo que preguntártelo. ¿Robaste a ese cliente?

—¿Quién te crees que soy? Que mi cara tenga este aspecto no me convierte en una ladrona.

—Sabes que no quería decir eso.

—Claro… —La voz de Olvido indicaba que se estaba adormeciendo—. Pues ya te he contestado.

—Solo una cosa más.

—Dime.

—Me alegro de que hayas venido.

No obtuvo respuesta alguna y Estrella se fue a la cama preguntándose si habría llegado a escucharla. Al desvestirse a la luz del candil del que se servía durante los frecuentes cortes de luz en la *casbah,* se sorprendió ante el anhelo de cuidar de su vieja amiga. Como de costumbre, Olvido había llegado a su vida sin pedir permiso, arrasando y removiendo, poniendo y quitando. Todavía no sabía cómo llamar a esa llama débil pero firme que calentaba su pecho al saberla bajo su mismo techo. De lo poco que estaba segura era de que lo que fuera que hubiera sentido por ella en el pasado seguía vivo.

* * *

Rocío se sentía exhausta. Hubiera deseado encontrarse en su cama en vez de cambiando sábanas y llevando toallas de habitación en habitación. Pero sabía que pronto iban a necesitar todo el dinero ahorrado. Dicen que las criaturas traen consigo un pan debajo del brazo, pero la realidad es que traen nuevos gastos, por no hablar del tiempo que estaría sin poder trabajar después de dar a luz. Por mucho que lo anhelara, no podía permitirse parar.

El implacable calor africano que durante el día caía a plomo sobre las terrazas con ropa tendida y se condensaba en el interior de las viviendas tampoco ayudaba. Con un hondo suspiro, salió del cuarto de las escobas. Ya casi no pensaba en José cada vez que estaba allí. Casi. Pero lo cierto era que el recuerdo de aquel joven carpintero seguía asaltándola cuando menos lo esperaba. Si se convencía de que había superado la especie de ensimismamiento que le había entrado, volvía a ver su sonrisa o esos ojos afligidos por cómo ella lo alejaba de su lado. En fin, se dijo sacudiendo la barbilla, había hecho lo que debía.

Caminó hacia la habitación de Jazmín con un juego de sábanas limpias. Violeta conocía bien su negocio y era muy estricta con la limpieza. Sabía que los hombres persiguen la sensación de que son los únicos, los primeros… por contradictorio que esto resulte cuando están de visita en una casa de putas. Así que cada vez que una de las muchachas terminaba un servicio, Rocío entraba en el cuarto y hacía una limpieza general mientras que la chica de turno se lavaba, se cambiaba de ropa y se perfumaba de nuevo con la esencia de la flor que le daba nombre. Todo para crear la ilusión de que el próximo en entrar estaba siendo atendido en exclusividad.

Como tenía por costumbre, Rocío llamó antes de entrar. Lo último que quería era encontrarse una escena comprometida. Aguardó unos instantes, pero nadie respondió. Volvió a llamar y pegó la oreja a la puerta, atenta a los gemidos y gruñidos que solían anunciar el final de cada visita. Nada. Se decidió a abrir una pequeña rendija a través de la cual anunció:

—¡Voy a entrar!

Cuando terminó de abrir la puerta, las sábanas limpias cayeron al suelo y un alarido escapó de su garganta.

—¡Jazmín!

La joven estaba tendida en la cama boca arriba, inmóvil y completamente desnuda, salvo por algo extraño que envolvía su cuello. En un primer instante Rocío no supo identificarlo, hasta que se acercó a toda prisa y descubrió que era el encaje de un sostén rojo lo que la estrangulaba.

Actuando más por impulso que pensando lo que hacía, le arrancó la prenda del cuello. No fue fácil. Estaba tan incrustada en la carne que tuvo que usar las tijeras que llevaba en el delantal. Rasgó la delicada piel y del corte se deslizó un hilo de sangre al que no prestó atención, pues estaba tratando de averiguar si la joven respiraba. Pegó su cabeza al pecho y colocó la mano sobre la nariz y la boca, pero no encontró ni el mínimo rastro de vida. Se estremeció.

Rocío apenas se percató del trajín que empezó a formarse a su alrededor. Las otras chicas, alertadas por su alarido, se habían acercado para ver lo que ocurría y ahora sollozaban y sacudían a Jazmín en un revuelo de senos desnudos, gasas transparentes y puntillas de colores sin conseguir que esta reaccionara.

En medio de la conmoción, su memoria aún tuvo la lucidez necesaria para rescatar retazos de una conversación ocurrida una tarde en su antigua casa de la puerta azul. Una en la que Aurora acababa de volver de su trabajo en la Casa de Socorro y les contaba cómo había visto a un médico salvar a un paciente con algo que más bien parecía magia. No estaba segura de recordarlo con exactitud, pero valía la pena intentarlo.

—¡Apartad! —voceó para hacerse oír por encima de los chillidos de las prostitutas—. ¡Dejadme espacio!

Rocío rodeó la cama y, pinzando la nariz de Jazmín, acopló sus bocas para a continuación soplar con fuerza. Por el rabillo del ojo observó cómo el pecho se inflaba. Aquello la animó, después de todo, tal vez funcionara. No tenía ni idea de cuántas veces debía repetirlo. Temía hacer algo mal y causarle algún daño a Jazmín. Pero

un rápido vistazo al tono azulado de sus labios y la palidez de su rostro la convencieron de que el peor daño ya estaba hecho.

Inspiró con fuerza y volvió a insuflar aire en aquellos pulmones dormidos. No supo cuánto estuvo así, solo que le ardía el pecho y la habitación daba vueltas cuando Jazmín abrió los ojos y dio una desesperada bocanada.

Sus compañeras, que habían asistido atónitas a su esfuerzo, vieron resucitar a Jazmín sin dar crédito a lo ocurrido.

—¡Agua! —pidió Violeta, quien había entrado en el cuarto mientras Rocío se afanaba por revivir a una de sus flores—. Venga, acercadme un vaso con agua y ayudadme a incorporarla. Eso es, sin levantarla, solo lo justo para que pueda beber.

Finalizado su titánico esfuerzo, Rocío había dado unos pasos atrás, permitiendo que fueran otras quienes se ocuparan ahora de Jazmín. Resoplaba, las piernas apenas la sostenían y le temblaban las manos. Buscó una silla para sentarse y reponerse. Desde allí observó cómo una exánime Jazmín iba recuperando el color y bebía a sorbitos del vaso que Violeta le acercaba a los labios con mimo maternal.

La madama mandó aviso urgente al doctor Rafael Lozoya para que acudiera a El Jardín y con una elocuente palmada ordenó al resto de chicas regresar a sus habitaciones. En el dormitorio tan solo quedaron ellas tres. Lo peor había pasado y había que volver a la normalidad, lo que implicaba seguir atendiendo a sus clientes. Sobre que Jazmín a punto había estado de morir estrangulada por uno de ellos no dijo nada. Y Rocío se preguntó si pensaba tomar alguna medida, o simplemente lo consideraba un percance que entraba dentro de lo posible en aquel ingrato trabajo.

Asqueada con los hombres, odiándolos por creerse dueños de las mujeres, de sus cuerpos y de sus vidas, hizo amago de levantarse. Violeta no se lo había ordenado, pero sabía que ella también debía volver al trabajo.

Entonces, al incorporarse, sintió un súbito calor que humedecía sus muslos. Casi al mismo tiempo, un fuerte dolor en el vientre la

obligó a apretar los dientes para acallar un gemido. Jadeó desesperada. Enseguida llegó la siguiente contracción y esta vez un sonido animal escapó de su garganta.

Miró a su alrededor. Sin soltar la mano de Jazmín, Violeta se había girado para observarla con el ceño fruncido. Rocío se mordió el labio con fuerza. Estaba en un prostíbulo, con la única compañía de una madama y una prostituta que acababa de volver a la vida. ¿Qué lugar era aquel para ponerse de parto?

—No, por favor —suplicó bajando la vista a su redondeado vientre—, aquí no.

Pero una nueva oleada de dolor le impidió seguir hablando. No necesitó más confirmación para adivinar que su hijo tenía prisa por llegar al mundo.

Capítulo 20

El 22 de junio de 1940 el mundo dio otro pequeño paso hacia la más profunda oscuridad. Ocho días después de la toma de París, Francia firmó en un vagón de tren un armisticio mediante el cual accedía a que los alemanes ocuparan la mitad norte del país y la costa atlántica. Con esta audaz maniobra, Hitler se aseguraba de que la poderosa flota gala no se uniera a la británica, consciente de que la Kriegsmarine no se encontraba en condiciones para la conquista de las colonias de ultramar.

Desde ese mismo momento, Francia quedó fragmentada en dos. El norte se convirtió en zona ocupada bajo el control alemán, donde la Wehrmacht era la máxima autoridad. Al lado sur de la línea de demarcación quedaba la zona libre; por debajo del río Loira se estableció un régimen colaboracionista con los nazis cuya capital era la ciudad de Vichy y estaba en manos del mariscal Pétain. La falta de efectivos para ocupar los territorios del norte de África fue la culpable de que el Führer se viera forzado a dejar las colonias francesas bajo el control de Pétain, el héroe de Verdún. Con todo, Argelia no quedaba, ni mucho menos, fuera de peligro. El Tercer Reich avanzaba imparable y era cuestión de tiempo que extendiera sus tentáculos sobre el tentador imperio que se extendía al otro lado del mar.

Entretanto, la vida seguía su curso en un precario equilibrio, lo que para Aurora Robles vino a significar un nuevo exilio, esta vez como integrante de una compañía de teatro itinerante. Añoraba la pensión Valencia, siempre alborotada y bulliciosa, pero a la vez acogedora y hogareña. Aquellas mañanas de «buenos días» en el

pasillo abarrotado, colas a la puerta del retrete, aroma a café y trajín continuo eran un agradable recuerdo que se iba difuminando con cada kilómetro que se alejaba. Sin embargo, lo peor era la ausencia de doña Tecla y Paloma, que suponía un nuevo peso que debió aprender a soportar. Aurora asistía impotente a cómo el destino se empeñaba en arrebatarle todo aquello por lo que sentía apego, como si no tuviera derecho a amar y cada vez que lo intentase fuera castigada sin piedad.

Vagar de pueblo en pueblo no ayudaba a paliar su sensación de desarraigo. Siempre en movimiento, siempre cambiando de lugar y de caras. Siempre alerta. De un día para otro había pasado de dormir cada noche en la misma cama a hacerlo en casas de desconocidos. Lo único que animaba a Aurora era la perspectiva de que, en cada nuevo lugar al que llegaba, con un poco de suerte tal vez pudiera dar con alguna pista acerca del destino de sus hermanas. Esa idea le insuflaba unas fuerzas que la impelían a no rendirse.

Gumersindo Pineda no se parecía en nada al director a cargo de los espectáculos en el Alhambra, dado a los aspavientos y ataques de nervios. Era en cambio campechano y sencillo, y se comportaba como un miembro más de la agrupación. Soltero a pesar de sus sesenta años cumplidos y algo amanerado, era oriundo de Orihuela, tenía las extremidades lánguidas y los párpados flácidos sobre unos ojos todavía vivarachos, y sentía una gran devoción por Miguel Hernández, de quien aprovechaba la más mínima oportunidad para presumir de haber sido vecino. Bajo su tutela, la compañía se había formado varios años atrás gracias a un puñado de artistas españoles exiliados y repartidos por el Oranesado y, aunque en un principio se había dedicado en exclusiva al teatro, acabó incorporando todo tipo de entretenimientos que iban y venían según lo hacían los artistas en cuestión. Para cuando se les unió Aurora ya contaban con un matrimonio que bordaba las zarzuelas, su hija regordeta que cantaba y bailaba con su vestido de tul rosa, un equilibrista que cortaba la respiración, un payaso con gran habilidad haciendo

malabares y su esposa, que era tan bajita que casi parecía una niña, y lo acompañaba en algunos números. Supo Aurora que algunos miembros se habían enamorado, casado e incluso tenido hijos después de conocerse en la Alegría. Juntos iban y venían, recorriendo aquella tierra tan cercana y a la vez lejana de la propia, actuando y llevando jolgorio allá por donde pasaban. Cada cual con su historia a cuestas, con sus anhelos y sus penas. Aurora les estaba agradecida porque la hubieran acogido como a una más sin apenas conocerla. Sin duda, la compañía Alegría era una gran familia. La única pega es que no era la suya.

—¡Venga, niña —le decía la mujer del payaso, tan risueña como su marido—, alegra esa cara que parece que vengas de un entierro!

Y Aurora lo intentaba, no dejaba de hacerlo por ella, pero sobre todo por Estrella y Rocío. Porque algún día, ojalá cercano, aquella época no fuera más que una pesadilla, un mal recuerdo que olvidar.

Sin domicilio fijo, solían desplazarse repartidos entre el viejo furgón de Gumersindo y varios carros. Hacían algunos tramos a pie, recorriendo desde campos fértiles sembrados de naranjos o cereales a terruños polvorientos en los que los remolinos de viento campaban a sus anchas. A veces lo hacían en mitad de un solitario silencio, otras, acompañados a lo lejos por árabes con turbante que pastoreaban sus rebaños. Conforme se acercaban a las zonas habitadas, la concentración de personas aumentaba y las construcciones dejaban de ser modestos *gurbis* aislados para agruparse en calles ordenadas, avenidas con comercios de todo tipo: *salon de coiffure, pharmacie, boucherie…* y animadas plazas con iglesias y templetes donde acudir los domingos. Por lo general, el director se adelantaba para negociar con las autoridades las salas donde actuarían y conseguir alojamiento para su gente. El resto de la *troupe* lo seguía al ritmo pausado de las mulas.

Las actuaciones empezaban los jueves y se sucedían cada noche hasta el domingo, cuando Gumersindo repartía la paga a partes iguales entre los adultos y media para los niños. Representaban obras distintas puesto que iban destinadas al mismo público y era

preciso ofrecer siempre algo nuevo. Su variado repertorio abarcaba desde obras teatrales a zarzuelas, de las risas que provocaba el payaso desparramando pelotas por el suelo al aliento contenido por la tensión del equilibrista caminando sobre la cuerda floja. Resultó que Aurora tenía buena voz, suave y templada, sin grandes pretensiones, pero válida para dar el tono cuando tocaba. También causaba buena sensación interpretando pequeños papeles, por lo que Gumersindo Pineda la felicitó. Su mayor problema por entonces era que justo antes de salir al escenario el corazón le brincaba enloquecido en el pecho, se le secaba la garganta y le sudaban las manos.

—Con esa voz tan dulce y lo guapetona que eres nadie se dará cuenta si te equivocas —la había tranquilizado Gumersindo la primera vez al notar su nerviosismo—. Y si te quedas en blanco, no te preocupes, que Halima está al quite. Vamos —la animó y le dio un empujoncito en la espalda para que saliera de entre bambalinas—, no nos falles ahora.

Halima era una pieza fundamental de la compañía. Encargada de maquillar y vestir a los actores y actrices en cada actuación, tenía además una gran habilidad con las manos, por lo que lo mismo hacía arreglos y remiendos para adaptar las diferentes prendas que montaba un decorado con escasos medios, consiguiendo un resultado de lo más vistoso. También era la apuntadora, siempre atenta para lanzar al aire el comienzo de una frase y rescatar al actor naufragado.

—Yo no sirvo para esto —murmuró para sí Aurora después de su primera aparición, agazapada a la espera de que le tocara volver a salir con el cuerpo blando y el estómago del revés.

—Claro que sí —respondió Halima empleando el mismo tono quedo—, solo tienes que acostumbrarte, ya verás cómo en unas semanas se te ha pasado el susto.

Aurora sentía una simpatía natural hacia Halima, la única integrante musulmana de la compañía. De orígenes *amazigh,* había llegado hasta allí acompañando a su marido, un español grande y

peludo que hacía el espectáculo del hombre forzudo. Vestía siempre una modesta chilaba de algodón blanco que tan solo mostraba sus pies descalzos, mientras que el turbante de su cabeza desvelaba unas gruesas trenzas. Olía a aceite de argán y eucalipto y sus mejillas, frente y barbilla habían sido tatuadas en algún momento con tinta verde. De contornos voluminosos, Halima caminaba con el vaivén de un barco en medio de la tempestad al arrastrar su pierna izquierda, pues de niña había sufrido una meningitis que la dejó con medio cuerpo adormecido.

—Ojalá pudiera quedarme entre bambalinas como tú —anheló Aurora.

—No digas eso, anda, que si a mí no me muestran ante el público, es por una buena razón —musitó la otra con un vago gesto hacia su pierna inútil—. La gente paga por olvidar un rato sus penas, no para ver las de otros.

—Disculpa, no he querido ofenderte.

—No lo has hecho —la tranquilizó, la atención puesta en cuanto ocurría en escena—. Venga, ahora prepárate que vuelves a salir. ¿Te acuerdas o te doy pie?

En los pueblos donde actuaban era habitual encontrar gran cantidad de exiliados españoles, algunos venidos tras la derrota, aunque la mayoría llevaban allí desde mucho antes, varias generaciones incluso, y ya se habían establecido con sus familias. Pequeños comerciantes, propietarios de modestos negocios, empleados por cuenta ajena, ya fuera para los franceses o para los compatriotas con mejor fortuna. Conocedores todos de los sinsabores de un exilio que, aun siendo voluntario en la mayoría de los casos, no por ello dejaba de escocer como limón en las heridas. A unos y otros alegraba por igual la llegada de la compañía y solían ofrecer sus casas para alojar al elenco de artistas durante los días que estos pasaban allí. Gumersindo era quien repartía a su gente según lo que encontraran disponible. En primer lugar se tenía en cuenta a los matrimonios y a las familias, a quienes se les cedía los espacios más confortables, por lo que al estar sola, no era extraño

que Aurora acabara conformándose con extender un colchón en las cocinas de aquella buena gente. Pero no todos eran tan fáciles de contentar.

Risto era, además del hombre forzudo y el marido de Halima, un hombre tosco, de pocas palabras y trato áspero. Pendenciero y bebedor, poseía un portentoso bigote y un orgullo aún mayor. Hinchaba el pecho velludo para asegurar que no mendigaba caridades, así que él y su mujer tenían por costumbre dormir sobre el mismo escenario de la sala donde se actuaba. No hubo manera de hacerle comprender que el alojamiento no era caridad, sino un ofrecimiento que las familias locales hacían con gusto; al fin y al cabo, alojar artistas siempre era algo de lo que poder alardear una buena temporada ante el resto de vecinos. Aun así, para Risto aceptar cama era signo de debilidad y por eso no le importaba dormir en un jergón sobre las duras tablas o, lo que era peor, que lo hiciera su esposa. Si Gumersindo Pineda seguía contando con Risto, era solo por no perder a Halima, puesto que, si despedía a uno, la otra marcharía con él. Pero tan cierto era que todos en la compañía adoraban a Halima como que aborrecían a Risto.

Completamente agotada, Aurora se tumbó en la cocina del matrimonio que regentaban el Bar Sierra, donde servían una tortilla de patatas con cebolla para chuparse los dedos. Esa noche había representado el papel de ama de llaves de la condesa en *Hija y madre.* La caracterización había sido perfecta: el pelo con la raya en el centro, tirante hacia la nuca con un moño pequeño, vestida de negro hasta los tobillos y un delantal grande con un bolsillo para las llaves. La cicatriz en forma de medialuna que cruzaba su mejilla había quedado bien oculta con maquillaje y los aplausos para aquella última actuación antes de abandonar el pueblo habían sido abrumadores. A fin de evitar el mordisco del desamparo a esas horas de la noche, fue a buscar la fotografía que Paloma le había dado antes de su partida. En ella aparecía retratada su amiga con Ginesito sentado en el regazo y su eterna sonrisa en los labios. Aurora había adquirido la costumbre de contemplarla antes de

apagar el candil, de refugiarse en aquellos rostros conocidos, como una especie de talismán, o quizá solo fuera una forma de recordarse a sí misma que no estaba sola en el mundo. La buscó con nerviosismo creciente, solía llevarla siempre consigo, pero no aparecía. Su angustia solo se mitigó al caer en la cuenta de que se le debía de haber caído al cambiarse de ropa tras la función. Necesitaba recuperarla, no podía marcharse de allí al día siguiente sin su único tesoro.

Se dirigió a la sala en la que estarían Risto y Halima, calculando que todavía no se habrían acostado. Tenía una ligera idea de dónde podía habérsele caído, así que no se demoraría más que un par de minutos. Encontró la puerta trasera abierta y entró sin apenas hacer ruido. La voz ruda de Risto la detuvo antes siquiera de poder anunciar su presencia.

—¿Qué haces todavía levantada, pedazo de burra? —escuchó rugir con desprecio—. ¿No te tengo dicho que vayas derechita a nuestro catre? ¿De qué me sirve estar casado si mi mujer no me calienta la cama? ¿Y por qué no me has preparado mi cigarro? Sabes que sin él no cojo el sueño.

—Solo tardo un minuto —escuchó contestar a Halima entonando su dulce acento—. Gumersindo me pidió que remendara…

—¡Ni Gumersindo ni hostias! —la cortó Risto—. Tu marido soy yo y me obedeces a mí. ¿Te queda claro?

Aurora dio unos pasos para acercarse al escenario con la intención de comprobar lo que ocurría. Allí se estremeció al ver que Risto había agarrado a Halima por el cogote para acercarle la cabeza a su rotundo bigote.

—Te he preguntado si te queda claro.

Desde el primer momento, Aurora había experimentado un profundo e instintivo rechazo hacia aquel hombretón. No le gustaban sus maneras ni el olor a alcohol que solía desprender su aliento ya desde primera hora de la mañana, por lo que había procurado mantenerse alejada de él. Ahora se preguntaba si no debería intervenir de alguna forma.

—Pero, Risto, si no termino esto…

El brutal bofetón que resonó en la estancia tuvo dos efectos inmediatos. Por un lado acalló a Halima, por otro, a punto estuvo de arrancar un grito de la garganta de Aurora. El forzudo, cegado de rabia, no se percató del leve crujido al otro extremo de la sala.

—No soporto que me repliques —masculló de modo que sus palabras se sintieron como nuevos golpes. Agarró del brazo bueno a Halima y se lo retorció hasta que esta, sumisa, se arrodilló ante él—. Eso está mejor. Y ahora andando, que es gerundio.

Aurora, que se había llevado una mano al rostro justo donde aquella buena mujer había recibido el bofetón, sintió bombear su sangre en las venas con rapidez. A pesar de su instantánea animadversión por Risto, jamás hubiera podido imaginar que era tan despreciable. No comprendía cómo alguien con la ternura de Halima podía estar casada con un monstruo como aquel.

* * *

Halima no recordaba haber sido niña, quizá porque la infancia fue tan dura y despiadada como después resultó ser la vida adulta. Hacía cerca de cuarenta años que había nacido en la Cabilia, en un pequeño pueblo del Alto Atlas, en el seno de una familia *amazigh* que se aferraba con fiereza a su fe, tal vez por ser esta la única de sus posesiones.

Se repartían entre el trabajo de la tierra árida de las montañas y el cuidado de unos pocos animales que vivían en el corral junto a la casa, tan escuálidos y tristes como los hijos. El padre, de carácter hosco y silencioso, poseía, en cambio, la sabiduría de sus ancestros, de modo que a su casa llegaban gentes de todas partes en busca de alivio para sus males. A Halima le apasionaba aquel conocimiento y su mayor deseo fue siempre que su padre lo compartiera con ella, algo que jamás ocurrió. Al fin y al cabo, no era más que una mujer.

Aprendió a conformarse con presenciar la llegada de los enfermos o, si tenía suerte, espiar por la rendija de la puerta para ver cómo su

padre seleccionaba brotes y semillas para sus preparados e infusiones con un mimo que no le conocieron sus hijos ni sus dos esposas. Aunque el mejor momento, el que siempre la sobrecogía hasta contener el aliento, era cuando el curandero colocaba sus manos muy cerca de sus cabezas y cerraba los ojos para entrar en un trance que parecía aquietarlo todo a su alrededor.

Su golpe de suerte llegó cuando la vista de su progenitor empezó a fallar y se vio forzado a recurrir a ella para que recolectara las plantas o lo ayudara con las preparaciones. Así fue como llegó a aprender mucho más de lo que jamás se hubiera atrevido a soñar. Y es que, con doce hermanos a cargo, todos varones, en Halima recayó la responsabilidad de afrontar junto a las esposas del curandero las infinitas tareas domésticas y el cuidado de los más pequeños, los que todavía no tenían edad para salir a trabajar. Nunca se quejó. Ni siquiera se le hubiera ocurrido hacerlo. ¿De qué hubiera servido?

También al ser la única hija era la responsable de la honra familiar. No había lugar para tacha alguna, la reputación de todos sus seres queridos dependía de ello. No obstante, su vida dejaba poco lugar a deslices o murmuraciones. Dedicada en cuerpo y alma a sus quehaceres diarios, ni siquiera intercambiaba palabra alguna con otros hombres que no fueran sus hermanos o su padre. Sabía que, llegado el momento, él sería quien le buscase un esposo que considerase adecuado. Así la habían educado y ella cumplía con abnegación. A veces pensaba que el motivo de que aún no se hubiera formalizado ningún compromiso era aquella tara con la que debería convivir el resto de su vida, pues caminaba arrastrando siempre el lado izquierdo de su cuerpo, que se negaba a seguir el compás del derecho.

Tal vez la vida de Halima habría continuado así de triste, de no ser porque el destino se empeñó en demostrarle que aún podía serlo más. Un mal día apareció por el pueblo un chamarilero con sus baratijas a cuestas. Chamarileros había visto muchos otros antes y Halima disfrutaba acercándose a admirar el brillo de las preciosas

pasamanerías o el grácil vuelo de las cintas de terciopelo al viento. Jamás compraba, no tenía dinero para siquiera soñar con hacerlo, pero mirar era gratis y solía darse aquel fútil capricho cuando se presentaba la ocasión. No se percató de que aquel hombre con la piel curtida y polvorienta no era musulmán hasta que fue demasiado tarde.

—¿Te gustan estas cintas, preciosa?

El chamarilero, alto y corpulento como una bestia, agitó un puñado ante sus ojos, pero Halima no alcanzó a verlas. Solo podía pensar en que, si su padre se enteraba de que había estado tan cerca de aquel cristiano, la molería a palos. Aterrorizada, lanzó un rápido vistazo por encima del hombro para comprobar si había alguien más en aquella callejuela que hubiera podido verla. Descubrir que estaban solos la tranquilizó. Todavía no podía imaginar lo equivocada que estaba.

—Son bonitas, ¿verdad? —insistió el hombre—. Casi tanto como tú… mira, te regalo la que más te guste.

Por una milésima de segundo, Halima tuvo la tentación de salir corriendo. Su voz interior le gritaba que lo hiciera. Pero ese día era diferente, era su cumpleaños. Cumplía dieciséis y nunca nadie le había regalado nada. Sopesó la idea por un momento, atraída por la suavidad que intuía en el terciopelo. Sus ojos brillaron con una ilusión casi infantil.

—Vamos, no seas vergonzosa. ¡Escoge una!

Un destello celeste se agitó frente a sus ojos y no pudo resistirse. Señaló con timidez aquella cinta y el chamarilero la desenroscó para entregársela. En cuanto el terciopelo rozó sus dedos la joven se estremeció de placer. Era aún mejor de lo que había imaginado. Sin duda, aquel era el mejor cumpleaños de su vida.

No tardaría en convertirse en una pesadilla.

* * *

—Los tienes muy cabreados.

Bernabé Toca sonrió. Sabía bien a quién se refería Rodrigo.

—Eso espero.

El consulado español era un edificio achaparrado de dos plantas con balcones en las ventanas y bandera rojigualda levantado en el chaflán conformado por las calles Citoyen Bezy, Bastille y Floréal Mathieu. Hacía calor y el bullicio del cercano *boulevard* d'Arzew les llegaba a través de las ventanas abiertas.

—*Un casse-cul* —continuó Rodrigo respondiendo a su sonrisa—. Algo así como un grano en el culo. Si no recuerdo mal, es como te describió ayer nuestro querido prefecto Louis Boujard en la comida que tuve el placer de compartir con él.

—¡Ja! —se carcajeó Bernabé divertido—. Podía haber sido peor.

—Desde luego —concedió Rodrigo siguiéndole la broma—, no se puede negar que le pones empeño para que así sea.

El cónsul cabeceó despacio, admitiendo con orgullo que tenía toda la razón. Después suspiró y su semblante recuperó el gesto grave y atribulado.

—Escucha —dijo—, esto se va a poner interesante.

Bernabé se acercó a su escritorio, se sentó en el borde de la mesa antes de abrir una caja de brevas de la marca Jorro y ofrecerle uno a Rodrigo, que lo rechazó, para a continuación encenderse uno. Fumó despacio, con la vista puesta en la ventana.

—No es ningún secreto que Franco quiere recuperar el Oranesado para España…, lo que no muchos saben es que lo quiere ya —explicó Bernabé—. Operación Cisneros, la llaman, por eso de que fue el cardenal Cisneros quien llevó a cabo la conquista española de Orán hace más de cuatro siglos.

—No se han calentado mucho la cabeza con el nombre, que digamos.

—En fin, ya estás al tanto de que Pétain fue embajador de Francia en Madrid y hasta ahora se entendía de maravilla con Franco.

—¿Hasta ahora? —inquirió Rodrigo con agudeza.

—Franco le ha exigido la restitución del territorio, pero Pétain se ha hecho el sordo mientras su ministro de Exteriores, Paul Baudouin, ha dicho que sí, que nos devuelven el Oranesado a los españoles, pero cuando la guerra en Europa termine. ¡Mira que son cabrones! Ya te imaginarás cómo le ha sentado al generalísimo que lo ninguneen así.

Rodrigo se podía hacer una idea.

—Franco no es de los que se achantan precisamente, que de altura andará escaso, pero de cojones va bien sobrado —continuó Bernabé—. La firma del armisticio ha cambiado las reglas del juego. Ahora Francia es un pelele en manos alemanas, por lo que Franco va a darle la patada a Pétain como este se la dio antes a él.

—Donde las dan, las toman.

—Ya ves que los caminos diplomáticos son largos y con infinidad de requiebros. Está prevista una reunión con el mismo Führer y me juego el pescuezo a que Franco aprovechará para pedir lo que considera suyo, que no es otra cosa que este suelo que pisamos. Claro que Hitler también tendrá sus propias exigencias, y tampoco nos podemos olvidar de Mussolini, que está deseando hincarle el diente a su parte del pastel en el norte de África.

Bernabé se acercó el cigarro a la boca y se deleitó en la última aspiración. Sin separar el trasero de la mesa, se giró para aplastarlo en un cenicero de cristal tallado.

—En resumidas cuentas, amigo, se nos acabaron las vacaciones. Toca ponerse a trabajar.

Moragues rio la ironía. Bernabé no había dejado de trabajar por los españoles ni un solo día desde que fuera nombrado cónsul. Se podía decir que la descripción del prefecto no andaba desencaminada, pues a punto había estado de provocarle una úlcera en más de una ocasión. De este modo, siendo las reclamaciones y las arengas incendiarias del diplomático de sobra conocidas en la ciudad, la participación de Rodrigo estaba condenada a permanecer en la sombra. De que así continuara siendo dependían futuras acciones, además de su propia supervivencia.

Ahora fue él quien buscó refugio en el aire que se colaba por la ventana abierta.

—El *commissaire* Blanchard vino ayer a verme, me ha pedido un listado —anunció Rodrigo sin rodeos—. Quiere los nombres de todos los españoles empleados en los viñedos del Oranesado, los fijos y los temporeros. Opina que como propietario del Soleil d'Oran cuento con los contactos necesarios para conseguirlos. Lo que no me ha aclarado es lo que pretende hacer con ellos.

—Ni falta que hace. Tu suegro es un tocapelotas muy peligroso.

—No es mi suegro todavía —se removió Rodrigo.

—Pero peligroso ya lo es. Y mucho.

Rodrigo cabeceó como asentimiento. Si Delphine, con su egocentrismo tirano y sus celos enfermizos, le inspiraba un profundo aborrecimiento, su padre le provocaba un sentimiento bien distinto. Había oído un sinfín de historias acerca de la crueldad del *commissaire* de policía de Orán, a cual más escalofriante. Sin duda, Bruno Blanchard era un personaje con el que cualquier precaución era poca.

—¿Qué le digo del listado?

—Contenlo como puedas —le pidió Bernabé con la mirada fija en él—. Eres listo, Rodrigo, seguro que se te ocurre algo. Danos algo más de tiempo.

Capítulo 21

La hija de Rocío había nacido en una casa de putas, eso era cierto, como también lo era que había nacido sana y preciosa. La madre la miraba con arrobo, sorprendida aún por el hecho de que fuera una niña. Durante todo el embarazo había estado convencida de que sería un varón, incluso tenía pensado llamarlo Benigno, como su padre. Sin embargo, la vida le había deparado una nueva sorpresa. Casi parecía que la suya estuviera destinada a ser una familia de mujeres desarraigadas, marcadas por las desgracias y las guerras. Apartó aquel funesto pensamiento cuando la pequeña se movió con un leve quejido, y la levantó del moisés para calmarla.

—Si la coges tanto, acabarás malcriándola —susurró Estrella, que las observaba desde el quicio de la puerta.

—Mira quién fue a hablar —replicó Rocío en el mismo tono quedo—, llevas toda la mañana con ella en brazos.

Su hermana sonrió como si la hubieran pillado en falta y dio un par de pasos hasta colocarse a su lado para mirar a la pequeña.

—Lo hacía solo para que tú pudieras descansar.

—Ya, claro.

Ahogaron una risa cómplice, a sabiendas de que ambas habían caído presas de un misterioso embrujo que las mantenía hipnotizadas durante horas mirando aquella nueva vida moverse, estirar sus extremidades o simplemente respirar.

Un ruido en la cocina borró al instante la sonrisa de Rocío. Tras un parto tan rápido que el doctor Rafael, quien venía de camino para atender a Jazmín, se encontró a su llegada con que la criatura ya estaba sobre el pecho de su madre, Violeta había insistido en que

ambas descansaran en una de las habitaciones. Pero Rocío se había negado a que su hija pasara su primera noche en este mundo en un prostíbulo, bastante cruz era ya haber nacido en uno. Así pues, desoyendo los ruegos de la madama y las recomendaciones del médico, Rocío llegó a casa por su propio pie cuando despuntaban las primeras luces del alba. Dado que no había podido convencerla de que guardara reposo, el doctor Rafael la había acompañado. La ayudó a subir el tramo de escaleras y se encargó de dar instrucciones a una adormilada y atónita Estrella. Por fin en su propia cama, Rocío cayó en un ligero duermevela acurrucada junto a su hija, para la que todavía no había decidido nombre.

El siguiente ruido, aunque amortiguado, hizo que Estrella se excusara.

—Voy a pedirle que lleve más cuidado.

Rocío no logró evitar torcer el gesto. Al tanto como estaba del incidente de Olvido en El Jardín, con lo que no había contado era con que la muchacha acabara refugiándose en su casa. En otro momento, Rocío hubiera puesto el grito en el cielo, pero ahora reservaba las escasas fuerzas que le quedaban para su pequeña y para ella misma, puesto que, aun habiendo sido un parto sencillo y breve, sentía en cada fibra de su dolorido cuerpo el inmenso esfuerzo realizado. Tampoco se le escapaba que era precisamente eso lo que le había valido una tregua con Estrella, evitando tener que afrontar el hecho de que le había ocultado el colgante. Si en algún momento su hermana pretendió reprocharle su comportamiento, la llegada de la pequeña había acabado por difuminar cualquier rencor. Con todo, no le gustaba que Olvido estuviera en su casa, durmiendo en el sofá y comiendo de su comida. Resultaba inevitable sentir lástima por ella, pero algo en su interior le gritaba que no era de fiar. Además, ahora que iba a estar un tiempo sin poder trabajar, solo con el modesto sueldo que Estrella traía de la relojería hubieran pasado apuros siendo dos, no quería ni pensar ahora que eran cuatro. Rocío suspiró. Refugiadas en aquel país que no era el suyo, sin su hermana Aurora, lejos de cuanto

habían conocido, eran demasiado vulnerables. No podían permitirse complicar aún más las cosas. Y, aun así, lo estaban haciendo.

Dos días después, durante una visita rutinaria de la siempre sonriente María Gutiérrez para comprobar cómo se encontraban madre e hija, llamaron a la puerta. Fue a incorporarse, pero la enfermera la detuvo y ella misma fue a abrir mientras Rocío aguardó arrullando a su bebé en el salón. Estaba sola; al menos cuando Estrella se marchaba a la relojería, Olvido tenía el buen tino de desaparecer. Rocío no sabía dónde se metía ni tampoco preguntaba, le bastaba con no tenerla cerca.

No tardó María en regresar y lo hizo seguida por Jazmín.

—Como veo que estás bien acompañada, yo me marcho —anunció María con tono alegre, no sin darle a continuación las últimas instrucciones—: Sigue poniéndotela mucho al pecho, es la mejor forma de que te suba la leche. ¡No te levantes! Ya me conozco el camino.

Rocío se percató de cómo antes de irse, la enfermera dejaba en la cocina un paquete con discreción y sonrió agradecida. Ni ella ni el doctor habían aceptado pago alguno por sus cuidados y además solían llevarles algo de comida para que la reciente madre repusiera fuerzas. Hasta le habían regalado aquella monería de moisés. Por suerte, aún existía gente buena en el mundo, se dijo.

—¡Veo que estás estupenda! —la voz cantarina de Jazmín, que ahora sonaba ronca, la sacó de sus cavilaciones—. Nadie diría que acabas de parir, chica.

—Yo sí que lo noto —rio Rocío, rememorando ese instante en que su cuerpo empujaba con una fiereza sobrehumana para dejar pasar a la nueva vida que se abría camino. Ni siquiera cuando creyó que se partía en dos del dolor se detuvo. Había sido el momento más salvaje de toda su existencia y, sin duda, había merecido la pena porque le había permitido conocer el amor más inexplicable.

—Bobadas, incluso preñada siempre fuiste la más guapa de El Jardín —le guiñó uno de sus ojos felinos—. ¡Menudo cabreo tenía Violeta por semejante desperdicio!

La niña soltó el pezón al que había estado enganchada y estalló en un súbito llanto. Rocío se la cambió al otro pecho en un intento de apaciguarla.

—La tengo todo el día a la teta, y la noche también, no te creas. Pero llora mucho… —suspiró Rocío. Cuando la pequeña se calmó con la succión, se volvió hacia la prostituta y, con un inconsciente gesto hacia el cuello que esta llevaba cubierto con un pañuelo, preguntó—: Y tú, ¿cómo estás?

—Ya ves. —La joven deshizo el lazo con los dedos y dejó caer la fina tela, descubriendo los oscuros moretones que ocultaba—. Viva, gracias a ti.

—Cualquiera hubiera actuado igual en una situación así.

—El doctor me explicó que me salvé por lo que hiciste —explicó, dejando a un lado su habitual gesto despreocupado para ponerse seria.

—Estás viva porque debías estarlo, Jazmín, estoy convencida de ello.

—Por cierto, ya no hace falta que sigas llamándome así. He dejado El Jardín.

—¿Cómo es eso?

—Estoy harta de esa vida en la que no escasean los sobresaltos. Después de este tiempo tengo algo ahorrado y he decidido que no puedo seguir malgastando mis mejores años de esta manera. Tengo una tía en la Francia metropolitana, como le dicen aquí, y pienso comprar un pasaje para ir a verla. Luego Dios dirá. Lo único que sé es que me voy de Argelia, Rocío.

—Me alegro mucho por ti.

—Lo sé. No podía irme sin despedirme de la persona que me ha regalado esta segunda oportunidad. Además, quería decirte que te debo una, y yo soy de las que pagan mis deudas. Así que si algún día hay algo en lo que yo pueda ayudarte, no dudes en hacérmelo saber. —Se levantó y con un par de movimientos enérgicos alisó un bonito vestido floreado que apenas era capaz de contener la exuberancia de su cuerpo, tras prometerle que le enviaría sus señas

tan pronto se instalase con su tía. Luego se inclinó para besar a Rocío en la mejilla—. No quiero que se me haga tarde. Cuidaos mucho.

—¡Espera! —la detuvo Rocío antes de perderla de vista, seguramente para siempre—. No me has dicho tu verdadero nombre.

—Me llamo Filomena —contestó con un divertido encogimiento de hombros—. Es mucho más aburrido que Jazmín, ¿no te parece?

—A mí me parece un nombre muy bonito. Adiós, Filomena, que tengas suerte.

* * *

La convivencia con Olvido resultó complicada. Lo que se suponía que no iban a ser más que un par de días se convirtió en un par de semanas en las que la tensión no hacía más que crecer a cada minuto. Estrella se encontraba navegando entre dos aguas. Por un lado estaba su hermana, por el otro, su vieja amiga. Trataba de contentar a ambas, algo del todo imposible, y por lo general acababa con mala cara de alguna de ellas o de ambas.

—No sé por qué te empeñas en cuidar de ella —se exaltó Rocío—. Ni por qué le permites que te hable como te habla.

En realidad, Estrella no dejaba de preguntarse lo mismo. Y es que no le faltaba razón a su hermana: aquella mujer en nada se parecía a la que recordaba. En el cuerpo de quien un día fue una joven alegre y parlanchina ahora habitaba otra taciturna que se perdía durante horas en silencios malhumorados. Las sonrisas habían sido derrocadas por mohines de disgusto y la mirada soñadora, por otra tan oscura que daba verdadero pavor asomarse a sus profundidades. Pese a todo, seguía insistiendo en salvar a Olvido de sus propias sombras.

—Ya sabes lo que pienso de todo esto —afirmó Rocío, que no se resistió a añadir—: Acogerla en esta casa fue un error y, cuanto antes lo reparemos, mejor nos irá a todas.

A pesar del descontento de su melliza, Estrella atendía a Olvido lo mejor que sabía, dándole espacio y acallando las decenas de preguntas que acudían a sus labios. Lo hacía casi con devoción, rememorando los buenos momentos compartidos años atrás al tiempo que se esforzaba por ignorar sus continuos desprecios.

Cada noche Olvido le aseguraba que sería la última, siempre anhelando escapar de allí, como si la cercanía de Estrella le quemara en la piel aun sin tocarla. Sin embargo, por algún motivo, la noche llegaba y seguía allí. Y lo mismo ocurría con la siguiente. Cada amanecer, Estrella asomaba la cabeza por la puerta del dormitorio y suspiraba con alivio al descubrir que aquel cuerpo torturado seguía acurrucado en el sofá, que no se había esfumado como si su presencia solo hubiera sido un sueño. Lo que de verdad la aterrorizaba era que Olvido cumpliera su palabra y volviera a desaparecer de su vida, esta vez para siempre.

—¿Necesitas algo? —preguntó Estrella antes de retirarse a dormir, una noche más, esperando recibir el desabrido y habitual gruñido de respuesta. Pero, para su asombro, en aquella ocasión fue diferente.

—No deberías preocuparte tanto por mí —murmuró Olvido.

—¿Por qué dices eso?

—Porque eres demasiado buena, Estrella. Y, si no llevan cuidado, a las personas buenas les acaban pasando cosas malas.

—No digas tonterías. Yo solo quiero que las cosas vuelvan a ser como antes.

—Entonces eres más ingenua de lo que creía.

—No te confundas, tú no eres la única que ha sufrido. A nosotras la guerra también nos destrozó la vida, ¿sabes?, la diferencia es que yo me obligo a seguir en pie. Tú eres libre de rendirte si quieres, pero no me pidas que haga lo mismo.

Estrella no se quedó a escuchar una respuesta que de nada le servía. Estaba claro que, por mucho que se esforzara, Olvido no quería su ayuda. Se retiró al dormitorio pensando que tal vez lo mejor fuera dejarla marchar. Por mucho que doliera, tendría que hacerlo.

Esa misma noche, solo unas horas más tarde, unos gritos despertaron a Estrella. Se incorporó sobresaltada, con el temor a que algo le hubiera ocurrido a la bebé. A la luz del candil que su hermana había olvidado apagar, rendida por el cansancio de mecer a su hija, pudo ver a Rocío reclinada sobre los almohadones, con la pequeña al pecho. Ambas dormían con la respiración pausada y tranquila. Empezó a pensar que habría sido un sueño cuando volvió a escucharlo. Rocío se removió a su lado sin llegar a despertarse. Estrella saltó de la cama, dispuesta a averiguar el origen de aquellos terribles alaridos antes de que turbasen la efímera paz de madre e hija.

Por las ventanas del salón entraba la luz de una luna llena pesada y amarilla. En el sofá, Olvido se removía inquieta, agitando brazos y piernas como si luchase con algún ser que solo ella podía ver. Al acercarse, Estrella se dio cuenta de que seguía dormida y dedujo que debía de estar sufriendo una pesadilla que la torturaba en sus horas más vulnerables. Olvido dejó de sacudirse con violencia para balbucear frases inconexas, atolondradas. El sufrimiento de su vieja amiga era tan intenso que a Estrella le partía el corazón verla así. Despacio, con movimientos lentos, se acercó al sillón para acariciar su frente sudorosa. Temió despertarla pero, para su sorpresa, el contacto tuvo el poder de relajar sus facciones contraídas.

—Shhhh… shhhh…

Le susurró como hacía para calmar a su sobrina, utilizando un tono quedo y suave. Olvido siguió murmurando palabras sueltas imposibles de descifrar un par de minutos más en los que Estrella la acariciaba. Cuando al fin se detuvo, llegó el llanto. Uno sereno, de sollozos hondos y lágrimas gruesas.

—Estoy contigo —susurró Estrella—, estoy contigo.

Sin pensárselo, Estrella se tumbó al lado de Olvido y la abrazó, pegando su pecho a la espalda de ella. Entonces, en vez de despertar y echarla de malos modos como era su costumbre, Olvido fue dejando de llorar poco a poco y sus músculos se relajaron hasta que su respiración se volvió pesada y lenta. Estrella no se movió,

dispuesta a permanecer a su lado, velándola la noche entera, espantando sus viejos fantasmas uno a uno si era necesario para que la dejaran dormir.

Aspiró y descubrió ese nuevo olor de Olvido, que ya no era el de tabaco rubio y limón. Ahora su olor era el de las lágrimas y el desconsuelo.

—¿Qué fue lo que te pasó? —susurró—. ¿Qué ocurrió para que sufras así?

* * *

Olvido se despertó con las primeras luces del amanecer y durante unos instantes la invadió una maravillosa sensación de paz, algo que no le ocurría desde hacía tanto tiempo que ya ni siquiera recordaba. Desubicada, parpadeó un par de veces, los contornos se veían aún difuminados y tardó unos segundos en reconocer el salón de Estrella y Rocío. Y apenas unos pocos más en percibir una respiración a su espalda.

Se tensó al momento y su estupor creció al descubrir que era Estrella quien dormía a su lado. ¿Qué hacía allí? ¿Desde cuándo estaba en el sofá junto a ella? Sin esperar a obtener respuesta a sus muchas preguntas, Olvido se escabulló con sigilo para abandonar la casa de las mellizas.

No podía demorarse, tenía una cita para cambiar su destino.

El olor salobre del gran puerto de Argel, el quinto de Francia por tonelaje, se introducía por las narinas hasta aturdir a quienes no estaban acostumbrados. Aquella bahía proporcionaba un enclave natural idóneo que los argelinos habían sabido emplear a su favor para sacar el máximo partido a sus ciento veinticinco hectáreas. Allí, donde los distintos muelles se organizaban según la caladura y la función de las naves: el *Djefna* para los correos provenientes de la metrópoli, el *Lyvois* para la Santé Maritime*…,* los chillidos de las gaviotas rivalizaban con las bocinas de los grandes mercantes, las

órdenes de los trabajadores que pululaban como hormigas y con el eterno barullo que nunca cesaba.

—Ya pensaba que no ibas a aparecer —gruñó el hombre a modo de saludo.

—¿Hay barco o no hay barco? —preguntó Olvido con ansiedad.

Odiaba encontrarse tan expuesta, aquella maldita sensación cuando estaba en el exterior la abrumaba desde la guerra. No obstante, había tenido que sobreponerse a su miedo. Hacía semanas que planeaba escapar y, aunque no había resultado sencillo, por fin había dado con un estibador que accedió a ayudarla a colarse como polizón hacia una nueva vida.

—Puede… siempre que puedas pagar el favor, claro.

—Podré pagarlo, ya te lo dije.

—Mira, a mí lo que me digas o me dejes de decir no me vale. Lo único que me vale es esto —respondió malhumorado y frotó el pulgar con las yemas de los dedos índice y corazón en un inequívoco gesto—. ¿Me comprendes?

Olvido asintió. Por supuesto que comprendía, ambos hablaban el mismo idioma.

—Estoy en ello —confirmó—. Pero recuerda que quiero un barco que cruce el charco.

—Cuanto más lejos, mejor. Este cuento ya me lo conozco: los que huis siempre buscáis lo mismo.

—Yo no estoy huyendo.

—¡Ja! Lo llevas escrito en la cara fea esa que tienes —se rio de su propia gracia, luego escupió un gargajo al suelo—. No vuelvas por aquí a no ser que no tengas con qué pagarme. ¿Entendido?

Olvido se marchó sin despedirse. Si al menos hubiera podido quedarse con la alianza que robó en El Jardín, estaría ya rumbo a algún lugar lejos de todo. Eso era lo único que había ansiado desde el momento en que volvió a ver a Estrella y un torbellino de sentimientos contradictorios se desató en su interior. Pero Violeta la había descubierto y ahora no tenía con qué pagar el viaje. No tenía nada.

Sus pasos la llevaron a callejear mientras recordaba una conversación que escuchó a las mellizas un par de noches atrás, cuando creían que dormía. Hablaban de un reloj muy valioso que había pertenecido a su madre. Un reloj de oro. Al parecer fue todo lo que pudieron llevar consigo al abandonar Alicante. Consciente de que era su única opción, Olvido masculló una maldición. Tenía que encontrar ese maldito reloj. Esperaría a que las dos hermanas estuvieran fuera y entonces registraría cada rincón, pondría la casa entera del revés si hacía falta. Lo encontraría y se lo llevaría. Sintió asco de sí misma y de en lo que se había convertido.

—Te lo avisé, Estrella —murmuró para sus adentros—, a las personas buenas les pasan cosas malas.

Olvido sabía que era ella misma lo peor que le podía pasar.

Capítulo 22

El norte de África resultaba fascinante. La mezcla de culturas, sonidos, olores y sabores cambiaba constantemente, tan hipnótica y sorprendente como un caleidoscopio. Aurora no podía evitar admirar la aridez de sus paisajes, la amabilidad de sus gentes y la soledad de sus horizontes. Definitivamente, atrás había quedado la cosmopolita y siempre bulliciosa ciudad de Orán para dar paso a la Argelia más rural, más humilde, pero también cautivadora y arrebatadora.

Marnia, Nemours, Nedroma… La compañía Alegría había actuado durante casi un mes en las proximidades de la frontera con el protectorado de Marruecos y Aurora había aprovechado para buscar pistas de sus hermanas debajo de las piedras. Pero, por más que preguntara hasta la extenuación, nadie supo darle ni un resquicio de esperanza. Nadie las había visto, nadie sabía nada. Era como si se las hubiera tragado el desierto. Aquel pensamiento solía abrumarla tras cada actuación, cuando la compañía dormía y ella no podía dejar de dar vueltas, angustiada ante el temor de no ser capaz de encontrarlas nunca.

Argelia abarcaba una extensión de más de dos millones de kilómetros cuadrados, las posibilidades eran infinitas. Desde el nivel del mar a cimas nevadas que superaban los dos mil metros. En su periplo, la compañía había dejado atrás tupidos bosques de pinos, fértiles campos de cítricos, cascadas imprevistas, macizos rocosos o interminables vías de tren que se perdían más allá de donde alcanzaba la vista. En aquella ocasión Gumersindo Pineda no había encontrado dificultad en conseguir alojamiento en Tlemcen para su

elenco, por lo que a esas horas cada cual roncaba donde le correspondía, sumidos todos en un merecido descanso.

Todos menos Aurora. Las preocupaciones arrastraban consigo un terco insomnio que la mantenía en vela gran parte de la noche y extenuada durante el día. Había probado cuantos remedios conocía, pero ni el vaso de leche caliente ni contar borregos infinitos lo habían ahuyentado. Resignada, se rindió al desvelo y aceptó que esa noche tampoco le ganaría la batalla.

Salió a tomar el aire, tenía comprobado que insistir en atraer el sueño no hacía sino volverlo esquivo. En aquella ocasión la hospedaba una pareja joven; ella era dependienta de una *parfumerie* y hablaba español con un fuerte acento francés y eso que sus padres eran originarios de Ontinyent. Aurora salió a la *rue* de France, que quedaba bastante céntrica junto a la *mairie,* e intentó ubicarse en la oscuridad. Rodeado de olivos centenarios, algarrobos, granados, cerezos e higueras, Tlemcen era, sin duda, un lugar excepcional. Más allá de su seductor enclave a los pies de acantilados rojizos y rodeado de macizos montañosos como el Seba Chioukh, el Tessala o el Trara, en sus murallas de aires hispanomoriscos se adivinaba un esplendoroso pasado.

La temperatura a esas horas era una delicia, aunque los ladrillos de adobe bajo sus pies desprendían el calor acumulado durante el día, como testigos mudos de lo extremo de aquel clima. En eso pensaba cuando escuchó un leve rumor que la puso en alerta. Pese a ser una población bulliciosa, al filo de la madrugada no se veía un alma y lo primero que temió fue tropezarse con Risto. No había vuelto a acercarse a él desde que lo viera maltratar a Halima, ahora más que nunca procuraba mantener las distancias. Sin embargo, el sigilo de unos pasos livianos, como quien camina con intención de no ser escuchado, lo descartó de inmediato. Quienquiera que fuera estaba poniendo un gran empeño en no ser advertido y aún ignoraba que no lo había conseguido.

La luna estaba menguada, pero la miríada de estrellas de aquel diáfano cielo argelino de verano alumbraba lo suficiente como para

permitir a Aurora distinguir una sombra que se movía entre las propias de la noche. Contuvo la respiración. No era necesaria más luz para reconocer aquel vaivén de barco a la deriva. Sin duda alguna, se trataba de Halima.

Aurora soltó despacio el aire que había estado conteniendo y la curiosidad ocupó el lugar que había dejado el temor. Desde su incorporación a la compañía, Halima se había convertido en su mayor apoyo, el único en realidad. Si bien Aurora procuraba no dar a conocer demasiado de sí misma, ella parecía haber intuido el desamparo que la acuciaba y su forma de tratarla, casi maternal, resultaba el cobijo perfecto para un corazón hambriento de cariño como el suyo.

En ese instante, la sombra blanca de la chilaba de Halima desapareció tras el minarete de la Gran Mezquita y, sin pensárselo, Aurora se puso en movimiento para seguirla. Lo hizo en silencio, varios pasos por detrás y atenta a los frecuentes requiebros, convencida de que no había detectado su presencia porque no se volvió ni una vez. Su caminar desigual la llevó hasta la barriada árabe, donde pasaron de largo frente al baño de los tintoreros cerrado a esas horas, al igual que los distintos talleres artesanos en los que a la claridad del día se trabajaba el cuero, se bordaba o se tejía y que entonces dormitaban como lo hacía el pueblo entero. O casi.

Se aproximaban a la puerta de l'Abattoir cuando descubrió que de entre las contraventanas de una de las viviendas se escapaba una tímida rendija de luz. Halima se detuvo unos pocos metros antes de alcanzarla y, sin darle ocasión a una confiada Aurora a reaccionar, preguntó sin girarse:

—¿Por qué me sigues?

A punto estuvo Aurora de que se le parara el corazón del susto. Se llevó una mano al pecho antes de recuperar la voz.

—¿Desde cuándo sabes que…?

—Eso no tiene importancia, vamos, responde a mi pregunta.

Aurora cambió el peso del cuerpo de un lado a otro, incómoda. Nada de lo que dijera podía justificar su indiscreto comportamiento, eso lo sabían ambas. Optó, por tanto, por ser sincera.

—Lo siento, supongo que solo sentía curiosidad.

—Bien, pues ya que estás aquí vas a echarme una mano, así al menos el paseo que te has dado servirá de algo. Ven conmigo.

Sin esperar contestación, Halima llamó a la puerta con un par de toques quedos. Alguien debía de estar esperándola porque no tardaron más de dos segundos en abrir. La mujer entró y, aturdida aún por la sorpresa, Aurora tuvo que decidir si seguirla o esfumarse antes de averiguar lo que fuera que hiciera allí a esas horas. Aún estaba a tiempo de darse la vuelta y hacer como si nada de aquello hubiera pasado.

—¿Aurora?

Pero cuando la voz de Halima la reclamó desde el interior, sin saber muy bien por qué, la siguió.

Un rápido vistazo fue más que suficiente para advertir que la familia que habitaba la casa era pobre. Los muebles eran escasos y de mala calidad: una mesa con una pata rota, dos cajones que hacían las veces de sillas, un hornillo con las brasas aún candentes, una cuerda en una esquina con cuatro harapos colgados a modo de perchero y un camastro en un rincón sobre el que reposaba un anciano con mal aspecto. A la luz de las velas que iluminaban la única estancia se apreciaba que estaba todo muy limpio, pese a que un olor desagradable se hubiera instalado como un habitante más. Olía a vómitos y miedo. Era el olor de la enfermedad.

Halima se acercó a la mujer, tan vieja como el hombre, que tras franquearles el paso había regresado a los pies de la cama desde donde lo velaba. Intercambiaron unas pocas palabras en árabe cuyo significado a Aurora se le escapó. Cuando empezó a sollozar Halima la consoló con su voz suave hasta que se calmó. Después la vio volverse hacia el enfermo y, tras un par de profundas inhalaciones, colocar las manos extendidas sobre su cabeza, tan cerca que parecía tocarlo sin hacerlo; a continuación cerró los ojos y se perdió en un

murmullo quedo e ininteligible que bien podía tratarse de cualquier idioma o la mezcla de todos los del mundo juntos.

De inmediato el ambiente dentro de la estancia cambió de una forma sutil pero tangible. Halima permaneció en trance durante largos minutos en los que ni Aurora ni la anciana se atrevieron casi a respirar, de pie la una junto a la otra, testigos de algo que pocas personas habían visto antes y para lo que no tenían explicación.

En un momento dado, Halima pareció volver en sí.

—Acércate. —Aurora, cohibida, movió los pies para obedecer—. Este hombre está afectado del hígado. A su edad, si no lo ayudamos, morirá —anunció con sencillez, y Aurora no pudo por menos que preguntarse cómo diantres lo sabía si ni siquiera lo había examinado—. Trae mi saco, lo he dejado sobre la mesa.

Siguiendo las instrucciones de Halima, extrajo un terrón de azúcar y sobre él dejó caer unas gotas de un aromático extracto mentolado.

—Pónselo debajo de la lengua, con cuidado.

Aurora, que había atendido con temple a todo tipo de enfermos y heridos en Alicante durante la guerra, sintió su mano temblar al acercar un simple terrón remojado en menta blanca a la boca de aquel anciano. Lo notó ardiendo. Apenas unos minutos después, su respiración se apaciguó y su rostro dejó de verse tenso por el dolor.

—Eso es —dijo satisfecha Halima—. Ahora dejémoslo descansar.

Con un último vistazo, Aurora se despidió del enfermo preguntándose qué sería de él. Si realmente su dolencia provenía del hígado y si en tal caso se iba a recuperar. Una vez en el exterior, respiró con ansia el aire fresco de la noche.

—No sé qué decir acerca de lo que ha pasado ahí dentro —admitió aturdida—. ¿Cómo has sabido lo que le ocurre? Ni siquiera lo has tocado.

Halima se encaminó de regreso adonde la compañía dormía y Aurora la siguió.

—Nací sabiendo —fue su críptica respuesta.

—No entiendo.

—Es un don, algo que se hereda de los ancestros… También es una responsabilidad.

Aurora rumió aquellas palabras como había visto hacer a los camellos con su comida.

—¿Se curará? El anciano, quiero decir, ¿se pondrá bien?

—Eso solo lo sabe Alá.

Caminaron en silencio. Por algún motivo, Aurora pensaba en Risto, en su descomunal corpulencia y en su mal carácter. Recordó el brutal bofetón que le había propinado a su esposa por atreverse a contradecirlo y sintió que un escalofrío le subía por la columna vertebral. Ahora comprendía el sigilo con el que Halima había abandonado la sala en la que debía de haber dejado al hombretón durmiendo profundamente la borrachera, y la asombró la valentía de aquella mujer.

—Eres dueña de mi secreto —la sobresaltó Halima, como si hubiera podido leer sus pensamientos—. Mi vida está ahora en tus manos.

La joven meditó sobre lo vivido el resto del camino. Ignoraba si lo que había hecho Halima era puro teatro, como el que ella hacía sobre el escenario, o realmente funcionaba. Su mente racional, acostumbrada al rigor científico, le gritaba que aquello no era más que una quimera, una puesta en escena bien elaborada. No obstante, ella había visto al hombre sentir cierto alivio tras los rezos y remedios que la *amazigh* le había proporcionado. Eso había sido real.

Se despidieron a la altura de la sala a la que Halima debía regresar para acostarse junto a su marido como si nunca hubiera salido de ella.

—¡Aurora! —Al oírla chistar su nombre, esta se volvió a tiempo de ver cómo las estrellas iluminaron la dentadura de Halima cuando esta sonrió—. Tú también tienes el don. Supe que había en ti algo especial en cuanto te vi. Ahora comprendo por qué Alá te ha traído hasta aquí.

Sin dejar de sopesar las últimas palabras de Halima, Aurora la observó alejarse con su vaivén marítimo hacia el lugar de donde provenían los ronquidos de Risto.

Desde que llegara a Argelia ya eran tres las ocasiones en las que había tenido que enfrentar el rechazo que, tras lo vivido durante la guerra en España, le producía la sangre y el dolor ajenos. Parecía como si, ajenos a sus reticencias, los enfermos acabaran encontrando la forma de traerla a su lado. Como si su destino la reclamara sin titubeos. Aunque ya faltaba poco para que despuntaran las primeras luces del alba, Aurora durmió como no recordaba desde hacía mucho.

* * *

La firma del armisticio apenas un mes atrás había cambiado la situación de la joya del imperio y sus habitantes. Y es que a esas alturas ya nadie dudaba de que se encontraban inmersos en una guerra auténtica que nada tenía ya de broma, ni siquiera el nombre.

La prueba más reciente había acontecido apenas unos días atrás, cuando Churchill había tenido la osadía de enviar sus barcos al puerto de Mers-el Kébir, a tiro de piedra de Orán y donde se encontraba fondeada la flota francesa, con intención de presionarla para que se uniera a ellos aprovechándose de la desmilitarización a la que se había visto forzada la colonia tras la firma del armisticio por exigencia alemana. Aun sabiéndose en clara desventaja, el almirante galo al mando había rechazado el ultimátum, lo que en la tarde del 3 de julio desembocó en un ataque por parte de los británicos, que hundieron varios buques franceses. La ciudad de Orán tembló durante horas bajo el bombardeo enemigo y sus gentes lo hicieron con ella.

En la comisaría ubicada en la confluencia de la catedral y el palacio de justicia, muy próxima a la prisión, Bruno Blanchard daba golpecitos con la estilográfica sobre el tapete de su escritorio, pensativo. Acababa de colgar el teléfono tras hablar con Rodrigo

Moragues, quien había vuelto a recurrir al ajetreo propio de la época de vendimia para excusar su retraso en la entrega del listado con los españoles empleados en sus viñedos. Su instinto bien entrenado le decía que, si no le mentía, al menos no estaba siendo del todo sincero.

Nada de lo que hacía el *commissaire* carecía de intención, tampoco en aquella ocasión. El listado no solo resultaría útil para controlar de cerca a una población que, de rebelarse, podía favorecer los planes de Franco de recuperar el Oranesado para España, sino que también serviría para comprobar hasta dónde alcanzaba la lealtad del hombre con el que en breve emparentaría. Le disgustaba su reciente amistad con el cónsul Bernabé Toca que, además de español, había demostrado ser un incordio con sus inagotables reclamaciones a la Administración francesa por asuntos relacionados con el trato que recibían sus compatriotas. Si por él fuera, los mandaría a todos al infierno, al cónsul el primero. Hacía falta mano dura para limpiar la colonia de aquella escoria: comunistas, judíos, masones, extranjeros… Ahora que los alemanes se habían hecho con el control de la mitad de la metrópoli y la otra media la manejaba el Gobierno títere de Vichy, no cabían deslices.

La victoria nazi estaba próxima, de eso Bruno Blanchard no albergaba duda alguna. Y eso que aún eran demasiados los países que se negaban a rendirse ante la grandeza del Tercer Reich. Tal era el caso de Inglaterra, donde había acudido en busca de refugio el antiguo presidente de la república De Gaulle quien, desde Londres, había lanzado por radio un llamamiento a la resistencia de los franceses que, por fortuna, no había sido secundado en Argelia por una población que, alejada como estaba de la metrópoli, apenas empezaba a tomar conciencia de la magnitud de cuanto estaba sucediendo.

El *commissaire* detuvo el tamborileo de su estilográfica y levantó el auricular de su teléfono para dar unas escuetas instrucciones a su secretario. En solo media hora se encontraba en el asiento trasero del Renault negro que la Administración ponía a su servicio junto a

un chófer cuyos nudillos velludos estrangulaban el volante y al que tan solo había escuchado pronunciar algún gruñido.

—*Au quartier de la Marine* —ordenó.

Tal vez aún no tuviera claro de qué pie cojeaba Rodrigo Moragues, sin embargo, para cuando el vehículo se detuvo, Bruno Blanchard estaba decidido a arrancarse otra espina con nombre propio que lo martirizaba desde hacía semanas: Aurora Robles. Solo había un inconveniente, y era que aquella pequeña zorra había desaparecido. Ya no planchaba para los Moragues ni tampoco actuaba en el Alhambra. De un día para otro se había esfumado, lo cual había avivado en Bruno las ansias del depredador que se remueve inquieto antes de iniciar la cacería.

El rastro se perdía en la pensión Valencia, por lo que ese fue el lugar elegido por Bruno para comenzar el rastreo. En ausencia de la propietaria fue una joven de rostro caballuno quien abrió la puerta. Notó cómo sus mejillas palidecían nada más verlo y eso le gustó. Lo había reconocido, como debía ser. Y resultaba evidente que le inspiraba temor, también como debía ser.

—Busco a una muchacha española, más o menos de su edad. Espero que pueda ayudarme a encontrarla.

—Lo siento, no me suena —pretendió escabullirse sin soltar la hoja de la puerta—. Si me disculpa, tengo una cazuela al fuego.

—La acompaño a la cocina mientras recuerda. Me vendrá bien un café.

Bruno Blanchard empujó la puerta con firmeza ante la impotencia de Paloma que, sin capacidad para reaccionar, se vio forzada a franquearle el paso.

En la cocina, se movió con torpeza al servir el café. Lo hizo sobre la encimera, de espaldas al *commissaire,* para evitar que advirtiera el temblor de sus manos. Bruno reprimió la sonrisa lobuna que aquel inútil gesto le provocaba.

—¿Está segura de que no sabe de quién hablo? —insistió él. Sus ojos barrían el espacio buscando algo, o tal vez solo estuviera

intentando ponerla nerviosa—. Me consta que se alojó aquí hasta hace no mucho.

—¡Ah! Sí, claro. Por supuesto, ahora caigo… —Consciente de haber sido descubierta en un renuncio, Paloma se esforzó por hacerse la olvidadiza—. Se marchó un día de repente, ni siquiera nos dijo adónde.

—Qué poca educación… —murmuró Bruno al acercarse la bebida a los labios. El vaho empañó sus lentes y, con parsimonia, se quitó las gafas para limpiarlas con un impoluto pañuelo que sacó de su bolsillo.

Le gustaba dilatar el tiempo. Era consciente del efecto que causaba en sus presas y no dudaba en utilizarlo para tensar los nervios. Supuso que a aquella joven la saliva empezaba a espesársele en la boca por cómo la vio hacer un esfuerzo para tragar. Sin duda habría escuchado historias sobre el feroz *commissaire* y temía comprobar en su propia piel si eran ciertas. No dudó en aumentar la presión.

—¿Sabe? Sería una lástima que por querer ayudar a esa amiguita suya acabara saliendo perjudicada —soltó atento al efecto de su amenaza—. Estamos al tanto de su pequeño negocio de jabones… pequeño e ilegal. No me costaría más que una llamada acabar con él.

Ambos sabían que aquello supondría su ruina, pues no disponía de otro medio para ganarse la vida. Aun así, vio cómo Paloma apretaba los labios. Al parecer, por encima de aquellas tribulaciones, estaba su lealtad para con su amiga… pese a las consecuencias que eso tuviera para ella.

—Le juro que no sé dónde está —respondió con toda la firmeza que fue capaz.

Bruno Blanchard llevaba demasiados años en aquello como para no haber desarrollado un olfato especialmente sensible. Y Paloma olía a miedo. Un miedo ácido, de los que raspan la garganta y aflojan las piernas. Un miedo imposible de esconder. Decidió que ya había sido suficiente; por mucho que disfrutase con el juego del

ratón y el gato, el tiempo apremiaba y él necesitaba una respuesta. En ese instante, toda la fingida cortesía que había desplegado hasta el momento desapareció. Su voz se tornó grave y sus ojos empequeñecieron tras las gafas. Su mandíbula se tensó. Pilló a la joven del todo desprevenida cuando se levantó para sujetarla del cuello con fuerza.

—¿Dónde está Aurora Robles?

Paloma boqueó en busca de oxígeno y él aflojó la presión para permitirle tomar unas pocas bocanadas que le supieron a vida. Tal vez fuera eso lo que le infundió un repentino valor.

—No se lo diré jamás.

Bruno sonrió mostrando unos dientes perfectamente alineados, y aquella terrible mueca resultó más aterradora que cualquier otra cosa.

—Oh, *petite salope espagnole,* por supuesto que lo harás —sentenció.

Paloma se estremeció bajo su garra. Se dejó arrastrar fuera de la pensión a sabiendas de que nada podía hacer por resistirse. En la calle aguardaba el coche negro. Al verlos llegar, el gorila grande y velludo abrió la puerta de atrás para empujarla al interior sin miramientos. La joven cayó de bruces, pero no hizo esfuerzo alguno por incorporarse. Así tumbada, escuchó al conductor sentarse tras el volante y al *commissaire* hacerlo a su lado. Arrancaron y pronto la pensión Valencia quedó atrás.

Lo que Paloma no podía imaginar era que la pesadilla solo acababa de comenzar.

Capítulo 23

Rocío estaba desesperada. En sus pezones se habían formado unas grietas tan profundas que mordía un trapo para no gritar de dolor cuando su hija se enganchaba al pecho. Lo había intentado todo, pero cada día que pasaba resultaba evidente que algo no iba bien. Aunque menuda, la niña había nacido sana y rosada. Sin embargo, desde entonces no había ganado peso y se estaba poniendo de un tono amarillento que terminó por alarmarla.

En esos momentos, Rocío echó de menos a su hermana Aurora más que nunca. Con sus conocimientos de matrona, de haber estado con ellas, seguro que habría podido ayudarlas. Pero Rocío estaba sola y su bebé necesitaba ayuda. En su ausencia, la aparición de María, la enfermera, fue como una bendición caída del cielo.

—Pobre criatura, ¿por qué no me has avisado antes?

—Lo cierto es que bajé a veros, pero me encontré con la consulta cerrada y Estrella tampoco os localizó en casa.

—¡Cuánto lo siento! Tuvimos que ausentarnos de Argel unos días para solucionar unos asuntos, ya sabes, con esto de las movilizaciones y las listas estamos todos con el alma en vilo. Pero de haberlo sabido, me habría vuelto de inmediato. Pero no te preocupes, que ya estamos aquí y nos vamos a ocupar de vosotras.

Rocío volvió a llorar, esta vez de alivio. Permitió que María cogiera a la bebé y la examinara con detenimiento. Vio cómo la pesaba en su báscula portátil, luego estudió su piel apagada y el interior de sus párpados.

—Esta niña tiene hambre, Rocío.

—¿Hambre? ¿Cómo puede ser si la tengo todo el día al pecho?

—¿Me permites? —preguntó dejando a la niña boca arriba en la cama y señalando al escote de Rocío, que asintió de inmediato.

Tras un breve examen, María se irguió para dar su veredicto.

—No has tenido subida, Rocío, no tienes leche.

Al principio Rocío no reaccionó, se miró ambos senos y sacudió la cabeza, incrédula.

—¿Que no tengo leche? Pero si me pongo mucho a la niña, como me dijiste, para estimular…

—A veces ocurre. Algunas madres no consiguen producir suficiente leche.

—Pero ¿por qué? ¿Es que he hecho algo mal?

—¡Por supuesto que no! Realmente no se sabe a ciencia cierta la causa. Puede que sea algo fisiológico o hasta por algún disgusto.

Como si fuera consciente de lo que estaba ocurriendo, la bebé había dejado de llorar y Rocío sintió el vacío en los tímpanos con tanta intensidad que resultó doloroso.

—Lo importante ahora es que coma, está débil y tiene que hacerlo cuanto antes.

—Si ni siquiera soy capaz de alimentar a mi hija, ¿qué clase de madre soy?

—No te angusties, esto tiene solución. Lo importante es actuar rápido. Mira, por quince francos puedes comprar en la *pharmacie* unos botes pequeños de leche cálcica, pero si te soy sincera, lo que mejor le va a venir a esta pequeñina es la leche materna… Si tú no tienes, mi consejo es que la consigas. —Ante la mirada de desconcierto de Rocío, María se explicó—. ¿Conoces a alguna madre con niños pequeños? ¿Alguien que esté dispuesta a hacer de ama de cría?

—Yo sí.

Tras ellas la voz de Estrella sonó clara y decidida.

—La mujer del Tato parió un par de meses antes que Rocío. Hace poco pasó por la relojería y su criatura tenía un aspecto lozano, eso garantiza que tiene buena leche, ¿no?

María evitó explicar que entraban en juego muchos otros factores, lo importante era que habían dado con una solución al problema y Rocío tenía dibujado en el rostro el alivio que solo una madre puede sentir.

—Perfecto, acércate ahora mismo a avisar a esa mujer. Cuanto antes empiece esta criatura a comer, mejor.

La esposa del Tato se llamaba Encarna, era madre de cuatro vástagos y contaba con unos pechos descomunales. Al conocerla, Rocío temió que aplastara a su pequeña con una de aquellas moles, pero no se atrevió a decir nada. La vio sacarse la teta por el escote de la blusa y acercar con maestría un pezón oscuro a la nariz de su hija. Esta respondió de inmediato abriendo la boca, buscando ansiosa, hasta que Encarna le embutió el pezón y empezó a succionar con avidez. Rocío no pudo ver más porque las lágrimas le enturbiaron la visión.

—¿Por qué lloras, mujer? —preguntó Encarna, intuyendo el torbellino de emociones que azotaba a Rocío por esa empatía que solo las madres comparten.

—Porque estoy muy feliz —balbuceó.

Lo que se calló es que, además de felicidad, sentía algo más. Algo muy feo. Celos por no ser ella quien saciaba así a su hija, por no ser capaz de darle lo que necesitaba. Por la facilidad con que se había prendido al pecho de una desconocida, sin extrañarla a ella, que se consumía en una culpa viscosa por unos sentimientos tan ruines. Apartó la vista mientras Encarna se la cambiaba de pecho.

—Y muy agradecida —se obligó a añadir casi en un susurro.

Si bien Encarna se había negado en redondo a cobrarles, Estrella sabía por el Tato de los apuros que estaban pasando en la alfarería. Al hablarlo con Rocío, esta no dudó y empezó a llevar a casa de la nodriza fruta fresca, huevos y casi toda la comida que podían conseguir. Al fin y al cabo, alimentar a Encarna era lo más parecido a alimentar a su bebé que podía hacer. Y su torturada conciencia parecía encontrar en ello cierto alivio.

La pequeña no tardó en ganar peso y recuperar el tono rosado de su piel. Ya no lloraba día y noche y empezó a sonreír cuando se quedaba dormida con el estómago bien lleno. Una semana después, María sonrió satisfecha tras acudir para hacerle el seguimiento.

—Esta niña se está recuperando de maravilla —confirmó—. Es una luchadora, como su madre.

Rocío no contestó, un rugido de su estómago delató el hambre que le retorcía las tripas y ella se apresuró a acallarlo con un vaso de agua. Se sintió mejor. Saber que la pequeña saldría adelante era lo único que necesitaba. Trató de llenar su mente con esa certeza para no pensar en la última vez que comió o, lo que era aún peor, en cuándo sería la próxima. En su obsesión por nutrir a la niña a través del ama de cría, Rocío estaba llevando su propio cuerpo al límite. Era consciente de que Estrella hacía el mismo sacrificio que ella y se lo agradecía en el alma. También sabía que aquella situación no podría durar o serían ellas las que acabarían por enfermar.

Al despedir a María con una sonrisa en la puerta, Rocío tomó una dolorosa decisión. La más difícil de su vida.

* * *

Olvido apenas hablaba durante el día, pero con la llegada de la noche sus alaridos estremecían a Estrella. ¿Qué clase de pesadillas podían torturarla así?

Cada vez que esto ocurría, Estrella abandonaba la comodidad de su lado de la cama compartida con Rocío y se acoplaba con delicadeza junto a Olvido, que gruñía y temblaba hasta que, al poco de sentir su cercanía, se relajaba y caía en las profundidades de un sueño tranquilo. Y, en todas esas ocasiones, Estrella despertaba sola en el sofá del salón. Olvido se escabullía al amanecer, como si le avergonzara que su vieja amiga acudiera a calmarla en la oscuridad y quisiera evitarse preguntas o miradas incómodas al día siguiente. Nunca le dio las gracias, pero tampoco le prohibió que siguiera haciéndolo.

—¿Sabes de dónde vengo?

El inesperado ataque llevado a cabo por la armada británica a la francesa fondeada en el puerto de Mers-el Kébir había hundido el acorazado *Bretagne,* averiado otros tres navíos, acabado con más de un centenar de vidas y provocado una reunión urgente. Olvido se encogió de hombros con indiferencia, pero Estrella se percató de que fijaba sus ojos en ella, desvelando una curiosidad mal disimulada. Entonces se lanzó con ilusión a hablarle de las reuniones de los viernes en el salón del doctor Rafael Lozoya.

—Tal vez te gustaría acompañarme algún día —sugirió Estrella, con la esperanza de que aquello pudiera devolverle las ganas de vivir, al igual que los relojes habían hecho antes con ella.

—¿Estás loca? No cuentes conmigo.

La frialdad de la respuesta la descolocó.

—Pero si antes te apasionaban estos asuntos. ¡Fuiste tú quien me llevó a mi primer mitin!

—Eso ocurrió antes de… bueno, de que todo cambiara. —Olvido se dio cuenta de que había hablado de más, de que su respuesta podía atraer preguntas, y rápidamente añadió—: Lo que me asombra es que pierdas el tiempo con eso. En lo que a mí respecta, si quieres seguir creyendo en cuentos de hadas, allá tú. Pero no me vuelvas a hablar de una política que me ha destrozado la vida. Esto —dijo señalándose la cara— es por culpa de esa gente que cree que puede dirigir el destino de los demás, llevándolos a la muerte mientras ellos están cómodos y seguros en el exilio. Así que no vuelvas a nombrármelos, ¿te queda claro?

Estrella inspiró con fuerza. Ni siquiera se molestó en preguntarle qué creía ella que podían tener en común el Tato o Jaime con esos políticos de los que hablaba. Las súbitas explosiones de Olvido la seguían desconcertando. No comprendía cómo una joven alegre y risueña podía acabar así, tan resentida que cualquier palabra desataba un ataque de furia que lo arrasaba todo.

—¿No me contarás nunca lo que te pasó?

Una carcajada seca y áspera emergió de la garganta de Olvido.

—No quieres saberlo.

Estrella seguía queriendo a su vieja amiga. Pese a las veces que Rocío había insistido en que no se fiaba de Olvido, que hacían mal en acogerla en su casa, ella no dejaba de buscar cualquier argumento al que aferrarse para no dejar de hacerlo.

—Por supuesto que sí.

Olvido la observó durante un largo minuto en el que Estrella llegó a creer que iba a contárselo todo, a confiar en ella. Pero se equivocó. Otra vez. Su mirada se volvió opaca y Estrella adivinó que no le diría nada.

—Lo mejor para ambas será que lo dejes estar, hay heridas que no tienen cura.

Viéndola marcharse, Estrella supo, sin lugar a dudas, que Olvido no se refería a las de su rostro.

* * *

Rocío era consciente de que no podían seguir entregando casi toda su comida a Encarna. No podían permitírselo. ¿Quién cuidaría de su hija si a ellas les ocurría algo? Necesitaba seguir viva y sana, ya no por ella, sino por su pequeña. Nunca antes su propia supervivencia le había importado tan poco y tantísimo a la vez. Muy a pesar suyo, debía encontrar una solución. Con este pensamiento en mente, se dirigió hacia El Jardín para hablar con Violeta.

—Siento mucho que estéis pasando apuros, Rocío. Te lo digo de corazón —le dijo la madama—. Pero, aparte de retomar tu antiguo empleo, no veo cómo podría ayudarte.

—He pensado que tal vez haciendo algunas horas más, o que podrías adelantarme algo de mi sueldo…

—Ya sabes que esto es un negocio, y que si me ablando con las historias personales de cada una de mis chicas, no tardaría ni seis meses en arruinarme. ¿Lo entiendes?

Rocío asintió. Por supuesto que lo entendía. De hecho, no tenía ni idea de qué otra cosa esperaba acudiendo allí.

—No obstante… —La voz de Violeta la detuvo—. Hay una manera muy sencilla de solucionar tus problemas.

Rocío alzó las cejas, dando forma de corazón a su bello rostro.

—Creí que eso ya lo habíamos dejado claro, Violeta.

—Sé que no es lo que quieres oír —contestó Violeta alzando los brazos—, pero al menos déjame que te explique.

Cuando hizo ademán de marcharse la madama la retuvo por la muñeca.

—Tratándose de una situación delicada como la tuya —continuó—, podríamos arreglarlo de modo que no lo tengas que hacer de la forma habitual, ni siquiera tendría por qué ser aquí, en El Jardín. Verás, tengo un cliente especial y él, bueno, digamos que busca un servicio también especial. Es un hombre con mucho dinero, Rocío, mucho. Y estaría dispuesto a ser generoso si le consigo lo que quiere.

Rocío había empezado a sudar copiosamente, unos cercos oscuros se marcaban en su blusa bajo las axilas y el pelo se le pegaba a la nuca de una forma que la exasperaba. No quiso seguir escuchando a Violeta, no podía soportarlo. Se levantó de golpe y casi tiró la taza de té con hierbabuena que la madama le había preparado a su llegada y que ella ni siquiera había probado. Con los latidos retumbando alocados en su pecho, se encaminó hacia la puerta sin ni siquiera detenerse a despedirse.

—Te digo más, Rocío, con las movilizaciones cada vez hay menos hombres, lo que significa menos trabajo. Y mucho me temo que las cosas no van a mejorar a corto plazo. ¿Comprendes lo que te digo? ¡Piensa en tu hija!

La voz de Violeta le llegó a traición por la espalda justo antes de abandonar El Jardín. Por supuesto que lo comprendía, Rocío no era estúpida. Significaba que, de dar su conformidad, podría sacar adelante a su bebé sin estrecheces, sin la angustia diaria por llevarle a Encarna más comida, sin noches en vela por culpa del rugido de su estómago vacío, sin darle vueltas a lo que ocurriría si ella o Estrella caían enfermas. Significaba todo lo que ansiaba.

Sin darse cuenta, Rocío había alcanzado la calle y ascendía con prisa los escarpados escalones entre paredes encaladas. Se detuvo a tomar aliento, los brazos en jarras. No se había percatado de ello, pero estaba llorando. Lanzó al aire un gemido desesperado que asustó a un burro atado a una ventana cercana. No se creía capaz de soportar que las manos de un desconocido se apropiaran de su cuerpo, de su dignidad y de su orgullo, una pesadilla que la seguía acosando muchas noches y ahora amenazaba con volverse realidad. No, otra vez no. No lo resistiría.

Y, sin embargo, sabía que no le quedaba otra opción.

Secándose con furia las lágrimas de los ojos, dio media vuelta y desanduvo sus pasos. Entró al salón de El Jardín como una tromba, despeinada y con las mejillas encendidas. Violeta no dijo nada, se limitó a cruzar los brazos bajo el pecho y escuchar sin disimular una media sonrisa por lo que sabía que vendría a continuación.

—Avisa a tu cliente especial de que acepto.

Capítulo 24

Como si se las hubiera tragado la tierra. Así se sentía Aurora Robles cada vez que llegaban a un nuevo pueblo donde comenzaba su ya habitual ronda preguntando por sus hermanas. Nadie sabía nada. Nadie las había visto. Era como si se las hubiera tragado la tierra.

Resultaba exasperante además de agotador, pero no podía permitirse desfallecer. La esperanza de encontrarlas era lo único que le quedaba, lo único por lo que merecía la pena vivir. Por suerte tenía a Halima. Ella se había convertido en el puntal que la mantenía en pie, impidiendo un derrumbe que sentía inevitable.

—Alá es grande —le repetía en los momentos en los que amenazaba con venirse abajo—. No desesperes, volverás a verlas, solo tienes que esperar que llegue la hora.

—Solo esperar… Casi suena sencillo —protestaba Aurora.

—Nadie ha dicho que lo sea.

Así era Halima. Firme como las raíces de las palmeras, pero también era afectuosa y, sobre todo, poseedora de una gran sabiduría ancestral. Gracias a ella, ante Aurora se había abierto un mundo fascinante al que se asomaba con respeto y admiración cada vez que la acompañaba en sus incursiones nocturnas tras aquel primer paciente. Todavía recordaba cómo se acercó hasta el barrio árabe al día siguiente, antes de que la compañía abandonara el pueblo de Tlemcen, para echar un vistazo. Necesitaba respuestas, y lo que encontró allí la dejó asombrada.

Divisó al anciano sentado en una piedra a la puerta de su casa, con los ojos cerrados y la cara vuelta al sol. A la luz del día, el tono amarillento de su piel que delataba la enfermedad hepática que lo

había aquejado resultaba evidente, al igual que su clara mejoría. Incapaz de encontrar una explicación racional, Aurora se dio la vuelta cargada de interrogantes. Su única certeza era que lo que hacía Halima era excepcional.

—¿Dónde vamos hoy? —susurró una noche ventosa en la que caminaban a oscuras en busca del enfermo de turno que las había reclamado.

—Enseguida lo verás.

Halima solía ser escueta en sus explicaciones. Era de ese tipo de personas que prefieren que sean sus actos quienes hablen por ellas. Y en su caso, lo hacían con una contundencia que no dejaba lugar a réplicas.

La casa no era más que una choza de cañas y barro con suelo de tierra pisada. En pleno agosto, el calor pegajoso del día se había quedado atrapado en el interior volviéndolo asfixiante. Si algo tenían en común las viviendas que visitaban, además de cobijar a un enfermo, era su precariedad. Situadas por lo general en el barrio árabe, a las afueras, contaban con una estancia, dos a lo sumo, y el mobiliario más básico. A veces ni eso. No obstante, Aurora observó que a pesar de su parquedad solían ser lugares limpios y ordenados, cuidados con mimo por alguna madre empeñada en convertirlo en un hogar para los suyos. Aquella no era diferente, excepto por el intenso olor a heces que flotaba en su interior.

Como de costumbre, dejó que Halima entrara primero. Solían comunicarse en árabe. Ella no comprendía una sola palabra, pero el idioma de la angustia y la preocupación no requiere traducción. En la cama yacía recostado un hombre joven, apenas rozando la treintena, con aspecto adormilado y sudoroso. A su lado, una mujer más joven todavía, que debía de ser su esposa, lo observaba con varios chiquillos enredados entre sus piernas, como polluelos en busca de protección bajo las alas de la gallina. Llevaba a la cadera una criatura de dos o tres años que se había dormido con la cabeza enterrada entre los pliegues del pañuelo con el que se cubría el pelo.

Una vez más, Halima colocó sus manos con las palmas abiertas muy próximas a la cabeza del hombre, cerró los ojos y comenzó a rezar.

—Disentería —diagnosticó escueta y sin titubeos.

—De ahí el olor… —observó Aurora aún en susurros—. Pobre hombre, debe de haber bebido o comido algo contaminado.

—Solo Alá lo sabe.

Ante semejante respuesta Aurora tuvo la tentación de poner los ojos en blanco, pero se contuvo. Por nada del mundo quería ofender a Halima. Estaba allí para aprender, no para cuestionar.

—¿Puedes ayudarlo? —Aurora pensó que en España seguramente lo hubieran tratado con azufre, pero dudaba que en ese recóndito poblado pudieran conseguirlo y, de hacerlo, que la familia pudiera pagarlo.

Halima, que en ese instante rebuscaba en el ajado saco de piel de camello donde solía guardar una asombrosa variedad de plantas secas, bayas, semillas y otros remedios, se detuvo para dedicarle una elocuente mirada.

—Ya, no hace falta que lo digas… —Aurora levantó las manos en un gesto de rendición—. Solo Alá lo sabe.

Halima sonrió y devolvió su atención al bolso.

—Dime qué puedo hacer —preguntó Aurora cambiando de estrategia.

—Excremento de camello.

Aurora parpadeó un par de veces, confusa.

—¿Cómo dices?

—Si quieres ayudar, será mejor que dejes de mirarme ahí plantada y vayas a buscar excremento fresco de camello. No te resultará difícil, hemos pasado junto a un par de ellos viniendo hacia aquí. Guíate por el olfato, eso nunca falla.

Sin comprender el porqué de tan escatológico encargo, Aurora descubrió que Halima tenía razón y a poco menos de un kilómetro encontró un camello atado a una palmera. No era extraño cruzárselas de tanto en cuando, pero aquellas bestias le seguían

imponiendo un gran respeto. Sus ojos soñadores de largas pestañas no las hacían menos peligrosas. Eran grandes, tenían una buena dentadura y unas patas capaces de propinar una potente coz de ser necesario. Aquel estaba dormido, tumbado con sus extremidades plegadas bajo su voluminoso cuerpo. Por suerte no fue necesario despertarlo, pues a punto estuvo de pisar una boñiga que, a juzgar por el vapor caliente que desprendía, debía de ser bastante reciente.

—Buen trabajo —la felicitó Halima a su regreso—. Ahora presta atención.

La *amazigh* entonó un rezo en un murmullo rítmico y constante en tanto que removía las heces en un cazo con agua previamente hervida. Continuó con su incesante bisbiseo hasta que estas se desintegraron, dando como resultado una sopa amarilla y pestilente. Aurora arrugó la nariz.

—No sabía que fueras tan escrupulosa. —Halima no se molestó en ocultar cuánto le divertía la repulsión de Aurora.

—Y no lo soy… solo es que… —trató de justificarse—, bueno, es la primera vez que veo algo así.

Para su sorpresa, el enfermo no opuso objeción y se bebió todo el cazo de aquel brebaje inmundo sin hacer ni un solo guiño de repugnancia. Más tarde, cuando había caído en un profundo sueño, Halima dio instrucciones a la esposa: el hombre debería ingerir aquella medicina tres veces al día, durante tres días. Sin excepción. Y, más importante todavía, los niños no podían continuar en la misma casa, corrían un gran peligro de contagio.

Agradecida, la joven madre se arrodilló en un intento de besarle los pies, pero Halima no se lo permitió. La obligó a levantarse y le limpió las lágrimas de agradecimiento con el dorso de la mano. Aquella escena conmovió a Aurora, que abandonó la casa con el anhelo de que aquella familia sorteara el bache que la vida había puesto en su camino. Algo le decía que así sería, al fin y al cabo, hasta ese momento no había habido enfermo al que Halima no hubiera logrado ayudar.

—Lo que haces es increíble. Lo sabes, ¿verdad?

No respondió y Aurora pudo estudiar su blanca silueta perfilada en medio de la negrura de la noche. Su cuerpo tullido se movía con torpeza y, sin embargo, su mente era un prodigio que almacenaba los secretos con los que proporcionar un futuro a aquellos a quienes la enfermedad pretendía arrebatárselo.

—Jamás había visto nada parecido —insistió Aurora, sintiendo un escalofrío serpentearle por la espalda al recordar a Halima en trance con los ojos cerrados y las manos abiertas—. Lo que haces está a medio camino entre lo terrenal y lo divino.

—Alá me ayuda en mi cometido —le contestó con su habitual modestia—. Es él quien me guía.

—Ojalá yo creyera en tu Alá… —se lamentó, convencida de que de ese modo todo resultaría más llevadero—, o en cualquier otro Dios.

Halima suspiró despacio. Luego levantó la vista al cielo.

—La fe no es más que amor: no hace distinciones, no tiene límites. Lo único que necesitas es encontrar aquello que llene tu corazón de luz. Para mí es Alá, pero para ti puede ser cualquier otra cosa. Búscalo y habrás encontrado tu religión, la que te dará fuerzas y abrirá camino. Confía, solo debes mirar en tu interior.

Aurora se acostó esa noche rumiando las palabras de la *amazigh.* Cierto que ella no creía en dioses ni milagros, pero sí tenía algo que, como Halima le había dicho, iluminaba su alma: sus hermanas. Incluso en la ausencia, Rocío y Estrella eran el sol en torno al que ella orbitaba. Ellas eran su fe.

* * *

—Siempre es un placer verte, amigo. Pero si la invitación va acompañada de una comida en mi restaurante favorito, la alegría es doble.

Rodrigo le estrechó la mano con sincero afecto. En el tiempo que llevaban trabajando juntos había aprendido que Bernabé Toca era un hombre que disfrutaba de los placeres del cuerpo en su máxima

expresión. Un buen plato, un buen vino, una mujer bonita… Sin duda, Bernabé sabía apreciar la calidad y gustaba de rodearse de ella. Y Rodrigo quería asegurarse de que el cónsul estuviera de buen humor para lo que le iba a pedir.

—Venga, suéltalo de una vez —lo animó Bernabé después de dar un breve trago a su copa de vino con los ojos cerrados y asentir complacido. A continuación, sacó su pañuelo del bolsillo y se secó el sudor de la frente.

—¿A qué te refieres? —preguntó Rodrigo alzando una ceja sobre sus ojos cobrizos con aire de pretendida inocencia.

Estaban en la mesa más retirada del Gandía, que nada tenía que ver con las modernas *brasseries* de los *boulevards,* pues se trataba de un local con solera estrecho y mal ventilado en el barrio de la Marina. El dueño, oriundo de la localidad que daba nombre a su negocio, se negaba a retirarse a pesar de regentarlo desde hacía más de cincuenta años y la fama de sus fideuás era más que merecida.

—No eres el único que a estas alturas sabe de qué pie cojea el otro.

—Ya veo… —admitió Rodrigo divertido—. De hecho, no andas desencaminado —se demoró unos instantes en prender un Bastos antes de retomar la palabra. Cuando lo hizo no quedaba rastro de su gesto distendido—. Necesito más pasaportes —anunció sin rodeos.

—Rodrigo…

—Lo sé, lo sé. —El tono reprobatorio del cónsul le escoció—. Hazme un favor y no me repitas lo mismo otra vez.

—Pero es que no puedo decirte otra cosa, bien lo sabes.

Rodrigo exhaló una nube blanquecina y espesa que ascendió hasta sus ojos. Los entornó sin retirarlos de los del cónsul. Lo que había comenzado por mero compromiso, por devolverle el favor al proporcionarle el paradero de las hermanas de Aurora, había acabado por convertirse en una especie de obsesión. Algo en lo que volcar la frustración y la rabia que lo reconcomían por dentro cuando aflojaba la adrenalina que el peligro bombeaba en sus venas.

—Se me remueven las tripas, Bernabé. No concibo cómo son capaces de encerrarlos como si fueran asesinos cuando su única culpa es haber perdido una guerra. Estamos hablando de abogados, escritores, periodistas, ingenieros, maestros… joder, ¡son miles y son españoles! —Hizo un esfuerzo por controlar el volumen de su voz—. Los tienen construyendo una maldita línea de ferrocarril en medio del desierto a pleno sol, mal alimentados, sin agua ni unas mínimas condiciones de higiene, vigilados por esos senegaleses que más parecen perros guardianes. Se mueren de miseria, de malos tratos y de pena. ¿Desde cuándo se ha perdido la humanidad?

—Me temo que nunca hubo esa humanidad de la que hablas, amigo.

No era la primera vez que aquel tema salía a colación, pues ambos compartían el mismo sentimiento de repulsa hacia los campos del desierto. Rodrigo se resistía a permanecer de brazos cruzados, por lo que a petición suya recientemente habían desarrollado una red gracias a la cual algunos de aquellos infelices lograban escapar de semejante infierno y eran acogidos en el viñedo de la familia Moragues donde, además de comida, cama y ropa, recibían una nueva identidad con la que poder continuar su camino.

El plan era simple pero efectivo. Aprovechaban una reciente circular que el Ministerio del Interior había enviado al gobernador general, en la que se establecía que los presos con conocimientos agrícolas podían ser reclamados y enviados a otros puntos del territorio a fin de suplir la escasez de mano de obra, un problema que se había incrementado tras las movilizaciones. Que el propietario de uno de los mayores viñedos del Oranesado hubiera recurrido en repetidas ocasiones a esta nueva y ventajosa dinámica no levantaba sospecha alguna. Con todo, ni Bernabé ni Rodrigo obviaban que su colaboración era tan eficaz como arriesgada.

El cónsul saludó con la cabeza a un par de parroquianos que entraron en ese momento y luego devolvió su atención a la conversación interrumpida.

—¿Y qué pretendes, Rodrigo? Sabes tan bien como yo que cuento con inmunidad diplomática, pero no es tu caso. Te estás exponiendo demasiado —contestó en un murmullo—. Hace solo un par de semanas que el nuevo gobernador general Abrial desembarcó en Argel; por lo que he podido averiguar, luchó en Dunkerque y lo hicieron prisionero. Tal vez por eso odie a los ingleses y, claro está, el asunto del ataque de Mers-el Kébir no es que haya ayudado a que se ganen su simpatía. También me dicen que es católico y conservador. En fin, dejemos pasar algo de tiempo antes de mover ficha, veamos de qué pie cojea.

—Esperar no va a solucionar nada.

—Por supuesto que no —le concedió Bernabé Toca con temple, sin duda más curtido en asuntos como aquel—. Pero corres un riesgo inmenso con cada nuevo hombre. Mírate: un francés emperrado en salvar españoles que vende vino a los alemanes. Estás jugando a tres bandas y si se enteran de que se la estás jugando en sus narices… Pero —se resignó al comprobar en el rostro de Rodrigo que no estaba dispuesto a ceder— tú eso ya lo sabes, así que venga, dispara, ¿qué es lo que pretendes exactamente?

—No olvidar a quienes el resto del mundo ya parece haber olvidado —anunció a bocajarro Rodrigo, sintiendo de nuevo el mordisco que le provocaba el recuerdo de la última mirada que le había dedicado Aurora.

En realidad, ella era el motivo de todo aquello. Y no solo porque por su causa hubiera conocido a Bernabé. Lo que ocurría era que a Rodrigo le dolía su rechazo con la misma contundencia que una bofetada. ¡Al cuerno con Aurora!, se decía y, aun así, no conseguía dejar de pensar en ella. Lo necesitaba tanto como el humo del cigarro que se llevó a los labios para aspirar con ansia. El despecho había resultado ser un acicate que lo llevaba a arriesgar cada vez más y más.

Bernabé se tomó unos segundos para responder.

—No hace falta que te repita que, si algo sale mal, las consecuencias para ti serían catastróficas. Ni siquiera yo podría

ayudarte, ya lo sabes.

—No voy a abandonarlos a su suerte.

—Ni yo te pediría que lo hagas, ya eres mayorcito para saber dónde te metes —suspiró Bernabé, un profundo cansancio asomaba en sus ojos—. Solo te digo que no te dejes cegar por la rabia y mantengas la templanza. Es la única manera. Entre tanto, ya sabes que cuentas con mi respaldo. Seguiré proporcionándote pasaportes para que esos pobres diablos puedan continuar con sus vidas. Y me las arreglaré para sacar alguno más, pero no me pidas lo que de antemano sabes que es imposible.

Rodrigo ahogó su decepción con una profunda calada. No podía culpar a Bernabé. De sobra sabía que hacía todo cuanto estaba en su mano para ayudar a los españoles que lo necesitaban. Si había demostrado una gran habilidad al utilizar las vías diplomáticas, aún más lo había hecho cuando se trataba de las extraoficiales.

—Tú intenta conseguirme toda la documentación posible —exhaló—, ya me ocuparé yo del resto.

—Hace relativamente poco que nos conocemos, Rodrigo, pero me has demostrado que eres un hombre de los que escasean en estos días en los que cada cual mira por sí mismo. Por eso mismo te pido prudencia. Prométeme que no vas a dejarte arrastrar por el corazón, que vas a mantener la cabeza fría.

—¿Y cuándo no lo he hecho?

Con una enigmática sonrisa, Bernabé levantó su copa para brindar como única respuesta y Rodrigo lo imitó. Como bien habían dicho al principio, se conocían demasiado bien. Durante los siguientes minutos los dos hombres fumaron en silencio, perdidos en cavilaciones y temores. Al final fue Bernabé quien retomó la conversación justo después de que una lozana camarera les dejara los platos rebosantes sobre el mantel a cuadros.

—¿Y cómo va el asunto del listado que te pidió tu suegro? —se interesó.

—He conseguido algo de tiempo, como me pediste.

—Bien hecho.

—Pero Blanchard no es estúpido… ni tampoco paciente, no podré retrasarlo mucho más.

—Tranquilo, algo se nos ocurrirá. Ahora vamos a disfrutar de esta fideuá como se merece, sería un pecado dejar que se enfríe.

* * *

Paloma sonrió. Le faltaba el dedo meñique de la mano izquierda, sospechaba que al menos un par de costillas estaban rotas y no había parte de su cuerpo que no le doliera a rabiar. Pero sonrió. Y lo hizo porque no habían conseguido arrancarle ninguna información acerca del paradero de Aurora.

Cuando Bruno Blanchard se la llevó de la pensión Valencia para interrogarla, Paloma no podía adivinar que la retendrían durante dos semanas. Ni que durante ese tiempo, se iban a emplear a fondo en hacer de su existencia un infierno. Los hombres del *commissaire* conocían su trabajo, eso no se podía negar. Primero la habían dejado tres noches y tres días a solas en un calabozo; allí, sola, sin agua ni comida, creyó estar a punto de perder la cordura. Cuando ya pensó que la dejarían morir sin más, la fueron a buscar para subirla a rastras hasta una sala húmeda, sin ventanas, cuya única iluminación provenía de una bombilla que a duras penas era capaz de llevar a cabo su cometido. La sentaron en una silla, la ataron y dejaron un vaso de agua frente a ella, fuera de su alcance. Un hombre al que no conocía empezó a hacerle preguntas, una tras otra, pero ella ni siquiera podía comprenderlas. Solo pensaba en ese maldito vaso de agua, tan cerca y la vez tan lejos. Perdió el conocimiento. Lo recobró cuando le vaciaron un cubo sobre la cabeza. Paloma levantó el rostro y abrió la boca con avidez, se lamió las comisuras de los labios.

A partir de ahí Paloma fue alternando el calabozo con la sala de interrogatorios. La subían cada cuatro horas, de día y de noche. Los hombres se iban turnando mientras que ella estaba cada vez más agotada. Las preguntas eran siempre las mismas: quién era Aurora Robles, de qué se conocían, qué intenciones tenía, dónde y con

quién había huido… Se las repetían una y otra vez, sin importarles que ella siempre respondiera lo mismo: no lo sé. Su mutismo era admirable a la vez que una temeridad, pero Paloma estaba dispuesta a mantenerse en silencio. No iba a delatar a su amiga. Los hombres, perdida la paciencia, decidieron dar una vuelta más de rosca. Y comenzaron las torturas.

Dos semanas después de haber entrado, Paloma salía de la prisión tambaleante y con pasos inseguros. Lo hacía con el cuerpo molido pero la cabeza bien alta. Orgullosa de haberlo conseguido.

—Empeñarse en ayudar a su amiga solo le traerá problemas —le había prometido Bruno Blanchard.

—No sé a qué problemas se refiere —respondió irónica levantando su mano izquierda envuelta en un vendaje sucio para mostrar el espacio vacío donde hacía solo unos días había habido un dedo.

—Dese por avisada —fue la escueta contestación de aquel hombre, que le hizo un gesto con la cabeza que a ella le pareció un «hasta pronto».

Al distinguir los contornos de la pensión Valencia, Paloma sintió ablandarse sus rodillas. Estaba de vuelta en casa. Se sacudió la ropa sucia y andrajosa, aprovechó para peinarse con los dedos y enderezar la espalda. Poco más podía hacer por mejorar su maltrecho aspecto.

—¡Ay, Virgen santa! ¡Paloma! ¿Eres tú?

La voz de doña Tecla la devolvió a la realidad. Se giró y vio a la mujer bajando los últimos escalones de dos en dos, con el mandil aún puesto, las manos enharinadas y la cara descompuesta.

—Te he visto por la ventana y no daba crédito… ¡No imaginas lo preocupados que estábamos por ti!

Entonces, tras la buena mujer, apareció una figura menuda. Era Ginesito.

—¡Mamá!

Paloma se derrumbó sin haber llegado a dar siquiera un paso. El corazón pareció quedársele en suspenso. Abrió los brazos y recibió

en ellos al pequeño, que había acudido raudo al encuentro de la madre y encajaba a la perfección en el hueco, como si estuviera hecho a medida para él. Estrechó ese cuerpecito tan suyo con fuerza, hasta que el niño se quejó.

—Ay, mamá, que no me dejas respirar…

Paloma aflojó el abrazo, pero no se resistió a besarle la cabeza una y otra vez, inspirando fuerte para embeberse de su olor.

—Lo sé, hijo, es que te he echado mucho de menos. ¿Qué te parece si vamos dentro y me cuentas todo lo que has estado haciendo estos días?

Con la bendita inocencia de la infancia, Ginesito acompañó a su madre dando pequeños saltitos para reunirse con doña Tecla. Las mujeres se dieron un largo abrazo, en el que no se dijeron nada. No hacía falta. A la vista estaba todo lo que había que contar.

—Vamos, *filla,* entra en casa, que ahora mismo te voy a preparar un caldo que te va a entonar el cuerpo, te lo digo yo.

Doña Tecla fue la primera en desaparecer en el portal, seguida de Paloma, quien depositó en la cabeza de su hijo un último beso antes de seguirla.

Ninguna de las dos se apercibió del Renault negro aparcado al otro lado de la plaza, ni del hombre que las observaba desde su asiento trasero haciendo girar sus anillo *chevalier*.

Capítulo 25

Olvido estaba furiosa. Habían transcurrido algo más de dos meses desde que se trasladara a casa de las hermanas Robles y necesitaba abandonarla cuanto antes. No podía quejarse del trato recibido, al contrario. Pese al descarado desacuerdo de Rocío, Estrella se desvivía por atenderla. Casi parecía que se había propuesto por todos los medios conseguir que dejara atrás su pasado. ¡Como si eso fuera posible!

Incluso dormía a su lado muchas noches. Al alba, Olvido despertaba sintiendo el calor de su cuerpo, su respiración contra su cuello, y no se atrevía a moverse ni un milímetro, no fuera a romper aquel delicado encanto que le llenaba el pecho de unos sentimientos que amenazaban con resquebrajar esa coraza con la que se protegía de cualquiera que intentara acercarse demasiado. No se podía permitir volver a ser débil, dolía demasiado. Por eso necesitaba huir. El único problema era que lo que había creído ser su vía de escape acababa de esfumarse.

Su contacto en el puerto, aquel estibador malencarado, le había hablado de un barco. Uno que la alejaría definitivamente de Estrella y sus ojos dulces, de sus abrazos nocturnos y de su empeño por quererla. Planeaba pagarle con el valioso reloj que las hermanas habían traído consigo desde Alicante. Llevaba días buscándolo por la casa. Había mirado en los cajones, registrado bolsillos, dado la vuelta al colchón… Pero nada, ni rastro. Hasta que esa misma mañana había oído una conversación entre las mellizas que hizo añicos sus esperanzas.

—¿Para qué me sirven unos pechos que no dan leche? —se lamentaba Rocío en el dormitorio, sin sospechar que Olvido se agazapaba al otro lado de la puerta.

—No digas eso, no es culpa tuya.

—Si al menos tuviéramos el reloj… Podríamos venderlo y no pasar hambre.

—No teníamos forma de saber todo lo que iba a ocurrir. Aurora es la mayor, era lógico que lo guardara ella. ¿Cómo íbamos a imaginar que nos separarían?

—Solo espero —respondió Rocío con un hilo de voz— que al menos a ella le sirva para algo.

Olvido no se quedó más, le bastaba con lo que ya había escuchado. Acababa de corroborar que aquel maldito reloj en el que había depositado sus anhelos tras el fracaso del robo de la alianza en El Jardín estaba fuera de su alcance. Ya no tenía con qué pagar al estibador, lo que significaba que no subiría a ese barco. O tal vez sí.

—¿Traes lo que acordamos?

Aguardó a que el estibador acabara su turno y lo abordó en un rincón aislado del puerto, lejos de oídos y miradas ajenas. Estaba sudoroso y olía a una mezcla de salitre y pescado que resultaba repulsiva. Olvido trató de respirar por la boca.

—Traigo algo mejor.

Al hombre no le agradó su respuesta y se lo hizo saber.

—Creí que ya te había dicho que no me gusta que me hagan perder el tiempo.

Olvido dibujó su mejor sonrisa girando el rostro de manera que mostraba su lado menos desfigurado. Para terminar de convencer al hombre, descruzó los brazos y se desabotonó despacio la blusa hasta dejar sus pequeños pechos al aire. Sus pezones se endurecieron al instante, captando la atención del hombre que, por un momento, pareció perder su perenne mal humor. Dispuesta a jugar sus mejores, o más bien últimas cartas, la joven se levantó la falda. El vello púbico, tan rojo como su cabello, reveló que no llevaba ropa interior.

—Todo esto puede ser tuyo si me ayudas a subir a ese barco —ronroneó Olvido, acercándose al estibador para colocar su mano sobre su entrepierna.

Al notarla endurecida, durante un segundo, uno solo, creyó que iba a cerrar el trato. Pero la ilusión se desvaneció tan pronto él le propinó un fuerte empujón.

—Si quiero encamarme con un adefesio ya tengo a la parienta en casa —escupió antes de desaparecer de su vista—. Me prometiste un reloj de oro y ahora quieres contentarme con un mal polvo. ¡Hay que joderse! Además de fea, mentirosa.

Olvido se tragó las lágrimas de humillación. No era la primera vez que le decían algo parecido, ni siquiera era la peor. Pero aquella dolía más que ninguna otra porque significaba que no podría irse.

—¡Volveré mañana! ¡Y con el dinero! —gritó con la esperanza de que aún pudiera oírla. Se cerró la blusa y se estiró la falda a toda prisa, como si así pudiera hacer desaparecer la viscosa sensación que le quedaba cada vez que ofrecía su cuerpo a un extraño. Luego añadió para sus adentros—: Me subiré a ese maldito barco… Cueste lo que cueste.

* * *

—¡Te digo que sí!

—Haz el favor de ser razonable, Rocío. ¡Si es solo un bebé! No puedes llevarla a un sitio como ese.

—No veo por qué no, al fin y al cabo nació allí.

Estrella suspiró a la vez que se pinzaba el puente de la nariz, incapaz de hacer entrar en razón a su hermana.

—Mira, al principio Violeta no me quería por allí porque la niña lloraba tanto que les bajaba los ánimos a los clientes, ya me entiendes. Pero desde que toma la leche que necesita ni se la oye, es una bendita, y nosotras lo que necesitamos es dinero, Estrella, y el dinero no cae de los árboles. Hay que ir a buscarlo, pues eso es justo lo que voy a hacer.

—Estoy de acuerdo… salvo en que te lleves a la niña contigo.

—¿Y qué pretendes que haga con ella? Tú llegas tarde de la relojería y, aunque María y Rafael son unas bellísimas personas y estoy segura de que accederían a cuidarla si se lo pido, no quiero que la niña esté en el consultorio con tanto enfermo entrando y saliendo. A saber de qué podría contagiarse. Además —añadió moviéndose de un lado a otro para adormecerla, con la discusión se había despertado—, soy su madre, ¿con quién va a estar mejor que conmigo?

Estrella no contestó. Sabía cuánto le dolía a su hermana ver a su hija succionando del pecho de otra mujer y no quería decir nada que la hiriera aún más.

—Tengo que volver, Violeta me necesita, y nosotras la necesitamos a ella.

Lo que Rocío omitió fue que su regreso al trabajo incluía las citas con aquel cliente especial que todavía no había conocido. Violeta le había explicado que se trataba de un hombre que viajaba a menudo, que solía recalar en Orán con frecuencia. Y, precisamente, se encontraba a la espera de su próxima visita, que debía de ser en breve. Entretanto, Rocío prefería no pensarlo demasiado. Gracias a aquel acuerdo ella traería a casa un buen dinero con el que por fin podrían olvidar el hambre y las calamidades. El resto no importaba. O eso se empeñaba en creer.

—Solo te pido que me des unos días más —insistió Estrella, ajena a las tribulaciones de su hermana—. Déjame que lo hable en la relojería, *monsieur* Moatti está contento conmigo. Puedo pedirle un aumento o quizá un adelanto. Hoy mismo me han pagado una buena cantidad por arreglar un reloj de carruaje fabricado nada menos que en París. Una preciosidad de latón con la esfera en porcelana blanca esmaltada, sonería de rueda a las en punto y a las y media…

—Estrella, por favor —la detuvo Rocío. No era la primera vez que su hermana se iba por las ramas cuando de relojes se trataba.

—Claro, perdona. A lo que iba, ¡quinientos francos! Fíjate que hasta me ha dado apuro dejarlos en la cajita de la trastienda donde suelo guardar el dinero y me lo he traído conmigo, pero cuando se los entregue mañana, *monsieur* Moatti se va a poner muy contento. Será el momento ideal para proponérselo.

Rocío se permitió soñar con que lo que prometía su hermana pudiera ocurrir. De ser cierto, tal vez no tendría que permitir que el cliente de Violeta la manoseara. Con un poco de suerte aquello quedaría en un mal sueño, otro más con los que la vida la atormentaba desde que una guerra le arrebató la inocencia de un plumazo.

—Está bien —accedió con la voz agotada—, pero si *monsieur* Moatti no está conforme, mañana mismo voy donde Violeta. Y me llevo a la niña.

Estrella se conformó con aquel acuerdo precario, le horrorizaba la idea de que su sobrina anduviera por un prostíbulo, pero era realista y sabía que no eran muchas sus opciones.

* * *

Olvido había salido de la casa con la esperanza de no volver y, sin embargo, estaba allí de nuevo. Las mellizas discutían en el dormitorio y ni siquiera la escucharon volver. En la entrada vio colgada la chaqueta con la que Estrella se protegía de la humedad cuando se le hacía tarde con algún encargo y regresaba ya oscurecido de la relojería. Las hermanas seguían sumidas en su discusión, le pareció que hablaban de dinero y pensó que se trataba de una providencial coincidencia. La puerta del dormitorio estaba cerrada y, con Estrella y Rocío al otro lado, Olvido supo que no se le presentaría una mejor oportunidad.

Con un rápido movimiento metió la mano en los bolsillos de la rebeca para registrarlos. Sintió algo crujir entre los dedos y el corazón empezó a latirle deprisa. Parecían billetes. Y por el volumen que adivinó al tacto, supuso que no eran pocos. Con pulso

tembloroso los sacó y un leve silbido se le escapó de entre los labios.

Justo cuando más lo necesitaba, cuando más desesperada estaba, la solución a sus problemas le llegaba de la forma más inesperada. Contó el dinero por encima y se le iluminó el rostro. Con un poco de suerte serviría para convencer a aquel avaro estibador de que la subiera de polizón en el barco y empezar así una nueva vida. Sonrió satisfecha. Al fin la suerte parecía ponerse de su lado… ya era hora.

Pero entonces la voz de Estrella la acuchilló por la espalda.

—¿Me estás robando?

La había sorprendido de pie junto a su chaqueta, aún con el fajo de billetes en la mano, y supo que no habría excusa posible. Nada de lo que dijera mitigaría la decepción en aquellos ojos que la observaban incrédulos. En ese preciso instante, Olvido tuvo la absoluta certeza de haber cometido el mayor error de su vida. Había traicionado a la única persona que aún creía que había algo bueno en ella. Y lo peor de todo era que no había vuelta atrás.

—Te avisé de que a las personas buenas os pasan cosas malas —murmuró contrayendo su rostro desfigurado—, pero no quisiste escucharme.

Capítulo 26

Poco a poco Aurora se había ido amoldando a la vida nómada. Seguía sin acostumbrarse a actuar frente al público y solía sentirse indispuesta justo antes de salir al escenario, pero eso era lo de menos. Prefería las mañanas, que de habitual eran tranquilas tras unas noches que se alargaban hasta la madrugada. Las horas se les escurrían entre tareas ordinarias, ensayos y descanso. Gumersindo Pineda, cuya soltería le había privado de tener hijos, hacía suyos los de los artistas, por lo que se había autoimpuesto la tarea de enseñarles a leer y escribir, además de sumar y restar. Los chiquillos adoraban sus clases, tal vez porque con un poco de suerte caía un caramelo si se aprendían la lección. La imagen del director sentado en una silla con una caterva de chiquillos formando un ordenado corro en el suelo a su alrededor era ya algo habitual. Allí solía estar Alfonsita, la hija de los cantantes de zarzuela, que con cinco años ya apuntaba maneras y representaba los papeles infantiles de las obras siempre y cuando le pintaran los labios, porque de lo contrario se negaba a pronunciar palabra. También estaban Joaquín y Fermín, los gemelos del payaso y su mujer bajita, que parecían haber heredado la estatura de la madre, pero la gracia del padre. Y Finita y Antonio, hijos del matrimonio Pereda, los únicos que habían sido, a excepción de Gumersindo, actores profesionales en España. La Alegría era una gran familia en la que Aurora se sentía arropada con un sincero afecto. No podía negar que les había cogido cariño. A todos menos a Risto.

Aquel hombre era la oveja negra de la compañía. Bebedor y pendenciero, no eran pocas las veces que Gumersindo había tenido

que acudir en su busca a la taberna del pueblo de turno para encontrarlo en un estado lamentable. Eso en el mejor de los casos, porque cuando se pasaba con la bebida, que era casi siempre, se ponía violento y buscaba gresca con cualquiera que se cruzara en su camino, lo que, con su tamaño hercúleo, suponía un serio problema. Aurora no comprendía cómo Gumersindo soportaba todo aquello. Aunque intuía la respuesta.

Halima era la antítesis de su marido. Habilidosa, dulce y siempre dispuesta, se había convertido en una pieza indispensable para el funcionamiento de la compañía. Lo mismo reformaba el vestuario para adaptarlo a una nueva obra que maquillaba y peinaba a los actores antes de cada actuación. También era la voz que acudía al quite cuando alguno se trababa o se olvidaba del texto, cosa que ocurría con cierta frecuencia dado el gran repertorio que manejaban. Tenía una forma de apuntar que transmitía el sentido de cada palabra, permitiéndoles actuar con pocos ensayos. No había nadie que no la adorara nada más conocerla. Desprendía esa inusual pero valiosa bondad del alma que se reconoce de un simple vistazo tan pronto se tiene delante. Si bien todos la apreciaban, solo Aurora sabía que, además, Halima poseía una mente prodigiosa en la que guardaba la cura para mil y un males. Solo ella conocía su excepcional secreto.

La vida del teatro ambulante combinaba momentos de máxima agitación los días de actuación con otros de calma e incluso aburrimiento en un ciclo que se repetía cada semana: llegar a un nuevo pueblo, aguardar a las negociaciones de Gumersindo con los empresarios del lugar, acomodarse si había tenido éxito y prepararse para las actuaciones que empezaban el jueves y se sucedían hasta el domingo, en un punto y final para los habitantes de aquel pueblo y punto y seguido para la compañía, que continuaría su camino hacia un nuevo destino.

Una mañana tranquila en la que había poco que hacer, Aurora se encaminó hacia el lavadero cargada con un balde de ropa sucia y una pastilla de jabón de sosa. Pese a que el verano ya languidecía,

el sol de septiembre calentaba todavía con fuerza y el siroco ayudaría a secar las prendas.

—¡Eres tonta de remate!

Aurora se detuvo al final de una hilera de casas que parecían deshabitadas. No necesitaba asomarse para adivinar quién hablaba. Aquella voz pastosa y ronca solo podía ser de Risto, quien al parecer ya andaba bebido. Decidió acercarse un poco más, solo para asegurarse.

—Mira que te lo tengo dicho, pero es que no te entra en la mollera. ¿Tan difícil es de entender que un hombre quiera llevar los zapatos limpios?

La escena era patética. Risto estaba sentado en una desvencijada silla, a la sombra de una morera. La prominente barriga le había abierto la camisa a la altura del ombligo y cercos de sudor asomaban bajo sus axilas. Halima aguantaba el chaparrón frente a él con una dignidad que acentuaba el desaliño del hombretón.

—Pero si los limpié ayer a conciencia —se atrevió a responder, apenas un murmullo—, los dejé relucientes.

—¿A ti te parece que están relucientes? —bufó Risto—. Yo diría que dan asco.

—Lo siento —respondió Halima. Con probabilidad él mismo habría vomitado sobre ellos tras la borrachera de la noche anterior.

—Con sentirlo no es suficiente —resopló crecido ante la humildad de su esposa—. Arrodíllate.

Aurora tuvo un mal presentimiento al ver a su amiga obedecer.

—Ahora mismo vas a enmendar tu error —anunció como si se le hubiese ocurrido una genial idea—. Vas a esmerarte en que queden bien limpios… y lo vas a hacer con la lengua.

Aquello era puro sadismo. Aurora sintió deseos de lanzarse a su cuello, pero se contuvo, sabía que cualquier paso en falso podía perjudicar a Halima. Por suerte, su amiga no se movió. Continuó arrodillada frente a su marido, la cabeza baja y la actitud sumisa, pero sin hacer amago de lamer los malditos zapatos.

—¿Es que además de tonta eres sorda? —la increpó furioso. Y subió el tono para añadir espaciando cada sílaba—: Te-he-di-cho-que-los-chu-pes.

Halima no reaccionó y la ira de él fue en aumento. La tensión era insostenible.

—Zorra idiota, ¡yo te enseñaré a obedecer!

Risto se levantó para quitarse el cinturón. Aurora no pudo soportarlo más.

—¡Halima! Menos mal que te encuentro —interrumpió con el cesto de ropa bamboleando sobre su cadera—. Justo te andaba buscando porque necesito ayuda con mi vestido de flores, ya sabes, ese que me gusta tanto —improvisó sobre la marcha sin importarle lo más mínimo la credibilidad de su mentira—. Se ha roto la cremallera y no hay forma de que suba, seguro que tú puedes arreglarlo en un santiamén.

Halima levantó la cabeza sorprendida, pero más sorprendido aún parecía Risto, cinturón en mano y un mar embravecido en la mirada.

—Haz el favor de largarte —le espetó sin rodeos—. ¿No ves que estás incordiando en una conversación entre marido y mujer?

—Ahora mismo me voy —contestó Aurora obligándose a mantener la barbilla alta para demostrarle que a ella no la podía doblegar—, pero Halima viene conmigo.

Se veía a las claras que Risto estaba haciendo un gran esfuerzo por contenerse. Debía de estar pensando que una cosa era zurrar a su mujer y otra muy distinta hacerlo delante de ella.

Aurora decidió no tensar más la cuerda y le tendió una mano a su amiga.

—Vamos.

Tras unos instantes que parecieron eternos, la *amazigh* obedeció para seguirla y ambas se alejaron de Risto y su cinturón. Solo cuando ya no podía verlas ni escucharlas, Halima le dijo:

—No has debido hacerlo.

—¿Y qué querías, que te dejara lamerle los zapatos a ese cerdo?

—Tú no lo entiendes.

—Pues explícamelo —se ofuscó Aurora.

Halima tomó aire y miró al cielo un instante.

—Es mi marido, estamos unidos y a él me debo. Así quiere Alá que sea.

Aurora no pudo reprimir un resoplido. Le resultaba inconcebible que la misma Halima que demostraba una determinación extraordinaria cuando de curar enfermos se trataba, se comportara con tal sumisión ante un hombre que la maltrataba.

—Eres la mujer más inteligente y capaz que he conocido —argumentó Aurora haciendo acopio de paciencia—. No te merece. Y estoy segura de que Alá está de acuerdo conmigo en eso. Deberías dejarlo.

Halima la miró como se mira a quien se sabe que no puede entender. Las separaban no solo los años y la vida, sino un abismo de culturas y creencias.

—Nuestra unión es sagrada —sentenció inescrutable—. Solo la muerte me librará de ella.

* * *

Paloma se había recuperado de su estancia en la prisión. Los cuidados de doña Tecla habían sido de gran ayuda, pero lo que realmente la empujó a seguir adelante fue Ginesito, su día y su noche, su sol y su luna, su vida entera. Ese amor de madre era el que hacía que, pasara lo que pasase, su mundo no dejara de girar.

Paloma, hija de un zapatero remendón y una cocinera del hotel Reina Victoria, había nacido en Valencia, y era la mediana de cinco hermanas. Su padre, que siempre deseó un varón sin que el destino tuviera a bien cumplir su deseo, era un ferviente anarquista. Por mucho que se esforzó por sembrar en ella sus ideales, tampoco esto consiguió. De pequeña Paloma no comprendía aquella devoción por algo intangible. Y de mayor simplemente le preocupaban otras cosas, como ir a veranear a casa de sus primas en Aigües de Bussot. ¡Eso sí que era emocionante!

En el verano del 36, Paloma lucía la frescura de sus diecinueve años. Su llegada al pueblo de sus primas causó el revuelo propio de la novedad y todos los muchachos atesoraban la esperanza de sacarla a bailar en la verbena. Pero fue Ginés quien, sin saber dar un solo paso de baile, la invitó antes que cualquier otro. Ginés medía casi dos metros y era tan alto como torpe. Al agarrarla de la cintura se puso nervioso y le pisó el empeine, por lo que Paloma acabó coja para el resto de la noche. Ni Paloma ni Ginés sospechaban todavía que alguien podía enamorarse de un certero pisotón.

La casualidad quiso que Ginés, tornero con talento, compartiera el fervor anarquista de su padre, aunque por entonces otro fervor más mundano calentara su sangre. Aquel mes de julio, cada tarde, al terminar de trabajar, iba en busca de Paloma. Sus primas y hermanas, todas en edad de suspirar ante el romanticismo de una relación secreta, se encargaron de cubrir su ausencia ante su tía. Y, como era de esperar, igual que les había ocurrido a muchos otros antes que ellos, Ginés y Paloma se fueron envalentonando en cada encuentro… hasta que pasó lo que tenía que pasar. Cuando, poco después, llegó la noticia del levantamiento, se acabaron los bailes, las risas y los besos. Al momento de alistarse Ginés, Paloma todavía no sabía que estaba embarazada.

Ella regresó con sus hermanas a Valencia mientras Ginés montaba aviones de guerra en las entrañas de la montaña de Canelobre. Luego la guerra se recrudeció y perdieron el contacto. En el 39, cuando ya todo estaba perdido, Ginés zarpó en el *Stanbrook* desde el puerto de Alicante justo antes de la entrada de las tropas italianas en la ciudad. De no haberlo hecho, habría acabado en alguna cuneta con un tiro en la frente, como tantos otros. Contra todo pronóstico llegó a Orán y desde allí se las ingenió para hacerle llegar unas letras a Paloma asegurándole que se encontraba bien y regresaría en cuanto pudiera para casarse con ella.

A esas alturas Paloma había visto demasiado. Conocía la política que seguía el régimen con los desafectos, los traidores de la patria. Había tenido la desgracia de comprobarlo con su propio padre. Ginés

no podía regresar, no debía hacerlo. Así que se lanzó en su busca. La decisión no fue fácil, tampoco difícil, sencillamente era su única opción. Siendo madre soltera, hija de un anarquista condenado y con carnet de la JSU, esto último por empeño de su padre, en España le hubiera esperado una existencia más parecida a una penitencia. Al marcharse no fue valiente, tan solo una superviviente, como tantas otras antes y después que ella.

Tal vez en aquellos tiempos sobrevivir fuera el mayor acto de valentía.

Con todo, lo que más miedo le causaba era navegar. Nunca lo había hecho y se prometió no volverlo a hacer. Por suerte, la travesía fue corta, porque empezó a vomitar nada más subirse a aquel bamboleante barco de pescadores y así siguió hasta que puso un pie en tierra firme. Ni durante el embarazo de Ginesito recordaba haberse sentido tan indispuesta. Por su madre, Paloma estaba al corriente de una vecina del barrio que había emigrado a Orán hacía ya muchos años, por lo que no dudó en buscarla tan pronto se le pasó el mareo. Doña Tecla se hizo cargo de ella y de su hijo sin importarle que no tuvieran dinero ni medios, o tal vez por eso mismo.

Desde entonces, Paloma había tratado de reunirse con Ginés para anunciarle que era padre y retomar la vida por donde se les había truncado. No obstante, la guerra en Europa era ya una realidad y Francia tenía sus propios problemas. Pese a todo su empeño, solo contaba con la confirmación de que los hombres del *Stanbrook* habían sido repartidos por diferentes campos de trabajo del desierto y de que Ginés podría estar en cualquiera de ellos… o en ninguno.

Los gritos de Ginesito, que corría por el pasillo de la pensión, la sacaron de la ensoñación en la que se perdía a menudo. Lo reconvino con cariño y, tras darle un beso en la coronilla y pedirle que hiciera caso en todo a doña Tecla, le prometió a esta que regresaría para la hora de la comida. Paloma se marchó al matadero con intención de comprar grasa para sus jabones sin sospechar que a su regreso la vida se le habría roto en mil pedazos.

Después del interrogatorio que le había costado un dedo, Bruno Blanchard no había vuelto a molestarla y Paloma se había convencido de que se había olvidado de ella. No fue hasta su regreso a la pensión Valencia cuando comprobó su error.

—¡Ay, Paloma! No he podido hacer nada, te lo juro…

El llanto impidió a doña Tecla continuar. La buena mujer tenía el rostro demudado. Sobre la ceja izquierda un golpe le había abierto una brecha profunda que todavía sangraba, aunque parecía no darse cuenta. Temblaba como una hoja al viento y se abrazaba a sí misma, presa de un nerviosismo desquiciado.

—¿Qué ocurre? —se alarmó Paloma y un pensamiento se abrió paso en su mente con la rapidez de un rayo—. ¿Dónde está Ginesito?

—¡Se lo han llevado! —hipó la mujer, incapaz de hilar las frases inconexas que se le escapaban de la boca a borbotones—. Dos hombres han aparecido de pronto… He intentado evitarlo, pero me han dejado casi inconsciente y yo…

Paloma ya no escuchaba, un pitido molesto y agudo resonaba en sus oídos e impedía que llegara a ellos nada más. Corrió por el pasillo gritando el nombre de su hijo, abriendo puertas como si fuera a encontrarlo jugando en cualquier habitación. Solo al llegar a su dormitorio, el que ambos compartían, y ver abandonado el cochecito de madera que le había regalado por Reyes el año anterior, comprendió.

—¿Dónde vas? —preguntó doña Tecla al verla encaminarse hacia la puerta. Se había derrumbado en una de las sillas de la cocina, de repente parecía una anciana.

Paloma ni siquiera contestó. En su cabeza solo cabía un pensamiento: recuperar a su hijo. Y ella sabía quién se lo había llevado.

Mientras caminaba a grandes zancadas se recriminaba una ceguera que la había conducido a subestimar al *commissaire* Blanchard. Todo aquello era culpa suya. Se había negado a proporcionarle la información que buscaba y ahora su pequeño

estaba pagando las consecuencias. ¿Cómo podía haber sido tan estúpida de haberlo puesto en peligro?

Apretó el paso, espoleada por la angustia que solo una madre puede llegar a conocer. No titubeó. Se encaminó directa a donde sabía que encontraría al *commissaire* y, estaba convencida, también a Ginesito. Era consciente del precio que iba a tener que pagar para recuperarlo. A cambio de devolverle a su hijo, le exigirían que desvelara el paradero de Aurora. La misma pregunta que ya le habían hecho antes, solo que esta vez la respuesta sería diferente. No había lugar para los titubeos, no opondría resistencia.

Paloma iba a traicionar a Aurora.

Capítulo 27

—Así que era cierto —ante su silencio, Estrella insistió—. Robaste a ese cliente en El Jardín, ¿me equivoco?

Olvido le había devuelto el dinero con la vista clavada en el suelo, incapaz de sostenerle la mirada y sin siquiera tratar de explicarse o justificarse. Solo pronunció dos palabras, tan débiles que casi ni ella fue capaz de escucharlas.

—Lo siento.

Estrella jamás había sentido una desilusión tan honda. Le pesaba en el pecho casi impidiéndole respirar. Aun habiéndolo visto con sus propios ojos, le costaba creerlo. Hasta hacía solo unos minutos, seguía convencida de que la antigua Olvido estaba escondida bajo aquella marea de desprecios y desaires, tan solo debía ser paciente y mantenerse a su lado para traerla de vuelta a la superficie. Pero acababa de darse cuenta de lo ciega que había estado.

—Ni siquiera encuentro palabras para que entiendas lo decepcionada que estoy. Jamás me hubiera esperado esto. —Su enfado le impidió percatarse de que Olvido lloraba en silencio, o si lo hizo, no demostró compasión alguna. Después de todo, también ella estaba luchando contra las lágrimas. Aunque las suyas fueran de rabia—. ¿No vas a intentar defenderte?

—¿Para qué? —replicó Olvido, consciente de que acababa de cometer un error sin retorno—. Nada de lo que diga puede excusar lo que has visto.

—Tienes razón —asintió Estrella irguiendo la espalda para ayudarse a mantenerse firme en la decisión que acababa de tomar. La única posible dadas las circunstancias—. Quiero que te vayas.

Olvido exhaló despacio, asintiendo como si hubiera estado esperando esa frase desde el principio. Entonces, Rocío, que se había colocado junto a Estrella sin pronunciar palabra, le apretó el brazo. Por mucho que aborreciera a Olvido, era noche cerrada y dejar en la calle a una mujer sola no era prudente. Las tres lo sabían, por eso Estrella añadió:

—Está bien, puedes quedarte esta noche, pero por la mañana quiero que hayas desaparecido de mi vida. Y esta vez haznos un favor a todas y no vuelvas.

* * *

Tras el armisticio y el control alemán, corrían malos tiempos para los judíos en Argelia. El Gobierno de Vichy había demostrado no ser más que un títere sin voluntad propia y las primeras consecuencias ya se dejaban notar, tensando peligrosamente el ambiente. La noche del 11 de septiembre, más de una veintena de vitrinas de comercios hebreos fueron reventadas sin que las autoridades de la ciudad de Argel hicieran amago de intervenir. El decreto Crémieux, por el cual se equiparaban los derechos de los judíos a los de cualquier otro francés, pendía de un hilo. Si llegaba a ocurrir lo que vaticinaban los más pesimistas, aquel pueblo sosegado y trabajador vería peligrar su futuro. Por todo ello, al final Estrella no consiguió el ansiado aumento de sueldo ni tampoco un adelanto en la relojería de *monsieur* Moatti, y así las últimas esperanzas de Rocío de evitar la cita de aquella tarde con el cliente especial de Violeta se volatilizaron.

Se había aseado y vestido con un conjunto de falda y blusa en tonos malva que la madama le había prestado y, a decir verdad, la favorecía. Tampoco estaba muy segura de si debía maquillarse, pero no se sintió con ánimos y esperó estar presentable. De los párpados hinchados, tras una noche en vela ahogando sus sollozos contra la almohada para no alertar a Estrella ni despertar a la pequeña, prefirió no echar cuentas.

Abandonó la *casbah* por la *rue* de Chartres, esquivando su mercado cubierto en cuyo interior los corderos colgaban de ganchos en las *boucheries* musulmanas. Enseguida se adentró en calles más amplias y luminosas, y entornó los párpados hasta que sus pupilas se habituaron a la exposición de esa feroz luz argelina. Desembocó en la siempre concurrida *rue* d'Isly, con sus edificios de cinco alturas y sus toldos a rayas extendidos para dar sombra a los balcones y comercios de las plantas bajas; en sus aceras sorteó árboles y farolas colocados con impecable alineamiento europeo. A la altura de los *magasins* Galeries de France musitó un distraído «*excusez-moi, madame*» al tropezar con una señora elegante con sombrero. Continuó hacia el número cinco de la *avenue* Pasteur, casi en los jardines del *boulevard* Laferrière. Caminaba despacio, como si los pies le pesasen, cuando en realidad lo que le pesaba era el alma.

El día anterior Violeta le había facilitado el número de habitación, por lo que al menos se evitó dar explicaciones bochornosas al recepcionista del hotel Albert. Le abrió la puerta un caballero que rebasaba con amplitud la cincuentena, de aspecto pulcro y cabello en retirada peinado con brillantina. Iba impecablemente vestido con un traje azul marino y los zapatos lucían recién encerados. De un primer vistazo, a Rocío no le resultó desagradable, como había estado temiendo en secreto, aunque desde luego no era el tipo de hombre con el que habría estado de haber tenido elección. Pero no la tenía.

—Buenas tardes, querida, gracias por venir —la saludó con educación y un leve acento catalán—. Pasa, no te quedes en la puerta.

Y Rocío entró.

La primera media hora transcurrió de una forma muy diferente a la que había esperado. Arnau, que así se llamaba el cliente especial, resultó ser un hombre educado y amable que la invitó a ponerse cómoda en una de las butacas, casi como si ella fuera una señorita de buena familia y no una prostituta. Se presentó como

representante de una importante fábrica de tejidos. Su trabajo implicaba viajar mucho y pasar largas temporadas fuera de casa.

—Soy viudo y la soledad es una losa pesada de cargar —confesó con sinceridad—. A veces necesito compañía, pero la mera idea de acudir a un burdel me espanta. Por eso Violeta, que es una vieja amiga, se ofreció a ayudarme.

Rocío se preguntó si aquella era una forma elegante de decir que cuando quería compartir cama con una mujer, prefería que no pareciera que estuviera pagando por ella. Sin embargo, optó por no preguntar y se limitó a asentir. Lo cierto es que llevaban ya un buen rato sin hacer nada más que hablar. Era la primera vez que hacía algo así, pero por lo que había visto en El Jardín, las cosas solían funcionar de otra manera bien distinta. Entretanto, ella se esforzaba por prestar atención, aun cuando su mente no dejaba de volar una y otra vez hacia su pequeña. La había dejado con Encarna, a la que pidió que la cuidara una hora, dos a lo sumo. No le quedaba otra porque una cosa era llevársela consigo a limpiar el burdel y otra muy distinta a la habitación de aquel desconocido.

—Siempre me gustó mi trabajo: la variedad de los tejidos, sus texturas, los patrones de los estampados… Es un mundo fascinante que, después de tantos años, conozco a la perfección. Además, detesto la rutina y yo siempre estoy viajando, visitando ciudades, conociendo gente, probando sabores de aquí y de allí.

A Rocío la devoraba la incertidumbre. Se preguntaba cuándo dejaría a un lado aquella charla irrelevante y le pediría que se desnudase. Casi prefería que aquello acabara cuanto antes. ¿No se daba cuenta de que estaba alargando su agonía?

—Pero bueno, ya es hora de que deje de aburrirte con mis cosas. ¿Qué me cuentas de ti, Rocío?

Inspiró profundamente y se aclaró la garganta antes de responder.

—Me llamo Rocío —empezó, retorciendo sus manos sin atreverse a mirarlo a los ojos. Nada más hacerlo se dio cuenta de lo absurdo

de sus palabras—. Ay, perdón, mi nombre ya lo sabe, qué tonta. Disculpe, estoy algo nerviosa.

—No tienes de qué preocuparte. Piensa que estás con un amigo —le sugirió con amabilidad—. ¿Qué tal si vuelves a intentarlo?

—Está bien, pero no sé muy bien qué contarle —accedió—. Nací en Alicante y soy la menor de tres hermanas. Tengo una hija…

Se mordió el labio de inmediato. No debería haber dicho eso. Pese a su escasa experiencia, supuso que lo último que cualquier hombre en esa situación quería era que le hablaran de criaturas que lloran y se hacen sus necesidades encima.

—Eso es fabuloso —la tranquilizó él—, me encantan los niños.

—¿Sí? —A Rocío se le iluminó el rostro de alivio al comprobar que no había metido la pata—. La mía tiene casi tres meses y es un encanto —se atrevió a añadir.

—Yo soy abuelo, ¿sabes? El mayor tiene ya cinco años y el pequeño, más o menos como tu hija.

La ternura con la que Arnau hablaba de su familia resultaba obvia. Rocío podía imaginarlo con su nieto cabalgando sobre las rodillas para arrancarle carcajadas. Le pareció un buen hombre y empezó a ilusionarle la idea de que, con un poco de suerte, la vería como a una hija y se contentase con un rato de charla. Podía ser incluso que Violeta se refiriese a eso cuando le dijo que era un cliente «especial». Sintió cómo se aligeraba el peso que había cargado desde que aceptó su propuesta.

—Eres preciosa, ¿lo sabes?

Con estas palabras, el tono de Arnau cambió. De repente sonaba más profundo, casi gutural. Al mismo tiempo, se había inclinado hacia delante y la miraba con algo nuevo brillándole en las pupilas. Algo que se parecía demasiado al deseo. Alzó su mano y le acarició el contorno de su mandíbula. Rocío supo en ese preciso instante que Arnau no era un abuelo inocente que solo ansiaba un rato de charla con ella. Ni Violeta una mera amiga dispuesta a proporcionarle compañía sin más. La única que había pecado de candidez había sido ella. Pero la venda de los ojos acababa de caer.

La hora de darle a aquel hombre aquello por lo que pagaba había llegado.

Media hora después, Rocío abandonaba aquella habitación donde había perdido la última brizna de inocencia que le pudiera quedar. Se sentía sucia y asqueada, pero también orgullosa. Porque había hecho lo que debía. Por su hija. El resto no importaba, se dijo, apartándose las lágrimas de un furioso manotazo; lo único que importaba era ella.

* * *

—¿Qué haces tú aquí? Te avisé de que no quería volver a verte.

Olvido evitó con su mano que Estrella le cerrara la puerta en las narices. Hacía una semana que se había marchado y estaba claro que no era bien recibida de vuelta.

—Te pido un minuto, solo eso y luego saldré de tu vida para siempre.

Estrella resopló enfurecida, pero soltó la puerta.

—Un minuto —concedió, cruzando los brazos sobre el pecho.

Olvido relajó los hombros, agradecida por aquella última oportunidad. Y se decidió a aprovechar aquellos sesenta segundos.

—Me voy. —Estrella no mostró reacción alguna a esas dos palabras y ella continuó—: Si intenté robarte fue porque necesito irme lejos, allá donde mis demonios no alcancen a perseguirme. La huida es mi única opción, lo llevo haciendo tanto tiempo que no sé hacer otra cosa. Sin dinero no podré subir a ningún barco, pero mañana mismo me iré a pie. No sé adónde ni tampoco me importa. Solo sé que no puedo quedarme. No después de lo que te he hecho.

—¿A qué te refieres exactamente? —se envalentonó Estrella—. A robarme, a mentirme, a…

—A traicionarte, Estrella —la interrumpió—. Nunca debí traicionarte.

Las dos guardaron silencio.

—Sé que no hay nada que pueda hacer o decir para que me perdones. Así que ni siquiera te lo voy a pedir. Pero no soporto la idea de marcharme sin antes decirte que ojalá no hubiera pagado así tu generosidad. Me acogiste en tu propia casa y me trataste como si fuera la misma que conociste en Alicante, aunque ya no lo sea. Sé que te he hecho daño y créeme si te digo que tengo la certeza de que me arrepentiré de ello el resto de mis días.

—¿Pretendes que me compadezca de ti?

—En absoluto —negó con firmeza—. Pero quería que supieras que mi vida se ha quedado vacía ahora que tú no estás en ella.

Estrella no supo qué responder. Seguía furiosa con Olvido, pero sentía que por primera vez en mucho tiempo su vieja amiga se estaba sincerando con ella, mostrándose sin corazas ni tapujos, simplemente una mujer débil y frágil que se escondía tras frialdad y desprecios. Solo que lo hacía demasiado tarde.

—Me temo que se me ha terminado mi minuto —se despidió Olvido, preguntándose en silencio qué era aquel sentimiento tan doloroso que le deshilachaba el pecho. ¿Sería eso el amor del que todo el mundo hablaba y ella no había conocido? En ese caso, ojalá no haberlo hecho nunca—. Adiós, Estrella.

Estrella la vio girar sobre sus talones, incapaz de dar su brazo a torcer, de decir una palabra de despedida. En ese momento, una voz sonó a su espalda.

—¡Espera!

Era Rocío, que se acercaba con la bebé sujeta contra la cadera.

—Las tres sabemos que nunca te he apreciado demasiado, sería inútil pretender lo contrario —dijo sin rodeos—. Sin embargo, no he podido evitar escucharte y creo que estás siendo sincera. Puede que por primera vez.

Olvido asintió y Rocío le sostuvo la mirada un largo rato, perdiéndose entre los recovecos de todo aquello que la joven ocultaba de sí misma. Ahora que había descendido a las miserias de vender su cuerpo, la comprendía mejor. Ella también callaba cosas, cosas horribles. Y no por ello era una mala persona. Al contrario,

solo había hecho lo necesario para salir adelante. Por amor. ¿Quién era ella para juzgar a Olvido y sus silencios? ¿Cómo podía siquiera creerse en posición de decidir lo que estaba bien o mal? No, decidió, no sería ella quien diera la espalda a aquella mujer. Puede que no llegaran a ser nunca amigas, pero al menos le tendería una mano cuando nadie más parecía dispuesto a hacerlo.

—Estrella opina que no debo llevar a mi hija conmigo a El Jardín cuando trabajo —dijo— y, por mucho que me pese, he de reconocer que tiene razón. La realidad es que tengo pocas alternativas, por no decir ninguna. Aunque puede que eso haya cambiado.

—Rocío…

—Espera, Estrella, has insistido mucho en que no vaya con la niña al burdel y esto es una solución. No te digo que sea perfecta, pero es la única. Y cuidar de la bebé mientras trabajo es su oportunidad de devolvernos lo que hemos hecho por ella.

—¡Estás loca! ¿Cómo vas a dejarle a la niña? —saltó Estrella, incapaz de contenerse—. ¿Olvidas que la sorprendí robando? ¿Te vas a arriesgar a que se lleve también a tu hija?

Rocío clavó sus ojos en los de Olvido, descubriendo por primera vez en ellos algo de lo que antes no se había percatado. Si no era bondad, al menos era humanidad. Además, no podía reconocerlo abiertamente, pero necesitaba que Olvido accediera, porque Encarna bastante tenía con lo suyo y ella no podía permitirse pagar una niñera cada vez que la reclamara Arnau.

—No lo hará, ¿verdad?

Olvido negó con la cabeza, si estaba sorprendida por el cambio de actitud de Rocío hacia ella, no lo demostró.

—Cuidaré de ella como si fuese mía —prometió.

—¿Se supone que debemos creerte? —Estrella no ocultaba su desacuerdo.

—Se supone que debemos darle otra oportunidad —respondió pausada Rocío—. Algo me dice que se esforzará por aprovecharla y no volver a defraudarnos.

—Allá tú si quieres dejar a tu hija en manos de esta, esta… —Desistió de encontrar el calificativo adecuado de entre todos los insultos que se le venían a la mente—. Luego no me vengas llorando cuando haga una de las suyas.

Mascando improperios, Estrella salió hecha una furia de la casa. Al pasar, golpeó el hombro de la que fuera su amiga, quien no despegó los labios para quejarse.

Rocío la dejó marchar. Estrella necesitaba un tiempo para aceptar que Olvido volvía a estar en su vida después del daño que le había provocado su traición. Pero la conocía bien y acabaría por acostumbrarse. O eso esperaba.

—Vamos, pasa, te prepararé de nuevo el sofá —suspiró Rocío, sintiéndose agotada de repente. Todavía se detuvo para lanzar una última advertencia—. Pero una cosa te digo: como le ocurra algo a mi hija estando a tu cuidado, lo que sea, te juro que lamentarás haber llamado a esta puerta.

Capítulo 28

La admiración de Aurora por Halima se había ido incrementando con cada una de sus escapadas nocturnas. Asistía a sus intervenciones con un silencio reverencial, sin atreverse a respirar para no quebrar el ambiente casi místico que se creaba cuando acercaba sus manos al paciente. Tanto era así que Aurora había tomado la decisión de hacer una especie de recetario donde anotaba los asombrosos remedios que empleaba. Ignoraba si algún día le sería de utilidad, pero estaba decidida a no dejar perder un conocimiento tan fascinante.

En el último mes habían tratado desde parálisis facial a estreñimiento, de vómitos a impotencia, de infertilidad a ronquera… Si la lista de enfermedades era extensa, no lo era menos la de curas y ungüentos que empleaba Halima. Puré de arroz para el sarampión; mezcla de incienso, clavos, almizcle y ámbar para los resfriados; orina de oveja para la inflamación de las encías o almagre para el acné. Todo un abanico de nuevos ingredientes naturales que solían resultar tan eficaces, cuando no más, que la medicina tradicional que Aurora conocía.

Aquella noche no había luna, lo preferían así. Contaban con que Risto solía llegar tan borracho que en pocas caladas se metía entre pecho y espalda el cigarro que Halima le preparaba cada noche y a continuación prácticamente se desmayaba en la cama; hubiera sido del todo imposible que se enterara de las escapadas nocturnas de su esposa, ni aunque esta hubiera entrado y salido tocando los platillos. No obstante, la oscuridad las amparaba y habían aprendido a moverse en ella.

La paciente era una niña de unos diez años extremadamente delgada, que aguardaba sentada con los ojos muy abiertos, asustada o tal vez solo expectante. Otros dos niños más pequeños dormían arrebujados en la cama, ajenos a todo cuanto ocurría a su alrededor. La madre, una joven tan empequeñecida como su propia hija, se dirigió a Halima en árabe, visiblemente nerviosa. Esta la calmó con un susurro y se volvió hacia la niña para, como de costumbre, colocar sus manos sobre su cabeza y cerrar los ojos. Al abrirlos, sonrió.

—Solo son parásitos. Ha debido de comer carne en mal estado, no deja de ser relativamente frecuente —confirmó volviéndose hacia Aurora, que no dejaba de asombrarse ante la aparente sencillez con que llegaba a sus diagnósticos—. Le daremos a beber leche con menta, es muy efectivo. Habrá que prepararla para todos, son muy contagiosos y no me extrañaría que los más pequeños acaben infectados, si es que no lo están ya —afirmó Halima con aplomo—. Y para la anemia que le han provocado, dejaré instrucciones para que la alimenten con mijo cocido bien machacado con azúcar. Con el racionamiento eso va a estar más difícil, así que mañana me pasaré a dejarles algo. Dentro de poco estará bien.

—Qué buena noticia.

—Lo es. Ahora ocupémonos de la madre.

Aurora la miró extrañada. No parecía que la madre estuviese enferma, pero decidió no preguntar. Halima se acercó a la joven y le habló en un tono quedo. Sin llegar a comprender lo que decían, Aurora pudo captar la incomodidad de esta. La vio negar con la cabeza gacha y a su amiga insistir con suavidad. Cuando esta fue a acariciarle el brazo, la joven dio un respingo de dolor. Con la misma calma, acercó el candil con una mano y con la otra le levantó la manga de la chilaba. A la vista quedaron unos grandes cardenales rojizos. La joven madre rompió a llorar. Durante largo rato Halima acompañó su llanto en silencio, dejando que las lágrimas le humedecieran el hombro.

—Algunos hombres son peor que el mismísimo demonio —sentenció al fin haciéndole una seña a Aurora—. Anda, acércame mi saco, por favor.

Aurora obedeció con gesto serio. Halima rebuscó hasta dar con un pequeño bote de cristal con tapón de cera de abeja y se lo tendió a la joven, que parecía más calmada. Cruzaron unas últimas palabras y la madre guardó el bote en el interior de una olla vacía, colocó de nuevo la tapa y se volvió con intención de arrodillarse para besarle los pies a Halima. Esta se lo impidió.

Una vez en el exterior, caminaron en silencio un buen rato.

—¿Qué ha ocurrido ahí dentro?

—Ya lo has visto, una niña con lombrices.

—No me refiero a eso y lo sabes —negó y, a modo de respuesta, Halima respiró hondo—. ¿Por qué la madre tenía el brazo amoratado? ¿Se lo ha hecho su marido?

—Eso cuenta ella.

De nuevo el sonido de sus pisadas amortiguadas por la arena las acompañó un trecho. Aurora seguía teniendo preguntas, aunque temía las respuestas.

—¿Y qué contenía ese bote que le has dejado?

Una nueva inspiración profunda junto con un cabeceo sirvió de prólogo.

—La adormidera se lleva usando desde hace siglos, puede que incluso milenios, quién sabe —explicó Halima—. No es una amapola difícil de conseguir si sabes dónde buscar, mi padre me enseñó cuando su visión empezó a fallar. También de él aprendí a esperar a que caigan los pétalos y, a los tres días, antes de que maduren los bulbos, hacerles un corte superficial. El látex que brota se recoge una vez se ha endurecido y se amasa. Lo ayudé tantas veces a diluirlo en agua hirviendo, a filtrarlo y a evaporarlo para después esperar su larga fermentación que ahora casi podría hacerlo con los ojos cerrados. Suena un tanto engorroso, pero sus efectos hacen que definitivamente valga la pena.

Aurora la observó boquiabierta.

—¿Quieres decir que le has dado algo para que drogue a su marido?

—Dicho así… —Halima se encogió de hombros.

—Pero ¿qué ocurrirá si se le va la mano? ¿Y si se equivoca con la preparación?

—Si se queda corta, simplemente no hará efecto —le explicó con tranquilidad—. Y si se pasa… bueno, en ese caso quedará liberada de su verdugo. Sea como sea, no saldrá perdiendo.

—No es la primera vez que haces esto, ¿me equivoco?

—No lo haces.

Aurora rumió el resto del camino. Solo cuando ya habían llegado y estaban a punto de despedirse, se atrevió a mirar a la *amazigh* a los ojos.

—¿Por qué no le das una buena dosis de adormidera a Risto? Una lo suficientemente potente como para que…

Casi como si evitara responder, Halima perdió su mirada en el cielo argelino.

* * *

Encandilada a sus recién estrenados dieciséis años por la belleza de las cintas de terciopelo que aquel chamarilero cristiano le mostraba, fue a tirar de la celeste para llevársela consigo, su cabeza dando vueltas acerca del mejor lugar para esconderla. Nadie en casa podía descubrir que la tenía o sería duramente castigada. Perdida en esas cavilaciones, no se extrañó al notar cierta resistencia. Insistió un poco más fuerte, pensando que la cinta se habría enganchado.

—¿Ni siquiera vas a darme las gracias? —la voz del hombretón había cambiado. Fue algo sutil, pero consiguió alertar al instinto de Halima, heredado de sus antepasadas y compartido por todas las mujeres de cualquier rincón del mundo.

En el acto, soltó la cinta que Risto mantenía bien sujeta y dio media vuelta para marcharse. Ella no hablaba con hombres, ni siquiera se atrevía a levantar la mirada cuando estaba cerca de

alguno. ¿Cómo se le había ocurrido aceptar un regalo de un desconocido? ¡Y cristiano! Si su padre llegaba a enterarse, la molería a palos.

—Tampoco eres tan bonita, ¿sabes?

No prestó atención. Apretó el paso desigual, deseosa de regresar a casa cuanto antes, pero su pierna izquierda lastraba su marcha. Risto no tuvo dificultad en bloquearla en un recodo solitario de un callejón más solitario aún.

—Pero seguro que debajo de todas estas sayas tienes algo que me guste. ¿Por qué no me dejas verlo?

Lo que vino a continuación fue una pesadilla que se reproduciría en sus sueños cada noche por el resto de su vida. Halima ni siquiera fue capaz de reaccionar. Permaneció petrificada mientras aquel individuo metía las manos bajo su ropa y resoplaba con avidez. Tampoco gritó cuando la tumbó por la fuerza ni cuando sintió su carne rasgarse ante las embestidas que vinieron a continuación. Solo una lágrima rodando silenciosa por su mejilla fue capaz de escapar a la inmovilidad que le provocó el más absoluto terror.

Tal vez, con un poco de suerte, no habría quedado más que eso de no ser porque su madre la descubrió al volver del corral de las gallinas. Halima se lavaba la sangre de los muslos cuando sintió su mirada acusadora sobre ella. No encontró compasión alguna, estaba mancillada.

Nunca supo con exactitud qué fue lo que pasó después. Nadie se molestó en contárselo y ella no preguntó cómo habían encontrado al chamarilero. Ni siquiera reaccionó cuando su padre anunció, sin mirarla a la cara por la vergüenza, que se casaría con él. Ya estaba todo arreglado. Fue consciente de que se trataba de un vano intento de recomponer la honra perdida, como lo era de que no tenía opción alguna de oponerse a la voluntad de su familia, la misma que la había repudiado. Se había convertido en una mancha para ellos. Jamás los volvió a ver.

* * *

Paloma había recuperado a Ginesito sano y salvo, aunque para ello se había visto obligada a pagar un precio muy alto: traicionar a Aurora.

La transacción había resultado breve, casi aséptica. Tal y como imaginaba, Blanchard la estaba esperando y, nada más verla aparecer, estiró su sonrisa lobuna mostrando los colmillos. No hizo falta más. Paloma vomitó cuanto sabía, la angustia le cerraba la garganta con tal empeño que debió hacer un esfuerzo para empujar las palabras fuera de su cuerpo. Tan pronto como el *commissaire* se convenció de que no se guardaba nada, le devolvió a su hijo. Paloma lo estrechó con fuerza allí mismo, para de inmediato comprobar que estaba ileso. Respiró aliviada, la sola idea de que lo hicieran pasar por lo mismo que a ella la estremecía.

Salió Paloma con el niño tan fuertemente sujeto de la mano que hubieran tenido que arrancarle el brazo para separarlos de nuevo. Al pisar la calle no se encaminó hacia el barrio de la Marina, donde estaba la pensión Valencia, sino que, después de asegurarse de que nadie la seguía, recorrió los bulevares más lujosos de la ciudad hasta la *place* de la Bastille. Una vez allí, se plantó frente a la casa de los Moragues. Había estado antes, en las ocasiones en que iba a llevarles jabón, pero jamás había pasado del patio. Esa vez lo cruzó como una exhalación.

—¿Nos conocemos? —inquirió Rodrigo sin despegar el auricular de su oreja. En apenas un segundo su desconcierto se transformó en sorpresa—. Espera, ¿no eres la chica de los jabones?

—Y también amiga de Aurora Robles —soltó ella a bocajarro—. Está en apuros.

Rodrigo clavó sus ojos cobrizos en aquella joven despeinada y sudorosa que, con una criatura enredada en las piernas, había irrumpido en su despacho sin llamar. No obstante, la sola mención de Aurora lo exhortó a despedirse de su interlocutor con premura y colgar.

—¿Qué clase de apuros? —inquirió.

—De los peores que pueda haber.

Si el despacho de Rodrigo, con la pesada librería, la mesa de caoba y una escribanía de mármol pulcramente colocada en una esquina, impresionó a Paloma, no lo dejó entrever. Rodrigo permanecía sentado, su mano, inmóvil sobre el teléfono de baquelita verde aceituna, hasta que pareció despertar para invitarla con un gesto a que tomara asiento. Ginesito, percibiendo la gravedad en el ambiente, permaneció cobijado junto a su madre.

—Cuéntamelo todo —pidió Rodrigo.

Paloma lo hizo. Le habló de cómo Bruno Blanchard había acudido en su busca con intención de conocer el paradero de Aurora y, ante su negativa a hablar, cómo las presiones habían acabado por convertirse en torturas para hacerla confesar. Por último, le contó cómo el *commissaire* había conseguido la ansiada información con un ardid tan cruel como efectivo y, para demostrar la veracidad de sus palabras, levantó la mano izquierda en la que el vendaje no lograba disimular la ausencia del meñique.

—Hay que encontrar a Aurora cuanto antes, ponerla a salvo. Ese hombre no se detendrá hasta dar con ella y entonces… Entonces yo no podría perdonármelo jamás.

Rodrigo Morague la había escuchado sin interrumpir ni una sola vez. Cuando Paloma hubo terminado, respiró hondo. Lo vio levantarse para abrir la ventana, como si de repente el aire del despacho no fuera suficiente. Los trinos de los pájaros se colaron en el interior de la estancia enrarecida y él se quedó allí, las manos a la espalda y un leve balanceo de los talones a la punta de los pies mientras Paloma, con los ojos cerrados, rezaba por no haberse equivocado.

—Vuelve a contármelo con calma. Desde el principio —pidió Rodrigo. Aurora nunca le había mencionado a Bruno Blanchard pero, conociéndolo como lo hacía, no le cabía duda de que esa mano mutilada no sería nada en comparación con lo que haría con ella si la atrapaba—. Y no te dejes ningún detalle.

Un suspiro de alivio se escapó de los labios de Paloma. Acudir a un desconocido en busca de ayuda había sido una apuesta

arriesgada. Tan solo contaba con su intuición, que le decía que aquel hombre sentía por su amiga mucho más de lo que se esforzaba por aparentar; y no había fallado. Tras revelarle lo que Aurora había sufrido durante el interrogatorio del *commissaire* a su llegada a Orán y la obsesión de este por dar con ella, le habló de la compañía itinerante y de lo poco que sabía de ella. Ni nombre, ni ruta… nada que pudiera ser de ayuda. Su único consuelo era que lo que suponía un escollo para ellos, de igual modo lo sería para Bruno Blanchard.

—Compañías hay muchas y pueblos en el Oranesado donde actuar, aún más, eso sin contar con el resto de Argelia —se desesperó Rodrigo, consciente de que la colonia francesa era un territorio tan extenso como abrupto—. Será como buscar una aguja en un pajar.

Pese a todo, estaba decidido a encontrarla. El problema radicaba en si lo conseguiría antes de que lo hiciera Blanchard.

—Bueno —anunció Paloma, esbozando un amago de sonrisa, el primero desde su llegada, que dejó al descubierto sus incisivos algo separados—, a decir verdad hay un detalle que no he contado a nadie, ni siquiera al *commissaire.* No se trata de un acto de valentía, en realidad, con los nervios lo había olvidado hasta ahora… —Rodrigo la miró de hito en hito—. Aurora contactó con la compañía gracias a una muchacha, Consuelito, y sé cómo localizarla. Te daré su dirección.

Rodrigo celebró con una palmada en el aire las posibilidades que le brindaba esa pequeña ventaja. Después de todo, puede que lo lograra. Solo debía ser más rápido y astuto que Bruno.

Al despedirse, Paloma se extrañó al verlo buscar en el cajón de su escritorio para sacar unos cuantos billetes que guardó en un sobre.

—No deberías quedarte aquí, sobre todo por tu hijo —la advirtió Rodrigo al tiempo que se lo tendía—. Es todo cuanto tengo ahora mismo. Os ayudará a poneros a salvo.

Agradecida, aceptó el sobre con una mano. Con la otra apretaba a Ginesito contra sí una vez más, como si reafirmara que nada ni nadie podría volver a quitárselo. Cuando abandonó la casa de los

Moragues, ahora sí, rumbo a la pensión Valencia, lo hizo con el corazón dividido entre la pena de tener que despedirse de doña Tecla y la incertidumbre del futuro que debería afrontar. A su lado caminaba su hijo, su debilidad, pero también su mayor fortaleza. Por él haría cuanto fuera necesario. Y si debían desaparecer tragados por el desierto, que así fuera.

* * *

Desde la ventana de su despacho, Rodrigo Moragues los observó cruzar la plaza. Una tremenda inquietud burbujeaba en su pecho, encendió un cigarro para aplacarla. Aspiró una profunda bocanada y cerró los ojos. Pudo ver el rostro ovalado y dulce de Aurora con todo lujo de detalles. Sintió el calor húmedo de sus labios tras aquel beso fugaz que alcanzó a robarle en el viñedo. Un aguijonazo de culpa hizo que se removiera inquieto. Si el día que fue a despedirse de ella le hubiera impedido marcharse, si le hubiera confesado que había localizado a sus hermanas, si no se hubiera dejado llevar por su orgullo herido comportándose como un estúpido, todo habría sido diferente.

Volvió a agarrar el auricular de baquelita y marcó permitiendo que las muescas de los números acariciaran sus dedos al girar.

—Necesito pedirte algo. Se trata de un favor personal.

—Déjame adivinar… —sopesó Bernabé del otro lado durante unos instantes—. Ese favor personal tiene nombre de mujer, ¿me equivoco?

—No lo haces —admitió él.

—¿Sabes? No era tan difícil —reconoció Bernabé—, lo llevas escrito en la cara desde hace meses. Vamos, dispara.

Rodrigo lo puso al corriente de cuanto Paloma le acababa de relatar.

—Necesito encontrarla, Bernabé, no puedo permitir que él lo haga primero.

El cónsul español meditó unos instantes antes de responder.

—¿Y qué harás cuando sepas dónde está?

Rodrigo suspiró vaciando sus pulmones por completo y cerró los ojos.

—Aún no lo sé.

Capítulo 29

La vida merecía la pena. Al menos eso se dijo Olvido después de tanto tiempo pensando lo contrario que llegó a creerlo verdad.

Cuidar de la bebé era el mayor regalo que podía haber recibido. Si bien al principio aceptó solo porque suponía su única oportunidad para recuperar la confianza de Estrella, no pasó demasiado hasta que aquella adorable criatura la conquistó.

Los trabajos de las hermanas las obligaban a pasar muchas horas fuera de casa, por lo que ambas habían instaurado sus propias rutinas.

—¿Quieres gatear? Venga, vamos a intentarlo —le decía—. Nunca dejes que te digan que no puedes hacer algo porque seas pequeña, ¿me oyes?

Olvido se sentía otra. Más fuerte, más en paz, más despreocupada… casi feliz. ¡Si incluso había vuelto a sonreír! Al principio había temido que el aspecto de su rostro la espantara, pero resultó que donde los adultos solo veían una cara desfigurada, la pequeña veía algo más. La veía a ella.

A veces Olvido se descubría observándola, emocionándose hasta las lágrimas cuando le extendía los bracitos o le dedicaba alguna de sus espontáneas sonrisas. Gracias a ella estaba sanando sus heridas, no las de la piel, sino las otras, las profundas e invisibles, esas que no impresionaban a nadie y, sin embargo, dolían mucho más.

Ahora sí, Olvido podía decir sin miedo a equivocarse que conocía el amor. Y no uno cualquiera. Tal vez fuera ese profundo sentimiento el que hacía sus noches más apacibles. Y es que, desde que estaba

al cuidado de la niña, las pesadillas se habían ido espaciando. Sus fantasmas se estaban replegando.

No obstante, no todo era felicidad. Desde su regreso a casa de las hermanas Robles, los papeles se habían invertido y ahora era Estrella quien, decepcionada tras su traición, guardaba las distancias. No se lo podía reprochar. La había acogido en su casa sin ni siquiera hacer preguntas acerca de su pasado, había respetado sus silencios y tolerado sus desplantes demostrando que realmente se interesaba por ella, que le importaba cuando nadie más lo hacía. Y Olvido le había fallado.

Estrella iba a necesitar tiempo para perdonarla, si es que algún día conseguía hacerlo.

* * *

—¿Cómo puedes ser tan terca?

—Que me lo digas precisamente tú…

Rocío y Estrella discutían por enésima vez, últimamente había algo en lo que no lograban llegar a un acuerdo por más que lo intentaran. Entrado ya enero, las corrientes de aire húmedo se colaban sin dificultad por los resquicios de las ventanas, destemplándoles los cuerpos y el ánimo. De forma inconsciente, ambas se arrebujaron en sus enclenques chaquetas de punto en busca de calor y consenso.

—No podemos seguir llamándola «pequeña» el resto de su vida —protestó Estrella como si no hubiera repetido eso mismo hasta la saciedad.

—Y no lo haremos —respondió Rocío, también como siempre—. En cuanto nos reunamos con Aurora, lo primero que le pediré es que elija un nombre para ella.

—Pero para eso pueden faltar meses o… —Estrella se sintió incapaz de continuar anunciando malos presagios—. ¡No podemos esperar tanto!

—No veo por qué no. A ella no parece que le importe. ¿Verdad, Olvido?

La niña, como si se supiese aludida, respondió con un alegre gorjeo que por unos instantes tuvo el poder de distender la tensión acumulada entre ambas hermanas. Olvido, por el contrario, optó por hacer como que no había oído. Lo último que deseaba era intervenir en la disputa o verse empujada a tomar partido. Al fin y al cabo, a ella poco le importaba llamar a la niña «pequeña» o Cleopatra mientras le permitieran seguir cuidando de ella.

—Es una absoluta estupidez —insistió Estrella, con el ceño fruncido—, y cuando Aurora se entere, ella misma te lo dirá.

Rocío se encogió de hombros, indiferente a las reiteradas presiones de su melliza. Descubrir que no se trataba de un niño, tal y como ella había esperado durante el embarazo, y al que tenía previsto llamar Benigno como su padre, la cogió de sorpresa. Sopesó varios nombres con desgana, pero ninguno parecía irle bien: el que no era demasiado largo es que era corto, algunos sonaban extraños al pronunciarlos en francés y los que no eran españoles tampoco le terminaban de gustar… hasta que acabó decidiendo que fuera su hermana mayor quien lo eligiera. De algún modo, le parecía que era una forma de obligarla a regresar a su lado. Tenía que hacerlo, no podía dejar a su sobrina sin nombre.

Se había cumplido ya un año desde su llegada a Argelia, un año sin saber de Aurora. Las mellizas habían encontrado en la ciudad de Argel un refugio en el que aguardar con ansia el momento del reencuentro, una especie de vida postiza en la que habían aprendido a encajar por la fuerza, pese a no ser más que un decorado de cartón piedra que, si se miraba por el otro lado, se descubría hueco y vacío.

—Me marcho, no quiero llegar tarde. —Rocío dejó a Estrella con las mismas protestas de siempre en la boca y se volvió para despedirse de su hija con un fuerte achuchón. Luego la devolvió a los brazos de Olvido—. Mamá se va a trabajar, pórtate bien,

«pequeña» —dijo sin evitar lanzar aquella última pulla a su hermana, que resopló con hastío.

Rocío había acabado por acostumbrarse a separarse de su hija. Le había costado, eso no lo podía negar. Al principio, aquella separación física la había sentido como un desgarro. Pero un burdel no era lugar para ella y, por mucho que la irritara tener que darle la razón a Estrella en eso, tuvo que aceptarlo. Por el bien de la niña, que era lo único que importaba.

Aquella tarde, conforme se acercaba a El Jardín con el olor de su hija todavía prendido en la piel, se llevó un gran sobresalto. Aprovechó un puesto callejero de fruta fresca para cobijarse tras él y asegurarse. Sí, no habían coincidido desde que ella lo echara de malas maneras de su casa y de su vida, pero sin duda era él. Era José.

Volver a verlo fue como si un terremoto la sacudiera por los pies. Había conseguido sacarlo de sus pensamientos por la fuerza. Las tribulaciones de su vida habían ayudado a que apenas tuviera un minuto que dedicar al recuerdo de aquel joven carpintero de mirada noble que un día se interesó por ella. Pero ahí estaba de nuevo, removiendo de nuevo unos sentimientos que la incomodaban y a los que prefería no enfrentarse.

Una súbita vergüenza la llevó a parapetarse mejor tras las cajas apiladas repletas de granadas del tenderete. Lo vio charlar con Violeta. ¿Y si estaba al corriente de sus visitas al hotel de Arnau? ¿Le habría contado la madama que ahora ella se dedicaba a atender a su cliente especial? Solo de pensarlo se ruborizó.

Continuaba viendo a Arnau cada vez que él estaba de visita en la ciudad. Al fin y al cabo, pagaba muy bien y la niña aún necesitaba leche, amén de los muchos gastos a los que debían hacer frente ahora que en casa eran cuatro personas. Violeta había demostrado tener razón, no eran pocos los clientes que habían sido movilizados para luchar en la guerra, por lo que el trabajo empezaba a escasear y su sueldo como limpiadora de El Jardín no alcanzaba. Había aprendido a vivir con ello, después de todo, no le quedaba otra, pero

lo seguía manteniendo en secreto porque no era algo que la hiciera sentir orgullosa. Solo esperaba que José no lo descubriera nunca. Y es que, por algún motivo que no alcanzaba a comprender, le importaba lo que pensara de ella.

No fue hasta que vio cómo Violeta sonreía y le ponía una mano en el brazo con complicidad, que Rocío se preguntó qué habría llevado a José al prostíbulo. Y solo se le ocurrió una cosa: la misma por la que muchos otros acudían allí.

Al pensar en José como cliente, volvió a enrojecer, si bien esa vez era un sentimiento más potente que la vergüenza lo que hizo que la sangre galopara veloz por sus venas. Estaba furiosa. Cuando se conocieron él temblaba en el pasillo frente a la puerta de Dalia, aterrado ante la idea de entrar, pero ahora se le veía relajado, incluso parecía disfrutar charlando con la madama. ¿Acaso había fingido? ¿O es que había cambiado tanto en los meses que no se habían visto que ya no le azoraba buscar compañía femenina?

Rocío se preguntó con cuál de todas las chicas habría retozado. Tal vez Rosa, que lo habría cautivado con su risa cantarina. O Lirio, con sus enormes y bamboleantes pechos. Aunque por cómo actuaba con Violeta, quién sabe si… no, eso era imposible. O no. Imaginar a José en los brazos de otras mujeres, acariciando y siendo acariciado, susurrando palabras comprometidas y dejando escapar gemidos de placer le resultó demasiado doloroso. Rocío se sorprendió al descubrir que eso que la tenía descompuesta no era otra cosa sino celos. ¡Celos! ¿Cómo era posible? Si había sido ella quien le dejó claro que no quería saber de él.

Resopló con fuerza por la nariz. Esperó a que se despidiera de Violeta y lo vio marcharse calle abajo, con pinta de estar satisfecho consigo mismo.

Esa noche no dijo nada a nadie, pero frotó los suelos con tanto ímpetu que acabó con las manos llenas de ampollas.

* * *

Olvido tuvo una pesadilla. Hacía tiempo que no ocurría y Estrella lo sabía porque, aunque no había vuelto a acudir a su lado para calmarla, había permanecido pendiente. Por eso sabía que lo que fuera que causaba los terrores nocturnos a su vieja amiga había ido aplacándose poco a poco. Cada vez eran menos las ocasiones en las que sus gemidos torturados la despertaban, hasta que llegó un momento en el que creyó que ya habían pasado. Pero no era así.

Esa noche nuevos alaridos se colaron en el dormitorio. Rocío aún no había regresado y Estrella comprobó que la pequeña dormía profundamente junto a ella. Pero Olvido seguía sin calmarse, de modo que decidió acudir para que no acabara despertándola. Convenciéndose a sí misma de que lo hacía por la niña, no por Olvido.

En el salón, Estrella se estremeció al descubrirla retorciéndose húmeda de sudor, sollozando y gritando palabras inconexas. En el pasado había sido testigo de muchas de sus pesadillas, pero jamás la había visto en ese estado. Sus fantasmas habían regresado, y casi parecía que lo hacían dispuestos a devorarla. A su pesar, se apiadó.

Se acercó y colocó su mano sobre la frente de Olvido, que se sacudió aún con más fuerza.

—Vamos, solo es un sueño, nada más que un sueño —susurró con voz queda, pero Olvido estaba atrapada en un rincón de su mente desde el que no parecía oírla.

Estrella no se atrevió a ir más allá. En otro momento se habría tumbado junto a ella, pero ahora no podía. No se sentía capaz de acurrucarse junto al cuerpo de la persona que la había traicionado de una manera tan rastrera, pero tampoco tenía corazón para dejarla sufrir así. Respiró hondo y la sacudió.

—Escúchame —dijo con tono decidido—. Tienes que despertar, ¿me oyes? Vamos, estoy aquí. No va a ocurrirte nada malo. Despierta.

De repente, con una gran bocanada de aire, Olvido pareció tomar conciencia de que estaba soñando. Se incorporó y miró a su alrededor entre jadeos, aún aturdida.

—Yo… yo… —musitó con la respiración entrecortada.

—Estabas teniendo una pesadilla —contestó Estrella para ayudarla a ubicarse—. Una que debía de ser terrible.

Olvido parpadeó rápido varias veces, en un intento de espantar las imágenes que habían poblado sus sueños y se resistían a abandonar sus retinas.

—Sí, terrible.

Se sentó en el sofá abrazada a sus propias rodillas y Estrella permaneció de cuclillas frente a ella. La luz de la luna iluminaba lo suficiente como para permitir que se miraran a los ojos durante varios minutos.

—¿Algún día me contarás qué es eso que te atormenta?

Olvido suspiró, recuperando poco a poco un ritmo normal en su respiración.

—Te he mentido —confesó.

—Eso ya lo sé.

—No, me refiero a que te he mentido desde el principio. Luis no murió en la batalla del Ebro tal y como te hice creer.

—¿Qué quieres decir?

—Que yo lo maté, Estrella —confesó rompiendo de nuevo en llanto, esta vez en uno quedo y silencioso—. Que además de ladrona, soy una asesina.

Capítulo 30

Evaristo López había recibido palos desde antes de nacer y no dejó de hacerlo después. Ya en la barriga de su madre lo zarandearon los golpes de su padre, aunque no lo pudiera recordar. Los que vinieron un poco más tarde no los olvidaba. Llevaba una lista mental de cada paliza, cómo, cuándo y por qué se había producido. Como si así algún día pudiera saldar cuentas con Dios por lo vivido y lo sufrido.

Con los años, Risto, como lo llamaba todo el mundo, se hizo un experto en verlas venir y escabullirse antes de que le lloviera el primer coscorrón, pero su brújula no siempre acertaba y en ocasiones el chaparrón lo pillaba de lleno. Se acostumbró a los dolores del cuerpo, moretones y magulladuras con tanta facilidad como si no existiese otra cosa. Pero él no era el único en sufrir la ira de un padre borracho y frustrado. Su madre, por lo general, se llevaba la peor parte. De rostro ceniciento, como su suerte, parecía al menos diez años mayor de lo que era. Caminaba arrastrando los pies y una vida miserable que se le enredaba en ellos, resignada a sufrir todo tipo de vejaciones con esa mansedumbre bovina de quien sabe que no tiene alternativa. Tal vez en algún momento hubiera intentado rebelarse, pero ya no. Hacía mucho que no. Ni siquiera cuando los golpes caían sobre las cabezas de sus hijos o cuando las manos de su marido acariciaban los cuerpos de las niñas. Ni siquiera entonces.

Risto había tenido mala suerte, pero no la peor. Al menos él había nacido varón. Sus hermanas, además de palizas y humillaciones, debían soportar al viejo cuando se ponía cariñoso. Así lo decía él:

«Hoy estoy cariñoso». Y las niñas se echaban a temblar porque sabían bien lo que eso significaba. Todos lo sabían.

Cuando creció, Risto aprendió a hacer lo mismo. Su corpulencia le servía para forzar a sus hermanas a su antojo y, si alguna se atrevía a encarársele, le cruzaba la cara de un bofetón y la amenazaba con contárselo al padre. Así de fácil, así de efectivo. Hasta el día en que su madre lo descubrió con los pantalones por los tobillos sobre la menor de sus hermanas, de tan solo nueve años.

«Qué vergüenza haber parido un monstruo» fueron las palabras que dieron un giro sin retorno a su vida. Tenía dieciséis años cuando se marchó de casa llevándose su mezquindad con él.

Después de aquello, Risto vagó de un lugar a otro, sin quedarse demasiado en ninguno porque de todos lo acababan echando. De su Cáceres natal se trasladó hasta Cartagena, donde encontró un trabajo de estibador que terminó de modelar su portentoso físico y de estropear su mal carácter. Allí descubrió el gusto por la bebida, las peleas y las apuestas. Fue precisamente una deuda de juego lo que lo empujó a marcharse de la noche a la mañana, a dejarlo todo atrás, lo que al fin y al cabo no significaba demasiado para él. Viajó de polizón a bordo del primer barco en el que pudo colarse sin siquiera conocer su destino. El viaje no fue largo y las tierras argelinas lo recibieron con el tórrido calor de los meses de verano.

Si algo sabía Risto, era buscarse la vida, empezar de cero. Una noche se le ocurrió retar a un pulso al hombre más grande que encontró en la taberna de mala muerte donde había ido a parar. Su juventud ayudaba a que lo infravaloraran y las apuestas eran siempre tentadoras. No perdió ni ese ni un solo pulso de los que siguieron en tres semanas. Pronto alguien se fijó en él y le propuso pasar de tumbar brazos a tumbar hombres enteros. Le pareció una bicoca poder ganarse la vida a base de mamporros y aceptó.

Hubiera podido llegar lejos, tal vez ser boxeador profesional en la metrópoli, pero eso hubiera requerido de disciplina y decencia, y él no tenía ni lo uno ni lo otro. Lo que sí tenía era un pronto incontrolable y el vicio de la botella, ambos fueron su ruina.

Dejó atrás el mar y se aventuró tierra adentro. Fue de pueblo en pueblo un tiempo, robando la comida cuando le apetecía comer, la bebida cuando le apetecía beber y la honra de las mujeres cuando le apetecía también. No podía permanecer en ningún sitio, porque no tardaban en repudiarlo. Así fue viajando sin descanso, de un lugar remoto a otro más remoto todavía. De lo que iba cogiendo de aquí y allí, se hizo con una maleta de cartón repleta de cosas del todo inútiles que iba vendiendo a fin de disponer de dinero contante y sonante.

Así conoció a Halima. Simplemente le pareció una presa fácil, afilado su instinto tras años de acosar y forzar a jóvenes allá por donde pasaba. Su cojera no le importó, al contrario, le causó cierta curiosidad. Fue todo tan rápido y sencillo de conseguir que le dejó, como solía ocurrirle a menudo, el regusto amargo de quien ya no encuentra aliciente en lo que se ha vuelto rutinario.

La dejó ir deshecha en llanto sin siquiera prestarle atención, sus pensamientos puestos ya en otra cosa. Había decidido que le hastiaba aquella vida tediosa, impropia de un hombre como él. Su tiempo en tierra de moros, donde el polvo se incrusta en cada poro, se había terminado. Era hora de buscar un nuevo destino. Se dirigiría de nuevo a la costa, podía encontrar trabajo de marino en algún buque, tal vez incluso alcanzar América. Satisfecho con su decisión, a pocos kilómetros de la aldea que acababa de abandonar, encontró unas palmeras que ofrecían una sombra tentadora. Su error fue tumbarse.

Los hermanos de Halima, alertados por la madre y espoleados por el padre, salieron en estampida en busca del rufián que había deshonrado a su hermana y con ella a toda la familia. Risto, sumido en un sueño plácido que lo transportaba a nuevos destinos, no los vio venir. A pesar de su corpulencia, ellos eran más y estaban cegados por una furia que solo podría aplacarse con sangre. La paliza fue inevitable. Aunque una vez se sobrepuso a la sorpresa, Risto llegó a repartir unos buenos golpes y romper unos cuantos huesos, acabó sin más alternativa que rendirse. Con todo, lo peor no

fue que perdiera una pelea por primera vez en meses, sino las consecuencias que iba a traerle aquella derrota.

De vuelta a rastras en la aldea, no fueron los hermanos de Halima quienes doblegaron su voluntad, sino el padre. Aquel condenado chamán le aseguró que, de no unirse a su hija, una terrible enfermedad le marchitaría el miembro viril, dejándoselo totalmente amoratado hasta que se le cayera a pedazos en medio de un horrible sufrimiento. Y así fue como Evaristo López, el del brazo invencible, el bebedor insaciable, el jugador tramposo, no pudo hacer más que acceder al enlace con una *amazigh* coja y poco agraciada. A continuación, se lanzó a los caminos con su recién estrenada esposa siguiendo sus pasos mientras rumiaba cómo librarse de ella.

* * *

Aurora había creído que el sueño dejaría de jugar al escondite con ella en algún momento de la noche, pero resultó que no fue así. Llevaba meses en la compañía y se sentía varada como las ballenas que agonizan en la orilla. No hacía más que ir de acá para allá, pero sin avanzar ni un solo centímetro. Sidi Bel Abbès, Lamonière, Beni Saf, Pont de l'Isser… Peinaba cada nueva localidad preguntando por las mellizas, pero nadie le había dado todavía una pista fiable. Se le escurría el tiempo entre los dedos y la esperanza era lo único a lo que seguía empeñada en aferrarse. Esa noche dormía en una estancia anexa a la casa que servía de almacén para la familia que amablemente la había alojado. El espacio estaba atestado de muebles viejos y todo tipo de enseres y tuvo la desagradable sensación de que las paredes se le venían encima. Hastiada de no conseguir dormir a pesar del cansancio acumulado, se levantó para tomar el aire.

Se alejó dando un paseo. Hacía un frío húmedo que se colaba bajo la ropa y destemplaba los cuerpos. El invierno en aquel país era así: crudo e inclemente, como todo lo demás. No había viento, pero sí una luna grande, amarillenta y pesada, tan desvelada como ella.

Se quedó observándola. Resultaba perturbador pensar que la luna que ella veía era la misma que velaba al resto de la humanidad: a los que luchaban en la nueva guerra, a los amantes que se abrazaban, a las madres que acunaban a sus hijos, a quienes dormían profundamente y a los que, como ella, se sentían azotados por una zozobra difícil de soportar. Se preguntó si en ese momento sus hermanas estarían observándola también.

—Vaya, vaya… mira a quién tenemos aquí. ¿Me estabas esperando?

Aurora había estado tan enfrascada en el cielo nocturno que no lo había oído llegar y se sobresaltó al escucharlo a su espalda. A juzgar por cómo arrastraba las consonantes, Risto volvía a estar borracho. Menuda novedad. Apestaba a *boukha,* esa potente bebida alcohólica obtenida de la fermentación de los higos. Trató de regresar al interior de la vivienda, pero él le cortó el paso.

—No me digas que tienes prisa, sería una lástima. —Se acercó a ella con torpeza y Aurora contuvo la respiración para no inhalar su aliento—. ¿Sabes? Acabo de darme cuenta de que, siendo tan amiguita de mi mujer, apenas nos conocemos tú y yo…, pero eso podemos arreglarlo ahora mismo si quieres.

—Resulta que no quiero —espetó asqueada—. Así que lo mejor será que te apartes de mi camino y me dejes tranquila.

—Eres toda una fierecilla, ¿verdad? —Risto se relamió dejando un repulsivo grumo de saliva blanca en la comisura de su boca—. ¿O solo lo haces porque sabes que me encantan las que se resisten?

Además de incómoda, la situación empezaba a volverse peligrosa. Resultaba evidente que no estaba en condiciones de nada que no fuera soltar unas cuantas bravuconadas, pero seguía siendo un hombre fuerte y Aurora no sabía cómo zafarse de él. Se preguntó si la vivienda donde se alojaba estaba tan cerca como para que la familia la escuchara gritar. Se estremeció al reparar en que probablemente no.

—Venga, te prometo que te va a gustar —jadeó Risto anticipando el placer que le podría proporcionar un cuerpo joven como el de

Aurora—. Tú solo tienes que abrir las piernas, ya me ocupo yo del resto.

Aurora decidió que, fuera como fuese, no iba a continuar ni un minuto más allí y, con todas sus fuerzas, le propinó un empujón tan potente que desestabilizó a un ya descoordinado Risto. Este se tambaleó durante unos segundos e, incapaz de recuperar la verticalidad, acabó en el suelo con toda su corpulencia desmadejada.

—¡Serás puta! —masculló iracundo, removiéndose como un sapo en el fango.

—Yo de puta tengo lo mismo que tú de hombre —respondió Aurora, envalentonada—: ¡nada!

Risto se agitó enfurecido, todavía sin lograr incorporarse.

—Te vas a arrepentir de esta, lo juro —la amenazó—. Me voy a encargar de que antes o después te arrepientas.

Sus palabras la alcanzaron cuando ya estaba alejándose a toda prisa de él. Pese a su victoria, Aurora sintió un escalofrío. Risto podía ser un borracho, pero albergaba una gran oscuridad en su interior. No debía olvidarlo.

* * *

La noticia corrió por la ciudad como el viento del siroco: Rodrigo Moragues y Delphine Blanchard habían roto su compromiso. Pronto no quedó nadie en Orán que no lo supiera, aunque pocos conocían los verdaderos detalles.

—Es por otra mujer, ¿verdad? —le había preguntado ella con rabia.

—No hagas esto más difícil.

Lo último que pretendía Rodrigo era entrar en debates estériles, negaciones absurdas o manipulaciones descaradas, pero no podía negarse a sí mismo que Delphine no andaba desencaminada. La irrupción de Aurora en su vida la había trastocado sin remedio.

—¡Exijo saberlo! —exclamó apuntándolo con un dedo acusatorio—. ¿Hay otra?

—No necesito otra mujer para darme cuenta de que no te quiero.

—*Menteur…* No eres más que un embustero.

—Dejo en tus manos que lo comuniques a nuestros conocidos —concedió Rodrigo en un intento de mantenerse cortés—. Si así lo prefieres, puedes decirles que la decisión ha sido tuya, que eres tú quien no desea continuar con nuestra relación. Así tu reputación no se verá empañada.

Los ojos de Delphine centellearon con la promesa de una revancha no muy lejana. Contaba con la certeza de que la sociedad oranesa se iba a hacer eco de su desgracia, sería la comidilla en cenas y reuniones durante meses. Una afrenta semejante no podía quedar sin saldar.

—Eso tenlo por seguro —respondió, erguida para recuperar la altivez de su porte—. Les haré saber a todos que tras esa deslumbrante fachada solo he encontrado al nieto de un pobre analfabeto que en su país se moría de hambre. Estarán de acuerdo conmigo en que una mujer como yo no debe rebajarse a ese nivel.

Rodrigo la observó marcharse con pesar. La decisión estaba tomada, no había vuelta atrás. No se sentía capaz de continuar con aquella farsa ni un minuto más. Cierto que le entristecía que las cosas acabaran así, pero en aquellos momentos Delphine era la última de sus preocupaciones.

Había buscado sin descanso a Consuelito, la joven que podía facilitarle información acerca de la compañía ambulante con la que se había marchado Aurora, pero esta también había desaparecido sin dejar rastro. Su compañera de habitación solo pudo decirle que unos hombres habían ido a buscarla semanas atrás y desde entonces no había vuelto a saber de ella. El tiempo apremiaba. Si no lograba dar pronto con alguna pista que lo llevara hasta Aurora, tal vez fuera demasiado tarde.

Lo que él no sospechaba era que el *commissaire* Blanchard le iba ganando la partida. Con la ventaja de su puesto y sus numerosos

contactos, pudo localizar a Consuelito a pesar de que Paloma hubiera obviado nombrarla. No resultó difícil empezar a rascar en el Alhambra y asustar al amanerado director. Luego tirar del hilo fue pan comido. Después de todo, él era la autoridad y nadie escapa de la autoridad. Al menos si él podía impedirlo.

Lo ocurrido con Consuelito fue una verdadera tragedia. La joven había seguido al esbirro de Bruno, aquel gorila velludo sin cuello, hasta el vehículo con aparente docilidad. Nadie le dijo por qué se la llevaba ni qué pretendían hacerle. Pero Consuelito, que había escuchado historias, algunas malas y otras peores, no era tonta. Aun ignorando el motivo, tan pronto vio por la ventanilla que se dirigían a la prisión, sumó dos más dos y se temió que lo que fuera a ocurrir allí dentro no iba a ser agradable. Por eso huyó. Saltó del coche sin esperar a que se hubiese detenido pillando desprevenido a su guardián, que no tuvo ocasión de reaccionar. Rodó por el asfalto encogida sobre sí misma en un intento de proteger la vida que le crecía en el vientre. Se apoyó en las manos para levantarse, mirando ya hacia los lados en busca de una vía de escape.

Pero olvidó mirar atrás.

El camión no pudo hacer nada. Cuando el chófer pisó a fondo el pedal del freno, las ruedas delanteras pasaban ya por encima de su cuerpo. Fue rápido. Ni siquiera supo lo que había ocurrido. No llegó a escuchar los gritos de los transeúntes ni los lamentos del conductor. Para la joven valenciana que había abandonado su país persiguiendo al hombre equivocado, ya solo había oscuridad. Consuelito nunca regresaría junto a esa familia que la aguardaba en Valencia, la misma que no le tenía en cuenta que hubiese salido corriendo tras un amor desatinado, la que le había perdonado que volviera con el vientre lleno. Tampoco revelaría el paradero de Aurora ni a Rodrigo Moragues ni a Bruno Blanchard. No haría nada de eso porque estaba muerta.

La policía ni siquiera tuvo que preocuparse por silenciar aquella tragedia, pues ese mismo mes de febrero otra mucho mayor acaparó la atención de la colonia.

El desinterés que hasta entonces había demostrado Alemania por el norte de África había llegado a su fin. Hitler necesitaba impedir que se convirtiera en una gran base para los aliados desde la que dar el salto al sur de Europa, comprometiendo así la operación Barbarroja y su empeño por invadir la Unión Soviética. A tal fin creó un arma poderosa: el Afrika Korps, un ejército eficaz y mortal bajo el mando del astuto general Erwin Rommel, el Zorro del Desierto.

El Afrika Korps acababa de desembarcar en Libia con órdenes de socorrer a las tropas italianas. Rommel convirtió lo que en un principio se trataba de una campaña de contención en una formidable fuerza de combate que avanzaba imparable, sembrando el terror entre los aliados. Si bien las ofensivas se centraban en el Egipto británico y la Libia italiana, estos no eran los únicos objetivos en mente de ambas potencias. El control del Estrecho, puerta al mar Mediterráneo, era crucial para vigilar sus aguas y a quien navegara por ellas.

Y ahí es cuando Argelia se colocaba justo en el ojo del huracán.

Rodrigo supuso con acierto que el que la guerra hubiera irrumpido en el norte de África obligaría al *commissaire* a suspender la búsqueda de Aurora. No obstante, Bruno Blanchard no iba a olvidarse de su presa.

Los depredadores nunca lo hacían.

Capítulo 31

Olvido se rindió, el tiempo de ocultar quién era en realidad se había terminado. Pudo ver cómo Estrella se estremecía al escuchar la palabra «asesina» y supo que ya no habría vuelta atrás. Le debía una explicación.

—Luis tenía toda una vida por delante… Una vida que perdió ante mis ojos mientras mis manos y mi ropa se empapaban con su sangre.

—Lo recuerdo bien, a Luis, quiero decir —musitó Estrella, rescatando de la memoria la imagen de un joven de cabello rubio y gafas redondas—. Os vi besándoos en una de aquellas reuniones anarquistas a las que te acompañé.

Olvido asintió despacio.

—Fue él quien me introdujo en aquel mundillo. Siempre supe que andaba medio encaprichado de mí y yo, bueno, me dejé querer. ¿Qué podía tener de malo aquello?

Por unos instantes, ninguna de las dos mujeres habló, de regreso a una época y un lugar que no existía más allá de sus recuerdos.

—¿Qué fue lo que le pasó a Luis? —se atrevió a preguntar Estrella.

—Lo peor que le podría haber pasado: yo.

Olvido retrocedió hasta aquella noche terrible de varios años atrás, a finales de octubre de 1938. Ambos se encontraban en Cataluña desde hacía un par de meses. A esas alturas ya se hablaba sin reparos de que iban a perder la guerra. El ejército de Franco estaba aniquilando las escasas zonas rojas que aún le plantaban cara. Sin piedad. Ellos habían acudido a la llamada desesperada para

defender los territorios que los sublevados hacían suyos, pero pronto quedó claro que era inútil.

Ahí fue cuando todo se torció. Luis, tal vez adivinando el negro destino que les esperaba, confesó a Olvido que estaba decidido a cruzar. Era peligroso, mucho, porque si los descubrían antes de conseguirlo, la pena por deserción era la muerte. Con todo, él estaba dispuesto a intentarlo. Muchos antes que ellos lo habían hecho, algunos lo habían logrado, otros no. «Cruzaré esta noche, ¿vendrás conmigo?». Al escucharlo, Olvido sintió un profundo desprecio por Luis trepándole por el esófago. Lo había admirado por sus ideales y su entusiasmo, por ellos lo había seguido hasta el mismísimo corazón del infierno. Y ahora resultaba que no era más que un cobarde, un desertor. En ese mismo instante tomó una decisión.

Cuando detuvieron a Luis, ella estaba allí y pudo ver cómo sus ojos pasaban del miedo a la incredulidad al descubrirla junto al teniente de su batallón, y después a la decepción cuando comprendió que lo había traicionado. Olvido se dio la vuelta, incapaz de soportar más aquella mirada, ignorando que la perseguiría el resto de su vida. No vio cómo lo arrastraron hacia una cuneta, ni cómo levantaban el fusil hacia él. Dio un respingo con el ruido de los disparos. Fueron dos: primero uno y luego otro, para asegurarse. Desde entonces sus pesadillas siempre empezaban con aquel sonido, que no era otro que el de la muerte.

—¿Lo entiendes ahora, Estrella? Estaba cegada por una ideología que ni siquiera era mía. Luis quiso salvar su pellejo, sí… pero también el mío. Tan solo quería vivir, ¿quién lo puede culpar por ello?

Estrella había escuchado el relato conmovida, sin pronunciar palabra.

—Luis murió por mi culpa. Y su fantasma me mortifica desde entonces. Te juro que en aquel momento creía que hacía lo correcto, que no había nada más importante que la lealtad a unos ideales. ¡Luchar por la libertad! Ahora sé que eso no es más que propaganda barata, un montón de palabras vacías con las que nos llenaban la

cabeza para evitar que pensáramos por nosotros mismos. ¿Cómo va a importar nada más que una vida?

—Olvido, yo…

—Espera, quiero terminar mi historia —la interrumpió. Le había costado mucho poder hacerlo, pero una vez empezado ya no había forma de parar—. Poco después comenzó la contraofensiva final de los sublevados. Fue una sangría, Estrella, lo más horrible que nadie pueda jamás imaginar. La silueta de los aviones enemigos nubló el cielo y el agua se tiñó de rojo con la sangre de cientos, miles de jóvenes. Los aullidos de terror y dolor eran más ensordecedores que los de las bombas que caían a nuestro alrededor. Creo que enloquecí. No sé si fue por la culpa de cargar sobre mis hombros con la muerte de Luis, o por todas las demás que veía allá donde mirase. No voy a detallarte aquello, pero sí te diré que no temo al infierno porque ya he estado allí. Así que me dispuse a morir. Bien pensado, no quería otra cosa, me lo merecía después de lo que hice. Y corrí como poseída hacia el enemigo, ansiando esa bala que cruzara mi pecho para detener ese dolor para siempre —reveló con la voz trémula—. Pero no llegó ninguna bala, sino una bomba de mortero que estalló a mi lado lanzando metralla en todas direcciones. La fuerza de la explosión me empotró contra el suelo. Mi cuerpo quedó protegido por el cadáver de un muchacho al que ni siquiera conocía, pero mi cara quedó expuesta y recibió el impacto de la metralla. Creí morir de dolor. Ojalá lo hubiera hecho.

Vio a Estrella tragar saliva tratando de digerir lo que acababa de escuchar.

—Ya está, ahora conoces mi secreto. Cada mañana esta cara llena de cicatrices me recuerda en el espejo quién soy —continuó—. Hubiera querido contártelo hace mucho, pero temía lo que pensaras de mí. Prefería que me odiaras a que me despreciaras.

Estrella se levantó despacio, sin atreverse a mirarla. Y Olvido supo que todo estaba perdido.

—Necesito tiempo —dijo—, tiempo para pensar en lo que me has contado.

Olvido la vio refugiarse en su dormitorio. No la culpaba. Al fin y al cabo, ¿quién quiere tener cerca a un monstruo como ella? La máscara había caído revelando la cruda realidad, mucho más espeluznante que su rostro deforme. Se incorporó a sabiendas de que todo había terminado. Estrella no permitiría que siguiera viviendo con ellas. Bastante había soportado ya. Tenía que irse. Y le dolió. Le dolió porque era consciente de que los últimos meses en aquella casa, cuidando a la hija de Rocío y, sobre todo, cerca de Estrella, habían sido los mejores de su vida. Había sido lo más parecido a volver a tener familia, a ser feliz.

Se levantó y, con un nudo en el pecho, empezó a recoger sus escasas pertenencias. Cuando casi había terminado, escuchó la puerta del dormitorio abrirse y vio aparecer a Estrella. Solo entonces reparó en que estaba llorando y, avergonzada, se secó las lágrimas con disimulo.

—No te preocupes —dijo Olvido—, ya casi estoy. Enseguida me habré marchado y no tendrás que volver a verme.

—No te vayas.

Aquellas palabras, por inesperadas, detuvieron sus movimientos.

—¿Cómo no voy a irme después de lo que te he contado?

—No te voy a mentir, no esperaba algo así de ti —respondió Estrella—. Pero actuaste creyendo que hacías lo correcto. Y aunque te equivocaste, solo pudiste verlo demasiado tarde. Todos cometemos errores y en tiempos de guerra la línea entre el bien y el mal es tan delgada que no pocas veces acaba por confundirse.

—Dime, ¿podrás perdonarme?

Olvido creyó adivinar un destello de compasión en la mirada de Estrella.

—Tú eres la única que puede hacerlo. Te deseo de corazón que lo consigas.

* * *

Rocío había vuelto a ver a José rondando por El Jardín. Que hubiera logrado esquivarlo con éxito no impedía que en cada ocasión le quedara el corazón palpitante y una desagradable sensación en la boca del estómago.

José solía acudir pronto, cuando los primeros clientes no habían llegado, y se encerraba en el dormitorio de Violeta. Aquello descolocaba a Rocío. Sabía que la madama no recibía clientes, lo que solo dejaba la opción de que se tratase de un romance verdadero, ajeno a los negocios. Pero eso era, cuando menos, extravagante. Violeta le sacaba cerca de veinte años y no podían provenir de ambientes más opuestos o tener vidas más distintas. Aunque dicen que el amor es ciego, y tal vez se habían enamorado hasta el punto de olvidar todo lo que los separaba. Después de todo, Violeta era una belleza madura que conservaba intacto su atractivo. No era descabellado suponer que un joven inexperto como José hubiera caído rendido a sus pies.

Rocío notaba el sabor de la bilis cada vez que se los imaginaba retozando juntos. Y pese a haberse regañado a sí misma en infinidad de ocasiones, no podía evitar que unos celos malsanos la consumieran lentamente. Por suerte, conocía bien el burdel y sus recovecos para resguardarse cuando escuchaba acercarse el inconfundible sonido de sus botas. Sin embargo, la suerte no estuvo de su lado aquella tarde. Rocío había estado atareada con uno de los dormitorios en el que se acababa de instalar una nueva flor. Había tardado más de lo previsto y ya iba retrasada en el resto de tareas. Si no se apuraba, no lo tendría todo listo antes de que comenzase el trajín habitual. Salió marcha atrás del cuarto de las escobas cargada con un cubo de agua y varios paños en el codo, haciendo equilibrios para no derramar el agua a la vez que cerraba la puerta con un golpe de cadera. Entonces, sin previo aviso, su voz la sobresaltó sin darle tiempo ya para nada más que no fuera enfrentarse a su mirada.

—Hola.

No habían vuelto a hablar desde aquel día en que él se hartó de sus desplantes y dejó de esperarla frente a su casa. De pronto, Rocío fue consciente de su aspecto desaliñado, su ropa de trabajo modesta y poco favorecedora, sus manos ásperas, su cabello recogido en una cola despeinada, su inexistente maquillaje… y deseó que se la tragase la tierra. La situación era tan incómoda que ambos permanecieron inmóviles, sin saber cómo actuar.

—Hola —acabó por responder cohibida.

Rocío volvió a preguntarse una vez más si Violeta lo habría puesto al tanto de su secreto. Esperaba que no, pero si su relación era tan íntima como ella sospechaba, sería lo más probable. Aquello la avergonzó más aún que su aspecto. ¿Qué pensaría José de ella? Cierto que, si vendía su cuerpo, era solo para poder salir adelante, por el bien de su hija y para asegurarse un futuro, pero eso no la libraba de haberse convertido en lo que se prometió a sí misma no ser jamás. Al ver a José ante ella, aun siendo tan solo un muchacho corriente, le pareció más atractivo que la última vez. Al menos mucho más que Arnau. Contuvo un suspiro. Tal vez, si las cosas hubieran sido diferentes, ella podría haber tenido algo bonito con José en vez de verse forzada a dejarse manosear por un desconocido que le doblaba la edad y por el que no sentía el más mínimo aprecio. Pero las cosas eran como eran. La vida era la que era. Darle más vueltas no serviría para nada más que hacerla sufrir.

Se obligó a levantar la barbilla.

—Tengo mucho trabajo, así que si me disculpas…

Trató de escabullirse, pero él se interpuso con rapidez, cerrándole el paso.

—Espera —rogó—, hace mucho que no te veía y, bueno… ¿cómo estás?

Rocío soltó un bufido impaciente. Lo último que deseaba era iniciar una charla, hacer como si nada hubiera cambiado. Levantó el cubo y los trapos:

—Ocupada.

—Ya veo que no es el mejor momento —admitió José, resignado—, pero espero que volvamos a coincidir.

—Eso será fácil —no se resistió a responder, cargada de ironía—, porque hay que ver cómo ha cambiado el cuento: de no querer venir a no querer irte.

Rocío se arrepintió de inmediato de haber dicho aquello, pero ya era tarde. Solo esperaba que él no hubiera detectado la acidez de los celos en su voz. José tardó unos instantes en reaccionar. Al principio pareció descolocado, pero pronto comprendió que Rocío había sacado la conclusión más lógica de su presencia allí.

—Déjame que te explique…

—No, si no hace falta —explotó Rocío—. Debes de pensar que soy tonta, y tal vez sí lo sea después de todo. Al menos lo suficiente para haberme tragado que eras tan tímido que no soportabas acudir a un burdel. Y luego resulta que casi parece que vives aquí. ¿Sabes lo que te digo? ¡Anda y vete a tomar viento fresco!

Dicho esto, agarró el cubo y se lanzó hacia delante con tanto ímpetu que ambos acabaron empapados. No le importó. Solo quería abandonar aquel pasillo, alejarse de José y de ese futuro imposible con el que su mente no dejaba de fantasear al tenerlo cerca. Se marchó con el corazón desbocado y los ojos húmedos de humillación.

Era una estúpida, se dijo bajando los escalones a la carrera. ¿En qué maldito momento había permitido que José le importara tanto?

Capítulo 32

—¡Esta guerra va a acabar conmigo!

Amante de García Lorca, Miguel Hernández y cualquier escritor que se dejara el alma en el papel, lo cierto era que Gumersindo Pineda no estaba hecho para las durezas de la vida. Era un ser sensible y delicado, con tendencia a la melancolía y arrebatos de una emotividad difícil de ocultar. Releía una y otra vez un gastado ejemplar de *La casa de Bernarda Alba* y se estremecía con las pasiones que levantaba Pepe el Romano. Abandonó muy joven su Orihuela natal para conocer otros lugares… y otros hombres. Porque, casi al tiempo que su amor por las letras, Gumersindo descubrió el que le inspiraban los de su mismo sexo. Vivió unos maravillosos años rodeado de muchachos tan fervorosos como él, con reuniones en los cafés, lecturas hasta la madrugada, caricias prohibidas y suspiros de anhelo. Hubiera deseado continuar así, pero el destino se le truncó cuando una panda de malnacidos lo apalearon a él y a sus amigos a la salida de uno de esos cafés. No llegaron a saber quiénes fueron, pero a Gumersindo le dejaron el cuerpo tan magullado que estuvo orinando sangre durante un mes. Ni mucho menos fue el peor parado. Ernesto, un joven con el que había compartido debates literarios y gemidos en el lecho, murió a causa de las heridas. Gumersindo nunca se recuperó de aquella pérdida. En cuanto fue capaz de caminar por sí mismo sin doblarse de dolor, hizo el petate y se marchó tan lejos como pudo.

—Creo que tengo una úlcera —anunció llevándose la mano al estómago.

A esas alturas el invierno había quedado atrás, el verano asomaba a la vuelta de la esquina y algunos días el siroco soplaba caliente y seco, como anticipo de lo que estaba por venir. Gumersindo llevaba un buen rato caminando de un lado a otro del escenario. Los últimos meses habían sido catastróficos, los peores en la historia de la compañía. Todos habían podido comprobar cómo, conforme el conflicto en Europa se recrudecía, la situación se complicaba. Tras el seísmo político que había seguido al armisticio de un año atrás, se habían ido sucediendo pequeños cambios hasta trastocar la frágil vida de una población que nada hubiera querido saber de racionamientos o movilizaciones. No solo se trataba de la escasez de azúcar, café o carburantes, sino de no olvidar que la guerra también se luchaba en suelo africano, aunque lejos de las fronteras de la Argelia francesa. Al menos por el momento.

Desde que empezaran a reclamar hombres para la lucha, no eran pocos los hogares donde faltaba un padre, un hermano o un hijo. Era mucho el dolor y más aún la incertidumbre, cuando no el miedo. Ya no eran malos tiempos solo para Europa, lo eran para el mundo entero.

Estando así las cosas, la compañía Alegría había pasado de llenar salas a dejar correr semanas enteras sin conseguir cerrar un solo contrato. No estaban los ánimos para fiestas. Las noches que antes vibraban con las risas y aplausos del público se habían vuelto silenciosas. Ya no sonaban zarzuelas ni exclamaciones contenidas durante el número del equilibrista. Donde antes eran recibidos con los brazos abiertos, ahora solo encontraban puertas cerradas que a malas penas ocultaban tras de sí la desconfianza y el temor.

—Si no cambian las cosas pronto, ¿qué será de todos nosotros? —se lamentó el director—. No sé cuánto más podremos aguantar.

Aurora se compadeció. Gumersindo Pineda era, por encima de todo, un buen hombre que se preocupaba por cada uno de los miembros de la compañía como si de hijos se tratase. Había velado por todos ellos, dejándose la piel en las negociaciones con los empresarios de las salas donde actuaban, buscando familias que los

alojasen dignamente, alentándolos cuando el agotamiento hacía mella, emocionándose cuando el público se ponía en pie tras una actuación. Gumersindo era el alma de la Alegría y, si él se desmoronaba, sin duda ellos lo harían también.

—¿Crees que es verdad? —preguntó Aurora a Halima esa misma tarde—. ¿Puede llegar a disolverse la compañía si la situación no mejora?

Si bien aquella vida no era la suya, era la única que podía permitirse por el momento. Aurora era consciente de que no eran muchas sus opciones, sobre todo si pretendía seguir buscando a sus hermanas. Si la compañía dejaba de existir, las cosas se le complicarían aún más. Necesitaba continuar en movimiento, peinar pueblo tras pueblo, casa por casa si hacía falta. No se detendría hasta dar con Estrella y Rocío, por lejos que hubiesen llegado. Pero para ello resultaba imprescindible que la Alegría no dejara de actuar.

—Nunca habíamos estado tan apurados —admitió—. Pineda se las ha apañado siempre bien, pero ahora… en fin, solo Alá sabe.

Aurora, habituada ya a las frecuentes menciones a su Dios, ni siquiera se inmutó. Estaba demasiado concentrada rumiando una idea que empezaba a gestarse en su cabeza.

—¿Qué ocurre? —se interesó su amiga. Buscaba en el costurero para remendar algunas prendas del vestuario. Aun cuando el trabajo escaseaba, era difícil verla ociosa—. Conozco esa mirada.

Aurora sonrió. Después de un año juntas, se conocían tan bien como para poder leerse el rostro. Halima era a la vez compañera, madre y maestra. Robusta de cuerpo y de espíritu. Nunca desfallecía, pese a que no fueran pocas las ocasiones en las que Aurora creyese que tenía motivos sobrados para hacerlo. Sobre todo, habida cuenta de que estaba casada con Risto. Intentó ahuyentarlo de sus pensamientos. Desde la noche en que tuvieron el desafortunado encontronazo, el forzudo no había disimulado su actitud hostil hacia ella. Como si diera por hecho que, antes o después, encontraría la oportunidad de vengarse.

—Estaba pensando —explicó, apartando a Risto al rincón más recóndito de su mente— que deberíamos proponerle a Gumersindo una *tournée* de la compañía por algunos de los viñedos del Oranesado. A estas alturas del año, a punto de comenzar la vendimia, estarán a rebosar de trabajadores. No nos faltaría público, eso seguro.

Halima soltó la aguja que estaba intentando enhebrar y centró su atención en ella.

—Piénsalo bien —continuó Aurora, haciendo unos rápidos cálculos mentales para recordar cuanto le había explicado Rodrigo—, cada nueva campaña precisa de ingente mano de obra, cientos de temporeros instalados con sus familias en las mismas tierras que trabajan, formando campamentos. No son el público frente al que acostumbramos a actuar, pero muchos son españoles, y después de las largas jornadas en las que se parten la espalda, agradecerán un poco de distracción.

—Pero esa gente es humilde —rebatió Halima—. A duras penas salen adelante, de ningún modo podrán permitirse pagar por algo tan banal como entretenimiento. Eso no llena los estómagos.

Aurora rumió el argumento de su amiga unos minutos. Razón no le faltaba, pero dio con la réplica adecuada.

—Tal y como están las cosas la mano de obra escasea. No me extrañaría que los propietarios de los *domaines* tengan dificultades para encontrar hombres suficientes, ahora que muchos se han marchado a la guerra. Lo que para los trabajadores supondría un gasto imposible de asumir, para cualquier *patron* no es más que una minucia. Pero tal vez le sirva de incentivo para destacar sobre otros y que así los temporeros opten por recoger su uva y no la del vecino. ¿Comprendes lo que quiero decir?

Halima la observaba con fijeza, el ceño fruncido y la aguja olvidada entre los pliegues de su chilaba, rumiando aquella idea.

—Puede que tengas razón —musitó—. Alá siempre acude en nuestra ayuda de la manera más insospechada.

Cuando poco después Aurora le planteó su propuesta a Gumersindo, de entrada este mostró las mismas reservas que la *amazigh.* Luego los argumentos de la joven fueron poco a poco convenciéndolo de que valía la pena, al menos, intentarlo.

—Después de todo —accedió el director tras cavilar unos breves instantes—, poco tenemos que perder. Nos pondremos en marcha mañana mismo, la vendimia está a punto de comenzar y cada día cuenta.

Al escucharlo, Aurora se mordió el labio, inquieta. A Gumersindo, poseedor de una poderosa intuición, no se le escapó el gesto.

—¿Qué ocurre? —inquirió.

Ella dudó. Del mismo modo que deseaba la continuidad de la compañía, la inquietaba la posibilidad de que aquel nuevo periplo la llevara a recalar en el Soleil d'Oran. La última vez que se vieron, Rodrigo y ella se despidieron de malos modos. Desde entonces no había cambiado de opinión, y aun así en ocasiones recordaba lo que la proximidad de su cuerpo despertaba en el suyo. Por eso la posibilidad de volver a coincidir con él le provocaba un pellizco en el estómago.

—Nada —respondió, tratando de disimular sus emociones tras una sonrisa—, estoy segura de que funcionará. La Alegría saldrá adelante.

Se marchó con aquel pellizco retorciéndole las entrañas con fuerza. Se había propuesto alejarse de aquel hombre que tanto la confundía y hasta ese momento lo había conseguido. Ahora se preguntaba si su propuesta desesperada para salvar la compañía no la llevaría justo al último lugar al que hubiera deseado volver.

* * *

Rodrigo se bebió el café de un trago. Empezaba a amanecer y aquel era su momento preferido del día, cuando aún todo podía ser. Ante él, desdibujados por la penumbra, se extendían kilómetros de viñas cargadas de uvas listas para ser recogidas. El fruto del esfuerzo de

las generaciones que lo precedieron. Su herencia, pero también su legado. De él dependía que de los sarmientos brotaran los racimos o se acabaran secando sin remedio. De sus decisiones, acertadas o no, resultaría un *domaine* próspero o decadente.

La vida de Rodrigo venía regida por los ritmos de las vides desde que tenía memoria. Empezarían por las *chasselas,* que maduraban antes. A continuación pasarían al resto: *datier, valenssy, faranah…* que requerían de unos días más de sol para terminar de endulzarse. Pese a las circunstancias excepcionales, decenas, cientos de personas habían acudido a la llamada de la uva madura. Aquella tierra seca daría de nuevo sustento a no pocas familias que durante los próximos meses ayudarían a que una nueva añada fuera posible. Cada mano, cada racimo era importante. En adelante, Rodrigo cambiaría las reuniones en la ciudad por jornadas interminables en el *domaine* tras las que acabaría cayendo rendido en la cama.

Con todo, aquel año sería diferente. Por un lado, la guerra se había recrudecido y se había extendido hacia el norte de África, haciendo peligrar cuanto había conocido hasta entonces. Rodrigo se había visto obligado a establecer contactos comerciales con altos mandos nazis, que ya habían hecho los primeros pedidos para probar los vinos de su bodega y, aun a sabiendas de que hacía lo necesario para asegurar la supervivencia del viñedo, no podía evitar cierto regusto amargo en el paladar. Por otro, y aun contando con la colaboración de su amigo Bernabé Toca, estaba resultando del todo imposible dar con el paradero de Aurora, circunstancia que lo mantenía en una tensa calma. Y, como si todo ello no fuera suficiente para inquietar su espíritu, ese verano de 1941 pronto recibiría en su finca nuevos prisioneros de los campos del desierto. Refugiados españoles, cada cual con su historia y su pasado, con sus anhelos y sus sueños que, gracias a la valentía de Rodrigo y los documentos facilitados por el cónsul, podrían aspirar a un futuro. Si las cosas no se torcían, claro. Porque si bien en el Soleil d'Oran disponían del espacio y los recursos, camuflar a esos hombres

marcados por la desgracia entre el resto de trabajadores podía salir mal, muy mal. Y eso sería el fin, no solo para ellos.

Seguían recurriendo al ardid de reclamar a aquellos que contaban con experiencia o conocimientos agrícolas, algo que era sencillo de falsear, a fin de contar con mano de obra para el viñedo en una época en la que eso era justo lo que más escaseaba. Luego, simplemente, los papeles se extraviaban. En medio del caos propio de la guerra, pocos se preguntarían qué había sido de aquellos pobres diablos a los que nadie echaría de menos. Así pues, mientras Rodrigo ignoraba los reiterativos avisos de Bernabé sobre los cada vez mayores riesgos a los que se exponía de forma casi temeraria, el cónsul continuaba respaldándolo, proporcionándole cobertura para que aquellos infelices pudieran continuar su camino. No obstante, tal y como ya le había advertido en más de una ocasión, nada de aquello lo libraría de las consecuencias si la Administración francesa llegaba a enterarse. Para ellos, el joven Morague seguía siendo un francés de nombre impronunciable pero lealtad indiscutible. Y así debía continuar siendo.

—*Monsieur* Morague, tiene una visita. No ha dado su nombre —anunció Ibrahim, su hombre de confianza—. ¿Qué desea que le diga?

Rodrigo frunció el ceño. Una visita a esas horas no era habitual.

—Que espere en la biblioteca, bajaré en un minuto.

Dejó la taza de café sobre el alféizar y una gota resbaló desde el borde hasta acabar formando un cerco en la madera. Los dos bretones se incorporaron para seguirlo tan pronto se puso en movimiento.

—*Bonjour, monsieur* Morague, me alegra volver a verle.

Rodrigo observó la silueta del que a punto había estado de convertirse en su suegro recortada al contraluz del gran ventanal del salón. Desde que rompiera su compromiso con Delphine, tampoco había vuelto a coincidir con Bruno Blanchard. Por un instante, tan fugaz como aterrador, temió que el *commissaire* de Orán hubiera descubierto lo que se traía entre manos. Aunque si, tal y como

parecía, Bruno había acudido a su encuentro solo, sin coches ni apoyo policial de ningún tipo, no era probable que se produjera el peor de los escenarios. Pero entonces, ¿qué demonios hacía uno de los hombres más temidos del Oranesado en su finca?

—*Soyez bienvenu, commissaire* Blanchard —Rodrigo logró enmascarar sus tribulaciones tras una solícita sonrisa y un apretón de manos—, me pilla usted a punto de empezar la jornada. Ya sabe que en esta época el *domaine* requiere de mucho trabajo y las horas del día nunca son suficientes.

—Seguro que puede dedicarme unos minutos. Seré breve, tiene mi palabra.

Rodrigo asintió. Comprendiendo que no se marcharía sin ser atendido, le señaló las dos butacas tapizadas a cuadros junto a una estantería repleta de libros.

—Por favor —pidió, aguardando a que su visitante tomara asiento primero para hacerlo él—. ¿Ha desayunado? Pediré que le traigan café.

Bruno lo agradeció con un leve cabeceo y no se demoró en encarar la conversación hacia el terreno que era de su interés.

—Seguramente se esté preguntando el motivo de mi abrupta visita. ¿Cómo es eso que dicen? Si Mahoma no va a la montaña, la montaña va a Mahoma. ¿No es así? —Buscó con parsimonia en su bolsillo un cigarrillo y el encendedor—. ¿Le importa?

—No le sigo —respondió Rodrigo invitándolo con un gesto a prenderlo.

—Recordará al menos que se comprometió a conseguirme una lista de temporeros españoles.

Los hombros de Rodrigo se relajaron levemente. Así que se trataba de eso, aquel sabueso era terco y se negaba a soltar el hueso una vez mordido.

—Me veo en la necesidad de reiterarle mis disculpas, *commissaire,* como sabrá, me debo a mis negocios y estos me han mantenido demasiado ocupado últimamente. No obstante, puedo

pedirle a mi administrador que reúna los nombres de nuestros empleados…

—¿Ahora?

Rodrigo sintió el desplazamiento de su nuez al tragar saliva. Por suerte, calculó, los nuevos prisioneros aún no habían llegado desde los campos y, por tanto, no aparecerían en el listado. Dentro de lo que le incomodaba verse forzado a proporcionarle información acerca de su viñedo a aquel hombre, el mal era el menor posible. Y era consciente de que, si se empeñaba en retrasarlo o evitarlo, tan solo conseguiría reavivar las ansias de Blanchard. Lo más inteligente era ceder a sus deseos y quizá con algo de suerte se olvidara del Soleil d'Oran una buena temporada.

—Por supuesto.

Se giró para alcanzar el teléfono que dormitaba en la esquina. Tras una breve conversación, el asunto quedó zanjado.

—Listo —confirmó, volviéndose hacia Bruno—. Esta misma tarde tendrá el listado encima de su mesa.

Bruno Blanchard lo estudió durante unos segundos sin responder.

—Le agradezco su diligencia, *monsieur* Moragues.

—No hay nada que agradecer, ya sabe que si hay algo que pueda hacer por usted, siempre que esté en mi mano…

—Ahora que lo dice, sí hay algo más —pareció recordar de pronto—. El caso es que de un tiempo a esta parte ando tras la pista de una persona y tal vez pueda ayudarme.

—No veo cómo podría serle de utilidad —se envaró Rodrigo, advirtiendo el peligroso desvío de la conversación.

—Busco a una sirvienta que trabajó en su casa: Aurora Robles.

Mantuvo la compostura, cruzó una pierna colocando el tobillo sobre la rodilla opuesta. La tela del pantalón se tensó sobre su piel.

—Hace mucho que ya no trabaja para mi familia.

—Lo sé, pero he pensado que quizá supiera proporcionarme alguna dirección o se le ocurra cómo podría dar con ella.

Rodrigo sintió la abrasadora mirada del *commissaire* clavada en él, escrutándolo, analizando cada una de sus reacciones. No le cabía

duda de que estaba entrenado para detectar la mentira, por eso optó por decir la verdad.

—No tengo la menor idea de dónde puede encontrarse.

Bruno dio una larga calada, dejando los segundos correr y el silencio hacer mella en Rodrigo quien, para ocultar su inquietud, decidió tomar la iniciativa.

—¿Se puede saber por qué la busca?

—Oh, nada preocupante, tiene algunos asuntos pendientes de aclarar con la gendarmería, eso es todo.

—En ese caso, espero que la localice a la mayor brevedad. Y ahora, si me disculpa, los jornaleros estarán a punto de comenzar la faena y me gusta supervisarlo todo personalmente.

—Por supuesto, faltaría más. —Bruno sostenía el cigarro en su mano derecha, sin molestarse en impedir que la ceniza cayera sobre la carísima alfombra a sus pies—. Pero antes, un último favor. Haga memoria: ¿no recuerda que la joven le hubiera comentado algún lugar que desease visitar, o alguien a quien pudiera recurrir en caso de necesidad?

—No veo por qué debería haber compartido algo así conmigo. Al fin y al cabo, era tan solo una empleada más.

—No es eso lo que se comenta —lanzó Bruno, manteniéndose atento a su reacción—. He oído que usted y esa joven mantuvieron algún tipo de relación más… íntima que la estrictamente profesional. No le culpo, que conste. Los hombres con buen gusto como usted saben apreciar la belleza femenina, no me cabe duda.

Rodrigo comprendió que tras aquellas acusaciones latía la inquina de su antigua prometida. Delphine había sufrido desde siempre unos celos enfermizos. Si bien Rodrigo debía reconocer que en el caso de Aurora no andaba del todo errada, por más que su acercamiento nunca fuera más allá de un apasionado pero breve beso.

—No creo que deba dar explicaciones sobre mis asuntos personales —respondió molesto—, pero le diré que esos rumores son totalmente falsos.

—*Bien sûr* —asintió Bruno con tanta efusividad que quedó claro que no creía ni una sola palabra—, y disculpe si resulto indiscreto.

—Lo cierto es que sí lo está siendo.

El *commissaire* levantó ambas manos, las palmas hacia arriba, el cigarro a punto de consumirse pinzado entre el índice y el corazón. La situación se había vuelto incómoda y Rodrigo ya no se esforzaba por disimular que estaba deseando perderlo de vista. Se levantó, obligando al visitante a imitarlo.

—Deformación profesional, supongo. No le entretengo más.

—Se lo agradezco.

Los dos hombres se sostuvieron la mirada frente a frente un instante, midiéndose, calculando. Fue Bruno Blanchard quien acabó por romper el silencio.

—¿Sabe? Creo que hubiera sido usted un gran yerno.

—Yo no estoy tan seguro.

Rodrigo Morague vio marchar al *commissaire* desde la misma ventana. Ninguno había mencionado a Delphine. No hacía falta, su sombra había estado acompañándolos durante toda la conversación.

El coche negro al que subió Bruno dejó una estela de polvo tras de sí, y Rodrigo no apartó la mirada hasta que también esta desapareció. De repente tenía un regusto amargo en la boca y la certeza de que aquel hombre no iba a cejar en su empeño por encontrar a Aurora. Se maldijo por no haber sido capaz de dar con ella todavía. Su único y escaso consuelo era que Bruno Blanchard tampoco.

Capítulo 33

La confesión de Olvido sirvió para derribar las últimas barreras que la separaban de Estrella. Había sido difícil, pero también liberador. Desde aquel día, no había vuelto a tener pesadillas y quería pensar que, allá donde estuviera, Luis la había perdonado.

Al fin Olvido se dio permiso para dejar el pasado atrás y permitir que el amor ocupara el espacio que habían dejado sus fantasmas al retirarse. El sentimiento que le provocaba la hija de Rocío era tan intenso que a veces dolía en el pecho. Verla pequeña e indefensa, feliz solo con estar en brazos o recibir carantoñas, despertaba en ella un poderoso instinto de protección. La adoraba, no podía negarlo. Sin embargo, lo de Estrella era distinto. Hacía años de aquel encuentro fortuito en la cola para comprar pan en Alicante donde ambas sellaron su amistad. Entonces, en medio de una guerra, ellas vivieron su relación como un juego propio de su juventud. Uno que terminó cuando Olvido se marchó al frente. Ambas habían cambiado mucho desde aquellos días, por dentro y por fuera. No obstante, la vida las había vuelto a acercar, a darles una segunda oportunidad. Y Olvido estaba dispuesta a aprovecharla.

Estrella era la mejor persona que había conocido, la única que había permanecido a su lado cuando ni ella misma sabía cuánto lo necesitaba. Hubiera podido engañarse con que aquello no era más que una buena amistad, pero hubiera resultado inútil. Olvido había estado con muchos hombres, además de alguna que otra mujer. De la mano de sus compañeros anarquistas había conocido el amor libre, lo había probado y había llegado a aburrirse de él. Había vivido mucho, pero lo que sentía por Estrella no lo había sentido por nadie.

Era por ella por quien ansiaba ser mejor. Deseaba estar a su altura, devolverle una pizca de cuanto había hecho por ella y, tal vez, algún día, atreverse a confesarle sus sentimientos.

En cualquier caso, la vida le sonreía. Poco a poco sus sombras iban quedando atrás y ella disfrutaba de ese caminar ligero, sin culpas, que casi había olvidado. Una mañana, mientras Rocío estaba aún en casa, Olvido aprovechó para salir dispuesta a hacer unos recados antes de que el feroz sol de julio mostrara sus dientes y caminar supusiera un reto asfixiante. Aquel era otro placer que empezaba a recuperar. Durante demasiado tiempo el simple hecho de salir a la calle la había aterrado, los espacios abiertos la intimidaban y las miradas de la gente la avergonzaban, pero eso también estaba cambiando. Lentamente se había ido atreviendo a pasar ratos cada vez más largos fuera de casa, a llegar más lejos. ¿Qué le importaba lo que pensaran los demás de su aspecto? La única que de verdad contaba era Estrella, y ella jamás la había mirado con otra cosa que no fuera bondad en sus ojos.

—¡Menuda sorpresa!

Pasaba frente al pequeño cementerio musulmán de la *rue* Nfissa cuando la sangre se le heló en las venas al reconocer aquella voz. Sus pasos se detuvieron en seco, como si los miembros no le respondieran.

—Dichosos los ojos —continuó el hombre, aprovechando su parálisis para aproximarse—, Cardo.

Escuchar el nombre con el que era conocida en El Jardín le habría revuelto el estómago si el miedo no lo hubiera hecho ya. Aquel hombre que apestaba a sudor rancio era el último con quien hubiera deseado cruzarse. Chimo había sido cliente suyo. Uno que creía que, por el simple hecho de pagar, se convertía en su dueño y podía hacer con ella lo que quisiera. Lo que incluía humillarla y maltratarla.

—La última vez que pregunté por ti en el burdel me dijeron que te habías largado. Y casi lo lamenté. Lo pasábamos bien juntos, ¿verdad?

En la mente de Olvido resonó el eco de los golpes que aquel individuo le había propinado tiempo atrás. Instintivamente, se llevó las manos allí donde la azotó con su cinturón el día en que Rocío se atrevió a entrar para defenderla.

—Me tengo que ir —logró articular con esfuerzo—, me están esperando.

—¡Ja! ¿A quién vas a engañar? A ti no te esperaría nadie.

Olvido ni siquiera contestó, obsesionada como estaba en alejarse cuanto antes. Poner distancia, eso era lo único en lo que podía pensar, como un animalillo acechado por otro mayor, uno dispuesto a devorarlo. Pero Chimo parecía haber captado su angustia y se regodeaba en ella. La agarró con fuerza del brazo, tanto que le hizo daño, y la arrastró a un portal cercano. Allí, jadeando de excitación anticipada, la acercó de un tirón para besarla. La otra mano rebuscó con avidez en su escote. Olvido reaccionó instintivamente propinándole un mordisco con tanta rabia que enseguida notó el sabor de la sangre de él en su boca.

—¡Serás zorra! —aulló, soltándola de un violento empujón que la hizo trastabillar—. Mírate, no sigues siendo más que una puta, por mucho que ahora pretendas dártelas de digna.

Lo vio escupir un esputo sanguinolento y no se lo pensó dos veces. Sabía que si le daba la oportunidad, aquel degenerado la aprovecharía para vengarse. Le propinó un rodillazo en la entrepierna que lo dobló por la mitad, lo que le proporcionó los segundos necesarios para escabullirse del portal y perderse entre la multitud.

Fue durante su alocada carrera de vuelta a casa, con el corazón bombeándole en los oídos y los ojos empañados, cuando Olvido comprendió que, por muy rápido que corriera, jamás podría escapar de su pasado.

* * *

Rocío no había vuelto a cruzarse con José y empezaba a pensar que ahora él también la esquivaba. Algo que, tras su último encuentro, no le podía reprochar.

Una tarde, sabiendo que él estaba en El Jardín, Rocío escuchó acercarse unas pisadas inconfundibles. Rápida, se coló en la primera habitación que quedaba a su alcance sin pensar. Con la oreja pegada a la puerta, siguió atenta cómo se iban alejando los pasos de José. Cuando estuvo segura de que el peligro había pasado, se dispuso a salir, pero una voz a su espalda la detuvo.

—¿Me puedes explicar qué estás haciendo?

El ceño fruncido de Violeta no revelaba enfado, tan solo extrañeza. Rocío, que se había llevado la mano al pecho por el sobresalto, se fijó en que por casualidad había acabado colándose en su dormitorio. En silencio se reprendió por su torpeza.

—Se me ocurrió que tal vez habría que dar un repaso por aquí… —Sus excusas sonaban tan ridículas y la situación era tan embarazosa que acabó por callarse, profundamente abochornada.

—Más bien me ha parecido que te escondías —expuso Violeta con una de sus finas cejas levantada—. Y ahora no puedo dejar de preguntarme de quién.

Rocío suspiró, a sabiendas de que no habría forma de engañarla.

—De José —explicó alzando el mentón, orgullosa—. Pero no creo que eso suponga ningún problema para mi trabajo.

—Por supuesto que no.

—Entonces, ¿puedo marcharme ya? Tengo mucho que hacer.

—Solo un momento.

Violeta, que había estado haciendo cuentas en un cuaderno de tapas de hule, dejó los papeles a un lado y se acercó para mirarla directamente a los ojos.

—¿Se puede saber qué te ha hecho José para que lo rehúyas con tanto empeño?

«¡Acostarse contigo!», hubiera deseado gritar Rocío, quien se mordió los labios para contenerse en un esfuerzo por no mirar en

dirección a una cama donde los había imaginado retozar decenas de veces.

—En realidad, nada.

No podía echárselo en cara a Violeta y, siendo honesta, tampoco a José. Ninguno de los dos le debía nada. Ella se había encargado de alejar al muchacho de su lado, ¿qué esperaba? ¿Que la aguardara para siempre? ¿Que se mantuviera casto y expectante el resto de sus días solo por ella?

—José es un buen chico —sentenció Violeta, convencida—. Un poco sentimental, en mi opinión, pero nadie puede culparlo de haberse enamorado.

Rocío sintió hervirle la sangre. Una cosa era no tener más opción que aceptar el romance entre ambos y otra bien distinta que la madama se regodeara hablándole de ello.

—Ya sabe lo que se dice, eso de que el amor es ciego —soltó con inquina sin poder contenerse. Se arrepintió al instante—. Disculpe, no pretendía ofender.

—¿Por qué habría yo de…? —Violeta se interrumpió—. ¡Oh, ya entiendo! Crees que José está enamorado de mí, ¿es eso?

El rubor acudió a las mejillas de Rocío, quien hubiera deseado no responder o, mejor aún, no haber entrado nunca en aquella habitación.

—Yo solo creo en lo que veo —se vio obligada a contestar—. Últimamente viene mucho por aquí y, bueno, tampoco he podido evitar fijarme en que suele pasar por su dormitorio. Así que…

Violeta se rio con ganas y se atusó la abundante cabellera.

—No te niego que, de proponérmelo, no pudiera engatusar a un jovencito… pero no es el caso. No es de mí de quien José anda encaprichado, querida.

A Rocío le sorprendió aquella afirmación, había dado por hecho que entre ellos había algo y, al parecer, se había confundido. Puede que anduviera tan ocupada escondiéndose que hubiera errado la dirección del tiro. Lo mismo daba, algo resultaba innegable: José era un asiduo del prostíbulo, lo cual significaba que era como todos los

demás. La decepción no desapareció. Sus frecuentes visitas a El Jardín demostraban que José creía que, al pagar por ello, tenía derecho a usar a las mujeres a su antojo. Y si había algo que Rocío despreciaba, era precisamente eso.

—Sea como sea —respondió Rocío—, no es asunto mío.

—Tal vez sí lo sea.

—¿A qué se refiere?

Violeta lanzó un sonoro suspiro y se sentó en el borde de la cama con cuidado de no arrugar su vestido. Con un gesto le pidió a Rocío que la imitara. Esta obedeció a regañadientes.

—¡Bendita juventud y su inocencia! —sentenció la madama con una sonrisa de pronto enternecida—. Supongo que ya sabrás que José es carpintero. —Esperó a que Rocío asintiera para continuar—. De hecho, tiene una gran habilidad, así que le he encargado que renueve el mobiliario de El Jardín y mi dormitorio, por supuesto.

Rocío parpadeó un par de veces para calibrar lo que Violeta le estaba contando.

—Ese muchacho, además de buenas aptitudes, tiene espíritu emprendedor. Pretende abrir su propio taller de carpintería, especializado en trabajos más delicados: tallas, ebanistería y cosas así. No lo entendí muy bien cuando me lo explicó, si te soy sincera. El caso es que, hasta que consiga suficientes ahorros, va haciendo sus propios trabajos por su cuenta, fuera de su jornada laboral en el taller donde trabaja. Por eso lo ves por aquí con frecuencia los mediodías: viene a enseñarme bocetos, tomar medidas, hacer comprobaciones… esas cosas.

Poco a poco, Rocío iba procesando que José no acudía a El Jardín por sexo, sino por trabajo. Comprendió que se había equivocado respecto a él. Recordó su último encuentro, en el que ella le había demostrado sin reparo su desprecio. Lo lamentó profundamente. Lo había tratado de una forma del todo injusta. Otra vez.

—Rocío —Violeta la sacó de sus cavilaciones—, ¿eres consciente de lo que José siente por ti?

Rocío no respondió. En esos instantes se estaba preguntando si era correcto hacer pagar a un hombre por el daño que le hicieron otros en el pasado. Aunque a esas alturas poco importaba. Si alguna vez tuvieron una oportunidad, ya era tarde para ellos.

* * *

En los últimos meses Estrella había relajado su actitud hacia Olvido. Se daba cuenta de cuánto se esforzaba por reparar el daño que sus secretos habían causado y empezaba a creer que las cosas tal vez pudieran volver a ser como antes.

Solían cenar juntas cada noche. Olvido esperaba a que ella regresara de la relojería y, con la niña ya dormida, pasaban horas hablando con voz queda para no despertarla, junto al gato Glotón, que había adquirido la costumbre de entrar y salir del apartamento según le venía en gana, ronroneando a sus pies. Sin necesidad de comentarlo, habían llegado a un acuerdo por el cual ninguna de las dos mencionaba el tiempo que Olvido había pasado en el frente. No era necesario. Ahora que ambas sabían lo ocurrido allí, era el momento de dejarlo atrás. La vida les había dado una segunda oportunidad, dependía de ellas cómo aprovecharla.

—¡Vamos! —pidió Olvido—. Es domingo, tu hermana está con la pequeña, hace un día espléndido y me apetece mucho dar un paseo. Por favor, por favor…

Estrella se rio con ganas.

—Deja de dar saltitos, ¡pareces una niña en el día de Reyes!

—¿Eso es un sí?

Estrella sabía bien de la ilusión que sentía Olvido por visitar el Jardín Marengo, un proyecto llevado a cabo un siglo atrás por convictos de las prisiones sobre un antiguo cementerio árabe en el que descansaban los restos de eruditos islámicos y varios *deys,* convertido ahora en un acogedor vergel con frondosas palmeras, pinos, yucas, adelfas y todo tipo de suculentas. Entre sus senderos de tierra pisada, los paseantes podían descansar en los bancos de

madera o deleitarse con el sonido del agua de las fuentes junto al mausoleo donde descansaban los restos de Lalla Aïcha, una bellísima construcción en azulejos de barro esmaltado que había sobrevivido a los siglos y a los hombres. Había visto a Olvido ir poco a poco dejando atrás la vergüenza y el miedo a salir al exterior, a exponerse. Y lo cierto era que si no lo habían visitado todavía, era solo porque no le gustaba dejar a Rocío sola en casa con la niña, pero esa mañana el doctor Rafael y la enfermera María estaban haciendo algunos cambios en su consulta, por lo que si Rocío necesitaba algo, solo tenía que bajar unos pocos escalones. Estrella asintió.

—Coge tu bolso que nos vamos.

Olvido lanzó un gritito agudo que hizo volver a sonreír a Estrella. Le encantaba verla así, ilusionada y despreocupada. Sabía lo que suponía para ella salir a plena luz, y por eso mismo iba a estar a su lado.

Alcanzaron la calle sintiéndose dichosas. Eran jóvenes, libres y, aunque el mundo se resquebrajaba por culpa de una terrible guerra, ellas podían permitirse olvidarlo al menos por unas horas. Las circunstancias las habían llevado hasta una ciudad que no era la suya, pero eso no quitaba que resultase vibrante, incluso fascinante con sus *boulevards,* sus cines y su aroma a té con hierbabuena, sus tenderetes callejeros y sus mil lenguas entremezcladas. El casi cuarto de millón de habitantes de Argel *la blanche* la hacía palpitar a cualquier hora del día como de la noche. Entre *brasseries,* cines y *magasins* no era extraño tropezarse con una mezquita o una mujer con jaique blanco de mirada oscurecida con *kohl.* Uno podía extraviarse en el tortuoso recorrido de la vieja *casbah* o deleitarse con un *beignet* en la terraza de alguno de los cafés donde *mademoiselles* que parecían salidas de una revista de moda fumaban con boquilla y coquetería. En aquella ciudad tan estimulante como caótica, las dos muchachas caminaron de la mano sabiéndose afortunadas.

—¡Puta!

El grito las detuvo en seco. Ninguna de las dos había reparado en un hombre que las llevaba siguiendo desde la *place* Rabin Bloch y que, aprovechando su paso por una zona sin apenas concurrencia, las había abordado. En un primer momento, Estrella creyó que se trataba de un error, tal vez una broma pesada, pero no le hizo falta más que un rápido vistazo al rostro demudado de Olvido para comprobar que se equivocaba.

—¿Lo conoces? —inquirió Estrella.

—Nos conocemos mejor que bien. ¿Verdad, preciosa? —El tono con que el hombre pronunció esta última palabra dejó claro que se trataba de una burla—. Hace mucho que no pasamos un buen rato, pero eso podríamos solucionarlo ahora mismo.

—¡Ya es suficiente! Más le vale dejarnos en paz si no quiere buscarse un problema —exclamó Estrella con determinación, pasándole un brazo a Olvido sobre los hombros temblorosos.

—¡No me lo puedo creer! —El hombre soltó una carcajada—. Esta sí que es buena. ¿Ahora te defiende esta amiguita tuya?

—Vamos, Olvido, lo mejor será que nos larguemos. Ya me he hartado de este impresentable.

Estrella empujó con suavidad a su amiga, que parecía paralizada por el miedo.

—¡Malditas invertidas! —aulló el hombre bajándose los pantalones para sacarse de los calzones un miembro mustio que sacudió con ordinariez—. No sabéis lo que es un hombre de verdad.

Corrieron calle abajo y no dejaron de hacerlo hasta que se aseguraron de que no las había seguido. Solo entonces, con el corazón desbocado por la carrera y el susto, se permitieron parar.

—¿Se puede saber qué demonios ha sido eso? —preguntó Estrella. Olvido giró el rostro evitando responder, pero la sujetó de la barbilla con firmeza para mirarla a los ojos—. Se acabaron los secretos, ¿recuerdas?

—Es Chimo, un antiguo cliente del burdel —respondió Olvido al fin, consciente de que no podía esconderlo más—. No es más que un imbécil, un inútil que disfruta pegando a las mujeres. Durante un

tiempo fue cliente fijo. Siempre me buscaba a mí. Ya ves, de entre todas las chicas preciosas de El Jardín, quería encamarse conmigo. Te puedes imaginar por qué. —Se señaló la cicatriz de la cara—. Por algún motivo cree que esto le permite humillarme cuanto desee. Como si por haber perdido mi antiguo rostro también hubiera perdido la humanidad, cuando el único que no la tiene es él.

—¿Lo habías vuelto a ver desde que te marchaste? —quiso saber Estrella, que ya sospechaba la respuesta.

—Lleva meses acosándome —acabó por reconocer Olvido—, a veces me sigue a casa. Creo… creo que le divierte asustarme.

—¡Deberías habérmelo dicho!

—Estrella, por favor, yo solo quiero vivir en paz.

—Pero no podemos permitir que ese malnacido siga haciéndote esto.

—Si no es ese malnacido, será otro —suspiró rendida—. Estoy marcada, esta es mi vida ahora. Siempre habrá alguien que crea que puede aprovecharse, burlarse o hacerme daño. Y lo acepto porque me lo merezco. Puede que esa sea mi penitencia.

—Haz el favor de no decir más tonterías —exclamó Estrella, abrazándola y acallando sus sollozos contra su cuello—. Estoy aquí, contigo, y no voy a permitir que nadie te haga daño.

Estrella la dejó llorar. Tal vez le viniera bien. Mientras sentía su cuerpo menudo contra el suyo, parpadeó con fuerza para evitar sus propias lágrimas. No iba a flaquear. Tenía que ser fuerte por Olvido. Aunque en el fondo estaba muerta de miedo. Acababa de hacer una promesa que no sabía cómo iba a cumplir.

Capítulo 34

Ni siquiera Aurora hubiera podido predecir el gran éxito de la gira de la Alegría por los viñedos. Gumersindo se mostraba pletórico, todos lo estaban y en cada nuevo *domaine* eran recibidos como si de estrellas de cine se tratase, de esas que brillaban en las pantallas antes de que la guerra lo cubriera todo con su manto de tonos grises y tristeza marchita.

Aurora se asombró ante el cambio que la recolecta de la vid traía consigo a esos lugares. Ella, que había conocido el viñedo de la familia Moragues adormilado, sumido en la calma durante su hibernación, ahora veía a los jornaleros en otros similares pululando de acá para allá sin descanso como un atareado ejército de infatigables hormigas. Eso era durante el día, por la noche el ambiente cambiaba. Era entonces el turno de la compañía. Los actores se vestían, peinaban y maquillaban a conciencia y salían al improvisado escenario de tierra batida entre vítores y aplausos ante un público deseoso de olvidar las penosas horas pasadas con la espalda doblada entre sarmientos. Era aquella una época del año dura, sin duda, pero también tenía algo festivo, de unión y comunidad. En los últimos dos meses habían pasado por ocho grandes *domaines:* Birebent, Picard Dhara, Rivoli Mazagran, Aîn el Hadjar… Por fortuna, el Soleil d'Oran había quedado fuera de la ruta de la compañía y Aurora podía respirar tranquila sabiendo que no se cruzaría con Rodrigo Moragues al doblar cualquier esquina.

Pasaba la medianoche cuando Aurora abandonó el escenario. Habían representado *El puñao de rosas,* una zarzuela que siempre gustaba. Al despedirse de sus compañeros, pudo advertir un leve

gesto de Halima. Asintió. Sabía lo que significaba. Aquella noche la aguardaba cuando todos estuviesen dormidos, algún enfermo requería de sus cuidados.

—Es el primero que atendemos desde que estamos por los viñedos —dijo Aurora cuando ambas se encontraron bajo la luz de las estrellas, a salvo de oídos indiscretos—. Aquí suele haber médico, ¿por qué nos iban a necesitar a nosotras?

—No tardaremos en averiguarlo.

Acostumbrada a los silencios y frases a medias de Halima, la siguió sin hacer más preguntas. Al menos en esa ocasión no había nombrado a Alá, todavía.

—Hemos llegado —anunció la *amazigh* cuando divisaron una zona arbolada bien resguardada.

—¿Aquí? —se asombró Aurora—. Si estamos en medio de ninguna parte.

Como toda respuesta, Halima se sentó en el tronco inclinado de una palmera a esperar con tranquilidad. El siroco cálido revoloteaba a su alrededor, alborotándole la chilaba y susurrando historias en un idioma ancestral que solo unos pocos comprendían. Unos crujidos sordos anunciaron una presencia y, a través de la oscuridad, a la que sus ojos ya se habían acostumbrado, Aurora distinguió una figura masculina que se aproximaba a ellas.

—Perdón por el retraso —susurró un hombre de voz joven, claramente nervioso—, no me he atrevido a salir hasta que se han dormido todos, y con esto de la función han tardado más que de costumbre.

—Acércate —ordenó Halima— y cuéntanos qué te ocurre.

Que los enfermos de cada nuevo lugar al que arribaba la compañía supieran, de algún modo que Aurora desconocía, que Halima podía ayudarlos había dejado de sorprenderla. Pero, que su amiga rompiera con su habitual forma de proceder y no se dispusiera a colocar las manos sobre la cabeza del joven sí la dejó pasmada.

—Tengo una comezón en la espalda que me está volviendo loco —comenzó a explicarse el muchacho algo apurado.

—Sarna, ¿verdad? —interrumpió Halima, que ni siquiera se había acercado a examinarlo. Una vez más, Aurora se preguntó cómo demonios hacía para aventurar el mal que aquejaba a quienes acudían en su busca y, sobre todo, acertar siempre.

—Así es —confirmó él—. En otro viñedo me dieron una pomada para curarla pero, en fin, digamos que las circunstancias me obligaron a marcharme antes de lo previsto y ahora pica aún más.

—Recidiva —apuntó Aurora, como si pretendiera demostrar que ella también podía sumarse a aquel juego de diagnósticos a ciegas, y Halima asintió—. La sarna la provocan unos ácaros muy persistentes. Si interrumpiste el tratamiento antes de completarlo, es posible que eso haya reactivado el brote. No debiste hacerlo.

—No tuve alternativa.

Por primera vez, Aurora se tomó unos instantes para observar al muchacho, con la impresión de que tras su fachada imberbe se ocultaba mucho más.

—Ya sabes lo que tienes que hacer —apuntó Halima, interrumpiendo sus pensamientos.

Ayudada por la claridad plateada de la luna Aurora rebuscó en el saco para dar con lo que necesitaba. Al abrir el bote de la cúrcuma el aire se llenó de su peculiar aroma dulzón y especiado, le añadió unas gotas de limón hasta conseguir un ungüento con la textura adecuada. Entretanto, él se había retirado la camisa para dejar visible la zona de las axilas, la más afectada. Sin embargo, cuando Aurora se giró dispuesta a aplicarle el bálsamo, a punto estuvo de dejar escapar una exclamación de espanto, y no por el centenar de pequeños sarpullidos propios de la sarna, sino por las cicatrices que surcaban aquella espalda. Eran alargadas, la mayoría con relieve, como si de cordones de zapatos se tratase. Se apreciaba con claridad que unas eran más recientes que otras, pues el estado de cicatrización no era el mismo en todas ellas. Se estremeció ante la

certeza de que no podía ser otra cosa que latigazos, pero ¿quién podía haber hecho algo semejante?

Aurora se recompuso y se concentró en la tarea que tenía por delante.

—Será mejor que te pongas cómodo —sugirió tras aclararse la voz para asegurarse de que sonaba firme—, te va a escocer un poco.

El muchacho ahogó una exclamación al sentir la mordida del remedio sobre el centenar de diminutas heridas provocadas por la sarna.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Aurora para distraerlo.

—Felipe, señorita, para servirla… para servirlas, quiero decir.

—¿Y de dónde eres? —continuó Aurora al notar un nuevo respingo.

—De Alicante.

Ahora le llegó a Aurora el turno de sobresaltarse. Escuchar aquella palabra en labios ajenos, unos labios que, como ella, parecían amar un pedazo de tierra que quedaba al otro lado del mar, tan cerca y tan lejos a la vez, la aturdió.

—¿Se encuentra usted bien, señorita?

Solo entonces pareció darse cuenta de que se había quedado con la mano congelada sobre la espalda de Felipe.

—Sí, sí —se apuró a responder reanudando las curas—. Es que yo también soy de Alicante. Vivía en la calle San Rafael, ¿te suena?

—¡No me digas que eres vecina de la *Terreta !* —Felipe parecía igual de conmocionado, a juzgar por el repentino cambio en su voz. Hasta se había olvidado de llamarla «señorita»—. Yo soy de la Albufereta, mis padres tienen allí una pequeña tienda de ultramarinos. O al menos la tenían cuando me fui.

A partir de ahí, el tiempo se les escurrió recordando lugares por los que ambos habían caminado una infinidad de veces, buscando conocidos que pudieran tener en común y rescatando de la memoria esa otra vida que tanto añoraban, aquella en la que las guerras, el exilio y las ausencias no eran más que palabras huecas carentes del

doloroso significado que ahora tan bien comprendían. A su lado, Halima permaneció en un respetuoso silencio, permitiendo que las emociones de aquel inesperado encuentro fluyeran sin contención, pues bien sabía ella que, en ocasiones, no hay mejor medicina para el alma que las palabras.

—No olvides aplicarte el ungüento mañana, tarde y noche… y esta vez no lo dejes a medias. Por supuesto, la ropa deberás lavarla en agua muy caliente o, mejor aún, quemarla —enumeró una vez los ánimos se hubieron calmado y la cura había finalizado—. ¡Y prohibido rascarse!

—Muchas gracias, de corazón. No sé qué hubiera hecho sin vuestra ayuda.

El joven volvía a cubrirse con su camisa, pero Aurora era incapaz de borrar de su mente la imagen de los costurones que le atravesaban la espalda.

—Ten —añadió sacando otro pequeño tarro de la bolsa—. Está hecho a base de rosa mosqueta, no borrará del todo esas feas cicatrices, pero ayudará a difuminarlas y desinflamarlas. Úsalo cuando la sarna se haya ido.

Hubiera deseado dejarlo ahí, no indagar en algo que intuía horrible. En cambio, sus palabras encontraron la manera de escapar de entre sus labios.

—Felipe, ¿qué te sucedió?

Ante aquella pregunta directa Felipe se tensó a su lado, ambas mujeres pudieron percibirlo con claridad, los músculos rígidos y la mirada huidiza; de pronto parecía una liebre a punto de dar un salto para escabullirse.

—La sarna suele ser frecuente en los campos del desierto —intervino Halima con su calma habitual—. Y mucho me temo que los latigazos también.

La mirada asombrada de Aurora alternó del uno a la otra. La de Felipe, en cambio, se mantenía fija en la de la *amazigh,* probablemente preguntándose cómo era posible que supiera tanto sin siquiera necesidad de preguntar.

—¿Cómo? ¿Has estado en esos campos? —inquirió Aurora, sin duda eso explicaría muchas cosas, empezando por las terribles cicatrices—. ¿Y cómo es que ahora estás fuera? Quiero decir, que pensaba que de esos lugares no se sale…

«Con vida» iba a decir, aunque consiguió callar a tiempo. De igual manera, Felipe comprendió y asintió, de repente, parecía estar muy lejos de allí.

—Y no te equivocas —le confirmó—. Por lo general, el único billete para escapar de allí es la muerte.

—Pero tú estás aquí. —Ante la angustia que parecía invadirlo, añadió—: Tranquilo, estás a salvo. Ya no tienes que temer, al menos a nosotras no.

Puede que por haber nacido en la misma tierra que Aurora, o por la confianza en ella que había ido ganando a lo largo de la cura, o puede que solo por la necesidad de abrirse y soltar cuanto había ido acumulando en su interior, Felipe, tan joven que en realidad era poco más que un niño, se quebró. A borbotones les relató cómo había luchado en Teruel, la inevitable derrota y su llegada a Argelia para encontrarse con que nada era como esperaba. A Felipe Marín con tan solo veinte años lo habían internado en Bou Arfa, un campo en el desierto conocido por el sadismo de sus guardianes y la crueldad de sus castigos. Cuando creía que aquel lugar se convertiría en su tumba, se sorprendió al enterarse de que, debido a su experiencia en tareas agrícolas, lo enviaban a un viñedo de la colonia para la vendimia.

—No he cogido una azada en mi vida —admitió el joven—, pero eso no se lo iba a decir a ellos, claro. Al principio pensé que se trataba de un error, pero cuando llegué al *domaine* descubrí que se trataba de una maniobra para ayudarnos a escapar del infierno. Allí, amparados por el *patron,* teníamos por fin un atisbo de esperanza, una segunda oportunidad, esa que la vida nos ha escamoteado. De no ser por ese hombre…

—Un momento —se tensó Aurora. No le había dado nombres y, aun así, sentía la intuición agitarse inquieta en su interior—, ¿a qué

hombre te refieres?

—Estoy hablando demasiado. —Felipe había recuperado la compostura y con ella, la prudencia, hizo amago de ponerse en pie—. Será mejor que me vaya.

—¿Estuviste en el Soleil d'Oran? —lo detuvo Aurora, consciente de que no tenía nada más que un presentimiento. Con todo, este era tan potente que la impelía a insistir—. ¿Fue Rodrigo Moragues quien te ayudó?

El joven ladeó la cabeza.

—¿Lo conoces?

Aurora necesitó sentarse. El suelo parecía haber perdido su firmeza, o tal vez fueran sus creencias, sobre las que había construido aquella nueva vida en tierra argelina, las que la habían llevado a rehuir a Rodrigo y alejarse de su lado.

—Si no fuera por él, no sé qué hubiera sido de mí. O, mejor dicho, lo sé demasiado bien —explicó al fin Felipe, relajando de nuevo sus hombros—. No solo me sacó del infierno que era Bou Arfa para llevarme a su viñedo, sino que fue el primero en tratarme como a una persona en mucho tiempo. Él me devolvió la vida, también la dignidad para vivirla.

—Así que os está ayudando —murmuró Aurora, consternada—. Y yo que creía que lo único que le importaba era él mismo, su vino… ¡Qué injusta he sido!

Comprendió demasiado tarde que Rodrigo Moragues no era el ser ambicioso y egoísta que ella había creído, sino tan solo un hombre lleno de contradicciones. Había llegado a convencerse de que para él las personas no significaban más que mano de obra de la que servirse para conseguir sus propósitos. Y ahora resultaba que no podía haber estado más equivocada.

El relato de Felipe lo cambiaba todo, solo que ya era demasiado tarde. Ella misma se había encargado de sacar a Rodrigo de su vida y no tenía sentido pretender que volviera a ella. Lo que más lamentaba era no tener la oportunidad de disculparse.

—Solo aclárame una cosa más. Antes has dicho que tuviste que abandonar el viñedo antes de lo previsto… ¿por qué?

Felipe le devolvió una mirada tan triste que parecía a punto de inundarse.

—El médico que ayudaba al *patron* sufrió un accidente. Uno terrible. El doctor Galindo era quien seleccionaba a los presos en peores condiciones para reclamarnos con la excusa de servir como mano de obra. Era, por decirlo de algún modo, parte del engranaje.

—Lo recuerdo. —A la mente de Aurora acudieron como fogonazos imágenes de la mañana en que Cosme, el padre de Jimena, acabó con un muñón en lugar de mano—. Un buen médico.

—Lo era.

—¿Está muerto? —Un escalofrío culebreó por su espalda—. ¿Qué le ocurrió?

—Se supone que fue un accidente, solo que yo no creo en las casualidades. Por eso no quise permanecer en el viñedo y me escabullí tan pronto se me presentó la ocasión. No me extrañaría que ocurrieran más percances, y yo no he sobrevivido al desierto para morir tan pronto.

Las palabras de Felipe hundieron a Aurora en un profundo desasosiego. No le cabía duda de que el joven era un superviviente. Su sagacidad y resistencia le habían valido una segunda vida, por eso mismo confiaba en su olfato bien entrenado.

—Felipe, ¿tú crees que Rodrigo está en peligro?

—Si fuera creyente, rezaría por él.

* * *

En sus primeros años, Bruno Blanchard había mamado tanto fervor religioso como leche materna. En su hogar no había habitación sin crucifijo, domingo sin misa ni pecado sin castigo. Su padre hacía gala de una prodigiosa imaginación cuando se trataba de esto último. Lo mismo le imponía ayuno durante días enteros que le colocaba piedritas en los zapatos para obligarlo después a caminar

horas con ellas dentro. En invierno, cuando las calles estaban nevadas y los cristales de las ventanas empañados por la escarcha, las duchas heladas o retirarle el edredón de la cama noches enteras eran penitencias habituales. Claro que, si lo comparaba con el cilicio que empleaba su padre consigo mismo, no podía quejarse.

La cosa empeoró conforme Bruno fue dejando atrás la niñez para adentrarse en la adolescencia. A partir de entonces, el simple hecho de mirar a una muchacha bonita por la calle desataba en su padre una furia bíblica y los castigos cada vez eran más retorcidos y humillantes. Lo peor fue cuando lo sorprendió con la foto de una mujer con el torso desnudo que le había prestado un compañero del Lycée y la mano dentro del pantalón. Temió no salir de aquella, pero lo que ocurrió, en cambio, fue que lo ingresaron de forma fulminante en un seminario. Tenía catorce años.

Su vida dio un vuelco. Aquel ambiente lóbrego repleto de silencios y taimadas confabulaciones resultó ser idóneo para un espíritu oscuro y retorcido como el suyo, por lo que pronto se sintió cómodo en él. Todo iba bien hasta que, ya en su último año, a poco de tomar los hábitos, ocurrió un terrible incidente. Aunque solo se supo cuando ya fue demasiado tarde, Bruno había dedicado meses a torturar a un compañero más joven. El caso es que había sorprendido sus ávidas miradas a la entrepierna de otros muchachos en las duchas y desde ese instante se había propuesto hacer de su vida una pesadilla, al fin y al cabo, nada diferente a lo que había aprendido de su padre. Resultó que un día el joven no lo soportó más y acabó cortándose las muñecas con una hoja de afeitar en esas mismas duchas, sentenciando así el destino de ambos.

El escándalo se llevó de tapadillo, como casi todo en ese lugar, pero la familia del muchacho insistió hasta conseguir que Bruno Blanchard fuera expulsado y su prometedor futuro dentro de la Iglesia quedara truncado. Así fue como, por uno de esos inesperados giros que en ocasiones da la vida, y gracias a uno de los curas del seminario que lo tenía en alta estima y cuyo hermano era gendarme, le ofrecieron cambiar la sotana por el uniforme con pistola. A Bruno

Blanchard no le dolió dejar atrás una vocación eclesiástica que en realidad nunca llegó a sentir, porque ante él se abrió un submundo que le ofrecía infinitas posibilidades de ejercer el poder sobre otros que necesitaba tanto como el aire que respiraba.

Ahora Bruno se sabía de nuevo en un momento vital decisivo. El nombramiento del general Weygand como gobernador general de Argelia en octubre de 1940 fue la oportunidad que había estado aguardando. Se trataba de un hombre de orden, fiel al régimen de Vichy y dispuesto a defender la colonia sin fisuras. Pese a ello, no eran pocos quienes veían con malos ojos al general. Tal vez fuera por los veinticinco mil francos mensuales de sueldo o los dos millones de francos que había costado la restauración a todo lujo de su residencia privada a las afueras de Argel, conocida como la villa Des Oliviers y que, por descontado, habían salido de los fondos de la delegación.

Sin embargo, poco le importaban esas cifras a Blanchard. A él le interesaba más el reciente cambio de jefes militares que se había sucedido a lo largo del verano, pensado para asentar la autoridad del general. Ahí estaba su oportunidad. Él también quería sacar tajada de la rápida escalada de posiciones. Estaba harto de las limitaciones de su puesto de comisario, convencido de merecer mucho más. Solo tenía que ser lo bastante inteligente como para colocarse en una situación que, a ojos del general, lo hiciera merecedor del ansiado ascenso. ¿Y qué mejor que servirle en bandeja un conspirador, un traidor? Más habida cuenta si se trataba de uno poderoso y con mucho, muchísimo dinero.

El *commissaire* sabía que Rodrigo Moragues ocultaba algo, lo sentía en las entrañas. Al igual que intuía que su interés por Aurora Robles era mayor de lo que pretendía mostrar. Llevaba demasiados años dedicado a despellejar a zarpazos el alma ajena como para no reconocer una buena presa cuando la tenía delante. Y el dueño del Soleil d'Oran sin duda lo era. Por eso mismo debía averiguar qué se traía entre manos, ese sería su billete a una vida mejor, a la vida que merecía. Antes o después Rodrigo acabaría cometiendo un error, y

entonces ahí estaría él, listo para saltar. Como buen cazador sabía que la paciencia era una gran herramienta, no obstante, el tiempo apremiaba, por lo que tal vez la mejor estrategia para acelerar un poco las cosas fuera estrechar el cerco.

Y eso era, precisamente, lo que se disponía a hacer.

—Aparte de tus funciones como médico, lo que realmente importa es que seas mis ojos y mis manos en el viñedo —explicó clavando sus afilados ojos en su interlocutor—. Deberás informarme de cuanto llegue a tus oídos, quiero saberlo absolutamente todo. ¿Te ha quedado claro?

—Por supuesto.

—¿Y te supone eso algún problema?

—En absoluto.

Bruno Blanchard dibujó una sonrisa lobuna, había elegido al individuo más conveniente para sus propósitos.

—Lo que no termino de entender es cómo justificaré mi presencia en el Soleil d'Oran. Galindo trabaja allí desde hace más de veinte años, no creo que de repente se le ocurra dejar su puesto para cedérmelo a mí.

—Oh, sí, eso… Creo que olvidé mencionarlo, pero mucho me temo que el veterano doctor Galindo ha sufrido un desafortunado percance y ha quedado definitivamente fuera de la ecuación —expuso haciendo girar su anillo *chevalier* con parsimonia—. Como comprenderás, en plena época de vendimia como nos encontramos y con el *domaine* a rebosar de temporeros, el *patron* no dispone de tiempo ni energía para dedicarlos a una exhaustiva búsqueda de un sustituto. Seguro que este asunto le está provocando no pocos dolores de cabeza. Así que vamos a ayudarlo poniéndole justo frente a sus narices la solución a sus problemas… es decir: a ti.

Blanchard no albergaba duda alguna de que Rodrigo, ajeno a sus maquinaciones, aceptaría aliviado al primer candidato que se presentase en el momento y lugar oportuno. Por otro lado, le constaba que Michel carecía de escrúpulos y era, además, codicioso. No era ningún secreto que el galeno rehusaba tratar a quienes no

podían costearse sus servicios. De hecho, se habían conocido a raíz de que permitiera que una mujer judía sin posibles se desangrara a las puertas de su consulta sin hacer el más mínimo amago de acudir en su auxilio. El *commissaire* se había comprometido a echar tierra sobre aquel desagradable asunto a cambio de su colaboración. Michel aceptó el trato sin pestañear. Él también ansiaba subir peldaños a cualquier coste, lo cual lo convertía en una herramienta útil y eficaz para sus objetivos. Y, en esos momentos, el objetivo de Bruno era averiguar lo que escondía Rodrigo Moragues.

El *commissaire* sintió cómo le recorría una excitación física, casi sexual. Se consideraba un depredador capaz de oler a su presa a kilómetros, de perseguirla y atemorizarla durante días, incluso meses, antes de darle el zarpazo definitivo. Disfrutaba con ello, vivía para ello y sentía un intenso placer acechando en silencio, oculto entre las sombras. Solo era diferente a los grandes felinos en algo: a él le gustaba cazar piezas humanas. Y, quizá por esquivos, tanto Rodrigo Moragues como Aurora Robles se habían convertido en las más preciadas de todas ellas.

Capítulo 35

Violeta estaba curtida en cuanto a emociones humanas se refiere. Especialmente con los hombres. Hacía mucho tiempo que, de un solo vistazo, era capaz de adivinar sus mayores anhelos y sus más profundos miedos. José en concreto era especialmente fácil de descifrar. Ni siquiera necesitaba recurrir a su aguda sagacidad para averiguar que estaba loco por Rocío. Tan solo era un muchacho sencillo, con una vida sencilla, aspiraciones sencillas… a quien el mundo se le había vuelto del revés al conocerla. Así de simple, y así de complicado a la vez.

Violeta lo había visto en infinidad de ocasiones y, aun así, no podía negar que había algo en aquella historia que la enternecía. Puede que fuera la candidez de él, la resistencia de ella o la juventud de ambos. El caso es que habría que estar ciego para no ver que José bebía los vientos por Rocío y que esta, por mucho que se empeñase en negarlo, sobre todo a sí misma, lo hacía por él. Y aunque la madama había dejado de creer en el amor hacía mucho, acabó por apiadarse de aquellos dos pobres incautos que, sin saberlo, se estaban haciendo sufrir el uno al otro.

—Buen trabajo —lo felicitó Violeta al ver al fin instalado en su dormitorio el primero de los muebles que había encargado: una cama barco adornada con minuciosas tallas—. Al final va a ser verdad eso de que tienes un don en las manos.

—Solo me gusta lo que hago —le quitó importancia José—. Le agradezco mucho la confianza y la paciencia. Sé que contratando a cualquier otro podría haberlo tenido todo listo hace meses y, en

cambio, ha accedido a que vaya haciéndole yo los muebles poco a poco.

—No hay nada que agradecer, muchacho. Tú estás practicando y ganando experiencia y a mí me salen los muebles a mitad de precio. Un acuerdo en el que ambos salimos beneficiados es un buen acuerdo. Además, a la vista está el resultado: no hay duda de que acerté confiando en ti.

Lo vio sonrojarse, cohibido por los cumplidos. Y decidió que era el momento perfecto para darle el empujoncito que necesitaba.

—Ya que estamos, ¿cunas sabes hacer?

—¿Cunas? —se extrañó José, mirando a su alrededor a la vez que se preguntaba qué demonios pintaba algo así en El Jardín.

—Para Rocío —aclaró ella simulando inocencia, y tuvo que reprimir una carcajada al observar cómo el sonrojo del joven aumentaba varios tonos—. El otro día la regañé porque últimamente no rinde en el trabajo —mintió sin pudor, con la misma desenvoltura con que lo hacía todo—. Me confesó que la niña no la deja dormir porque el moisés se le ha quedado pequeño y en su cama se mueve mucho, y claro, entre patadas y codazos, no pega ojo.

José escuchaba azorado, tratando de ocultar sin éxito lo que era evidente.

—El caso es que había pensado en regalarle una cunita o algo así —añadió Violeta, como si no se diera cuenta—, siempre y cuando el dispendio sirva para que mi empleada recupere su eficiencia, claro está.

—Déjelo en mis manos, seguro que puedo hacer algo que sea del agrado de Rocío… —acertó a decir él, antes de apresurarse a apuntar—: y que sirva para que limpie mucho más rápido, por supuesto.

—Así me gusta, un joven con determinación.

—Pero deje que el regalo sea cosa mía —pidió, y cuando Violeta levantó una ceja, divertida, él añadió—: Bastante generosa está siendo ya confiando en mi trabajo, no puedo cobrarle por algo que ni siquiera es para usted. Yo me encargaré de todo.

Violeta accedió, satisfecha al comprobar que los hombres nunca la defraudaban. Eran tan fáciles de manipular que casi empezaba a ser aburrido. O tal vez no.

* * *

Rocío acudió a abrir la puerta con el pelo recogido en un moño bajo, el vestido ligero de tono malva con topos blancos arrugado sobre su cuerpo por el sudor y la pequeña acomodada sobre su cadera. Hacía un par de meses que esta se había lanzado a la aventura de caminar, pero de vez en cuando se cansaba y le pedía que la cogiera. O quizá solo buscaba la seguridad que le ofrecían aquellos brazos siempre dispuestos y el olor materno. Y ella, que sentía que estaba creciendo demasiado deprisa, lo hacía encantada, aprovechando para hundir la nariz en su cuello tierno y pegajoso.

—Hola —saludó José desde el rellano—. Disculpa que haya venido a tu casa sin avisar, prometo que me iré enseguida.

Rocío seguía plantada en el umbral, inmóvil por la sorpresa. Llevaba tanto tiempo esquivándolo en el burdel que ahora que lo tenía delante no sabía qué decir. Con el otoño ya avanzado, le pareció que hacía más calor aún que unos instantes atrás y maldijo para sus adentros aquel clima en el que, en vez de las cuatro estaciones de rigor, se pasaba de la canícula asfixiante a un frío húmedo que helaba los huesos y viceversa.

—Es una camita —añadió José para explicar su presencia—, ya sabes, para la niña. Violeta me contó que no duermes bien por las noches y espero que esto te ayude.

Rocío bajó la vista para examinar el voluminoso desorden desparramado a sus pies. Había varios tablones envueltos cuidadosamente en telas gruesas para protegerlos, un colchón enrollado, otras maderas más pequeñas, tornillos, clavos… y varias herramientas que ni siquiera supo identificar.

—La puedo dejar aquí mismo o, si lo prefieres —se ofreció él—, te la dejo montada dentro.

Rocío, que seguía aturdida por lo inesperado de la visita, carraspeó.

—Sí, claro, adelante —accedió haciéndose a un lado. Se atusó el recogido en un gesto inconsciente—. ¿Te ayudo con eso?

—Qué va, lo tengo todo controlado —sonrió con alivio José, que había temido que le cerrara la puerta en las narices—; solo dime dónde quieres poner la camita y yo me ocupo del resto.

—¿Se podría colocar junto a la cama? —caviló Rocío sobre la marcha—. Es que estoy acostumbrada a escucharla respirar y no creo que pudiera pegar ojo de otra forma.

—Por supuesto. —José sonrió, contento de poder satisfacerla.

Pasaron la siguiente hora enfrascados en el montaje en el interior de un cuarto estrecho y caluroso. José era minucioso y trabajaba con mimo, acariciando las superficies, cuidando que todo quedara perfecto. Rocío disfrutó observándolo hacer, le gustaba la seguridad que transmitía, su ceño fruncido cuando estaba enfrascado en encajar alguna pieza difícil y su risa franca cuando la pequeña quiso ayudarlo llevándole todas las herramientas que encontró a mano.

—Creo que es hora de que esta niña haga su siesta —anunció Rocío al ver a su hija tirarse de las orejas y frotarse los ojos—. La dormiré en el salón y así te dejamos terminar tranquilo.

José asintió en tanto que ella levantaba a la pequeña del suelo. La niña se resistió con un poco de llanto a perderse la diversión, pero pronto se rindió entre los brazos de su madre, que le cantaba *La Tarara* con ternura infinita.

Cuando regresó, Rocío ahogó con las manos una exclamación de admiración.

—¡Es preciosa!

No mentía. La camita era un sueño de sencilla madera de pino cuyo tono suave permitía que unas pequeñas incrustaciones de iroko resaltasen todavía más.

—La he diseñado de manera que sea práctica —explicó José, ruborizado hasta las orejas—. Con estos barrotes a los lados puedes estar tranquila de que no vaya a caerse por mucho que se mueva.

Que con la edad que tiene me imagino que será un torbellino incluso durmiendo.

—Y no te equivocas —rio Rocío—. A veces amanece con la cabeza donde los pies de tantas vueltas que da. ¡No sé ni cómo lo hace!

—Pues ahora, si quiere, podrá girar como un molinillo, que no te molestará. Pero si, por lo que sea, necesitas atenderla en mitad de la noche, siempre puedes bajar la barandilla de este lado, la que da a tu cama, y así podrás cogerla sin necesidad de levantarte. Mira, es muy sencillo, solo tienes que soltar estos ganchos de aquí y la barra se desliza hacia abajo. ¿Lo ves?

Rocío se acercó para ver mejor lo que le explicaba y se perdió unos segundos en el suave olor de José, que olía a serrín, a cuero y a jabón. Le pareció que olía como un hogar.

—¡Qué ingenioso! —dijo, dando un paso atrás para recobrar la compostura que la proximidad de José le había arrebatado.

—Me alegra que te guste —exclamó él con un último apretón a un tornillo—. Bien, pues esto ya está.

Por mucho que trató de alargarlo, José había terminado su trabajo y con él la excusa que le permitía seguir allí. Muy a su pesar, el momento de irse había llegado.

—¿Dormida? —preguntó en tanto recogía sus herramientas.

—¿Cómo dices?

—La pequeña, te preguntaba si se ha dormido.

—Ah, sí, la he dejado en el sofá rodeada de cojines. Seguro que se pondrá muy feliz cuando vea su nueva cama.

—Pues eso me hará feliz a mí también —sentenció él, echándose al hombro la faltriquera donde guardaba sus útiles.

—Te acompaño a la puerta —le dijo Rocío, que no entendía por qué de pronto no deseaba que se marchase.

Ambos caminaron despacio por el pasillo, alargando la despedida.

—No me has dicho cuánto te debo —dijo Rocío ya en el umbral, con José del otro lado.

—Porque no me debes nada —afirmó él convencido—. Es un regalo.

—Pero no puedo aceptarlo, yo…

—Si te soy sincero es la primera cuna que hago de este estilo. La verdad es que me ha servido para practicar, así que no podría cobrarte por ella aunque quisiera —argumentó.

Rocío comprendió que él no daría su brazo a torcer y decidió aceptar aquel bonito detalle sin más. Después de todo, se sentía halagada.

—Pues al menos déjame darte las gracias.

—Te las acepto, pero debo reconocer que en el fondo es un regalo interesado.

—No te entiendo.

—Así me aseguro —aclaró José conteniendo el aliento, dispuesto a dar un arriesgado salto al vacío— de que cada vez que la veas te acuerdes de mí.

José tenía razón, además de ser una camita preciosa y confortable para su pequeña, cada vez que la viera lo tendría a él presente, y de repente la idea le pareció a Rocío de lo más agradable. Rio su osadía, lo que ayudó a relajar al carpintero.

—Entonces, ¿me prometes que lo harás?

—¿El qué?

—Pensar en mí.

Antes de responder, Rocío se asomó durante unos instantes a los profundos ojos castaños de José y lo que descubrió en ellos le gustó tanto que hubiera deseado quedarse a vivir allí para siempre. Le gustaba su forma de mirarla, le gustaba lo que él veía en ella y le gustaba que se lo hiciera saber.

—Lo prometo —concedió sonriendo con picardía.

Al fin, José, que se había mantenido en todo momento en su lado del umbral, lo cruzó para acercarse con todo un futuro enredado en las pestañas mientras la sujetaba por la cintura para atraerla hacia él. Cuando sus labios se encontraron, Rocío creyó levitar. Jamás la habían besado así, con ternura, casi con dulzura. Se abandonó a aquella deliciosa sensación, convencida de que el paraíso existía y estaba justo ahí mismo, entre aquellos brazos.

Fue un beso largo, al que siguió otro. Y luego otro más. Cuando José, con la sangre ardiéndole en las venas, empezó a acariciarla por encima de su vestido, todo se torció. De repente, Rocío ya no se sentía flotar en el cielo, sino arrastrada de vuelta a los infiernos. El roce de las manos fuertes y masculinas en su cuerpo activó sus viejos temores. Una mejilla rasposa por la incipiente barba, la aspereza de la piel, un jadeo ronco… Hasta entonces, los acercamientos de los hombres que había vivido Rocío habían sido forzados, de un modo u otro. Y de improviso José había acudido allí con algo que ella necesitaba y por lo que se había negado a cobrarle. Pero ¿y si no era tan altruista como pretendía aparentar? Tal vez estuviera informado de lo que hacía cada vez que visitaba a Arnau en su hotel y hubiera decidido que él también podría conseguirlo. Puede que tan solo se tratara de un intercambio más, en el que se vería obligada de nuevo a aceptar lo que fuera que un hombre quisiera hacer con ella. En ese instante, el contacto físico con José se le hizo de pronto insoportable.

Asqueada, lo apartó de un fuerte empujón que lo dejó descolocado. El desconcierto de José dio paso a la preocupación al percatarse de que Rocío respiraba con dificultad, boqueando desesperada con ambas manos sobre el pecho.

—¿Estás bien?

No llegó a responder. Todo empezó a darle vueltas y, por mucho que se esforzara en llenar de aire sus pulmones, apenas lo lograba. José, angustiado por aquel repentino sofoco, trató de sujetarla para evitar que cayera al suelo desvanecida.

—Rocío, dime algo, por favor, que me estás asustando.

—¡No me toques! —aulló fuera de sí—. No vuelvas a tocarme, ¿me oyes? Eres igual que todos… ¡te odio!

Sus propios gritos habían despertado a la pequeña, que ahora berreaba en el salón, reclamando a su madre. Rocío se encerró en casa y, con la llave echada en la puerta, se deslizó hasta el suelo rota en llanto. No pudo ver cómo José, al otro lado, se llevaba las manos a la cabeza con desesperación, preguntándose por qué,

cuanto más cerca tenía a Rocío, más empeño ponía ella en alejarse de él.

* * *

Estrella se sentía feliz. Al menos más de lo que recordaba haber sido desde hacía mucho. Después de las calamidades sufridas durante la guerra, el exilio forzoso a Argelia y la separación de Aurora, aquel era un momento en el que la vida parecía premiarla con un pequeño rayo de luz. Cierto que añoraba a su hermana y no había día en que no se preguntase dónde estaría. Solo esperaba que, fuera donde fuese, aguantase. Estaba segura de que se volverían a encontrar.

Su modesto trabajo en la relojería no se podía comparar con el viejo taller de su padre, donde el amor por el tiempo se destilaba con cada tictac de los relojes a reparar, pero no estaba mal. Su *patron,* Émile Moatti, era un judío minucioso de carácter afable y estatura escueta que, tras la derogación del decreto Crémieux un año atrás, parecía empequeñecer día tras día. A Estrella no le extrañaba: el Gobierno de Vichy había abrazado el antisemitismo nazi con fervor, despojando de un plumazo a los judíos de Argelia de la ciudadanía francesa y sus derechos. Lamentablemente, no se conformaron con eso. Primero fueron los funcionarios públicos quienes se vieron empujados a abandonar sus empleos, seguidos de los oficiales y suboficiales de la Armada, que también fueron destituidos de manera fulminante. Aunque lo más triste era ver por las calles a los centenares de niños y jóvenes que ya no eran admitidos en las escuelas, los *lycées* o incluso en las universidades por el simple hecho de ser judíos. Más tarde fueron los abogados, médicos, arquitectos o banqueros quienes se sumaron a la larga lista de profesiones vetadas sin miramientos. Pese a ello, lo más temido era la inminente expropiación de bienes y negocios. La Administración francesa estaba elaborando ya listados e informando de la obligatoriedad de la cesión amistosa en la que, como venía siendo costumbre, tenían todas las de perder.

Estrella se consolaba pensando que, con un poco de suerte, algo así no llegaría a suceder. Había acabado por cogerle aprecio a *monsieur* Moatti y a un empleo que le servía para mantenerse activa y en contacto con los relojes que tanto adoraba, así que se había impuesto la tarea de mantener el ánimo alto en el taller mientras esperaba que los nubarrones que anunciaban tormenta pasaran de largo, permitiendo la llegada a días mejores en los que el sol brillara para todos, sin distinciones de raza o religión.

Por suerte, contaba con Rocío y con su sobrina, que era la alegría de la casa. Crecía a un ritmo vertiginoso y cada día aprendía algo nuevo que la extasiaba y maravillaba a partes iguales. Pero, si era sincera consigo misma, debía reconocer que la verdadera causa de aquel estallido de felicidad no era otra que Olvido.

Su vieja amiga no había vuelto a ser la que conoció en Alicante y con toda seguridad nunca lo sería. En cambio, se había convertido en una mujer más madura, juiciosa y pausada que sabía valorar lo que de verdad importaba en la vida. Lo que por fortuna sí había recuperado era su carácter risueño, con el que le sacaba una sonrisa hasta en los momentos más oscuros. Su transformación no había finalizado, seguía haciendo avances día a día, paso a paso, pero los resultados eran ya evidentes. Tanto que Estrella empezaba a permitirse hacerse ilusiones, soñar con que, con paciencia y cariño, era posible para ella un futuro en el que no habitaran esas sombras que durante los últimos años la habían acechado en sueños.

Estrella se vestía en el dormitorio cuando escuchó la puerta de la calle.

—¿Te has acordado del pan? —voceó terminando de abotonarse la blusa—. ¿Olvido?

Rocío se había acercado con la pequeña hasta el *boulevard* Carnot, inconfundible por sus arcadas que se alzaban sobre el mar, para entretenerla con el ir y venir de los barcos en el puerto. Estrella y Olvido tenían previsto reunirse con ella, pero antes Olvido había salido a hacer unos recados. Extrañada al no obtener respuesta,

Estrella se asomó al salón. Y se extrañó aún más al ver el cuerpo de su amiga tumbado de espaldas en el sofá.

—¿Se puede saber qué haces ahí? —preguntó—. Anda, levanta, que Rocío debe de estar preguntándose por qué tardamos tanto.

—No me encuentro bien —murmuró Olvido, sin volver la cara, hablándole al cojín—. Será mejor que vayas tú. Yo os esperaré en casa descansando.

—¿Qué tienes?

—No es nada, solo un dolor de cabeza muy fuerte… será que me va a bajar la regla. Vete tranquila.

Pero Estrella no estaba tranquila. Conocía demasiado bien a Olvido como para adivinar que estaba ocultando algo.

—Mírame —pidió.

—De verdad que solo necesito descansar. Vete y ya hablaremos luego.

—Haz el favor de mirarme, Olvido. Ahora mismo.

Olvido debió de comprender que no tenía otra opción porque, despacio, obedeció. Cuando su rostro quedó a la vista, Estrella ahogó un gemido.

—¿Quién te ha hecho eso? —quiso saber.

El labio partido de Olvido ya no sangraba, pero una costra seca se había formado donde poco antes se había abierto, y el ojo derecho estaba tan hinchado que permanecía completamente cerrado.

—Parece más grave de lo que es —afirmó, esquivándola con su único ojo intacto—. He tropezado, ya sabes lo despistada que ando a veces.

Estrella no necesitaba escuchar más para saber que no era cierto.

—Mírame —volvió a pedir. Olvido por fin levantó la mirada y Estrella adivinó verdadero terror en ella—. Y no me mientas, te lo pido por favor.

Olvido empezó a sollozar y Estrella se acercó para abrazarla con fuerza, deseando poder transmitirle cuánto la quería, lo mucho que significaba para ella.

—Lo siento —balbuceó Olvido.

—No hay nada que sentir, pero será mejor que me cuentes qué ha pasado.

Sin levantarse del sofá, aún acurrucada contra el regazo de Estrella, Olvido relató que había salido temprano a comprar algunas cosas, feliz por el día que tenía por delante junto a la niña y Rocío, pero sobre todo junto a Estrella. Dejándose llevar por el enrevesado trazado llegó hasta la *zaouia* a la que las mujeres recurrían cuando deseaban ser madres, para a continuación bordear la fuente contigua y el café *maure* del cruce de las calles Kléber, Anfreville y Palmier, donde árabes y algún que otro europeo bebían té con hierbabuena. Ascendió peldaños para descenderlos después, esquivó el bullicio y se perdió en el silencio, caracoleó sobre sí misma asombrándose una vez más de la belleza y crudeza de la ciudad blanca.

Ensimismada como estaba no lo había visto, aunque debía de llevar un buen rato siguiéndola. Aprovechó cuando atravesaba una callejuela que era poco más que un pasillo solitario de los muchos que conformaban la *casbah* para abordarla. Era Chimo, su antiguo cliente de El Jardín. La arrinconó contra la pared de una casa, le tapó la boca con una mano y con la otra le hurgó dentro del escote. Olvido trató de revolverse, pero él, prevenido, le propinó un fuerte bofetón que la tiró al suelo con tan mala suerte que Olvido se golpeó en el ojo. La sangre no asustó a aquel animal, pero por fortuna un grupo de mujeres con *jaiques* blancos y mirada de *kohl* encaró en ese momento el mismo pasadizo, por lo que huyó abandonándola en el suelo, aturdida y aterrada.

—Hacía tiempo que no lo había vuelto a ver. Llegué a pensar que se había olvidado de mí, pero debió de estar fuera de la ciudad y ahora ha regresado. Creo que quería hacérmelo saber.

—¡Qué hijo de puta! —exclamó Estrella fuera de sí—. Lo voy a buscar y lo voy a encontrar. Se va a arrepentir de esto, te lo juro.

Al escucharla, Olvido se incorporó de golpe.

—¡No! No tienes ni idea de con quién te metes. No es un hombre, Estrella, es una bestia. No tiene sentimientos ni humanidad. Tienes

que dejarlo estar.

—¿Cómo puedes pedirme que no haga nada?

—Porque eres lo único que me importa, Estrella, por eso. De tenerte a tiro Chimo, sería capaz de hacerte cualquier cosa y yo… no podría soportarlo.

Estrella la observó con cautela. No se atrevía a preguntar qué significaba lo que acababa de decirle. Ella misma estaba atrapada en una mezcla de sentimientos confusos a los que ni siquiera sabía poner nombre y, cuando lo intentaba, un terrible vértigo la llevaba a dar marcha atrás. Pero ya no.

—¿Qué es lo que me estás diciendo, Olvido?

Despacio, Olvido alzó su mano para acariciarle el rostro.

—Que te quiero, Estrella —susurró—. Que eres el motivo por el que me levanto cada mañana. Que me has rescatado de las tinieblas y has llenado mi vida de luz. Que sin ti nada tendría sentido.

Estrella sintió la misma sensación de acercarse a un precipicio, de estar a punto de dar un paso que lo cambiaría todo. Aún no sabía si para bien o para mal.

—¿No me dices nada? —inquirió Olvido—. Necesito saber qué sientes tú o me acabaré volviendo loca.

Estrella la miró a los ojos y, en silencio, se acercó hasta sentir la humedad de su respiración. Entonces, muy despacio para no hacerle daño, posó sus labios sobre los de ella. Sintió cómo Olvido se ablandaba, se aflojaba y se rendía. Sus lenguas se encontraron, acelerando los corazones de ambas. Las manos pronto pasaron de caricias cautas a enloquecer buscando a tientas bajo la ropa. Se desnudaron allí mismo, sin darse permiso a pensar en lo que estaban haciendo. Sus cuerpos ardieron al entrar en contacto con el otro, como si avivaran un fuego largo tiempo adormecido. Los susurros pronto quedaron acallados por elocuentes gemidos mientras se devoraban con un ansia que solo quienes han aguardado demasiado para saciarla podrían comprender.

Poco después, cuando yacían la una sobre la otra, aún húmedas de sudor y placer compartido, Estrella reparó en que Olvido había

recuperado el sabor a tabaco rubio y caramelo de limón de su primer beso en Alicante. Y se prometió a sí misma que haría cuanto fuese necesario para que no volviera a perderlo.

Capítulo 36

Recién arrancado el invierno de 1941, a punto de terminarse el año, los tiempos de vendimia, las noches de jolgorio y el eterno alborozo de los *domaines* eran cosa del pasado. La compañía Alegría había dejado todo aquello atrás para retomar su vagar de pueblo en pueblo en una eterna búsqueda de ese contrato que les permitiera continuar adelante un poco más. Solo el tesón de Gumersindo Pineda, que sostenía sobre sus hombros un peso inconmensurable, permitía que la compañía no se disolviese. Todos sabían de sus esfuerzos para conseguir cerrar acuerdos con los empresarios y lo habían visto insistir una y otra vez sin descanso hasta lograrlo. Según él, aquella era su vida y no estaba dispuesto a que la guerra se la arrebatase. Y, aunque nadie quería decirlo en alto, todos eran conscientes de que la situación se complicaba con cada nuevo día que pasaba y el conflicto seguía lejos de terminar.

—¡No te consiento que vuelvas a ponerme en evidencia! Joder, debo de ser el hazmerreír de la compañía —la voz de Risto tronó con tal fuerza que unos gorriones que descansaban cerca alzaron el vuelo asustados—. Ahora mismo vas a decirme dónde vas por las noches.

Observado por su esposa, recorría la choza con pasos vigorosos y resoplidos furiosos. Todo su cuerpo estaba en tensión, como probaba una palpitante vena del cuello que parecía a punto de estallar. Halima respondió en un tono calmado, en un vano intento de que el temido estallido no se produjera.

—Solo salgo a pasear, eso es todo.

—¿Me tomas por idiota?

—Claro que no.

Si las continuas borracheras a las que Risto se mantenía fiel no fueran suficientes, los pitillos de cada noche lo sumían en un sueño tan profundo que nada lo hubiera podido despertar, manteniéndolo así ajeno a las entradas y salidas de su mujer. Pero la mala fortuna quiso que un parroquiano tan amante del *boukha* como él, solo que algo más avispado, le dejara caer que había visto a Halima vagando entre las sombras la noche anterior.

—Pero pretendes que me crea que sales a caminar de madrugada sin más motivo que tomar el aire.

—Es que es lo que hago.

—Lo que haces es mentirme como una bellaca y dejarme en evidencia delante de todos. Pero ahora mismo te voy a quitar las ganas de seguir haciéndolo. Por mis muertos que sí.

Risto se desabrochó el cinturón y de un tirón lo deslizó por las trabillas con un siseo aterrador. Halima no hizo amago alguno de escapar, bien sabía ella que no había escapatoria posible. Cerró los ojos y recibió el primer golpe con los labios apretados para no gritar. Estaba bien entrenada y sabía cómo no sucumbir al dolor.

Sin embargo, aquella vez fue diferente.

* * *

Aurora asistía al derrumbe progresivo de la Alegría con el temor agarrado a las entrañas. Para el resto de integrantes de la compañía la situación tampoco era sencilla, pues solo se cobraba si se actuaba, lo que cada vez ocurría con menor frecuencia. Pese a que se sentían como una gran familia, algunos ya empezaban a comentar la posibilidad de buscar suerte lejos de los escenarios. Les dolía, pero de algo había que comer. Y Aurora no dejaba de preguntarse qué sería de ella si lo que más temía acababa por ocurrir. Sin el respaldo ni la protección de Gumersindo se encontraría completamente sola en medio de aquella tierra hostil que, además, estaba en el punto de mira del mismísimo Hitler.

Se encontraban en Orleansville, varados como ballenas desde hacía días en tanto Gumersindo se devanaba los sesos tratando de decidir qué nuevo rumbo tomar, adónde dirigir sus pasos y los de la compañía en busca de mejor suerte. Aburridos y angustiados a partes iguales, el elenco se había repartido como había podido por el pueblo para dejar pasar las tediosas jornadas en tanto aguardaban la orden de continuar hacia un nuevo destino.

Orleansville era una ciudad amurallada con avenidas rectas y arboladas que contaba con hospital militar, *palais de justice,* iglesia, mezquita y un mercado cubierto. Allí, cerca de la *place* Victor Hugo, Aurora dormía en una de las habitaciones de una familia que, amablemente, le cedió el espacio junto con un plato de comida al día y la posibilidad de asearse en el barreño por las mañanas a cambio de que les echara una mano con algunas tareas de la casa. Sabía que Halima y Risto se habían retirado al *quartier* Sud, poblado por árabes en su mayoría. A él no le gustaba la gente, sentimiento que solía ser recíproco, por lo que optó por instalarse en una especie de corral en ruinas con solo medio techo y mil corrientes. Al menos por el día su amiga se acercaba a la plaza y allí podían hablar al sol mientras la *amazigh* remendaba la ropa de las representaciones, más por costumbre y por mantener las manos ocupadas que por necesidad. Pero llevaba dos jornadas sin verla y un mal presentimiento se le había instalado en la boca del estómago.

Esperó a que anocheciera. Sabía que Risto no perdonaría su cita en la taberna de turno, jamás lo hacía. Allí era donde gastaba hasta el último franco y, cuando esto ocurría, no dudaba en ganarse un trago apostando con quien se atreviera a retarlo a un pulso o a puñetazos. Lo vio abandonar el corral y, arrebujada en su chaqueta, sintiendo el frío erizarle la piel, aguardó aún unos minutos para cerciorarse de que no regresaba.

—¿Halima? ¿Estás aquí? —preguntó tanteando las paredes, con cuidado de no tropezar—. No se ve nada aquí dentro.

—Aurora —Halima respondió entre las sombras—, ¿qué estás haciendo aquí?

Su voz la ayudó a orientarse. Su amiga estaba en un rincón, ovillada sobre el suelo, envuelta en sus sayas blancas de las que solo asomaban sus pies.

—¿Cómo que qué hago aquí? ¿A ti qué te parece? Hace días que no sé nada de ti, estoy preocupada.

—No deberías haber venido, si él regresa…

—Aquí hace un frío terrible.

—Eso no tiene importancia.

—¡Y tanto que la tiene! ¡Vas a coger una pulmonía!

—Alá tiene otros planes para mí, no te inquietes por eso. —En esa ocasión Aurora no disimuló un resoplido de impaciencia al oírla—. Él te ha traído aquí con un propósito…

—Por supuesto que sí —concedió por una vez—, convencerte de que salgas de este maldito agujero y te vengas conmigo.

En ese preciso instante, el cielo nocturno se despejó lo suficiente como para permitir que la débil luz de las estrellas iluminara la escena.

—Cielo santo… —A Aurora se le heló la sangre.

La visión de Halima era estremecedora. Numerosos cardenales recientes marcaban su piel de aceituna. Heridas con mal aspecto abundaban en las escasas zonas que quedaban visibles. Aquel cuerpo maltratado dejó sin respiración a Aurora, que se había llevado la mano a la boca para ahogar un grito de espanto.

—¿Cómo ha podido hacerte esto? ¡Es un monstruo!

—Tú no lo entiendes…

—¿Que no lo entiendo? —se ofuscó—. Lo que no entiendo es cómo puedes estar tan ciega, ¿acaso vas a esperar a que te mate para darme la razón? No puedo permitirlo, ahora mismo voy a hablar con Pineda. Él sabrá qué hacer.

—No harás nada de eso —la detuvo Halima sujetándola con firmeza.

Aurora notaba el frío de la noche calándole en los huesos, entumeciéndole el cuerpo y la mente. No comprendía a su amiga. Por mucho que esta le hablara de Alá, ¿qué sentido tenía dejarse

machacar así? La siguiente, porque estaba segura de que la habría, podría ser la última.

—Mi saco está en aquel rincón, tráelo.

La voz de Halima estaba revestida de determinación, Aurora obedeció. Conocía el contenido de aquel saco de piel de camello como la palma de su mano, buscó una bolsita con un ungüento a base de árnica y aloe vera mezclados con grasa de oveja. Con extrema delicadeza ayudó a Halima a desnudarse y se mordió el labio para contener la rabia que pugnaba por salir al ver cómo aquel bruto se había ensañado. Tomó una bocanada de aire para apartar la ira creciente y se concentró en la tarea que tenía por delante. Puso especial cuidado en no provocarle más sufrimiento y, despacio, lavó cada uno de los cortes ayudándose de una garrafa de agua que Halima le indicó y un pedazo de tela que arrancó de su propio vestido. A continuación, aplicó el ungüento sobre las heridas notando cómo el escozor encogía a Halima. Sopló para aliviarle el dolor y también para aplacar su propia frustración.

—Estás preparada —fue el veredicto de Halima, con la voz agotada por el sufrimiento—. Lo sé desde hace tiempo, ha llegado el momento.

—¿El momento de qué?

—De que tomes el relevo.

La *amazigh* no dijo más, no fue necesario. Aurora comprendió que no se refería a sus funciones en la compañía, sino al trabajo que desempeñaba cada noche, el que de verdad le importaba.

—No digas bobadas, tú —objetó—, tú…

—Yo no puedo continuar, por eso Alá te mandó a ti.

—Todo esto es absurdo, te vas a recuperar y volverás a visitar a los enfermos.

—Me recuperaré —concedió—, pero Risto no permitirá que vuelva a moverme con libertad.

—¡Pero él no puede retenerte! Halima, por favor, tienes que entrar en razón.

—Así es como deben ser las cosas y está bien que así sea. —Aurora no era capaz de responder, abrumada por la resignación de su amiga—. No te estoy pidiendo que me comprendas, tan solo que respetes mi decisión. ¿Serás capaz?

¿Lo sería? Aurora no estaba segura. Halima era la única persona que se preocupaba por ella, que la cuidaba y protegía. ¿Debía abandonarla en manos del salvaje de su marido? Tragó saliva y asintió despacio.

—Eso está mejor. —Halima no podía distinguir su gesto en la oscuridad, pero debió de intuirlo, como hacía siempre con todo.

Sin más, le dio un pequeño empujón al saco que estaba entre ambas, para acercarlo hasta Aurora, quien lo estrechó con fuerza contra su pecho.

—Las cosas no tienen por qué ser así —murmuró en un último y desesperado intento—, puedes deshacerte de Risto y librarte de sus torturas. ¿Por qué no le damos una dosis definitiva de adormidera? Se acabarían todos tus problemas.

—Júrame que no harás nada parecido —exigió Halima.

—Pero…

—Sin peros. Risto es mi marido, nuestra unión es sagrada y solo Alá decidirá cuándo se debe romper.

Aurora accedió a regañadientes, no era la primera vez que se adentraban en esa misma conversación y sabía bien que su amiga no cambiaría de opinión.

Lo que no sospechaba era que Halima no estaba dispuesta a ofrecerle un final tan rápido al hombre que le había destrozado la vida desde el momento preciso en que agitara un puñado de cintas de colores ante sus ojos.

* * *

Tras su boda, Halima abandonó su hogar con el corazón encogido. Atrás quedaba cuanto había conocido o amado. Por delante, lo desconocido, lo temido, pues a partir de ese día caminaría tras los

pasos del hombre que la había deshonrado. Su padre se lo había recalcado en la escueta despedida: así debería ser hasta el final de su vida.

Halima, poco más que una niña, sentía verdadero pavor por quien se había convertido en su esposo. Por más que le aterrara su sola presencia, cuando llegó la noche no puso objeción alguna a acostarse a su lado, educada como estaba en la sumisión. Esperaba otro envite como el ocurrido durante su primer encuentro, el que había supuesto su condena pese a haber sido forzado. La sorpresa llegó cuando Risto ni siquiera la miró. Lo escuchó durante varias horas mascullando y maldiciendo hasta que en un momento dado agarró su petate y salió del *gurbi,* la destartalada casa de pastores abandonada en la que se habían refugiado al atardecer.

—Al cuerno con ese maldito moro y sus maldiciones de pacotilla —farfulló con rabia—. No pienso cargar con esto. ¡No pienso cargar contigo! —añadió dándole un puntapié al pasar por su lado—. ¿Me oyes? Ya se lo puedes decir a tu padre, que sus conjuros no valen una mierda conmigo. ¿Qué cojones se habrá creído…?

Halima no movió un músculo. Dejó que la ristra de improperios se fuera desvaneciendo conforme Risto se alejaba. Con los ojos acostumbrados a la oscuridad, vio su figura inmensa desaparecer en dirección al pueblo. Acomodó su cabeza sobre el saco de piel de camello donde había metido sus escasas pertenencias con el presentimiento de que pronto volvería a verlo. Acertó.

—¡Joder, joder!

La voz de Risto la arrancó del duermevela en el que había caído. Al abrir los ojos descubrió que era noche cerrada y que su esposo estaba de vuelta.

—¡Haz algo para arreglarlo! ¡Venga!

Aturdida todavía, lo vio bajarse los pantalones ante ella y sacudir su miembro mustio con rabia.

—El cabrón de tu padre tenía razón, lo que sea que me hizo funciona y no consigo que se me levante. ¡Joder! ¿Me estás oyendo, vacaburra? ¡Vamos! Eres su hija, de alguna manera podrás

arreglarlo. Como se me acabe poniendo como una berenjena y se me caiga a pedazos, te juro que te muelo a palos.

Halima comprendió al instante. No necesitó que le contara cómo en su huida se había cruzado una joven moza con la que le pareció buena idea desahogar la frustración acumulada. Ni cómo la tumbó sin dificultad entre unos matorrales al borde del sendero. Tampoco que cuando ya se había bajado los calzones, descubrió con horror que su pene no era más que un colgajo inerte. Risto era grande y fuerte, pero también analfabeto y supersticioso, y la sugestión puede llegar a ser muy poderosa. Seguramente el propio miedo a que las palabras del chamán resultaran ser ciertas había sido la causa de que no lograra su objetivo. Ella sabía que su padre, aun siendo un gran conocedor de plantas y remedios, nada podía hacer para comprometer la virilidad de ningún hombre desde la distancia. Aunque, por supuesto, no se lo dijo a su esposo. En cambio, una idea tomó forma en su cabeza. Tal vez, después de todo, su vida se había unido a la de él por alguna razón. Una más importante que cualquier otra.

Recordó que las había visto por el camino poco antes de llegar al *gurbi.* Las conocía de sobra, pues desde que le fallara la vista, su padre le había pedido en numerosas ocasiones que las recolectara para luego usarlas en sus preparaciones. La adormidera tenía múltiples usos, bien lo sabía ella gracias a las veces en que se asomó sin permiso cuando los pacientes acudían en busca de alivio a sus males. Podía desde acabar con una tos persistente o aliviar un dolor hasta cortar diarreas. Sin embargo, no era en eso en lo que estaba pensando.

La impotencia masculina era uno de los efectos que podían aparecer tras fumar aquella pasta que ella sabía elaborar con los ojos cerrados. Sobre todo si se adquiría la costumbre de consumirla con cierta frecuencia. Miró al hombretón a los ojos por primera vez desde que se conocían y la voz no le tembló lo más mínimo.

—Sé lo que hay que hacer —asintió, al tiempo que se hacía la firme promesa de que a partir de entonces ninguna otra mujer

sufriría lo que ella a manos de Risto.

—Pues hazlo, burra estúpida, y más te vale que funcione para que mi polla siga en su sitio.

Esa noche, antes de cerrar los ojos, Halima se perdió en aquel firmamento repleto de estrellas titilantes, comprendiendo al fin por qué su vida se había unido a la de aquel cristiano.

«Alá es grande».

* * *

Con los años, Halima había aprendido a disfrutar de la agonía que suponía para Risto vivir bajo la constante amenaza de una maldición que no existía más allá de su cabeza. A veces le había hecho creer que escaseaban las flores, solo para regodearse en la expresión de pánico que se apoderaba de su esposo. Por supuesto que podría haber acabado con él aumentando la concentración del preparado, solo que eso supondría un final demasiado compasivo para un ser tan despreciable. Él se merecía más; más sufrimiento y más miedo. Y ella simplemente se lo daba en pequeñas dosis, como el más efectivo de los venenos, para mantenerlo justo donde ella quería. Puede que, después de todo, Halima no tuviera un alma tan limpia como Aurora creía.

—No llores —la consoló Halima secándole una lágrima—, piensa en toda la gente a la que vas a ayudar.

Aurora se marchó preguntándose de qué le servía ayudar a tantas personas si no podía hacerlo con las que de verdad quería.

* * *

A comienzos de 1942, el panorama era desolador. Un mes antes, los japoneses bombardearon el lejano puerto de Pearl Harbor, lo que provocó que Estados Unidos entrara a formar parte del conflicto. Los soviéticos habían expulsado a los alemanes de las afueras de Moscú

en una sangrienta contraofensiva en tanto que los nipones desembarcaban en la Indochina francesa dispuestos a ocuparla.

El mundo entero parecía haber perdido hasta el último ápice de cordura y, en medio de aquella vorágine, Rodrigo Moragues se encontraba haciendo malabares para garantizar la supervivencia de su viñedo. Los tratos con los alemanes habían resultado mejor de lo esperado. Apreciaban el buen vino, eran educados y compraban sin preocuparse demasiado de los precios. Todo habría sido perfecto de no ser porque, pese a sus uniformes impecables y sus saludos corteses, eran despiadados, crueles incluso. No podía confiarse con ellos. No debía hacerlo.

En esos tiempos añoraba más que nunca el apoyo del doctor Galindo. Aún sentía un estremecimiento al recordar la madrugada, antes de que las primeras luces acariciaran los racimos gruesos que aguardaban pacientes ser recogidos, en la que el pobre Ibrahim acudió a su encuentro con el espanto pintado en su rostro moreno. Habían encontrado al médico en la bodega, estaba muerto. Al escucharlo, Rodrigo acudió raudo, pero al descubrir aquel cuerpo inerte colgando del borde de la cuba, supo que nada podía hacerse ya. El temido tufo del vino, que se producía durante la fermentación alcohólica de la uva y que desplazaba el oxígeno, era silencioso pero mortal. Todos allí lo sabían y lo temían. Por eso mismo, las normas de ventilación y precaución eran estrictas en todo el recinto. No se explicaba cómo Galindo había podido ser tan imprudente de adentrarse en la bodega él solo en plena noche, menos aún de asomarse a la cuba. Se había repetido esa misma pregunta un millar de veces y ninguna de las respuestas que se le ocurrían lograba aplacar su ánimo.

Como si la ausencia de su viejo amigo no fuera suficiente, la incorporación de Michel como nuevo médico del Soleil d'Oran había sido un error catastrófico. Y no solo por su inexistente simpatía, su escasa profesionalidad o su dudosa integridad; por desgracia, era mucho peor que todo eso. Se consolaba pensando que lo había contratado porque no le quedó otra, desbordado como estaba en

plena vendimia y sin nadie que atendiera el dispensario, aceptó aliviado al primer candidato que llamó a su puerta. Claro que entonces no sospechaba lo que ahora. Desde que Michel se paseaba por el viñedo a sus anchas, apenas podía dar un paso sin sentirse observado. Aun sin poder demostrarlo, no le cabía duda alguna de que el galeno era una extensión de Bruno Blanchard, una especie de marioneta colocada a conciencia para que vigilara sus movimientos de cerca. El que había estado a punto de convertirse en su suegro era ahora una de sus mayores amenazas.

Por desgracia, deshacerse de Michel hubiera sido peor que tenerlo cerca, y es que a los enemigos es mejor tenerlos controlados. Lo más inteligente era continuar con sus rutinas… a excepción, por supuesto, de su colaboración en las fugas de los presos del desierto que, para exasperación suya, debió suspender. Aquello era algo que le hacía hervir de impotencia las entrañas, más si cabe tras la inauguración en diciembre del primer tramo del transahariano que unía Bou Arfa con las minas de Kenadsa; para celebrar tan señalada ocasión, además de las autoridades coloniales de Vichy, cuarenta y siete trabajadores fueron obligados a asistir ataviados con uniformes militares que a malas penas disimulaban sus cuerpos consumidos y sus miserias.

Al menos a Rodrigo le quedaba el consuelo de que Aurora seguía fuera del alcance del *commissaire.* Ahora que sentía el aliento de Michel en su cogote, no podía continuar tras su pista sin ponerla en peligro, por lo que se vio en la necesidad de dejar aquel asunto en manos de Bernabé Toca. Sin embargo, en esos días el cónsul tenía sus propios problemas, que no eran pocos.

La policía de Vichy había elaborado listados de todo aquel que supusiera una amenaza para la colonia: falangistas que pretendían recuperar el Oranesado para España, miembros del Auxilio Social, comunistas, anarquistas… En Orán se señalaron más de quinientos nombres y se llevó a cabo una redada gracias a un chivatazo en la que se desmanteló gran parte de la organización comunista, cuyos

miembros resultaron ser trabajadores de una pequeña fábrica de jabón.

—Para esto me insistía tanto el *commissaire* en que le pasara el nombre de mis empleados —protestó Rodrigo, dando un largo trago a su copa—. Parece que últimamente ser español es llevar una diana en la espalda.

—Suerte que tú no lo eres —respondió Bernabé—, al menos sobre el papel.

—Pero tú sí.

—Eso no importa, ya sabes que tengo inmunidad diplomática. Y si las cosas se pusieran feas, siempre puedo subirme a un avión para refugiarme bajo las faldas de Franco.

Estaban en el Gandía, donde el cónsul lo había citado con cierta urgencia.

—No deberías beber tanto —advirtió Bernabé al ver cómo Rodrigo apuraba su vino y se pedía otro—, no vas a conseguir arreglar mucho con eso.

—Ahora va a resultar que querías que nos viésemos solo para darme un sermón.

Bernabé levantó los brazos, dejando claro que no era aquella su intención.

—En realidad, quería decirte algo —anunció—. Antes o después te ibas a enterar y prefiero que lo sepas por mí.

Rodrigo clavó en él una mirada vidriosa, a la espera del golpe que sin duda estaba a punto de recibir.

—El *commissaire* Blanchard no solo no se ha olvidado de Aurora —soltó a bocajarro Bernabé, consciente de que no había manera de suavizar la noticia—. Además, ha prometido una recompensa a quien pueda darle información de su paradero.

Rodrigo, desoyendo los consejos de su amigo, vació de un trago el vino. Sintió náuseas y supo que no era por culpa del alcohol.

Capítulo 37

Las últimas semanas habían estado llenas de desasosiego para Rocío. Después de lo ocurrido con José, no había vuelto a verlo. Él no había regresado por El Jardín y ella no se atrevió a preguntarle a Violeta si ya había terminado allí su trabajo o si acaso había algún otro motivo que lo mantuviera alejado del burdel.

—Arnau vuelve a estar en la ciudad y quiere verte —anunció Violeta esa tarde—. Te espera mañana donde siempre.

No le dio más explicaciones, tampoco eran necesarias. Hacía tiempo que Rocío acudía a las llamadas del comerciante cada vez que este pasaba una temporada en Argel. No había llegado a acostumbrarse, pero sí que había aprendido a evadirse mientras ocurría lo que debía ocurrir. Gracias a esas visitas habían conseguido salir adelante y eso era lo único que importaba. Al menos, eso se repetía Rocío.

Al día siguiente, Rocío no faltó a su cita en el hotel Albert. Encontró a Arnau más viejo y más grueso, o tal vez fuera ella, que lo miraba distinto. Se dejó adular con la cortesía de siempre y accedió a beberse el café al que él la invitaba al inicio de sus encuentros, cuando aún parecía que eran un par de amigos y nada más. Sin embargo, cuando Arnau se incorporó para acercarse y le acarició el pelo, Rocío se puso rígida. Sintió la mano del hombre bajar por la curva de su cuello hasta el hombro, allí cambió de rumbo para bajar hacia el pecho y empezar a desabotonarle la blusa.

En ese instante algo relampagueó en su interior. Fue como un fogonazo que lo iluminó todo. Una claridad que jamás había tenido antes se instaló en su pecho y, de ahí, al resto de su ser, que le

gritaba en silencio que no iba a seguir permitiendo que los hombres la utilizaran. Ya había tenido bastante. Su cuerpo le pertenecía y no iba a volver a compartirlo si no era su deseo. No se vendería nunca más.

—¡No! —La fuerza de su propia voz la sorprendió y dejó la mano de Arnau en suspenso sobre su escote.

—¿Disculpa?

—He dicho que no. —Esta vez la voz le flaqueó, pero no iba a dar un paso atrás. Apartó la mano de Arnau y devolvió los botones a sus ojales con movimientos ágiles.

—¿Acaso estás en tus días? —le preguntó, todavía sin comprender lo que estaba sucediendo—. Porque si se trata de eso…

—No estoy en mis días —aclaró—. Simplemente he decidido que no voy a acostarme contigo.

Arnau arrugó el entrecejo.

—Piénsalo bien, no vayas después a arrepentirte de este arrebato —argumentó él—. Tenía entendido que te hacía falta.

—¿Y por eso decidiste aprovecharte? Te beneficias de mis miserias para poder meterte bajo mi falda cada vez que vienes por aquí. ¿Te has parado a pensar qué pienso yo de todo esto? ¿Qué es lo que siento?

El rostro de Arnau mostró a las claras su contrariedad.

—No necesito que me des lecciones de moral. No es por eso por lo que pago.

—Sé muy bien por lo que pagas, y ¿sabes qué? —alzó la barbilla temblorosa—. Que de mí no volverás a conseguirlo.

Cuando Rocío se marchó de la habitación del hotel donde perdió la última pizca de su inocencia, pero también donde había sido capaz de recuperar su dignidad, lo hizo con el corazón en un puño porque sabía que su decisión traería consecuencias. No solo significaba que dejaría de contar con aquella importante fuente de ingresos, sino que Violeta se molestaría, tal vez hasta la despediría de El Jardín. Pero no estaba dispuesta a dar marcha atrás. Ya no. Por primera vez en su vida, Rocío estaba decidida a pensar en ella.

Una vez fuera, el sol amable de aquella media mañana de comienzos del invierno la ayudó a templar sus ánimos. Pero se dijo que, ya puesta, bien podía rematar otro asunto que no la dejaba tranquila. Así fue como se encaminó al edificio de la Grande Poste sin dejarse impresionar por su escalinata de mármol, su triple arcada en herradura, sus columnas o las tres cúpulas octogonales tan blancas que resplandecían desde las alturas. Allí subió a un tranvía que la llevó pasando primero por la *place* Sarrail y después, bordeando el puerto, por el Jardín d'Essai, donde por dos francos y medio se podía visitar el pequeño zoológico con la fauna propia de África del norte para, a continuación, recorrer el último par de kilómetros hasta la barriada de Hussein Dey, donde se concentraban gran parte de las fábricas y naves industriales de Argel. Conocía el nombre de la carpintería en la que trabajaba José, así que solo necesitó preguntar a un par de trabajadores por el *atelier de menuiserie* Alcaraz, y en la callejuela de atrás lo encontró en su pausa para el almuerzo.

—No te levantes, seré rápida —le dijo deteniendo el gesto instintivo del muchacho al verla. Y, sin darle tiempo de reaccionar, continuó—: He venido solo para decirte que no quiero sentirme en deuda contigo. Así que hoy mismo desmontaré la cama que me regalaste para que te la puedas llevar. —Rocío, que no tenía ni idea de cómo lo haría si ni siquiera sabía manejar un destornillador, se detuvo un instante para coger aire, pues había soltado aquello de carrerilla—. Ya está, eso es todo, espero que te aproveche.

Satisfecha con haber conseguido en un mismo día sacar de su vida a dos hombres que habían pretendido aprovecharse de su vulnerabilidad, Rocío fue a darse la vuelta.

—No lo hagas.

—No me digas lo que tengo que hacer.

—No es eso —reculó José con prudencia—. Solo pretendo decir que era un regalo sincero, no tienes que devolvérmelo.

—¿Y pasarme el resto de mi vida pensando en cuándo vas a volver para intentar cobrártelo? No, gracias.

—Yo no intentaba cobrarme nada, yo solo…

—Tú solo, ¿qué? ¡Si sois todos iguales! —explotó al fin con toda la tensión contenida tras su desencuentro con Arnau—. Los hombres pensáis que las mujeres somos un pedazo de carne sin sentimientos, que podéis hacer con nosotras lo que os venga en gana si pagáis por ello. Y te digo una cosa, ¡yo no estoy en venta! Ya no, ¿me oyes? Ya no.

Las lágrimas de rabia que afloraron a sus ojos no le impidieron a Rocío ver, por cómo cambiaba la expresión de José, que fue en ese preciso instante cuando él empezó a comprender. Se había equivocado, Violeta no le había contado lo de su cliente especial. Sin pretenderlo, acababa de hacerlo ella.

—Rocío, lo siento… —balbuceó José—, no sabía…

—Da igual —contestó secándose las mejillas, aunque no era cierto. Se arrepentía de haber hablado demasiado, pero ya era tarde—. Es mejor que lo olvides.

—¿Olvidarlo? De haberlo sabido jamás habría intentado acercarme a ti de esa manera —afirmó pasándose la mano por el pelo—. Ahora no me extraña que pensaras esas cosas horribles de mí. Si pudiera dar marcha atrás…

—¡¿Qué?! Si pudieras dar marcha atrás, ¿qué harías? —preguntó Rocío levantando los hombros, de pronto sintiendo un cansancio infinito.

—Te habría confesado desde el principio que estoy enamorado de ti —le respondió mirándola a los ojos—. Que me enamoré en un cuarto para las escobas y no he dejado de pensar en ti desde entonces.

—José, por favor… —trató de interrumpirlo.

—Te diría —continuó él acercándose a ella— que jamás haría nada que tú no quisieras. Que estoy dispuesto a esperar lo que haga falta, a darte todo el tiempo del mundo si es eso lo que necesitas. Pero, sobre todo, te diría que te quiero.

Rocío boqueó. Miró a su alrededor, como buscando una salida, una vía de escape a los sentimientos que las palabras de José

removían en ella. Porque, ¿qué era lo que sentía? Ya ni siquiera estaba segura. Un leve roce la sacó de sus angustiosas cavilaciones y al bajar la vista vio la mano de José acariciando la suya, con suavidad, casi con temor a que ella saliera huyendo de su vida para siempre.

Aquel contacto trajo consigo el recuerdo de los besos que se habían dado en el umbral de casa, del reconfortante calor del cuerpo de José tan cerca del suyo, de su olor a madera y cuero. Rocío no sabía lo que era estar enamorada, a decir verdad, no sabía nada del amor más allá del que sentía por su hija y sus hermanas. Había llegado a convencerse de que podía vivir sin ese amor romántico por un hombre, que no lo necesitaba. Pero ¿y si estaba equivocada? Algo en su interior le decía que José era el adecuado para ayudarla a sanar sus viejas heridas. Quizá no fuera capaz de hacerlo, pero ¿estaba dispuesta al menos a intentarlo?

Rocío suspiró y volvió a levantar la vista para mirar a José a los ojos.

* * *

Para disgusto de Estrella, sus deseos no se habían cumplido y finalmente *monsieur* Moatti, quien se resistió hasta el último momento a malvender un negocio al que había dedicado toda una vida, perdió la relojería, que pasó a manos de un francés remilgado imposible de contentar. El nuevo *patron* lo desconocía todo del preciso y delicado mundo de los segunderos y las sonerías, andaba de acá para allá dando órdenes a voces y manoseando sin cuidado piezas que requerían de una delicadeza exquisita y que, por el contrario, trataba con una irritante indiferencia. Por el momento, Estrella solo le había descubierto una virtud: era extraordinariamente hábil cuando de sacarla de sus casillas se trataba. Con todo, necesitaba aquel empleo, así que se guardó sus ganas de mandar al cuerno al nuevo *patron* y dejarle bien claro que no le llegaba ni a la suela de los zapatos a *monsieur* Moatti.

Hacía meses que Estrella no acudía a las reuniones de los viernes. A veces extrañaba la camaradería y los cafés a deshoras, pero desde que su relación con Olvido había cambiado, sus escasos ratos libres quería dedicárselos a ella. La vida las había mantenido separadas demasiado y estaba dispuesta a recuperar ese tiempo perdido. Por eso, la visita de Encarna a la relojería en uno de los raros momentos en que el *patron* se ausentaba y no le andaba respirando en el cogote la sorprendió. Había dejado de amamantar a la hija de Rocío meses atrás y luego habían perdido el contacto.

—Me ha dicho mi marido que no se te ve el pelo por casa del doctor.

—Buenos días, Encarna —la saludó, haciéndole notar que se había saltado cualquier cortesía.

Encarna no contestó, en cambio, cruzó los brazos sobre su generoso busto, aguardando una respuesta. Estrella se rindió con un suspiro.

—He estado muy ocupada.

—Como todos.

—¿A qué has venido, Encarna?

—A pedirte que arrimes el hombro, pimpolla —respondió la mujer—. No sé si te acuerdas, pero estamos en medio de una guerra.

—Yo no.

—Tú también. Aquí no se libra nadie, esta guerra nos afecta a todos, ¿entiendes?

Lo entendía, y tanto que lo entendía, por más que últimamente hubiera preferido permanecer sorda y ciega a cuanto ocurría más allá de la piel y los labios de Olvido. Ese era todo su mundo ahora, el resto no importaba.

O tal vez sí.

—Yo no te di la espalda cuando viniste a pedirme ayuda —le recordó Encarna—, no me la des tú ahora.

—Te escucho —concedió Estrella, vencida.

Bajando el tono a un murmullo quedo, Encarna le habló de una buhardilla en el *quartier* de Agha. Le habló de hombres viviendo en la clandestinidad, de redadas nocturnas, de miedo e incertidumbre.

—No lo comprendo. ¿Qué han hecho esos hombres para que los busquen?

—Lo mismo que tú y que yo… ser españoles y tener muy mala suerte en esta jodida vida.

Así fue como Estrella supo de una extensa red de personas anónimas que colaboraban en las sombras para que unos pocos prisioneros de los campos de trabajo lograran una segunda oportunidad.

—Algunos salen escondidos dentro de vagones cisterna, con el agua al cuello, otros, en vagones frigoríficos o en las calderas de la maquinaria que la Compagnie Méditerranée-Niger envía al depósito general para su reparación. Aquí la imaginación se exprime al máximo, todo vale. Aunque la mayoría de las evasiones fracasan y los pobres diablos acaban regresando al infierno del que intentaban escapar, a veces, solo unas pocas veces, la fortuna los pilla de cara y alguno lo consigue.

—Así que esos amigos de tu marido que llevaba a las reuniones… —Recordó a aquellos hombres escuálidos que acompañaban al Tato y que nunca hablaban.

—Nosotros solo somos una pequeña pieza de este engranaje, una insignificante —confirmó Encarna.

—¿Y qué es lo que pretendes al contarme todo esto?

Dos noches atrás la policía había llevado a cabo una redada y desmantelado la buhardilla del *quartier* de Agha. En el diminuto cuartucho se alojaban a veces cinco, a veces quince hombres. Unos dormían una sola noche y marchaban hacia un futuro incierto, otros se quedaban con la esperanza de conseguir unos papeles que les permitieran circular y trabajar. En aquella ocasión sus ocho ocupantes habían sido apresados y estarían ya de regreso al desierto. Todos salvo uno, que había logrado escapar.

—Es un antiguo dirigente de la CNT, un pez gordo, de los que tuvo cojones para plantarle cara a Franco hasta el final. Pensábamos que se lo habrían cargado, pero hoy hemos sabido que está refugiado en la *casbah,* cerca de donde vives. —Estrella pensó que la intrincada red de callejuelas y pasadizos, con recovecos y terrazas en las azoteas que se comunicaban unas con otras, era el lugar ideal para desaparecer—. Necesitamos que le lleves comida, al menos en lo que organizamos cómo sacarlo de la ciudad. Lo están esperando fuera para retomar la lucha.

—¿Y por qué no vais vosotros?

—Porque sospecho que nos están vigilando. En cambio, tú no le interesas a nadie. No creo que se les ocurra averiguar adónde vas o en qué ocupas tu tiempo.

Estrella no se lo tomó a mal. Estaba demasiado ocupada sopesando lo que le acababa de pedir. Observó a Encarna detenidamente y, por primera vez, le pareció percibir grietas en su fortaleza. No había llegado a aceptar, pero Encarna parecía dar por sentado que lo haría.

—Bastará con que le lleves algo de fruta, pan y queso. Por la mañana y por la noche —enumeró esta sin detenerse, consciente de que cada minuto de más que pasaba dentro de la relojería resultaría sospechoso si, como temía, vigilaban sus pasos—. Y agua, claro, no se nos vaya a deshidratar. Y una manta, que debe de estar pelado de frío, ya sabes tú cómo es esta tierra. —Estrella procuraba seguirla para no perderse nada—. Y una última cosa…

—Tú dirás.

Se la veía cansada y unas profundas ojeras oscurecían su rostro. A pesar de su mal genio, tenía hijos pequeños y sin duda la preocupación de lo que les ocurriría si ella acababa detenida debía de robarle el sueño.

—Si nos cogieran al Tato y a mí…

La fiereza descarnada que bailaba en las pupilas de Encarna era demoledora. Estaba claro que era una mujer de principios, de las que no se amilanaban y sacaban pecho cuando tocaba. Pero,

además, era madre, y toda aquella fortaleza se tambaleaba ante el temor de faltarle a quienes más quería.

—Descuida —prometió Estrella sosteniéndole la mirada—, pase lo que pase, tus hijos no se quedarán solos.

* * *

Olvido jugaba con la niña a hacerle cosquillas. Se perseguían por toda la casa y luego se revolcaban por el suelo muertas de risa. Ni siquiera oyeron llegar a Estrella.

—¿Pero qué está pasando aquí? —exclamó al encontrarse con el salón revuelto sembrado de cojines por el suelo.

—¡Es la guerra! —respondió Olvido, que corría detrás de la pequeña. No se dio cuenta del sobresalto que sus palabras causaron en Estrella—. ¡La guerra de las cosquillas!

Poniéndose de acuerdo, ambas cambiaron de dirección para asaltar a Estrella a traición.

—¡Quillas, quillas! —gritaba encantada la niña con su lengua de trapo.

Olvido percibió que algo ocurría.

—Vamos, pequeña, ya está bien de tanta carrera —dijo, cogiéndola de la mano y llevándola hacia la cocina—. ¿Te apetece un vaso de leche con un sobao?

La niña palmeó entusiasmada. Mientras las dos mujeres observaban con deleite cómo se llenaba de migas la barbilla, un silencio reposado lo envolvió todo.

—Soy muy feliz —dijo Olvido de repente. Estrella la miró sorprendida, alzando una ceja—. Solo quiero que lo sepas.

Lo que no dijo es que tanta felicidad la aterraba, y ante el temor de que ocurriera algo que la destruyera, quería asegurarse de que Estrella conocía sus sentimientos.

—Tengo algo que contarte —anunció Estrella, recuperando la seriedad—. ¿Recuerdas a Encarna, la mujer que daba el pecho a la niña?

En pocas palabras le resumió el encuentro en la relojería y la petición de la mujerona de alimentar al refugiado político hasta que las aguas volvieran a su cauce.

Olvido apartó su mirada para enfocarla en la niña que, ajena a todo, disfrutaba del dulzor del sobao remojado en leche. Así permaneció unos minutos, como si no hubiera escuchado a Estrella. Al cabo, dijo:

—Por fin puedo dormir, ¿sabes? Te parecerá una tontería, pero hacía tanto tiempo que no descansaba una noche entera que casi había olvidado lo que era. Ya no me acechan mis viejos fantasmas, aunque sé que nunca se marcharán del todo. No me puedo confiar. El recuerdo de Luis y lo que le hice… —Cerró los párpados un instante—. Su recuerdo vivirá conmigo para siempre. ¿Y sabes por qué? Porque ciertas personas se creyeron con derecho a dirigir nuestro futuro, a que el mundo girase al son que ellos marcaban. Porque ellos lo decidieron, nos vimos en medio de una guerra fratricida sin sentido. Porque ellos lo decidieron, jóvenes como Luis no fueron capaces de soportar el miedo. Porque ellos lo decidieron, personas como yo los traicionamos.

—Olvido…

—Y ahora que consigo dejar de mirar hacia atrás para hacerlo hacia delante, cuando me había atrevido a pensar que yo también merezco pertenecer a algo, a un hogar, a una familia, me dices que vas a ayudar a esa misma gente. A los que me destrozaron la vida a mí, a Luis y a tantísimos otros.

Olvido no dijo más, estaba a punto de echarse a llorar y no quería hacerlo delante de la niña. Se dejó abrazar por Estrella, pero aquello no alivió su angustia.

—Sé lo que opinas de la política y lo entiendo después de todo lo que has vivido —dijo Estrella—. Pero se trata solo de echar una mano a un hombre que lo necesita. Encarna me ha prometido que serán unos días, solo hasta que encuentren cómo sacarlo de Argel. Sería nuestra forma de colaborar con la causa.

—¿Qué causa es esa? Sea cual sea, ¿no crees que nosotras ya hemos aportado mucho? ¿Demasiado?

—Se trata de un hombre importante con planes importantes. Si entre todos conseguimos que salga de Argelia, se enfrentará a la dictadura y tal vez así recuperemos lo que es nuestro. ¿Acaso a ti no te gustaría volver a casa?

—Tú eres mi casa, Estrella, no necesito nada más.

Estrella suspiró.

—Sabes que te quiero, pero no podemos conformarnos con esta vida de migajas para siempre. Nos merecemos más. Nos lo merecemos todo. Y yo quiero volver a España. Quiero recuperar nuestra casa, abrir de nuevo el taller de mi padre, dormir contigo cada noche en mi dormitorio, subir las escaleras de San Rafael…

—Suena bonito —respondió Olvido sin querer discutir.

—Sabes que mientras siga Franco en el poder no hay espacio para ti ni para mí —continuó Estrella—. Ya sabes lo que hacen con las que son como nosotras.

Olvido asintió, sabía perfectamente lo que ocurría. No era ningún secreto que el régimen castigaba e incluso ejecutaba homosexuales y lesbianas, entre muchos otros, sin que le temblara el pulso. Pero no se le escapaba que una guerra le arrebató a Luis y otra podía hacer lo mismo con Estrella.

—Por eso tengo que ayudar, Olvido, porque quiero un futuro en paz.

Olvido volvió a mirar a la pequeña que, ajena a los dilemas de los adultos, mojaba el último trocito de sobao antes de llevárselo a la boca. Se había mojado entera de leche y tenía restos del bizcocho por el pelo. Sonrió con ternura.

—Ojalá lo consigas.

Capítulo 38

Hacía unos meses que las fuerzas alemanas en el norte de África habían entrado en Egipto y todo apuntaba a que Hitler sería el vencedor de la sangrienta contienda. Si bien el calor podía resultar aplastante durante los meses estivales en aquel rincón del mundo, cuando se retiraba era para dar paso a un frío feroz y despiadado que Aurora sentía que se le había asentado en el alma.

La compañía Alegría resistía a duras penas los envites de aquellos tiempos difíciles que les tocaba vivir. El habitual elenco se había visto diezmado tras el abandono forzoso de más de la mitad de sus miembros. Ya no contaban con el payaso que hacía malabares ni con el equilibrista, tampoco con varios de los mejores actores. La escasez de actuaciones los había empujado a buscar otras formas de ganarse el sustento. Aurora los había visto marcharse uno a uno. Todos con una genuina tristeza grabada en el semblante por abandonar la que, en cierto modo, era su familia.

Si Aurora no se había planteado la posibilidad de imitarlos, era porque ni siquiera lo consideraba una opción. Al menos no para ella. Con tan pocas representaciones a duras penas salía adelante, pero ella había vivido una guerra civil en la que aprendió a subsistir con estrecheces parecidas cuando no peores. La compañía era lo único que tenía, lo único a lo que aferrarse cuando sentía que su soledad la asfixiaba hasta casi impedirle respirar. Además, mantenía la esperanza de que aquella vida itinerante acabaría, tarde o temprano, por llevarla junto a Estrella y Rocío… donde fuera que estuviesen.

Esa noche esperó a que todos durmiesen para agarrar el saco confeccionado con piel de camello y adentrarse en la oscuridad.

Hacía casi un año que había reemplazado a Halima como curandera y, si había de ser sincera consigo misma, aquel era otro de los motivos que la ataban a la compañía de Gumersindo Pineda. Desde que Risto descubriera los trajines que su esposa solía llevar a cabo cuando él dormía la borrachera, Halima no había vuelto a curar a nadie. Aurora seguía viéndola, pero siempre de día, siempre con la sombra de aquel bruto rondándolas cerca, vigilante. Su control era opresivo, pero poco podía hacer ella más que acompañar a su amiga en su infortunio y tratar de mitigar el castigo con su presencia.

Aurora caminó con el sigilo aprendido tras muchas noches como aquella. Había desarrollado una destreza asombrosa para integrarse entre las sombras como una más. Del mismo modo, sus habilidades a la hora de atender a las personas que la requerían durante las estancias en las diferentes poblaciones se habían afinado con rapidez. Al principio sintió verdadero pavor a enfrentarse sola ante un enfermo con la única compañía de los ungüentos y polvos que transportaba en su saco. Ella, que había aprendido a atender pacientes en una casa de socorro con instrumental, instalaciones y médicos que la respaldaban. No obstante, pronto comprendió que la gente tan solo necesitaba sanar los males que los aquejaban, y poco importaba que para ello se sirviera de la ciencia que había estudiado en Europa o de las tradiciones del norte de África. Además, bien podía unir ambas en su propio beneficio y en el de sus pacientes.

—¿Cuándo le hicieron esto?

—Hace tres días —murmuró con un hilo de voz apenas audible la mocita que le había abierto la puerta, no debía de llegar a los ocho años y aún no se cubría con el velo—. La sangre paró, pero ahora la fiebre ha subido mucho. Está delirando.

Aurora observó a la mujer que tiritaba en la cama, víctima de un frío que iba más allá del propio de la época. Empapada en sudor, la piel se veía tan pálida que casi parecía estar ya en tránsito hacia el otro mundo. Colocó las manos sobre su cabeza. Ella no escuchaba a Alá susurrar, tal y como hacía Halima, pero había adoptado aquel gesto como una forma de serenarse, de conectar con cada nueva

persona que iba a tratar de ayudar. Tomó aire un par de veces y enseguida se dispuso a hacer su trabajo. Levantó la sábana para examinar hasta dónde alcanzaba el daño y se le encogió el corazón.

—¿Quién ha sido capaz de realizar semejante carnicería?

La niña no la escuchó, o tal vez sí, pero prefería no responder.

—Vamos a ver, para empezar hay que bajar esta fiebre —murmuró para sí misma, luego rebuscó en el saco—. Vamos a probar con jengibre para inducir la sudoración y algo de menta para aliviar los síntomas. Esto ayudará.

Ordenó a la niña que preparara un cazo con agua y lo pusiera a hervir.

—Y tendremos que controlar la infección, así que añadiremos albahaca y también equinácea —continuó bisbiseando, concentrada en la respiración y el ritmo cardíaco de la paciente.

Al filo del alba, Aurora estaba exhausta pero satisfecha. Con un poco de suerte la mujer sobreviviría. Por el momento, ella no podía hacer más. Se despidió de la muchachita con la orden de que la alimentara con caldo de huesos; le hubiera gustado que comiera hígado para recuperarse de la anemia que le habría provocado la hemorragia, pero bien sabía ella que en aquellos tiempos de escasez y desabastecimiento era poco realista. Pidió que la mandara avisar si empeoraba y, ante su cara de susto, prometió volver la noche siguiente para comprobar cómo evolucionaba. Durante los siguientes cinco días, Aurora regresó a la casa una vez que el sol se había ocultado para vigilar los pequeños cambios que se iban produciendo en su paciente. Pasó muchas horas velándola, preguntándose cómo una mujer podía pasar por algo así de forma voluntaria.

—Esto está mejor —se congratuló Aurora al entrar en la casa la sexta noche—, mucho mejor.

La mujer parecía haber desistido de su empeño por cruzar al otro mundo, al menos por el momento. Había recuperado el color y estaba consciente. Aurora comprobó que la fiebre, sin desaparecer por completo, había bajado ligeramente.

—¿Puedo?

Era la primera vez que la encontraba despierta y, aunque había hecho eso mismo en cada visita, en esa ocasión pidió permiso para examinarla bajo el camisón. La mujer se lo concedió con un débil asentimiento.

—Me llamo Aurora —se presentó con intención de distraerla de la incomodidad más que otra cosa.

—Filomena… Gracias por no dejarme morir.

—Eres fuerte y tienes ganas de vivir, el mérito de tu recuperación es solo tuyo.

Se hizo un silencio mientras Aurora se limpiaba las manos tras la exploración.

—¿Cuándo estaré bien? —preguntó Filomena—. Ya sabes… para volver a trabajar.

Hasta ese instante, Aurora no había caído en la cuenta, pero el tono le hizo comprender que era prostituta.

—Ahora solo debes pensar en ponerte bien —respondió—, el resto irá viniendo. Eres joven y verás que muy pronto todo esto no es más que un mal recuerdo.

—No creo que pueda olvidarlo nunca…

La mano de Filomena viajó hasta colocarse sobre el vientre y una tímida lágrima rodó por su sien para perderse en su pelo enmarañado. Aurora supo sin lugar a dudas a qué se refería y la compadeció en lo más profundo de su ser.

—No lo harás, pero aprenderás a vivir con ello.

Permaneció un rato a su lado en silencio, acompañando su dolor. Cuando se percató de que empezaban a cerrársele los ojos, se levantó para dejarla descansar.

—¿Volverás mañana? —inquirió la joven con esfuerzo.

Filomena ya había superado lo peor, pero Aurora intuyó que lo que más podía entorpecer su recuperación era la inmensa soledad en la que parecía ahogarse. Excepto la niña árabe que pululaba por la estancia con la discreción de una sombra, no había visto a nadie aparecer por allí en todo el tiempo que estuvo visitándola. Asintió, no tenía corazón para negarse.

Aurora regresó esa noche y también la siguiente. En cada ocasión apreciaba los avances en el estado físico de Filomena, pero le seguía preocupando la apatía en la que parecía sumirse tras la pérdida.

—Lo había dejado, ¿sabes? —Ante la mirada de incomprensión de Aurora, aclaró—: Lo de ser puta, lo había dejado. Incluso llegué a comprar un pasaje a Marsella para instalarme en la metrópoli, tengo una tía allí.

—¿Qué pasó?

—Que soy idiota, eso pasó. En los días que esperé a que zarpara mi paquebote conocí a un hombre. No uno cualquiera, no te vayas a pensar… ¡Era tan guapo el muy cabrón! Tiene guasa que yo, con lo harta que estaba de hombres, me fuera a enamorar hasta las trancas del primer chulo que se me cruzó por el camino. Pero así fue. Ahora, que además de guapo era listo, eso hay que reconocérselo, porque bien que me engañó. Me hizo creer que bebía los vientos por mí, que quería comenzar una vida juntos, formar una familia… ¡Ja! Ahora me escucho decirlo y suena tan ridículo… No sé cómo pude picar el anzuelo. Pero lo hice, bien que lo hice.

Por unos instantes se perdió en sus recuerdos, al poco volvió a hablar.

—Una mañana me desperté desnuda después de toda una noche fundiendo nuestros cuerpos y él no estaba. Mi pasaje de la Compagnie Générale Transatlantique y los ahorros con los que iba a empezar una nueva vida, tampoco. ¿Sabes lo peor? Que las sábanas todavía olían a él y, mientras me deshacía en llanto al darme cuenta del engaño, hundía la cara en la almohada buscando su olor.

—Si te consuela, no eres la única que ha hecho alguna tontería por un hombre —contestó Aurora, pensando en Rodrigo y en que, en su caso, la mayor tontería había sido desconfiar de él como lo había hecho y, por supuesto, alejarse de su lado.

—Después de aquello no me quedó más remedio que buscarme la vida de la única manera que sé —continuó Filomena—. Mi orgullo me impidió volver a mendigar el trabajo que hacía poco había despreciado, por eso me lancé a los caminos. He ido de acá para

allá, de hombre en hombre, de cama en cama, hasta que… —le confesó a continuación a media voz—. ¿Quién querría encamarse con una puta que se queda preñada y encima decide continuar adelante?

Aurora la dejaba hablar sabiendo que lo que necesitaba era desahogarse, sacar todo aquello que la estaba carcomiendo.

—Yo no quería ser madre, pero ahora que sé que no está, que ya no va a volver… —Se sorbió la nariz—. No paro de preguntarme si sería niño y si tendría los ojos de mi padre, o tal vez fuera una niña con la sonrisa de mi madre… ¡Qué tonta soy! Si ni siquiera llegué a notarlo, ¿sabes?, debía de ser muy pequeño, poco más que un garbanzo. Yo no lo vi, le dije a esa horrible mujer que prefería no verlo. Ahora me arrepiento. ¿Qué culpa tenía esa criatura de cómo había sido concebida?

La pena y la culpa se irían difuminando con el tiempo, pero acompañarían a Filomena de por vida. Tendría que aprender a convivir con ambas, porque el vacío que deja un hijo que no ha llegado a nacer es infinitamente más grande que ese cuerpecito diminuto que ya nunca se podrá abrazar.

—Vaya, debes de estar harta de mí. Hace días que vienes y no se me ocurre otra cosa que ponerme a hablar de mis cosas… pensarás que soy un latazo.

—No digas tonterías. Eres mi paciente y me preocupo por ti.

—Pero tú no me has contado nada, aparte de tu nombre y de que eres un ángel caído del cielo, no sé nada.

Aurora rio su desparpajo y se dispuso a satisfacer la curiosidad de la joven con la intención de distraerla. Quedaba noche por delante, así que le fue desgranando su vida y las peripecias que la habían llevado a estar allí.

—Espera, espera —la detuvo Filomena con los ojos muy abiertos—. ¿Has dicho que tienes dos hermanas y que son mellizas?

—Así es —empezó a responder Aurora confusa—, Estrella y…

—¡Rocío! —exclamó Filomena incorporándose de golpe—. ¡Dios santo! ¿Eres la hermana de Rocío?

—Pero tú cómo sabes…

—¡No doy crédito! Al final va a ser verdad eso de que el mundo es un pañuelo —continuó parloteando Filomena, gesticulando excitada por el inesperado descubrimiento—. Tu cara me quería sonar, pero como siempre te veo en la penumbra, pues claro… ¿Cómo iba yo a imaginar que eres tú la Aurora de la que tanto he oído hablar?

Aurora calló. Calló porque no podía encontrar la voz, perdida entre el torbellino de emociones que la invadían. ¿Acaso podía ser cierto? ¿Tenía frente a ella a alguien que conocía a sus hermanas? ¿Alguien que, tal vez, pudiera decirle dónde encontrarlas? Cerró los ojos, sintiendo un súbito vértigo aterrador. Hacía tres años que había llegado a Argelia, tres años desde que la separaran por la fuerza de lo único que le quedaba en el mundo, tres años de angustia e incertidumbre. ¿Y si se estaba haciendo ilusiones para nada? No se sentía capaz de soportar otra decepción. Tragó saliva y reunió un hilo de voz para despejar sus dudas.

—Filomena, ¿conoces a mis hermanas? ¿Sabes dónde están?

La prostituta la miró con sus ojos bien abiertos.

—Aurora, será mejor que te sientes.

No fue consciente de haberse levantado de la silla, ni de que tenía los puños cerrados con tanta fuerza que las uñas se le clavaban en las palmas de las manos. Tampoco de que su corazón brincaba ya anticipando lo que ni siquiera su mente se atrevía a imaginar.

Durante la siguiente hora, Filomena le habló a Aurora de Estrella y de Rocío. Le contó de su llegada a El Jardín, de cómo su hermana pequeña había accedido a trabajar allí, pero solo como limpiadora, de cómo su vientre había ido creciendo poco a poco con el paso de los meses… Aurora no podía evitar interrumpirla a cada poco, ¡era tanto lo que ansiaba saber! Tras todo ese tiempo sin saber de ellas, buscándolas sin descanso… ahora, por primera vez, las sentía cerca de nuevo.

—Soy… ¿soy tía de una niña?

—Una niña preciosa, todo hay que decirlo.

Aurora, que hasta entonces había mantenido a raya el llanto, no pudo contenerse más y permitió que las lágrimas fluyeran a su antojo. Por una vez, no las recibió como algo que le encogía el corazón, al contrario, con cada una de ellas era como si se fuera aligerando el inmenso peso que había cargado sobre sus hombros desde su llegada a Orán. Y aquella ligereza tan novedosa era sencillamente maravillosa.

—¡Dios mío! No puedo creerlo… Llevo tanto buscándolas y ahora de repente…

Se detuvo para tratar de recuperar la compostura. Casi le costaba aceptar que al final hubiera sido una de sus pacientes quien le proporcionara las respuestas que tanto ansiaba. Por un instante, la voz de Halima se coló en su mente con su habitual «Alá es grande». Puede que, después de todo, su amiga estuviera en lo cierto, quizá todo lo que había ocurrido: su llegada a la compañía Alegría, seguir a la curandera con la caída de la noche, aceptar relevarla cuando ella no pudo continuar, acudir a la llamada de una prostituta a punto de morir tras un aborto clandestino… Puede que todo aquello hubiera tenido que ocurrir exactamente como lo había hecho. Tal vez. Aunque lo importante era que la pesadilla al fin había terminado. O casi.

—Filomena, necesito reunirme con ellas —carraspeó para que su voz sonara firme, no podía flaquear, no ahora—. ¿Podrás ayudarme?

La joven la observó con sus grandes ojos felinos durante unos eternos segundos. Después sonrió.

El sol aún no había asomado por el horizonte, pero la calidez de su luz ya iluminaba los contornos de aquella barriada humilde como tantas que abundaban en aquellas tierras. Aurora no caminaba por las calles de tierra pisada, no rodeaba la esquina de una casa modesta ni dejaba atrás palmeras solitarias. No hacía nada de eso porque, en lugar de caminar, flotaba. Lo hacía desde el momento en que tenía en su poder un pequeño pedazo de papel con un par de líneas escritas a mano con letra torpe, unas señas de Argel. Se

aferraba a él con determinación, pero en realidad ella había memorizado aquella dirección conforme había ido saliendo de los labios de Filomena. Aquel era el lugar donde debía acudir para olvidar de una vez aquella angustiosa búsqueda, donde por fin podría volver a abrazar a sus hermanas.

Aurora apretó fuerte el puño en el que guardaba el papel y sonrió. Sonrió de verdad por primera vez en mucho, demasiado tiempo.

* * *

Risto no podía creer su suerte. Jamás hubiera creído que una noche de borrachera, como tantas otras hubo antes, pudiera acabar siendo la solución a sus problemas. El forzudo detestaba a Gumersindo Pineda y su compañía itinerante, si continuaba con ellos era porque no tenía otra forma de subsistir, por humillante que ello le resultase. A él, un hombre que había sido temido por tantos y que ahora estaba condenado a permanecer unido a aquella maldita *amazigh.*

Y es que Risto no lo reconocería ante nadie, ni siquiera ante sí mismo, pero la verdad era que seguía temblando ante la amenaza con que el padre de Halima había hecho peligrar su bien más preciado: su miembro viril. Su primera tentativa de huir al poco de la boda había acabado con una impotencia de la que no se había recuperado. Después de aquel aviso no estaba dispuesto a ver cómo su hombría se marchitaba hasta caérsele, por eso se aferraba con desesperación a los asquerosos cigarros que cada noche le preparaba Halima, aun cuando eso lo obligaba a cargar con la mora coja de por vida. Si al menos tuviese dinero, se lamentaba. Ruin como era, estaba convencido de que si se presentaba ante el curandero con una buena suma, este no tendría reparos en retirar la maldición que mantenía en vilo su existencia.

En todo esto pensaba Risto a esas alturas de la noche en que el alcohol ya lo había adormecido lo suficiente como para sentir otra

cosa que no fuera ira por su maldita suerte. Entonces, pese a su ebriedad, unas palabras llamaron su atención.

—Repite eso que has dicho —gruñó al parroquiano dueño de una ridícula perilla que bebía a su lado.

—¿Acaso estás sordo? —espetó el otro, pero una furibunda mirada de Risto bastó para que cambiara el tono y replegara velas—. Están buscando a una muchacha española, dicen que por comunista. A lo mejor se escapó durante la última redada que hicieron en Orán, vete a saber, porque una recompensa así no la ofrecen todos los días.

—¿Recompensa?

—Quince mil francos. Quién les hincara el diente, ¿verdad, amigo?

El amistoso codazo que le propinó a Risto para enfatizar su pregunta fue recibido con una advertencia en las pupilas del hombretón que lo hizo desistir en el acto de su tono jocoso. Pero no por ello cejó en su charla y la apoyó mostrando una hoja de *L'Écho d'Oran* que guardaba en el bolsillo.

—Soy comerciante y voy de acá para allá, por eso lo llevo conmigo. Nunca se sabe cuándo a uno le puede sonreír la fortuna. —A continuación leyó en voz alta—: Chica joven, de pelo castaño claro, ojos almendrados, constitución menuda…

—Menuda mierda de descripción. Como esa hay cientos, si no miles —protestó Risto perdiendo el interés en la conversación.

—Puede —concedió su terco interlocutor agitando el anuncio ante sus ojos—, pero esta además tiene una pequeña cicatriz en la mejilla en forma de medialuna. Algo así no se ve todos los días, ¿verdad, amigo?

El hombre de la perilla enmudeció cuando aquella mole malencarada le arrebató el pliego del periódico de un manotazo.

—Yo sí —murmuró Risto que, de pronto, sentía la mente milagrosamente clara.

Dejó unas monedas sobre la barra y al hombre de la perilla con la palabra en la boca y el pasmo en la mirada. Risto no podía creer su suerte. A él, que tanto lo había esquivado, ahora se le ofrecía con la

docilidad de una jovencita solícita con las faldas levantadas y las piernas abiertas. Y él la iba a hacer suya, de eso no le cabía la menor duda.

Apretó los dientes y el paso para regresar cuanto antes. Aún debía asegurarse de que no se equivocaba, que sus sospechas eran correctas. Y debía hacerlo con cuidado de no levantar la liebre antes de tiempo. Si su instinto no le fallaba, esa pequeña zorra de Aurora iba a recibir su merecido y, de paso, solucionarle a él la vida. ¿Qué más se podía pedir?

Capítulo 39

No fue un flechazo, simplemente había ocurrido. Como si fuera una prolongación del propio José, el amor había llegado sin grandes estridencias ni vuelcos al corazón: tranquilo, pausado y calmo. Justo lo que Rocío necesitaba para perder el miedo y recuperar la confianza en los hombres. Y en sí misma.

José la adoró sin ambages desde el primer momento, aunque a ella le costó reconocer que sus sentimientos por él se transformaban día a día. Para ello, la paciencia y el cuidado que invirtió en conquistarla fueron decisivos. La suya no era una relación hecha de fuegos artificiales y noches apasionadas. Ellos más bien habían aterrizado en un amor sosegado, como el de las parejas que llevan muchos años juntos y han encontrado la manera de amoldarse el uno al otro con asombrosa perfección. Así, con paso cauteloso, silencios compartidos y besos de ternura infinita, Rocío descubrió que había acabado por ocurrir lo imposible: se había enamorado de José.

Mediado el otoño de 1942, ya se veían cada día. Cuando estaban juntos se regalaban arrumacos y carantoñas tan empalagosas que hacían poner los ojos en blanco a Estrella o a Olvido, a veces incluso a ambas, quienes en el fondo se alegraban de la plácida felicidad que por fin había llegado a la vida de Rocío.

Una de las cosas que habían terminado de inclinar la balanza fue el hecho de que José se prendara de la pequeña. Verlo jugar con ella, persiguiéndola por el salón o levantándola en volandas hasta que la criatura no podía parar de reír, había acabado por derretir su endurecido corazón. Para Rocío, querer a su hija era la mejor forma

de quererla a ella. Y José, que parecía tener el poder de deshacer cada uno de los nudos que habitaban en su pecho desde hacía demasiado tiempo, lo hizo con tal naturalidad que se convirtió en el padre que nunca creyó necesitar a su lado.

Por supuesto, el sentimiento era recíproco y la pequeña lo adoraba. Lo recibía con alboroto y protestaba si besaba a su madre antes que a ella. Eran lo más parecido a una familia que Rocío podía recordar. Una que se había formado de pedazos en el exilio, en plena guerra, con todo en contra y una sola cosa a favor: el amor.

—¿Cómo están hoy mis chicas favoritas? —saludó José una mañana de domingo.

—Y que no me entere yo de que tienes otras —bromeó Rocío.

José la atrapó por la cintura y la levantó del suelo para besarla mientras cerraba la puerta a sus espaldas con el pie. Unos pasitos rápidos que avanzaban por el pasillo les revelaron que su breve instante de intimidad estaba a punto de terminar.

—¡Osé, osé! —exclamó la pequeña alzando los brazos en el aire para exigir su ración de mimos.

Rieron con su lengua de trapo y José, que no se hizo de rogar, la levantó con un brazo sin que el otro soltase la cintura de Rocío.

Poco después estaban desayunando juntos en la mesa junto al rinconcito de la cocina, como hacían cada domingo. No disponían de horno y tampoco se conseguía azúcar con facilidad, pero a Estrella le habían dado una bolsita la semana anterior y Rocío decidió aprovecharlo para hacer la masa que luego coció en uno de los hornos que había repartidos por la *casbah,* donde hizo cola entre mujeres de toda procedencia que parloteaban sin cesar.

—Son las mejores magdalenas de todo Argel.

Estrella y Olvido habían salido, de modo que estaban los tres solos en casa.

—¡Eres un adulador! —rio ella—. Me las apaño en la cocina, pero de ahí a hacer las mejores magdalenas…

Él la miró fijamente y le propinó un nuevo bocado a la que todavía sostenía en la mano y asintió con efusividad.

—Me reafirmo: no las hay mejores.

—Desde luego, no tienes remedio. —Aún sonriendo, Rocío fue a levantarse para recoger cuando sintió que la retenía por la muñeca.

—Cásate conmigo.

Petrificada por la sorpresa, Rocío sostenía inmóvil un plato repleto de migas.

—¿Cómo dices?

—Ya me has escuchado, quiero que nos casemos —repitió José, serio de repente—. Hace meses que estamos juntos, pero no es suficiente. Quiero acostarme a tu lado cada noche y que al levantarme aún sigas ahí. Quiero que desayunemos juntos todos los días y no solo los domingos. Quiero calentarte los pies en invierno y escuchar cómo te quejas del calor en verano. Rocío, lo quiero todo contigo.

Durante un largo minuto no respondió. No esperaba algo así y tampoco sabía cómo reaccionar.

—Piénsalo bien—continuó José—. Podrías venirte a vivir conmigo, o me vendría yo si lo prefieres, ¡qué más da! No tendrías que trabajar para Violeta. Sé que hace poco que abrí mi taller, pero tengo clientes satisfechos que me recomiendan y ya sabes eso que dicen de que no hay mejor publicidad que el boca a boca. Yo me ocuparía de que no os falte nada, ni a ti ni a la niña.

Él todavía sujetaba su muñeca y Rocío se soltó con suavidad. No quería ofenderlo, pero tampoco estaba preparada para aceptar una propuesta como aquella. Por supuesto que ella también quería compartir sus días con José, pero lo que le estaba proponiendo era un paso importante y no se sentía preparada. Era demasiado pronto. Había recuperado la confianza en los hombres, al menos en uno. No obstante, casarse, convivir y depender económicamente de su esposo la llenaba de dudas.

—Tal vez algún día.

—¿Me estás diciendo que no?

José se mostró dolido, y no le extrañaba. Había sido y seguía siendo paciente con ella, pero todo el mundo tiene un límite. No

quería perderlo, aunque menos aún quería perderse a ella misma. Le había costado demasiado encontrarse. Rocío se inclinó para acercar su rostro al de él. Inspiró el aroma de su loción de afeitado mezclado con el del serrín y las magdalenas antes de darle un beso largo.

—Solo estoy diciendo que «todavía» no.

* * *

Olvido aprovechó que Rocío iba a estar en casa para salir. Desde que Estrella accediera a ayudar a aquel dirigente de la CNT refugiado en la *casbah,* se había instalado una cierta tensión entre ellas. Maldijo una vez más la política que de nuevo se entrometía en su vida. Pese a todo, su amor continuaba intacto, y para demostrárselo a Estrella, había encargado a un conocido un colgante idéntico al que ella llevaba. Sabía lo que significaba, puesto que se lo había regalado su padre, pero, aun así, Estrella había insistido en que fuera ella quien lo luciera al cuello. Así que había pedido una copia para que ambas pudieran llevarlo a juego.

Ilusionada ante la perspectiva de darle una sorpresa a Estrella, abandonó la casa de Juanjo, el muchacho al que había hecho el encargo a cambio de que ella le bordara un par de iniciales y unas flores en un pañuelo de tela que pretendía regalar a su novia. Estaba encantada con el resultado. Cierto que el colgante era de estaño y carecía de valor material, pero el sentimental era inmenso. Emocionada, guardó en su bolso la cajita con ambos, el suyo y el que le pensaba regalar a Estrella en Nochebuena. Siendo ella más de Reyes Magos, por pura impaciencia estaba dispuesta a adelantarlo a la costumbre francesa.

Precisamente su error fue esa urgencia que la llevó a atajar por un pasadizo estrecho y solitario pasado el mercadillo de la *rue* Randon donde, entre muchas otras cosas, se vendían a buen precio prendas nuevas y otras no tan nuevas. En otra ocasión no lo hubiera hecho, pero estaba ansiosa por llegar a casa y mostrárselo a Rocío para que le diera su opinión. No los vio acercarse.

El silbido que sonó a su espalda la sobresaltó y al girarse descubrió a Chimo, su antiguo cliente de El Jardín. No estaba demasiado cerca, pensó Olvido, si corría, podría alcanzar el final del callejón antes que él y ponerse a salvo entre la multitud que sin duda estaría vendiendo, comprando o simplemente paseando por la concurrida *casbah.* Se quitó los zapatos para ganar agilidad y, sin pensárselo mucho para no darle ventaja a aquel rufián, se lanzó a la carrera. Se felicitó al darse cuenta de que ni siquiera se había molestado en seguirla, tal vez solo quisiera asustarla. Ya empezaba a sonreír al ver el final de la callejuela cuando, por el otro extremo, asomaron otros dos hombres. No los conocía, pero solo necesitó ver la oscura expresión de sus rostros para darse cuenta de que era una encerrona.

—Preciosa —escuchó a su espalda el inconfundible tono de burla al pronunciar aquella palabra—, no me digas que no te alegras de verme.

—Dejad que me marche, por favor —suplicó.

—Claro que sí, te vas a ir…, pero solo después de que nos divirtamos un rato.

Los dos secuaces asintieron con una sonrisa lobuna que la llenó de temor. Chimo se acercó y empezó a manosearla con brusquedad. Ella se revolvió cuanto pudo, pero los otros la sujetaron para impedirlo.

—Venga —jadeó—, no te resistas o acabaré creyendo que no te apetece tanto como a mí.

En ese instante, Olvido supo lo que iba a pasar. Lo vio en su mente con tanta claridad que le resultó insoportable. Y decidió que no lo iba a permitir. Al menos haría cuanto pudiera para evitarlo. Ya se había rendido demasiadas veces antes, no volvería a hacerlo. Así que arremetió con furia contra el hombre que ya tenía sobre ella. Los otros dos no lo esperaban y aflojaron un tanto su agarre, lo que le permitió darle un mordisco en la oreja a su viejo cliente que le arrancó un buen pedazo.

El aullido de dolor fue su pequeña victoria. También la última. Enseguida volvieron a apresarla y, sujetándose la maltrecha oreja con una mano, Chimo le clavó una mirada que auguraba el infierno que le esperaba.

—Te juro que te vas a arrepentir de esto, zorra.

Los primeros golpes los recibió en la cabeza y la dejaron aturdida. Llegaron más, muchos más, tantos que pronto dejó de gritar y de llorar, limitándose a ovillarse lo que le permitían sus captores. Un brutal puñetazo lo volvió todo negro y ella se refugió en Estrella, en su recuerdo, en el tacto de su piel, en sus labios y su sonrisa.

Olvido no fue consciente de la brutalidad con la que la violaban, uno detrás de otro, ni de que, al terminar, su viejo cliente la orinaba encima antes de propinarle una última patada en la cabeza que podría haberle dolido si no fuera porque hacía ya rato que no sentía nada.

* * *

Al llegar a casa, Estrella se sorprendió al encontrar a la enfermera María al cuidado de su sobrina.

—¡Hola! No te hacía aquí. ¿Qué tal estás?

—Bien, ya sabes, la consulta cada día está más llena. Es una locura…, pero es nuestra locura, así que estamos felices de poder ayudar a tanta gente.

—Lo que hacéis es maravilloso.

—Solo hacemos nuestro trabajo.

—Yo creo que hacéis mucho más.

—¿Vosotras bien? Fíjate que viviendo justo encima de la consulta casi ni nos vemos. Eso no puede ser, vamos a tener que quedar un día para comer y poder ponernos al día —le guiñó un ojo—. Si es necesario lo apuntaré en la agenda del doctor, como si de una cita médica se tratase.

—Me parece una idea estupenda —rio Estrella. Luego paseó la vista por la estancia y añadió—: Por cierto, ¿no está Olvido en casa?

María negó sacudiendo su melena rubia.

—Al parecer salió para hacer algún recado y estaba tardando en volver, así que tu hermana me pidió que cuidara de la niña mientras tanto.

—Pero ¿cuándo fue eso? —preguntó extrañada. Sabía que Rocío salía a trabajar a primera hora de la tarde y ya era noche cerrada.

—No sabría decirte, a ver… —María consultó su reloj y lanzó una exclamación—. ¡Casi tres horas! Vaya, hay que ver lo rápido que va el reloj cuando estás con una criatura tan adorable —añadió con el tono cantarín con que solía hablarle a la pequeña—, ¿verdad?

Estrella sintió un inmenso vacío a sus pies. No quería pensar, no quería imaginar, sin embargo, estaba claro que había ocurrido algo. Y temía que no fuera bueno.

—Sé que es mucho pedir, pero ¿te importaría quedarte un rato más? —rogó con un nudo en la garganta—. No será mucho, lo prometo.

María, que por su profesión era una experta en las mareas que provocan las emociones humanas, captó al vuelo la angustia de Estrella y asintió.

—Tarda lo que necesites, yo me quedo al cuidado.

Estrella se lo agradeció encaminada ya hacia la puerta. Fuera hacía frío y se subió el cuello del abrigo. En realidad, no sabía por dónde empezar a buscar, pero estaba segura de que el tiempo apremiaba. Entonces recordó que días atrás habían comentado que aquellos pañuelos que estaba bordando eran para Juanjo, el chico que trabajaba el estaño. Le había parecido extraño, pero Olvido no parecía dispuesta a dar más explicaciones, así que no insistió. De lo que estaba segura era de que la noche anterior los había terminado. Tal vez hubiera salido para entregárselos. De cualquier modo, aquella era la única idea que se le ocurría y, a falta de otra mejor, dirigió sus pasos hacia allí.

Al dejar atrás la mezquita Sidi Ramdane estuvo a punto de sortear un callejón estrecho que le dio mala espina. Por lo general, la *casbah* era un lugar seguro, pero en todos lados había maleantes

y aquella zona era perfecta para que ocurriera cualquier desgracia. Ese pensamiento detuvo sus pasos. No, se dijo, Olvido nunca se habría metido allí, no era tan imprudente. ¿O tal vez sí?

Con un suspiro contenido se asomó a la entrada del pasadizo. No se veía más allá de una decena de metros, pero aquello no la iba a detener. Empezó a caminar despacio y poco a poco sus ojos se fueron adecuando a la penumbra. Ya iba por la mitad cuando sus pupilas distinguieron un bulto en el suelo. Sintió la bilis subirle por la garganta. Se dijo que podía ser cualquier cosa: un perro callejero, un montón de basura abandonada, un vagabundo…, pero por mucho que lo intentó, no logró engañarse a sí misma. En algún lugar de las entrañas sabía lo que iba a encontrar.

—¡Olvido!

Al llegar a su lado la encontró desmadejada como una muñeca rota. Casi agradeció la oscuridad porque, si inmersa en ella lo que pudo ver era demasiado terrible para ser cierto, no quería ni imaginar lo que desvelaría la luz del día. La sangre seca cubría un rostro tan hinchado que resultaba casi irreconocible. Sin saber lo que hacía, Estrella se arrodilló a su lado y levantó la cabeza para que descansara sobre sus rodillas.

—Por favor, no me hagas esto —sollozó balanceándose como si acunara a un bebé—. No me dejes, no puedes dejarme ahora que te he recuperado.

Conmocionada, Estrella le acariciaba el pelo como si Olvido pudiera sentir sus caricias. Agarró su mano y se la llevó a los labios para besarla una y otra vez. Se inclinó para rozar su mejilla y la notó tibia. Contuvo el aliento unos segundos y comprobó que Olvido respiraba. Cada exhalación no era más que un soplo tenue que parecía a punto de extinguirse, pero eso, lejos de arredrarla, la alentó.

Respiraba. Olvido todavía respiraba.

Capítulo 40

El 8 de noviembre de 1942, ciento siete mil soldados estadounidenses y británicos a bordo de doscientos cuarenta y nueve tanques, cuatrocientos veintiún aviones y más de cien navíos, irrumpieron por sorpresa en las costas de Argelia y Marruecos. Operación Torch fue el nombre del desembarco anfibio de los Aliados en el norte de África, y cambió para siempre el curso de la guerra.

Se trataba de una maniobra que debía llevarse a cabo en el mayor de los secretos. Las localizaciones elegidas fueron Casablanca, Orán y Argel. La intención, clara: expulsar a las fuerzas del Eje.

No todo salió según lo previsto.

Además de dificultades con las mareas, los errores de frecuencias y un sinfín de imprevistos, los Aliados se tropezaron con la abierta oposición de la Francia colaboracionista de Vichy. Llegó entonces el turno de los bombardeos aéreos, los buques de guerra con sus cañones apuntando a tierra e incluso los disparos a pie de calle. Lo que debía haber sido una toma rápida de Marruecos y Argelia para, a continuación, avanzar hacia Túnez sin dar a los alemanes tiempo para reaccionar se convirtió en una lucha cuerpo a cuerpo en la que los muertos se contaban por miles.

Lo que muchos habían ansiado y temido a partes iguales al fin estaba ocurriendo: los alemanes habían tropezado con quien les plantaba cara y el destino del mundo se veía un poco menos oscuro, aunque la luz aún estuviera lejos de brillar.

Sin embargo, aquel débil atisbo de esperanza tenía un precio.

Desde el suelo fue reptando una frustración que invadió a Aurora instalándose en su garganta. La sintió crecer hasta que no pudo contenerla más y acabó dejándola salir con un grito que espantó a un puñado de gallinas que picoteaban bajo la sombra de una vieja palmera datilera.

—¡Maldita sea!

Desde que Alá, el destino o simplemente la casualidad había querido que una prostituta llamada Filomena le diera razón de sus hermanas, vivía con el alma en vilo. ¡Sus hermanas! Había anhelado tanto esa noticia que le resultaba complicado digerirla. Ahora solo podía pensar en acudir a su encuentro cuanto antes. Necesitaba verlas, tocarlas, olerlas… ¡conocer a su sobrina! Dios santo, solo con pensarlo se le ablandaban las piernas.

Pero entonces había tenido lugar el desembarco, todo pendía de un hilo y aquella euforia había dado paso a una inmensa desolación. Hasta que la tormenta amainase y se supiera con certeza si los americanos se hacían o no con el Gobierno de la colonia, lanzarse a cruzar el país era una absoluta locura.

De un manotazo rabioso, Aurora se apartó las lágrimas que no dejaban de fluir.

—Ten.

Desde algún lugar a su espalda, la mano amable de Gumersindo Pineda apareció para tenderle un pañuelo.

—Gracias.

El director se sentó a su lado con un quejido de sus articulaciones. Llevaba consigo su manoseado ejemplar de *La casa de Bernarda Alba,* que colocó con mimo sobre sus rodillas. Así, con su sencillez habitual, se dispuso a acompañar su rabia en silencio. Que no lo llenara todo de palabras huecas lo agradeció más que el pañuelo.

—Es injusto —se quejó Aurora, cuando al fin se sintió capaz de hablar sin ahogarse en el oleaje de su propia pena.

—La vida lo es. Nadie que haya saboreado su lado bueno y, en especial, el no tan bueno puede decir lo contrario.

—Es que… no me creo que estén tan cerca y a la vez tan lejos.

Más allá de las últimas casas se extendía una infinidad de tonalidades ocres que abarcaban todo el espectro imaginable. Se encontraban en Lourmel, una pequeña localidad como tantas otras de Argelia, con casas modestas y gentes sencillas, palmeras, chumberas y con un monumento en la plaza al general que le daba nombre. Ella no había sabido querer a aquella tierra ruda y áspera, con un clima despiadado y un paisaje abrumador, que con tanta crueldad la había acogido. No obstante, no podía abstraerse de su belleza indómita, con la que se tropezaba cada vez que levantaba la vista.

—Mis hermanas —aclaró, consciente de que Pineda no sabía a qué se refería. Y, al decirlo en voz alta, volvió a sentir que se le cortaba el aliento—, al fin las he encontrado.

—Siempre supe que lo harías.

—¿Y de qué me ha servido? —Gumersindo no respondió—. Ni siquiera puedo llamarlas o escribirles una carta. Porque, ¿y si se empeñaran en venir hasta aquí? No podría perdonarme que les ocurriese algo por mi culpa.

Ese era su mayor temor. Conocía bien a sus hermanas, en especial el carácter impetuoso de Estrella, y la posibilidad de que al recibir noticias suyas se lanzaran a cruzar el país en su busca era aterradora. Debía protegerlas por encima de todo, incluso de ella misma.

—Sé que ahora todo se ve negro, pero nada dura para siempre. Esto tampoco lo hará —la consoló Pineda—. Antes o después, la situación se estabilizará, las aguas volverán a su cauce y podrás reunirte con ellas.

Aurora inspiró hondo con los ojos cerrados. Necesitaba creerlo.

—¿Y cuándo será eso?

—Ojalá pudiera darte una respuesta.

—Dígame al menos cómo se supone que voy a aguantar mientras tanto —suplicó sintiendo que sus ojos volvían a inundarse y que nada podía hacer por evitarlo.

—Igual que has hecho hasta ahora. El amor por tus hermanas es tu mayor fortaleza; aférrate a él y no lo sueltes. El resto llegará solo.

Agotada, Aurora dejó descansar la cabeza sobre el hombro de Gumersindo. Tenía razón. Estrella y Rocío eran el viento que impulsaba sus velas, acabaría por dar con la manera de acudir a su lado, aunque se preguntaba lo que sería de ellas después. Las mellizas estaban en Argel, pero ignoraba si eran felices allí, si su deseo era permanecer en la ciudad que se las había tragado o si, por el contrario, anhelaban huir de ella. El futuro era una línea imprecisa que se difuminaba más allá del reencuentro.

—Tengo miedo.

—Todos lo tenemos. ¿Has visto el mundo en que vivimos? Lo insensato sería no tenerlo.

Aun en las peores circunstancias, Gumersindo era poseedor de un fino humor y la carcajada que le provocó el comentario sirvió como bálsamo.

—Bien, será mejor que regrese —anunció dándole una palmada en la rodilla—. Como me quede mucho más aquí sentado, la humedad se me acabará por meter en los huesos y no habrá quien me levante.

Aurora observó su marcha. Le pareció que arrastraba los pies, que iba más encorvado. De la Alegría apenas quedaba ya ni el nombre. Los tiempos en los que los aplausos y las risas sonaban en sus oídos habían quedado atrás. La compañía agonizaba y nadie podía hacer nada para impedir su triste final.

Deseó que la vida fuera un poco más amable con Gumersindo. Entretanto, ella solo debía seguir su consejo y aguantar un poco más.

* * *

Risto estaba eufórico, no todos los días descubre uno que tiene la gallina de los huevos de oro justo delante de las narices.

Gracias al recorte del periódico que le arrebató a aquel palurdo, había realizado unas cuantas averiguaciones. Todo apuntaba a que, en efecto, Aurora Robles era la mujer que con tanto ahínco buscaban en Orán. Después de todo, ¿cuántas jóvenes tienen una cicatriz con forma de medialuna junto a la boca?

Risto era retorcido, pero no estúpido. No se le escapaba que, si ofrecían tan suculenta recompensa por atraparla, no era porque la joven fuera comunista. Tenía que haber algo más, algo que tal vez pudiera utilizar en beneficio propio para, llegado el caso, obtener aún mayor rentabilidad.

Para empezar, ya se había puesto en contacto con la ciudad. Con todo el revuelo que habían ocasionado los jodidos americanos le había costado que lo tomaran en serio, pero tras varias llamadas finalmente consiguió que le pusieran al habla con el *commissaire.* De primeras le pareció un hombre sin escrúpulos. En el timbre de su voz apreció la avidez que le producía el saberse tras la pista de su ansiada presa. Casi podía oírlo salivar al otro lado de la línea telefónica.

—¿Y cuándo va a pagarme? —le había soltado Risto a la mínima oportunidad.

—Primero tendrá que decirme dónde está la chica —lo presionó Blanchard.

—¿Se piensa que soy idiota? —gruñó. El silencio helado que se hizo al otro lado de la línea hubiera puesto la piel de gallina a más de uno, no a Risto, quien decidió que era el momento de reafirmarse—. Si no hay francos, no hay chica. Usted la quiere y yo sé dónde está. Me necesita.

Hubo más silencio durante un largo minuto.

—¿Cómo sé que hablamos de la persona correcta? —dijo al fin Blanchard.

—Tiene una cicatriz.

—No sea estúpido, eso lo sabe cualquiera, lo pone en el anuncio. Tiene que darme algún dato que pruebe que puedo confiar en su palabra.

Risto meditó un instante. Aquel cabrón era listo, pero lo que pedía era lógico, después de todo.

—Va como loca buscando a sus dos hermanas, creo que son mellizas —expuso jugando su única baza—. Según cuenta, las separaron en la prisión de Orán.

Al otro lado de la línea se escuchó una especie de gruñido.

—Está bien —masculló el *commissaire*—. ¿Cómo propone que lo hagamos?

Risto sonrió triunfante. Intuía que el final de la Alegría estaba próximo. Hacía días que no se cerraban contratos y, con la situación tal y como estaba en la colonia, resultaba evidente que no iba a mejorar. Tan pronto como todo se asentase, aprovecharía para largarse de allí y, por supuesto, se aseguraría de arrastrar a Aurora consigo.

Blanchard tampoco pareció contento ante la perspectiva de esperar unas semanas hasta poder hincarle los dientes a su presa, pero ambos hombres eran conscientes de que no había alternativa. Colgó con la promesa de ponerse en contacto tan pronto las aguas amainasen y pudieran dirigirse a Orán.

—No la pierda de vista —lo había advertido el *commissaire*—. O se arrepentirá.

Aquella advertencia resultaba del todo inútil. Risto no estaba dispuesto a dejar correr la oportunidad de hacerse rico y, de paso, librarse de una esposa a la que no consideraba más que un lastre.

Aurora Robles se había convertido en su billete para una nueva vida.

Capítulo 41

Hay personas a las que la vida les sonríe, mientras que a otras, por algún motivo, parece empeñada en darles la espalda. Y Olvido había sufrido demasiado a lo largo de la suya. Una infancia de pobreza, una guerra civil, la lucha en el frente, la muerte de Luis, la explosión de mortero que le desfiguró el rostro, un exilio, el prostíbulo… La mayoría hubiera sucumbido con menos, pero ella había resistido. Hasta entonces.

—¿Se va a poner bien?

Era la enésima vez que Estrella preguntaba lo mismo, y la enésima que recibía la misma respuesta.

—No perdamos la esperanza.

Con ayuda de María, el doctor Rafael había hecho todo cuanto estaba en su mano por Olvido. Ya solo quedaba esperar.

—Vamos, amor mío —le susurró al oído una vez volvieron a estar a solas—. Debes intentarlo por ti, pero también por mí.

Le cogió la mano y se la besó. Desde la agresión, Olvido permanecía sumida en un sueño profundo del que apenas despertaba los minutos suficientes para revivir las esperanzas de Estrella antes de volver a caer en el abismo de la inconsciencia. El doctor le había dicho que la dejara dormir cuanto necesitara, que era la forma que tenía el cuerpo de reparar todos los daños sufridos. Incluso la había medicado para ayudarla a mantenerse en ese estado ausente que tanto aterraba a Estrella.

—Sé que puedes hacerlo, tienes que hacerlo —continuó, la voz agarrotada por la congoja—. Vas a seguir viviendo, nos queda

demasiado por hacer ahora que por fin estamos juntas. Quédate a mi lado, por favor.

* * *

—Quiero casarme contigo —anunció Rocío con resolución.

—¿Cómo? ¿Ahora? —preguntó José que, sorprendido, detuvo el movimiento de la pierna sobre la que cabalgaba la pequeña, lo que provocó una inmediata cascada de quejas infantiles.

—Ahora mismo no, pero sí pronto.

—¿Puedo preguntar a qué se debe este cambio de opinión?

Hacía un par de meses, cuando José le había hecho una propuesta semejante, ella no había reaccionado como él hubiera deseado. Se había asustado, esa era la verdad. Les estaba yendo todo tan bien que la aterraba que pudiera estropearse. Pero eso fue antes de lo que le había ocurrido a Olvido. También antes de que los estadounidenses aparecieran de repente y la apacible Argel se convirtiera de un día para otro en una ciudad en guerra con soldados parapetados por las calles, buques amenazantes en la bahía, aviones sobrevolando sus cabezas y el sonido de las explosiones y los disparos acongojando corazones.

Las batallas se habían sucedido y los aterrados ciudadanos se recluyeron en sus hogares a la espera de que el temporal pasase de largo, con algo de suerte sin descargar su furia sobre ellos. La noche del desembarco, los valientes miembros de la Resistencia Francesa —entre los que se encontraba el joven José Aboulker, que un día irrumpiera en la consulta del doctor Rafael con varias pistolas escondidas bajo la ropa— se hicieron con posiciones estratégicas, tomaron la comisaría y apresaron a varios oficiales militares, empezando por el general Juin y el almirante Darlan, lo que permitió a los estadounidenses ganar una ventaja crucial en la ciudad blanca. Así, a finales de noviembre, los Aliados se habían hecho con el control de la colonia y se decía que el resto del África Occidental francesa, desde Senegal a Níger, se había adherido también a la

causa de la Francia Libre y al general De Gaulle. Los cambios se sucedían a una velocidad vertiginosa. La presión obligó al almirante Darlan a dar la espalda al Gobierno de Vichy, las traiciones y nuevos acercamientos se sucedían en tanto que los Aliados avanzaban hacia Túnez para enfrentarse al temible Afrika Korps. En tales circunstancias, nadie se atrevía a pronosticar qué sería de todos ellos en un futuro próximo.

—A que la vida es muy corta, José —suspiró Rocío dejándose caer en una silla. Señaló con la barbilla hacia el dormitorio donde descansaba Olvido; ella y la niña se habían trasladado al salón para cederle aquel espacio más íntimo y tranquilo.

Había conseguido convencer a Estrella para que saliera a tomar el aire. Desde lo ocurrido, no se había separado de Olvido más que unos pocos minutos. La relojería que fuera de Moatti permanecía cerrada y Estrella apenas comía ni dormía, siempre en un velar constante, ansiosa por detectar cualquier signo de mejoría.

—No sabemos cuándo pueden torcerse las cosas —insistió Rocío—, más nos vale aprovechar lo bueno que se nos pone por delante antes de que se esfume.

José se colgó a la niña de un brazo y se acercó a Rocío. La obligó a levantarse y la abrazó por la cintura para atraerla hacia sí. La pequeña aplaudió feliz.

—Me casaría contigo hoy si pudiera, pero estoy seguro de que nos quedan muchos años por delante para estar juntos.

—Ojalá sea así… —musitó antes de abandonarse entre los brazos de su enamorado—, aunque los acontecimientos se empeñen en recordarnos que nunca deberíamos dar nada por sentado.

* * *

El estado de Olvido no mejoraba y Estrella se desesperaba por no poder hacer más. Llevaba un mes a su lado día y noche. La lavaba con una palangana y un paño húmedo y se aseguraba de secarla bien. Le humedecía los labios, le cambiaba el camisón y la ropa de

cama. Pero, sobre todo, le hablaba para asegurarse de que supiera que no estaba sola, que nunca más lo estaría.

—Estrella…

Aquella mañana destemplada la sobresaltó una voz rota y descascarillada, que a ella le pareció el mejor sonido del mundo.

—Estoy aquí —se apresuró a agarrarla de la mano y le acercó un vaso de agua a los labios resecos—. Bebe un poco, debes de tener sed.

Olvido trató de obedecer, pero apenas fue capaz de sorber y acabó por atragantarse. Estrella la incorporó con suavidad hasta que la tos remitió.

—¿Cómo te encuentras? ¿Te duele? ¿Tienes hambre? Qué tonta soy, seguro que tienes frío. Espera, que te traigo otra manta.

Estrella hizo ademán de levantarse pero sintió que la presión en su mano se acentuaba. Entendió el mensaje.

—Sé que no quieres oír esto —susurró Olvido—, pero no puedo más.

—¡Qué tontería es esa! —protestó Estrella—. Claro que puedes, yo estoy aquí para ayudarte —volvió a intentar levantarse—. Déjame que avise al doctor Rafael…

—No te vayas. —Estrella obedeció conteniendo la respiración—. La vida ha sido muy perra conmigo, aunque no le guardo rencor. Durante muchos años, la mayoría, no me ha tratado bien, pero al final me recompensó porque me llevó a ti.

Se detuvo un instante para reunir fuerzas antes de continuar.

—Eres lo mejor que me ha pasado, Estrella. Hubiera deseado tener más tiempo a tu lado, pero el que hemos podido disfrutar ha sido tan maravilloso que hace que todo lo demás haya valido la pena.

—¿Qué estás diciendo? —Sentía que le faltaba el aliento, que algo le aprisionaba el pecho y el aire no llegaba a sus pulmones—. ¿Por qué te despides?

—He sufrido demasiado, y me consuela pensar que ahora solo me espera paz.

—No, no… —Estrella boqueó con desesperación sin encontrar las palabras adecuadas que persuadieran a Olvido de seguir a su lado—. Todo va a ir bien, vas a recuperarte y ponerte en pie. Luego iremos donde tú quieras, lo más lejos posible. Te prometo que siempre estaremos juntas. No te rindas, te lo suplico.

Resultaba innegable que, a pesar de todos los cuidados, de todo el amor de Estrella, Olvido se apagaba. Se abandonaba a una muerte que la libraría del sufrimiento. Sucumbía a las heridas de su maltrecho cuerpo, o tal vez a las de su no menos dolorida alma. Y a Estrella no le quedaba otra que aceptarlo.

—Tienes que dejarme ir, Estrella, por mucho que te duela, debes hacerlo.

Y entonces lo supo.

Nada que dijera o hiciera podría mantener a Olvido con ella. Con esa terrible certeza aplastando su corazón, alzó una esquina de la sábana y se acostó a su lado para abrazarla con fuerza. Quería sentir su calor y su olor, aferrarse a ellos como si así pudiera impedir que la abandonaran.

—Te quiero —dijo Estrella entre sollozos.

Y nada podía ser más cierto ni más profundo que aquellas dos simples palabras. Porque el suyo no había sido un amor fácil, ni cómodo, ni siquiera dulce…, pero era el suyo. El más grande, el que la acompañaría el resto de sus días porque Estrella, resignada a dejarla ir, sabía que el recuerdo de ese instante viviría siempre en su interior.

Así, entre besos suaves, caricias tiernas y palabras de amor susurradas al oído, Olvido se despidió de la vida entre los brazos de la única persona que había dado sentido a la suya.

Capítulo 42

Tras casi un mes de batallas y numerosas bajas en ambos bandos, los Aliados habían acabado haciéndose con el control de Argelia y Marruecos. Aquello supuso un cambio radical en el curso de la guerra. Las fuerzas del Eje habían sido expulsadas de Egipto tras la derrota de El Alamein, y habían quedado completamente sitiadas en Túnez. Por primera vez, parecía que los alemanes empezaban a perder fuelle.

Con todo, Aurora se sentía como un león enjaulado. Por la prensa supo de la muerte del almirante Darlan en su despacho de Argel a manos de un patriota exaltado en la noche del 24 de diciembre y de la dimisión del gobernador general Châtel semanas después. La capital, como el resto del país, se encontraba sumida en un torbellino vertiginoso de acontecimientos y, lo que en un principio no iban a ser más que unas pocas semanas para Aurora, habían acabado por convertirse en un par de meses. El tiempo se había estirado con una irritante parsimonia y, mientras tanto, trataba de no desesperar. No siempre lo conseguía.

—Te he dicho que no me voy a ir a ningún sitio sin ti.

—Esa es la tontería más grande que te he escuchado decir desde que te conozco —protestó Halima por enésima vez.

—Tontería es que prefieras quedarte al lado de tu marido —se reafirmó Aurora.

La compañía Alegría había alargado brevemente su agonía. Tras la victoria de los Aliados a finales de noviembre, Gumersindo Pineda y su escaso elenco continuaban anclados en Lourmel, atentos a las novedades. Por desgracia, que los estadounidenses y británicos

hubieran logrado hacerse con el control de Argelia no significaba, ni mucho menos, que desplazarse resultase seguro. Por eso se había visto forzada a acallar aquella maldita comezón que la devoraba a la espera de que llegara el momento de reunirse con sus hermanas.

Para colmo, su querida Halima no quería acompañarla y ella sentía que el corazón se le desgarraba ante la idea de dejarla atrás. Por algún motivo que no alcanzaba a comprender, se negaba a abandonar a Risto.

—Estoy por rezar a Alá, fíjate lo que te digo, a ver si nos lo quita de en medio de una vez por todas.

—¿De repente crees en Alá? —Halima no pudo disimular una sonrisa.

—Creo en lo que haga falta con tal de que vengas conmigo —sentenció Aurora.

Pero Alá no las escuchó o, si lo hizo, no las libró de Risto. Para colmo, como si el universo se hubiera confabulado en contra de Aurora, a finales de enero unas lluvias torrenciales asolaron gran parte del Oranesado, inundando poblaciones enteras, desbordando torrenteras y destruyendo caminos. El clima argelino era como sus paisajes y sus gentes, de grandes contrastes. Lo mismo la tierra se cuarteaba reseca por el siroco tras meses sin beber una sola gota, que se veía incapaz de absorber una tromba violenta y repentina que arrasaba con todo a su paso. En aquel país de extremos, cualquier cosa era posible.

La fortuna libró a la compañía de sufrir grandes daños, pero la inestabilidad climática junto con la política hacía que viajar resultara impensable, y en esas circunstancias comunicarse con las mellizas solo las hubiera puesto en peligro. De este modo, Aurora tuvo que resignarse y, con un ánimo tan gris como el cielo de aquellos días, tragarse la impaciencia que la azuzaba.

* * *

La noche era ya cerrada cuando Halima oyó a Risto trastabillar cerca del húmedo cuartucho que les servía de vivienda. Cerró los ojos. Jamás había sentido ni un ápice de amor por él, al contrario, lo odiaba con una intensidad que solo lograba aplacar la certeza de que Alá lo había puesto en su vida por un buen motivo.

Lo escuchó desabrocharse los pantalones junto a la puerta y la repulsión trepó por sus fosas nasales junto al olor a orina.

—Maldita sea —oyó que decía—, llegas tarde.

—Menos prisas —respondió la voz del carretero de Lourmel—. ¿Se puede saber para qué me haces venir a estas horas?

—Tengo un negocio que me va a hacer muy rico…, pero necesito tu carro.

—Entonces querrás decir que ese negocio tuyo del que hablas —afiló el tono el otro con astucia— nos hará ricos a los dos.

Risto contuvo un bufido. El carretero era casi tan alto como él y, además de corpulencia, ambos compartían un carácter hosco y peleón. Intuyó que no podría manejarlo a su antojo mediante intimidaciones y amenazas.

—Ya hablaremos de eso —respondió Risto, consciente de que tendría que repartir una parte de su pastel si no quería exponerse a perderlo al completo—. Ahora a lo que vamos: vete a preparar el trasto grande ese tuyo con el burro amarrado, listo para arrearlo.

—¿Y dónde pretendes ir, estando las cosas como están?

—A Orán.

—¿Orán? ¡Estás mal de la chaveta! —el carretero soltó una carcajada burda como el resto de sus modales—. Muchos pasos se han inundado y otros han desaparecido. Las ruedas se hundirían a cada rato.

—Si se meten en el barro cien veces, cien veces las sacaremos. Las que hagan falta, ¿comprendes?

—Sí que debe de ser bueno ese negocio…

—En tu vida encontrarás uno mejor.

El otro rumió largo rato sus palabras.

—¿Para qué quieres el carro grande? El pequeño pesa menos y será más fácil de manejar tal y como están las carreteras. Para nosotros dos es suficiente. —Risto estuvo a punto de responder con un exabrupto, tanta pregunta lo estaba irritando. De nuevo se le había ido la mano con el *boukha* y le costaba que no se le trabara la lengua. En cambio, el otro, mucho más avispado, no había bebido una gota, estaba sobrio y con los sentidos alerta ante aquel filón—. No hay otro carro grande en todo el pueblo, en kilómetros a la redonda si me apuras. O me dices qué piensas subir en él o me largo y ya verás cómo te las apañas para llegar a Orán.

—Escúchame bien —concedió Risto a regañadientes—. Alguien de la ciudad tiene mucho interés en cierta muchacha, y resulta que yo la he encontrado, así que la vamos a llevar hasta allí. A cambio nos pagarán mejor que bien. ¿Contento?

—Y si tanto interés tienen, ¿por qué no han venido a buscarla?

—Tú mismo lo has dicho, los caminos están impracticables.

—¿A qué vienen tantas prisas? Esperemos a que se sequen, así no nos exponemos a hundirnos o a que el burro se quiebre una pata.

—¡Tiene que ser ahora, joder! ¿No lo entiendes? La compañía tiene los días contados, no habrá más actuaciones y en cuanto se pueda cada cual cogerá su camino. No puedo arriesgarme a que esa zorra se escape. Es mi oportunidad de…

—Nuestra oportunidad —insistió el otro.

—Que sí, joder, tú ya me entiendes —accedió Risto exasperado—. Es nuestra oportunidad de darle una patada en el culo a este maldito lugar y empezar de cero.

—¿Y qué ha hecho esa fulana para que la busquen con tanto empeño?

—Ni lo sé ni me importa. Lo único que me interesa es el dinero que nos van a dar por ella tan pronto la dejemos en la ciudad. El resto será asunto de otros.

—¿Cómo estás tan seguro de que es ella? A ver si te vas a equivocar y hacemos el viaje en balde.

—Que no, hostia, tiene la cicatriz que buscan. Es ella, te lo garantizo.

—No nos dará problemas, espero.

—De que no nos dé problemas ya me ocupo yo —siseó Risto a esas alturas embriagado también de avaricia—, tú tranquilo, que con un par de hostias hasta la fierecilla más traviesa se amansa.

Halima, que había permanecido atenta a cada palabra con el aliento contenido, sintió una punzada en el esternón. No necesitó escuchar el nombre de Aurora para sentir en lo más profundo de sus entrañas que aquel pálpito que le había robado el aire era cierto.

* * *

—¡Aurora! ¡Aurora!

—¿Qué pasa? Halima, ¿estás bien? ¿Qué haces despierta a estas horas? ¿Y cómo es que Risto te ha dejado salir?

—No hay tiempo, levanta de una vez.

La urgencia en la voz de su amiga terminó de espabilarla. Al no haber actuaciones, cada miembro de la deshilachada compañía había buscado cobijo como buenamente pudo y Aurora se alojaba en las cuadras de una familia que se había apiadado al verla sola vagando por el pueblo. Se incorporó en el jergón con el sabor de los malos presagios en el paladar.

—Tienes que irte, Risto va a venir a buscarte. Acabo de oírlo —explicó Halima nerviosa y vigilante—, quiere llevarte a Orán.

—Eso no tiene sentido, ¿por qué querría…?

Halima la acalló para, a trompicones, relatar todo cuanto había escuchado, haciendo súbitos silencios en los que aguzaba el oído para asegurarse de que no llegaban ruidos de fuera.

Un par de minutos después, Aurora había conseguido hacerse una idea de lo que estaba ocurriendo y un sudor frío le humedeció la espalda.

—¿Tú lo crees capaz de hacer algo así? —preguntó.

—Y de mucho más.

Lo primero que se abrió paso en su mente fue la imagen de sus hermanas. ¡Con lo cerca que había estado! No podía ser que, justo cuando no faltaba nada para poder recuperarlas, el destino se le volviera a torcer. Ya la habían encerrado una vez en la cárcel de Orán y fue dolorosamente consciente de que, si volvía a entrar, no saldría jamás.

—Vente conmigo —rogó una última vez—. Huiremos juntas.

Halima le sostuvo la mirada unos instantes y Aurora se estremeció, intuyendo la respuesta.

—Será el mismo demonio, pero también es mi esposo y mi sitio está con él.

—¿Aunque te mate? —Hubiera preferido no ser tan dura, pero no había tiempo para sutilezas.

—Aunque me mate —corroboró Halima con la sonrisa más triste del mundo.

Ambas sabían que eso sería lo que ocurriría. Risto no conocía la compasión. Su ira en cuanto se diera cuenta de que su codiciado tesoro había desaparecido sería terrible.

—No me iré sin ti. Por favor, no me obligues a dejarte atrás —suplicó Aurora desesperada.

—Por supuesto que lo harás. Huirás sola y encontrarás el modo de reunirte con tus hermanas. Luego te irás muy lejos de aquí y esta tierra acabará por convertirse en un recuerdo agridulce. Al igual que yo. Así lo quiere Alá y así ha de ser.

Aurora no pudo reprimir las lágrimas y se abrazó a Halima con fuerza. Inspiró su aroma a hierbabuena y se perdió en el tacto áspero de su chilaba por última vez. Las dos sabían que aquella despedida sería definitiva.

Halima la empujó con suavidad para separarla de su cuerpo.

—Es el momento.

Aurora se permitió aún unos segundos para perderse en los ojos amables de aquella mujer de corazón inmenso y sabiduría ancestral que la había acogido como a una hija y la había querido como una madre. Sintió el desgarro físico, en el centro del pecho, y dio una

violenta bocanada de aire para no desmoronarse. La culpa por irse sin ella la perseguiría el resto de sus días, por eso fue Halima quien, en su infinita generosidad, le ahorró aquel trago y se dio la vuelta para desaparecer en la oscuridad de la noche. Su silueta se desdibujó pronto y Aurora contuvo sus lágrimas gruesas y pesadas.

Adelante, tan solo podía permitirse mirar hacia delante.

Capítulo 43

Paloma había vagado durante mucho tiempo por aquella tierra que no era la suya. Estaba desmoralizada, cansada y asustada. Sobre todo, asustada. Su mano izquierda, a la que le faltaba el meñique, se encargaba de azuzar un pavor que la atormentaba día y noche. Si seguía allí, si no había abandonado Argelia, no era solo porque no tuviera otro lugar adonde ir, sino porque allí era donde estaba Ginés, con toda probabilidad preso en uno de aquellos malditos campos en los que ella siempre pensaba con un estremecimiento. La certeza de que, si se marchaba, el único hilo que aún los mantenía unidos se acabaría por romper y ya nunca lograría reunirse con el hombre que amaba, la anclaba a un lugar que, de otra forma, hubiera deseado olvidar. Pero no, Paloma no olvidaba, y cuando tenía tentaciones de hacerlo, una sola mirada a su mano mutilada la impelía a recordar.

Cuando se vio forzada a abandonar la pensión de doña Tecla para escapar de la persecución del *commissaire* Blanchard, lo hizo con mucha prisa y escasos medios. De no ser por el dinero que Rodrigo Morague le ofreció, no lo hubiera conseguido. Durante su época en Orán había escuchado que la mayoría de sus vecinos valencianos habían recalado en la capital, Argel, así que, sin familia ni amistades a las que recurrir, no lo pensó demasiado y encaminó sus pasos en esa dirección con su hijo bien agarrado de una mano y una pequeña maleta de cartón con su desarraigo además de sus tristes pertenencias en la otra.

De su llegada a la ciudad blanca habían pasado ya un par de años. Se había establecido en casa de unos vecinos de Enguera, un matrimonio mayor sin hijos que le alquilaban un cuarto a un precio

más que razonable en el *quartier* de Bab El-Oued. Isidre había sido un hombre grande en su juventud, pero una vena del cerebro le estalló sin avisar, dejándolo de un día para otro postrado en cama como un vegetal. Cisca, su esposa, se desvivía en sus cuidados y lo atendía con la misma devoción de una quinceañera enamorada.

—Mira si era cabezón que cuando se enteró por el periódico de que a los vascos les estaban castellanizando el nombre, dijo que por ahí no pasaba. Que a él su madre le había puesto Isidre por su abuelo cuando nació y que no lo cambiaría por Isidro por muchos cojones que tuviera el Generalísimo. ¡Ya ves tú qué más le daba si era solo una letra! Pues nada, que tan pronto se empezó a intuir la victoria de Franco, dijo que nos marchábamos y aquí estamos —le había explicado a Paloma con voz emocionada—. Es el amor de mi vida, ¿sabes? Mientras yo viva, a mi Isidre no le faltará de nada. Y cuando me muera… bueno, ya me ocuparé yo de que nos vayamos juntos. Así me aseguro de que tampoco le falte nada en el otro mundo.

Adivinando una cruda firmeza en su mirada, Paloma no se atrevió a preguntar cómo pensaba doña Cisca cerciorarse de que su esposo no la sobreviviría.

Debía de haber pasado los setenta y atender a un hombre de aquella corpulencia no era sencillo, por eso la buena mujer se había decidido a alquilar un cuarto libre a buen precio a cambio de que le echaran una mano a la hora de mover a Isidre. Además, Cisca tenía los dedos de las manos retorcidos por una artritis dolorosa y persistente, por lo que Paloma no tuvo reparo en ayudarla con algunos remiendos y arreglos que se amontonaban en el cesto de costura. La mujer quedó tan satisfecha con la habilidad de su nueva inquilina pese al dedo ausente que no dudó en correr la voz por el barrio entre conocidas y vecinas. La sorpresa de Paloma fue mayúscula cuando, en cuestión de pocas semanas, se le acumularon los pedidos que atender. Su entusiasta casera le prestó una vieja máquina Singer que acumulaba polvo desde que dejara de ser capaz

de enhebrar la aguja, y ella dejaba a Ginesito al cuidado de una Cisca que se derretía con sus ocurrencias para coser sin descanso.

Dos mujeres sosteniéndose mutuamente ante los envites del exilio, una con los dedos como sarmientos y la otra con nueve en lugar de diez.

—Estoy esperando a una clienta, doña Cisca. No creo que tarde.

—Entonces mejor me llevo a este granuja a casa de la vecina, que no te va a dejar trabajar.

—No sabe cuánto se lo agradezco.

—Calla, si sabes que a mí este niño me da la vida —rechazó la mujer levantándose del sofá con un quejido—. No dejes de echarle un ojo a mi Isidre, no creo que despierte de su siesta, pero no sea…

—Vaya tranquila —prometió Paloma—, que yo me quedo al cargo.

Para Paloma, Cisca se había convertido en una extensión de doña Tecla, a quien extrañaba con un hondo pesar. Nunca olvidaría a aquella mujer que la acogió cuando pisó Orán por primera vez. Los cuidados y preocupaciones de una se difuminaban con los de la otra hasta convertirse en lo mismo. Se sentía en deuda con la vida por las grandes mujeres que había puesto en su camino. Cierto que le había arrebatado mucho, pero a cambio había podido conocer la solidaridad más sincera, la determinación más feroz y la protección de una y mil madres.

Una vez sola, ahuecó los cojines del salón, descorrió las cortinas para que la luz natural inundase la estancia y, delante del espejo de cuerpo entero que había instalado en una esquina, se aseguró de estar bien peinada y de que su blusa no tuviera rastro alguno de las manos de Ginesito. Al punto, sonó el timbre y acudió a abrir con su mejor sonrisa.

—Buenos días, ¿Rocío? Yo soy Paloma. Adelante, pasa.

Una mujer joven, más o menos de su edad, obedeció tras responder a su saludo.

—¿Puedo ofrecerte algo de beber? ¿Un té con hierbabuena, una limonada?

La primera toma de contacto era algo que seguía poniendo nerviosa a Paloma. Desde que el negocio había arrancado y gracias a las recomendaciones a los cuatro vientos de doña Cisca, había conseguido una buena clientela, las cosas habían cambiado mucho. De pasar a coser a ratos aprovechando que Ginesito dormía, a verse en la necesidad de habilitar el salón como sala de recepción donde mostrar tejidos, hacer pruebas y tomar medidas. Pronto no quedó en la casa rincón alguno libre de retales, hilos o patrones, hasta el dormitorio de Isidre se había visto invadido por los bártulos de aquel improvisado taller que permitía salir adelante a Paloma con esfuerzo y tesón, olvidados los jabones como tantas otras cosas de su época de Orán.

—Me caso —anunció la joven de cabello casi rubio y unos preciosos ojos almendrados, con la limonada entre los dedos— y me gustaría llevar algo bonito.

—¿Un vestido? —inquirió Paloma con prontitud.

—La verdad es que preferiría algo… menos convencional.

—Dime, ¿qué idea tienes en mente?

Pasaron la siguiente hora eligiendo telas, revisando modelos, sopesando distintos acabados y detalles.

—No sé qué hubiera hecho sin tu ayuda —reconoció al fin la futura novia—. Este asunto me tenía algo inquieta, pero veo que no puedo estar en mejores manos.

—Agradezco tu confianza y haré todo posible porque cuando llegue el día te sientas la mujer más hermosa de Argel.

Rocío asintió con una sonrisa que le pareció algo triste. Paloma se preguntó qué hacía que una novia cubriera su mirada con aquel velo gris en los días previos al momento más importante de su vida.

Paloma y Rocío volvieron a verse en otras ocasiones. Durante el proceso de corte y confección era necesario ir comprobando que todo salía según lo previsto, por lo que las pruebas del traje, junto con el carácter afable de ambas muchachas fueron propiciando las charlas y confidencias. En una ocasión, Rocío acudió acompañada.

—Perdona, no he podido dejarla con nadie.

—¡No sabía que tenías una hija! Menuda preciosidad, debe de caérsete la baba con una princesita así en casa.

—Eso no te lo voy a negar. —Rocío agradeció el tono despreocupado de la modista, quien parecía hacer suyas las costumbres francesas, mucho más relajadas que las españolas. Nadie se escandalizaba ante una madre soltera o porque una novia no acudiera virgen al matrimonio.

Sin dejar escapar ni uno solo de los alfileres que pellizcaba con los labios, Paloma se lanzó a hablarle de Ginesito.

—Al lado de tu niña el mío parece más bien un terremoto. Mira qué tranquila la tienes… Ginesito no para quieto un segundo, no sé de dónde saca la energía.

—¿Qué edad tiene?

—Cinco.

—Mujer, si no tiene energía ahora, ¿cuándo la va a tener?

—En eso tienes razón —concedió, tras lo que se animó a preguntar—: Dime, ¿y no tienes más familia?

La mirada de Rocío se perdió durante un instante entre los pespuntes del que sería su traje de novia. Luego se centró en la imagen del espejo, allí se encontró con una mujer desconocida. Las finas arrugas del rostro desvelaban que había sido vapuleada por la vida una y mil veces, que se había caído y vuelto a levantar, que, a pesar de todo, seguía avanzando, aunque solo fuera porque no tenía más remedio.

—Tengo dos hermanas —logró articular al fin.

—Eso es estupendo. —Paloma quiso quitarle hierro al asunto, consciente de pronto que había tocado un tema que removía el silencioso dolor de su clienta—. Las hermanas son un regalo que nos hace la vida.

—Lo son, pero la mayor no podrá venir a la boda y la otra… bueno, hace poco sufrió una gran pérdida y no está pasando por un buen momento.

—¿Por qué no le pides que te acompañe a la próxima prueba? —propuso Paloma retirándose un par de pasos para valorar con ojo

experto lo que sus manos habían estado haciendo—. Esto está casi listo, solo falta que vengas una última vez para ver el resultado final. Quizá eso la anime.

Paloma vio cómo Rocío le sostenía la mirada a la mujer del espejo con determinación, como si en silencio se prometiera a sí misma no dejarse vencer por el desánimo. No tenía forma de imaginar las incontables adversidades que había debido sortear, pero de algún modo intuyó que a sus espaldas cargaba con malos recuerdos y dolorosas ausencias.

—Tal vez sea buena idea.

Una semana después, Paloma abrió la puerta a Rocío para comprobar que no solo venía acompañada de su hija. Su clienta le dirigió una elocuente mirada, a la que respondió con un guiño casi imperceptible.

—Te presento a mi hermana Estrella.

Paloma sonrió con desenvoltura para darles la bienvenida. Había trabajado muy duro en aquel encargo. Un traje de novia era una gran responsabilidad, una que, de salir bien, podía llevarla a conseguir nuevos pedidos. Desde hacía meses venía dándole vueltas a la idea de ampliar el negocio. Si bien es cierto que eran tiempos revueltos, no faltaban familias a quienes les iban bien las cosas, sobre todo aquellos que habían sabido adaptarse a las necesidades de los americanos que ahora campaban a sus anchas por la ciudad. Le empezaba a resultar difícil atender el volumen de encargos que le llegaban, por eso se preguntaba si no sería el momento de buscar una ayudante, alguien que se ocupara de las tareas más sencillas como hilvanar o planchar mientras ella hacía los cortes de los patrones, asesoraba sobre tejidos o confeccionaba las piezas más complejas. Pensaba en todo aquello a la vez que conducía a las hermanas hasta el salón, donde el fruto de su trabajo descansaba pulcramente planchado colgado de una percha, sin embargo, había algo más que cosquilleaba en su mente. Algo que no sabía ubicar aún, pero que le provocaba una sensación de desasosiego desde que había abierto la puerta.

—Siempre has sido la más guapa de las tres.

—Eso lo dices solo para halagarme.

Estaban instaladas en el salón. Rocío enroscaba su cuerpo frente al espejo para tratar de observarse desde distintos ángulos y su hija jugaba en el suelo con una caja llena de bobinas de colores que le habían dado para entretenerla. Saltaba a la vista que Paloma había hecho un trabajo impecable, aquellas prendas se adaptaban a su figura como un guante.

—Lo digo porque es verdad, estás deslumbrante.

—Debo darle la razón a tu hermana —intervino Paloma, con la confianza adquirida tras varias semanas de pruebas y revisiones—. Y eso que cuando me comentaste que no deseabas un vestido blanco, como casi todas las novias, tuve mis dudas, lo reconozco. Pero resulta que no necesitabas más que un sencillo traje para parecer Venus caída del cielo.

—¡Sois unas aduladoras! —protestó Rocío entre risas, sin disimular su satisfacción ante lo que veía en el espejo.

Aprovechando que su clienta se desvestía tras un biombo, Paloma se dirigió a la cocina en busca de la limonada aromatizada con hierbabuena fresca que tenía preparada para celebrar el momento. Había dejado a las dos hermanas cuchicheando entre susurros emocionados acerca del cercano evento. Ella también se sentía feliz, estaba orgullosa de cada acabado de aquel traje que tantas horas de sueño le había robado y estaba convencida de que sería muy comentado entre las invitadas, lo cual se traduciría, si todo iba bien, en que su sueño de ampliar el negocio estuviera más cerca. Tal vez fuera el momento de ir buscando un local al que trasladar su taller de costura, no podía seguir invadiendo el salón de doña Cisca para siempre.

Rumiaba sus planes cargada con una bandeja de vuelta al salón cuando las voces de las hermanas se volvieron inteligibles para sus oídos.

—José se va a quedar sin palabras cuando te vea —decía Estrella.

—¡Eso espero! —bromeó Rocío—. Si no es así, con las mismas me doy la vuelta y no me caso.

—No digas tonterías —rio Estrella, que enseguida se puso seria—. Cuánto desearía que Aurora no se perdiera este momento…

El estallido de cristales interrumpió la conversación de las hermanas, que se volvieron sobresaltadas para descubrir a Paloma tras ellas, las manos aún en el aire, como sosteniendo una bandeja invisible, pues la de verdad había acabado en el suelo, rotos los vasos en mil pedazos. La pequeña empezó a llorar.

—¡Dios mío! —musitó la modista con el rostro descompuesto. Las piezas que le habían provocado esa inexplicable desazón empezaban a encajar en su mente.

Las mellizas no comprendían la mirada desorbitada ni el temblor de los labios de aquella joven que hasta hacía poco parecía totalmente cuerda y de repente se les aparecía como ida. Rocío había abrazado a su hija contra sí, lo que podía ser un gesto para evitar que se cortara con los vidrios, para consolar su llanto o bien para protegerla de Paloma. Aunque la modista apenas reparó en ello, puesto que su cabeza trabajaba a toda velocidad, recuperando datos de la memoria y atando cabos para dar respuesta a una pregunta que llevaba años rondándole.

—¿Tenéis una hermana que se llama Aurora? ¿Aurora Robles?

Tras unos largos segundos de silencio, las mellizas asintieron a la vez, empezando a contagiarse del mismo cosquilleo que había embargado a Paloma.

—No puede ser. ¡Dios mío! Todo este tiempo… Si Aurora… No, no puede ser… —Paloma balbuceaba palabras sin sentido, pisando los vasos rotos sin prestar atención al crujido de estos. La niña se había callado de improviso, presintiendo tal vez la trascendencia de aquel instante que cambiaría sus vidas para siempre.

—¿Tú conoces a Aurora? —la voz trémula de Estrella parecía a punto de quebrarse, como si temiera permitirse un atisbo de esperanza.

Por fin, Paloma pareció aterrizar de nuevo en el salón de doña Cisca y sus músculos se destensaron de golpe. Se desplomó en una de las sillas del comedor. Miró a su alrededor, aún aturdida por el inesperado descubrimiento, y al encontrarse con tres rostros pendientes de ella, incluido el de la pequeña, sonrió.

—Así es —dijo soltando el aire contenido—, conozco a vuestra hermana.

La tarde pasó volando. Paloma les contó cómo la casualidad había querido que coincidieran en la pensión Valencia y se hicieran íntimas amigas.

—Hablaba mucho de vosotras —les relató una vez los ánimos se templaron y los restos de cristales se recogieron—. Nunca dejó de buscaros, erais su obsesión.

Rocío besó la cabecita de su hija, que se había dormido en sus brazos, y sin querer la humedeció con sus lágrimas.

—Pobre Aurora —murmuró—. No quiero ni imaginar el infierno que habrá sufrido estando sola. Al menos nosotras nos teníamos la una a la otra, pero ella…

—Es fuerte —replicó Estrella, aferrándose a algo que aplacara la angustia.

—Es una mujer asombrosa, de eso no cabe duda —corroboró Paloma—. Y de que os quiere con toda su alma, tampoco.

El llanto callado de las mellizas apenas era capaz de liberar una mínima parte de aquel dolor enquistado en sus pechos desde el mismo momento en que las separaron. Habían añorado a su hermana durante días y noches que se sucedían sin fin, habían barajado todas las hipótesis imaginables acerca de su suerte, se habían puesto en lo mejor, pero también en lo peor. Y ahora, por fin, tres años después de su separación, volvían a sentirla cerca.

—Entonces, ¿Aurora está en Orán? —preguntó Estrella, poniéndose en pie de pronto, espoleada por una idea—. ¡Pues vayamos! Quiero decir, Orán no está tan lejos. Si nos das la dirección de esa pensión solo tenemos que subir a un tren y…

—No es tan sencillo —la detuvo Paloma.

Su voz ya no sonaba ligera, enredada en las cuerdas vocales una noticia que sabía supondría un nuevo golpe para las mellizas. Decidió no retrasarlo más.

—Aurora se marchó para unirse a una compañía de teatro ambulante con la esperanza de que, si recorría Argelia entera, antes o después acabaría por encontraros.

—Pero tú sabrás qué compañía es, debe de haber alguna forma de contactar. No puede ser tan difícil dar con ella.

Paloma no respondió de inmediato. No les había contado todo. El recuerdo de Bruno Blanchard hizo que el meñique de su mano izquierda, el que ya no tenía, le ardiera como si de pronto volviera a estar en su lugar. No podía callárselo. Estrella y Rocío merecían saber toda la verdad.

—No sois las únicas que queréis encontrar a Aurora.

* * *

La boda fue civil y tan sencilla que apenas parecía una boda. Rocío había estado casada antes, aunque fuera en otras circunstancias muy distintas y con un hombre más distinto aún, pero el mal recuerdo de aquella primera experiencia la llevó a buscar todo lo contrario en la segunda. Para empezar, no lucía el típico vestido largo y blanco, sino el traje de chaqueta y falda por la rodilla en color gris marengo que le había confeccionado Paloma, con una blusa con chorreras de un tono marfil. Ni siquiera había querido llevar ramo de flores, prefería caminar hacia José de la mano de su hija, que lo miraba todo con los ojos muy abiertos.

Los invitados tampoco podían ser más diferentes. Además de la pequeña y de su hermana Estrella como única familia, no faltaron Paloma con Ginesito, que tras el descubrimiento de su amistad con Aurora había pasado a ser amiga de las mellizas de forma inmediata, ni *madame* Violeta acompañada por todas sus chicas. Si resultaba rocambolesco aquel mosaico de jóvenes con nombres de flor, tan

exuberantes y desinhibidas en sus vestidos escotados y faldas demasiado cortas para el recato, nadie comentó nada.

Rocío hubiera dado cualquier cosa porque Aurora hubiera podido acompañarla. Le dolía su ausencia como el primer día y solo esperaba que se mantuviera a salvo hasta que pudieran reunirse. A su lado, Estrella le apretó la mano. Su melliza no podía ocultar el duelo que vivía en su interior desde la muerte de Olvido, pero estaba decidida a que aquello no enturbiara la celebración.

—Sonríe —le pidió Rocío—, seguro que te estará viendo.

Estrella no tuvo que esforzarse por obedecer, realmente estaba feliz por su hermana.

—Me pidió que la dejara ir, ¿sabes? —confesó a media voz, con el recuerdo de Olvido atravesado en la garganta—. Justo antes de cerrar los ojos por última vez, eso fue lo que me pidió.

Rocío la miró con ternura. No podía imaginar el dolor de perder para siempre a quien se ha amado tanto. Cuando habló, lo hizo con la mayor suavidad posible.

—Tal vez se refería también a su recuerdo —dijo cauta, y Estrella le hurtó una mirada húmeda—. Si te empeñas en vivir aferrada a él, será como enterrarte a su lado.

Estrella suspiró con fuerza, como si le costase, y respondió:

—Quizá tengas razón —musitó y luego se esforzó por cambiar el tono por uno más alegre—. Creo que tienes al hombre más enamorado de Argel esperándote ahí dentro. ¿Vamos?

Rocío le devolvió el apretón con la mano mientras que con la otra sujetaba la de su pequeña. Sonrió.

—Vamos.

Como suele ocurrir en las ocasiones en las que más felices somos, el tiempo voló raudo y, cuando ya habían dado cuenta del modesto banquete junto a sus invitados, cuando habían apartado las mesas a un lado y ya les dolían los pies de tanto bailar al son del mismo disco del gramófono prestado por el doctor Rafael una y otra vez… entonces llegó la noticia, la que se convertía en el mejor broche final para la celebración: siguiendo lo que había comenzado con la exitosa

operación Torch en noviembre, al fin británicos y estadounidenses habían llevado a cabo el cierre de los campos del desierto, con lo que centenares, tal vez miles de presos españoles habían recuperado su libertad.

Aquello supuso la locura colectiva. Los Aliados avanzaban en sus posiciones y no les temblaba el pulso en sus acciones. Se sucedieron los abrazos, las lágrimas y las frases que prometían un final de la guerra cada vez más cercano. Incluso alguna voz se atrevió a hablar de la caída de Franco y del regreso a casa.

La celebración se llevaba a cabo en el nuevo taller que gracias a sus esfuerzos y talento José había abierto recientemente, en la misma barriada de Hussein Dey, pero en un local mucho más modesto que el de su anterior *patron.* Allí, en la intimidad de saberse en compañía de amigos, cada cual dejó salir emociones que llevaba demasiado silenciando. Los ánimos estaban por las nubes, pero Rocío se percató de una mujer que no se sumaba al jolgorio. Sentada en una esquina, con su pequeño en el regazo, lloraba sin consuelo.

—Paloma, ¿te encuentras bien?

La aludida levantó la vista y, sin soltar a Ginesito, sonrió.

—Mejor que nunca —contestó con voz firme pese al llanto—. Esto significa que Ginés es libre. Por fin. Mañana mismo empezaré a mover los hilos que haga falta para que nos reunamos… Muy pronto podré decirle que tenemos un hijo.

Rocío asintió comprensiva, pero no respondió. No podía preguntarle qué ocurriría si las respuestas que encontraba a sus pesquisas no eran las que ella esperaba. No tenía intención de romper la burbuja de felicidad en la que flotaba Paloma, pero temió que, si estallaba, el golpe contra el suelo fuera tan duro que no pudiera recuperarse.

Capítulo 44

La oscuridad amparó a Aurora en su huida. Al alejarse de los miembros de la compañía, de Gumersindo Pineda, de Halima… sintió cómo su pecho se iba encogiendo a cada paso. Ellos eran todo cuanto conocía, al dejarlos atrás, sentía que abandonaba una parte de sí misma. Su vida se fragmentaba en mil pedazos que se iban perdiendo por el camino y que ya nunca podría recuperar.

Pese a todo, se alejó de allí con tanto sigilo como presteza. Lo hizo sin mirar atrás, consciente de que a esas alturas solo hacerlo hacia delante era una opción. La apremiaba el convencimiento de que cada zancada la alejaba de Risto y de sus siniestras intenciones. Al pensar en él, un regusto a bilis le subía al paladar. Desde el primer momento en que lo vio intuyó su maldad, lo que nunca se hubiera atrevido a sospechar era que ella misma fuera a convertirse en su moneda de cambio.

Aunque Risto no le provocaba ni la mitad de terror que la prisión en la que la encerraron a su llegada. Sus peores recuerdos la asaltaron para llevarla de vuelta a aquella sala sin ventanas y al hombre que giraba un anillo *chevalier* en su anular. No podía volver ahí, no lo resistiría. Los últimos tres años habían hecho mella en ella. Por fuera, en las pocas ocasiones en que se había parado a mirarse en un espejo, le había parecido que su rostro dejaba traslucir parte del padecimiento sufrido, como si su piel se hubiera vuelto permeable y no fuera capaz de contener tanto dolor. La primera vez que pisó Argelia aún tenía el espíritu intacto y las esperanzas florecidas. Todo ello se había marchitado ante la crudeza de un país que, si bien la había llevado a cruzarse con personas maravillosas,

también la había enfrentado a lo más ruin y miserable de los hombres. Como si aquel crisol humano no fuera más que una extensión de una tierra tan exuberante como inhóspita.

Como si se resistiese a la inminente primavera, el frío húmedo de la noche argelina le mordía los huesos. Aurora se arrebujó en su tazado abrigo gris y apretó el paso. No podía permitirse detenerse, no ahora. Sus hermanas eran su único motivo para seguir caminando, pero la azuzaban con tal ímpetu que hubiera sido capaz de cruzar el desierto entero con tal de volver a abrazarlas una sola vez.

Al abandonar el pueblo de Lourmel se adentró en una amplia extensión de campos. Algunos mostraban claros signos de no haber sido cultivados en años, otros no eran más que un pedregal baldío donde no crecían más que matojos esmirriados. Trastabilló unas cuantas veces en la oscuridad y cayó al suelo un par de ellas, manchando sus manos y sus ropas del barro de las últimas lluvias. Poco le importaba.

Tardó un rato en darse cuenta de que iba murmurando algo, una especie de letanía. Sorprendida porque las palabras abandonaran su boca con voluntad propia, prestó atención a su propia voz.

—Sigue —repetía una y otra vez—, sigue.

* * *

Con la llegada del alba, tras horas de caminar sin descanso y convencida de que había recorrido una distancia suficiente como para haberle complicado el rastreo a Risto, se permitió descansar por primera vez. Encontró el badén de una acequia seca cubierto de maleza y prácticamente se derrumbó allí para caer en un inquieto duermevela poblado de pesadillas en las que fieras salvajes corrían tras ella con las fauces abiertas. Se despertó un par de horas después, con los músculos ateridos y el corazón desbocado. Con cautela, asomó la cabeza desde su madriguera y la claridad hizo que entornara los párpados. Estaba en medio de ninguna parte.

Desorientada, se preguntó cómo había sido capaz de llegar hasta allí en plena oscuridad.

Sin duda, concluyó, el miedo es un gran acicate.

Un par de gestos rápidos no fueron suficientes para adecentar su maltrecho aspecto, pero tampoco podía hacer mucho más, por lo que volvió a ponerse en marcha. Si caminar en la noche resultaba difícil por la escasa visibilidad y la humedad traicionera, el día aún podía ser peor. Cierto que podía ver dónde pisaba, pero el sol implacable caía a plomo sobre su cabeza y la sed pronto empezó a dibujarse como la peor de las amenazas.

Trató de obviarla cuando se le aferró con saña a la lengua, también cuando empezó a arañarle la garganta, incluso cuando se hizo insoportable. Agua. A la caída del día ya no pensaba en otra cosa. Ese rumor interno había adquirido unas dimensiones descomunales, llenando por entero su cabeza y cada célula de su cuerpo. Agua. Pero no había dónde conseguirla más allá de algún charco embarrado, y estaba segura de que la haría enfermar si se le ocurría beber. Con el paso de las horas, hasta aquella inmundicia empezó a parecerle tentadora.

Sabía que sin beber no aguantaría mucho más. La comida no le preocupaba, podía soportar el calambre de su estómago, pero la sed era otra cosa. Desesperada, temió haber escapado a su verdugo para acabar muriendo deshidratada en medio de aquel terregal, tan cerca y a la vez tan lejos de sus hermanas. Pero ¿qué podía hacer? Retroceder no era una posibilidad. ¿Entonces?

Una silueta recortada entre los últimos rayos se le apareció como una súbita respuesta a sus plegarias. Aurora guiñó los ojos haciéndose visera con la mano y apostó por que sería un *gurbi,* tal vez, con algo de suerte, una pequeña granja. Desde aquella distancia no podía adivinar si estaba habitada o en ruinas, ni tampoco si sería bien recibida con su aspecto desaliñado. La necesidad la sacó de sus cavilaciones, obligando a sus pies a caminar.

Las ilusiones de Aurora fueron aumentando conforme la distancia se acortaba y sus papilas empezaron a salivar de anticipación. Sí, se trataba de una granja. Habría lanzado un grito de júbilo de no haber tenido la garganta tan reseca que le resultaba del todo imposible articular más que lastimeros gemidos. Allí vivía gente y, si había personas, habría agua. La simple idea de que su calvario estaba llegando a su fin pareció insuflarle una energía que creía agotada. La urgencia apremió sus pasos. La visión de aquella construcción aún distante acaparó toda su atención, era incapaz de apartar la mirada un solo instante como si por hacerlo pudiera desaparecer sin más. Obcecada como estaba ni siquiera escuchó el crujido a su espalda. Tampoco la respiración pesada, cerca del ronquido que se aproximaba. De no haber estado tan ciega, tan sorda, tan desesperada por beber, tal vez todo habría sido diferente. Pero no lo fue.

Un brazo inmenso cayó sobre su espalda como si se le hubiera derrumbado encima una montaña entera. Ni siquiera sintió dolor. En un primer momento de incomprensión, su cerebro lo único que hizo fue lamentarse porque de algún modo ya intuía que la última posibilidad de saciar su sed se esfumaba.

—¡Maldita zorra!

Dos palabras bastaron para reconocer la voz de Risto. Aurora fue consciente de que con su obsesión por conseguir agua había olvidado cualquier precaución, se había lanzado campo a través, donde era bien visible a plena luz. No había vuelto la vista atrás ni una sola vez, su mirada clavada en esa promesa que suponía la granja aún lejana. Había sido imprudente e iba a pagar las consecuencias.

—Creías que te ibas a escapar, ¿eh? ¿Qué podías dejarme sin mi recompensa?

El golpe por la espalda la había arrojado al suelo, donde él la sujetaba sin dificultad. Aurora seguía bloqueada, la deshidratación ralentizaba sus movimientos y pensamientos, sumiéndola en un estado de irrealidad parecido al de las pesadillas.

—No eres más que una furcia rastrera que se cree muy lista. Te calé el primer día que te vi. —Gotitas de saliva de Risto caían sobre su rostro sin que lograran arrancarla de su estupor. Lo oía, olía su aliento alcohólico, pero nada de todo ello lograba hacerla reaccionar—. Te he cazado, ya lo ves —se jactó—. Te llevaré a Orán y me harás un hombre muy rico. Pero antes… Antes me vas a ayudar con una cosa. —Aurora sintió una mano que se deslizaba por debajo de la falda. La voz de Risto se había transformado en un jadeo ansioso—. Resulta que tu amiga Halima me la estaba jugando, la muy zorra. Durante años me ha dado esos jodidos pitillos haciéndome creer que sin ellos se me caería la polla, pero lo que hacían era dejármela inútil. ¡Y todos pensando que era una mosquita muerta! Me costó sacárselo, no creas, pero con un par de buenas hostias me lo confesó. Por cómo disfrutó viéndome la cara de gilipollas que se me puso, diría que hasta lo estaba deseando. ¿Y sabes lo que hizo? Mientras le apretaba el cuello y la cara se le ponía azul, aún tuvo los cojones de echarme una maldición, qué hija de puta. Me juró que jamás podría volver a usarla, ni matándola, pero ahora mismo tú me vas a demostrar que se equivocaba. Y más te vale que se me ponga como una piedra porque, si no, te juro que lo vas a pasar muy mal.

Puede que fuera la mano que reptaba por su piel como una culebra, o tal vez la angustia por la suerte que habría corrido Halima, o el peso de ese cuerpo monstruoso aplastando el suyo… El caso es que algo en su mente al fin se despertó. Fue como si accionaran un interruptor y de repente, en medio de la más absoluta oscuridad, se hiciera la luz. Aurora supo lo que iba a ocurrir. Risto la violaría y después la arrastraría hasta la prisión donde el hombre del anillo acabaría con ella. Y un rugido sordo, que solo ella podía escuchar, empezó a gestarse en la boca de su estómago. No, no iba a permitirlo. El rugido creció en intensidad y fue subiendo por su esófago. Había sufrido demasiado, no se lo merecía. Se abrió paso entre las amígdalas para llenar su paladar, expandiéndolo de una

forma dolorosa, pugnando por salir. Incapaz de contenerlo por más tiempo, abrió los labios y lo liberó.

Antes prefería morir.

Tal vez fue ese aullido animal, o puede que el estar tratando de bajarse los pantalones mermara su capacidad de atención, el caso es que no lo vio venir. Risto no se percató de que Aurora había logrado deslizar una mano por el suelo para agarrar una piedra de las muchas que se encontraban en aquellos caminos. No la vio alzar el brazo sobre su cabeza y dejarlo caer con fuerza una, dos, siete veces. No supo que se deslizó con dificultad por debajo de él para escabullirse. Tampoco la vio observarlo de pie, a su lado, con la piedra aún firmemente agarrada, la mirada enajenada y la respiración entrecortada. Risto no vio nada porque desde el primer y certero golpe en la sien ya estaba muerto.

Aurora lo sospechaba, pero no se atrevía a comprobarlo. Lo rozó con el pie y el cuerpo inerte del hombretón no respondió. Luego lo empujó con más fuerza, hasta que lo hizo rodar. La mirada congelada de párpados abiertos y pupilas dilatadas en aquel rostro que tanto odiaba le confirmó lo que ya intuía: no respiraba.

Durante unos eternos minutos, Aurora no hizo más que contemplar a Risto, con los pantalones desabrochados y aquella cara de bruto, con toda su maldad tan muerta como él, y no sintió nada. No derramó ni una lágrima. Como si estuviera seca también por dentro. Por mucho que rebuscó en su interior, no había pena ni culpa. Solo aquella maldita sed que había vuelto sin piedad.

Un súbito ruido proveniente de la granja la devolvió a la realidad. Fue dolorosamente consciente de que acababa de asesinar a un hombre y, aunque hubiera ocurrido en defensa propia, sería improbable que alguien la creyese, sobre todo cuando se supiera que la buscaban desde Orán. Debía huir, alejarse del cadáver cuanto antes; quizá así, para cuando lo encontrasen, nadie podría relacionarla con él. Ya se daba media vuelta cuando una idea la hizo volverse. Venciendo su repulsión, se agachó junto al muerto y rebuscó en los bolsillos de su pantalón. Encontró un cuchillo y un

paquete de tabaco con dos cigarrillos arrugados. Desechó estos últimos, pero se quedó con el cuchillo. A continuación, arrancó de un tirón el zurrón de tela que Risto llevaba aún cruzado sobre el pecho. No pudo inspeccionar su contenido porque escuchó unas voces que se aproximaban. Supuso que serían los campesinos de la granja, pero no estaba dispuesta a quedarse para comprobarlo. Agazapada, con el zurrón sujeto contra el pecho, se fue alejando con sigilo hasta que las voces se volvieron gritos y supo que la habían descubierto. Se olvidó de su andar cauteloso y se lanzó a una loca carrera sin detenerse ni mirar atrás ni una sola vez. Solo respiró al comprobar que no la habían seguido.

La noche era cerrada y la oscuridad absoluta cuando se topó con una de las zonas arboladas que salpicaban el fértil Tell argelino. Allí, Aurora se acurrucó entre la maleza como un animal herido. Llevaba dos noches sin dormir, había caminado sin descanso, en sus pies se habían formado ampollas que se abrieron y supuraban, tenía la cara y el pelo cubiertos con sangre seca… pero lo peor era la sed. Creía que se volvería loca si no conseguía saciarla pronto. En ese momento recordó la bolsa de Risto. Se la había llevado sin llegar a abrirla y no lo demoró más. Un trozo de pan duro y una cantimplora fueron su recompensa. Desesperada, Aurora se abalanzó sobre la cantimplora, por el peso parecía llena, solo esperaba que no fuera de *boukha.* Al abrirla descubrió que no se había equivocado, estaba a rebosar y, por una vez, la suerte le sonreía. ¡Agua! Quitó el tapón con las manos tan temblorosas que temió volcar el contenido, luego bebió con ansia y lo habría seguido haciendo hasta vaciarla de no ser porque en un repentino destello de lucidez recordó que ignoraba cuándo volvería a tener ocasión de beber. Haciendo un gran esfuerzo, se obligó a guardar la cantimplora. Aun siendo insuficiente, aquel trago la hizo revivir.

A partir de entonces, Aurora extremó las precauciones. No olvidaba que Risto le había hablado de ella al carretero; Halima se lo había contado y no podía descartar que, sabiendo que ofrecían una suculenta recompensa, estuviera también buscándola. Había llegado

demasiado lejos como para dejarse cazar como una liebre. No volvió a caminar a la luz del día, aguardaba a que cayera la noche, cuando se lanzaba a un vagar dificultado por la escasa visibilidad y lo abrupto del terreno, con el recuerdo de su amiga y su negro destino royéndole el alma. Evitaba poblaciones y aldeas. A esas alturas ya habría corrido la voz de que un hombre había sido asesinado a pedradas y no estaba segura de si los campesinos de la granja habían llegado a verla.

Lo peor fue cuando la cantimplora se acabó y la sed regresó para atormentarla de nuevo, esta vez sin piedad. Si al menos volviera a llover, pensaba, pero no se veía ni rastro de ninguna nube que alentara sus esperanzas. Aguantó dos días más, en los que recorrió la mayor distancia que sus maltrechos pies le permitieron, rezando por estar haciéndolo en la dirección correcta, pues sabía que Argel quedaba al este y ella utilizaba el amanecer a modo de brújula. El sol, su intuición y el empeño de no morirse sin antes volver a ver a sus hermanas, esas eran todas sus herramientas. Con todo, al anochecer de la segunda jornada sin agua, Aurora se sentía desfallecer. Su cuerpo no coordinaba y su mente empezaba a jugarle malas pasadas, haciéndole ver cosas que solo existían en su imaginación. Se derrumbó entre unos cepellones de esparto jadeando, con la lengua hinchada y los labios despellejados. Cerró los ojos un instante, tentada ante la idea de rendirse. Pero, una vez más, su tozudez la impulsó a abrir los párpados. Fue entonces cuando lo vio. Al principio no estaba segura de si sería una especie de espejismo como los que aturdían a los incautos que se perdían en el desierto. Al acercarse pudo comprobar que no era una alucinación. Allí, bajo uno de los matorrales en los que se había refugiado, había un pequeño charco. Era agua sucia y pestilente que aún no se había secado tras las últimas lluvias torrenciales y en la que se agitaba algo minúsculo parecido a renacuajos, con un color parduzco imposible de definir…, pero agua al fin y al cabo. Sabía que no debía beber aquel brebaje insalubre, pero no había alternativa. Aurora se aproximó, se acomodó a cuatro patas como el animal en

el que se había convertido, colocó las manos formando un cuenco y bebió.

Los primeros síntomas se dejaron notar en apenas veinticuatro horas. Unos terribles retortijones la doblaron en dos, después llegó la descomposición del vientre y unos sudores fríos que le empaparon el pelo aún con restos de sangre de Risto. Al principio se resistió a detener su marcha, pero pronto notó una debilidad en las piernas que se negaban a sostenerla. Se tumbó a descansar con un quejido lastimero. Si al menos tuviera consigo el saco de remedios de su querida Halima, se dijo. Pero lo único con lo que contaba era aquel refugio improvisado bajo un árbol, a resguardo de miradas ajenas gracias a un montículo de piedras y tierra seca. Triste consuelo era aquel, y Aurora suplicó en silencio por que el mal que la aquejaba remitiera por sí solo. Pronto comprobó que aquel deseo tampoco le sería concedido.

Para cuando la fiebre la asaltó sin piedad, los calambres del estómago hacía rato que la sacudían como a una hoja en medio de la tempestad. Empezó a perder el conocimiento a ratos y, en los que se mantenía despierta, no era capaz apenas de incorporarse. El simple gesto de abrir los párpados le resultaba doloroso y agotador. Una neblina mental llegó para aliviar su padecimiento, sabía que no era buena señal, pero la agradeció como si lo fuera. Al menos así el sufrimiento se disipaba. Se dejó llevar. Entre sueños y delirios se le aparecían sus hermanas, la sobrina a la que ya nunca conocería, hasta Halima y doña Tecla la visitaron. Cuando vio llegar a la señora Sagrario, sonriente con su cacatúa malhablada sobre el hombro, supo que se moría.

Aurora, que durante tres años había luchado incansable por seguir el rastro de Estrella y Rocío, se rindió. Lo hizo con una sensación de alivio que abrazó sin dudar. Ya no podía ni quería seguir. Todo se había acabado, y ni siquiera tuvo la tentación de rebelarse. Ya no.

Se dejó mecer por la inconsciencia, permitió que la arrullaran sus recuerdos y se abandonó a lo irremediable. Justo cuando su

respiración se había ralentizado y los calambres hacía rato que ya no la incomodaban, un ruido a lo lejos turbó la quietud de su sepulcro. Trató de no prestarle atención, ocupada como estaba en morirse, sin embargo, cuando creyó estar a punto de conseguirlo, una presencia se reveló a su lado. Incapaz de abrir los ojos, supuso que los campesinos finalmente habían dado con ella. O puede que incluso fuera Risto, que acudía a su encuentro desde el infierno para llevársela consigo. Aquella idea enajenada la enfureció, sacudiendo las últimas energías que almacenaba su maltrecho cuerpo y la hizo reaccionar. Todavía llevaba el cuchillo de aquel malnacido consigo, así que lo blandió con saña, dispuesta a matar de nuevo a ese fantasma.

—Acabaré contigo las veces que haga falta —musitó en un murmullo inaudible.

Sintió que la hoja se hundía en la carne de su agresor.

No tuvo fuerzas más que para esbozar una última sonrisa de victoria. Y, con ese gesto grabado en el rostro, Aurora se dejó arrastrar a las profundidades de lo desconocido para no regresar jamás.

Capítulo 45

En Estrella y Rocío, Paloma había encontrado el asidero que necesitaba en medio de la tempestad. Tras conocer su amistad con Aurora, las mellizas no habían dudado en acogerla como si de una vieja amiga se tratase. Le propusieron trasladarse al apartamento que las hermanas habían compartido, al fin y al cabo, había espacio libre tras la boda, puesto que Rocío y la niña se mudaron con José.

Le entristecía marcharse de casa de Cisca e Isidre, así que Paloma habló con su casera y acordó mantener allí su taller de costura. Después de todo, el apartamento de Estrella no era tan grande y aquella solución le permitiría no perder el contacto con la buena mujer por la que sentía un sincero aprecio.

Pronto pareció que Paloma, con su carácter afable y su sonrisa franca, siempre hubiera estado allí. Ella, y también Ginesito. El niño había despertado una absoluta devoción en la pequeña hija de Rocío, que lo seguía a todas partes convertida de pronto en su sombra. Por su parte, él había adoptado un papel protector de hermano mayor que hacía las delicias de las tres mujeres.

—¿Tenemos noticias? —voceó Rocío desde la puerta, cerrándola con un golpe de cadera. Traía una bolsa con *beignets* recién hechos que había comprado a una mujer con manos de alheña en un puesto callejero, la niña salió disparada entre sus piernas en busca de Ginesito.

Lo cierto era que, aunque Rocío se había mudado con José, vivían apenas a dos calles y la flamante esposa pasaba en su antigua casa la mayor parte del tiempo.

En el rincón de la cocina se encontró con su hermana y Paloma, que ya terminaban de preparar el café para completar el desayuno. El rostro de su nueva amiga le dio la respuesta antes incluso de que lo hicieran sus labios.

—Tranquila —la consoló—, llegarán.

—Lo sé —suspiró Paloma, consiguiendo retener una lágrima traicionera—. Es solo que me cuesta esperar de brazos cruzados.

—No puedes hacer nada más. —Estrella dejó tres tazas sobre la mesa—. Ya sabes que el doctor Rafael está moviendo todos los hilos posibles.

Paloma asintió cogiendo aire. Lo sabía. Aquel médico que tanto parecía apreciar a las mellizas se había apiadado nada más conocer su historia y se comprometió a averiguar cuanto pudiera acerca de la suerte de Ginés tras la liberación de los Aliados. Hasta el momento solo habían sabido que la mayoría de los campos del desierto habían sido desmantelados. Pero ella aún no tenía idea acerca de dónde había ido a parar el padre de su hijo. Ni siquiera si estaba vivo.

—Venga, vamos a comernos estos *beignets* antes de que se enfríen —cambió de tema Paloma en un intento de no desmoronarse—. Huelen de maravilla.

Al volverse hacia la mesa donde Rocío había dejado los dulces, se encontraron con que los niños no habían podido resistirse. Los pillaron con la cara y los dedos pringosos de aceite y azúcar. Sin poder contenerse, las mujeres estallaron en unas carcajadas que tuvieron el poder de aliviar sus pesares. Al menos, por el momento.

* * *

—Buenas noches, ¿está Paloma?

La visita de María alertó a la casa entera. No era extraño que la enfermera acudiera a compartir un rato de charla entre paciente y paciente, pero que lo hiciera entrada la noche era extraordinario. El corazón de Paloma se lanzó a un galope descontrolado, aunque trató

de reprimir el impulso de acosarla a preguntas mientras Estrella la invitaba a pasar.

María saludó a Rocío, quien esperaba a que José terminara un trabajo que lo mantenía ocupado hasta tarde en su recién estrenado taller para que la acompañara a casa. Los niños se habían dormido sobre el sofá, acurrucados como cachorros después de haber corrido, saltado y reído hasta hartarse, ajenos a las preocupaciones de los mayores. A continuación, se dirigió a Paloma, que esperaba de pie en el centro del salón, abrazada a su propio cuerpo y el temor de saber junto con el de no hacerlo bailándole en la mirada.

—Lo hemos encontrado —soltó María a bocajarro, a sabiendas de que cada segundo de demora suponía una tortura—. Hemos encontrado a tu Ginés.

Paloma boqueó desorientada unos instantes.

—Y está… —Se aclaró la garganta para evitar que la voz se le quebrara.

María dibujó esa sonrisa suya, con un incisivo partido y que lo mismo servía para aliviar a un paciente que para devolver la esperanza a una joven madre desesperada.

—Vivito y coleando.

Paloma siempre había creído que si algún día recibía aquella noticia, lloraría mares enteros, pero se equivocaba. Se mantuvo serena, navegando una calma que casi había olvidado. Miró a su hijo, que dormía tranquilo, con la respiración pausada y el cuerpo blando, y supo que se acababa de escribir el punto final de una historia. Tendría que empezar otra.

Sin embargo, si de primeras Paloma había acogido la noticia con una templanza digna de admirar, los siguientes días esta se fue diluyendo hasta desaparecer por completo. En su lugar, la inquietud y la incertidumbre se apoderaron de ella, devorándola a mordiscos lentos pero implacables.

—¿Por qué tarda tanto en venir? ¿Acaso no quiere saber nada de mí? —preguntaba en voz alta, sin importarle que nadie tuviera la

respuesta—. ¿Y si no quiere conocer a su hijo?

—No digas tonterías —la regañaban Estrella o Rocío indistintamente sin conseguir aplacar su nerviosismo—. Ya sabes que estas cosas no son rápidas.

Las gestiones corrían a cargo del doctor Rafael, y aunque Paloma se sentía inmensamente agradecida por su ayuda, temblaba de impaciencia. Hacía seis años que no se veían. De aquella muchacha atolondrada que solo anhelaba bailar en la verbena del pueblo con las sandalias prestadas de su prima no quedaba nada más que un recuerdo. Su lugar lo había ocupado una mujer cincelada en la adversidad a golpe de soledad y de desvelos. ¿Qué pensaría Ginés cuando la viera? ¿Le seguiría gustando? Desde que supo que estaba vivo y aguardaba impaciente el momento del reencuentro, se había sorprendido a sí misma con semejantes reflexiones. Ya no era la misma, cierto, pero si de algo estaba segura, es de que tampoco él lo sería. Las vivencias nos tornean sin remedio, y seis años era mucho tiempo. Tal vez demasiado.

En realidad, había sido gracias a doña Tecla, con quien Paloma mantenía una correspondencia regular, que finalmente se pudo localizar a Ginés entre la horda de presos liberados de los campos por los americanos. Con su tesón y sus muchos contactos, se estaba tramitando su traslado a Argel. Paloma sintió una inmensa gratitud hacia aquella mujer que, aun en la distancia, continuaba velando por ella.

Fue un domingo soleado de marzo. Paloma no había pegado ojo y unas sombras violáceas eran bien visibles en su rostro, para su disgusto.

—¿De verdad crees que va a fijarse en algo así? —dijo Estrella al verla acudir al espejo de la entrada por enésima vez y resoplar disgustada como cada una de las anteriores.

—Estás muy guapa —trató de consolarla Rocío.

No era verdad. Paloma no era guapa, nunca lo había sido, pero tampoco antes lo había deseado tanto como en aquel instante.

Un crujido proveniente de las escaleras las sobresaltó.

—Ya llega —anunció Estrella, contagiada del nerviosismo de su amiga—. Ve a abrir, nosotras estaremos dentro, por si necesitas algo.

Rocío le apretó la mano al pasar por su lado. Paloma ni siquiera se percató, puesta toda su atención en aquellos pasos que se acercaban. Lo habían acordado así con anterioridad. Rafael, probablemente alertado por doña Tecla, había sugerido que, dado el estado de Ginés, lo mejor sería que la pareja se reencontrara en la casa, donde dispondrían de la intimidad necesaria que un momento como aquel requería. De este modo, en vez de acudir a la estación, Paloma se había estado deshaciendo entre nervios en el salón del apartamento.

Un par de golpes en la puerta la arrancaron por la fuerza de su inmovilidad; caminó hacia la puerta como si del canto de una sirena se tratase. Allí, se pasó una mano por el pelo y respiró hondo antes de abrir.

Al otro lado se encontró con un desconocido que la observaba con unos grandes ojos azules en un rostro consumido por el sufrimiento y el hambre. Se ayudaba de una muleta de madera para sostener el peso de su cuerpo maltrecho, llevado hasta más allá de los límites de la resistencia humana. Los labios eran apenas pellejos secos en un rostro curtido por la intemperie. Su gesto tenso y distante se le hizo extraño, pues no se ajustaba al recuerdo de él al que se había aferrado noche tras noche.

—Hola, Paloma.

Tantas veces había soñado con ese momento, imaginado las palabras, los gestos, incluso los sentimientos que, llegada la hora, Paloma sentía haber vivido aquello una y mil veces. No obstante, en ninguno de esos sueños lúcidos a los que se abandonaba durante la larga espera había podido sentir el calor de la piel añorada. Y eso fue lo primero que hizo. Sin pronunciar palabra, Paloma se acercó temblorosa para comprobar que lo que tenía enfrente era un hombre de verdad y no un mero producto de su imaginación. El primer contacto lo sintió como una descarga eléctrica y tuvo que retirar la

mano. Pero esta, terca tras la eterna espera, repitió el movimiento con mayor decisión.

—Pasa, quiero presentarte a alguien.

Con tiento, adaptando su paso para que él y su muleta no se quedaran atrás, Paloma lo condujo al salón, donde Ginesito había estado jugando entretenido bajo la atenta mirada de las mellizas, que tan pronto intuyeron a la pareja se esfumaron como si nunca hubieran estado allí.

—Ginesito, ven, hijo —lo llamó Paloma para que dejara el cochecito de hojalata a un lado—. Ven a saludar a tu padre.

El niño, repeinado y aleccionado por ella los días previos, acudió obediente y se plantó frente a Ginés con la espalda muy recta para mirarlo a los ojos desde su escasa altura.

—Me alegro mucho de conocerle, padre —recitó de carrerilla y luego miró a su madre. Las lágrimas que vio aparecer en el rostro de esta lo confundieron—. ¿Me he equivocado, mamá? ¿No lo he dicho bien?

Paloma tomó aire pero, por mucho que lo intentó, no logró dejar de llorar.

—Lo has hecho muy bien, cielo —aseguró. Luego, al ver la inmovilidad en la que parecía anclado Ginés, añadió—: Anda, vete con las tías Estrella y Rocío y les preguntas si les quedan almendras garrapiñadas de esas que tanto te gustan.

Conquistado por la dulce promesa, el pequeño salió raudo dejando a los dos adultos clavados en el suelo viéndolo marchar.

—No tienes de qué preocuparte —dijo Paloma y, por primera vez, su tono sonó frío—. Yo me he ocupado de todo hasta ahora y seguiré haciéndolo, no seremos una carga. Solo quería que conocieras a tu hijo.

Abrumado, Ginés se dejó caer en el sofá, la muleta olvidada a un lado, tan inerte como su dueño. Mantenía la mirada clavada por donde el niño había desaparecido hacía unos instantes, como si una fuerza invisible le impidiera apartarla.

—Mi hijo…

Y, de pronto, aquel hombre alto como una torre, que había sobrevivido a una guerra, a una derrota y a un campo en mitad de la nada, se derrumbó ante sus ojos. Sus hombros convulsionaron y un sollozo desgarró su garganta seca como el lugar del que provenía.

—Mi hijo —repetía dejando correr unas lágrimas que trataba de ocultar en vano entre unas manos grandes y ásperas.

Paloma comprendió que llevaba tanto en el desierto que ahora no encontraba su lugar fuera de él. Tomó una de aquellas manos callosas y se la acercó a los labios.

El reencuentro no fue sencillo; había demasiadas piezas que encajar, demasiadas aristas por pulir, demasiados huecos que quedarían en blanco para siempre, demasiadas heridas que nunca cicatrizarían del todo. Paloma pudo leer en aquel cuerpo torturado el sufrimiento de los años de cautiverio, hambre y desesperación. Ginés estaba vivo, aunque sin duda había pagado un alto precio por ello.

En ese instante él sintió el vacío de su meñique y, ante su mirada inquisidora, ella negó con la cabeza sin dejar de sonreír. Ya habría tiempo de hablar y, con suerte, de olvidar. Ahora lo único que importaba era que volvían a estar juntos y que, de un modo u otro, aprenderían a recomponer su historia.

—No he venido solo —anunció Ginés y, ante la mirada de asombro de Paloma, añadió—: Es un compañero de infortunios. Ha preferido quedarse abajo, está esperando en la consulta del médico que me ha traído hasta aquí.

Paloma asintió. Doña Tecla no le había comentado nada de aquello. Tal vez hubiera sido cosa de última hora, pero no necesitó ni medio segundo para decidirse.

—Será mejor que le digas que suba —dijo—. Yo voy a avisar a Estrella y Rocío de que ya pueden salir, las pobres llevan una hora encerradas en el dormitorio y Ginesito debe estar que se sube por las paredes.

Paloma se incorporó con él y solo entonces reparó en lo alto que era, pese a que el hambre hubiera transformado la corpulencia que

ella recordaba en una delgadez que lo hacía parecer frágil como una rama. Él también la observaba y, antes de que llegara a dar un paso, la agarró por la cintura y la alzó para besarla. No fue un beso apasionado, aún debía pasar tiempo para ello, pero sí fue tierno y dulce, como la promesa de la vida juntos que les aguardaba.

—Anda, ve —rio Paloma, sorprendida del sonido de su propia risa, que parecía la de cuando tenía diecinueve años y aún no sabía de miserias ni de ausencias—. No hagas esperar más a tu compañero, debe de estar deseando descansar después del viaje.

Ginés se resistió a soltarla unos deliciosos instantes en los que ambos se perdieron en los ojos del otro, buscando lo que un día fueron y que sabían ya no volverían a ser. Al final, cedió y se dio media vuelta.

—Oye —lo detuvo Paloma—. No me has dicho cómo se llama ese amigo tuyo.

—Martín —contestó Ginés, sin sospechar la intensidad con la que aquel nombre iba a sacudir los cimientos de las vidas de las mujeres que habitaban la casa—. Le debo la vida y se llama Martín.

Capítulo 46

Cuando al fin despertó, lo hizo con un terrible dolor en todo el cuerpo, como si le hubiera pasado por encima un tranvía. No había ni un solo centímetro de piel libre de aquella sensación. Aunque lo primero que pensó cuando logró despejar su mente fue que no tenía sed. Tragó saliva y se deleitó en la suavidad de su garganta: era maravilloso no sentir la lengua hinchada pegada al paladar.

—Aurora… —Una voz masculina la sacudió de su letargo para traerla de vuelta desde un lugar muy lejano. No recordaba nada más allá de la sed, luego solo había oscuridad—. Aurora…

¿Quién podía llamarla con tanta insistencia? Ni con un descomunal esfuerzo conseguía abrir los ojos, pesaban demasiado. Entonces una mano se posó sobre la suya y aquel contacto imprevisto la llevó de vuelta a un campo pedregoso en el que se retorcía con desesperación. Había un hombre sobre ella. Era grande y no la dejaba respirar. ¡Risto! Como un fogonazo, aquel nombre se iluminó en su cabeza. La había intentado forzar, quería llevársela…, pero ella lo había matado. ¿O no?

—Despacio, no te levantes todavía. —La voz volvió a hablar y la misma mano que un segundo antes descansaba sobre la suya trató de sujetarla por un hombro. De inmediato todos los músculos de Aurora se tensaron ante el peligro, preparados para defenderse. Se revolvió, rabiosa, manoteó al aire, a ciegas, en un triste intento de ponerse a salvo—. Soy yo, Rodrigo. Tranquila, estás en un lugar seguro.

Como si hubieran pulsado un interruptor, Aurora cejó en el acto en su resistencia. Su cuerpo, blando de nuevo, se hundió en el

colchón con alivio.

—¿Rodrigo? ¿De verdad eres tú?

—Abre los ojos —le pidió, y ella hizo un gran esfuerzo por obedecer.

Estaba sentado junto a ella, al borde de una cama vagamente conocida. Parpadeó varias veces. La luz mortecina le provocó un intenso dolor de cabeza. Aun así, Aurora barrió con la vista cuanto la rodeaba. Pese a que las contraventanas estaban entornadas y reinaba la penumbra, descubrió que se encontraba en la misma habitación del Soleil d'Oran en la que ya se había alojado antes. Todo estaba en su sitio y aquello le provocó una cálida sensación de hogar.

O quizá la causa del calor en su pecho fuera el hombre que no se movía de su lado.

—¿Qué ha pasado? —preguntó aturdida—. ¿Qué hago aquí?

Rodrigo le acercó un vaso de agua a los labios y ella bebió con avidez.

—Te encontré —dijo Rodrigo—. No me lo has puesto fácil, pero te encontré.

A continuación, él le resumió todo lo ocurrido desde la última vez que se vieron en Orán. Le habló de Paloma y cómo el *commissaire* Blanchard la había torturado para conseguir la información que lo había puesto tras su pista, una pista difícil de seguir, lo cual la había mantenido a salvo durante un tiempo. Hasta que Risto olió el dinero. Tan pronto Rodrigo se enteró gracias a su amigo Bernabé Toca, quien tenía oídos en todas partes, de que el *commissaire* estaba organizando con aquel malnacido los detalles de la entrega, supo que debía adelantarse. Cada minuto contaba. Por eso se había lanzado sin reparar en las inclemencias del clima y los caminos anegados. Lo único que importaba era encontrarla antes de que lo hiciera Blanchard.

—Pero ¿cómo diste conmigo?

—Tirando del hilo contacté con tu antigua compañía en Lourmel —aclaró él—. En cuanto el director supo lo que estaba ocurriendo, se

ofreció a colaborar. Me explicó que habías desaparecido en plena noche y, sabiendo que tus hermanas están en Argel, no tuve dudas acerca del rumbo que habrías tomado. La suerte hizo el resto.

—¿Viste a Halima? —se alborozó Aurora, aferrada a una esperanza imposible.

Rodrigo calló un instante, calibrando hasta dónde sería capaz de resistir Aurora. No había forma de suavizarlo. Negó con la cabeza y la elocuencia de aquel simple gesto fue devastadora.

Un largo silencio se hizo en la habitación. Al final había resultado cierto: su querida Halima había pagado el más alto precio por ayudarla. Lo que Aurora no podía imaginar era la satisfacción que la *amazigh* había sentido al revelarle a Risto cómo lo había engañado durante años. El espanto que asomó a los ojos del hombretón fue su mayor recompensa y ella se dejó ir con una sonrisa a sabiendas de que aquel ser que tanto despreciaba jamás encontraría sosiego en este mundo, y ya se encargaría ella de que tampoco lo hiciera en el otro. No se libraría de ella en toda la eternidad. Si bien no conocía los detalles, Aurora tuvo la certeza de que el sacrificio de Halima no había sido en balde. Al fin comprendió.

—Cuando encontraron su cuerpo, él ya no estaba. Hasta donde sé, no han podido localizarlo.

—Ni lo harán —murmuró Aurora, la mirada perdida en la débil línea de luz anaranjada que se colaba entre los postigos y que anunciaba que del otro lado debía de estar atardeciendo, la mente enredada en los recuerdos de su querida amiga—. Al menos vivo no.

Rodrigo la observó, no estaba seguro de a qué se refería, pero algo en su voz lo disuadió de indagar. Recordaba el estado en el que la había encontrado, más parecida a una alimaña salvaje que a un ser humano. Fuera lo que fuese que hubiera ocurrido en los días que Aurora había vagado en solitario por los campos argelinos, lo mejor sería enterrarlo en los recovecos más profundos de su memoria. Con un poco de suerte, no saldría de allí más que para atormentarla en sus pesadillas.

—Me alegro de verte —dijo ella al fin.

Como respuesta, Rodrigo sonrió y Aurora sintió una agradable tibieza en lo más hondo del pecho, una sensación muy parecida a la de estar en casa.

—¿Qué va a ocurrir ahora? —quiso saber.

Rodrigo necesitó inspirar hondo, o tal vez solo estuviera ganando algo de tiempo. Le hubiera gustado decir que ya todo había acabado, que estaba a salvo…, pero no era cierto. Bruno Blanchard no iba a rendirse, estaba convencido de ello.

—¿Qué te parece si dejamos para luego los planes de futuro? —sugirió—. Necesitas descansar. Cuando te encontré tenías una fiebre altísima y delirabas. Por suerte, Lourmel no queda lejos, así que te traje al viñedo. ¿Te acuerdas de Dunia? Fue ella quien me sugirió que probablemente habrías bebido agua en mal estado, así que cogí unas medicinas del dispensario y te fui humedeciendo los labios con cautela para que no te deshidrataras. Llevas en esta cama tres días y ya estabas empezando a preocuparme —bromeó tratando de aligerar la tensión del ambiente.

Aurora asintió, advirtiendo que una inmensa debilidad se apoderaba de sus extremidades y a continuación reptaba por su tronco en dirección a sus ojos, que debía hacer verdaderos esfuerzos por mantener abiertos.

—Te dejo descansar —anunció Rodrigo—, aún estás débil. Voy a pedirle a Dunia que prepare algo de comer para cuando te despiertes. Y… —dudó, antes de añadir—: yo estaré en la habitación de al lado. No me moveré de allí, si necesitas que venga, no tienes más que llamarme.

No lo vio marcharse porque los párpados le pesaban tanto que se le habían cerrado solos. Escuchó los pasos alejarse de la cama y a continuación el clic del resbalón encajando en la cerradura. Luego el silencio la acunó hasta que se dejó vencer por el sueño. ¿De verdad estaba con Rodrigo Moragues de regreso al Soleil d'Oran? Tal vez aquello no fuera más que un nuevo delirio.

* * *

—¿Estás despierta? Te traigo un poco de hervido y queso tierno. No es gran cosa, pero Dunia ha insistido en que lo mejor es que empieces por comer cosas suaves.

Aurora se sorprendió de sentir apetito. Ni siquiera recordaba la última comida decente que había hecho. Había perdido la noción del tiempo y no sabría decir cuánto había dormido, bien podían haber sido un par de horas o de días. Al otro lado de los postigos el día se había apagado definitivamente. Para entonces había podido asearse con un aguamanil dispuesto a tal fin y se había vestido con una muda limpia que encontró sobre una silla y que supuso sería cosa de Rodrigo, como todo lo demás. Saberse aseada la hizo sentir mucho mejor.

—¿Y esa herida? —preguntó al advertir un vendaje en el antebrazo de Rodrigo cuando este le acomodó una bandeja sobre las piernas.

—No es nada, solo un rasguño, ya casi está curado.

De repente, por la memoria de Aurora desfilaron unas confusas imágenes en las que un demonio la atacaba y ella se defendía blandiendo un cuchillo. Sacudió la cabeza para ahuyentarlas.

—Lo siento, yo no quería… Pensé que eras otra persona.

—Solo tratabas de defenderte, no hay nada que disculpar —cortó Rodrigo con un gesto que dejaba claro que no quería hablar más del tema.

Aurora ocultó su turbación removiendo con el tenedor las zanahorias, patatas y judías hervidas. Había sido terriblemente injusta con Rodrigo y la vida le ofrecía una oportunidad de repararlo.

—De hecho, sí que tienes que perdonarme por algo. —A continuación le habló de su encuentro con el joven Felipe, quien, con su espalda marcada por los latigazos, le demostró lo errada que había estado—. Me siento abochornada. Creí que solo te interesaba tu negocio, que estabas dispuesto a traicionar a los tuyos a cambio de vender más vino a los alemanes… Llegué a pensar cosas muy feas, soy una persona horrible.

—Tal vez no anduvieras del todo desencaminada.

—No te entiendo.

—Te mentí, Aurora —confesó Rodrigo con un hondo suspiro—. O al menos me guardé cosas que debería haberte contado.

—¿Qué cosas? —Aurora levantó una ceja. Pese a su corpulencia, le pareció que algo en él se resquebrajaba. Ya no veía a ese hombre inalcanzable y hermético, sino uno de carne y hueso, con sangre corriéndole por las venas al igual que ella.

—¿Recuerdas aquella madrugada cuando fui a buscarte a la pensión Valencia?

A pesar del tiempo transcurrido, ninguno olvidaba la tosca despedida en la que se habían separado sin saber si volverían a verse, con la tensión flotando en el aire como si del siroco se tratase. Un punto de inflexión tras el cual nada volvió a ser lo mismo. Después, Aurora se unió a la compañía Alegría para recorrer un país que la amedrentaba tanto como la fascinaba, en tanto que Rodrigo se esforzaba por silenciar su conciencia arriesgándose a salvar presos del desierto.

—Fui a verte para revelarte el paradero de tus hermanas —soltó sin rodeos.

La mirada de Aurora mostró su desconcierto, mientras que hacía un esfuerzo por comprender lo que acababa de escuchar.

—¿Lo sabías y no me lo dijiste?

—Mi intención era contártelo todo, pero…

—Pero dejaste que me fuera sin hacerlo.

—No sabes cuánto me arrepiento —reconoció Rodrigo. Contrajo el gesto y se pasó la mano por la cara. En los últimos años había ansiado ese momento tanto como lo había temido. La culpa se le había enredado en los pies a cada paso que había dado desde entonces y ya solo ansiaba librarse de ella. Aunque temía el precio que fuera a pagar por aquella liberación—. Lo he hecho cada día y, si no he dejado de buscarte, es, en parte, para reparar el error que cometí aquella noche.

Aurora se levantó de la cama tratando de contener el torbellino que arrebataba su interior. Sintió un leve mareo, pero no se permitió

volver a sentarse.

—¿Qué estás haciendo?

—Esto no está bien, Rodrigo. Cada vez que estamos juntos nos hacemos daño, las cosas no deberían ser tan complicadas.

—Pero no puedes irte, aún te estás recuperando.

Rodrigo sujetó su muñeca para detenerla y ella se revolvió con las mejillas encendidas.

—Confié en ti —el resentimiento deformaba su voz—. Después de Paloma y doña Tecla, fuiste la única persona a la que me atreví a mostrar mis sentimientos, mis miedos y mis flaquezas. Deposité en ti todas mis esperanzas, de verdad pensé que ibas a ayudarme. No sé cómo pude ser tan estúpida. Parece que, después de todo, no andaba tan desencaminada cuando creí que no eras más que un egoísta que solo se preocupa por sí mismo.

—No digas eso, por favor.

—No te atrevas a decirme lo que puedo o no puedo decir. No después de haberme traicionado así.

Durante unos instantes, ninguno de los dos se movió, él seguía reteniéndola de la muñeca y Aurora bajó los ojos un instante hacia esa mano que impedía su marcha.

—Vas a tener que atarme a la cama si pretendes que me quede.

—Sabes que yo nunca haría algo así.

—Tampoco te creí capaz de ocultarme dónde estaban mis hermanas —lo retó, las mejillas arreboladas y la respiración agitada— y me equivocaba.

—Si callé… —Sus dedos se aflojaron, liberándola—. Si callé, fue porque no podía soportar la idea de que te alejaras de mí. Aunque al final haya conseguido todo lo contrario.

La inesperada confesión dejó sin habla a Aurora. Había visto a Rodrigo bajo distintos prismas, desde diferentes perspectivas y, sin embargo, jamás se había detenido a mirarlo como hacía en ese preciso instante.

—¿Es que no te has dado cuenta todavía? —bufó Rodrigo, mesándose el cabello con desesperación—. Estoy loco por ti,

¡maldita sea! No he dejado de pensarte ni un solo día desde que te conocí. Lo he intentado todo y no hay manera de sacarte de mi cabeza. Averigüé el paradero de tus hermanas solo porque quería verte feliz, pero me di cuenta de que, si te lo decía, te irías y no volvería a verte. ¡Esa posibilidad me nubló el juicio! Luego te enfadaste conmigo, me dijiste cosas horribles y yo… simplemente tomé la decisión errónea. —Aurora lo escuchaba sin apartar la vista de aquellos ojos cobrizos que chisporroteaban como brasas prendidas—. Me equivoqué. Para cuando fui consciente de mi estupidez y quise arreglarlo, habías desaparecido.

—No quiero seguir escuchando. —La indignación impedía a Aurora pensar con claridad. Necesitaba alejarse de allí cuanto antes—. Te mereces…

—¡Dilo! —gritó en un intento de aliviar ese aguijonazo que lo martirizaba desde que permitió que se alejara de su lado—. Di que más me valdría que Blanchard descubriera lo que hago con los prisioneros del desierto y así acabara conmigo de una vez por todas. Di que es lo único que merezco.

El simple contacto de su piel la hizo estremecerse. La disputa había aproximado sus cuerpos de tal forma que el olor a uva madura y tierra seca la aturdió. Pese a todo, Aurora levantó la barbilla para enfrentar su mirada incandescente.

—Di que soy un idiota por enamorarme en el peor momento de todos —murmuró Rodrigo sin moverse, los músculos en tensión y la mandíbula apretada—, y más aún por hacerlo de quien no debo.

Aurora entreabrió los labios, dispuesta a corroborarlo, pero Rodrigo se lo impidió con un beso furioso en el que se concentraban las amarguras y los anhelos acumulados desde la primera vez que sus caminos se cruzaron. Durante unos instantes, el mundo quedó en suspenso, como si más allá de aquellas paredes no se estuviera luchando una guerra, como si Blanchard no les pisara los talones, como si todo cuanto conocían no estuviera a punto de derrumbarse bajo sus pies.

Tal vez fuera precisamente aquella urgencia, en la que la vida y la muerte se dan la mano tras cada esquina, la que les arrebató la prudencia y les impidió pensar en lo que hacían o en las consecuencias que tendría. Demostrando una voluntad propia, las manos de ambos se buscaron con desesperación. Las de él la sujetaban por la cintura, como si temiera que al soltarla el encanto se desvaneciera como la ilusión que era. Las de ella, sobre el pecho fuerte y firme de él, asiéndose para no naufragar. Sus respiraciones se aceleraron al ritmo que marcaban sus desbocados latidos y, lo que había arrancado siendo un simple beso, acabó desatando una tormenta que amenazaba con arrasar con todo a su paso. Empezando por ellos dos.

El amor en tiempos de guerra cambia su significado, se redimensiona, puede esfumarse como el vaho del agua al romper a hervir o expandirse hasta llenarlo todo sin dejar resquicio para la cordura. Así sucumbieron Rodrigo y Aurora a la enajenación de tenerse cerca, de poder saborearse con la premura que impone el no saber cuándo podrían volver a hacerlo.

Esa noche Aurora se dejó llevar. Abrazó, besó y mordió con furia, consciente de que la vida pocas veces hace regalos que luego no se vaya a cobrar.

Capítulo 47

La mayoría de los habitantes de Argel no habían encontrado aún acomodo tras los cambios que la llegada de los Aliados había traído consigo. Las cosas eran diferentes, aunque eso no siempre significara que fueran mejores.

Tras el desembarco y las batallas que le siguieron, la infraestructura portuaria quedó dañada, por lo que el transporte de suministros a la colonia se vio irremediablemente afectado. Tampoco ayudó que Argelia se hubiera convertido en un trampolín para la ofensiva de Túnez y, por tanto, el abastecimiento militar fuese una prioridad. La escasez de productos básicos comenzó a resultar más evidente que nunca y el racionamiento o el trapicheo en el mercado negro se convirtieron en una dolorosa realidad para unos vecinos hastiados de penurias y miserias. En esos días la incertidumbre continuó siendo el pan nuestro de cada día para los españoles, quienes intuían que con aquel nuevo orden su situación no iba a mejorar.

El apartamento de la *casbah* estaba hasta los topes. La aparición de Ginés y Martín había revolucionado el pequeño mundo de las tres mujeres. Estrella había cedido la única habitación a Paloma para que lo compartiera con su novio y ella se trasladó al salón después de que, con ayuda de un biombo y un colchón que consiguió José, este se reconvirtiera en improvisado dormitorio.

Lo que les seguía pareciendo extraordinario era que Martín estuviera allí con ellas. Habían dado por ciertas las palabras de los guardias que, a su llegada a Orán, hacía ya más de tres años, les hicieron creer que estaba muerto. Recuperar a quien había sido para

ellas como un hermano era poco menos que un milagro. El reencuentro fue tan inesperado que las mellizas apenas pudieron reaccionar más que con algunos gritos contenidos y muchas muchas lágrimas. Fue Martín quien dio los pasos necesarios para fundirse en un abrazo que tardó en deshacerse lo que los corazones en aplacarse.

No fue hasta una segunda mirada, más pausada y exhaustiva, que se percataron del profundo cambio sufrido en aquel joven de ojos grises y flequillo rebelde que recordaban con el alma y las ilusiones intactas y que ahora parecía vapuleado por las injusticias del mundo.

—Nadie vuelve de donde yo vengo sin que las huellas sean visibles —explicó él al percatarse de la compasión en sus ojos.

Razón no le faltaba. Con los ánimos más calmados, los días siguientes ambos muchachos les fueron desmigando los horrores de los campos del desierto.

—Jamás creí que se pudiera pasar tanto calor —dijo Ginés, el cigarro pinzado entre dos dedos.

—Ni tanto frío —apostilló Martín.

Estaban sentados sobre unos cojines en el suelo, las mujeres los escuchaban desde el sofá. En la mesa aún quedaban por recoger los platos sucios y las tazas de café con posos ya completamente helados. Los niños estaban abajo, en la consulta, María se los había llevado con la promesa de dejarles usar el estetoscopio y hacerle un vendaje a cada uno.

—Pero lo peor no era el calor o el frío, ni el viento, ni la sed o el hambre… Ni siquiera esa locura de construir una línea de ferrocarril de más de tres mil seiscientos kilómetros hasta Dakar entre dunas de arena…

* * *

Si bien Martín y Ginés no habían desembarcado juntos en Argelia, el destino tuvo a bien reunir a estos dos viejos amigos aunque fuera en

las más terribles circunstancias. Mientras que Ginés había iniciado su periplo a bordo del *Stanbrook* en marzo del 39, y pasó por la prisión civil de Orán y el Camp Morand después; Martín aterrizó directamente en Hadjerat M'Guil meses más tarde, donde ambos se llevaron la agridulce sorpresa de encontrar al otro. Fue allí, en los confines del mundo, olvidados por todos, donde descubrieron que sería su amistad lo único que, con suerte, les permitiría sobrevivir.

Si en Camp Morand los hombres se aferraron a la esperanza de poder salir, rumbo a México o la Unión Soviética según las filiaciones políticas de cada cual, en el desierto pronto quedó claro que nadie saldría con vida. Al menos eso les repetía a diario el teniente Santucci, un corso al que todos conocían como Bocanegra y que dirigía con sadismo y crueldad aquel rincón del infierno donde lo mismo granizaba con rabia que el sol, tan implacable como sus guardianes, les dejaba la sesera frita y las piernas flojas. Hasta el siroco parecía furioso. Algunas noches les volcaba encima los *marabouts* en los que se repartían por docenas, y ellos trataban de dormir sujetando las telas de las tiendas con brazos y piernas para no perderlas.

Un toque de silbato para despertar y otro para dar por iniciado el toque de queda. Cebolla cocida para comer, cebolla cocida para cenar y caldo de cebolla para desayunar. Los cerdos de la porqueriza a los que los guardias arrojaban sus sobras vivían mejor que ellos. Y, dado que se encontraban en lo que la Administración llamaba Compagnie de Travailleurs Étrangers, el trabajo era lo único que no escaseaba. En eso podían resumirse sus días. Algunos acarreaban piedras para continuar con la construcción, allanando el terreno para el ferrocarril que un día debería circular por aquel vacío desolador. Otros caminaban descalzos los kilómetros que los separaban de un lejano oasis para regresar tarde y exhaustos con troncos de palmera a cuestas. Y, por supuesto, estaban quienes traían agua desde el *oued,* un riachuelo que quedaba detrás del campo para repartirlo entre las obras, las cocinas o las casas de los guardianes. También la panadería, donde se horneaba un pan que no iba destinado a sus

paladares, aunque a veces se extraviara una barra en el interior de alguno de los bidones y, cuando nadie los veía, se lo repartían chorreante entre exclamaciones jubilosas.

Arena en la comida, arena en el agua, arena entre los dientes, en los oídos, en el cabello, entre la ropa… El campo se ubicaba en una meseta desnuda salpicada de cepellones de esparto y sembrada de piedras, y aun así la arena era omnipresente, al igual que el miedo. Un miedo tan físico como lo eran el calor o el frío, que dolía y arañaba la piel sin piedad.

A la hora de idear castigos y humillaciones, los guardias demostraron un sadismo solo comparable a su imaginación. Al caer la tarde, según anduviera de ánimo, Bocanegra les ordenaba correr o hacer gimnasia y los escuálidos presos se obligaban a obedecer, conscientes de que no hacerlo supondría un mal mayor. Las escudillas se enjuagaban en el mismo bidón de agua que usaban para asearse. A veces el comandante y sus secuaces lo vaciaban. Les divertía echar sal al guiso de cebolla y ver cómo la sed los enloquecía. Pero lo peor eran las noches. Las quejas de los torturados sonaban con más fuerza en medio del silencio donde atronaban ensordecedoras las voces de quienes habían recibido en su cuerpo los golpes de una dura *batonné,* o quienes permanecían atrapados en el *tombeau,* una fosa que los presos debían cavar con sus manos para luego verse forzados a permanecer dentro, a la intemperie, hasta que los guardias se aburrieran.

En semejantes condiciones no era extraño enfermar. La disentería era una de las muchas desgracias que podían acontecer. Como le ocurrió a Álvarez, uno de los presos, quien se retorcía en sus propias heces cuando el médico avisó a Finidori, mano derecha de Bocanegra, de que necesitaba ser trasladado al hospital de Colomb Bechar. Finidori debió de pensar que no valía la pena, así que ordenó que lo arrastraran a una cueva rocosa que servía de depósito de cadáveres. Solo que Álvarez estaba vivo… todavía. Lo dejaron ahí cuatro largos días con la entrada taponada con una gran piedra y un centinela vigilante, hasta que dejó de estarlo.

Tanto Ginés como Martín habían convivido con el sufrimiento, como un compañero más en los campos del desierto. Ginés se llevó la peor parte. Al desvanecerse de puro agotamiento mientras acarreaba agua desde el *oued,* Finidori creyó, o quiso creer, que estaba fingiendo, y se ensañó a patadas con él ya en el suelo. Pero fueron los mordiscos de su perro, azuzado por el dueño, los que causaron las heridas que aún cicatrizaban en sus piernas.

Atrás habían quedado los uniformes coloniales de color caqui de los guardianes, la alambrada que rodeaba los *marabouts,* los camellos de los *goumiers.* Tras el desembarco aliado, Bocanegra y sus secuaces abandonaron sin miramientos en medio del desierto a aquellos espectros vestidos con harapos azules de mirada hundida y costillas marcadas. Cuando al fin llegó la orden de evacuación hacia Colomb Bechar, los prisioneros marcharon sin mirar atrás, con la certeza de que el Sahara guardaría por siempre el secreto de la cantidad de huesos que quedaban enterrados en sus arenas.

* * *

—¿No intentasteis escapar? —preguntó Estrella, recordando los hombres a los que Encarna y el Tato habían ayudado a buscar una oportunidad. Claro que ninguno provenía de Hadjerat M'Guil.

—¿Y adónde íbamos a ir? Estábamos en medio de ninguna parte, y si pese a todo algún inconsciente lo intentaba, los guardias salían a buscarlo en sus caballos y camellos y no tardaban en regresar con él —respondió Martín, ahorrándole la descripción del cuerpo de Francisco Pozas plagado de heridas de bayoneta tras marcarle la cara a uno de los guardias con media hoja de afeitar y darse a la fuga. Días después, su tumba y las cicatrices del guardia eran cuanto quedaba de él—. De Hadjerat M'Guil no escapaba nadie.

—Lo más que se podía hacer era aguantar —confirmó Ginés tragándose su rencor con una nueva calada—. Como aquel día que quisieron castigar a un prisionero, pero ya fuera porque el siroco nos tenía la cabeza alborotada o porque el hambre nos nubló el juicio,

cuando fueron a cogerlo los demás lo defendimos colocándonos a su lado con un: «A mí también». Así, uno detrás de otro. Bocanegra ordenó dibujar un cuadrilátero de arena a nuestros pies y que nos apuntaran para permanecer dentro. Al principio fue sencillo, pero conforme el sol empezó a apretar, los hombres iban cayendo como moscas. La puntilla fue cuando, horas después, llenó un balde de agua y puso a los perros a beber frente a nosotros. Ahí comprendimos que la lucha no sirve de nada en el desierto.

—Ni cantar nos estaba permitido —apuntó Martín recordando la noche del 24 de diciembre del 41 en la que desde varios *marabouts* entonaron villancicos y otras canciones españolas hasta que Bocanegra decidió que la fiesta se había acabado y mandó tirar abajo las tiendas con ellos dentro.

La crudeza de su relato les había dejado un sabor amargo atravesado en la garganta. Para aliviarlo, Ginés viró el rumbo de la conversación rescatando una anécdota del trayecto en tren hacia el campo de trabajo.

—En las cercanías de una estación hicieron una parada. Cuando abrieron las puertas, los cuarenta hombres que nos hacinábamos en cada uno de los vagones para el transporte de caballerías nos encontramos con que una fila de soldados senegaleses vigilaba la vía —explicó con una media sonrisa que nadie lograba aún comprender—. De pronto un compañero dio un salto y, a los pies mismos de los guardias armados, se bajó los pantalones y se acuclilló.

La primera carcajada se le escapó a José, que había acogido a Martín y a Ginés como a viejos amigos y que empezaba a divertirse de lo lindo con la historia.

—Debió de pensar que, si nos trataban como animales, lo justo era que nos comportásemos como tales —continuó Ginés—. El soldado tuvo que dar un salto atrás para evitar que la boñiga le cayera en las botas. Y, como si fuera una señal, el resto lo imitamos, obligándolos a retroceder sin más armas que nuestros traseros.

Ahora no solo José reía, las tres mujeres se le habían unido. Con todo, el ambiente se había viciado de malos recuerdos y del humo del tabaco. Rocío se levantó para abrir la ventana, necesitaba coger aire. A pesar de que estaban en primavera y la brisa que entró al salón era templada, Estrella se estremeció. Solo saberse juntos, en aquel minúsculo apartamento de la *casbah* argelina donde los chicos se recuperaban de sus heridas y recuerdos, les proporcionaba algo de consuelo. Aunque sobre su ánimo planeaba una sombra, la que proyectaba la ausencia de Aurora.

—Hadjerat M'Guil, Djelfa, Morand, Bou Arfa, las minas de Kenadsa… —Ginés enumeró los campos de la muerte con voz rota y Paloma le apretó la mano.

—Todo eso es pasado. Las fuerzas del Eje siguen en Túnez, pero el Afrika Korps está acabado, no tardarán en rendirse —anunció Martín con convicción—. La campaña en el norte de África tiene los días contados.

—¿Qué ocurrirá entonces? —preguntó Estrella acariciando distraída a Glotón, que finalmente había renunciado a su existencia canalla por una vida burguesa—. ¿Significa que los alemanes perderán la guerra?

—Aún es pronto para eso —respondió Martín—. Hitler no se rendirá sin más.

—Pero los Aliados están ganando terreno, míralos aquí en Argel…

—Cierto, las tornas están cambiando y ya nadie pone la mano en el fuego por los alemanes —confirmó Ginés—. Pero me temo que aún queda mucho por delante.

—El fascismo no puede vencer, ni aquí ni en ningún lugar del mundo —se encendió Martín golpeando un cojín—. Se dice que derrotar a Hitler será el primer paso; si lo hacemos, el siguiente en caer será Franco. Debemos apoyar a los Aliados para que después ellos nos apoyen a nosotros. Solo así podremos recuperar nuestro hogar, dejar de vivir de prestado de una maldita vez. No somos criminales ni tenemos nada de lo que avergonzarnos. Yo quiero regresar a España y quiero hacerlo con la cabeza bien alta.

Un sobrecogedor silencio invadió la sala. Más allá de los campos de trabajo o de las miserias del exilio, había algo que ellos, en otro tiempo, llamaron hogar. ¿Qué estarían dispuestos a hacer para recuperarlo?

—Cuando nos liberaron de los campos —continuó—, los americanos nos dieron dos opciones: continuar en la Compagnie Méditerranée-Niger como trabajadores libres cobrando cien francos diarios en lugar del simbólico franco y medio de cuando éramos presos, o alistarnos a la Legión Extranjera.

Paloma enderezó la espalda.

—¿Y qué has escogido? —le preguntó a Ginés.

—No sabía que te encontraría, ni que tenía un hijo —se justificó él—. Lo siento.

—¡No! —Paloma se levantó de un salto.

—Compréndelo, por favor. Quiero un mundo mejor para ti y para Ginesito. Si me alisté por mis ideales, ahora más que nunca tengo motivos para luchar por ellos.

—Pero te he esperado años y ahora que por fin volvemos a estar juntos me dices que te vas. ¿Qué ocurre con nosotros? ¿Qué pretendes que le diga a tu hijo?

—Dile que su padre lo quiere más que a su propia vida y que por eso mismo he de irme.

Un gemido escapó del pecho de Paloma, consciente de que nada de lo que dijera haría cambiar a Ginés de opinión. Cerró los ojos y deseó más que nunca que la maldita guerra no le arrebatara de nuevo todo cuanto le importaba.

—¿Y cuándo os vais? —preguntó armándose de valor.

—Pronto.

—Por Dios, mira en el estado que estás —musitó débilmente aludiendo a la muleta de la que aún se ayudaba para que sus desfallecidas piernas lo sostuvieran—, al menos quédate hasta que repongas fuerzas.

—La lucha me dará las que necesito —respondió él en un esfuerzo por disimular el golpe que había recibido en su orgullo.

Sin ser capaz de continuar hablando, Paloma salió del salón con los ojos anegados. Las hermanas la vieron marchar con el corazón encogido, ellas también deseaban que las cosas hubieran sido diferentes.

—Disculpadme —pidió Ginés al levantarse con dificultad para ir tras ella.

Durante los siguientes minutos, nadie dijo nada. Aquel reencuentro tenía un sabor agridulce que empezaba a amargar en el paladar. Por la ventana abierta les llegaban los ruidos de la calle, donde decenas de almas pululaban ajenas a sus penas, con seguridad ocupadas con las propias, pues en esos días nadie escapaba de ellas.

—Tengo que encontrarla —quebró el silencio Martín.

Por las mellizas estaba al tanto de todo lo ocurrido desde su llegada a Orán, incluida su estancia en la prisión y cómo allí las habían separado de Aurora. Le hablaron de lo que sabían por Paloma: su vida en la pensión Valencia, su trabajo como planchadora, su decisión de enrolarse en una compañía de teatro itinerante con la esperanza de dar con ellas… También de Bruno Blanchard y la terrible amenaza que suponía.

Al escucharlas Martín había apretado la mandíbula con fuerza, sin embargo, la vida en el desierto le había enseñado que ninguna batalla está perdida hasta que se exhala el último aliento. Él conocía a Aurora mejor que nadie, habían crecido juntos, se habían convertido en quienes eran uno al lado del otro. Sabía de la fortaleza de su corazón, de su inquebrantable voluntad. Si alguien podía conseguirlo, esa era Aurora.

—No puedo irme sin verla.

Lo que no dijo Martín fue que, además de asegurarse de que se encontraba sana y salva, necesitaba mirarla a los ojos y preguntarle si aún lo amaba tanto como él la amaba a ella.

Aquello le robaba el sueño.

Habían pasado casi cuatro años sin verse, gran parte de ellos creyéndolo muerto. ¿Qué pensaría al verlo de nuevo? Lo único que

sabía Martín era que no podía enfrentarse a una nueva guerra sin al menos haberla visto una última vez.

Capítulo 48

Al despertar, Aurora sintió el peso del cuerpo de Rodrigo a su lado. Saber que él también estaba desnudo bajo las sábanas le erizó la piel. No comprendía lo que había entre ellos. Eran tan distintos en casi todo que resultaba inexplicable la poderosa atracción que ejercían entre sí. Eran como dos planetas orbitando el uno en torno al otro, incapaces de abstraerse de aquella fuerza invisible pero poderosa que los mantenía siempre al borde de la colisión.

Con un estremecimiento apartó los recuerdos de los suspiros, caricias y gemidos compartidos en las últimas horas. Se removió perezosa, aún se notaba débil. Junto a ella, Rodrigo abrió los ojos.

—¿Cómo te encuentras?

—Mucho mejor —admitió.

Rodrigo la rodeó con un brazo y, con suavidad, la volteó hacia él. Sus ojos cobrizos chispearon y Aurora sintió que la atravesaban de lado a lado. Rodrigo la besó y ella se abandonó a esa reconfortante sensación de sentirse segura, protegida. Había pasado tres años recorriendo una tierra que le era ajena, temiendo no poder reunirse con las únicas personas que le importaban en el mundo. Y ahora, de pronto, no solo estaba a punto de volver a abrazar a Estrella y Rocío, sino que Rodrigo la acompañaría en el último tramo de aquel largo camino.

Desayunaron en la cama unos restos de pan y queso de la noche anterior, luego volvieron a enredarse en el cuerpo del otro durante tanto tiempo que olvidaron que fuera de aquella habitación, más allá del viñedo, el mundo seguía en guerra. Solo cuando quedaron saciados de placer, la cordura pareció volver a recuperar su espacio.

—Será mejor que nos demos prisa. Michel no tardará en regresar —la advirtió Rodrigo mientras rescataba sus pantalones del amasijo de ropa a los pies de la cama—. Es el médico que entró en lugar del doctor Galindo, la tromba de agua lo pilló en Orán solucionando unos asuntos, pero mucho me temo que debe de estar al caer.

—¿Y eso supone un problema?

—Uno bien grande. Michel es sibilino y tiene ojos en todas partes, además, sospecho que le pasa información a Blanchard. En cuanto esté de vuelta descubrirá que he cogido medicinas del dispensario y no parará hasta averiguar por qué. Tan pronto descubra que estás aquí, el *commissaire* lo hará también.

—No lo entiendo —musitó Aurora abrazada a sus rodillas—. ¿Qué le he hecho yo a ese hombre para que me odie de esta manera?

—Hay personas que no necesitan un motivo para hacer daño a los demás, simplemente no saben habitar el mundo de otra manera.

Aurora perdió la mirada por la ventana, desde allí se podían adivinar los primeros brotes de las vides. Cuanto había al otro lado le pareció de pronto inmenso e inquietante.

—¿Y qué puedo hacer?

—Tengo una casa en Suiza. Es uno de los pocos países que se ha mantenido neutral en esta guerra. Es el lugar perfecto para desaparecer y mantenerte a salvo.

—No voy a irme sin mis hermanas —dijo clavando su mirada en Rodrigo.

—Por supuesto que no, la invitación es para las tres —aclaró él, y un profundo agradecimiento por ese hombre que estaba dispuesto a ofrecerles una salida cuando todo parecía perdido calentó el pecho de Aurora. Era una sensación maravillosa—. Te diré lo que haremos: nos vamos a Argel, allí un amigo nos tendrá preparada una avioneta en el aeródromo de Manche Blanche. Tenemos que ser rápidos y cautelosos. No olvides que hay una tentadora recompensa con tu descripción.

—Suena todo tan arriesgado… ¿Y si las cosas se tuercen?

Rodrigo rebuscó en el bolsillo de su chaqueta y extrajo una Walther P38. Ella se llevó una mano a la boca al ver el arma. Acababa de tomar conciencia de la dimensión de lo que se proponían llevar a cabo.

—¿Serías capaz de usarla?

—Si de ello depende tu vida, no lo dudaría ni un instante.

Refugiada entre los brazos de Rodrigo, Aurora se dijo que no sabía lo que le depararía el futuro pero si de algo estaba segura era de que, con él a su lado, todo sería más sencillo.

—Aurora, hay algo más que quiero pedirte. —Rodrigo le levantó la barbilla para buscar sus ojos—. No quiero que lo nuestro acabe aquí. Sé que es una locura hablar de amor en un momento como este, pero precisamente por eso no quiero dejar de hacerlo. Ya creí que te había perdido una vez, no estoy dispuesto a hacerlo una segunda.

—Pero tú mismo lo has dicho antes —argumentó Aurora, que trataba de aplacar sus alocados latidos—: yo no puedo quedarme en Argelia y tú tienes aquí una vida, tus negocios, tu viñedo…

—Todo eso no es más que mi pasado, tú eres mi futuro. —Aurora sintió que la habitación daba vueltas—. Si tú también quieres ver a dónde nos lleva esto, volaremos juntos a Suiza y esperaremos allí el tiempo que haga falta hasta que el mundo recupere la cordura. Esta maldita guerra no puede durar para siempre —continuó él—. En caso de que no lo hagas, mi propuesta seguirá siendo la misma: tus hermanas y tú os refugiaréis en mi apartamento de Berna, allí estaréis a salvo… solo que yo no subiré a ese avión con vosotras.

Su generosidad la conmovió. Estaba dispuesto a dejarlo todo atrás, y en su caso ese todo significaba mucho más que una vida acomodada, se trataba de su hogar y su legado.

—La decisión es tuya, Aurora.

Sintió un pellizco en la boca del estómago muy parecido al vértigo. ¿Acaso era eso amor? El recuerdo de Martín regresó para golpearla con fuerza. Sus sentimientos por aquel muchacho de ojos grises y flequillo rebelde habían sido completamente diferentes. Su historia se había cocido a fuego lento, todo lo contrario de lo que le

ocurría con Rodrigo. Lo suyo había sido una atracción instantánea, visceral, casi violenta; y pese a que se encontraban en las peores circunstancias, ninguno de los dos había podido mantenerse ajeno a ella. Por un instante tuvo la sensación de estar traicionando a Martín, como si le debiera algo incluso después de muerto. Sacudió la cabeza para deshacerse de aquella idea. Rodrigo había dicho que ella era su futuro, tal vez fuera el momento de que tomara las riendas del suyo.

Frente a ella, Rodrigo aguardaba inquieto una respuesta. Sin duda tenía buen corazón, con sus debilidades y flaquezas, por supuesto, al fin y al cabo, ¿quién no las tiene? Aurora no necesitó más que adelantar su cuerpo hasta que sus labios se encontraron para dársela.

—¿Esto quiere decir que…?

—¿Tú qué crees?

Aurora acalló el vértigo que continuaba instalado en su estómago con un nuevo beso, mucho más apasionado que el anterior, al que él respondió al instante encendiendo su cuerpo con nuevas caricias. Sí, se dijo, Rodrigo sería un buen compañero, y ella sería feliz a su lado. Se desnudaron con urgencia, casi a zarpazos, mientras se dejaban caer entrelazados en la cama todavía revuelta. La boca de él se separó de la suya para explorar nuevos rincones que la hicieron enterrar la cabeza en la almohada para acallar unos gemidos que resonaron en aquel dormitorio que de repente parecía contener el universo entero. Aurora rodó para colocarse sobre el cuerpo fuerte y cálido del hombre que prometía cuidar de ella hasta las últimas consecuencias y se sentó con suavidad, permitiendo que su firmeza se adentrara entre sus piernas. Sus pechos se mecieron al ritmo que marcaban sus caderas enloqueciendo a Rodrigo, que gruñó bajo ella, hundiendo los dedos en su carne, toda su corpulencia rendida ante la poderosa feminidad que cabalgaba sobre él.

Un segundo antes de alcanzar el orgasmo, Aurora dejó de preguntarse si no estaría cometiendo el mayor error de su vida para abandonarse de lleno a un placer que no admitía dudas.

Capítulo 49

Argel la blanca sorprendió a Aurora por su belleza y por su tamaño. La capital de Argelia resplandecía bajo el sol de abril y, aun cuando la comida u otros productos básicos escaseaban y la inestabilidad del largo conflicto hacían mella en sus habitantes, su encanto permanecía intacto.

Si sus pasos fallaron en varias ocasiones al ascender por las empinadas callejuelas de la *casbah,* no fue por su suelo adoquinado ni por andar esquivando excrementos de burro, sino porque sabía que a cada paso la distancia con sus hermanas se acortaba. Un par de veces se vio en la necesidad de sujetarse del brazo de Rodrigo y, de nuevo, se sintió agradecida por tenerlo a su lado.

—Todo va a ir bien —le prometió él con una sonrisa—. Ya estamos cerca.

Aurora asintió y le devolvió la sonrisa, preguntándose cómo habría sido su vida en aquel país sin Rodrigo Moragues. Cierto que su historia había sido algo tortuosa, pero resultaba innegable la poderosa atracción que ejercían el uno sobre el otro. De algún modo era como si, ignorando el empeño que ambos habían puesto en mantenerse separados, el universo se hubiera empeñado en que sus caminos se entrecruzasen una y otra vez.

—Es aquí —anunció él frente a un estrecho portal donde un escueto cartel anunciaba una consulta médica—. ¿Preparada?

Negó con la cabeza. ¿Cómo estarlo? Había esperado más de tres años y al fin se sabía a punto de abrazarlas. Sintió que las piernas no la sostendrían y un leve mareo le embotaba los sentidos.

—Vamos, yo estaré contigo.

Ascendieron las escaleras hasta el primer piso como en un sueño. Luego no recordaría quién había llamado a la puerta ni si escuchó pasos acercándose para abrirla. Todo le parecía tan irreal que temió despertar y descubrir que se trataba de un sueño. Lo que ocurrió, en cambio, fue que Paloma la observó desde el otro lado del umbral, con los ojos muy abiertos y una mano en el pecho.

—¡¿Quién es, Paloma?!

Las palabras de Estrella las sacaron a ambas del embrujo.

—Vamos, pasa —pidió Paloma en un susurro, incapaz de reunir más voz—, llevan esperándote demasiado ya.

Cuando Aurora se adentró en el salón vio a Estrella con un periódico de pie junto a la ventana, parecía concentrada en descifrar alguna noticia. Rocío estaba un poco más allá, en un rincón que parecía ser la cocina, y removía algo en un cazo con una mano mientras que la otra sujetaba a una niña pequeña sobre su cadera. Ninguna se había percatado de su presencia, así que dispuso de unos segundos para disfrutar de una sencilla escena doméstica que la conmovió por lo cotidiana y por lo añorada.

Aquella frágil quietud se rompió cuando la pequeña se volvió y la descubrió allí plantada. Le dedicó una luminosa sonrisa que mostró unos dientes blanquísimos.

—¡Hola! —dijo.

Sus hermanas se volvieron a la vez, extrañadas, y al encontrarse con Aurora en medio del salón el tiempo quedó en suspenso, al igual que sus latidos.

—Dios mío…

Rocío detuvo el remover sin soltar el cucharón y Estrella bajó los brazos, olvidado del todo el periódico. Durante unos eternos minutos sus miradas se trenzaron, inútiles las palabras por ser incapaces de expresar todo el amor acumulado durante aquella larga ausencia. Aurora se preguntó cómo era posible que el tiempo hasta ese instante hubiera transcurrido lento e indolente y, de repente, le pareciera poco más que un breve suspiro.

La primera en reaccionar fue la pequeña, que se descolgó de su madre para ir a su encuentro. La cogió de la mano con naturalidad, como si no fuera la primera vez en su vida que se veían, y le preguntó:

—¿Te quedas a comer?

El roce de aquella mano, tan pequeña y tierna, hizo que una abrumadora calidez le recorriera las venas. De algún modo primitivo pero inequívoco, su sangre reconocía la de una criatura a la que, desde ese instante, protegería por encima de todo. Aurora se agachó para quedar a la altura de su sobrina y poder admirar la perfección de aquel rostro tan nuevo y a la vez tan familiar.

—¿A ti te apetecería que me quede? —La niña pareció pensárselo un momento y luego asintió con tal vehemencia que sus tirabuzones castaños se sacudieron en todas direcciones—. Pues no se hable más, me quedo.

Fue entonces cuando la inmovilidad que las había embargado estalló como un cristal y las mellizas corrieron al encuentro de Aurora, que seguía acuclillada junto a la niña. Allí, en el suelo de un apartamento prestado, en una ciudad prestada de un país prestado, las tres hermanas se fundieron en el abrazo soñado durante tres largos años, sanando así las heridas que la ausencia había abierto en sus corazones.

—Me quedo —murmuraba Aurora—. Me quedo con vosotras.

Los compases del tiempo mecieron a las hermanas en el reencuentro. Se besaban, se acariciaban, se reían y se volvían a besar una y otra vez, sin prisa, pero con el ansia de quien lo ha anhelado durante mucho, demasiado. Una vez la piel propia quedó saciada del tacto de las otras, Aurora se dirigió a su sobrina.

—Bueno, ¿y tú cómo te llamas?

—Pequeña —anunció la niña muy convencida.

Perpleja, Aurora se volvió hacia sus hermanas.

—¡Mira tú por dónde! —saltó Estrella, recuperando su habitual tono guerrillero cada vez que salía el tema—. Menos mal que has

venido, porque tardas un poco más y esta niña se queda con el dichoso «pequeña» para el resto de su vida.

—No exageres —protestó Rocío—, ya te dije que Aurora se ocuparía de eso.

—¿Cómo? ¿Es que no habéis elegido un nombre aún?

—¿A ti te parece normal? —saltó Estrella.

—Era mi manera de obligarte a venir. No ibas a dejar a tu sobrina sin nombre.

Con el asombro dibujado en su rostro, Aurora no pudo por menos que reír la ocurrencia de su hermana.

—Por supuesto, no pienso dejar que mi única sobrina se llame «pequeña». Esto lo arreglamos ya mismo —afirmó y volvió a agacharse para estudiar a la niña con atención. Le resultó sorprendente no albergar duda—. Dime, ¿te gusta Esperanza?

La niña se tomó unos instantes antes de responder. Su gesto serio y concentrado hacía pensar que de verdad estaba calibrando su propuesta. Al cabo, volvió a sonreír con esos dientes blanquísimos y a sacudir los tirabuzones al asentir con vehemencia.

—Es mucho mejor que «pequeña» —afirmó, arrancando una carcajada a su tía.

—Desde luego —se mostró de acuerdo Aurora—. Esperanza, entonces, ya lo tenemos. Un nombre precioso para una niña preciosa.

Paloma y Rodrigo, que se habían mantenido algo apartados a fin de respetar el reencuentro, se acercaron para celebrarlo con las hermanas. Aurora se encargó de hacer las presentaciones y, aunque le pareció que las mellizas se mostraban algo cohibidas ante la imponente presencia de Rodrigo, apenas le dio importancia, ocupada como estaba en disfrutar de aquel momento.

Envueltas en un revuelo de preguntas infinitas, respuestas que se pisaban unas a otras, palabras de cariño repetidas como una cantinela… ninguna oyó la puerta ni los pasos que se aproximaron. Nadie reparó en la figura que las observaba en silencio, perdida en el recuerdo de una época en que aquella escena de las tres

hermanas juntas y felices era algo tan cotidiano que jamás pensó cuánto llegaría a echarlo en falta. Un carraspeo salido de su garganta rompió el hechizo y las muchachas se volvieron.

Aurora, que había logrado mantenerse más o menos entera, sintió un abismo bajo sus pies. Se tambaleó y a punto estuvo de caer desplomada. Fue Rodrigo quien, sujetándola por la cintura, evitó males mayores.

—Hola, Aurora.

—¿Martín? No puede ser… ¡Estabas muerto!

La voz de Aurora abandonó su garganta áspera y entrecortada, distorsionada hasta el punto que a ella misma le sonó extraña. La impresión de encontrárselo cara a cara fue tan fuerte que temió no resistirlo. Pestañeó y, cada vez que sus párpados volvían a abrirse, esperaba que esos ojos grises hubieran desaparecido como la ensoñación que eran. Pero Martín seguía allí, negándose a esfumarse en el recuerdo. Aurora se aproximó hasta colocarse frente a frente y alzó la mano para acariciar el rostro de quien había sido casi un hermano, pero también su primer amor. Sus dedos se detuvieron a escasos centímetros del mentón sin llegar a rozarlo.

—¿Eres real?

Fue Martín quien, con su propia mano, la ayudó a terminar el recorrido. El contacto le resultó casi doloroso.

Las mellizas y Paloma, que conocían bien su historia, fueron conscientes de que ambos necesitaban espacio para volver a ubicarse, por lo que salieron del apartamento con la excusa de ir en busca de Ginesito. Rodrigo las acompañó, no sin antes lanzar un último vistazo a esa escena en la que la mujer que amaba acariciaba el rostro de otro hombre.

Reencontrarse fue difícil. Había tantas cosas por decir que las palabras se habían vuelto esquivas.

—Cuéntamelo todo. Necesito saber cómo has regresado de entre los muertos.

Martín sonrió y, sin soltarla, la acompañó al sofá. Allí, con las piernas rozándose como si tras los años separados ahora les

resultara insoportable la idea de perder el contacto, le relató su historia. Al acabar, Aurora lloraba en silencio.

—Te he echado tanto de menos —susurró—. Te he necesitado tanto a mi lado…

—Ya estoy aquí. Y para mí nada ha cambiado, Aurora. Mis sentimientos son los mismos que el día que nos despedimos en Alicante creyendo que no tardaríamos en volver a vernos. Te sigo queriendo, nunca he hecho otra cosa que no sea quererte. No conozco otra forma de vivir que no sea contigo en mis pensamientos.

Aurora se estremeció, confusa. Tras haberlo llorado, ahora, al tenerlo de nuevo delante, no era capaz de ponerle nombre a unas emociones que la estaban arrasando por dentro como si el feroz siroco se hubiera colado en su pecho.

—¿Qué ocurre? ¿Es que tú ya no sientes lo mismo?

—Si me preguntas si te quiero, la respuesta es que sí, por supuesto que te quiero —respondió ella con tiento—. Yo también he crecido amándote, primero como a un hermano, después como mucho más, ya lo sabes. Sin embargo…

Se detuvo tratando de poner en orden sus pensamientos. Estaba siendo sincera, lo que sentía por él la atravesaba por entero. No había una sola fibra de su cuerpo que no vibrara ante su cercanía. No obstante, a veces las cosas no resultan tan sencillas.

—Sin embargo… —la alentó Martín.

—Ha pasado mucho tiempo, creí que no volvería a verte. Yo pensé que…

Las imágenes de los momentos apasionados compartidos con Rodrigo acudieron a su mente como fogonazos crueles. La culpa la invadió, recubriendo sus venas de un líquido espeso y negruzco. De haber sabido que Martín seguía vivo, que iba a reunirse con él, ¿habría actuado igual? ¿Se habría permitido que sus sentimientos hacia Rodrigo crecieran hasta llegar a plantearse un futuro a su lado?

—No sigas —masculló Martín. Había visto cómo Rodrigo la sujetaba por la cintura, no necesitaba más para comprender—. Es por ese tipo, ¿verdad?

—Por favor, Martín, no quiero que pienses que…

—Prometimos esperarnos, ¿recuerdas?

Aquello fue como una cuchillada en las entrañas. Por supuesto que recordaba aquella noche, la de la despedida. ¿Cómo olvidarla? Si hubiera sabido entonces todo lo que les quedaba por sufrir, tal vez se habría aferrado a Martín y le hubiera impedido marcharse. Pero no lo hizo. Él se fue y ella se quedó, y para cuando siguió sus pasos, ya era tarde. Demasiado tarde.

—Estás siendo injusto. Al hacer esa promesa ninguno de los dos podía imaginar lo que nos esperaba.

Martín resopló y se removió en el sofá. Sus piernas dejaron de tocarse, como si la distancia que empezaba a crecer entre ellos también fuera física.

—No te preocupes, no te causaré más molestias. Pronto me iré y podrás continuar con tu vida al lado de…

Aurora no se molestó en completar el nombre de Rodrigo, eso no era lo que la preocupaba en ese momento.

—¿Cómo que te vas? ¿Adónde?

—Formo parte de la Legión Extranjera. Parto con los Aliados para derrotar al fascismo.

—¿Vuelves a la guerra?

—La guerra nunca terminó.

Fue en ese instante cuando Aurora cayó en la cuenta de que, una vez más, ella pasaba a un segundo plano. Sí, puede que Martín le hubiera hablado de amor, pero también lo hacía de guerra. Con él siempre acababa siendo así. Sus ideales estaban antes que nada, incluida ella. De repente fue consciente de que junto a Martín solo le aguardaban incertidumbres, algo de lo que ella había tenido más que de sobra. Con Rodrigo, en cambio, se abría la opción de una existencia estable, sin sobresaltos. Se sintió ruin al pensar así.

—Será mejor que me vaya —anunció Martín poniéndose en pie—. Ese hombre debe de estar abajo y no querrás hacerlo esperar.

—No sabes lo que dices —se quejó Aurora sin atreverse a retenerlo.

—Lo que sé es que a lo que me he aferrado todo este tiempo para sobrevivir al desierto no existe.

Viéndolo abandonar el salón, Aurora se preguntó cómo era posible que uno de los momentos más esperados de su vida hubiera acabado por estropearse así. Su figura se esfumó como si nunca hubiera estado allí y ella posó su mano sobre el asiento para confirmar que aún conservaba el calor, que no lo había soñado. Martín había estado allí, con ella, pero había vuelto a desaparecer.

* * *

Encontró a Rodrigo acodado en una baranda del *boulevard* Carnot, abstraído en el ir y venir de los barcos y el trajín del puerto. Lo observó sabiendo que él aún ignoraba su presencia. Incluso de espaldas seguía apreciándose su corpulencia y su buena planta, y sintió un cosquilleo al recordar cómo sus brazos fuertes la habían sujetado mientras ambos se fundían entre gemidos de placer. Sacudió la cabeza para deshacerse de esos inoportunos pensamientos.

—Mis hermanas me han dicho que te encontraría aquí.

Tras una profunda calada que terminó de quemar lo poco que le quedaba del cigarro, Rodrigo lo catapultó a lo lejos con los dedos.

—Prefería no molestar, sé perfectamente cuándo estoy de más.

Aurora suspiró. Sabía que no podía engañarlo, no se lo merecía.

—Siento haberte hecho sentir así —trató de explicarse—. Es que volver a ver a Martín ha sido…

—¿Qué sientes por él?

—Lo quiero, por supuesto. Se crio con nosotras, es como un hermano…

—Hermano. Esa fue la palabra que usaste para referirte a él al hablarme de tu vida en Alicante, pero no es lo que me ha parecido al veros juntos. Ya sabes a qué me refiero. —Lo sabía, por supuesto que lo sabía. Y, aun así, resultaba tan complicado que apenas se sentía capaz de explicarlo—. No hace falta que contestes, lo puedo ver en tus ojos.

—Solo estoy confusa, Rodrigo, creo que necesito algo de tiempo. Para ordenar mis ideas.

—Ya…

—Pero eso no cambia lo que siento por ti. Ni tampoco el hecho de que quiero empezar una vida contigo en Suiza. No voy a faltar a la promesa que te hice.

Rodrigo se giró para quedar cara a cara. Sus ojos parecían recién prendidos.

—No quiero que me elijas por compasión.

—Yo no he dicho eso.

—Tampoco es necesario.

Se quedaron en silencio, con el sonido de la ciudad y del mar ocupando el espacio entre ellos. Aurora tuvo la tentación de acercarse, de enterrar la cara en su pecho para cobijarse del terremoto que había sacudido su existencia. Tal vez allí, donde sabía que la esperaba el olor de la uva madura, encontrara algo de paz. No se atrevió. Sabía que Rodrigo se sentía despechado y no quiso presionarlo.

—Avisaré a mi contacto del aeródromo para que lo tenga todo listo cuanto antes. Deberías avisar a tus hermanas para que estén preparadas, no olvidemos que Blanchard te busca y corres peligro. Tenéis que marcharos de Argelia.

—¿Cómo que «tenéis»? ¿Qué pasa contigo?

—Cambio de planes.

Aurora tuvo un mal presentimiento. Lo supo al escuchar el tono frío y distante tras el que Rodrigo parecía parapetarse.

—Tus hermanas y tú os subiréis a ese avión, en Berna os recibirán y me aseguraré de que no os falte de nada…, pero yo no os

acompañaré. Ahora mi lugar no está allí, por lo menos hasta que deje de verlo a él cada vez que te mire a ti.

Aurora sintió de nuevo esa culpa viscosa que la recorría. ¿Por qué, sin pretenderlo, estaba haciendo daño a dos de las personas que más le importaban? Primero había sido Martín y ahora, Rodrigo. Fue dolorosamente consciente de que se estaban alejando de ella sin saber cómo hacer para impedirlo. Levantó la vista al cielo y vio pasar un par de gaviotas, parpadeó para retener las lágrimas.

—Lo siento —dijo.

Él clavó sus ojos cobrizos en los suyos durante tanto rato que Aurora llegó a creer que se lo estaba pensando, que quizá fuera a cambiar de opinión. Tal vez aún hubiera una esperanza para ellos. Deseó con todas sus fuerzas que la besara.

Rodrigo no la besó, pero sí levantó una mano para sujetar un mechón que revoloteaba frente a su rostro movido por la brisa. Sus dedos se quedaron ahí, como si le supusiera un gran esfuerzo desprenderlos de su cabello. Permanecieron inmóviles hasta que, con un último suspiro, dio un paso atrás que Aurora sintió como si lo hubiera alejado kilómetros de ella en lugar de centímetros.

—Yo también lo siento.

Capítulo 50

Navegando entre dos aguas. Así se sentía Aurora cada vez que pensaba en lo ocurrido en los últimos días. Al menos no disponía de demasiado tiempo para pensar. La vorágine de los preparativos para su partida la absorbió, al igual que a sus dos hermanas. Gracias a ellas y a la pequeña Esperanza, encontró las fuerzas necesarias para lanzarse de nuevo a lo desconocido.

Mientras continuaran en Argelia no podría respirar tranquila. El recuerdo de lo ocurrido en prisión solía golpearla con fuerza cuando menos los esperaba, robándole el sueño y el sosiego. Que sus hermanas pudieran vivir lo que ella había sufrido resultaba una posibilidad aterradora. Además, ahora estaba su sobrina, tan tierna y frágil. Por eso necesitaba sacarlas de allí cuanto antes.

Consciente de que todo dependía de ella, Aurora hacía verdaderos esfuerzos por no flaquear; no podía permitírselo, no ahora que estaban tan cerca de conseguirlo. Rodrigo se había marchado a Orán en busca de Sagrario. Había sido una decisión de última hora y, al conocerla, Aurora se mostró conforme de inmediato.

—No me gusta la idea de que mi madre siga en la ciudad —le había dicho él antes de la despedida—. La guerra está lejos de terminar y los suministros escasean, temo que la chispa salte, que tanta tensión acabe por provocar altercados. Me quedaría más tranquilo si sé que está en la casa de Berna con vosotras. Ya sabes, en su estado…

—Por supuesto —lo tranquilizó Aurora, que sentía un sincero cariño por aquella mujer algo extravagante que hablaba con sus

pájaros—. La cuidaremos como si fuera nuestra madre.

Rodrigo pareció dudar un segundo. La mirada huidiza, aún albergando rencor.

—Gracias —dijo al fin.

—No tienes por qué darlas. Si cambias de idea y decides acompañarnos…

Sus palabras se estrellaron contra un muro de frialdad y Aurora pensó una vez más que nunca se acostumbraría a aquella nueva situación. Había esperado que se tratase de un arrebato pasajero, una rabieta de niño grande en la que, llevado por los celos, pretendiera darle una lección. De ser así lo habría comprendido y, aunque no había sido su intención, no podía menos que reconocer que razones no le faltaban para sentirse herido. Sin embargo, por el momento no había conseguido traspasar la coraza tras la que él se escudaba, y con cada nuevo desaire ella creía que lo perdía un poco más.

—Yo diría que lo tenemos todo listo —escuchó anunciar a Paloma al entrar en el apartamento.

Aurora se acercó para descubrir una maleta de cartón repleta hasta los topes que difícilmente lograría cerrar.

—Espera, te echo una mano —se ofreció.

Les costó lo suyo, pero diez minutos después la maleta estaba cerrada y ellas dos sudorosas.

—¿Estás segura de que no prefieres venir con nosotras? —preguntó una vez más, resistiéndose a alejarse de su amiga—. No creo que suponga un problema para Rodrigo.

—¿Ahora que he conseguido convencer a Ginés de que se olvide de irse a la guerra? Mira que al llegar a Orán me prometí que no volvería a navegar, con lo mala que me puse, todo el día vomitando… y resulta que estoy deseando que nos subamos al dichoso barco, no sea que aún cambie de opinión y se vaya detrás de Martín.

Oír su nombre nubló el ánimo de Aurora. No lo había vuelto a ver, pero sabía por las mellizas que seguía en Argel, a la espera de que

lo enviaran a su nuevo destino, lo cual no tardaría en ocurrir.

—México debe de ser precioso —aventuró Aurora.

—Eso dicen —corroboró Paloma—. Pero si no lo fuera, creo que me daría igual. ¿Sabes? Yo lo único que quiero es estar con mi hijo y con su padre, si fuera en la Conchinchina me parecería bien.

—¿Has pensado de qué viviréis?

—De lo mismo que aquí. Con un poco de suerte podré montar mi propio taller de costura. A las mexicanas les gustarán los vestidos bonitos, digo yo… Lo que no sé es cómo se adaptará Ginés, que lleva desde nuestra guerra sin hacer otra cosa que batallar y sobrevivir.

—Pues como nosotras.

—También es verdad. —Se encogió de hombros con una sonrisa resignada—. En fin, nos irá bien.

—Te voy a echar tanto de menos…

—Eso ni lo menciones, que es lo que más me duele. ¡Cuando por fin volvíamos a estar juntas!

Se fundieron en un abrazo mudo, de esos que reparan el alma y recomponen los pedazos rotos.

—Eso me recuerda —dijo Paloma con una voz teñida de algo que Aurora conocía bien— que aún te debo una disculpa. Fue culpa mía, le confesé dónde estabas a Blanchard. Lo siento mucho, pero él tenía a Ginesito y yo…

—Calla, no sigas. Hiciste lo que tenías que hacer. —Le acarició la mano de meñique ausente—. Lo que no te perdonaría es que no hubiera sido así, no lo pienses más. ¿Me prometes que no lo harás?

—Prometido.

Los ojos de ambas se humedecieron, perdidos en todo lo vivido en los últimos años, lo bueno y lo no tan bueno. Aurora carraspeó en un intento de dejar la nostalgia atrás.

—Entonces dime, ¿ya tenéis los pasajes para el transatlántico?

—Doña Tecla está en ello, ayer me confirmó que esta semana zarpará uno. Procuraré convencerla de que nos acompañe, pero con lo testaruda que es no sé yo.

—Ojalá lo consigas.

Sin duda, pensó Aurora con un pellizco en el pecho, si el mundo no dejaba de girar era gracias a mujeres como aquella, que la suerte había cruzado en su camino.

* * *

Rodrigo se retrasaba. Había prometido estar de regreso con su madre en un par de días y ya habían pasado tres sin tener noticias. Aurora empezaba a inquietarse. ¿Y si había cambiado de opinión? ¿Y si se había arrepentido de su propuesta de llevarlas hasta Suiza? Al fin y al cabo, se había marchado resentido y dolido.

Por suerte, poco antes de anochecer, mientras las mellizas se despedían en la consulta del doctor Rafael y su enfermera María, a quienes habían confiado el cuidado de Glotón, escuchó unas fuertes pisadas en la escalera. Se abalanzó a la carrera para abrir la puerta, esperando encontrarse a Rodrigo y su madre al otro lado.

—¿Jimena?

Junto a Rodrigo, la figura menuda de rodillas huesudas y cejas tupidas de la niña que había conocido en el Soleil d'Oran la miraba con fijeza. Había crecido desde la última vez que se vieron, ya empezaba a abandonar la infancia para adentrarse en esa etapa en la que todo cambia sin posibilidad de vuelta atrás, aun así, resultaba imposible no reconocerla.

—Te lo explico dentro mejor.

Sonaba cansado, Aurora se hizo a un lado para franquearles el paso. Una vez en el salón vio cómo Rodrigo se dejaba caer en el sofá con un gesto sombrío.

—No pude convencerla —reveló, y ella supo que se refería a su madre—. Se negó a abandonar sus pájaros, ¿te lo puedes creer? Le insistí, pero fue imposible hacerla entrar en razón, maldita sea.

—Sagrario siempre ha sabido lo que quería… y lo que no —apuntó con suavidad. En realidad, no le extrañaba, aquella mujer extraordinaria había sido indomable desde joven y hubiera sido una

ingenuidad pensar que eso fuera a cambiar ahora—. Sé que no es lo que desearías oír, pero tal vez tu deber como hijo sea respetar su decisión.

—Mi deber como hijo es asegurarme de que está a salvo —rebatió Rodrigo con rapidez dando una palmada sobre el reposabrazos.

Aurora no insistió, resultaba evidente que estaba enfadado y lo mejor era dejarlo estar. Al fin y al cabo, nada se podía hacer.

—¿Y Jimena? —se atrevió a preguntar.

—Mi madre se empeñó en que fuera a buscarla —resopló—. En cuanto supo que irías a la casa de Berna insistió en que la llevaras contigo. Nuestra familia tiene una deuda con la suya desde hace años y mi madre dijo que estaría más tranquila si sabía que quedaba saldada. Además, después de lo que le ocurrió a su padre… ya sabes, lo de la mano…

Aurora recordó la historia que le había contado Sagrario de cuando Carmen, la abuela de Jimena, había sacado a un travieso Rodrigo Moragues del pozo. Tampoco olvidaba el accidente en el que Cosme había perdido una mano mientras manipulaba los explosivos en el viñedo.

—No te preocupes, me ocuparé de que la acepten en un buen internado en cuanto lleguéis —continuó Rodrigo—. Le ha costado un poco dejar el viñedo, pero no os dará problemas. ¿Verdad que no, Jimena?

Ante la pregunta que más parecía una advertencia, Aurora dirigió su mirada a Jimena. La cría tenía el gesto contrariado y su ceño fruncido gritaba que estaba allí en contra de su voluntad.

—Estoy segura de que se portará de maravilla —trató de aliviar la tensión.

—Bien —dijo él incorporándose del sofá—. Os dejo para que descanséis, mañana será un día largo. Mi amigo Baptiste nos espera en el aeródromo Manche Blanche, quiere despegar al amanecer. Por la noche dormiréis en Suiza.

Al escuchar aquello Aurora sintió un cosquilleo en el estómago. Era el vértigo ante lo desconocido, el miedo por el abismo que se abría a sus pies.

* * *

Empezaba a clarear y el aeródromo Manche Blanche no había despertado todavía. Le pareció contar seis aeronaves, entre aviones y avionetas que dormitaban junto a la pista. En cuestión de horas todo cuanto conocía quedaría atrás.

La asaltó el recuerdo de doña Tecla, con su eterno aroma a rosquilla y el crujido de su rosario. Aquella mujer la había arrancado de las garras del *commissaire* para acompañarla en sus primeros y titubeantes pasos en Orán, cuando aún no imaginaba todo cuanto estaba por venir. También el de la señora Sagrario y el de la casa de los Moragues en la *place* de la Bastille, con su patio rebosante de vida además de trinos de pájaros que olía a jazmín y a los guisos de Manuela. Se tomó un instante para rememorar a Consuelito y su embarazo incipiente, que la animó a lanzarse a aquella vida ambulante y de la que nunca volvió a tener noticias. Por supuesto, tampoco olvidaba a Gumersindo Pineda, un hombre de corazón demasiado bondadoso para la época que le había tocado vivir. Por último, no pudo dejar de pensar en Halima, que la había sostenido en sus peores momentos y le había abierto los ojos a una manera de curar que salía del alma y traspasaba los límites de la ciencia y de cuanto había dado por sentado, la misma que había asumido compartir su vida con un monstruo a cambio de salvar a tantas otras de lo que sufrió ella.

Se le había formado un nudo en la garganta y los ojos húmedos le impedían ver con claridad las aeronaves.

—¿Lista? —preguntó Rodrigo, cortando de golpe sus ensoñaciones.

—Eso creo.

—No te preocupes, Baptiste sabe lo que hace. Se asegurará de que aterricéis sanas y salvas.

Aurora lanzó una mirada al piloto que revoloteaba alrededor del Dewoitine D338, un trimotor con capacidad de hasta veintidós pasajeros, revisando y haciendo las últimas comprobaciones. Luego sus ojos buscaron a sus hermanas. Estrella sostenía a Esperanza en brazos, la habían sacado de la cama sin que llegara a darse cuenta y seguía soñando con la carita enterrada en el cuello de su tía. Jimena, con su gesto mohíno, estaba junto a Rocío, serena del brazo de su marido. Finalmente habían acordado que José no las acompañaría, no podía abandonar su recién inaugurado taller de carpintería en Hussein Dey, el que había abierto con tanto esfuerzo y donde había invertido todos sus ahorros. La idea era que tan pronto lograra traspasarlo se reuniría con ellas.

—Seguro que estaremos bien. —Aurora posó sus pupilas en las de Rodrigo—. ¿Y qué harás tú?

—Me he alistado para apoyar a las fuerzas del Eje.

Sus palabras cayeron sobre ella como un jarro de agua fría. Jamás lo hubiera imaginado jugándose la vida en el fragor de una batalla. Él no era como Martín, dispuesto a defender unos ideales hasta las últimas consecuencias; pertenecía a los terrones de tierra reseca que crujían bajo los pies, a la brisa marina, a los racimos de uvas madurados por el sol. En el caso de Rodrigo, solo se le ocurría una razón para que se lanzara a una locura semejante. Aun así, preguntó:

—¿Por qué?

—Tal vez no estuvieras equivocada, después de todo. Los americanos no saben apreciar el buen vino. En cambio, los alemanes son unos apasionados enólogos. Y yo tengo que velar por mis negocios. Es lo único que me importa, ¿no era eso?

—Rodrigo, cuando dije aquello yo…

—Tranquila, lo he superado.

No era cierto, ambos lo sabían.

Un remolino de viento cálido le alborotó el pelo. El siroco soplaba a destiempo, pensó con una extraña y súbita añoranza. Quizá aquella fuera una de las últimas veces que sentía su abrazo sobre la piel.

—Nada de lo que diga te hará cambiar de opinión, ¿me equivoco?

Él se detuvo para encenderse un cigarro. Inhaló una profunda calada y luego negó con la cabeza. Rodrigo estaba herido, aunque su herida no fuera de las que sangran. La suya supuraba bilis, rencor y celos. No era capaz de digerir el modo en que Aurora había mirado a Martín al saberlo vivo. Ese fogonazo se había grabado en sus retinas y acudía a su mente una y otra vez para atormentarlo. ¿No podía Aurora darse cuenta de que él solo quería que ella lo mirara así?

—¿Me prometes al menos que tendrás cuidado? —pidió ella.

—¿Acaso importa?

—A mí sí.

Rodrigo la miró con sus ojos cobrizos repletos de destellos. A Aurora le pareció más alto y apuesto que nunca. También más inalcanzable.

—Veo que no soy el único que ha venido a despedirse —apuntó, señalando con el cigarro pinzado entre dos dedos hacia su espalda. La mandíbula tensa.

Aurora se giró sorprendida. Apoyada contra el portón del hangar, una silueta los observaba. Era Martín. Se volvió hacia Rodrigo, que había tirado la colilla al suelo y la pisaba con la mirada puesta en un horizonte que ya clareaba.

—Yo… —arrancó Aurora sin saber siquiera cómo terminar la frase. Le desgarraba el alma estar haciéndole daño a Rodrigo, pero sus sentimientos seguían alborotados y se sentía tan confusa que por el momento no se veía capaz de ofrecerle más que las dudas que la carcomían por dentro.

Él hizo amago de marcharse, pero ella lo retuvo sujetándolo de la mano. Una vez más, el contacto de sus pieles le provocó una sensación parecida a la de un chispazo. Aurora no pudo ni quiso

pensar más, se dejó envolver por el olor a uva madurada al sol y se alzó sobre la punta de los pies para alcanzar los labios de Rodrigo. Sin embargo, en esa ocasión, fue él quien dio un paso atrás, transformando lo que debería haber sido un beso en un leve roce que la hizo sentir desubicada.

—Adiós, Aurora.

Rodrigo se dio la vuelta para dejarla con el corazón enloquecido y un sollozo atorado en la garganta. Sus largas piernas lo alejaron de ella con tanta rapidez que apenas tuvo tiempo de murmurar:

—Adiós, Rodrigo.

* * *

—¿Sigue cabreado? —Martín cabeceó hacia la figura que se distanciaba de la pista.

—Me temo que sí.

—Lo siento, no era mi intención causarte problemas.

Aurora se vació de un hondo suspiro.

—Lo sé.

Permanecieron callados mientras veían a Estrella subir a la aeronave por la escalerilla con Esperanza aún abrazada a su cuello, Rocío y Jimena ya estaban arriba, y José esperaba en la pista con una maleta en cada mano. Se conocían tan bien que no necesitaban llenar el silencio con palabras vacías. Aurora pensó que Martín y Rodrigo iban a luchar en la misma guerra, pero en bandos contrarios. ¿Y si les ocurría algo? ¿Y si alguno de ellos no regresaba a su lado? ¿Cómo iba ella a soportarlo?

—No lo hagas —suplicó a sabiendas de que pedía un imposible—, no arriesgues tu vida. Ya te lloré una vez, no me obligues a volver a hacerlo.

—No temas, venceremos y después el mundo será un lugar mejor para todos. Será mejor para ti.

Martín siempre había sido un soñador. A su pesar, una sonrisa se dibujó en el rostro de Aurora.

—Haces que suene tan bonito… —murmuró.

—Me encanta cuando sonríes.

En ese momento, Baptiste arrancó el motor del Dewoitine D338 y las hélices empezaron a girar a toda velocidad. El ruido era ensordecedor. Martín se aproximó a ella, sus cuerpos estaban tan cerca que percibió su calor. Aquello la turbó.

—Te he pensado cada día —le dijo él al oído para que sus palabras no se perdieran entre el zumbido—, y lo seguiré haciendo hasta que volvamos a vernos.

Aurora se fijó en cómo el flequillo le bailaba sobre sus ojos grises y supo lo que iba a ocurrir. No hizo nada por impedirlo. Dejó que Martín la rodeara por la cintura para besarla con la intensidad de los primeros besos, o tal vez de los últimos.

Se dejó hacer sin querer pensar que hacía solo unos instantes ella había buscado otros labios. Su cabeza era un torbellino y su cuerpo se había vuelto ligero como si estuviera hecha de espuma de mar. El beso fue tan fugaz que bien podría haber sido un sueño de no ser porque, mientras Martín se alejaba, aún sentía el sabor de su boca.

Aurora fue la última en subir a la aeronave. Ya en el último peldaño de la escalerilla se detuvo un instante para mirar a su alrededor. Argelia se iluminaba con las primeras luces del día. El aire estaba cargado con olor a queroseno, pero, aun así, podía distinguir ese punto salobre del mar. Allí, en aquella tierra salvaje e indómita, había descubierto la crueldad más feroz del ser humano, pero también cómo el amor no entiende del paso del tiempo ni de fronteras. En ese rincón del mundo había perdido a sus hermanas y las había recuperado junto con una sobrina que llevaba el nombre más bonito posible: Esperanza. Justo lo que ella sentía crecer en el pecho en ese momento en que se aventuraba en un nuevo viaje hacia lo desconocido.

Tomó asiento entre Estrella y Rocío, que la acogieron con miradas empañadas de emoción. Sabía que ellas también dejaban atrás personas queridas y recuerdos agridulces: José, El Jardín, con Violeta y sus chicas con nombres de flores, el doctor Rafael y la

enfermera María al cuidado de Glotón, la tumba de Olvido… Baptiste se volvió desde la cabina para avisarlas de que iba a proceder al despegue. Aurora asintió. De inmediato sintió que la vibración del aparato aumentaba y que las ruedas se deslizaban sobre la pista. Por la ventanilla, el paisaje se deslizaba con rapidez. Entonces experimentó una especie de vacío en el estómago y supo que habían perdido contacto con el suelo. Estaban volando.

En apenas un minuto el aeródromo Manche Blanche quedó atrás. Aurora no pudo resistir la tentación y lanzó un último vistazo por la ventanilla. Abajo, dos figuras permanecían inmóviles siguiendo la estela del avión. Tuvo la certeza de que eran Rodrigo y Martín, los dos hombres que habían formado parte de ella y que, pasara lo que pasase en el futuro incierto, lo harían para siempre.

Parpadeó para contener las lágrimas. No quería llorar, no ahora que un nuevo comienzo se le ofrecía junto con la promesa de tantas cosas por vivir. Porque sí, porque estaba más viva que nunca y pensaba aprovecharlo. Buscó las manos de sus hermanas para apretarlas con fuerza. En sus ojos encontró la misma emoción que la embargaba a ella, al fin y al cabo, cada una había vivido su propio infierno, pero habían logrado escapar de él.

Ahora estaban juntas, y eso era lo único que importaba.

Nota de la autora

Querida lectora y querido lector, déjame confesarte un secreto: esta novela ha estado a punto de no existir en tantas ocasiones que he perdido la cuenta.

Te explico.

Siempre supe que la historia de las hermanas no podía limitarse a un solo libro y, aunque me lancé a escribir las primeras líneas de *El abrazo del siroco* allá por la primavera de 2022, justo al terminar *Los compases del tiempo,* entonces llegó un embarazo que me puso la vida y el cuerpo del revés. El nacimiento de mi hija me descubrió que hasta entonces no conocía los límites del amor, por desgracia, tampoco los del agotamiento. Me sentí orgullosa cuando al fin encontré el hueco para escribir, de madrugada mientras mi bebé dormía. Avanzaba a paso lento, pero avanzaba. Entonces, cuando ya solo faltaban los últimos capítulos, me encontré con que la mismísima María Dueñas publicaba *Por si algún día volvemos* y, al leer la sinopsis, las similitudes casi me hicieron tirar la toalla. Pensé: «¿Quién iba a querer leerme a mí después de ella?». Lloré una semana entera.

Sin embargo, esta historia es una superviviente, al igual que sus protagonistas, y encontró la manera de convencerme para continuar. Así que aquí estamos, yo tras superar incontables vicisitudes y tú después de leer el resultado de mi tozudez. Espero de corazón que te haya valido la pena porque para mí, sin duda, lo ha hecho.

Esta es una novela que habla de desarraigo, de exilios forzosos, de almas quebradas…, pero también de un amor terco, invencible, ese amor que se reconoce porque es eterno y sobrevive al tiempo.

En ella he entretejido la ficción dentro de un tapiz histórico real, al que he tratado de ser lo más fiel posible dentro de las complicaciones con las que he tropezado durante el proceso de documentación, para que tanto la trama como la ambientación y los acontecimientos se ajusten a una época y un lugar extraordinarios.

De lo que no cabe duda es de que durante años Argelia latió al compás de corazones españoles. Con todo, muchos refugiados vivieron tiempos difíciles a su llegada a una tierra que sentían muy cercana y, en cambio, los recibió con frialdad cuando no con crueldad. Siempre me llamó la atención lo poco que se conoce de esta parte de nuestro pasado y me parecía necesario rescatarlo para darle su espacio y lugar en la memoria colectiva. Además, me enorgullece decir que Orán forma parte de la historia de mi propia familia y mis bisabuelos alicantinos, Dolores Cano y Juan Pérez fueron un ejemplo de aquellos valientes que se aventuraron lejos de sus hogares en busca de un futuro mejor.

Como decía, en esta novela hay mucho de aquella Argelia francesa que tanto me ha fascinado. Las calles, paisajes y rincones me han resultado embriagadores y espero haber sabido trasladarte hasta una tierra que formará siempre parte de nuestro legado. Aunque no todo fue bonito. Los *centres d'hébergement* como Aïn El Turk, los campos del desierto y el absurdo proyecto del transahariano fueron, por desgracia, una realidad de la que poco se ha dado a conocer. Así como muchos otros de los hechos, detalles y acontecimientos que llenan estas páginas. Por ejemplo, la forma en la que el primer Rodrigo Morague compra a un colono francés sus tierras a precio de saldo fue algo habitual dado que muchos de ellos, desencantados, cuando no enfermos, regresaban a la metrópoli. También lo que narra Vicenta como refugiada española y pasajera del *Stanbrook* es fiel a lo ocurrido durante su llegada y desembarco en Orán, al igual que la inhumana acogida a los españoles por parte de las autoridades francesas, que los consideraban un estorbo. Por suerte, el ingenio no escaseó y algunos oraneses buscaron recién llegados con sus mismos apellidos para hacerse pasar por familiares

y sacarlos de prisión. Su ingenio y valentía me inspiraron para que doña Tecla hiciera algo parecido con Aurora. Del mismo modo, la circular del Ministerio del Interior francés por la cual se podían reclamar presos de los campos para trabajos agrícolas en la colonia fue real, aunque la parte en la que Rodrigo Moragues la usa como herramienta para salvar prisioneros del desierto es totalmente ficticia.

La operación Cisneros fue el ambicioso proyecto con el que España pretendía recuperar el Oranesado y que, como ya supondréis, resultó un fracaso; con todo, merecía su espacio en estas páginas. La época en la que transcurre la novela fue especialmente convulsa para Argelia. No solo por la Segunda Guerra Mundial, con cuyo desarrollo he procurado no abrumar al lector, que inevitablemente salpicó a la colonia, además de proporcionarme anécdotas tan curiosas como la de ingerir excremento de camello para curar la disentería y que he rescatado gracias a Halima. Se ha hablado mucho de que era un remedio usado por el temible Afrika Korps, aunque al investigar un poco más, parece ser que no es más que un mito y que, como dice Manuel Sánchez con humor y acierto: «Los nazis serían unos comemierdas, pero no de camello». El resto de recetas que utiliza la curandera *amazigh* sí que se han venido utilizando durante siglos para los males que describo; por otro lado, la adormidera que usa Halima para vengarse de Risto es la base empleada para la elaboración del opio.

Respecto a Hadjerat M'Guil y otros campos del desierto, tan solo me he atrevido a contar una pequeñísima parte de cuanto sufrieron allí los prisioneros. Las anécdotas, nombres y métodos de castigo lamentablemente son reales y en general he procurado ser fiel a las descripciones de José Congost en su libro *Por tierras de moros. El exilio español en el Magreb* y la cita de «Arena en lo que comemos, arena en el agua que bebemos, arena entre los dientes, en los oídos, en el cabello, entre la ropa… arena» se la leí a Cayetano Zaplana. Para la vida en la compañía de teatro itinerante, el relato

de Isabel Beltrán Alcaraz fue muy útil; de ella he tomado prestados, entre otros detalles, el apellido del matrimonio Pereda.

José Aboulker no solo existió, sino que su papel fue decisivo en el desembarco aliado, aunque la escena en la que irrumpe en la consulta médica con pistolas bajo la camisa nunca ocurrió. También otros detalles más curiosos, como el barco que zarpó de Cartagena con una casa de putas al completo como pasaje y en el que viaja Violeta hasta Argel, lo he sacado de los relatos de quienes lo vivieron.

Como puedes comprobar, la fusión entre realidad y ficción es una constante en estas páginas, aunque me he permitido algunas pequeñas licencias a fin de mejorar el desarrollo de la historia. Por ejemplo, el cierre de los campos del desierto en realidad fue progresivo, y duró hasta abril de 1943, cuando Djelfa fue clausurado, además estos campos y el proyecto del transahariano fueron posteriores al armisticio de 1940, aunque yo lo adelante unos meses. Por supuesto puedo haber cometido algún error (gracias, mamá, por revisar mi francés), por lo cual pido disculpas de antemano.

Como decía, escribí esta historia mientras mi bebé dormía de madrugada. Lo hice entre tomas de pecho, agotada, dolorida, perdida. Por eso, mis primeras palabras de agradecimiento quiero que sean para todas las madres que, a pesar de todo lo que solo nosotras sabemos, seguimos sosteniendo el mundo entre nuestros brazos. Y nunca dejaremos de hacerlo.

El siguiente GRACIAS en mayúsculas es para el inmenso (por su calidad profesional y personal) equipo que hay detrás de esta novela: Fernando, Pablo, David, Mercedes, Laura… por la paciencia, el apoyo y la fe. También a los libreros, bibliotecarios, blogueros y todo aquel que dedica su tiempo a recomendar libros, entre ellos, los míos.

Especial mención para el oranés Lamine Benallou, que me atendió con una amabilidad exquisita cuando esta historia no era más que una idea y que falleció justo antes de que alcanzara a contarle que

al fin había conseguido terminarla. Por supuesto, a Eliane Ortega por su encomiable labor a la hora de rescatar la memoria de los refugiados españoles en Argelia. Y a todos aquellos que dejaron sus memorias por escrito para que las generaciones venideras no os olvidemos.

Gracias a mi familia, la de sangre y la política, por ser sostén ahora y siempre. A mi compañero, Luis, junto a quien navego las tempestades y espero volver a encontrar la calma.

Y, por supuesto, no puedo olvidarme de mi agradecimiento a ti. Tanto si has llegado aquí tras *Los compases del tiempo* como si has conocido a las hermanas Robles en su periplo argelino, déjame decirte que has estado a mi lado mientras creaba esta historia. Cuando no me sentía capaz de poder continuar, llegaba un nuevo mensaje de algún lector que terminaba una de mis novelas y me insuflaba fuerzas para seguir soñando. Ojalá no dejes nunca de leerme, pero, sobre todo, no dejes de contármelo después para así recordarme que sí soy capaz… a pesar de que yo misma a veces lo olvide.

Por último, gracias a la vida, por el regalo de conocer a mi hija y verla crecer. La creación de esta novela ha estado acompañada por cientos de primeras veces: balbuceos, sonrisas (también llantos), gateos primero y pasitos tambaleantes después, una vocecita gritando «mamáááá»… y así es como recordaré siempre estas páginas.

Mi hija y la escritura se han dado la mano para salvarme cuando todo a mi alrededor no era más que oscuridad. Gracias a ambas por traerme luz.

Alicante, diciembre de 2025

Contenido

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27

Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Nota de la autora
Créditos

Edición en formato digital: octubre de 2026

Copyright © Bianca Aparicio Vinsonneau, 2026
Autora representada por EDITABUNDO, S. L., Agencia Literaria.
© Contraluz (GRUPO ANAYA, S. A.), 2026
Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.contraluzeditorial.es

ISBN ebook: 979-13-87810-99-3

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.